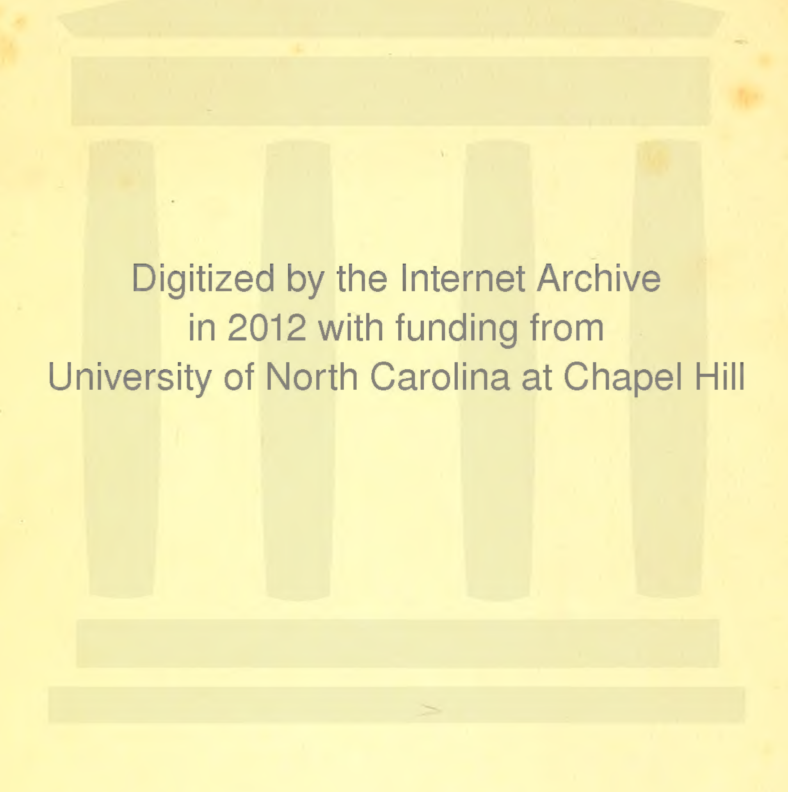

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00018076332



HISTORIA
DEL
DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

POR

EMILIO CASTELAR

BUENOS AIRES
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO "LA AMERICANA" BOLIVAR 1099
1893

AL SEÑOR

Don Telesforo García

PRESIDENTE DE LA CÁMARA ESPAÑOLA DE COMERCIO EN MÉJICO

Querido Telesforo: Te consagro y dedico esta obra, en la cual, por mis antiguos oficios universitarios, he gastado algunos años, aunque la escribiera en dos, el corriente y el último, á demanda de poderosísimos editores extrangeros, que han publicado la capital de toda ella, vertido á lengua inglesa, en ciudad tan célebre por sus periódicos y revistas excepcionales, como por su industria, por su navegación y por su comercio; en la ciudad de Nueva York. Yo profesé ante un auditorio joven, quien, renovándose todos los años, quedaba el mismo siempre por su atención á mis enseñanzas y por su amor á mi persona, en el primer instituto científico de nuestra patria, la historia nacional, durante los tres más felices lustros en la carrera mia, y aquellas lecciones dieron al descubrimiento de America toda la importancia exigible por el hecho que ha, en el tiempo; abierto y caracterizado la edad moderna, pues á su virtud y eficacia llegaron las sociedades feudales hasta la unidad del Estado, como ha, en el espacio al florecimiento primaveral del universo, rejuvenecido con las surrecciones de continentes, mares y archipiélagos, nunca vistos, la creación y la vida. Suele retóricamente decirse por los naturales y justos apologistas de mundo tan hermoso y progre-

sivo como América, que la humanidad, al hallarlo en período tan creador de suyo, como el Renacimiento, creyó haber hallado de nuevo el edén perdido por nuestro primer padre en el dia fatal de su primera culpa. Y es verdad que la humanidad lo halló, pues desde las irrupciones bárbaras vivía bajo el recuerdo de aquella culpa, y recelaba la próxima terminación del planeta en una especie de mileranismo apocalíptico, precursor del Juicio final, donde habrán de romperse á una los siete sellos del enorme libro de la vida, venirse al horizonte sensible desde los cuatro extremos cardinales los ángeles exterminadores, enrrollarse como un pergamino al fuego los espacios, caerse como en lluvia de cenizas las estrellas, y morirse la humanidad: ensueños semejantes á una pesadilla, que se revelan en las esculturas y en los cuadros y en las epopeyas medioevales, sugeridos por un terror al infierno y al diablo, solo disipado del todo, cuando á una dilatación del espacio nueva y *á un diluvio de luz creadora* y *á un advenimiento de tierras con palmares vestidas* y *de metales preciosos coronadas* y *á un brillante centelleo de constelaciones australes que aumenten la cópia de luminosas estrellas* y *á una savia virgen se rehace* y *se renueva de tal modo la vida, que sacude la humanidad el recuerdo de su culpa, como si hubiese visto de nuevo el llorado edén, y entrado, vencedora de la secular nirvana pesimista, en los tiempos gloriosos del progreso. La voluntad cree que lo puede todo, cuando ha logrado repetir el acto divino de la creación; y el pensamiento que puede cristalizarse por doquier cuando ha invenido un mundo nuevo sin los escombros de las antiguas tradiciones con que tropezamos por todas partes en el viejo mundo histórico. Asi han tenido razón cuantos han dado á nuestra edad por comienzo el año mismo en que fué América descuvierta, y han creido que la serie de trans formaciones, caracteristica del espiritu moderno, comienza por esta capital transformación, por la transformación del espacio. La nueva humanidad se agrandó, como Anteo, asi que pudo poner el pie con firmeza en la tierra, y tocó en el cielo con la frente,*

como Júpiter, encontrando una base tan sólida y tan hermosa como América para punto de apoyo. No fué casual conviviera con Colón en la tierra el astrónomo Copérnico, que fijara como foco inmóvil de las elipses planetarias el sol; no fué casual conviviera con Colón el filósofo Vives, que llamara, mucho antes de Bacón Verulamio, el espíritu á la experiencia; no fué casual conviviera con Colón el artista que prestára, como Rafael á la forma humana el vigor y hermosura perdidos desde que murió la Grecia clásica; no fué casual conviviera con Colón el monje, como Las Casas, que antes de Grocio proclamara el derecho natural y protestara contra todas sus violaciones; no fué casual convivieran con Colón los reyes que, como Luis XI y Fernando V, lucharan á brazo partido con el feudalismo y fundaran la unidad del Estado, generadora de nuestras progresivas naciones: el espíritu, uno en su esencia, se revela en diversas manifestaciones, matices diversos de la misma luz, que muestran tanto lo consustancial de todas ellas en el fondo, como lo idéntico de su origen celeste y de su finalidad providencial. En el descubrimiento de América, hecho capitalísimo, se hallaban encerrados todos los hechos con él correlativos, que significan y representan otras tantas lógicas determinaciones del espíritu moderno en la sociedad y en la historia.

Si nosotros reconocemos que América señala un punto de partida capital en el desarrollo de la Humanidad, nuestros hermanos de América están en el caso de reconocer que toda la cultura moderna y todo el espíritu vivificador de tal cultura les provino de la gente y de la tierra española, quienes hicieron los esfuerzos mayores de voluntad conocidos para descubrirla en bien de la especie nuestra toda entera, y emplearon el siglo de su mayor poderio y exhuberancia iniciándolos en los principios de la civilización cristiana, cuyo aquistamiento nos habia costado edades y edades incalculables, según lo que dilatara la crítica contemporánea el tiempo, conforme ha dilatado la reciente astronomia el cielo. Podrán los animales vivir en lo presente, atenerse á lo útil,

recluirse dentro del ejercicio de sus instintos en los dos ministerios de alimentarse y de reproducirse; pero no los hombres, que muestran su eternidad cuasi divina dilatándose con el recuerdo en lo pasado y en lo porvenir con el presentimiento y la esperanza. Un testimonio de tamaña verdad nos ofrecen ahora los Estados Unídos del Norte al celebrar, no obstante su origen sajón y su lengua británica, el hecho capitalísimo de nuestra historia como un hecho capital de su historia propia, y al poner la invención de todo el continente, como generadora de su espíritu, en las alturas donde pusieron los franceses el día mayor de su inspírada revolución. Y no podrían sinó pensar y proceder así los yankées en el claro sentido que los ilustra y en la natural propensión de todos los pueblos á dilatarse por lo pasado. Aquellas montañas que guardan todavía la sombra de sus primeros escaladores, cual guardan los volcanes de Sicilia el recuerdo de los primitivos titanes; aquellos ríos, como el Mississipi, abiertos al cambío universal por el valor español; aquellas ciudades, como San Francisco y San Agustín, que aun llevan los nombres de nuestro santoral, y aquellas otras denominadas con los apellidos de nuestro insigne Toledo y de nuestro Madrid por los agradecidos yankées; aquellos territorios de la Florida, que penetran en los espacios antillanos y revisten su flora y su fauna como para ser un lazo de unión entre la madre tierra hispánica y las hijas mismas que no hablan ya su lengua y que muestran muy mezclada su sangre con sangre diversa; todo esto dice cómo mantienen las razas boreales mismas el culto religioso debido á los atavismos fisiológicos y á las tradiciones seculares del creador tiempo, recordados en los anales de la historia, y á los entroncamientos de unas genealogías con otras, que forman como los ramajes del árbol de la vida, quien ¡ah! no puede por la inmensidad extender su copa sino á condición de que se hundan sus raíces en los sepulcros de las generaciones extintas. Cuando el año 74 nos apercibíamos á celebrar la Exposición de Filadelfia, yo anuncié que, al acercarse la fecha del Centenario de su descubrimiento, daría la América

sajona en honra de la invención de su continente por España, una fiesta intercontinental á los pueblos; conforme con la que daba entonces en honra de su propia libertad y de su ya secular independencia. Y decía yo con este motivo: «América necesitaría perder la memoria y el habla para perder el recuerdo de nuestro nombre. Todo está en ella ligado con nosotros. Si quiere elevarse á los orígines de su cultura presente y de su civilización cristiana, tiene que tropezar con aquel humilde convento de franciscanos, á cuya puerta pedía limosna un hombre que comenzaba á entrar en la edad madura, y que, sín embargo, tenía la cabeza cana, la cara arrugada por los profundos surcos de la idea y por los sacudimientos de la inspiracion; astrónomo, poeta, guerrero, orador y navegante como los hombre-siglos de aquellas feraces edades; desconocido en Italia, desconocido en Inglaterra, desconocído en Francia, desconocido en Portugal, y solo adivinado por la inspiración y audacia de nuestra España. No hay allí de extremo á extremo ningún objeto sin el sello de nuestro pensamiento. Las encendidas nubes del trópico guardan aún la escudriñadora y ardiente mirada de Pinzón; las islas de las Lucayas han sido vistas por la vex primera desde el mar con los ojos de un Rodrigo de Triana; por las campiñas de la Florida anda errante aun la sombra majestuosa de Ponce de León, que ha pasado, en alas de su fe, desde las vegas de Granada á las vegas del Nuevo Mundo; la tierra del Yucatan ha sido adivinada por un Fernández de Córdoba y por un Grijalba descubierto el inmenso imperio mejicano; la primera visita al golfo, que es por excelencia el seno comercial del joven continente, se debe á un Garay; la aparición de la Carolina meridional á un Vázquez; ese gran rio, esa arteria de los Estados Unidos, que sobrelleva en sus espaldas los productos del trabajo humano, el Mississipi, yacería aún ignorado si un Soto no lo descubre entre fatigas increibles, no lo atraviesa entre dolores y martirios sin cuento, pronunciando en sus selvas, al querer las tribus salvajes tomarle por un Dios sobre la tierra, el nombre sublime del Dios

de los cielos; como el estrecho de Magallanes y el mar Pacífico han sido surcados la vez primera por la nave llamada Santa Victoria, *cubierta con la bandera de España, pues por doquier, lo mismo en las costas que en las selvas, lo mismo en los campos que en los montes, lo mismo en las arenas del mar que en las estrellas del cielo, se refleja este santo nombre; y España dicen los volcanes y los ventisqueros y los aludes de los Andes; España las ondas del Plata y las ondas del Amazonas; España los desiertos de la Tierra Caliente y las pintadas selvas del Paraguay; porque el genio de España, extendiéndose allí como las alas del águila sobre su nido, empolló con el calor de su vida las naciones del Nuevo Mundo.»*

Yo perfectamente sé cómo esta maternidad social es más dolorosa que la maternidad natural, y no encuentra, en compensación á sus dolores, ni siquiera el amor de los por ella generados. Como la Iglesia maldice de la Sinagoga que le ha dado vida; como la revolución maldice de la Iglesia, en cuyos Evangelios ha encontrado los principios de la libertad y de igualdad, por los cuales consumara extraordinarios sacrificios; como el mundo latino incendia y tala el mundo griego, á quien sigue y copia; como el mundo germánico reniega del mundo latino y se proclama su azote, mientras le plagia desde su religión hasta su lengua; en cumplimiento de leyes nunca desmentidas, América maldijo por espacio de una centuria entera, sin piedad, á su alma y cuasi divina madre, la inmortal España. ¡Cuán injustas las maldiciones que se lanzan, y cuán apasionados los juicios que se forman al siniestro resplandor del odio sentido por las especies sociales contra sus padres cuando se creen llegadas á la hora de huir del hogar paterno y realizar su natural emancipación! ¡Cómo atribuían los primeros romanos, acaparadores de Grecia, la corrupción subsiguiente á tal hecho, corrupción que se metió en sus huesos por internas relajaciones del organismo propio, á la próvida conquistada Musa, cuyo genio les inspiró todas sus artes y toda su literatura! ¡Con cuál furor procedieron los primeros

cristianos contra las estatuas griegas, por simulacros de los vencidos dioses, cuando adornan el planeta con sus armoniosas líneas, parecidas á compendios de la geometría celeste y lucen sobre sus cabezas esféricas las llamas del humano ideal! ¡Qué injusto el Renacimiento, por clásico y casi pagano, con las catedrales góticas, aunque símbolos en sus arcos ojivales de la Trinidad, aunque aromadas á los rezos de cien generaciones diluidos en sus atmósféras de incienso, aunque por el éter increado esclarecidas en aquellos vidrios multicolores que parecen iris de ideas puestos en los místicos rosetones y en aquellas lámparas que parecen estrellas errantes rolando á buscar su luz en los espirituales resplandores del santuario! La filosofía enciclopédica mostró al juzgar el dogma cristiano, injusticia idéntica con la mostrada por el Renacimiento al juzgar el arte católico, no obstante haber sido el dogma una inflexible aplicación á la moral y á la fe de todo cuanto pensaran y dijeran las antiguas ciencias profanas. Pero así es el mundo y no hay medio alguno de contrastar sus leyes. Necesitadas las instituciones de diferenciarse, tienen que definirse, y al difinirse, necesitadas para su definición de convertir las generaciones que les han precedido en enemigas y contrarias que las han atormentado, les arman una guerra de separación, en la cual, como en todas las guerras, no busques, ni un escrúpulo de justicia. Por un movimiento natural forzoso América tuvo que separarse de nuestra España, como se apartó Grecia de Frigia, donde habían sus dioses nacido; como se apartó Cartago de Fenicia, que le diera el espíritu de su alma con la sangre de sus venas; como se apartó España misma de su madre Roma, no obstante haberse visto con poetas como Lucano, y cónsules como Balbo, y trágicos y filósofos como los dos Sénecas, y satíricos como Marcial, y maestro como Quintiliano, y ciudades como Córdoba, Hispalis, Toledo, Mérida, Zaragoza, Cádiz, y emperadores como Trajano y como Teodosio, unida consustancialmente á la Ciudad Eterna. Pero no pueden tales apartamientos de hogares mutuos y tales separaciones de cuerpos

respectivos en el mundo social realizarse y cumplirse jamás, no si por medio de rompimientos terribles, los cuales evaporan espesas nubes henchidas de sangre. En nuestra especie, un hijo pide la bendición de su padre al constituir la nueva familia, y en las especies sociales, el hijo que se constituye independiente, maldice impío al padre que lo ha engendrado, y además de maldecirlo sin entrañas, lo combate sin tregua, mientras cree insegura ó incierta su deseada emancipación. Examina los apellidos de aquellos que separaron en los empeños por la independencia de América, esos hogares de nuestros hogares, y verás que los Bolívares, los Itúrbides, los Egañas, los Hidalgos, pertenecen á las clases y á las regiones más conservadoras de nuestra España, hijos de nuestros magistrados y de nuestros gobernadores en su mayor parte, oriundos del hogar vasco, que se cree y proclama el más antiguo y genuino de todos nuestros solares. En la independencia del mundo americano sajón hubo de contrario á la Metrópoli aquella tribu ilustre, los republicanos evangélicos, que había huido de los Estuardos como huyera Moisés de los Faraones y que había fundado antes de la guerra una república cristiana, punto de apoyo legítimo quizá á su emancipación; pero en la emancipación de los nuestros no hubo tal cosa, la comenzaron y la concluyeron los españoles más netos: que por tan lógica é indispensable la tenian.

Pero estos terribles sacudimientos sociales traen consigo aparejados odios cuya intensidad no podéis disminuir y cuyo fuego no podéis apagar en los primeros instantes sucesivos á la volcánica explosión. España no podia conformarse con tanta facilidad á perder la material tutela sobre sus hijos predilectos; y estos hijos predilectos no podian perdonar á España el empeño suyo en sostener allende lo que creían el término de su minoridad, poder y gobierno tan repulsivos á ellos como al mozo la dulce lactancia, gustada y relamida del niño. Resultado natural á semejante angustiosa y triste situación, fué aqui en España una serie de reacciones lógicas hacia el restablecimiento de su antiguo poder,

como hay en América otra série de rompimientos cruentísimos con la madre patria, sustentados por maldiciones á su nombre y á su historia, tan excesivas y exageradas como todas cuanta sugiere la guerra. De aquí una mala inteligencia que ochenta y más años perdurara entre los destinados á cumplir la independencia y los destinados á resistirla. Mas el tiempo creador, en su movimiento eterno, y el espíritu humano, en sus evoluciones lógicas, han poco á poco ido cambiando las ideas, y las ideas los sentimientos, y los sentimientos las costumbres y las costumbres, los ánimos, y los ánimos la política intercontinental. Merced á estas fuerzas universales, ha comprendido España que no debe intentar cosa ninguna, ni en sueños, contra la independencia de América; y ha comprendido América que todos los adelantos fisiológicos, etnológicos, científicos de todas clases, así como todos sus intereses continentales, tan varios y complejos, la obligan é creerse consustancial con España y á tomar como una dilatación de la vida española su propia vida en el nuevo continente. Cual en el campo de batalla los huesos de amigos y enemigos muertos á los sendos encarnizados odios juntan sus átomos y los trasfunden á las fibras de los mismos vegetales y á las plumas de los mismos pájaros, trocándolas en deleitables efluvios de suavísimos aromas y músicas escalas de enamoradas notas; en el seno de la historia las ideas contrarias forman unas síntesis, y los dioses enemigos unas religiones, y los pueblos en guerra unas alianzas, de las cuales el humano espíritu vive y en las cuales se determina el universal progreso. Nunca se dijo cosa tan profunda como aquella proclamación de la tricotomía del humano pensamiento, que resulta de superior armonía, entre principios contrarios, los cuales entran en esa trilogía lógica que preside al universo visible, como preside al universo invisible la Trinidad cristiana. Con estas contradicciones armonizadas tropezais á cada paso en la vida; como que se hallan reconciliados en ella el amor y la muerte. Así, las almas profundamente piadosas asisten con tristeza interior á una boda,

porque solo engendra mortales el amor, y con una conformidad interior á los entierros, porque solo engendra inmortales ¡ah! la muerte. ¿Como hemos de maldecir nosotros á los pueblos americanos, cuando el sentido moral y el sentido común de la humanidad llaman de consuno, con razón, pecados españoles á sus pecados, y como han de maldecir los pueblos americanos á su madre gloriosísima España, sin declararse con ello los bastardos y los expósitos de la historia? Así tenemos que celebrar el descubrimiento de América unidos, y asi nos coge reconciliados este trascendental hecho de la común vida patria. Pero nada se consiguiera sin la corriente de simpatías promovida por previsores publicistas españoles hacia un reconocimiento y hacia un olvido; hacia el reconocimiento ahi de que las instituciones modernas estaban en el gérmen de los municipios por nosotros sembrados, así como en toda nuestra incomparable legislacion de Indias; y hacia el olvido, aqui, no ingrato, necesario, de que fuéramos amen de sus padres, un dia sus tutores y curadores en la indispensable minoridad social, quedándonos ahora en la mayor edad y en la emancipación inevitables, con el título primero, con el titulo amantisimo y el poder moral de verdaderos padres. Permitime hufanarme de todo cuanto hice yo para prosperar este resultado, escribiendo, con la sola interrupción de mi fugaz y tormentoso gobierno, treinta y ocho años consecutivos en los principales diarios hispano-americanos, La Tribuna, El Siglo: La Nación, El Mercurio, El Monitor Republicano, El Mercantil *y tantos otros, para demostrar á los españoles que la República y la Independencia son incontrastables ya en América, y á los americanos, que para quitarse á España de su alma necesitarián quitarse de la conciencia su religión, del arte sus más resonantes cuerdas de la vida sus costumbres más piadosas y amadas de la memoria sus tradiciones más santas, del cognomen los apellidos paterno y materno, del próvido labio la más hermosa entre todas las lenguas modernas, de la nobleza etnológica y fisiológica esta pura sangre nuestra que animara tantos héroes y ge-*

nios, así como de la nobleza moral y secular una historia, donde consta como España engrandeció los mares con sus esfuerzos, é iluminó, como Dios, el cielo con nunca vistas estrellas.

No debemos olvidar en modo alguno, amigo del alma, cuánto han cooperado á esta obra de nuestra salvación muchos escritores hispano-americanos, los cuales han tenido á honra ostentar su ascendencia española, y muchos plenipotenciarios, los cuales han venido llamando ante las personificaciones y los poderes de nuestro Estado, á España, en oficiales actos, la vendita madre patria de su gente y su territorio: efluvios misteriosos intelectuales y morales, penetrantes, como los efluvios magnéticos, por modo misteriosisimo, en la red nerviosa nuestra, y produciendo afectos de paz que traen y determinan la reconciliación y la concordia. Muchísimos conozco; pero me abstengo, por la copia misma del número, me abstengo de nombrar á ninguno. Bien es verdad que hay un factor de inteligencia y alianza, en cuyo bendito influjo no caen la mayor parte de los escritores. y que sin embargo, lo ejerce por tal modo constante y beneficioso, que guarda la patria Vesta y el fuego á su culto consagrado, con una inviolable fidelidad, lo cual debe darnos á todos los españoles maravilla y hasta envidia. Hubo un tiempo en que, dominante la reacción entre nosotros, y de pié aun las instituciones antiguas muy erguidas la intolerancia religiosa y la monarquía semiabsoluta y el censo restringido y la censura en todos los aspectos, existia una falta de inteligencia entre las repúblicas americanas, de unas constituciones politicas tan avanzadas en su letra, y las colonias españolas de ellas, que por amarlo todo en su patria, se creían obligadas á querer hasta las leyes más abusivas y á defender hasta sus más tiránicos gobiernos. Pero ahora que hacemos nosotros raya en materia de libertad y democracia, pudiendo apostarnos á libres, no solo en las leyes, en las costumbres, con todos los pueblos del viejo y del nuevo mundo, ha cesado la mala inteligencia que había, y nuestras colonias representan á una todo cuanto queda de histórico en ese joven suelo, sin contrastar

todo cuanto hay también de progresivo, pues nuestra España se ha redimido también de tiranías seculares merced, al numen vivificador de la creadora revolución de Septiembre, que nos dió los derechos individuales y el gobierno de la nación por sí misma en toda su verdadera plenitud. Entre las colonias hispanas de América luce con luz vivísima esa de Méjico, quien al par presia un culto relijioso al espíritu español histórico y al pragreso universal moderno. Bien es verdad que tiene á su cabeza la colonia un hombre como tú, patriota entre los patriotas, consagrado á defender el honor nuestro á todas horas, y á decirnos todos los dias, no solo en obras, como tus folletos y tus artículos de mérito extraordinario, en actos de caridad que, aun siendo colectivos, diriges y organizas, como la nación nuestra está viva en esas familias nunca desarraigadas del suelo nacional por su ausencia, y cómo si, América debe ofrecer á España y sus recuerdos el sentimiento de una piedad filial sin término, España debe concentrar en América, repúblicana é independiente, sus más vivas esperanzas de glorioso renombre y de viva perpetuidad. Pensador profundo tú, economista de primer órden, maestro en una politica desligada de todo ensueño y atenta de suyo á la realidad y á la historia, verdadero biólogo social, dotado con una observación certera y con una ciencia vastisima; en tus obras y en tus conversaciones me has explicado mil veces con exactitud matemática y con magistral acento la serie de sendas evoluciones que deben verificar América y España para llegar á una conjunción espiritual íntima y análoga con la que tuvieron en otro tiempo, sin detrimento alguno de su respectiva independencia y de sus mútuas y naturales autonomias. Por estas razones, por tu patriotismo y por tu ciencia, te dedico la Historia del descubrimiento de América, *destinada en mi propósito á unir el viejo y el nuevo mundo Español, y te pido la lean en esas tierras apartadas tus hijos los cuales tendrán dos patrias, en la cada dia más cordial intimidad y en el cada dia más intenso amor entre los dos continentes. Presen-*

ciaste tú la sesión del Congreso en Febrero de 1888, donde yo anuncié á la Cámara, movida como nunca jamás al eco de mi palabra, el propósito irrevocable de consagrarme á escribir la Historia de España después de haber reconquistado la libertad y la democracia en porfiadísimo trabajo. Decia entónces: « Yo no puedo cooperar activamente al gobierno de una monarquía democrática por lo que tiene de monarquía; yo no puedo combatir al gobierno de una monarquía democrática por lo que tiene de democracia. Yo, nunca, jamás, antes me arrancaré la lengua, lo juré en la madrugada del 3 de Enero, yo nunca combatiré á ningún gobierno liberal, y mucho menos á ningún gobierno democrático. ¡Ah, señores! Yo concluiré mi vida por donde la he comenzado. Cuando era jóven, yo enseñaba oralmente, de palabra, en mi cátedra, el amor patrio á hombres tan ilustres como el señor Moret, como el señor Gamazo, como el señor Duque de Veragua, como el señor Marqués de Sardoal. Que se levanten todos, y que digan si, reunidos allí, nos formábamos de nuestra España una especie de divinidad, y no nos prosternábamos todos los dias en su presencia. Pero ya no puedo hacer esto oralmente, porque la oratoria es un arte de jóvenes y no es un arte de viejos; la oratoria necesita fuerzas que aun tengo, pero que se me acabarán muy pronto. Yo me dedicaré á escribir la historia nacional, si vosotros dais la libertad con la democracia. Y á medida que mi sangre se hiele, que mis ojos se extingan, que mi voz se apague; aquel comercio con los héroes que han hecho de sus huesos este suelo, con los mártires que han de sus sacrificios henchido estos aires, con los pensadores y con los poetas que han puesto tantas ideas é inspiraciones en este cielo, como estrellas y luz pusiera Dios, acaso me rejuvenezca, y me quede tiempo, no sólo para cantar aquella epopeya, en cuya virtud nuestra España, rota en Guadalete y refugiada en Covadonga, descendió de allí para engarzar los mares como esmeraldas en sus sandalias y los soles como diamantes en su corona, sino para contar esta grandiosa transformación en que las instituciones faraónicas se han

hundido y ha llegado la libertad; y entónces, acabadas las envidias y los rencores, la nueva generación me dará un sepulcro honrado y bendecido, y me pondrá en él de manera que pueda besar con mis lábios frios la tierra nacional, y pueda pedirle su grandeza para mi pequeñez, y para mi muerte el calor de su gloriosa inmortalidad.» Empiezo con este volumen el cumplimiento de mi palabra.

Tuyo siempre, amigo del alma,

EMILIO CASTELAR.

---

en el ajuste y en el regateo de cosillas baladíes, que llevaban unas veces á nado y otras veces en almadías. Por la isla de Samoet ya encontró casas como alfangues ó tiendas de campaña, por cuya configuración debemos llamarlas chozas, muy barridas y limpias, pero á sus habítantes considerólos como de igual condición y naturaleza que á los anteriores. Aqui vió hamacas para dormir, halló que «las mujeres casadas traían bragas de algodón, las mozas no, sino salvo algunas que eran ya de edad de diez y ocho años». Y puso á ísla donde tales cosas vió, Isabela, en recuerdo y renombranza de la reina Isabel. Y así, de isla en isla, encontrando la misma gente siempre, llegó á Cuba donde buscaba Imperios, y únicamente halló tribus; oro, y algo más que oro encontró, pues de allí, principalmente, salieron las patatas, y el tomate, y el maíz, y el tabaco. ¡Cuán sencillo al contar como iban de un punto á otro los cubanos chupando las hojas secas de esta última planta y dispidiendo un humillo que trascendia muy lejos! ¡Cuál encantadora narración de aquel indio que, habiendo cambiado un pedazo de metal precioso por varios cascabeles, echó â correr gozosísimo de su negocio, volviendo á cada paso la cabeza, en su temor infantil de que pudiera el español arrepentirse de su descuido, y deshiciese tal trato, rescatando las baratijas de su civilización y devolviéndole al inocente y sin pecado su oro nativo! Grande gozo le procuró tal isla, comparada por él con Sicilia; muchos embajadores envió en busca y requerimiento del gran Kan, creyéndose ya en los áureos veneros de la fabulosisima Cipango; mayores aglomeraciones humanas encontró en ranchos dispuestos á guisa de aldea, y con casas provistas de algun ajuar; pero los indios eran de condición y naturaleza idénticas con los anteriormente hallados; y así tomaban por dívinidades á los españoles, tanto más dignos de su adoración, cuanto que, al oïr el estampido para ellos horrísono de sus cañones, y ver el fogonazo, y sxperimentar los destrozos causados por los tiros, creyéronlos arrastrados por nubes tempestuosas, entre culebreos de relámpagos tonantes como los

espíritus misteriosos de las tempestades y del huracán, dueños y árbitros de los exterminadores rayos celestiales. Igual blandura de complexión y dulcedumbre de inocencia en aquellos naturales de la Española, tan semejante á nuestra España, segun Colón y tan hermosa como Andalucía, región edénica, donde encontró sus más fraternales amigos y sus más sinceros aliados; como que le convidaban á quedarse allí perpetuamente, y en caso de no querer quedarse, á transportarlo consigo al cielo, de donde no podían menos de provenir tales excelsos huéspedes. No quitaremos ni un tilde á los elogios consagrados por Cristóbal Colón y el P. Las Casas á estas primitivas tribus americanas, creyéndolas tan inocentes como la creian ellos, tan dispuestas á la virtud y al bien como ellos las describen. Pero no hay que ceder á las entusiastas apologías de todos estos pilotos y apóstoles; ni hay que desvanecerse al aroma, edénico exhalado por el mundo recién invenido en la soledad inmensa de los mares. La casta desnudez de los cuerpos, el primitivo candor de las almas, el aroma del paraíso que por todos partes allí se respira, la indudable ausencia de todo gobierno y de todo Estado, y de todo ejército y de todo tribunal; aquella carencia del sentimiento de apropiación en que la propiedad se arraiga; el abandono de toda industria y hasta de todo trabajo; aquellos modos de alimentación semejantes á comidas de aves, que ni siembran ni cosechan; todo aquel edén tan encarecido por Colón en su diario, resulta, bien mirado y comprendido, la tribu comunista de los pueblos y de los tiempos prehistóricos, en la vida del Universo material por completo inmersa y coetánea con el comienzo de todas las sociedades y con los alboreos de todas las religiones en el nacimiento y niñez de todas las razas. Primordiales tribus adheridas al seno de la Naturaleza: hé ahí cuanto hallára el gran descubrídor en las primeras islas encontradas al rayar en el tiempo los albores de sus descubrimientos.

Pero me observarán los americanos hispanófobos que las notas de Colón se refieren al archipiélago de las Bahamas y de las

Antillas, mientras los testimonios de la indígena cultura, que hubiera dejado atrás la civilización española, se hallan por por do quier en los dos continentes, y con especialidad en la parte de los dos continentes, civilizada por los sendos, colosales imperios aztecas é incas, en el hemisferio boreal aquéllos, y éstos en el hemisferio austral. Nadie me aventaja en admiración á los restos colosales de maravillosos edificios américanos, invenidos por los arqueólogos de nuestro siglo, los cuales han hecho con los monumentos anegados en la vejetación de los trópicos, algo parecido á lo hecho con los gigantes fósiles hundidos en las tierras prehistóricas por la Geología: presentar su existencia como un término natural del desarrollo de nuestro espíritu, á la manera que ese medio ambiente ó zóna geológica, donde nacieron y procrearon las especies titánicas, resulta otro término natural del desarrollo de nuestro planeta. Cuanto hemos estudiado por motivo y razón del ministerio ejercido en la Universidad Central, del ministerio de historiadores, y cuanto hemos visto en museos varios, así nacionales como extranjeros, acerca de la civilización prehispánica en el Nuevo Mundo, hanos infundido asombro semejante al que merecen los restos de las civilizaciones desaparecidas en las riberas del Nilo y del Eufrates y del Ganges, donde nacieron desde nuestros primeros dioses hasta nuestras ciencias primeras.. Palenque, Uxal, Copán, Tiguanaco y los demás espacios reveladores de las antiguas grandezas americanas, confirman en los descarnados esqueletos de sus templos y de sus palacios todo cuanto Sahagún, Acosta, Bernal Diaz, Cortés y tantos otros nos refieren de antiguas grandezas, las cuales pueden medirse con las mayores por los pueblos primeros del planeta dejadas en su genésico trabajo de la encarnación del humano espíritu y del humano ideal dentro de la rebelde y resistente materia. Los fundamentos de aquellos edificios que parecen penetrar por su profundidad allende la primer corteza del globo; las moles, como verdaderos montes en magnitud, por legiones de audaces encelados sobrepuestas

en sus asedios al Olimpo; la cópia de innúmeros bajos relieves abiertos sobre la piedra por buriles en fuerza casi análogos con los que trazaran el remate de las cordilleras por lo alto y concluyeran los cimborrios de las montañas; el batallón de colosos destinados á sobrellevar las cornisas de una pesadumbre incalculable; las especies de monstruos, esculpidos como zoología litúrgica, en los lugares hieráticos; aquellos estucos de líneas arabescas muy granadinos y de grotescos muy próximos á los encontrados en las ruinas clàsicas restauradas por el Renacimiento moderno, la estátua tendida sobre amplia losa y que lleva puesto en su rostro un tan intenso recogimiento y absorción en ideas sobrenaturales como las que puedan mostrar en sus respectivas producciones los antiguos escultores egipcios; la suma de pirámides por do quier esparcidas con destino á sostener sacros santuarios; el obelisco tallado por sus cuatro fases que creeríais titanesca mazorca en que los granos fuesen caras de diversos aspectos y expresiones; las gigantescas tortugas, y las culebras aladas, y los barros cocidos, y los vasos lustrosos y las pinturas históricas, y las calzadas inacababies, y los diques y los canales, y los acueductos reveladores de una ciencia hidráulica perfectísima, nos demuestran cuánta razón tenían los primitivos historiadores hispanos de América cuando nos retrataban aquellos palacios en guisa de verdaderas ciudades, donde habia pátios como mesetas, intercolumnios como alamedas, terrados como plazas, unas salas revestidas de oro macizo y otras cuajadas de esmeraldas, cuarteles en que podían albergarse no solo ejércitos sino hasta pueblos, adoratorios capaces para los innumerables ídolos de tantas y tantas religiones como nacían y se acababan en apuellos tiempos de theúrgica feracidad y de diarios milagros bajo tan grandes imperios, á un tiempo teócratas y militares, cuyas victorias encerraban las tribus y naciones, como gentes domésticas suyas, en los complicados recintos de sus alcàzares inmensos. Recuérdense las enormes ciudades como Tlascala, erigidas ménos á la comodidad que á la defensa;

los sitios y retiros compuestos por Axayaca, en cuyas habitaciones, revestidas de tapices multicolores y adornadas con sillas de muy hermoso pulimento, cupo todo el ejército de Cortés; los edificios desmesurados en que por treinta puertas se penetraba; los jaspes y mármoles de buena colocación y brillo; los escudos blasonados con grifos y leones semejantes á los usuales entre las aristocracias europeas; los techos construidos de tablas olorosas, y las paredes cubiertas de plumas varias, y los pavimentos esterados por juncos finísimos; aquellos búcaros de frescura y fragancia que solían artistas de paciencia y artificio decorar con bellas pinturas; los simulacros de dioses liminares en patios donde bailaban durante las festividades públicas diez mil parejas; los castillos del adoratorio principal retorcidos como caracoles y entallados de piedras negras tan relucientes como pedazos de azabache; los ídolos asentados sobre unas esferas azules á que llamaban cielos y coronados con penachos de plumas prendidos á crestas de oro; los altares ornamentados como por un diluvio de piedras preciosas; las pajareras donde las aves, por su canto y por su pluma y por su procedencia, se clasificaban dentro de jaulas tan enormes que les permitían su libertad nativa, los joyeros de una riqueza como fantástica y soñada; los jardines con todas las hierbas que recetaban los médicos y pedían los dolientes al consejo de sabios botánicos muy duchos en medicina; los acueductos y encañados portadores desde Chatultepech de manantiales consagrados á difundir por aquellos verjeles y florestas alegría con abundancia; las casas de recreacción circuídas de parques donde cazadores industriados por las artes de cetrería ejercitaban su agilidad y sus fuerzas; los centros múltiples en que podían á cada paso verse las ventajas de una industria muy hábil nacida de una civilización muy adelantada: toda la grandeza del mundo prehispánico reconocida por la ciencia moderna y consagrada en la Historia Universal. Mas habrán los hispanófobos de perdonarme si les digo que todo cuanto leo en sus autores más acreditados, como

Squier, Nadaillac, Río, Winner, Charnay, respecto de los edificios mayas y toltecas y aztecas y peruanos, me recuerda cuando he leído en mis sabios amigos Layard y Oppert y Maspero tantas veces respecto de los edificios asiáticos. Hanse ya los desiertos caldeos tragado aquellas grandes capitales como si fueran las arenas oleajes oceánicos. La soledad estéril ha sido tan voraz para Babilonia como la vívida selva tropical para Palenke. Aquellos escombros en las arenas caldeadas parecen despojos, y nada más que despojos del tiempo, fragmentos de un planeta derruído, carbones apagados y fríos de un sol extinto. Y fueron propíleos guardados por esfinges aladas y ceñidas de coronas murales; patios mayores que las plazas más magníficas de nuestras capitales más populosas; arcos geométricamente trazados sobre portones gigantescos, tras los que aparecían pasadizos muy semejantes á cavernas; salas innumerables más o menos adornadas, según el destino y oficio á que las apercibían y destinaban; porcelanas multicolores incrustadas entre ladrillos y sobre puertas de bronce concluidas por su parte inferior unas en garra y otras en pezuña; observatorios que decían cómo la ciencia se ligaba con la política y con la guerra en estos colosales edificios; harenes muy recluídos en lo más oculto y en lo más interno y más recatado, para que no pudiese penetrar en ellos la sensualidad, allí tan imperiosa, despertando los celos del déspota; cien sitios diversos que constituían un palacio de aquellos tiempos y de aquellos pueblos, palacios muy semejantes á los antiguos de Méjico y del Perú, tan desmesurados como una ciudad cualquiera de ahora, y demostrativos, para quien ha interrogado la historia y sus secretos, de que las muchedumbres asiáticas yacían allí como siervos amontonados en interminables ergástulas. Cuanto más leo los trabajos hechos sobre americana prehistoria; cuanto más comparo los edificios de aquellas edades prehispanas tan brillantes con los edificios simbólicos de otras edades análogas en la Historia Universal; cuanto más cortejo las ruinas del Yucatán y del

Perú con las ruinas de otros sitios y de otros siglos análogos, persuádome á creer con más viva y profunda creencia que los términos de cultura simbolizados por estos fragmentos en el Nuevo Mundo se parecen mucho á las edades más célebres de Caldea y Asiria, representando un momento así en las fases casi celestes del humano espíritu tal como se desarrolla en el tiempo y en el espacio históricos. No hay en América el arado armenio, no hay el toro índico, no hay el alfabeto fenicio, no hay la nave cartaginesa, no hay el caballo persa, no hay el carro médico, no hay la vela tiria, no hay el Dios hebreo, no hay la teogonía doria, no hay la metafísica siciliana, no hay la estatua griega, no hay la numeración egipcia, no hay el arte ateniense, no hay el eclecticismo alejandrino, no hay el romano derecho, no hay el Verbo católico, no hay la personalidad ó individualidad germánicas; luego las fases del espíritu y del tiempo y del trabajo, representadas por todo cuanto sabemos de sus pueblos, corresponde con los imperios asirios, y á este gradual término del movimiento humano debemos referirlas, según su naturaleza intrínseca cotejada con todo cuanto nos han transmitido en su continua sucesión para nuestra enseñanza los pasados siglos. Una religión astronómica en la cual entraba por mucho el culto al sol y á la luz como en el sabeísmo caldeo de Zoroastro; una cosmogonía que colocaba todo el peso de nuestro planeta sobre la espalda enorme de monstruosas ballenas semejantes á la tortuga de los indios; una evaporación eterna de las almas huídas á los cadáveres hacia otros cuerpos animados por la transmigración universal; unos colegios de sacerdotes menos poderosos y más laicos que los asiáticos antiguos, colegios compuestos por tal número de gentes adscritas á los templos, que había cinco mil en el adoratorio mayor ó primero de Méjico; una cronología muy semejante á la recibida por nosotros de los pueblos astrólogos y con la particularidad única de los días llamados inútiles por no encajar bien dentro de la cuenta del año; una realeza electiva de doble aspecto religioso

y guerrero, en la cual no excluía la elección el despotismo; una grande aristocracia territorial, no exenta de cierto carácter cortesano, y más parecida en su dependencia de la corona y en el origen de sus bienes, á los sátrapas medos que á las órdenes de castas orientales; una familia muy amorosa y establecida en relaciones muy dulces y consagrada por costumbres muy buenas, pero no libre de poligamia, sobre todo entre los reyes y los nobles; una educación colectiva muy moral que inculcaba un verdadero culto á los padres en el ánimo de sus hijos, así como una exclavitud mitigadísima por los hereditarios usajes domésticos; una lengua copiosa que había llegado á la poesía y aun á la elocuencia; una escultura muy asiática, más semejante de suyo á la encontrada en los desiertos ribereños del Eufrates y del Nilo, que en los campos del Cefiso y del Alfeo; una escritura entre ideográfica y jeroglífica; todos los aspectos; en fin, de su vida, nos enseñan cómo la civilización hallada por los españoles en el continente americano, aunque autóctona é indígena de suyo, sin relación alguna conocida y testificada con Asia ó con Europa, se parece á la civilización caldea, posterior á los egipcios y á los indios, pero anterior á los fenicios y á ios griegos en el desarrollo de la cultura universal. Y no quiero hablar de las víctimas humanas en los sacrificios religiosos, tan abominables, que podrían poner el mundo americano de la conquista tras el mundo con que nosotros queremos compararlo en la evolución universal, si no supiéramos cómo había recrudecido estos usajes caníbales un error de los aztecas, sobreponiéndolos á los más humanos de la gente maya, y cómo los habían disminuido en sus litúrgicas ceremonias los incas, inmoladores también de doncellas como gratas ofrendas á divinidades antropófagas. Aquella horrible ceremonia de tender un joven sobre ara de pórfido y sacarle con cuchillo de sílex el carazón del pecho para embutirlo con una cuchara de oro en la boca del ídolo, que chorreaba sangre caliente; aquella festividad siniestra del fin de cada siglo, fundada en el temor de no tornar á ver la

salida del sol, temor conjurado por la degollación de cualquier noble altísimo y selecto; aquella comunión en que devoraban la carne humana los fieles, creyendo Dios mismo el cuerpo de las víctimas degolladas en culto antropofágico, demuestran, aun siendo un retroceso en las primitivas costumbres de los pueblos americanos, cómo estaban en un término de la serie anterior al sacrificio de la virgen Ifigenia en Grecia y al sacrificio de la hija de Jepté á la vez en Judea, sacrificios luego abolidos por ideas más humanas y por leyes más progresivas en el tardo y lento desarrollo de nuestra desgraciada humanidad.

Examinando el movimiento de los siglos y las distancias enormes entre los varios términos de la evo'ución universal, maravíllase uno á la vista del poco tiempo empleado por las sociedades americanas en el paso desde civilizaciones muy anteriores al Cristianismo hasta las maduras y plenas civilizaciones cristianas. En dos años Cortés aportó á Méjico la cultura elaborada por el humano espíritu desde Abraham hasta Colón. Pensad los penosos tránsitos de los estados nómadas á los estables; las enormes luchas de los pueblos aspirantes á su independencia con los Faraones de todos tiempos y países; los sitios luctuosos de Troya y de Cartago; las irrupciones de africanos en Italia y de italianos en Africa; la fundación de Roma y Tiro tan costosas; el conflicto de Asia con Grecia, representado por Darío y Ciro, amén del conflicto de Grecia con Asia, representado por Alejandro; aquellas revelaciones de Sión en materias religiosas y de Alejandrías en materias científicas; la conquista romana y las calamidades traídas por los bárbaros á quienes comandaban Atila y Genserico; el esfuerzo que suponen las guerras por las investiduras y por las herejías y por las cruzadas y por el rescate de la España cristiana y por el conflicto entre la monarquía y el feudalismo; pensad todo esto, reconoced todo esto, medid todo esto, la cantidad incalculable de humano esfuerzo y de tiempo creador en todo ello latente, y decidme después de cuántos dolores no provenían y dimanaban aquellos frutos de

cultura conducidos por los descubridores al Nuevo Mundo y por una ley natural en la humana contingencia fecundados con tanta sangre. En política llevábamos los Estados modernos recién salidos del caos feudal; en administración, los tribunales permanentes y las Chancillerías, que generaba un profundo y mayor conocimiento del derecho romano; en milicia, los ejércitos orgánicos, muy contrapuestos á las antiguas mesnadas; en ciencias, una filosofía que comenzaba su emancipación de Aristóteles, y una astronomía que comenzaba su emancipación de Tolomeo; en artes, la arquitectura y la escultura del Renacimiento; en letras, una inspiración juvenil expresada por medio de lenguas tan sonoras como la lengua nacional nuestra, fija ya por escritores tan eximios como Garcilaso; en religión, el Cristianismo; en industria, la pólvora y la imprenta; en medios de locomoción, el barco y el caballo y el buey; en alimentos, el pan y el vino, amén de todos los ideales del humano derecho y de todas las esperanzas congénitas al espléndido alboreo del espíritu moderno. Así, ved las naciones americanas en el Centenario y comparadlas con las naciones americanas del descubrimiento. Lo que fuera en aquellos días el territorio de Chicago, lo que fuera por mil cuatrocientos noventa y tres, comparado con lo que será en mil ochocientos noventa y tres, parece un símbolo del Nuevo Mundo al minuto de su descubrimiento y del Nuevo Mundo al cuarto Centenario de tan beneficioso y providencial suceso. En los puertos, donde apenas bogaba la canoa, el barco de vapor, movido por sus propias fuerzas y emancipado de los vientos, conduciendo poblaciones enteras de pasaje y almacenando en sus bodegas productos más copiosos que los reunidos antes por todos los mercados históricos; en el suelo los pararrayos, constrastando las nubes y sus devastadoras centellas, como el vapor contrasta las olas y las corrientes; en el aire los telégrafos, que comunican á una con su red eléctrica, semejante á la red nerviosa, todos los continentes entre sí de la tierra, y el telescopio, que comunica la tierra con el cielo; no lejos de los altares antiguos, la Iglesia cristiana, hen-

chida con la idea del Dios único y aromada con el incienso de un puro idealismo; aquí las colosales máquinas que metamorfosean la materia, y allí las escuelas que pulen y abrillantan el alma; en política, las instituciones más altas y las formas de gobierno más perfectas; el Jurado popular, el comicio universal, el sentimiento religioso entregado á la espontaneidad, la prensa periódica escribiendo á cada minuto un libro para el pueblo, la democracia plena, el trabajo libre, la República. Ved á Buenos Aires cómo anima y esclarece con su espíritu ateniense la pampa, y lleva la idea humana desde la desembocadura del Plata, con esfuerzos continuos, hasta la Patagonia; ved esa culta República de Chile con su sólida estructura que le permite superar las asechanzas, así de la insolente dictadura, como de la terrible anarquía; ved esa Nueva España, ese Méjico, cada día más ordenado y más progresivo y más firme, no obstante rodearlo por todas partes el oleaje de las ideas nuevas, é impelerlo todos los vientos del espíritu moderno; ved esas naciones centrales del Continente asentadas en el istmo, despidiendo cánticos exhalados por los coros de los poetas; ved esas Universidades americanas en la elaboración incesante de ideas; ved esas ciencias que dominan todos los problemas y educan las generaciones en el ideal; ved el derecho vivo en la realidad, y decidme si hay razón ó no para bendecir el descubrimiento y celebrarlo como una de las mayores bienaventuranzas de la Humanidad y como uno de los timbres más gloriosos de la Historia. Cuando se ven los monumentos imperiales, por grandes que aparezcan, por bellos que sean, por poesía y arte que tengan, el pensamiento no puede, no, desasirse á la consideración de que los han levantado siervos con el grillo al pie, para que los sacerdotes de la superstición ungieran los déspotas monstruosos y adoraran los fetiches antropófagos, entre ríos de sangre humana, ofrecida, cual holocausto litúrgico, en banquetes de caníbales celebrados á manera de una comunión religiosa; y vuelve los ojos al Capitolio de Washington, iluminado por los resplandores del Evangelio

donde resuena el Verbo de la democracia; con el rayo de los dioses antiguos apagado en sus aras; con las cadenas del siervo pendientes de aquellas paredes sacrosantas; con el éter de todas las ideas en sus espacios; no puede sino sentir las esperanzas más optimistas y asociarse al *Te Deum* del progreso elevado allí por todo cuanto os rodea en mudo himno al Dios de la libertad. Y como el descubrimiento de América sea la obra capital de nuestra España, y al nombre hispano se hallen todos estos progresos unidos, no será mucho creer que, un día ya cercano, cuando los pueblos del Nuevo Mundo alcancen mayor conocimiento de todo cuanto deben á quienes les llevaron la moderna cultura, consagren una especie de culto religioso á la madre histórica suya, nuestra España, como hemos tenido que consagrar en el helenismo un culto á Grecia, y en el catolicismo un culto á Roma nosotros, fundados en que hicieron por todos los hombres cultos en el Viejo Mundo y en la antigua historia, lo mismo que los españoles hemos hecho, lo mismo, en la historia moderna por el Nuevo Mundo.

CAPÍTULO PRIMERO

EXCEPCIONAL IMPORTANCIA DE COLÓN.

EVOCAMOS aquí ahora un hombre por todo extremo extraordinario, á quien pudiéramos denominar, en las riquezas adjetivas de nuestra lengua, hombre singularísimo; evocamos á Cristobal Colón, quien aparece hoy á nuestros ojos en lo alto de la tierra por él invenida; cual en los cuadros litúrgicos en el Eterno sobre toda su Creación. Cierto; habiendo encontrado y descubierto América, ni supo la importancia y extensión del hallazgo, ni quiso el hado ciego que le pudiera dar su nombre inmortal, prestado á la jóven tierra por un dependiente suyo, por un piloto de orden secundario. Pero, en desquite de esto, deja entre sombras, por los segundos términos de la fama, fuera del altar suyo único, lejos de su gloria universal, á los demás descubridores y náutas, cuyos nombres las crónicas de los descubrimientos guardan en sus preciosos anales. El primer nómada que se apartó de los ríos y se internó en las arenas del desierto; la primera navecilla confiada por el atrevimiento humano á las ondas hirvientes; el explorador fenicio que recalara en Cartago; el taimado heleno, constreñido á huir de los escollos, contra cuyas estrías los esquifes se rompen, y á taparse ojos y oídos

para volver á la patria y no quedarse adscrito á los seguros puertos y á las rientes costas; el perseguido rebuscador del áureo vellón; todos cuantos, por medio de arriesgadas expediciones, han descubierto ignotos territorios ó comunicado entre sí apartadas gentes, permanecen allá en las penumbras del crepúsculo matutino, muy natural á los comienzos de las edades históricas; imaginarios y fabulosos seres, cual esos quiméricos evocados en los monumentos hidráulicos á la continua, cuyos humanos cuerpos terminan en colas de delfines y pasan por seres naturales ó verdaderos en la credulidad fácil de los pueblos prehistóricos. ¡Cuanta vaguedad en figuras, como las de Ulyses, Jason, Dido y cien otras, que representan en los infinitos horizontes del tiempo los primeros descubridores y los primeros descubrimientos, con la indesición propia de unas edades, en cuyos senos concluyen por confundirse la poesía y la historia! Venido el descubridor por excelencia en tiempos de madurez para la razón humana y de reconciliaciones entre la naturaleza y el espíritu, en tiempos de renovación religiosa y científica, su persona se dibuja con delineamientos por tal modo matemáticos y se tiñe de color tan claro, que no se confundirá con otra ninguna y no podrá eclipsarse tras los inciertos celajes, cuyos arreboles rodean otras personalidades históricas de primer orden, quienes, más infelices, no han rayado, con todos sus méritos, donde rayara Colón, y menos conseguido, cual este consiguiera, un recuerdo y un reconocimiento universal. El paso por los estrechos que unen dos mares como el Atlántico y el Pacífico; la entrada en China de las Órdenes religiosas; los viajes por el África desde los tiempos del infante D. Enrique hasta los tiempos de Alburquerque; la invención del Cabo de Buena Esperanza; el desfloramiento de aguas fluviales como las formadas por los ríos Amazonas y Mississipí; la reintegración en el víejo mundo y en la vida nuestra de regiones como las Indias orientales; por tantos tiempos olvidadas, y á conjuros milagrosos como los de Gama, redivivas en la comunidad universal de

pueblos; tantos y tantos milagrosos hechos no han obtenido, ni en la Historia, ni en la la leyenda ni en el Teatro, ni en el poema, la fervorosa y constante admiración prestadas por todos al descubrimiento de América y á las incidencias múltiples que prepararon y lo produjeron en periodo tan excepcional extraordinario. Yo atribuyo esta felicidad histórica de tamaño héroe al martirio suyo, mejor dicho, à la virtud y eficacia que para inmortalizar lo deleznable y mortal guardan en si las penas, que acaban á una con la vida de un día para granjearnos la vida eterna; pues sangre y lágrimas del martirio bautizan y aperciben para la eternidad. Aquel combate porfiadísimo del descubridor con la supersticiones antes de su invención milagrosa, y aquel otro después de su invención milagrosa con los propios yerros y las agenas ingratitudes, hanle ceñido una corona tal de abrojos, que ceda una de sus espinas, si mientras vivía le trituraban las sienes, después de muerto se han convertido en luminosos rayos de gloria. Bajo todos los altares debe haber siempre su respectivo sacrificio.

Los descubrimientos y los descubridores apenas ocupan en los panteones de la Historia el merecido lugar. Deslumbrados los cronistas por el espectáculo tormentoso de la guerra que mata, no han atendido al espectáculo tranquilo de la industria que vivifica. El combate precede al trabajo. Los nombres de Nino, de Sesostris, de Nabucodonosor, se oyen más en las edades que los nombres de aquellos bienhechores del género humano, por cuyos esfuerzos obtuvimos el imperio y dominación sobre la Naturaleza y la materia, tan rebeldes á nuestra voluntad y pensamiento. Imaginaos enredado el hombre primitivo, en una existencia casi vegetativa, con las raíces del mundo inferiór inorgánico; sin fuego á su disposición todavia; sin medio ninguno de forjar y machacar el hierro; vestido con los filamentos de los árboles que le procuran las lianas de los bosques gigantescos; armado de un hacha conseguida con rozamientos que han dado á las piedras toscas filo; en el seno de cavernas

abiertas bajo las aguas y parecidas á la gruta por los castores cavada en sus rudimentarios instintos; forzado á comer, como alimañas feroces, de la depredación feroz, á sus guerras eternales siguiente; en una batalla sin tèrmino con los elementos airados y en una guerra sin tregua con todas las especies inferiores; imagináoslo así confundido con la naturaleza y apenas elevado un punto de las escalas animales; ayuntándose al corso con su hembra, sin presentimiento siquiera de la posteridad; y decidme cuál gradería tendrá el trono de sus invenciones, cuando lo ha elevado desde semejantes miserias á eminencias, donde ha cogido en su puño el rayo tonante y prestado así á su palabra, como á su escritura, las tempestuosas alas del relámpago. La historia no ha recogido los nombres de los primeros inventores ni los actos de las primeras invenciones; y los ha recogido la poética leyenda, segun hánselos dado á conocer las consejas orales, cuyo sentido, al pasar de labio en labio, se modifica y altera. El nombre de Prometeo, del Titán que roba su fuego á Júpiter, el fuego que no sabe procurarse ninguna otra especie más que la especie humana; ese mitho está mezclado á la invención de la llama del hogar, ó sea, del etéreo elemento, cuya luz nos esclarece y cuyo calor nos anima. La sabida leyenda, que pasa de mitología en mitología, leyenda personificada por Ceres, cuya hija, tan amada, tan bella, tan inocente, la diosa Proserpina, baja una parte del año al orco y asciende otra parte mejor al Olimpo, no enseña en el fondo sino que los hombres han inventado el trigo, sujeto á pasar de las tenebrosidades del surco bajo los hielos del invierno al brote de sus espigas en los calores de la primavera. Y el episodio bíblico de Noé, por la ciencia moderna encontrado, tal como se halla por los primeros capítulos del Génesis, en las leyendas orales de la Caldea, representa y significa la invención del vino. Así, cuantos quieran enterarse de lo que valen las grandes invenciones ó los inmortales descubridores en la tradición oral, no tienen más que dirigirse á cualquiera de los libros

PRÓLOGO

NADA más propio del artista y del poeta que requerir la originalidad; nada más impropio del historiador y del político. Sugestiones y hechuras de genial inspiración, las obras artísticas y poéticas ostentan el sello indeleble de una sola personalidad, la cual surge sin predecesores casi del suelo al Olimpo, y está condenada por su nativa grandeza en el tiempo á no tener herederos, conforme ha sucedido con Shakespeare y con Cervantes. Pero, ajenas á la voluntad individual y á nuestro íntimo albedrío las humanas sociedades, y su forma el Estado, parecen como una obra secular de las estudiadas por el geólogo en los espacios terrestres; y más agenas aún las edades que se han sucedido en el trascurso de los tiempos, el estadista, y sobre todo, el historiador, deben atenerse á la realidad objetiva y no á la subjetiva creencia ó idea. Sin embargo, fenómeno frecuentísimo en historia y en política la sustitución del pensamiento individual á las grandes objetividades, que han surgido en el tiempo y en el espacio, tan fuera y tan léjos y tan aparte de nuestra voluntad de nuestro pensamiento, como el suelo en que nacemos ó el aire que respiramos. ¡Cuántas veces un historiador se pone á disertar sobre lo que hubiera pasado en

el mundo á no morir de muerte violentísima César, dadas las maravillas de sus proyectos, y sobre la inoportunidad con que llegaron al Imperio romano las tribus del Norte, cuando aceptara el cristianismo en Bizancio Constantino y rehiciera la cultura helénica el poeta y filósofo alejandrino con diadema que se llamó Juliano! La intuición puede llenar con las urdimbres relucientes y multicolores de sus ensueños y fantasías el mundo real; pero la observación y la experiencia, predominantes en los estudios históricos y sociales, deben atenerse á la verdad. Por no verla en sí, hay algunos historiadores hispanos que inscriben muy graves entre las desgracias patrias del descubrimiento de América, juzgándolo agotador de nuestra raza, como hay algunos escritores americanos que maldicen muy sérios la llegada de nuestra nación allí, especie de serpiente metida en el edén primitivo sin mancha, donde vivían inocentes y tranquilos, en casta desnudez y perdurable ociosidad, sus padres sin pecado. Yo seré un poco á lo Bossuet en mis miramientos con la Providencia de Dios, ó un mucho á lo Hegel en mis convicciones de que la idea humana, el conjunto de ideas humanas, constitutivo de la civilizacion terrestre, se determina en series logicas por medio de un movimiento dialéctico interno, ajeno en absoluto á nuestra voluntad individual, y tan encadenado en sus nexos invisibles, que no puede ni quitarse, ni añadirse un hecho capital, producto del tiempo eterno, cuya virtud, así como transforma esas masas ígneas á que llaman sòles en habitables tierras, concreta los hechos más singulares en sistema con otros inacabables hechos, consiguientes al primero, su generador, los cuales llegan á formar en las líneas del espacio y en las horas del tiempo una edad histórica de incontestada evidencia. Nosotros no pudimos menos que descubrir América; y América no pudo menos qué ser descubierta por nosotros en el plan providencial o lógico de la humana historia. ¿Cuál civilización, cuál de las conocidas, una vez al zenith llegada, dejó de tener la expansión que tuvo la cultura española en el siglo décimoquinto? Los arios nacidos

sobre la meseta central del Asia, llegaron, á impulsos del movimiento expansivo, de un lado, hasta la desembocadura del Ganges, y de otro lado, hasta la desembocadura del Eufrates; los egipcios ascendieron desde las bocas del Nilo á las arenas de Libia y Etiopía; los caldeos entraron en la Bactriana por Oriente, la Bactriana, techo del mundo, y en Jerusalén por Occidente, Jerusalén, santuario de la metafísica religiosa; en cuanto Tiro tuvo los cedros del bíblico Líbano flotando en el Mediterráneo, bajo sus piés y en sus manos la letra del revelador alfabeto abordó á Cartago y á Gades, señoreó la costa meridional de Mediterráneo y circunvaló el Africa; la civilización helénica no podía quedarse á la sombra del armonioso Parthenón, oyendo el dúo compuesto por el Cefiso y el Alfeo bajo su bóveda de laureles, tuvo que volver al Asia, de donde había venido, y que llegar en sus expansiones á Cachemira por los bosques indios, y á las Pirámides por el desierto africano; la civilizacion latina concibió la idea universal del derecho civil, no para ella misma, para el mundo entero, y así necesitó conquistarlo primero y esclarecerlo después; la civilización católica no se redujo á Europa en cuanto rebasara su infancia, como no podía la civilización mongola por su parte, así que constituyó su Estado, reducirse á Tartaria, y por ello, mientras los turcos bajaban en sus irrupciones al Bósforo, subían los cristianos en sus cruzadas á Siria; como la cultura española, tan espléndida, no podía quedar encerrada entre los Pirineos y la desembocadura del Tajo y del Estrecho, necesitó extenderse, y para extenderse, mientras Portugal encontraba las perdidas Indias, nosotros evocábamos entre los dos Océanos América, en la hora providencial en que la conciencia se renovaba por la revolución religiosa, el pensamiento se redimía y se multiplicaba por medio de la prensa, y el arte revivía y la Historia se completaba en el Renacimiento. Ministros de Dios y servidores de la humanidad fueron, pues los marinos hispanos que hallaron el Nuevo Mundo en la soledad de los mares.

Para ver cómo las fuerzas naturales y las fuerzas humanas concurren á estas grandes obras históricas, no hay sino estudiar la repetición de los mismos hechos en tiempos entre sí apartados y en pueblos entre sí diferentes. El curso de la civilización se relaciona con el curso de las aguas. En las riberas, como los faros, los ideales. El curso de los ríos coincide con el movimiento de las almas. Los brahamanes del Indo, los magos del Tigris, los profetas del Jordán, los sacerdotes del Nilo, los filósofos del Pireo nos dicen cómo las civilizaciones se dilatan por costas y riberas. Puede asegurarse que la civilización ha sido primero fluvial, después mediterránea, y por último, interoceánica. La tierra por Dios á este fin apercibida; la que debìa transformar en interoceánica la civilización encerrada desde los tiempos fenicios hasta el siglo décimoquinto en el Mediterráneo; era la península que tiene sobre las costas mediterráneas, Barcelona y Valencia, y Cartagena y Málaga, como sobre las costas oceánicas Lisboa y Huelva y Cádiz, y hasta cierto punto Sevilla. Tal como estaba el descubrimiento de América en la serie natural de los hechos históricos, no hay más que saludarlo con toda la efusión de nuestras almas sin volver los ojos á tésis tan baldía como la incomprehensible tesis de si hubiese sido mejor no descubrirla ni civilizarla por medio de aquel, nuestro singular y titánico esfuerzo, el cual parecía movido por los egoísmos de raza y resultó en procomún de la civilización universal. Aunque América no hubiese otra cosa hecho que renovar la vida, bienaventurada su presencia entre los viejos continentes y su arribo providencial á la común cultura cristiana. Bendito, mil veces bendito el Nuevo Mundo. La mezcla de su vida con la vida europea trajo alimentos, al pobre tan indispensables, como el maiz y como la patata. El número de medicinas, con que robusteciera nuestra complexión, y ahuyentara tantas enfermedades terribles como nos asaltan, algún día, cuando entre la historia más en el acervo común de los conocimientos populares, quedará escrito con recuerdos indelebles por la ingratitud universal. Basta recordar que le debe-

mos la quina, basta, para entender cuántas enfermedades terribles ha conjurado y qué fieltro de salud ha difundido en las humanas venas. Aquel inmenso continente, desde uno á otro polo extendido; por manera tan feliz angostado en el istmo que une como sortija preciosa los dos hemisferios; revelador del cielo austral con sus astros nuevos y sus constelaciones multiformes; cortado por venas de agua tranquila y mansa tan idóneas para facilitar las comunicaciones; con el Pacífico á un lado y á otro el Atlántico, maravillosos ambos; por un collar de islas unido á Europa y por otro collar de islas unido al Asia; con pampas donde hay espacio y alimento para innumerables generaciones; con ríos que creeríais mediterráneos y cuyos desagües endulzan las marinas sales; con cordilleras donde brillan los ventisqueros y los volcanes reunidos en alturas tan enormes, que parecen estrellas de diversos colores y aspectos; con bosques henchidos de tal savia, que llegan por sus excesos á producir como una voraz combustión de vida, y con vetas tan abundantes de metales ricos y con criaderos tan copiosos de pedrería inapreciable; con tal número de aromas y especias, que los tomaríais por jugo de una sangre nueva, y con tal corte de costas, bahías y puertos, que convidan al comercio, al cambio; no solamente centuplicó las fuerzas materiales del hombre allegándole con prodigalidad el producto de sus producciones, rejuveneció el planeta en general y particularmente nuestro humano ser anegándole en éter inmaculado y nuevo. Como la revolución religiosa renovó la conciencia; como la Pascua de Renacimiento renovó las artes; América renovó la naturaleza. Y, tanto como la Naturaleza, renovó la sociedad. Los cambios del comercio nuevo excedieron á los productos del suelo antiguo. Concluyó la guerra por la guerra, signo de los tiempos feudales; y empezó la guerra y la conquista por el provecho material, un relativo bien. A los afanes por el combate sucedieron los afanes por la navegación. Los cruzados se trocaron en exploradores. Recibió un terrible sacudimiento la propiedad feudal con aquella competencia de campos jóvenes

entregados al trabajo y á la colonizacíón. Ninguna casta posible allí como en Asia; ninguna teocracia como en Africa; ninguna monarquía como en Europa. La Religión misma, llegada en el período crítico de sus renovaciones completas, no podrá pasar allí por las fases que tuvo aquí en la Edad Media. Esta falta de las sobreposiciones históricas, tan gravosas con su gran pesadumbre sobre las tierras del viejo continente, imposibilitaba el privilegio y favorecía la libertad, como la falta de cultivo en las tierras vírgenes prepara y apercibe á toda clase de plantaciones y siembras el campo hinchado por intenso vegetal jugo. No podían los privilegios allí brotar de las raíces del tiempo histórico y de la vieja tradición como entre nosotros. Semejábase aquel espacio americano á encerado inmenso, permitiendo escribir en él todas las fórmulas algebraicas de los problemas sociales, como lo demuestra la sociedad republicana establecida por los Puritanos en la Pensylvania ó la sociedad comunista organizada por los jesuitas en el Paraguay. Tierra de la navegación, del cambio, del comercio, de las exploraciones, de los descubrimientos, de las cruzadas mercantiles, puesta en sus comienzos y principios so el amparo de la tutela europea, debía concluir por ser más tarde, allá en la madurez de su desarrollo, tierra de progreso, de libertad, de democracia, de república, de todos los nuevos ideales, más realizables en aquella Naturaleza sin escombros y en aquella sociedad sin recuerdos, que aquí en esta Naturaleza tan trabajada donde llevamos dentro de nosotros mismos, en nuestro espíritu, como dentro de un cementerio inmenso, tantos y tantos muertos. No debe, pues, haber más que uaa voz en el mundo europeo para bendecir el descubrimiento de América y el pueblo descubridor.

Pero cosa más fácil convencer á los españoles y demás europeos de cuánto bien hicieron en descubrir América que convencer á los americanos de cuánto bien les reportara el ser descubiertos. Los que habitan el territorio, antes hollado por las tribus primitivas indias, lloran su edén perdido, como nuestros

padres echados del Paraíso; y los que habitan el espacio consagrado por dos tan aventajadas civilizaciones como la inca y la azteca, lloran unos Imperios, en su concepto y sentir, sabios al modo de los consultados y encarecidos por Pitágoras y por Platón. En vano la ponderada ciencia moderna, tan admiradora de sus colosales edificios, pone ante sus ojos el término que representaron en el desarrollo de la humanidad sus Imperios, un término á lo sumo análogo con los Imperios caldeo y asirio: creen á puño cerrado en la virtud intrínseca de aquellas religiones, y juran por el adelanto enorme de aquellas sociedades, convencidísimos de que interrumpiéramos una vida, la cual, abandonada en el aislamiento y en el silencio á sí misma, hubiera concluído por alcanzar desarrollo, á cuyo término se producen como frutos naturales cerebros superiores al de Servert ó Calderon, y metafísica y moral tan perfectas como la moral y la metafísica del Cristianismo. En vano, para mostrarles cual suerte hubieran corrido en su abandono y en su silencio, les mostró la Historia filosófica un imperio no perturbado por los descubrimientos ó por los descubridores europeos, como el Imperio chino; jamás quieren á la evidencia rendirse y siempre hablan de aquellos postizos abuelos que se han decretado á sí en lengua castellana y bajo apellidos tan aztecas como Garcia ó como Ramirez. Si; la China consiguió una civilización en el Viejo Mundo superior á la civilización prehispánica en el Nuevo, pues una especie de moral sin metafísica, bien semejante á la predicada por el positivismo á la moda, señoreó allí las conciencias; un colegio de bibliotecarios y escritores, como en parte alguna se ha visto ningún otro igual, guardó integérrimo el saber, legado de unos siglos á otros siglos; un culto á los progenitores muertos, convertido en religión doméstica, hizo del hogar templo y de la paternidad sacerdocio; un régimen industrial, como el soñado por la sociología contemporánea, señaló con medida el trabajo y lo distribuyó con provecho; unas faenas agrícolas de primer orden fecundaron el suelo con cultivo intenso y lo regaron sabiamente con próvida

irrigación; un cúmulo perdurable de noticias é ideas mantenido por los mayorazgos de la tradición intelectual, prosperó dicho movimiento, á cuyo calor encontraron alfabeto, prensa, brújula, pólvora y aún telescopio; pero como decidieran, en la perversión del sentido común, guardarlo todo para sí tras el circuito de su formidable muralla, no han pasado todavía de la infancia cuando son ya presa de una vejez deshonrosa y decrépita: que resultan grandezas estériles todas cuantas son inútiles á la Humanidad y á sus progresos. Por el descubrimiento aún pasan los americanos; pero no pasan por la conquista. Mas yo les pregunto: ¿que remedio nos queda, si de tal modo nos hizo la Naturaleza? Renegar de los conquistadores porque guerrearon, equivaldría, en último término, á renegar de toda la estirpe humana y de toda la progenie nuestra, porque comenzó en el hombre prehistórico, forzado por el medio ambiente suyo y por las imposiciones del fatalismo universal á una perpétua matanza. Somos hijos del sacrificador que inmolaba los prisioneros de guerra; hijos del canibal que se nutria de carne humana; hijos del inquisidor que aventaba las cenizas de los herejes á los cuatro puntos del aire; pues en cada húngaro hay por siempre un Atila, en cada germano un Genserico, en cada noruego y demás escandinavos, hoy tan buenos, un pirata oceánico, en cada francés un celta inmolador de víctimas humanas, en cada inglés culto y libre un Picto bárbaro, y en todos los hombres una triste ascendencia sujeta por su mal á cien fatalidades inevitables, de cuyo imperio no podían eximirse por ningún excepcional buleto los descubridores y los conquistadores de América. Cuando yo leo las indignaciones de los enciclopedistas del siglo pasado contra las crueldades hispanas en el Nuevo Mundo, no puedo ménos qne recordar las crueldades apercibídas y preparadas por ellos sin quererlo y sin saberlo en las enormes cristalizaciones de sus ideas á que llamamos revolución francesa. Los cultísimos discípulos de la enciclopedia se portaron como caníbales. Ensangréntaronse Ródano y Sena con la sangre que destilaba la

guillotina de París y con la sangre que diluviaban las matanzas de Lyon. Los innovadores, no obstante haber escrito el humano derecho en la conciencia de nuestra humanidad emancipada, renovaron los degüellos de San Bartolomé tras tantas revelaciones nuevas de las ciencia y tras tanta progresión increible de la idea. Pero, sin oscurecer nuestra conciencia en complicidad ninguna con el terror, maldiciéndolo y abominándolo, seríamos indignos de pertenecer al genero humano, si no proclamásemos tres veces santa la revolución francesa, Génesis del espíritu moderno, y no declaráramos que ha roto las cadenas de todos los esclavos y las argollas de todos los tormentos, desarraigando las raíces del despotismo y reconociendo en el género humano su natural prístina libertad. Pues lo mismo digo del descubrimiento de América, lo mismo. En otro planeta, con otra humanidad, bajo leyes diversas de las leyes vigentes sobre nuestra especie, acaso hubiérase realizado la indispensable apropiación del Nuevo Mundo por el viejo á impulsos del amor, en virtud y por eficacia de suave y fraternal predicación. Querer el descubrimiento de América sin guerra, la guerra sin conquista, la conquista sin violencia, la violencia sin estrago, el estrago sin ruina y desolaciones, equivale á querer el parto sin dolor y la vida sin muerte. Quien haya guerreado con medios distintos que los esgrimidos por España, puede tirar á España la primera piedra. Cualquiera guerra civil entre pueblos hermanos renueva los horrores de una conquista entre pueblos extranjeros mutuamente unos á otros.

La identidad completa del género humano se conoce, no solo en las comunes grandezas, en las desgracias también comunes. Nada prueba que los pueblos no pueden echarse, historicamente considerados, cosa ninguna en rostro, cual esas idénticas miserias de que, sin excepción, por sus comienzos adolecen. Así como en la célula todo está confundido, en fetos tales de sociedad, como las tribus primitivas de cualquier continente, la semejanza es mucho mayor que entre las sociedades creadas y

maduras. Leyendo yo al escritor Acosta en su libro del origen de los indios, no pude menos que decir y exclamar: *¡Sancta simplicitas!* Trata de probar Acosta cómo los indios provienen de los mismos españoles que los conquistaron, y á este fin recoge cuantos rasgos encuentra en las historias sobre las familias hispanas primitivas, y se los aplica sin empacho, ni escrúpulo, ni meditación á los indios, por haber topado con iguales rasgos en los primitivos historiadores de Indias, no cayendo en la cuenta de cómo han empezado todos por salvajes y de cómo todos los salvajes se asemejan. Así dice como fueran los españoles de costumbres feroces, y usáran groseros mantenimientos, y pecasen de idólatras, y consultaran agüeros, y permutasen las cosas unas con otras sin tener idea del dinero, y se deleitaran en llevar los cabellos largos, y no conociesen la política y menos la crianza, é hicieran sacrificios hasta de hombres; con todo lo cual demostraban, en sentir suyo, haber generado á los indios, de quienes cuenta la tradición cosas idénticas á las que cuentan de los iberos Plutarco, Estrabón, Tito Livio, y casi todos los historiadores antiguos en sus viejas narracciones clásicas. Las luces traidas por las ciencias contemporáneas acerca del hombre primitivo y de las edades prehistóricas, mucho cambian la historia de nuestra especie, mostrándonos cuán misérrimo fuera su origen y cuán tardo y lento su gradual desarrollo. Mientras todas las teogonías convienen á una en paraísos ó edenes, dispuestos como albergues de una felicidad completa y sin mancha, el pecado los desparramó de tal manera sobre la tierra y sus varias zonas, que solamente se topa con huellas de tristísimos estados humanos, confinantes casi con la vida material de los animales y ejemplos de una especie sumida por las entrañas del planeta é identificada con la Naturaleza casi en una confusión espantosa. Por los terrenos primario, secundario, terciario, no aparece, no, el organismo humano, de todo punto incompatible con aquellos ambientes vitales. No podíamos vivir allí, como no podemos vivir en hogueras voraces

ó en océanos hirvientes. El terreno cuaternario genera en su aire más puro y en su clima de mayor suavidad al hombre. Y en este mismo terreno han de ser sus Bautistas muchas plantas vivificadoras y muchas especies animadas. Antes de nuestra venida, las rosáceas debieron aromar los aires; las gramineas apercibirse á trasmitirnos el jugo chupado á la tierra por sus raices; las abejas, después de recibir en metamorfosis varias las dobles alas con que discurren de flor en flor, sacar á estas grandes elaboradoras y transformadoras de la vida, con punzantes aguijones, las mieles de sus respectivos cálices, pintados y aromosos. Por los inmensos espacios, más ó menos desiertos, corría ya el gigantesco avestruz, con alas y sin vuelo, para los primeros transportes muy apropiado, ágil y celero, mientras de los picos inaccesibles á la tempestad y bañados en las superiores regiones de un aire puro y enrarecido, bajaban á bandadas los cóndores, depositando en sus vientres insaciables los cadáveres é impidiendo asi la putrefacción universal. Y poco á poco modificadas las especies todas, vinieron aquellas varias, sin cuya cooperación apenas comprendemos la vida. El elefante abrió camino en las selvas espesísimas con su trompa gigantesca, y puso en precipitada fuga los animales carniceros que nos combatian y que nos cerraban aquellas vías triunfales, conducentes á nuestra dominación sobre la tierra. El camello poníase de rodillas, como brindando su lomo seguro al viaje, y en los almacenes de sus buches y de sus estómagos guardaba el agua y el alimento necesarios á largas peregrinaciones. Aparecían los perros á guisa de un ejército de caza, disciplinado y sometido por instintiva providencial fidelidad. El pez y el ave, para cumplir las finalidades varias de las cosas, comenzaron á purificar aires y aguas, por lo que unos pudieran ser con facilidad respirados y las otras bebidas en la transformación universal. Cuando se observa esto, ya no parece maravilloso y extraño que pueblos poco dispuestos á comprender las causas primeras se detuvieran en las segundas y adoraran á las especies purificadoras de la tierra, cual

adora el egipcio al perro bajo la forma de su dios Anubis, ese animal que le ha servido con sumisa docilidad y le ha preservado de tantas asechanzas. Lo cierto es que las espirales de los organismos van en progresión ascendente, como si convergieran todas de acuerdo en instintiva intuición á producir el fruto divino por excelencia, creándo el humano cerebro. La tradicción religiosa quiere que la cuna del hombre haya estado en las tierras extendidas entre las riberas del Eufrates y las riberas del Tigris, mientras la ciencia, en sus hipótesis más ó menos autorizadas por la observación, coloca este lugar en la zona tórrida, como sitio más apropiado á nuestra primitiva desnudez y á nuestra connatural debilidad. Ninguna de tales suposiciones llegará jamás á esclarecerse, pues en torno de las ideas habrá siempre obscuros misterios, cual en torno de los astros espesísimas sombras. Lo averiguado es que, ora la debilidad primera del hombre proviniese de su pecado, como quiere la Religión, para cohonestar el mal humano con la divina bondad, ora proviniese de su naturaleza contingente, como quieren la mayor parte de los sistemas filosóficos, el comienzo de la humanidad está circuido por males sin cuento, y la vida primera, tal como nos la revela el estudio geológico aplicado á la historia, resulta por todo extremo bárbara y penosísima, en lo cual nos parecemos todos al comienzo de la vida humana, todos, asiáticos, europeos, africanos, indios orientales y occidentales, todos sin excepción.

¿Que mengua puede sufrir el cuerpo en haber pasado por las viscosidades primitivas de la célula; ni que mengua el alma en haber pasado por los balbuceos indecisos de la infancia? Pues lo mismo les acaece á las sociedades humanas. Ninguna de las llegadas á un superior estado de civilización y de cultura debe avergonzarse de haber pasado un dia por las primeras tribus donde laten los gérmenes de otra superior vida social. El griego, ascendido por esfuerzos de genio hasta producir lo perfecto, la Minerva de Fidias en escultura, el Timeo de Platón en filosofía,

el Edipo de Sófocles en tragedias, estuvo sujeto al matriarcado como los indios, y pasó por los sacrificios humanos sobre los dolmenes sangrientos como cualquier azteca. Bien ha podído atravesar la tierra generadora de Franklin y de Bello por donde atravesara la tierra generadora de Aristóteles y de Píndaro. Ahora, tenga los fundamentos que quiera la tësis de los americanos sobre una posesión de cultura prehispana superior á la difundida por nosotros allí, basta convertir la vista del espíritu á su continente pátrio en la edad nada remota de su invención, y comparar esta edad con la corriente del cuarto Centenario de esta invención misma, para persuadirse al juicio nuestro, al juicio de haber conseguido América la suma civilización moderna, obra de tantos siglos y esfuerzos en el Viejo Mundo, á costa de un tiempo muy corto y de sacrificios comunes, á la irremediable contíngencia de la misèrrima humana especie. Casualmente la revelación primera del mundo americano al mundo europeo tiene un historiador incomparable, tiene á Colón; y un documento de valor indecible, el diario, aunque mutilado, interesantísimo, del inmortal descubridor. Por tales testigos de mayor excepción se advierte que la vida social estaba en rudimentarios comienzos, compensados con tal dulzura de costumbres y tal ingenuidad de sentimientos y candor tan puro y tan grande ínocencia, que recuerda todo cuanto ha cantado la poesía sobre los goces de la bienaventuranza en los Campos Eliseos ó sobre la felicidad y ventura de nuestros padres en el Paraiso terrenal. Lo dicho por la utopía respecto de un estado de naturaleza en el hombre, anterior y superior al estado de civilización, se descubre, allí en las línèas escritas por el piloto desde su cámara ó al pié de su bitácora, mientras las islas van surgiendo sobre los mares vírgenes y bajo los cielos espléndidos como nereidas ceñidas con coronas de palmas. ¡Cuán dóciles y buenos los indios del islote primeramente descubierto y abordado por Colón, los indios de Guanahaní! Iban desnudos como Adán y Eva sin pecado; y no sentían el rubor en la mejilla, porque tampoco sen-

tían el remordimiento en la conciencia. Brindaban á sus huespedes con todo cuanto tenian, dándolo de grado. Poníanse los gorros colorados y las zarandajas muy sonantes de la civilización y cultura nuestra con extranezas y algazara de monos agasajados. Pintadas las carnes con multicolores zumos, ignorantes de las armas nuestras hasta tomar los sables por el filo, sin hierro de clase ninguna, y sin gobierno y sin comercio, desprovistos por completo de la imperiosa necesidad del trabajo, bien hallados con el alimento que les ofrecían las providas ramas de sus fructíferos árboles, parecen anticipaciones del hombre natural soñado por el revolucionario Rousseau, antes de firmar los contratos que han de sujetarlo á la sociedad y poetizado en las obras de los dos escritores que han encarecido con mayor elocuencia la vida vírgen del Nuevo Mundo, en las obras de Chateaubriand y de Saint-Pierre. Parecen, balanceándose á una sobre sus canoas, con los papagallos en el puño y el asombro en las miradas, unas especies mitológicas de aquellas que indicaban instintivamente los parentescos de la especie humana, con las especies inferiores y las raíces que tiene fruto como el humano cerebro en los demás organismos. Cual si fueran unos anfibios, con igual facilidad corrían por sus selvas que nadaban hasta largas distancias por sus mares. Así Colón perdió uno de los indios aprehendidos en la isla del Salvador, el cual creyó posible, arrojándose al agua, volver á su partida desde la isla de Santa Maria. Y en sus creencias y en sus fantasías y en sus afectos de pueblos niños tomaban á los españoles por dioses y les ofrecían acatamiento como á los ídolos, con brazos y ojos convertidos al cielo. Tendría que ver ei primero á quien Colón vistió, para enseñanza y captación de los demás, bonete colorado á la frente, cuentecillas de vidrio verde al brazo, cascabeles a las orejas, todo lo cual no valía cuatro maravedis. Y el ornado tan pajarescamente, apreciaba todas aquellas bujerías cual si fuesen verdaderos tesoros. Y cuando pasó de la Santa María, en 16 de Octubre, á la Fernandina, encontró indios más domésticos y los llamó á sí, por más duchos

en que la tradición oral se fija y se formula. Por ejemplo, la historia de los Patriarcas, desde la creación hasta el diluvio, apenas abraza una media docena de capítulos en el Génesis. Y á pesar de su brevedad narra las creaciones geológicas y las creaciones industriales. Dos genealogías, cuya raiz común está en Adán, se dividen, la una desde Caín y la otra desde Seth, bifurcándose luego en dos descendencias, ambas de inventores. La genealogía de Caín genera todos los grandes industriales hasta Tubal, en quien se inicia la édad verdadera del cobre; y la genealogía de Seth engendra los grandes agricultores hasta Noe mismo, en quien se inicia la edad verdadera del vino. De ningún modo la viña hubiese aparecido en el planeta sin que aquellos hombres tan fuertes domaran las alimañas indómitas y las uncieran al pesado yugo. Y no solamente se necesitó la sujeción de los animales al hombre, alcanzada tras tenaces resistencias; necesitóse forjar esos férreos instrumentos que hieren y abren el seno de nuestra madre la tierra, buscando en sus entrañas la vida universal. Examidad la descendencia de Cain y veréis cómo revela en sus primeros representantes todos los progresos del trabajo, á cuyo término coronará la espiga el trigo, brillará entre los pámpanos la uva, y los frutales ceñiránse con guirnaldas de olorosas flores y copia de sabrosos frutos. Henoch, hijo de Caín, edifica un hogar. Jarai fija la tienda, que llevaban en los hombros las tribus errantes, y trueca muchas especies bravas en domésticas. Tubal inventa las flautas, cuyos ecos acompañan el cántico de las aves y expiden las notas melodiosas del arte bajo los cielos y sobre las campiñas, amén de preparar, como Céres, el hierro, y preparándolo, forjar el azadón que abre los hoyos y el arado que abre los surcos. Entonces ya comienza el mundo, redimido por tales grandiosos esfuerzos del trabajo, á entrar en las armonías del cultivo agrario. Y aparece la vida. No hay que dudarlo, ha dado importancia grande la humanidad al descubrimiento del vino. Tras tantos siglos, después de haberse los cultos esperitualizado en

la medida que ahora los vemos, aun bajo las bóvedas de nuestras catedrales consagradas al Dios espíritu, y en torno de cuyas lámparas aletean enjambres de puros pensamientos metafísicos, el sacerdote ofrece ante los altares y sobre las aras libaciones de vino al cielo como la mejor entre todas sus ofrendas. Un dios ha tenido la clásica antigüedad para el vino; un dios llegado en peregrinación larguísima desde las Indias á Grecia, seguido por turbas ébrias, artífice de las más dulces melodías, personificación de los placeres, verdadero tipo del exceso en la vida y de la plenitud en el sér. Indudablemente no fueron arios quienes descubrieron el vino. La invención de tal vivificante licor se debe al semita. Así la poesía hebraica y sus efusiones líricas encontraron una cantera de tropos en la vid, en el vástago de la vid ó sarmiento, en el pámpano verde por la primavera y purpúreo por la otoñada, en el polen de las viñas, en el racimo hermoso, en la benéfica vendimia, en el oliente lagar de donde rebosa el mosto. Pues todo esto no quiere decir otra cosa, y no significa otra cosa á la verdad, sino que, asi como la invención ó descubrimiento del fuego encontró sus resonancias en las tradiciones relativas á Prometheo, la invencion ó descubrimiento del vino encontró sus resonancias en las tradiciones relativas á Baco y á Noé. Tal honda huella dejan en la humana memoria los inventores útiles.

Pues lo sucedido en la Mitología con el titán Prometheo y en la Biblia con el patriarca Noé, sucede á su vez en la Historia con el descubridor Colón. Su vida no se desarrolla en tiempo de leyendas y fábulas. Bien al revés nace, fluye, acaba, cuando comienza un cierto análisis crítico, á cuyos cortes mil poéticas leyendas se dividen y cercenan por completo el viejo mundo historico. Ni la fè religiosa, tan crédula que imagina el patrimonio temporal de los Papas una graciosa donación de Constantino, pudo mantener ante la crítica de doctores criados por èlla misma, ciertas piadosas creencias, las cuales, no en los cánones, pero sí en las devociones, revestían el sacratísimo carácter de ce-

lestiales dogmas. Y al par que la crítica se iniciaba, ingeríase á su vez en la Historia un factor tal como la Razón de Estado. Así, mientras Maquiavelo escribe al dictado de la ciencia política, trabajaba Colón en sus empresas, mezclando cálculos matemáticos, fines útiles é intuiciones reveladoras. Poco á poco, pues, van las gentes de fantasía, corazón y sentimiento, apoderándose de la ilustre personalidad de éste, y circuyéndola con poéticos misterios, como los arreboles con que la tarde rodea en su caída el ocaso, y como los espejismos con que el aire caldeado rodea, en los días ardientes, las arenas de los inmensos desiertos. El crecimiento de tamaña leyenda llego á lo increible. Cuando Colón educa su espíritu en todos los conocimientos racionales allegados hasta su edad; cuando propone á cuerpos universitarios y sabios la indispensable aceptación de sus proyectos, debidos en una parte á sus adivinaciones personales, y en otra parte á sus experiencias y á sus estudios, hijos del trabajo y del tiempo; cuando lo espera todo, en la preparación tenaz aquella, del Estado y del Gobierno, de magnates, arzobispos, frailes, reinas y reyes efectivos; cuando el saber y el cálculo entran por tanto como la intuición y el genio en sus planes, han querido muchas almas piadosas descubrir allí revelaciones como las antiguas del Eterno á sus profetas, milagros como los hechos por Moisés entre las orillas del Nilo y las orillas del Jordán, aspectos religiosos y sobrenaturales, hasta el extremo de trocar la biografía de un héroe tan histórico por lo menos como Lutero y Franklin, en capítulo piadoso de litúrgico santoral, y proponer á la Iglesia una beatificación como la que circunda hoy en los devocionarios católicos todos los nombres más ó menos gloriosos de la Cristiandad primitiva y heroica. Tan excepcional privilegio de Colón atribúyolo á que los descubrimientos y los descubridores hieren mucho la fantasía; y, sin embargo, entran menos en la Historia vulgar que los políticos y que los guerreros. ¿ Cuánto más no le importa hoy al hombre conocer quién halló el molino de harina, que conocer quién ganó la batalla de Arbelas? Como

la costumbre de la imitación impera casi tanto entre los hombres cual entre los monos, repetimos lo que acabamos de decir arriba: un achaque, de antiguo contraído por los historiadores, ha compuesto la historia humana con espesa urdimbre de guerras y combates. Así, los descubrimientos han quedado en la penumbra de los crespúsculos y los relatos de ellos han adquirido un carácter intermedio entre la Historia y la fábula. Tal vez á esto, al carácter entre fabuloso y positivo que toma, por una regla general, el relato de los descubrimientos, débase la indiferencia con que los ha recibido el pueblo y la parquedad con que los ha contado la Historia. Lo cierto es que, poniendo enfrente los volúmenes consagrados á la política y la guerra, de los volúmenes consagrados al trabajo y á la industria, se queda uno pasmado y asombradísimo de la increible desproporción. Aun la comprendo en edades que creían vil el trabajo manual y menospreciaban el tráfico, relegado á gentes de poco más ó menos, inhabilitadas de hombrearse con los hidalgos. Pero en la edad nuestra, la edad por excelencia del trabajo y de la industria, mientras los nombres de los generales por doquier corren y se divulgan, el nombre de los descubridores cae con la mayor facilidad en triste olvido ingrato. Por un Galvani, por un Franklin, por un Daguerre, por un Edison, que han difundido entre todas las clases el renombre propio y han puesto á los descubrimientos el sello de sus apellidos, ¡qué número de olvidadas ó desconocidas glorias! Cuando vamos por el ferro-carril, como en alas del viento, no tenemos un recuerdo para Wath, que aplicó el vapor al transporte; ni para los ingenieros que acabaron la primera línea de Liverpool á Manchester en 1830. Y mucho más de lo que sucede con el vapor, sucede con el telégrafo. Se opera el milagro á vuestra vista: la palabra puesta en cualquier aparato de la Florida ó de la Patagonia, llega instantáneamente á vuestros oídos; el hecho que ha pasado dentro de la muralla china ó al borde de los ríos índicos, se os noticia tan pronto cual si hubiera pasado en vuestra vecindad ó en vuetro barrio; por

unos ililllos de metal, que burlan los climas y los océanos, estais como á un mismo tiempo en todas partes, y sentís los efectos y las ideas del gènero humano cual si formarais con todos nuestros semejantes un solo cuerpo: sin embargo, nada sabéis de profesor de Gotinga, Lichtenberg, el primero en aplicar la electricidad á la telegrafía; ni el industrioso Weatstone, el primero en establecer una línea en Inglaterra; ní del inmortal Morse, más conocido entre la gente de oficio, entre los telegrafistas, que los anteriores, pero desconocido en el pueblo, no obstante haber obligado la máquina eléctrica á escribir y casi hablar con sus campanillas de alarma: magos milagrosísimos y sobrenaturales, más que los buscadores de la piedra filosofal, pues han hallado riquezas no comparables al oro en los medios de centuplicar las fuerzas de nuestra especie y extender sobre la creación el imperio de nuestra inteligencia y la intensidad de nuestra vida. Las gentes de lo porvenir no habrán de ser tan ingratas. Los primeros años del siglo crecerán en la memoria universal, no por esas victorias napoleónicas, en mil poemas divinizadas, nó ciertamente, por otro mejor timbre, por esa pila de Volta, donde la difusa electricidad se condensa, y que guarda en sus líquidos y en sus metales corrientes y fuerzas, como si fuera un reducido Universo, un resúmen de la química con que producen y conservan la vida los grandes agentes de la Naturaleza. Hoy mismo, cuando entráis en la catedral de Pisa, bajo aquellas bovedas semi-orientales, en los senos del edificio por excelencia original que nos ha legado la Edad Media, vuestros ojos se fijan y vuestro espíritu se reconcentra sobre aquella lámpara suspendida de la piedra central del crucero, que despertó con su llama vacilante, á Dios consagrada, y con sus oscilaciones continuas, la teoría del péndulo en la inteligencia de Galileo para que demostrase la figura del globo y su eterno movimiento por las esferas celestes. Los pueblos cambiarán sus peregrinaciones de hoy por otras peregrinaciones en tiempos no lejanos. Y agradecidos á todos sus bienhechores, irán á ver, por ejemplo

el escollo cercano á Alejandría, conocido con la denominación de Faros, por el cual se denominan faros tamáién esas estrellas terrestres, esas próvidas lmminarias, esos guias salvadores que muestran al navegante las castas y le excitan á luchar con las tormentas y á obtener las victorias del trabajo sobre la fuerza, sin las cuales victorias no tiene valor alguno la vida. En verdad que, para entender la importancia de los descubrimientos, se necesíta cambiar por completo el sentido histórico y hasta el sentido poético. Si un dia por la huerta de Játiva os paseáis, pocos sabrón deciros que allí se descubrió el papel de escribir á la moderna, tan diverso del papiro de unos y del pergamino de otros, cuyo empleo estaba reservado por su coste á los poderosos y á los magnates. La tenue hoja, cayendo en todas las manos, inicia la emancipación intelectual de la humanidad. Cuando la cogéis descuidados, cuando le infundís vuestro pensamiento y le confiáis vuestro secreto, jamás os asaltará la idea de todo cuanto he hecho esa leve materia, tan barata y extendida, por vuestra lenta redención. Los chinos, raza bien poco religiosa, casi han dívinizado, y si no divinado. inmortalizado, al tercer Emperador de la dinastía Tag por haber descubierto el papel. Mas todo el mundo sabe la inutilidad completa de las invenciones chinas para nosotros. Aislado este pueblo por su muralla, que lo dividia del mundo, ha sentido nuestras mismas necesidades y las ha satisfecho de un modo parecido al nuestro; pero las invenciones chinas, su brújula, su pólvora, su papel, no se comunicaron al resto del Asia, ni mucho menos á Europa. Cuando en la Edad Media se halló el aguardiente, creyeron todos que se había encontrado el elixir de la inmortalidad. Y hallado por el cordobés Abul Hasem en aquellos jardines cercanos á Córdoba, y de los cuales únicamente quedan reflejos en correspondencia con su brillo por los relatos de las crónicas árabes, el tal médico mahometano comunicó su invento al sabio Arnaldo de Villanueva, su discípulo, y el sabio Arnaldo á otro discípulo suyo, no menos ilustre, Raimundo Lulio; y merced á las continuas comunicacio-

nes de Cataluña y de Provenza con Italia, se dilató por Europa. El papel y el aguardiente, ¡cuán útiles! Y sin embargo, ¡cuán ignorada su historia! Pues igual ha sucedido con todo. El estruendo de las armas ciertamente se ha oido más que los golpes del azadon y del arado sobre la tierra. Y nunca nos hubiéramos enseñoreado del planeta sin esa red maravillosa de invenc ones; que han contribuido á formarlo, como sus zonas geológicas, sus irradiaciones sucesivas, su enfriamiento gradual, sus terrenos sobrepuestos y todo lo demàs que nos ha enseñado la Historia natural de nuestro globo. Sin el astrolabio que para estudiar el cielo tenían las escuelas árabes de Córdoba y Sevilla; sin el Algebra que tanto facilita los cálculos enormes; sin la brújula que señala un punto seguro al barco perdido entre lo infinito del cielo y lo infinito del mar; sin la imprenta que, al medio siglo de inventada, servía ya mucho á prosperar el espíritu, no hubiera podido la invención del Nuevo Mundo verificarse, producto y resultado evidentísimo de una lenta y segura evolución graduada, como todos los grandes hechos humanos, los cuáles nunca sobrevinieron de improviso. El descubrimiento de América está en la Historia tan preparado, como está en la Geología preparada la tierra vegetal tras las zonas, que por sucesivas gradaciones han debido producirla en una especie de sucesion semejante á la que tienen las ideas en los sistemas filosóficos y los términos ó factores en las evoluciones asi materiales como lógicas. Cual una continua producción de profecias preparó los caminos á la venida de Cristo y á la revelación del Cristianismo una continua serie de sobrehumanos esfuerzos preparó la venida de Colón y el descubrimiento de la nueva tierra, semejante á renovado y prmaveral universo.

CAPÍTULO II.

NACIMIENTO Y CRIANZA DE COLÓN.

CUANDO á sus promedios el siglo décimoquinto se acercaba, por el año treinta y tres ó treinta y cuatro, nacía el descubridor por excelencia entre los descubridores, nacía Colón. La Naturaleza y la Providencia quisieron de consumo que tan excelso nauta creciese y se criase á orillas del mar. Los verdaderos centros de civilización y cultura históricos hanse de antiguo relacionado con riberas, ó sea con lugares próximos á las aguas. Tended los ojos por el mundo histórico, y veréis qué relación estrecha existe desde tiempos inmemoriales entre las corrientes de los ríos y las formaciones ó transformaciones de los Estados. El Indo y la India, el Eufrates y la Caldea, el Israel y su Jordán, los Faraones y el misterioso Nilo, Cartago y su ensenada en el Mediterráneo africano, Sidón y Tiro establecidas en el sitio donde parece que se aproximan por mediación de aquellas celestes aguas los tres continentes de la vieja tierra, Grecia y sus escultóricas costas y sus conocidísimos coros de islas, Italia y su estructura peninsular en el centro de nuestra Europa y del mar meridional europeo, España entre las aguas oceánicas y las aguas mediterráneas, dan, por sus respectivas situaciones fluviales ó marinas, una clarísima clave que

abre sus peculiarísimas historias. La soledad inmensa del mar enseña el infinito al hombre más todavía que la infinidad azul del cielo; porque mientras éste se halla sobre nuestra cabeza como dominándonos, aquél se tiende á nuestra pobre altura y muchas veces bajo nuestras propias manos. Todo en el mar os enseña la especie de ascensión á que los afectos grandes y los grandes pensamientos obligan al hombre, todo, sus oleajes, sus embravecimientos, sus trombas, sus vapores, qne suben y suben como en raudos espirales. No hay en la creación universal cosa ninguna tan bella como el mar, con sus frescas corrientes, sus celestes superficies, sus espumas jaspeadas de iris, sus estelas fosforescentes, sus animales multicolores, sus gérmenes gelatinosos que parecen embriones de vida ó semillas de mundos, los besos de sus curvas con las curvas del cielo. En el contacto entre un alma llena de fantasía y un mar lleno de vida y un cielo lleno de luz debía despertarse un génio como el genio creador de Colón. En cuanto saludáis las primeras palabras de su historia ó veis los primeros rasgos de su fisonomía, seguidamente advertís el sello espléndido grabado en su sér por el Mediterráneo. No puedé, no, desconocerse; así como hay un parentesca en pintura, por ejemplo, entre todos los artistas holandeses y flamencos, lo hay entre todos los pintores italianos, de Florencia, de Milán, de Roma, de Venecia, de Umbría. Y así como hay un parentesco entre los pintores italianos, hay un parentesco entre todos los marinos mediterráneos. Pues bien, al Mediterráneo, exclusivamente al Mediterráneo pertenece Colón, por la mezcla tan feliz de la inspiración y del càlculo, que lo hacen al mismo tiempo un comerciante y un profeta, capaz de moverse al aguijón del oro á guisa de cualquier nauta, que recorre los mares por el comercio, por el cambio y por el mezquino lucro, así como al llamamiento de la fe religiosa, en guisa de cruzado á quien se le aparece la cruz divina y el sepulcro de Cristo entre las tormentas que azotan su nave santa, ó entre los ardores del desierto, donde la sed y el hambre agobian sus fuerzas y mar-

tirizan su cuerpo. En el normando veis al marino siempre. Aquí, en el marino mediterráneo, veis, juntamente con el calculador, con el industrial, con el mercader, al religioso, al inspírado, al profeta y al martir. Quien desconozca como se han juntado en Colón ambos extremos, no quiera estudiarlo.

Lo que primeramente debemos considerar, estudiando á Colón, es el medio ambiente, como decimos ahora, en que vive y crece. Hombre maravilloso, en quien se unen acción y pensamiento, fantasía y cálculo, el espíritu generalizador de los filósofos y el espíritu práctico de los mercaderes; verdadero marino por sus atrevimientos y casi un religioso por sus deliquios; poeta y matemático; el tiempo y el espacio en que nace y crece nos dan facilidades grandísimas de conocerlo y apreciarlo. Apenas interesa la vida particular de un hombre que ha influido tanto en la Humanidad, como Aristóteles, quien resumió y clasificó todo el saber heleno, poco antes de que perdiera Grecia, por la pérdida luctuosa de su líbertad, el esplendor de su genio. Encerrado en su pensamiento, reducido á escribir libros para las generaciones futuras y á dar consejos al vencedor Alejandro, nos interesa mucho lo que pensó en su mente y nada nos interesa lo que hizo en su vida. Pero Colón está por tal manera unido á la realidad viviente que su historia nos interesa con vivísimo interés. Como no podemos abstraer y separar los cuerpos del espacio que los límita no podemos abstraer y separar las almas del tiempo en que viven. La esencia del espíritu conserva su íntima naturaleza y su interior unidad sobre la serie de los sucesos que pasan á su alrededor y sobre la corriente de los tiempos en que sus facultades se desarrollan. Pero no cabe duda, no, de que la edad en cuyo seno aparece un alma, y los sucesos, independientes de su inteligencia y de su albedrio, que la rodean, concluyen por modificarla profundamente y por ponerle un sello indeleble. Así como para juzgar el alma pura no se puede prescindir del cuerpo que la encierra, de su natural, de su complexión, de su temperamento, no se puede prescindir tam-

poco del siglo, de su carácter, de sus leyes, de sus instituciones, de sus hechos políticos. Cuando un alma trae aptitudes en consonancia con la edad en que ha de pasar por este mundo, las desenvuelve plenamente á manera de esos árboles brotados en terrenos propicios á su desarrollo y crecimíento. Arrojad sobre una época de paz la ingente alma de Napoleón el guerrero, y se atrofiará, careciendo de espacio y del medio indispensables para cumplir sus interiores vocaciones y para realizar sus maravillosas conquistas; pero poned esa misma alma, después de una revolución casi cósmica, en tiempos de guerra continua é incesante, al toque de la Marsellesa y al redoble de los tambores y al estampido de la artillería; veréis como sus facultades bélicas, sus instintos carniceros, su aptitud para aplicar las matemáticas á la estrategia y á la táctica, su poder para conducir los hombres al combate y á la matanza se desarrollan á una todos' no sólo por la explosión de las facultades internas, sino también por la facilidad que le ofrece un mundo subvertido y desgarrado á los estremecimientos de una batalla sin término y sin tregua. Colón fué como su edad, un profeta y un Bautista, y un revelador y un obrero de aquel renacimiento universal. El siglo décimoquinto fué un siglo muy propio para el desarrollo de las facultades que sobresalian con tan extraordinario relieve y color en su espíritu. Corre el tiempo eternamente, pero los siglos tienen caracteres que los hacen ó más definitivos ó más revolucionarios, caracteres que dan á sus instituciones un movimiento vertiginoso, ó las paran y las detienen sobre sólidos y duraderos fundamentos. Expliquemos con mayor sencillez este juicio. Hay en la Historia edades de reposo y hay en la Historia edades de movimiento. En las edades de reposo cada institución esta firme sobre su base, cada base está firme sobre la tierra. Luego hay otros siglos de transición, de cambio, de transformaciones, en que todo se renueva, todo, á la doble virtud del amor y de la muerte, No cabe dudar que en el siglo primero de nuestra era, por ejemplo, corriendo el tiempo con su medida igual, duraba

y perduraba el imperio; mientras que en el siglo quinto, el imperio se descomponía y destrozaba, reduciéndose todo él á fragmentos, porque era un siglo de transición el siglo quinto. Y lo mismo sucede desde el siglo octavo al siglo décimo. Los Carlovingios, en el primero de estos siglos fundan el feudalismo teocrático; y el feudalismo teocrático vive y domina hasta el siglo décimo con sus obispos señoriales, con su Iglesia sobre el patrimonio temporal asentada, con su imperio semifantástico sujeto completamente á la Iglesia. No era mucho, pues, que el espíritu humano creyese próxima en el año mil, como cumplimiento de innumerables profesías, la hora apocalíptica del Juicio final. Y este siglo décimo es un siglo de transicción, de movimiento, de transformaciones, como el mismo siglo quinto. Así puede decirse que desde principios del siglo primero á fines del siglo cuarto la sociedad tiene, sin dejar de moverse y transformarse, una fórmula en su cima y una base en sus cimientos, perdidas por completo y arrastradas á la eternidad en el revolucionario siglo quinto. Y lo mismo sucede desde el siglo sexto al siglo décimo; la sociedad tiene en estos cuatro siglos un caracter distinto al que ha de tomar despues de oida la hora última del año mil en el reloj misterioso de los tiempos. Desde Carlo Magno al siglo décimo feudalismo teocrático; desde el siglo décimo al término de la Edad Media feudalismo aristocrático. Y lo que decimos del siglo quinto y del stglo décimo, lo decimos también del siglo décimoquinto. Diríase que el tiempo tiene sus estaciones, sus fases, y que una soeiedad ha de recorrer necesariamente un período de cuatro siglos para transiormarse en transformaciones profundísimas. Lo cierto es que los cuatro grandes períodos de transición son éstos: siglo qñinto, siglo décimo, siglo décimoquinto y siglo décimonono. ¿Quién puede dudar que el siglo décimoquinto es uno de aquellos destinados á cumplir las transformaciones más radicales y más profundas? El Pontificado se paganiza hasta el extremo de parecer los Papas sumos sacerdotes de Júpiter; la religión un arte y un arte plástico. Los

poetas, los pintores, los escultores, verdaderos espiritus angélicos de este cielo nuevo, despiertan los dioses antiguos en el seno de la Naturaleza y la antigua idolatría bajo la bóveda de los templos. El Imperio se reduce á una especie de farsa, y los Césares de Alemania á una especie de fastuosos y falsísimos actores. Cae la sociedad feudal, derribada por la virtud fausta del trabajo, tan opuesta de suyo á la fuerza nefasta de la guerra; los reyes, auxiliados por sus jurisconsultos, que contrastan el derecho feudal con el derecho canónico y romano, auxiliados más por los ejércitos permanentes, que suceden al pendón y á la caldera de las bandas antiguas; auxiliados por la pólvora, que atraviesa la cota del señor y derriva les piedras del castillo; auxiliados por tan.os factores juntos, destruyen la encina secular de las viejos privilegios feudales, donde tienen su habitación tantas aves rapaces como han roído los hígados de la humanidad, enclavada sobre el potro de tantos y tan extraordinarios tormentos. Y á las antiguas ligas lombarbas, á las antignas sociedades militares, al antiguo Estado feudal, sucede ahora el predominio de las ciudades mercantiles, que tienen flotas como no las han tenido los imperios y que pagan artistas como no los han pagado jamás los emperadores. Estas ciudades convierten los palacios de sus gremios y de sus Ayuntamientos en museos, merced á las riquezas que aportan, y hacen de la vida entera, después de largas navegaciones, una serie de certámenes artísticos, de juegos olímpicos, de competencias poéticas, en que parecen resucitados los antiguos tiempos de Grecia y venidas á nuestro mundo las musas muertas al pié de los altares helénicos. El siglo décimoquinto es el Abril de la historia moderna. Por tal mes la yema se hincha de savia, la hojilla brota en ei tallo, el tallo se orna de flores, las flores se pintan de matices y se cargan de mieles, las mieles llaman el aguijón de las abejas, y los pétalos las tenues alas de las mariposas, las mariposas dejan sus larvas obscuras para tomar sus formas aéreas y los arroyos sus prisiones de hielo para cantar en les honduras,

mientras allá arriba, en las copas de los árboles y en los giros de las auras, entonan sus coros todas las aves, desde las alondras que saludan con píos místicos la alborada, hasta el ruiseñor que alza en la noche, cerca de su compañera y de su nido, la dulce gorgeada serenata, cuyas escalas aromáticas derraman en todos los corazones el primaveral amor y las primaverales esperanzas. Así, en el siglo décimoquinto, la industria da la imprenta y contribuye á levantar el pensamiento; las ruinas cubiertas de jaramago y de cicuta dan como un sepulcro lleno de vida la estatua que contribuye á perfeccionar el arte; la filosofía escolástica da, como la larva la mariposa, el platonismo florentino, que ilumina con las ideas del más sublime de los filósofos griegós el abismo de los cielos y el abismo de los espíritus; el Océano da, por fin, para que todo sea milagroso, para que todo sea renovacion, metamorfosis, progreso, esa Amèrica que viene con sus virgíneas selvas y con su exuberante vida, entre tales milagros, á renovar la misma Naturaleza, como si el Universo fuera un poema divino escrito en la inmensidad del espacio con letras de estrellas por el humano estro. El siglo décimoquinto es la Pascua de Resurrección tras el Viernes Santo de la Edad Media, en que los altares se hallan cubiertos de negros lutos, los santuarios vacíos y abiertos, la Vírgen sola, el Salvador en su tumba de Getsemaní, la Cruz en la cima del Universo, los ángeles llorosos con los signos en las manos de la pasión universal, el miserere de la penitencia llenando de lágrimas amargas los aires obscurecidos; Viernes Santo, tras el cual viene el día de Pascua, es decir, el día del Renacimiento en que Jesucristo resucita de su sepulcro para subir á los cielos, y Psiquis se levanta de su lecho para tomar sus alas de mariposa y su lámpara de novia; en que un *Te Deum* salido de todas las iglesias sube á las alturas y el repique de las campanas baja, mezclado con el hossanna de los ángeles; en que la inspiración religiosa llena con el aleluya de la mística alegría los aires, se mezcla al zumbido de la abeja, al vuelo de la mariposa, al arol

ma de la flor, al brote en el tallo, al susurro en el arroyo, al centelleo en las estrellas, á la savia en las ramas, al cántico de ruiseñores y alondras, al sentimiento y expansión de la esperanza. La sociedad parecía complacerse por este tiempo del Renacimiento en satisfacer todas las necesidades y aspiraciones del espíritu. Necesitábase un medio de romper la roca feudal, hendirla y pulverizarla, y estalló la pólvora en el siglo décimocuarto. Necesitábase, para abrir los senos de la tierra, para verificar las navegaciones legendarias de los nuevos argonautas, un punto fijo en el cielo y un punto fijo en el barco, y vino en el siglo décimocuarto la brújula providencialmente á señalar con fijeza el Norte en medio del movimiento continuo y de los rápidos cambios de las expediciones marítimas. Necesitábase un nuevo modelo para el arte,, y vino antes la ignorada estatua á ocupar las sacristías de nuestras catedrales y los palacios de naestros Pontifices. Necesitábase una nueva sociedad, y vinieron las comunidades á organizar las democracias y las monarquías á organizar los Estados. Necesitábase un nuevo sentído para escudriñar los abismos cerúleos, como se había tenido la imprenta para vencer al tiempo, la brújula para burlar al espacio; y en los tubos de un órgano cayeron por casualidad unos cristales que, revelando el telescopio, trastornaron la senil astronomía alejandrina. La conciencia necesitaba renovarse tambien , la Iglesia rehacerse, el Cristianismo refundirse, la conciencia idealizarse. á fin de subir y subir y encontrar el más allá en los altares, como lo había encontrado en la ciencia,, en el arte, en las instituciones, en la vida toda, el humano espíritu. Decir que todas las facultades adelantaban y sólo se detenían el sentimiento y la fé era decír lo imposible. La fé debía renovarse como todo se renovaba en esta edad de la renovacion universal. Y á cumplir el ministerio de renovar la fe, sin apartarla de sus ideas y de sus dogmas tradicionales, vino el alma luminosa del inmortal Savonarola y el pensamiento revolucionario de Lutero. Necesitábase renovar la Náturaleza y apareció Colón. Exami-

nad la serie de las invenciones y veréis cómo la del gran marino adviene á su hora, cuando la demandaban de consuno nuestra tierra y nuestro espíritu. Si lo desgajáis del Renacimiento, jamás lo conoceréis. Como en su edad, en su frente se reunen dos crepúsculos, el vespertino de la teocracia que huye y el matutino de la ciencia que alborea. Por su fe parece Colón un asceta de los siglos medios; por su saber un sabio de las edades modernas. Es como el Renacimiento vivo y personificado.

Un suceso acaecido en el siglo de Colón exaltó los ánimos y trastornó las inteligencias por amenazar con amenazas apocalípticas á todo el mundo cristiano. Constantinopla, la Ciudad Santa, sita en las puertas del Asia, fundada por la previsión de Constantino, heredera de los últimos restos del romano imperio que pudieran preservarse á la irrupción de los bárbaros; asiento de aquella Basílica oriental que habían saludado las cruzadas con devoción semejante á la que causaba la iglesia del Sacro Sepulcro; presa de supersticiones teológicas del Occidente separada por la procesión de la tercera persona de la Trinidad y por el pan con que debía consagrarse la hostia en la misa; absorta en sus ensueños metafísicos y en sus disputas teológicas, se vió sorprendida por las hordas escapadas tres siglos antes de las frías llanuras de Mongolia y sometida como la Jerusalén del Profeta hasta el punto de que la media luna reemplazase en las rotondas de Santa Sofía á la cruz cristiana y el mohecín profiriese sus gritos donde antes profería el sacerdote sus plegarias y los palacios de los griegos se trocaran en serrallos de los sultanes turcos y el nombre de Alah y su fatalismo penzoñoso viniesen á obscurecer y á envenenar la tierra y la conciencia de la tierra griega como habían desde luengas edades emponzoñado y obscurecido la tierra y la conciencia del Oriente asiático. Esta horrible desventura era tanto más de sentir y deplorar, cuanto que, al revés de lo sucedido en Roma, donde el último vástago de los Emperadores, á quien el destino ornara para mayor irrisión con

los nombres de Rómulo y de Augusto; aquel pobre trémulo niño, último de sus gentes, imbécil y cobarde, se asustaba de la sombra de su propia corona y huía á los brazos de su imperio; bien al revés, iba diciendo, de lo sucedido en Roma; el último Constantino, que también llevaba el nombre de aquel que fundara la capital y el imperio de Oriente, corre á las murallas con arrojo, pelea la hora última de la caída, y muere entre los suyos, cubierto de heridas, con la cara vuelta á sus enemigos; víctima triste del hado fatal, realizando la hazaña más difícil á los protagonistas de las decadencias y de las ruinas: sacar incólume de suprema catástrofe la honra y la dignidad de su raza. Once siglos durara tanto imperio, y en su agonía no se uniera al Occidente, ni en el Occidente hallara los necesarios socorros tan sólo por meras y baladíes disputas teológicas. Cincuenta mil cristianos habían caído en las humeantes ruinas de Constantinopla sin encontrar en sus correligionarios de Roma la compasión y el auxilio á que tenían derecho. Las grandes ciudades religiosas quedaban en los serrallos turcos: la Jerusalén de David, la Antioquía de Pedro, la Atenas de Pablo, la Alejandría de los apologistas, la Constantinopla de los Concilios. El dominio de la idea cristiana se iba restringiendo al mismo tiempo que agrandando el dominio de la idea muslímica. Nicolás V, el cual á la sazón regenteaba la Sede Pontificia, lamentóse en bula más retórica que sincera de esta pavorosa catástrofe; y el mundo cristiano sólo supo contestarle con arengas académicas en las escuelas ó con imposición de tributos, los cuales, en vez de alimentar una cruzada universal, sólo alimentaban el fisco y el erario de los reyes. Murió Nicolás V, y sucedióle un valenciano, un Borgia. Nacido en Játiva, canónigo de Lérida, arzobispo de Valencia, cardenal nombrado por Eugenio IV, secretario de Alfonso V el Grande, jurisconsulto de primer órden, á quien San Vicente Ferrer profetizara la alta dignidad del Pontificado, español, y por español acostumbrado á la guerra eterna con los infieles, debía Calixto III predicar la cruzada por Constantinopla, vender

las joyas del tesoro vaticano, considerablemente aumentadas por su antecesor, empeñar la más rica de las tiaras pontificias á fin de reunir y allegar dinero con que sostener la guerra santa, digna de la antigua Roma, á quien pedian todos sus recuerdos y todos sus privilegios un sacrificio fecundo por la nueva Roma de Oriente, caída en manos de los turcos, y marcada, como una esclava georgina, con el sello deshonroso de la media luna. Muerto Calixto III, subió á la Sede Pontificia el hombre que representa con mayores títulos el Renacimiento; subió Eneas Silvio Picolomini. Al celebrarse el cónclave, que sucedió á la muerte de Nicolás V y á la exaltación de Calixto III, hubo en el colegio cardenalicio quien quiso nombrar al cardenal Besarión, al gran sacerdote heleno, Pontífice romano. Uno de los más célebres prelados católicos se opuso con coraje, diciendo que no convenía en aquella sazón al catolicismo, tener por jefe un cismático, recientemente convertido á la ortodoxia y no pasado todavía del simple carácter y oficio de neófito. No quisieron los cardenales elegir al representante del Renacimiento latino. Si alguna vez vais á Siena, os podéis formar una idea aproximada de este prelado, cuyas inclinaciones y tendencias exprésanse gráficamente en sus dos nombres puramente latinos de Eneas y de Silvio. Corred á la catedral sienense; admirad su fachada de mármoles blancos y negros, cubierta de signos heráldicos y ceñida de estatuas religiosas; ved en sus naves sus dos series de arcos sobrepuestas, la superior tan aguda como las ojivas del Norte: deteneos un momento á contemplar las grafitas de Becaffiume, que ha entallado en piedras figuras envidiadas, por su atrevimiento y por su sublimidad, de los más audaces pinceles; notad aquel riquísimo altar mayor con sus tabernáculos, en que los santos parecen recién venidos del cielo, con su Cristo resucitado y su Ascensión que se mueven como si cruzaran todavía los aires para subir á las alturas etéreas; estudiad sus innumerables obras de arte, que muestran la fecundidad increible de las ciudades italianas; y cuando creáis que nada os

queda por admirar, veréis aquella libreria donde vive aún el Papa Eneas Silvio en todos los actos capitales de su historia, y al contemplar la alegría de su rostro, la riqueza de sus vestiduras, las damas y galanes que le rodean de un lujo asiático, las gallardas embarcaciones reunidas en Ostia contra el turco, los pajes y caballeros resplandecientes de pedrería, en vez de creeros en la corte de un Papa, os creeréis, á pesar de hallaros en el interior de una iglesia ojival y católica, caidos y encerrados en pleno paganismo. En efecto, Ferrara le vió un día rodeado por millares de barcas que cubrían el Po, todas ceñidas de flores y llenas de músicos y coros, entrando en compañía de príncipes y caballeros que ostentaban riquezas sin cuento, sobre un caballo adornado como un Pegaso, bajo un dosel cerúleo, por una inmensa plaza en que danzaban damas mal ceñidas y lucian sus frentes serenas reproducidas por marmóreas estatuas, los dioses principales del antiguo Olimpo, como si Cristo hubiera muerto en la conciencia humana, y renacido en los campos y en los cielos de Italia el jóven Adonis y el antiguo Pan con todo su exuberante sensualismo. Pio II concibió la idea vasta de promover la cruzada contra los turcos y á esta vasta idea consagró toda su existencia. Fácil en idear era extremadamente difícil en cumplir y realizar. Aquel diestro secretario de todos los potentados del mundo europeo; aquel escritor, por quien conocemos tan gráficamente las guerras de Bohemia y las disputas de Basilea; retórico, que resucita en sus escritos la elocuencia ciceroniana; poeta que escribe versos tan castigados y clásicos; imitador de las bellaquerías de Bocaccio; diplómatico, mundano, escéptico, erudito; al subir á su trono, y desde aquel trono proponerse las mayores empresas, no midiendo bien la distancia enorme entre la realidad y la idealidad, cae por su culpa en lo extravagante y en lo ridículo. Lo primero que se le ocurre tiene gracia y explica bien hasta qué punto desconocía el mundo este hombre mundano. Se le ocurre desenterrar el más puro latín, cortar su mejor pluma, disponer del estilo más clásico y ende-

rezar una carta elocuente al gran turco, resentísimo conquistador de Constantinopla, conjurándole con los ejemplos de Clodoveo, Recaredo y otros célebres conversos antiguos y modernos, á que abjure el mahometismo, y pasado á la religión cristiana, tome en la historia moderna el papel de los carlovingios en la Edad Media, el papel de único defensor del Papa, por lo cual recibirá Bohemia, Hungria, y otras regiones orientales prontas á entregarse á quien el Papa les designe por dueño y por señor. Mucho debe trastornar el seso la posesión completa de un poder absoluto, cuando literato de tan frio juicio y de tan sana desconfianza como Eneas Silvio, cree posible, reciente aun el malogro del pacto florentino entre la Iglesia griega y la Iglesia romana, mover á un musulmán y á su pueblo, con una carta retórica en latín sapientísimo, á que abjure la religión de su raza y de su historia por una religión tan repulsiva de suyo al natural y al espíritu de los mongoles, como el cristianismo. Pero entre cartas retóricas, entre discursos aparatosos, entre arbitrios infecundos, entre procesiones teatrales, lo cierto es que la cruzada contra los turcos no crecía gran cosa. Citadas las gentes de armas á la ciudad de Ancona, apenas encontraron con qué mantenerse, y se dieron á la rapiña y al saqueo. Por todas partes bandas de mílites desharrapadas y hambrientas acometían á los viajeros, asaltaban los hogares y esparcían los horrores de la guerra civil á sangre y fuego. Las frases menudeaban al compás que disminuían las fuerzas. Los discursos retóricos se perdían y estrellaban en la general indiferencia: «Somos, exclamaba Pío delante del colegio de cardenales, demasiado débiles para empuñar la espada; mas, á imitacion de Moisés, arrodillado en el monte mientras Israel pugnaba con los amalecitas, sobre las tablas de una nave levantaremos el sacro cáliz á Dios en demanda de la victoria para nuestros guerreros.» Nadie oyó estas elocuentes palabras. Todos los príncipes laicos permanecieron silenciosos é indiferentes: los esforzas tacharon de mezquinos los armamentos para una empresa tan grande; los Médicis dijeron que un

Papa viejo se metía en calaveradas de jóvenes; los Reyes de Francia enviaron alguna que otra ofrenda de aparato y de honor; los Emperadores de Alemania no quisieron que, so pretexto de alimentar las cruzadas, se perdiera y se arruinara tristemente á su pueblo. El día 19 de Junio de 1464 encaminóse Pío II á la ciudad de Ancona, devorado por la fiebre, y tendido en triste lecho sobre la barca que lo llevaba por el Tíber y que parecía arrastrarlo á la eternidad. En efecto, su desmayo era tanto y tanta su tristeza, que al descender á la orilla y contemplar á lo lejos la Ciudad Eterna, le dirigió un último adiós en suprema y congojosa despedida. Quien le viera triste, solitario, abandonado, deslizándose por la corriente, no diría que iba movido de un pensamiento tan alto á una empresa tan grande. Dos únicas naves había podido reunir en el puerto de Ancona, que flotaban tristemente, como para mostrar la irremediable decadencia del Pontificado. Pon fin, el día 12 de Agosto las naves de Venecia en algún número llegaron mandadas por el dux Cristóbal Moro. Mas el dia de su llegada no pudo ya verlas, no, la vista casi extinguida de Pio II. Sin embargo, hizo abrir las ventanas del palacio episcopal, erguido sobre una eminencia, y mirando con tristísimo mirar de moribundo, al caer la noche eterna sobre sus ardientes retinas, el sitio misterioso por donde sale el sol en aquellos cielos espléndidos y en aquellos mares luminosos, conjuró á los príncipes, á los cardenales congregados en torno de su lecho, con palabras que tenían aún sabor retórico á pesar de cortarlas el hipo de la agonía, para que fuesen á levantar el imperio griego, á redimir á Constantinopla en su serrallo, á poner el lábaro de la cruz en las cúpulas de Santa Sofía, á emprender y cumplir una cruzada que pudiera ser parte á la toma y reconquista de Jerusalén. Cuentan que Augusto, al morir, viendo tan admirablemente desempeñada por él hasta el fin la comedia de la vida, gritó: «Aplaudid.» Igual aplauso merecía este Papa de una vida tan teatral, y que expiraba en una grande escena, delante de una empresa y de una cruzada de teatro. ¿Cuáles emo-

ciones tantos y tan extraordinarios hechos dispertaron en el alma de Colón? Lo cierto es que no pueden saberse los móviles de su proceder sin contar las causas generales y las causas particularísimas que lo determinaron. Y entre las causas generales, ninguna tan determinante como su profunda religiosidad. Y esta profunda religiosidad le llevó á soñar con todo lo que soñara y á emprender todo cuanto emprendiera. Uno de los móviles capitales de su obra fué la intención sistemática y el deliberado propósito de restaurar las cruzadas con todos los recursos que le debían dar los áureos imperios fantaseados en su creadora imaginación. Y este móvil se origina y parte principalmente de las agitaciones sobrevenidas á Italia trás la desgracia de Constantinopla. Jóven, muy jóven por aquel entónces, ¡cómo debía conmoverle no solamente la pérdida irremediable de la gran ciudad sita en el punto de interseccion entre Asia y Europa, sino la rota y la muerte de los pueblos cristianos que la cimitarra iba sin piedad á cercén degollando! ¡Cómo el abandono forzado de los helenos á los mongoles debía desgarrar su corazón! ¡Cuánto aquellos embajadores de un mundo de ruinas, escapados por milagro á la tala y al incendio, debían tentarle á intentar lo imposible para socorrerlos y salvarlos! Cuando la media luna se vislumbraba nuevamente desde Sicilia; cuando entraban en el harén de Turquía las islas griegas; cuando los venecianos quedaban sepultados en Aurea; cuando el sultán se atrevía, en los ensoberbecimientos del triunfo, á estrangular con sus propias manos al postrer Duque de Atenas; cuando los huídos á la catástrofe tenían que optar entre la servidumbre ó el destierro y la muerte; cuando el Ban de Besusa expiraba circuido por quinientos gentiles hombres inmolados y mártires; cuando Corinto se consumía dentro de una hoguera que obscurece con sus bocanadas de humo los claros horizontes helénicos; cuando desde las costas del Peloponeso hasta los desiertos de Palestina se dilata un califato nuevo triunfante; los dolores despertados por todas aquellas desgracias debían dejar una hondísima huella

en alma tan profundamente católica como el alma de un jóven, ya estudiante de ciencias en las escuelas y universidades, ya bracero en las industrias de su familia y casa, ya marino en aquel mar por donde se recogían en las brisas todas las ideas imaginables y en los arreboles de un ocaso luminosísimo se dibujaban como reales todas las mas fantaseadas y más inverosímiles epopeyas históricas.

Cada grandiosa personalidad surge del medio ambiente que la vivifica. Los sentimientos y las ideas y las instituciones y las históricas circunstancias del tiempo, forman en derredor de su vida intelectual como todo cuanto llamamos Universo en derredor de la vida material. Imposible nos expliquemos el anhelo por la renovación que atenacea las entrañas del gran marino, si conjuntamente con él no estudiamos la edad primaveral ó renovadora en que naciera. Imposible comprender cómo le movía, con cuánto soberano impulso, además de tal afán de renovación, à su tiempo muy propio, este otro casi religioso de una cruzada nueva, sinó recordando la impresión dejada en su pecho y las imaginaciones despertadas en su mente por sucesos como la toma de Bizancio, lloradas en las elegías mayores del siglo. Pues así como el afán de renovar é inventar se origina en la Pascua del Renacimiento; y se origina en la caída de Constantinopla el afán de volver á las cruzadas; el afán mercantil, que le poseyó, se origina en las ciudades mercantiles italianas; como el afán de buscar esos lucros mercantiles por medio de grandes expediciones oceánicas en el espectáculo maravilloso que ofrecían entónces los descubrimientos portugueses; como el afán de intentar lo imposible y fabuloso en aquel término de la empresa dé siete siglos contra el conquistador, concluida por nuestra patria sobre la hermosa Vega de Granada. Sin el Renacimiento, que todo lo rehace y renueva; sin la toma de Constantinopla, que impele hacia las cruzadas los espíritus mayores; sin el cálculo mezclado al arte de las ciudades mercantiles en aquel siglo creador; sin la estancia en el Portugal de las expediciones maravillosas que iban abriendo

focos de luz en el océano tenebroso ideado por las creencias seculares; sin la fe viva de nuestra España en el milagro, fuera imposible de toda imposibilidad la natural aparición de un pensamiento como el que acabó de cristalizarse por una suma de operaciones matemáticas y de sentimientos proféticos, cual no han visto las edades ninguna otra parecida, en el alma innovadora de Cristóbal Colón y en su descubrimiento de una nueva tierra por la inmensidad de los mares. El cielo claro de nuestra Europa meridional, tan semejante al cielo de Caldea; el mar atractivo Mediterráneo, en que se miraban las fantasías de Colón, repetidas y reflejadas allí con esplendor parecido al que toman las reberveraciones de todos los rayos luminosos y el retrato de todos los cuerpos celestes; la renovación del humano espíritu en aquella florecencia de las ideas; el eco dejado en los espacios por el asedio de Constantinopla ó por el trastrueque de Santa Sofía en Aljama; invenciones como la imprenta, que vencía los tiempos, y el telescopio, que incipiente entreabría los espacios; un pueblo diseminado en los mares y compuesto casi de pilotos, como el pueblo portugués; un Estado, contrastando los progresos de la media luna y del Korán en Oriente con retrocesos y rotas en Occidente; la contemplación uniéndose con el saber, y las intuiciones con la ciencia, concluyeron por dar de sí un alma como la inspiradísima de Colón, á la manera y modo que los organismos, en sus ramos y ramificaciones, concluyen por dar de sí cual increible fruto el humano cerebro. Sin comprender el Renacimiento, sin comprender la trascendencia del destino de Constantinopla, sin comprender la fiebre de Portugal, sin comprender la transfiguración de nuestra España, no comprendereis ni describireis el enigma de tanto milagro. Pero lo que principalmente necesitamos para mirar bien uno de los matices del alma de Colón, es el estudio de las ciudades mercantiles italianas en aquel tiempo. Ninguna tan agitada como Génova. Por su constitución interior estaba entre los municipios republicanos, donde sobre una base amplia de verdadera democracia solía elevarse á

las alturas cierta nobleza, no diremos de verdadera elección, pero sí de verdadera selección, encargada por común asentimiento más ó menos expreso y por hábito más ó menos duradero, de dirigirlo y gobernarlo todo. Pero esta democracia se había roto en tal número de fracciones y su nobleza en tal número de caudillos, que necesitó Génova entregar una de sus fortalezas á los Duques de Milán, para que teniendo allí guarnición y enseña, impusiese á todos el mutuo respeto y la mutua consideración debidos entre libres y verdaderos ciudadanos. Mercaderes todos ellos, navegantes, marinos, habían menester de instituciones idóneas al desarrollo de todos estos ministerios y oficios que se avivan al calor de una libertad consuetudinaria y al brillo de un pensamiento emancipado y espontáneo. Mas, como para vivir en el mundo no bastan las expansiones individuales que traen los humanos derechos, necesítase de las concentraciones centrípedas que los Estados producen y los ejércitos mantienen, el ciudadano había menester de armas que defendiesen con su fuerza coercitiva el orden y el poder legales dentro, y fuera el respeto á la independencia de cada ciudad soberana. Y como en la República mercantil de la Cartago histórica hubo los mercenarios extranjeros, y en la no menos mercantil Monarquía de Inglaterra existen ahora mismo los mílites asalariados, en aquellas ciudades mercantiles brotaron, por aquel principio de que Naturaleza produce cuanto necesita, los condotieros, ofreciendo á todo buen postor, sus manos armadas para defensa de todos los principios y de todas las causas por merced y dinero. Así, únicamente así, en aquellas edades terribles de guerras perdurables, declaradas por un palacio á otro palacio, por una calle á otra calle, por una ciudad á otra ciudad, por una región á otra región; coincidiendo las discordias civiles con las discordias extrañas, pudieron constituirse familias directoras, como los Médicis en Florencia, ó como los Dorias en Génova; consagrarse los industriales á la elaboración de tantos productos como todavía hoy nos deslumbran; correr los cambios del comercio como una fecundación del trabajo; vivir en paz los me-

dieros del campo á toda servidumbre ajenos, con tal que díesen la mitad por mitad del rento al proprietario; moverso los plectros en las liras y los pinceles en las paletas y los buriles en los mármoles y los pedruscos en los edificios para levantar aquellas ciudades armoniosas, en que todo resplandecía con colores de iris y todo cantaba en triunfales himnos, cual si las hubiesen erigido, como en tiempo de Anfión aquellas primitivas poblaciones griegas tan esplendentes, la Poesía y la Música. El Papa de un lado y el Emperador de otro; la nobleza mayor y la nobleza media; el mercader artista y el pueblo en oficios distribuído; los señores montados sobre su trono y sobre su corcel, así como los condotieros esparcidos por todas partes; una Monarquía española en Sicilia y Nápoles con un Ducado casi francés en Milán y Lombardía; los francos por las montañas del Norte y los griegos por las riberas mediterráneas; navegantes, casi á la moderna, en Pisa y Génova, pero navegantes parecidos á los que pululaban por los tiempos en que se mezclaban las navegaciones con las piraterías por Venecia; discordias entre todas las ciudades convecinas, como Sienna y Pisa, como Pavia y Milán; tiranos entre las agitaciones de aquella vida en oleaje continuo, como los Guinigos en Luca, como los Bentivoglios en Bolonia, como los Esforzas en Lombardía; y dentro de todas estas cortes deslumbradoras asambleas elocuentes, repúblicas formadas de poetas y pintores, juegos á la manera helénica y torneos á la manera feudal, certámenes donde se recogían coronas frescas de laurel y vasos cincelados de oro, las paredes animándose con frescos cíclicos que parecían epopeyas vivas, el coro de los teatros antiguos repetido por melodiosas voces en las plazas y frente á las iglesias cristianas, las naves resucitando las teorías ó procesiones clásicas do Atenas, yendo en socorro de las islas griegas ó en busca de tierra consagrada por los siglos evangélicos á Jerusalén para enterrarse las ciudades en ella, el arte y la libertad unidos por hermosas nupcias, de las cuales provienen obras immortales que honran á toda la humanidad, esmaltan todo el planeta y nos glo-

rificarán en todas las edades. Poned un alma como el alma de Cristóbal Colón en una ciudad como Génova, durante todo el período último de la Edad Media, y os explicaréis las propensiones por la educación larga sobrepuestas á las naturales y nativas aptitudes. La Naturaleza, que le rodeaba, se abría, convidándole á la navegación por el mar infinito y á la emoción continua por esas comunicaciones íntimas entre lo material externo y lo espiritual interno, que sólo pueden gozarse por completo donde la placidez del horizonte y los esplendores del sol reverberados por las aguas atraen y sonríen al espíritu en guisa de sirenas. Pues poned sobre aquel espectáculo de la Naturaleza el espectáculo de esta libertad, y decidme luego si en sus discusiones el pensamiento no se despertaría y la voluntad de Colón no se aceraría con todas las fuerzas intelectuales suyas como las fuerzas de músculos y nervios en los ejercicios gimnásticos. Y al espectáculo por la Naturaleza ofrecido, y al espectàculo de la libertad, unid el espectáculo de las Bellas Artes, las ideas que toman color, las inspiraciones que toman visibles alas, el símbolo encerrando en líneas y figuras toda una doctrina, las piedras animadas, los bronces cincelados, los hóroes redivivos, y decidme cómo en esta realización palpable de lo ideal, no vería el navegante, dado á sueños y fantasías desde sus primeros años, la posibilidad inmediata y patente de todo lo imposible. Pero junto al mar, que le sonrie y le atrae con sus ondas; junto á la ciudad que lo eleva con las enseñanzas de sus libertades y con las instituciones de sus democracias; junto al arte, que lo transfigura y le hace creer en la realización del milagro, están la industria y el comercio, que dan á tales ensueños aspectos materiales y útiles, completando el sábio, el político, el artista, el piloto, el descubridor, el profeta, el vidente, con el industrial, con el mercader, con el negociante. Las iglesias brillantítimas de Génova explican á Colón como cruzado; las escuelas como geógrafo; los palacios llenos de cuadros y estátuas como poeta y artista; las costas como piloto; la industria y el comercio como calculador

positivo y como aprovechado negociante. Así en Génova, cuando veis enroscarse por la tierra pedregosa los olivos sombríos; dormirse al pie de las dunas blanquecinas y agrias las aguas celestes, jaspeadas de verde obscuro por lo bajo, y por lo alto de perladas espumas; mecerse al beso de las brisas en los hondos barrancos las palmeras, por cuyos pies y troncos gallardean las adelfas; erguirse las crestas de los montes alpestres coronadas de pinos y las crestas de los humildes montecillos coronadas de fortalezas; lucir el mar en aquel dentadísimo golfo cortado en diminutas ensenadas donde las velas y las gaviotas se refugian; extenderse los edificios en amplio anfiteatro sobre una gradería que parece compuesta como las notas de una escala; florecer á las puertas de los palacios fabricados en mármol de Carrara los limoneros y por las galerías resplandecientes de multicolores frescos y por las terrazas ornadas de cincelados jarrones extenderse los cortinajes de jazmineros y jazmines; lucir el faro como un topacio desceñido de la corona del sol para esplender en aquellas noches; tenderse las redes colgadas en los vestíbulos y las naves aguardar al pie de las viviendas habitadas por aquellos almirantes que fueron la esperanza de los cristianos y el terror de los turcos, en todo ello no se descubre más, entre la tierra y el cielo, como un gigantesco ángel, que la figura, casi legendaria y litúrgica, de su inmortal Colón.

Así como Génova debía influir en el temperamento fisiológico de sus naturales, y con especialidad, por mil razones varias, en el temperamento de un hijo suyo como Colón, estaba en el caso Pavía, la Universidad á que, muy joven, le mandaron sus padres, según algunos historiadores de influir en el carácter psicológico y moral. Realmente las Universidades aparecían entonces como capitales sublimes de los espíritus y como focos reconcentradores de las ideas. Aunque nacidas bajo la doble protección del Emperador y del Papa, convertían poco á poco la ciencia teocrática en ciencia civil ó laica, y fomentaban en lo posible así el Renacimiento de las letras como el estudio de la Naturaleza.

Había Universidades en que predominaba el Derecho sobre todas las otras revelaciones del espíritu, como Bolonia; Universidades en que predominaba la Filosofía y las ciencias políticas, como Padua; Universidades en que predominaba la Medicina, como Salermo; Universidad en que predominaba con la Metafísica la Astrología, como en la ilustre lombarda, que, según tradiciones bastante inciertas, debió alimentar algún tiempo el alma de Colón en sus albores, como la Universidad célebre de Pavía. Mas ora fuese porque su complexion inquieta y nerviosa no lo dispusiera de modo alguno al estudio reflexivo y ordenado en trabajos y esfuerzos diarios; ora fuese porque le tentase antes el campo de la acción que el cielo de las indagaciones, ora fuese porque solamente las orillas del mar cuadrasen á las agitaciones de su ánimo y á las tormentas de su idea; ora fuese por motivas de orden secundario, como la escasa fortuna de padres reducidos á cardar lana en humilde oficio, Colón, ó abandonó à los tres años de residencia la Universidad, ó jamás estuvo en ella; y no puede contarse, por ende, con esta institución, cuando se quieren ver y estudiar los matices varios de su alma. Desde muy temprana edad, como todos aquellos á quienes domina una vocación soberana, el gran piloto gustaba como primera mental ocupación la Geografía y el mapa; como principal ocupación práctica, el mar y los combates y las porfías con el mar. Las civilizaciones verdaderamente concentradas y conservadoras están en los desiertos y en las montañas, como la civilización de Nubia y de Palestina y de Mongolia, las civilizaciones expansivas, brotan y se difunden al borde luminoso de las aguas. Borrad el Indo, borrad el Eufrates, borrad el Nilo, y no comprenderéis ni la primer cultura de los arios, que sembró las larvas de nuestros dioses y de nuestras ideas, ni el Imperio asirio, que nos reveló el secreto de los cielos materiales; ni la tribu siro-caldea, que nos reveló el Dios espiritual y sumo; ni el Imperio faraónico, que nos habló por vez primera de la inmortalidad. Pues bien; á las civilizaciones fluviales siguen las civilizaciones

mediterráneas. No son otra cosa que civilizaciones mediterráneas la fenicia, la cartaginesa, la helénica, la romana, la provenzal y la hispánica, de cuyos esmaltes hoy mismo se abrillantan y hermosean así el espíritu como la historia universal. Entre los muchos aspectos que toma la grandeza de Colón, quizá no fué ninguno tan característico de su personalidad como el cambio que determina de la civilización mediterránea en la civilización oceánica. Por eso la Providencia llamó su elegido para dilatar los mares y completar el planeta en su ciudad levantada en las orillas del Mediterráneo, atravesado por estelas de ideas luminosas que aun hoy resplandecen y sembrado de armoniosísimos escollos que aun hoy entonan el poema de la navegación. Homero, que fué autor de la epopeya del Combate, la *Iliada*, fué también autor de la epopeya de la Navegación, la *Odisea*. En tal concepto mueven fuerza é ira la una epopeya, mientras inteligencia y astucia la otra. Las divinidades mismas, á servicio de los esfuerzos por el combate y sus horrores en la primera epopeya, pónense á servicio de los esfuerzos del trabajo en la segunda. Vese allí todo aquello que destruye; vese aquí todo aquello que produce y crea. Neptuno airado significa el mar dispuesto á no dejarse por las quillas del navío herir, ni someter por el trabajo de seres tan despreciables como el hombre, cuando se le compara de algún modo con los espacios y con los horizontes indecibles é inmensos y con los abismos insondables y con los encrespamientos de sus hondas, que parecen levantarse á extinguir las estrellas del cielo. Y las playas inhospitalarias donde Ulyses aborda; los escollos en que su esquife naufraga; los vientos, unas veces sueltos con furor y otras metidos en los odres con sumisión; aquellas sirenas que cantan suaves entre las sirtes y atraen hacia los abismos; aquellos cícoples con resuellos de volcanes y hambre de antropófagos; el cielo, á cuyo soplo los vientos compiten con las nubes eléctricas; las piedras que se desgajan sobre los mástiles y timones; las cabernas que se abren á una con bostezos terribles y se tragan las gentes; aquel em-

peño de Calipso en mantener cautivos á los arribados; la magia de Circe y sus compañeras empeñadas en retener con sus encantos y hechizos al extranjero apartado de su patria; todos estos obstáculos representan por maravillosa manera, las insuperables dificultades por el mar opuestas al dominio de la navegación y al imperio del marino. Mucho se parece todo esto á cuanto refieren la tradición y la historia del empleo que diera Colón á sus facultades en aquel Mediterráneo sembrado de guerras entre Francia y España por el Rosellón; de guerras entre los postreros angevinos y los napolitanos; de guerras entre las naves genovesas y las naves venecianas; de guerras entre Venecia y Turquía por el Peloponeso, guerras de verdaderos piratas, en que por todas partes, como una epidemia marítima, se desarrollaba el corso; en que infestaban terribles merodeadores las costas y las islas; en que los corsarios por las aguas se parecían á los condotieros por las tierras; en que los navegantes vencidos morían sobre la mar devorados por las llamas, ó en salvarse, quedaban tristemente condenados á pena mayor que la muerte, á perpetuo cautiverio, al remo y á la cadena eternos. Aunque las mocedades de Colón, después de bien examinadas todas las noticias referentes á ellas, con dificultad pueden certificarse de históricas, mezcladas como están de suyo con mil tradiciones desenvueltas y desarrolladas tras su gloria, y provinientes muchas del interés de los suyos ó de relatos adaptables á su vida y á sus trabajos, no puede negarse que perteneció al proceloso trabajo marítimo de su tiempo, en que las aguas solían encresparse así al soplo del huracan como al soplo del combate. Juan de Anjou, Duque de Calabria, lo llevó en las galeras expedidas para obtener el trono de Nápoles á Renato, Conde de Provenza. Y en estas expediciones empleó las dos grandes virtudes propias del marino, su valor y su astucia. El mismo Colón cuenta que, como Renato le mandase á Túnez en requerimiento y busca de la galeota *Fernandina*, y como cerca del *San Pedro*, en Cerdeña, la tripulación se le insurreccionase, queriendo

constreñirle á dirigirse hácia Marsella, él, merced al crepúsculo y á sus sombras, cambio á hurtadillas su rumbo, y al amanecer encontráronse los rebeldes, contra su voluntad y sin presentirlo, frente al cabo de Cartagena. Por tanto, no debe parecernos mucho que navegara desde Chipre á Lisboa, y que al fin pasase, ya entrando en edad, por mil ochocientos cincuenta y cuatro, á los dominios de Portugal, nación muy consonante por aquel entónces con todas las propensiones de su complexion fisiológica y con todos los ensueños de su exaltada fantasía.

CAPÍTULO III

LA GLORIA DE COLON

A PESAR de que parece Colon la gloria más incontestable de los humanos anales, ha sido una de las más contestadas. Aquellos que las echan de innovadores en erudición, creen el mayor de los méritos asequibles á su oficio la disputa sobre lo indisputable. Así hay quien atribuye al primer islandés con quien topa en las tradiciones náuticas de la vieja Escandinavia el descubrimiento de Colón, y quien al acaso de un triste naufragio sucedido en aguas lusitanas, estando por aquellas sus islas Colón, y al relato de un pobre náufrago dicho á la oreja de nuestro marino, en el punto y hora de las revelaciones supremas, en el punto y hora en que moría como consecuencia del naufragio y de sus trances amargísimos. Acontece con esto igual que acontece con ciertos filósofos de la Historia, conjurados en su racionalismo cuasi matemático para demostrar que no hay nada en las doctrinas del Redentor de original y propio. El Verbo de San Juan pertenece á los alejandrinos; el Dios uno á los semitas; la escena de Ana y Joaquín á los libros de Sansón; las abluciones del Bautista y sus discípulos al esenio del desierto; las estancias del *Magnificat* á los cánticos nacionales judíos; el Sermon de la Montaña y los apotegmas salvadores del

mundo á las fajas etéreas de materia filosófica difusa por el cielo de la conciencia humana, merced á platónicos, estóicos, neoalejandrinos, talmudistas, ebionitas, y no hay más que arrancar á Cristo su corona de abrojos, el trono de su cruz, el cáliz de sus amarguras, las llagas de sus costados, la muerte violenta en el ara de su Calvario, para menguarlo y reducirlo á la estatura mínima de cualquier profeta, muy santo, de una santidad vulgar en el desierto, donde solo se pide aire para vivir, y muy copiador y muy plagiario, que iba repitiendo cuanto escuchaba, como ciertas aves de oído sumo, las cuales copian y repiten los gorjeos que á otras aves oyen. En España, donde los refranes más vulgarizados resplandecen por una superior filosofía; para consolar á quien se ve perseguido por la difamacion ó la calumnia, exclaman: «De Dios dijeron.» Y como de Dios dijeron cosas malas, imposible á Colón salir exento de tales lacas impuestas por el hado á nuestras limitaciones y contingencias. Miles de concausas explican este juicio contradictorio sobre personalidad tan clara de suyo y tan ciertamente histórica. En primer lugar, á principios del siglo, y muy entrado ya éste, predominaba en las ciencias históricas el criterio crítico y se confundía la crítica, el juicio sereno y sano, con el vejamen y la censura, cual si en las categorías judicales se confundieran el juez con el verdugo. En segundo lugar, hale tocado á nuestra generación una triste multiplicidad horrible de reacciones, á cual más extravagante de suyo é inoportuna. Los ultrarreaccionarios de nuestra Religión han hecho astillas de todos los palos y han habido menester de santos nuevos para renovar su viejo calendario. Y encontrando tan sólo algún que otro heróico mártir, destripado en el Japon por la misma intolerancia religiosa que predican ellos, santidad muy comun en los almanaques, han bebido los vientos por un sabio dotado del don de los milagros y han abierto un informe para declarar la impecabilidad completa del genovés, elevado á la categoría de Purísima Concepción sin sombra de culpa original. Hay oficios que se pres-

tan á la santidad mucho, el oficio de cura ó fraile, por ejemplo; mas los hay que se prestan poco, el oficio de marino, para que no pierdan los demás. Gente honrada y buena la gente de mar, muy religiosa de suyo, porque no hay templo donde lo ínfinito se revele como en la inmensidad, celestial casi, de los espacios oceánicos, acostumbran á soltar un poco las riendas al amor, y mecerse á las olas de ciertas pasiones, disculpadas un tanto en las auchuras de manga, muy naturales a los laicos, pero terribles cuando se aspira nada menos que á una canonización, la cual trae aparejado consigo altar y ara, efigie y simulacro de madera multicolor, dosel con andas, el mimbo litúrgico en la cabeza, y entre los dones el reservado por completo á la santidad canónica y litúrgica, el don de los milagros. Para con viso de razón aquistar el título de santo á un piloto no escaso de aventuras en sus viajes y á quien las cordobesas y algún que otro hijo natural dieran hasta en la madurez de su vida y en el zenit de su gloria bastantes dolores de cabeza, exageraban los ultramontanos las virtudes honoríficas de Colón, y sus enemigos los racionalistas echábanlo por los suelos en críticas despiadadas, no tanto con ánimo de rebajarlo á él, como de mostrar á los devotos cuáles tragaderas tienen los piadosos cuando tratan de beneficiar una santidad provechosa por popular y milagrera. De aquí á una constante apoteosis interesada seguíase otra interesada denigración sistemática. Y resultaba del escandaloso litigio que Colón pecó en materias de amor y de dinero, que Colón fué codicioso y ambiciosísimo, que Colón gustó por modo extremo del oro y del amor. ¡Vaya por Dios! No miraran á esto siquiera, de haber notado lo que, por atavismo, por nacimiento, por vocación, por índole, por cultura, por toda su vida fuera el inmortal piloto. ¿Qué fuera? Parece imposible cuánto suelen estudiarse, con qué detenimiento, ciertas vidas, y luego cómo suele á esos estudios esconderse la principal característica del objeto y del sujeto estudiados.

Colón era pura y simplemente un argonauta. Los griegos

que lo supieran todo, y aquello que no lo sabían por sus escuelas y por sus ciencias, lo adivinaban por su genio, dejaron una simbólica del descubridor y de los descubridores en la célebre leyenda, cristalizada en viejas tradiciones religiosas, luego al teatro por los grandes trágicos traducida, y puesta hoy mismo en escena por nuestros actores contemporáneos, la leyenda de Medea y Jasón. La fábula del vellocino de oro por manera muy gráfica reproduce los tiempos á que podemos llamar tiempos descubridores en Grecia. Solícita la Naturaleza por su finalidad, cuando quiere cumplir una obra colosal atrae a ella los seres que necesita para su cumplimiento por medio de ilusiones y esperanzas. El navegante no podría desafiar las cóleras oceánicas, de seguro, sin un apetito tan bajo, pero tan espoleador, como el deseo de lucro. Desde las primeras edades hasta nuestra edad, el descubridor ha buscado un vellocino de oro siempre como premio á sus fatigas y como excitante al trabajo de sus compañeros, metidos por él en tan arriesgadas empresas y por él empeñados en tan horrorosos trabajos. El argonauta no es más ni menos que nuestro descubridor anticipado. La Colquide, sita en puesto tan vecino de Grecia como el mar Negro, recuerda nuestras Indias orientales y occidentales, á tanta costa buscadas é invenidas por los nuevos argonautas. El Rey de ia misteriosa región se asemeja como á una gota de agua otra de suyo al gran Mogol, buscado por los navegantes nuestros y erigido como un grande y fijo norte de más ó menos ingeniosas esperanzas en todas las vías de los inesperados descubrimientos. Jasón anticipa en la Grecia fabulosa y prehistórica los marinos reales y verdaderos de nuestro Renacimiento. El vellocino de oro brillaba en edad tan incierta como en la edad cierta del siglo décimoquinto brillaban los palacios de plata, los templos de oro, las puertas incrustadas en zafiros, pertenecientes al Preste Juan de las Indias. El vellocino de oro evoca el riente lago de agua fresca extendido por las refracciones del sol en las arenas, á los ojos del peregrino y del cruzado,

á quien la sed abrasadora mata en la vias de Medina ó de Jerusalém. Si el hombre adivinase, antes de cualquier apetecido logro, los desengaños que le aguardan, renunciaría gustoso á la vida, y juntando cuna con sepulcro, apenas aparecido en la tierra, volveríase á ella de nuevo, prefiriendo el silencio y el vacío y el sueño de la Nada por completo al perdurable martirio de ser y de existir. El vellocino de oro, el viaje de Jasón, la magia de Medea, representan la prehistoria, digámoslo así, el poema épico de los descubrimientos; el dolor en la incertidumbre, las ansias por el deseado puerto, las ilusiones al partirse, los combates en el esfuerzo, los engaños al arribio y llegada. El navío llamado *Argos* lleva en germen lo que más ilustrara en el mundo á Grecia, su maravillosa colonización. Ulyses representa el explorador; Jasón representa mucho más: Jasón representa el descubridor. Su navio *Argos* es como la carabela indagadora y feliz que descubre con certeza y arriba con acierto al descubrimiento. Habíanse cortado las tablas del *Argos* en las vertientes del Pelión y los mástiles en las encinas de Dodona, por lo cual aquéllas destilaban mieles de poesía y éstos vivraban fórmulas de oráculos: audaces héroes y reflexivos sabios la tripulaban, los unos dioses como Cástor y Pólux, los otros semidioses como Hércules, los otros más que hombres como Teseo; iba en ella Esculapio, á quien la Medicina confiaba todos sus secretos; y Orfeo, á quien la religión abría todos sus misterios; y aquel su viaje pasó de los mares helénicos al mar Negro, á la desembocadura del Nilo y del Eufrates, al Estrecho de Gades, inviniendo la feliz región de los macrobios, donde los hombres vivían siglos; la tierra de los cimerios envuelta en tinieblas eternales; el mar de hielo y el mar de fuego; los escollos de Scila y Caribdis; las islas de Circe y las Nereidas; hasta que por fin llegó á este jardín de nuestra España incomparable, á este jardín de las Hespérides, circunvalando así dos veces Europa, desde nuestros luminosos mares béticos hasts el mar tenebrosísimo escandinavo, para esbozar allá en las anticipacio-

nes y profecías propias del numen griego la nave que condujo los lusitanos á resucitar el viejo mundo histórico, la nave que condujo los españoles á descubrir el Nuevo Mundo renovador; la nave que llevó los lusitanos y los españoles á circunvalar el planeta para que concluyese el viejo cielo de cristal que parecía una máquina pneumática; la nave que condujo los peregrinos con su Evangelio en la mano, para que rematasen tan grandiosa epopeya con esta sublime trilogía: democracia, libertad y República.

Para que las analogías no se acaben y las personificaciones aparezcan deslumbradoras en el mundo antiguo, descúbrese junto á Jasón Medea, nuevo símbolo también, el símbolo de las razas invenidas por los descubridores. Su amor, el amor al argonauta, representa el que los pueblos encerrados dentro de sí mismos sienten por aquellos que han tenido el arte y el valor necesarios, no sólo por encontrarlos, sino para dirigirlos en los primeros pasos de una civilización desconocida y nueva, superior á la suya original y nativa. Medea debe aparecer hechicera en representación de la Magia, fe natural á los pueblos primitivos. La veleidad de Jasón respecto de Medea; perdido por ella un día y al siguiente de ella olvidado, significa muy bien la inconsistencia y la inconstancia de todos cuantos viajan mucho, y al discurso del viaje tienen que cambiar mucho de naturales emociones por su comercio con las gentes, en cuyos cambios continuos toman mil varias fases y mil diferentes aspectos. A su vez la magia, la seducción, las agorerías, las nigromancias de Medea recuerdan los halagos puestos por las gentes y por las tierras de arribo para retener á los arribados y uncirles así á sus altares como á sus palacios. La volubilidad de Jason sus facilidades en prometer, unidas á sus dificultades en cumplir el arrojo con que á los mares se libra en requerimiento de un objeto codiciadísimo; las redes tendidas y los engaños hechos á una familia hospitalaria; la conquista y robo del áureo vellocino; las mil industrias arbitradas para deslumbrar á su poseedor; el

regreso á Grecia con Medea, ni bien esposa, ni bien cautiva; la mezcla de audacia y astucia en sus empresas; la tenacidad y el disimulo en sus propósitos; el abandono de quien le ha facilitado el apetecido logro cuando no la necesita ya; su resolución de fundar su familia con la gente propia y erigir su ogar en la tierra patria; el menosprecio á Medea, enfurecida por engañada; cuantas fases no muestra el espíritu y la vida del argonauta, significan por modo maravilloso las naturales aventuras corridas por un descubridor en estos nuestros tiempos mismos y nos enseñan la indudable fatalidad que pesa tanto sobre la Naturaleza como sobre la Historía, reproduciéndose, á pesar de largas distancias en el tiempo y en el espacio, las mismas virtudes y los mismos defectos, en demostración de que permanece un fondo comun en la Humanidad, y de que no podemos creernos ajenos á ninguna edad, ni á ninguna familia humanas, sino solidarios con todas desde sus desconocidos orígenes hasta el cumplimiento y realización de sus providenciales destinos. El desengaño padecido por Medea cuando se ve abandonada y enemiga de aquel Jasón, â quien recibiera con los brazos abiertos, representa y significa el tradicional desengaño que reciben todos los pueblos descubiertos y conquistados de sus nuevos señores, tomados por dioses en los primeros momentos, hasta que hallan al transcurso del tiempo en ellos varias condiciones inferiores á las suyas propias y se resisten y se vengan. La poesia helena representó tal particularísima leyenda con su maestria soberana indiscutible. No se mueren las tigres heridas, no rugen las leonas febriles, no graznan los cuervos ambrientos, no silban las serpientes airadas, no envenenan las vivoras, no gritan los milanos y no tragan las hienas como los instintos feroces de Medea, ebria en el atroz delirio de su loca venganza. Medea es la alquimia delante de la química, la astrología delante de la astronomia, la cábala delante de la matemática, el augurio delante de la observación, el presagio delante del cálculo, el hechizo y el milagro delante del saber humano, la naturaleza bruta y la tribu fetichista y la fa-

milia casi salvaje delante de aquellos que los encuentran y los civilizan. No se puede iniciar la biografía de un argonauta como Colón, el gran revelador, sin tornar la vista y el pensamiento á los que le precedieron, cuyas vidas parecen como anuncios apartadísimos hechos por la historia de la vida inmortal del primero entre todos. Tito Livio en los comienzos de sus décadas; Plutarco en las biografías de sus hombres ilustres, griegos y romanos; Esquilo y Sófocles y Eurípidès en sus tragedias; los dos primeros dramáticos de las literaturas modernas, Calderon y Shakespeare en sus mejores obras, ponen profecías de lo que van á presentar muy semejantes á las fábulas del velloc'no de oro y al viaje de los argonautas, cuyo relato resulta indispensable al comienzo de una epopeya como la invención de América.

Mas aun hay cierta coincidencia, la cual, no por sabida y vulgar debe omitirse. Así como en una comedia de Lope aparece una profecía extraña, si bien clarísima, del telégrafo eléctrico, en la tragedia del español Séneca tambien aparece otra profecía clarísima del descubrimiento de América, tal vez por el genio de su patria sugerido, por aquel genio que providenciales desígnios señalaban para producir esta maravillosísima obra. El profeta hebreo, aquélla especie de sabio revelador que contempla y escudriña con ojos avizores y profundo lo porvenir, anuncia siempre augurios y profesías referentes á su tierra y á los imperios que la persiguen ó avasallan; el oráculo griego, en su fórmulas y sentencias sibilíticas, habla' siempre de Grecia ó de los pueblos á Grecia circunvecinos; pero el poeta nuestro, inspirado por el genio romano é intérprete de la universalidad de sentimientos é ideas traidas por la Eterna Ciudad al mundo antiguo, rompe todas las fronteras con su luminosa inspiración; y adelantándos á los siglos, anuncia las exploraciones del Océano, cerrado entonces como un misterio, los agrandamientos del planeta y las apariciones de nuevos mundos en la soledad del espacio, no pudiendo sazón más oportuna escoger el genio poético para mostrar sus virtudes proféticas, que la gloria de los argonautas

antiguos y la investigación de aquel áureo vellocino buscado en la inmensidad del mar, también por los argonautas futuros, como que Jasón aparece realmente predecesor de Marco Polo, de Albuquerque, del príncipe Constante, de Gama, de Magallanes, de Colón, y al cantar sus hazañas y al escribir sus servicios, no es mucho que, viendo como había tendido la quilla sobre las aguas, dado á la nave gobierno con su próvido timón, puesto á nuestro servicio los vientos recogidos en las velas, el profeta viera los futuros descubridores contenidos en este descubridor antiguo y la sumisión por sus esfuerzos y por su tenaz voluntad, la sumisión del planeta y del cielo al humano albedrío, pues en el fin de su acto segundo, pintada la temeridad increible del que desafió primero las olas y la ciencia del que leyó los astros recogiéndolos y agrupándolos, á fin de que señalaran en el firmamento los caminos del Océano; cantadas y encarecidas las dificultades opuestas por escollos donde habitan sirenas, por cabos donde hierven líquidos abismos, por tormentas, huracanes y tempestades; visto el precio dado al áureo vellocino; Séneca descubre que si en su tiempo se mezclaban las sazas todas al punto de beber los indios las aguas del Araxo y los persas las aguas del Rhin, mientras las aves más humildes, sin necesidad alguna de que Atenea las construyese y Orfeo las guiase, recorrían los mares, merced á la creación lenta, pero divina, de los siglos, cual otra edad vendría, en la cual, traspasadas las columnas del divino Hércules, desvanecidas las supersticiones que ocultaban como con espadas de fuego el Océano, franqueados los límites de la polar Tule, que creía Roma infranqueables, nuevos continentes surgirían de las aguas y un mundo nuevo completaría el planeta, como premio al humano esfuerzo y como resultado necesario del progreso.

Venient annis secula seris,
Quibns Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat tellus,
Tethysque novos detegat orbes,
Nec sit terris ultima Tule.

El argonauta nuestro aparece más complejo en comparación y paralelo con el antiguo. Los espíritus más dificiles de comprender serán siempre los espíritus complejos. Aquéllos, que tocan por un lado á las cumbres del ideal y por otro lado á lo más bajo de la realidad, resultarán un enigma para la observación histórica y obtendrán los juicios mas opuestos por la oposición misma de su complexión doble de sus actos contradictorios. Colón, profeta y mercader, vidente y calculador, cruzado y matemático; especie de Isaías en sus adivinaciones y de banquero en sus cálculos; con el pensamiento á un tiempo en la religión y en su negocio; sublime oráculo, de cuyos labios brotan profecías á borbotones y pésimo administrador que arbitra irregulares medidas; proponiendo la reconquista del Santo Sepulcro por un esfuerzo de su voluntad piadosa y el reencuentro con las minas de Golconda por un camino más corto que los conocidos á la India; siempre suspenso entre las idealidades y las contarriñas; capaz de crear un mundo con la fuerza de su visión intelectual para luego destruirlo con los expedientes de su imprevisión y de su desgobierno; con ojos de telescopio que le permiten hasta llegar á lo infinitamente grande y con ojos de microscopio para conocer y analizar lo infinitamente pepueño; matemático y revelador; teólogo y naturalista; místico y astrónomo, se aparece tan múltiple y vario, que apenas cabe dentro de nuestras lógicas y encadenadas séries y en nuestros bien regulados y proporcionadísimos sistemas. Cuán fácil juzgar á un hombre todo para la poesía como Virgilio, todo para la pintura como Murillo, todo para la ciencia como Newton, todo para el teatro camo Racine, todo para la virtud y la religión como San Francisco; pero cuán dificil juzgar á un hombre, piloto, cartógrafo, matemático, nagociante, cortesano, artista, profeta, político, administrador, penitente, que baja como un buzo á pescar madreperlas en los tenebrosos abismos y sube como un ángel á esparcir mundo en los espacios celestes. La pasión de crear ideando como un Dios y la pasión de redondearse vendiendo

como un Zulok no cabrán en el fondo de un saco y cabían en el alma de un Colón. Y había hecho bien la Naturaleza, en sus finalidades misteriosas, haciéndolo así, con esas aptitudes contradictorias y en abierta pugna dentro de su alma. Tenía que deslumbrar al idealista con sus visiones, al creyente con sus prfecías, al poderoso con sus proyectos, al muy lastimado por las tristezas del mal con esperanzas de hallar el nuevo Paraiso sin mancha y la nueva vida sin pecado, al entristecido por la caida de Constantinopla con la esperanza de recuperar Jerusalén, al egoista y epicúreo con sensuales goces nunca gustados antes, á los interesados, que por do quier abundan, con el oro macizo de la soñada Mongolia y con los rubíes á cahices del Preste Juan de las Indias. Tiene que dilatar los mares; que rehacer la Naturaleza; que completar el pleneta; que sembrar de creaciones nuevas el espacio; que traer á la superficie de aguas inexploradas numerosas islas y continentes nunca vistos y como soñados; que aumentar con brillantes constelaciones desconocidas el cielo; que mostrar prácticamente la figura de nuestro globo é impelerlo como un astro más en el éter; que alterar desde la propiedad, casi feudal todavía, completamente destruida por el nuevo espíritu de trabajo y que bautizar innumerables razas; que interrumpir los sacrificios del fetichismo para levantar el Dios Espiritu; que hacer una obra casi litúrgica. una obra semejante á la de Buda, á la de Zoroastro y á la de Mahoma, cuando las Cruzadas católicas se habían convertido en cruzadas mercantiles, cuando la fe tradicional había encontrado á Lutero, cuando la Sede Pontificia se trocaba en reino político, embargado por la colocación hasta de sus expósitos, cuando Maquiavelo escribía sus fórmulas infernales, cuando César Borgia invocaba al diablo en sus brillantes combates y lo tenía en su persona, tan hermosa como el ángel caido, cuando Fernando V y Luis XI sustituían al ideal católico la imperiosisima razón de Estado, cuando habian ya nacido los que se burlaban de todos los viajes heróicos parangonándolos con los viajes de Astolfo á la Luna,

cuando los caballeros con cruz al peto y su cimera sobre la frenfe caian yertos á las carcajadas del escepticismo y al Renacimiento de la Naturaleza y de la Razón. Quien desconozca de Colón las plegarias, las visiones, las profecias, el propósito de una evangelización, el proyecto de recuperar el Santo Sepulcro, la tendencia incontrastable á oraculear y á presagiar, desconoce toda una parte del ser suyo; pero quien desconozca su finura de italiano, su mercantilísmo de genovés, su diplomacia del siglo décimoquinto, su hidrópica sed natural de riquezas, sus estratagemas de navegante; sus dobleces florentinas de conspirador, su propensión á entregarse al primer potentado con quien topaba en cuerpo y alma, sus continuas sumas y restas, lo desconoce á su vez en otro aspecto no menos curioso que el primero y no menos decisivo para su magna finalidad total y para su creación maravillosa. Reflexión é intuición casi parecen á primera vista excluirse. La una os reconcentra en vosotros mismos, la otra os difunde y esparce, La una, repliegue de todas nuestras facultades varias dentro de sí mismas; la otra, facultad expontánea, difusiva, radiante. Un matemático necesita de la reflexión; un poeta necesita de la intuición. Por la primera, todo lo veis con su medida, con su número, en sus proporciones, en su límite; por la segunda, todo lo veis desmedido, sobrenatural poético. Por eso decís que los conocimientos matemáticos deben llamarse conocimientos reflexivos y que las inspiraciones artísticas deben llamarse intuitivas. No ignoro, no, que un escultor y un pintor y un arquitecto, necesitan de conocimientos en la linea, en la medida y en el número, como puedan un astrónomo y un matemático. Pero esta parte de su divino misterio suelen tenerla en los ojos más que en el entendimiento El Algebra canta para un músico. La geometria pinta y esculpe de suyo en artistas pagados del ritmo de las formas, cual Fidias Vinci, Rafael, que han visto las notas y las sinfonias de los colores, de igual guisa que Pitágoras oyera con oido atento la música de los mundos y en varios números la escribiera y anotara. Pero en genio ninguno la reflexión y la

intuición, el cálculo y la poesía, el sentimiento espontáneo y el cómputo calculado, la elocuencia y el silencio, la poesía y el interés, la religión idealista y la verdad positiva, la matemática y la fe, hanse jamás unido como en este Colón, quien parecía tener primero ideada y luego cumplida su creación, como pudiera tener un artista esbozos varios y luego el perfeccionamiento real de sus pinturas. ¡Qué mezcla de ciencia y de magia! Como ya se os aparece cual un sabio sencillo á lo Copérnico, su contemporàneo; ya como un caballero de los que habían entrevisto Pulci ó Ariosto. En algunos momentos diríase que lleva las tablas astronómicas más perfectas en su inteligencia y otras veces les daríais las manos para que os anunciara quirománticos horóscopos. Hay en su espíritu algo de los algebristas positivos que han renovado en Còrdoba las ciencias matemáticas con sus propios saberes y sus recuerdos alejandrinos, como algo de los alquimistas que han encontrado, no el oro, pero sí la química, superior al oro, en sus retortas industriales. Y le pasa todo esto porque va con él á concluir la Edad Media y á comenzar la Edad Moderna. Virgilio, tan pagano en todas sus poesías, viera con tal intuición el nuevo espíritu vagando en la dulce alba de nuevo dia, que la *Ègloga* cuarta pertenece de suyo al Cristianismo. No empieza la Edad Moderna en Gutenberg que descubre la imprenta, no en Lutero que subleva la conciencia, no en Copérnico que impele por los espacios infinitos el planeta; no en León X que ampara el Renacimiento; no en Fernando V que soterra el feudalismo: empieza en Colón, que rejuvenece con su descubrimiento de América el cielo y la tierra.

No hay que imaginar por su grandeza el advenimiento de Colón y la invención del Nuevo Mundo cosas de súbito hechas y no apercibidas por la ciencia y por el tiempo, con sus ideas la una, el otro con sus evoluciones. Por tal modo los productos del centro de Asia tentaban al comercio y al cambio en aquellos días que las inteligencias de cierta estirpe y género no descansaban hasta no invenir el camino más corto posible á esa fuente

milagrosa de riqueza. Todo el mundo soñaba con la India. El aroma de sus clavos y canelas tentaba el olfato y el gusto; las chispas refulgentes de sus piedras preciosas tentaban la vista; el oro macizo empleado en sus templos y palacios el universal interés: así todos los pilotos buscaban las Indias por todos los mares. El vellocino antiguo renacía de nuevo en los libros del veneciano Marco Polo, escritos de prisa y divulgados como nunca en este período creador del Renacimiento, que poco á poco, desde los últimos días del siglo décimotercio, había trastornado la guerra cuerpo á cuerpo con la pólvora; vencido al tiempo con la imprenta; orientado al nauta con la brújula; rehecho la historia con los helenos fugitivos de Constantinopla; ensanchado el cielo con los nuevos anteojos, y desvanecido supersticiones que antes paralizaban ó por lo menos encogían á una la voluntad y la inteligencia del hombre. Los artistas escalaban las ruinas y los descubridores exploraban el mar. Aqui unos se sumergían en la historia para encontrar el mundo de lo pasado y otros en el espacio inmenso para encontrar el mundo de lo porvenir. Explorador de los cielos como Regiomontano iba por doquier apoyado en personificación de las ruinas como Bessarion. Mientras aquél andaba por su tiempo lloviendo estrellas encendidas que lo porvenir esclarecían, éste andaba deletreando lenguas muertas que lo pasado evocaban. A pesar de los observatorios caldeos, los cuales habían guardado siempre su comunicación franca y abierta con las estrellas relucientes en las noches de aquellos luminosos desiertos, donde las arenas semejan vias lácteas; á pesar de las adivinaciones agoreras, cuyos números aparecieron como cábalas de nuestras verdades astronómicas; á pesar de haberse la ciencia oriental y helena concentrado con los Ptolomeos en la ciudad sapientísima de Alejandro y transmitídose hacia el Oriente á Bagdad y hacia el Occidente á Córdoba; el terror milenario y el influjo teocrático habían en tal modo paralizado á Europa, que la vida humana se asemejaba de suyo á la vida vegetal, hundiendo, como ésta sus

raíces en la tierra, sus raíces aquella en la tumba. Los hombres del período extendido entre los siglos quinto y décimo viven bajo las bóvedas obscuras y achaparradas del santuario bizantino, aguardando la hora del juicio final de rodillas sobre las tumbas que llaman hácia sus abismos á todos los mortales. Pero de pronto la cristiandad se mueve por haber pasado la línea del año mil y no haber visto desgajarse la tierra bajo sus plantas ni convertirse las estrellas del cielo en mares de ceniza. Europa nuevamente anda, pero movida y aguijoneada por impulsos religiosos. Las Cruzadas despiertan y suscitan este movimiento, que, religioso en sus comienzos bajo San Bernardo y con Godofredo de Buillón, degenera en herético y cosmopolita con el emperador Federico de Suabia, y concluye de suyo en mercantil con Venecia y sus nobles mercaderes. Eterna rival de Venecia, Génova, la pátria de Colon, aguijoneada por el deseo de lucro, explora tierra y mar en todo lo posible. Notad cómo al concluirse la fascinación religiosa, ejercida por Jerusalen y el sepulcro de Cristo, á causa de haberse visto precisada la misma institución pontificia, que suscitó los cruzados en el siglo undécimo, á excomulgarlas en el siglo décimotercio, sustituyóla una intensa fascinación mercantil ejercida por el gran Mogol de Tartaria y diversos espejismos de sus fabulosas riquezas. Las embajadas expedidas por Enrique III desde sus reinos castellanos y contadas por Clavijo con tanta encantadora ingenuidad; la peregrinación del veneciano atrevidísimo Nicolás Conti, ya en vida de Colón; las múltiples exploraciones referidas por viajeros numerosos, no tenían, como las Cruzadas, un móvil y un objeto religioso, inspirábanse, por lo contrario, en el interés mercantil y buscaban mercados y no tumbas. Coincidía con todo un mayor empeño é insistencia mayor en los estudios geográficos. La cartografía prosperaba por modo maravilloso. El genio de las abstracciones tomistas y de los silogismos escolásticos iba poco á poco, sin dejar del todo la teología tradicional, observando la naturaleza, embelesándose con solicitud tanto en su contemplación como

en su estudio. Lo mismo Roger Bacón que Raimundo Lulio no se contentaban y satisfacían sólo con sus indagaciones religiosas; el uno entraba en las ciencias que llamamos por antonomasia naturales y el otro en las ciencias químicas. Los discípulos sucesores suyos pudieron escribir enciclopedias cosmográficas más tarde, que aun frescas se encontraban, como las de Bauvais, por ejemplo, cuando el invento de Guttenberg, la reproductora máquina, que parecía un milagro venido para perpetuarlas y difundirlas. Las naves catalanas, tan civilizadoras, llevaban por las orillas del Mediterráneo cartas relativamente perfectas del mundo conocido, trazadas en centros de cultura tan espléndidos como Barcelona y Mallorca. Por eso el genio de la gloria catalogará entre las mayores nuestras eternamente aquel mapamundi catalán llamado el Grande por antonomasia en todos los tratados científicos y que se trazó el año setenta y cinco de la centuria décimocuarta, por lo cual este año se cuenta entre las estrellas de mayor magnitud que brillan en los hemisférios del tiempo y entre los recuerdos más santos que guardan los anales del mundo. Planisferio terrestre y carta marina instruyó en tales modos á los náutas, que puede muy bien denominarse escritura, en que consta la toma de posesión de la mar por el hombre después de haberse descubierto maravilla tan enorme como la brújula. Así el planisferio invenido en la biblioteca de los Borgias y el trazado por los monjes de San Miguel en las paredes de su monasterio que se levanta en las lagunas de Venecia cerca de Murano, los dos hechos ya en tiempos de Colón, resumen y ordenan todos los conocimientos geográficos del tiempo é industrian en geografía con todo el posible acierto á los viajeros y exploradores de aquella edad fecundísima. Pero donde Colón halló quizás la mayor copia de noticias indispensables á su ministerio y á su oficio, fuera en Génova, célebre como Barcelona y Palma por sus cartas marinas. Llámanse periplos, con el mismo nombre griego que hizo tan famosa la carrera del cartaginés Hannon. Vivien, que ha escrito una historia en la Geo-

grafía, hoy consultada por todos, atribuye al genovés Pedro Vesconte, muy ducho en el arte marina, el primer periplo compuesto en la edad media. Ellos, los de Pizzagani, los de Bianco, los de nuestro compatriota balear Valsecas, no solamente sirvieron para industriar à Colon, así en su arte como en sus ciencias; sirvieron también para procurarle medios de sustento, pues los trazaba y los vendía; despues de haberlos empleado en sus propias navegaciones. Cuando se ven estas cartas, nótase desde luego en ellas vaguedades y sombras cuando se refieren á mares que no sean el Mediterráneo, tan explorado ya y tan conocido entónces como en este nuestro tiempo. Amén de todo esto, la imprenta se consagraba en sus primeros esfuerzos á fijar para siempre los libros de Astronomía, de Cosmografía, de Geografía. Lo mismo el Almagesto de Ptolomeo, más ó ménos retocado por los árabes, que la Historia Natural de Plinio, con mayor ó menor fidelidad extraída de los antíguos manuscritos y palimpsestos, abundaban en ideas y noticias de todas clases, según las cuales sistematizaba Colón sus conocimientos y razonaba sus propias experiencias. Un Papa en persona contribuía con su caudal de raros estudios al aumento de la ciencia, el pontífice Pío II. Èsta llegaba por mil circunstancias á subir hácia su apogeo. Y cuando tal sucedía, consideró Colón estrecho el Mediterráneo á su génio, y se partió, no sabemos ahora si por móviles reflexivos ó por súbitas inspiraciones, al punto del planeta donde más resonaba el afán de los descubrimientos, al término de la Península Ibérica, á Portugal, quien iba explorando el Africa y trayendo nuevamente á la vida y á la historia el Asia Oriental, para que todo esto se completara y perfeccionase con el milagroso descubrimiento de América. Hé ahí, pues, lo que constituye la gloria de Colón, el haber sido en la Historia el primero de los descubridores.

CAPITULO IV.

PORTUGAL Y COLÓN.

LAS armonías entre lcs destinos y las vocaciones individuales no pueden desconocerse, pues se demuestran en todo el transcurso de la humana historia y en todas cuantas biografías andan escritas de ios personajes, conspícuos y superiores, dignos, por mil conceptos, de universal estudio. No perteneciera Colón á los marinos primeros de la humanidad si dejara de sentir inclinaciones hacia Lisboa, donde comenzó la navegación oceánica en grande, tan superior en su esfuerzo y en su dilatación á las navegaciones mediterráneas como las navegaciones mediterráneas á las antiguas navegaciones fluviales. ¡Cuál diferencia entre la caravana patriarcal y errante, que lleva por el desierto á lomo de camello la tienda nómada, y el madero echado á las aguas de los grandes ríos, que aumenta el movimiento disminuyendo el esfuerzo, y presta, por una mayor facilidad en las comunicaciones, impulso al cambio y al comercio! Pues la cultura del mundo comienza por las ciudades fluviales, por Babilonia y Nínive, á las orillas del Eufrates y del Tigris; por Tebas, con sus cien puertas á las orillas del Nilo; por Jerusalén y su templo, á las orillas del Jordán. Por esta civi-

lización se hubiera estancado, persistiendo en sus formas orientales y asiáticas, de no haber existido las ciudades marinas como Tiro, como Cartago, como Atenas, como Corinto, como Siracusa, como Marsella, como Venecia, como Barcelona, que convirtieron la civilización fluvial asiática en civilización europea mediterránea. Y así como la barca fluvial supera en mucho al camello nómada, y el barco marino á la barca fluvial, superan en mucho á las navegaciones por el mar interno, que llamamos nuestro los levantinos, las navegaciones por el mar Océano, infinito é insondable. Pues lo que fuera la Efrón de Abraham en los tiempos primitivos; lo que fuera la Nínive de Semíramis en los tiempos fluviales; lo que fuera la Cartago de Dido en los tiempos mediterráneos; es la Lisboa del infante D. Enrique y del hermano suyo D. Fernando en las edades oceánicas. La caravana comunica los desiertos entre sí, el desierto caldeo con el egipcio, el desierto egipcio con el arábigo, el desierto arábigo con el israelita en tiempo de los Patriarcas; la navecilla fluvial el desierto con el río, Nubia con el Nilo, Caldea con el Tigris y el Eufrates; la barca mediterránea los pueblos sitos en las dos orillas de tan hermoso mar; la navegación oceánica concluye por comunicar entre si los continentes y por circunvalar el planeta. Como las semanas cumplidas por el mesianismo religioso traen á Cristo en su hora oportuna, las promesas y las esperanzas científicas traerán á su hora oportuna también los reveladores del mundo. Y como Cristo, natural de Galilea, tendrá que predicar en Jerusalén, por hallarse allí el templo de Dios; Colón, natural de Génova, tendrá que personarse á su vez en Lisboa, por hallarse allí el templo de la ciencia. Todo afluía entonces á la desembocadura del Tajo. Desde los normandos á los mayorquines buscaban allí las relaciones comerciales y los conocimientos náuticos. El Preste Juan de las Indias, asentado en su silla de oro puro; la ciudad aquella de Catay, donde se medían las perlas como el trigo, á cahices; los templos del gran Mogol, rematados por enormes rotondas compuestas de rubíes y esmeraldas y zafiros; el

Océano de tinieblas, tras cuyas ondas brumosas lucían palacios fabricados con estrellas y embellecidos con rosadas auroras permanentes, veíanse lucir y esplender en las encrucijaads de Lisboa, porque todo el mundo los llevaba en su retina, como fiel trasunto de profunda mirada interior que trascendía de los espíritus á los ojos. Pues el colosal personificador de tales aspiraciones debía ir allí, si en realidad estaba designado por providenciales acuerdos, á preparar y apercibir en la realidad lo mismo que tenía en la idea: un mundo ignorado y nuevo. Y e ta decisión suya, decisión reflexiva, deliberada, voluntaria, consciente, no casual, como quieren aquellos que lo arrojan á las playas portuguesas tras deshecha borrasca y tragico naufragio, proviene de la voz oída en su interior á la continua, de una voz del pensamiento íntimo, propulsor que lo mueve y lo determina en su obra. Las relaciones entre los pueblos occidentales de la peninsula itala y los pueblos occidentales de la península ibera en todos los siglos medios aparecen estrechísimas. Se comprende y explica por el contracto entre Cataluña é Italia que fueran almirantes aragoneses héroes como Roger de Lauria; se comprende y se explica por el dominio de Cárlos V sobre toda la tierra que desempeñara largo tiempo el amirantazgo español un marino genovés como Andrea Doria: la presencia de los genoveses en Galicia y Portugal solamente puede uno explicársela por el superior concepto que los genoveses alcanzaban entre gallegos y lusitanos. Lo cierto es que Oliveira Martins, el gran historiador de Portugal, declara maestra de Lisboa en marítima navegación á Génova. Y con efecto, allá, por el siglo undécimo, el Obispo de Compostela ó Santiago encargaba pilotos á la Liguria; y más tarde un Rey tan sábio eomo D. Denis de Portugal, vinculaba y amayorazgaba el almirantazgo portugues en la ilustre familia genovesa de los Pezzagnas. Reuniéndose tal número de pobladores extraños en Lisboa por los siglos decimocuarto y decimoquinto que su cronista la llama ciudad grandísima de desvariadas gentes, debía parecerse, no á Venecia, donde había tres factores predominan-

tes, griegos y esclavones y latinos, á lo que ahora mismo son la ciudades, como Buenos Aires, como Nueva York, como tantas y tantas de América pobladas por los colonos idos allí de los cuatro puntos cardinales del aire. Para mí Lisboa ejerce una influencia decisiva en el ánimo de Colón y le presta con los caracteres de universalidad, por ella desde la centuria décimacuarta tomados, aquel ensueño gnóstico que lo mantenía en perpetua neurosis de alucinación y esperanza. Cuando se ven las naves de todos los puertos y se trata con las representaciones varias de todos los climas y se oyen los acentos de todas las lenguas y se asiste al cambio de todos los productos y se respira el espíritu de todos los climas y se tocan los resultados del comercio entre todas las mercancías; una de esas almas, en las cuales desembocan los ríos de ideas, alma comprensiva y luminosa, concibe las síntesis, suprema y universales á que suelen deberse de antiguo las revoluciones, así políticas como artísticas, literarias como científicas; á cuyo poder se transmite desde una edad á otra el ser de las sociedades humanas, y se tuercen las corrientes del tiempo. Así aquellos qua prestan culto á lo antiguo, el poeta y el historiador, por motivo y razón de su oficio, romántico el uno y reaccionario el otro, revuélvense contra los que han cambiado la naturaleza de los pueblos y disuelto la sangre propia de éstos y sus ideas nativas en el cuerpo y en el espìritu de la humanidad. El planeta se iba ensanchando al influjo de Lisboa, y el espíritu se iba engrandeciendo bajo el ala de un cielo y de un mundo agrandados: no cabía dudar que los intereses antiguos y los antiguos principios se iban poco á poco achicando en proporción matemática y exacta con el engrandecimiento de la tierra toda y del alma universal. Como la nueva grande astronomía destronaba nuestro planeta de aquel centro de la creación, donde lo habían colocado las supersticiones de otros tiempos, obedientes al testimonio de los sentidos, el influjo de Lisboa iba disminuyendo poco á poco el influjo de Venecia y Génova, como la invención de nuevas regiones y ciudades, andando el

tiempo, debía disminuir el influjo soberano por Lisboa ejercido en los últimos años de la Edad Media. No recogeríamos el fruto, si la simiente no se pudriese y desapareciera en su obra, como no abriríamos la cuna para las generaciones recién llegadas, sí no cerráramos el sepulcro sobre las generaciones extintas.

¿Cuál misteriosa relación entre las escuelas artísticas del Renacimiento, fundadas por los Médicis en Florencia, y las escuelas experimentales de náutica, fundadas por los hijos de D. Juan I en Cabo Sagres? Las academias de las orillas del Arno miraban á lo pasado, mientras las escuelas de las orillas del Océano miraban á lo porvenir. Predominaba en aquéllas la interior astronomía del pensamiento y en estas la exterior astronomia del cielo. Allá teñían dedos rosados liras y cítaras; desbastaban agudos cinceles mármoles y bronces; animaba el pincel, mojado en paletas de iris, las tablas; el Verbo, henchido por ideas platónicas, a su vez animaba los espíritus, surgiendo de todo esto la evocación de Grecia representada por sus estatuas: mientras aquí abordaban pilotos de todos los mares conocidos; enseñaban la geografía y sus adelantos, mapas de todos los territorios explorados y aun de los territorios explorables ó supuestos; se aplicaba con verdadera novedad á los trabajos y operaciones de la navegación el astrolabio, ideado para pasear la idea por el cielo; encendían llamas de pensamientos abstractos en las estrellas los discípulos de Raimundo Lulio, ya por aquella sazón muerto para el mundo, mas redivivo en la ciencía; daba lecciones prácticas de marear el consumado nauta Jaime de Mallorca; y andaban de labio en labio, realizados por la imaginación de tanto experto allí reunido, los fantaseos increibles de Marco Polo, cual de memoria en memoria las noticias prácticas de Valseca, formándose con todo esto una especie de materia radiante científica, la cual, tarde ó temprano, había de condensarse y formar un verdadero núcleo central en el espíritu y en el pensamiento de Cristóbal Colón, destinado, como los artistas florentinos á evocar el

mundo de la Historia y de la tradición, él á evocar el mundo de la Naturaleza y de la Libertad. Los espejismos formados por las reverberaciones del éter en las aguas luminosas del Océano y las esperanzas caídas en los senos del alma desde los salmos y libros de las profecias religiosas; la grande Atlántida, evocada en los místicos banquetes de Platón, y la tierra nueva, puesta por Séneca en sus tragedias allende los términos entonces conocidos del cielo y del mar; las experiencias racionales y cientificas de sabios consultados cual oráculos, y los anuncios de almas extáticas, como aquellas que profetizaban una florescencia nueva en el mundo aparecíanse por los horizontes de Portugal como esas nubes extendidas por los bordes obscuros del ocaso, que os fingen, á la refracción de los últimos rayos solares en sus arrebolados vapores acuosos, ya castillos, ya palacios inmensos, ya legiones de ángeles apocalípticos, ya mares de topacio, ya cordilleras de rubíes y esmeraldas, un cuadro disolvente de multicolores matices que inspiran y sugieren, por su parte, brillantísimos fantaseos al contemplativo espectador poeta. ¿Comprendéis una concordancia mayor que la existente por ley natural entre la situación ó estado íntimo del alma de Colón y la situación ó estado intelectual de Lusitania en tiempo tan creador como este del Renacimiento? Las ocupaciones de la inteligencia individual del Profeta resultaban ocupaciones del intelecto colectivo de un pueblo. Todo el mundo en los muelles de Lisboa calculaba, preveía, se fijaba en el cielo y en el mar, iba en pos de tierras desconocidas, formaba ese poema de la navegación y de los descubrimientos condensado luego en el poema de Camoens, como en la *Iliada* y en la *Odisea* de Homero se condensara el poema oral cantado de puerta en puerta por los aedos helénicos errantes. Colón recogía por los poros allí el ideal de su ciencia, como esas canoras aves que recogen por todos los cañones de sus plumas y respiran el aire vital donde vuelan y se mecen. Durante los tiempos anteriores á la conquista romana, en el Cabo Sagres, la noche del plenilunio, al subir á su me-

lancólica zenit en el astro de la poesía y de la tristeza, iban en espíritu, requeridos y reclamados por los salmos y los ritos druidas, los muertos á rozar la superficie del oleaje y las ramas del encinar, entre fórmulas de conjuros y humaredas de sacrificios, vibrando unísonas, como vibran las copas de los pinos al viento del Océano. Pues como ha dicho un gran escritor, así en aquella centuria extendida entre la Edad Media y la Edad Moderna, iban las ideas científicas, no como almas en pena, como espíritus vivos, al Cabo Sagres y formaban sistemas compuestos de series diversas, como forman constelaciones los segmentos del cielo, y vías lácteas en la infinidad del tiempo y del espacio los sistemas solares aglomerados en las inciertas nebulosas. Todo el mundo gritaba, siguiendo la voz y la bandera del infante D. Enrique: «Africa». Todo el mundo hablaba de un continente, como el africano, ceñido por palmeras que daban dulces dátiles y áureas mieles; aromado por azahares; que sugerían, como pebeteros gigantes, ordorosa voluptuosidad; recorrido por misteriosos ríos que se creían fluyentes de la luna; ornado por patios como los de Sevilla y por aljamas como al de Cordoba y por los palacios como los del Darro y del Genil; con pavimentos más muelles que las alfombras de Persia, con tejas de oro macizo, con estancias edénicas, donde los aires trascendían á especias suaves, y resonaban, al son de guzlas invisibles, tañidas por ángeles de cielos no soñados, melodiosas canciones acompañadas por concertadísimas orquestas. Veía Colón caer los pinos, al acha, en las aguas; citarse los caballeros á torneos permanentes; ponerse las damas los colores del más arriesgado; pedir los frailes puesto en las expediciones; aprontar auxilios los codiciosos mercaderes ; reunirse desde los escandinavos hasta los griegos en las numerosas tripulaciones; excitar los trovadores á la exploración y á la cruzada con sus cánticos, mientras en el mar desierto iban surgiendo islas como las Azores y Madera, tendidas, preciosísima sarta de perlas, entre los extremos del continente africano y los extremos del europeo conti-

nente. Los sendos polos de la inteligencia se reunian en el descubridor: la inspiración sobrehumana y el cálculo matemático. Pues ambas facultades, tan opuestas, recibian del estado en que Portugal se hallaba entonces, excitaciones intensas y sostén sólido. Habia en Colón un profeta y un mercader. Pues el profeta crecia en su contacto con las ideas vagas y poéticas por todas partes allí difusas, y el mercader en la enseñanza viva de tantas y tan varias combinaciones económicas como se realizaban en aquella inacabable Casa de Contratación. El espectáculo pasmoso de todos los embarques, el congreso vivo de tantos pilotos, la llegada continua de marineros, la enseñanza pública de aquellas ciencias indispensables á la náutica, iban dejándose atrás las antiguas circunspectas navegaciones costeras, sustituidas y reemplazadas por estas otras navegaciones en el Océano, semejantes á un vuelo en lo vacío, á una inmersión en lo infinito, á un ingreso peligrosisimo en el misterio, á una sobrenatural tentativa, cuya mayor personificación debia ser en el transcurso de los siglos este piloto genovés, quien á la callada iba en su interior apercibiéndose y preparándose para su obra y se recogia en si como el Dios Creador se debió recoger al crear el mundo.

Todo el siglo décimoquinto lusitano está henchido con la universal aspiración de recorrer y dominar el continente africano. De aqui los viajes más ó menos arriesgados y las exploraciones más ó menos continuas. El archipiélago de las Azores y el continente de Guinea, invenido tras tantos esfuerzos, parecieron paraisos, mientras lo buscaban, á la imaginación; eriales, después de hallados, á la vista. El deseo está condenado á engañarse. Infinito como el alma y espiritual, sus aspiraciones insaciables caen por fuerza en el desengaño al tocar la verdad objetiva y exacta. No hay ninguna realidad que al ideal responda. Lo refleja muy mitigado; jamás lo repetirá en toda su extensión y en toda su grandeza. Asi, desde las islas Azores y desde los territorios encontrados en las tierras occidentales africanas, el deseo habia

volado á posarse con empeño en el continente de Africa. Siempre que hay una luminosa idea muy extendida y una grande aspiración muy arraigada en lo sociedad, encuentra su encarnación propia en una grande personalidad histórica. El deseo de abordar el continente africano tomó carne y se hizo hombre ó personalidad en el infante D. Enrique, hijo tercero del rey don Juan, perteneciente á la dinastía de Avis, sucesora de los Borgoñas, predecesora de los Austrias y de los Braganzas, dinastía comenzada en la guerra con Castilla por un dignatario semiletrado y semifeudal, concluida en guerra de moros por los requeridos arenales atricanos con el sublime loco que se llamó rey D. Sebastian. Enrique no parecía una persona, parecía una cifra. Ningún efecto humano le divertía de su fin providencial é histórico. La porfiada constante aspiración á los viajes llenaba su inteligencia, que soñoreaba la voluntad, por completo sujeta de suyo al ideal. Poblado su espíritu de tierras más ó menos fantásticas por las alucinaciones de su propia imaginación y por las lecturas de los libros ajenos, poblaba el Océano extendido al pie del Cabo Sagres, con iguales objetos, más ó menos fantaseados, y con iguales perspectivas, más ó menos idealizadas, que descubría su interior pensamiento. Portugal, contenido por el poder de Castilla en tierra, no tenía más remedio que apelar, para dilatarse, al Océano. La expansión de su ser y las irradiaciones de su idea lo pedían así. Don Enrique, á fuer de lusitano era descubridor natural por propia naturaleza nativa y por herencia vinculada en la sangre de sus abuelos. Y esta vocación, recibida de la línea paterna, se reforzaba por el influjo poderoso de la linea materna, Empeñados los Papas de la Edad Mehia en prohibir todo matrimonio entre parientes, quedaban los reyes obligados á requerir de luengas tierras sus esposas. San Fernando, por ejemplo, casó con Beatriz de Suabia. La madre de don Enrique Avis era sajona y normanda por su complexión, á fuer de inglesa. Llamábase doña Felipa Lancáster. Parece imposible la serie de coincidencias existente de antiguo entre la historia portu-

guesa y la historia española. Esta casa de Lancáster, que sirviera con su infanta doña Constanza en su oportuna sazón á unir la dinastía legítima de los trastamaras con los últimos representantes de la dinastía legítima sacrificada en los campos de Montiel, sirvió en Portugal para prosperar la dinastia de los Avis. Doña Felipa de Lancáster dió hasta muy madura edad un hijo por año á su marido el Rey D. Juan. Provinientes de lusitanos, de sajones, de normandos, los hijos del tal matrimonio corrían desalados al mar, como corren al agua las especies acuáticas; y en el mar, como buenos reyes, corrían á la conquista. El infante don Enrique impuso, pues, á los suyos con la doble fuerza de su voluntad y de su inteligencia las conquistas africanas, creyendo penetrar así por tierra en los dominios del gran Mogol y alzarse con sus cahices de aljófares y brillantes. Catay, palacio-ciudad descrita en todas las relaciones del tiempo, empedrada de plata, revestida con láminas de oro, perfumada por fuentes olorosas de madreperlas y ópalos gigantes emanadas y surgidas, coronada por cresterías interminables de rubíes y esmeraldas, con almenas de ágatas, con muros de pórfidos, con lloviznas de aljófares, Catay se aparecía en sueños allende el Estrecho de Cadiz, allende el istmo de Suez, allende los desiertos arábigos, en la Mongolia, donde había realizado Alejandro Magno la transfusión de la sangre desde unas venas en otras del ejército suyo y realizado nupcias entre las razas que preparaban la unidad interior del humano linaje. La pasión que agitaba el ánimo de Colón, la idea que tiránicamente lo poseía, estaba difusa y esparcida en su tiempo. Sin esos engaños, sin esos espejismos, sin esos fantaseos, sin las alucinaciones provinientes de las fàbulas, nunca se hubiese descubierto desde nuestro emisferio el opuesto y nunca se hubiera completado con el nuevo el viejo mundo. Buscad el invento que os parezca más positivo y más cercano: la historia os demostrará como la ciencia no hubiese llegado á ninguna parte sin esos fantaseos de la imaginación, sin esos desarreglos de los nervios, sin esos engaños del alma. Nada tan práctico para

nosotros y nada tan cercano de nosotros como el teléfono y el telégrafo, satisfacciones de nuestras necesidades por medio y por obra de la electricidad, reunida en instrumentos debidos á la ciencia positiva. Pues ¿cuántas ilusiones no precedieron á este nvento y cuántas fábulas y aun farsas no acompañaron al encuentro é invención de la electricidad? ¿Sabeis algo más conocido y vulgar que los inventos relacionados con la electricidad, desde los ámbares antiguos á la rana de Galvany; desde la rana de Galvany hasta el pararrayos de Franklin; desde el pararrayos de Franklin hasta la botella de Leyden; desde la botella de Leyden hasta el telégrafo de Morse; desde el telégrafo de Morse hasta las lámparas de nuestro Edisson y sus maravillosos fonógrafos? ¿Conoceis algo más prosaico y calculador que la pasada centuria? El verso mismo se habia hecho prosa y la inspiración cálculo. Sin embargo, con encuentro tan positivo como las grandes aplicaciones de la electricidad, y en siglo tan prosaico de suyo como el siglo décimooctavo, se dieron alucinaciones muy semejantes á las que fascinaban el ánimo de los descubridores y de los nautas y de los viajeros allá en la decimaquinta centuria. Se había perdido la fe viva en los milagros de la religión y tomaban los discípulos de la Enciclopedia como cosa corriente los milagros de la ciencia. Cuando se veía subir á unos en el montgolfier hacia las regiones superiores del aire, y á otros, metidos en la campana del buzo, descender á los abismos del mar; cuando en la retorta del químico se hallaban, con los gases ayer ignorados, nuevos elementos de vida, y en las botellas del físico las chispas del rayo entregado al arbitrio del hombre; cuando el magnetismo se difundía por los nervios y los exaltaba, creía tener el hombre un dominio sobrehumano en la Naturaleza y ser en la creación todo un agente divino del Criador.

Pues que, ¿no acudían los pueblos á las cadenas de Mesmer, cuyas sacudidas ofrecían á los crédulos aquellos eterna juventud? ¿No iban los diplomáticos más abonados á escuchar boquiabiertos las palabras del Conde de San Germán, para saber de aquel

conviviente con toda la historia, testigo de todos los hechos capitales, contemporáneo de todas las generaciones, interlocutor con todos los hombres ilustres de todas las edades, cómo estaba la curia romana el día que mataron á César y cómo retumbaba la tempestad en el Gólgota mientras Cristo moría en la Cruz? La vida etérea, al ascenso de este á otro planeta, la juventud eterna, la fé viva en los filtros regeneradores; la reducción de un rayo de sol al encierro de un cristal, el encuentro con seres fantásticos en la celeste inmensidad, las dos alas del águila en los sendos hombros para subir á lo infinito, la segunda vista en el espíritu para penetrar con ella dentro del corazón, la florescencia del suelo en una primavera continua; todo esto y mucho más parecía posible al hombre de la última centuria, que respiraba en el aire la electricidad recién invenida y en el espíritu la revolución recién condensada. Reinaban un iluminismo y un misticismo humanitarios que habían facilitado la invención del pararrayos maravilloso de Francklin, del precipitado químico Lavoissier, del globo aereostático de Montgolfier. La ciencia parecía un Tabor donde la humanidad se transfiguraba y subía de un vuelo al Empíreo. Unos creyentes misteriosos, que se decían bajados de las Pirámides egipcias, asistentes al templo de Salomón, ascetas en las quebraduras del monte Líbano, restos de antiguos templarios, perdíanse por las profundidades obscuras de subterráneos misteriosos, cual si del globo terráqueo pasasen á los vecinos globos; y allí, después de haber buscado la estrella misteriosa entre los vapores producidos al humo de los inciensos puestos por los esclavos en los incensarios consagrados á los déspotas, entregábanse á la meditación, y á la contemplación de los arquetipos eternos, donde se modelan las cosas, en cámaras tendidas de negros paños sobre los cuales se destacaban blancos esqueletos, y al borde horrible de sarcófagos sobre los cuales se veían mondadas calaveras; y entre tales horrores, propios para despertar un escalofrio de terror, erigían el templo visible al invisible Arquitecto del Universo, cuyo símbolo resplandecia en el trián-

gulo refulgente como la luz del sol, donde resaltaba en letras hebreas el nombre incomunicable de Jehová. Todo esto se conjuraba para infundir la idea extendida universalmente de que las sociedades secretas se hallaban á un mismo tiempo en todas partes. Las gentes creían que guardaban éstas en depósito las fuerzas mágicas y las fuerzas demoniacas del Universo; que componían filtros, los cuales daban á la sangre un color tropical y una vida exuberante á todas las fibras y moléculas del cuerpo; que forjaban oro en el crisol de sus hornos alquímicos; que doblaban el tamaño de los diamantes; que podían subir de astro en astro hasta la cumbre misma del sol y allí cobrar una segunda vida con creces animada por la llama de nuevo y luminoso espíritu. A éstos uníanse otros sectarios con tendencias aun más políticas y con liturgias aun más extrañas. Los temperamentos exaltados, las damas nerviosas, los jóvenes de imaginación y sensibilidad, se unían á tantas sectas, creyendo, no solamente verdaderos sus dogmas, ciertos y positivos sus milagros. En las cortes de Alemania se oía por los mármoles de aquellos grandes corredores, que circunvalaban los patios de sus palacios, barrer á las nocturnas escobas de sus brujas, y en las cámaras imperiales y reales aparecíanse las damas sobrenaturales, envueltas en blancos sudarios, anunciando la muerte de los más jóvenes y más floridos príncipes de las familias reinantes para un día dado. Encerrábase un Apocalipsis en casi todos los hechos. Los muertos dejaban los sepulcros y venían al comercio con los vivos. Nuevos seres surgían al calor de la idea como surgen las mariposas al soplo de Abril. Por todas partes corrían profetas, hierofantas, reveladores, iluminados. Fundábanse palacios destinados á círculos mágicos de electricidad, con salones cubiertos de sederías almohadillas, donde, al resplandor de luminarias extrañas, al compás de suaves músicas, al eco de armoniosísimos coros, danzaban los poseídos del magnetismo hasta caer exhaustos, unas veces á los espasmos de la epilepsia, otras veces á los deliquios del éxtasis. Fingíanse árboles magnetizados, que infun-

dían bajo sus ramas, propias para figurar en el jardín de Armida ó en la isla de Circe, sueños henchidos de místicas y voluptuo- v s ones. Una especie de profeta, que detestaba el mundo como si fuese un cenobita, que se holgaba en la soledad como cualquiera de los precursores ó bautistas evangélicos, que aparentaba decir una idea para significar otra opuesta, ángel de nuevo Apocalipsis, arrojaba palabras incoherentes sobre la sociedad antigua en su agonía y sobre la nueva sociedad en su cuna. Por tamaña crisis de los ánimos, por tal exaltación de los temperamentos, por las agitaciones de Pitonisa, que sobrecogían á la humana conciencia, como en los primeros siglos del Cristianismo, adivinaréis qué de prosélitos no arastraría el Conde misterioso de Cagliostro, bendecido por Lavater como un providencial redentor, llamado en unas partes Bálsamo y en otras Fénix; aquí con un nombre griego y allí con un nombre caldeo; profeta y aventurero; filósofo y prestidigitador; dispuesto asi á un sermón como á un escamoteo; capaz de robar el corazón del pecho con su elocuencia semibárbara y de la bolsa el dinero y aun el reloj con sus dedos habilísimos; alquimista y médico; astrólogo y astrónomo; sabio y sicofanta; caballero rosa-cruz y caballero de industria; quien asi podía pasar por un templario escapado á las persecuciones antiguas como por un reo escapado á los presidios de Africa; habitador de una casa misteriosa donde reinaba el crepúsculo y sacerdote de un secta theúrgica donde reinaba el misterio; enemigo de la Iglesia y amigo de los cardenales; enemigo de la Monarquia y amigo de los monarcas; explotando á todas las sociedades secretas, que lo mantenian como un Nabab de la India, y haciendo creer que debia sus riquezas al arte de forjar el oro voluntariamente, y que debia sus ideas y sus ciencias al vuelo diario en alas de siete ángeles por los siete planetas, y al comercio con hermosas doncellas encerradas en capillas cubiertas de raso blanco, so la denominación de palomas, quienes le contaban arcanos del cielo y le servian con sus nigromancias y sus sortilegios para la regeneración intelectual y moral

de nuestra humanidad. Pues bien; todo esto no era más que un anuncio de la revolución en política y en ciencia de la electricidad. Como para sacar el metal precioso se necesita de muchas escorias, y para conseguir el fruto regalado se necesita de muchos estiércoles, para llegar á la verdad pura se necesita de muchas leyendas y muchisimas alucinaciones. Cuando esto pasa en el siglo precedente al siglo décimonono, imaginaos lo que pasaría en el siglo último de la edad Media. Por eso la predestinación del piloto genovés al descubrimiento de la nueva tierra se nota en el arte sumo con que ligaba los cálculos del saber á los hipnotismos, como ahora decimos, inspirados y sugeridos por la tradición y por la leyenda fabulosas. El cuento le servia como el astrolabio. Junto á un mapa disponía un salmo. Así era la encarnación sublime del espíritu de su tiempo. Paraíso nuevo ideado por la Humanidad en el potro de sus tormentos y en el horror de su Vía Crucis; libros sibilinos en que se hablaba de un reflorecimiento universal; cantares órficos transmutados al pasar de unos labios á otros labios en mil generaciones, números pitagoricos interpretados por la idea sincrética de Alejandría; églogas proféticas de Virgilio é intuiciones sobrehumanas de Séneca; la inmensa isla, aquella increible Atlántida, pintada en los banquetes de Platón, donde rebosaban las mieles bíblicas de todos los pensamientos divinos; profecías murmuradas por los profetas en los oidos del pueblo de Israel bajo los sauces de Babilonia en las orillas del Eufrates; rayos rotos de las theurgias múltiples perdidas en los recodos más obscuros de la memória humana; restos de tradiciones; viajes por Marco Polo dictados; embajadas al gran Mogol desde Castilla y desde Venecia; referencias dichas por pilotos que parecian venidos de un mundo sobrenatural; ejemplares de flores extrañas flotantes alguna vez sobre las aguas oceánicas occidentales; reminiscencias islandesas y escandinavas de una expedición casi fantástica y de un mundo casi mitológico: todo esto iba Colón recogiendo en su peregrinación por el hipnotizado Portugal, y condensándolo, hasta formar un

mundo ideal en el cielo de la idea interior antes de que apareciera el mundo verdadero y real en lo infinito del mar Océano, vencedor de aquel otro tenebroso, conjurado y desvanecido por nuestro sublime profeta. Y amèn de todo esto, la navegación lusitana iba llegando á un punto de perfección por las aplicaciones del astro'abio al arte de marear y por el perfeccionamiento de la brújula, que los buques costeros se trocaban en buques veleros, y discurrían por el mar inmenso más sujeto al hombre y por el cielo más esclarecido al espléndido luminar de las ideas, en derroteros, cuyas estelas iban desvaneciendo las viejas supersticiones y cuyos cálculos revelando á la Humanidad el planeta.

Lo cierto es que, llegado Colón á la monarquía portuguesa, entraba en punto, donde vivian las ideas relativas á viajes arriesgados y descubrimientos innumerables. Tomar toda el Africa y tras toda el Africa toda el Asia, idea era que latía en el alma de D. Enrique, cual en el cuerpo la sangre. A ella lo sacrificará todo en este mundo. Apuesto, robustísimo, gentil, no conocerá el amor, ni la famllia. Como Godofredo de Bouillon en los tiempos teocráticos, vivirá y morirá virgen. Aquel corazon únicamente ama su Africa portentosa. La incontrastable voluntad suya no dejará más descendencia que sus innumerables descubrimientos, medio factorías, medio colonias. Así la imagen de Ceuta se le aparece todas las noches, porque Ceuta significa para él una brecha por donde tomar el desierto libio y rendir á Marruecos. Después de pasar las noches enteras soñando con Ceuta, pasa los dias leyendo las descripciones hechas por los árabes de la ciudad codiciada. Y así no habla sino de ella, no vive sino para ella, procediendo con la ciudad como un enamorado primerizo con el objeto de su amor. Aquella Sierra Bullones que parece una grande aglomeración de nubes por sus formas y por su color un gigantezco zafiro; apuella posición entre los dos ma res; el istmo donde se levanta; los senos y ensenadas que la cercan; los palacios que la ornan, tráenle á mal traer, llamándole y

requiriéndole á la continua con sus múltiples atractivos. Penetrado por completo de que ha nacido para conquistar el Africa, para conocer y explorar los mares tenebrosos, para invenir el camino á las Indias, cumplirá su finalidad sin oir ningun otro clamor de su conciencia, ningún otro latido en su corazón, reclamo ninguno de su familia, como indiferente á todo aquello que no fuera su vocación interior y sus providenciales destinos. Así habialo dotado Naturaleza con las facultades más contradictorias. Tenía inteligencia de poeta y de matemático á un tiempo como juntaba en su complexión violencia con destreza. En tal estado prescindía de su cuerpo como un asceta. Especie de pensamiento abstracto, ni queria una forma que lo revelase á los demás, ni quería la vida que lo distrajese con sus contradicciones. Alimentarse y reproducirse parecíale funciones puramente animales. Como no amaba, no comía casi. Cuentan las crónicas qne ayunaba la mitad entera del año. Compadecíanse, sin embargo, en él, por modo admirable, las condiciones opuestas del mercader, y del cruzado. Lo mismo le daba levantar la tizona en el combate por la cruz que sacar las cuentas de una factoría fundada por su cálculo. El interes se juntaba en su compleja complexión al éxtasis. Despreciaba todo aquello que no servía para el objeto de su vida; mas, en cuanto servían á viajes y exploraciones, estudiaba desde la Medicina y el Algebra hasta la Teología. Concentrado en sí mismo, salía de su reclusión interior para la organización de fuerzas y para el comercio con las gentes necesarios á poner por obra sus planes. De las meditaciones del filósofo pasaba sin transición al mando y al imperio del general. Así conquistó á Ceuta. Y depues de haber conquistado á Ceuta, emprendió, contra la opinión de todos los suyos, la conquista de Tánger. Por cierto que aqui tuvo la desgracia irreparable de su vida y causó la muerte y martirio de aquel su hermano D. Fernando, á quien ha cantado Calderon en su obra inmortal *El Príncipe constante*, considerada por Schleegel como prototipo acabado y perfecto del drama ortodoxo. Vencido al pié de Tánger;

tuvo que prometer Enrique al Sultan de Fez la devolución de Ceuta. Y como prenda pretoria de esta devolucióu tuvo que dar en rehenes á su hermano D. Fernando. Pero no pudo humanamente devolver Ceuta. Y D. Fernando conducido desde Tánger á Fez por una larga calle de amargura en los candentes desíertos; golpeado por los hombres y maldecido por las mujeres y apedreado por los mnchachos; de día comido por las moscas y de noche por los mosquitos; azotado al terrible látigo musulmán y asido al hierro de la servidumbré; obligado á barrer las cuadras y cavar los jardines; puesto en el potro que descoyuntaba sus huesos y metido en las cloacas donde solo respiraba pestilencias y descompuesto antes de muerto; padeció años y años de cautiverio con una pasión, en la cual, para más acercarle á la pasión de Cristo, crucificáronle boca abajo, entre golpes asestados â su cuerpo, hecho todo él una llaga, y denuestos escupidos á su alma, desvanecida y evaporada en los horrores del bárbaro sacrificio. Asi resultan las vocaciones de todos aquellos que han de cumplir destinos análogos á los del infante D. Enrique; proceden y obran, cruelisimos é implacables, con una indiferencia semejante á la que ofrece Naturaleza, evaporando impasible las lágrimas y los rocios, ó comiéndose voraz todos los cadáveres por la muerte segados en sus amplios devoradores senos. Bajo el afán de descubrir, Enrique entregó á la crucifixion su hermano menor D. Fernando, mató á dolores y penas en el desastre de Tánger al hermano mayor, al rey D. Duarte; dejó que se perpetrara con su hermano el Regente un crimen análogo al perpetrado en la inmolación de D. Pedro por los bastardos Trastamaras. Como el asceta consume la llama de su vida en rezos y penitencias; como el astrólogo desgasta su vista contemplando las conjunciones astrales; como el quimico se petrifica sobre la retorta donde hierven sus mixturas, por el pecho respiradas de modo que concluyen circulando en venas y fibras; el descubridor aquel aislaba en su Cabo de Sagres el cuerpo, como en el propósito de las exploraciones el alma, y no hacia mas que sembrar de tierras

con sus planes y sus proyectos el Océano, antes desierto, cual sembrara con su Verbo Dios de soles y mundos los vacíos espacios. Inútilmente morirá su madre, á quien amaba con ternura, y que le había regalado en las ansias precursoras de su beata muerte la espada de cruzado y el relicario de la Cruz· vestiráse de gala cuando el entierro no había concluido aún y celebrará con regocijo sin fin la fiesta de su embarque hacia Ceuta. Inútilmente apresarán los moros de Fez á su hermano don Fernando, y pedirán por su rescate á Ceuta; dejará que lo martiricen y que lo maten, pero Ceuta no saldrá del poder de Portugal. En vano le habrán vencido en Tánger; volverá de nuevo contra la voluntad expresa del rey D. Duarte, quien, menos inspirado y grande, pero más tierno y dulce, morirá de dolor á los golpes del martirio de Fez, resonantes en su piadoso y destrozado corazón de verdadero hermano. Como atisba el ave rapaz la presa y no ve ningún otro ser ú objeto, Enrique atisbaba desde Cabo Sagres sus tierras, y no veía nada más. El afán de invenir gentes y más gentes ataraceaba entonces todos los ánimos. El mismo infante D. Pedro había ido á Chipre y á Constantinopla, y al Cairo y al Tíber, y al Gólgotha y al Sinaí en una peregrinación de dos años, movido por ese viento de los cielos que despierta inquieta curiosidad y que parece sugestión ingerida en cada cual por el colectivo espíritu de su tiempo. Quitadle á D. Enrique de Avis lo exclusivo de su vocación con lo concentrado de su pensamiento, y no se alzaría en la Historia como el más alto y el primero de los descubridores lusitanos, quienes se ufanan justamente con grandezas como las de Gama y Alburquerque. Así, á este trabajo surgieron para Portugal en el continente conocido de Africa, Ceuta y Tánger; en el desconocido, Rio de Oro y Sierra Leona; entre las costas africanas y las costas europeas, archipiélagos como el de las Azores, é islas muy semejantes, por su flora y su fecundidad, á las más hermosas de Asia, como Madera; en los costados de Africa misma las islas de Cabo Verde; tras todo lo cual había de venir muy ronto el

doblar aquel Cabo de las Tormentas, que remataba todo un continente, y el traer á la levadura de nuestra vida y al escenario de nuestra historia las olvidadas regiones orientales con sus collares de perlas para enriquecernos y con sus embriagadoras especias para exaltarnos en la orgía inenarrable de una nueva vida.

Hay muchos historiadores empeñados en que la historia debe responder á intrincados acertijos de una solución muy difícil Creyendo la concepción espiritual tan sujeta de suyo á la categoría de tiempo como la concepción material indagan el día y aun la hora en que llegó á concebir Colón su idea del descubrimiento de América. Desde nuestro tiempo, tras todo cuanto ha pasado, cosa fácil esa ilusión de creer al piloto visitado por una idea súbita en cierto instante de los conocidos ahora con dictado de psicológicos y análogos á las revelaciones venidas desde los alto sobre los espíritus extáticos. Colon de ninguna suerte alcanzó esas confianzas del Hacedor que alcanzaron Elías en el Carmelo y Moisés en el Sinaí. No aquistó lo que supo merced á los eléctricos sacudimientos experimentados por las pitonisas en sus trípodes. Mucho tenía de poeta y aun de vidente, pero sus visiones motivábanse de la experiencia y su idealismo parecíase á una especie de aroma suave muy encerrado en la realidad. Como la metafísica no pudo separarse de la religión, la ciencia no pudo separarse del arte y su poesía en el transcurso de muchas y muy prolongadas centurias. Colón debia resumir su fe la Edad Media y en su saber la Edad Moderna. Por el sentimiento perteneció á las creencias antiguas; por el estudio pertenece á la razón y á la experiencia cientifica. Los que imaginan las historia compuesta de milagrosas casualidades creen la ida de Colón al reino portugués obra de un deshecho naufragio, y su acierto en el encuentro de vias nuevas maritimas y en el hallazgo de ignorados territorios obra de la confianza puesta en él por náufragos conducidos casualmente á su hogar. Y equivocáronse de medio á medio, como habrán de por fuerza equivocarse todos

cuantos crean en las inesparadas y súbitas improvisaciones sociales. Antes de Sócrates hay una ciencia socrática, en la cual entran á una, sin quererlo y sin saberlo ellos mismos, los sofistas que habían de combatirlo, como antes de Cristo, un cristianísmo natural, en gran parte formado por los mismos sacerdotes sumos que habían de crucificarlo. Un pensamiento, sobre todo, un pensamiento científico, no surge á la callada é inesperadamente como un sol sin aurora en el cielo de la conciencia. Las ideas, antes de nacer, se anuncian al espíritu por medio de albores larguísimos, como después de morir dejan á su vez en el ocaso inextinguibles arreboles. Hay que creer en la idea difusa como creemos en la materia difusa y radiante también. Hay que creer en la condensación de los pensamientos como creemos en la formación de los núcleos solares. Hay que creer en una especie de solidificación de los sistemas abstractos y científicos dentro de lo real, mediante la que van perdiendo grado por grado en sucesivas séries luz y calor, pero ganando en solidez como los planetas, habitables únicamente cuando se apagan y enfrían dejando de ser soles. Por el milagro sobrenatural, por la improvisación súbita, por el relampagueo celeste, por la sugestión hipnóstica, por el encuentro casual de una idealidad ignorada, paréceme imposible de todo punto explicar la natividad sublime del pensamiento innovador en Colon. Hay que ver las ideas precedentes á la suya y sus matices; que recordar los hechos capitales generadores del hecho concreto al cual debemos nosotros un mundo nuevo y debe á su vez él una gloria inmarcesible; que notar cuantos profetas lo predijeron y cuantos bautistas lo prepararon; que advertir como se apercibían en derredor suyo por grados y por séries todos los adelantos á recibir el grito anunciando la nueva tierra renovadora de la naturaleza, del alma y de la sociedad Sí, una evolución interminable, un movimiento casi continuo, una lógica interior de los hechos, una série no interrumpida de ideas, un cúmulo de titánicos esfuerzos, la suma de innumerables preparaciones, algo así como la fuerza interior que

va componiendo las capas geológicas del planeta, precedió al día creador en que se halló Colón, el creador mártir, frente á frente de su obra realizada y cumplida. En todo grande móvil humano hay lo consciente y lo inconsciente siempre, como en todo hecho trascendental que inmane y perdura en el mundo, hay las causas eternas y las causas ocasionales. Lo presencia de Colón en Lisboa se parece á la presencia de los artistas en Roma y de los arqueólogos en Atenas. Matemático, mareante, náuta, piloto, el Mediterráneo debía ser angosto á su ambición generosísima y corrió al Océano. Criado en aquellas ciudades italianas que miraban al Oriente y á lo pasado, él debia venir aqui, donde se miraba por una ley providencial hácia lo Occidente y hácia lo porvenir. Esta fué la causa generatriz de su arribo á Lisboa; pero la causa ocasional y determinante fué la estancia de Bartolomé Colón, su hermano, entre los portugueses. Muy sujetas á critica se hallan todas las fechas biográficas en la historia de Colón antes de que su obra le diera un tan elevado renombre y una tan extendida fama; pero debemos suponer que llegó tres ó cuatro años antes de que pasara desde esta mortal á la otra vida eterna el infaute D. Enrique. Tan feliz coincidencia le permitió conocer el cuadrante, ó sea la mejora llevada por nuestros marinos á la brújula; el nuevo mètodo de las aplicacioues del estrolabio á la náutica, merced á las cuales podian los barcos apartarse de las costas y dirigirse á lo infinito en la mar; el atrevido empuje con que habian los descubridores expedidos desde Sagres doblado la punta del promontorio Bojador, que se tenía por término del mundo; la carabela occidental, pequeña, pero tan ágil, que sus latínas velas parecian alas de gaviota y su cuerpo nn pez, como un eximio lusitano la describe, de poco calado para que pudiese costear y abordar fácilmente, de mucha resistencia y fuerza para que pudiera darse con facilidad á olas y vientos; artefacto indispensable al sumo trabajo de las exploraciones y de los descubrimientos. Con todo esto no pudo caberle ya duda respecto á la forma esférica del planeta. Y no

cabiéndole duda respecto de tal forma, tampoco le cabia respecto de una convicción á ella concunstancial: que habria de topar con las tierras de Oriente navegando por Occidente. Y no cabiéndole á este respecto duda alguna de ningún género, tampoco podria tenerla respecto de que ni las Azores, ni las islas de Cabo Verde, ni Guinea, ni descubrimiento ninguno hecho por los portugueses podia ser la postrera extremidad occidental de nuestro globo.

Admirables concepciones y profundamente verdaderas todas las anteriores, no contribuyeron, sin embargo, en tanta medida, no, á la obra de Colón, como un error capital, como el error de creer la tierra mucho más pequeña de lo que es realmente. No admitió las ideas vulgares de su tiempo en la cuestión de los antipodas, tenidos por imposibles dentro de la ciencia tradicional. No escuchó á los que negaban la forma esférica de nuestra tierra, fundados en que los profetas habian puesto en comparanza la extensión del cielo con el techo de una tienda. Pero creyó en las dimensiones dadas por Ptolomeo al mundo, y poseido de esta idea creyó que habia muy poco mar, y por ende muy cortas distancias entre los descubrimientos últimos de Portugal hacia Occidente y las Indias Orientales. Ya penetrado de todo esto en su interior y resuelto á realizarlo, iba observando todo lo que veia en torno suyo y robusteciendo con estas observaciones sus intimas creéncias. Por ejemplo, la ciencia del mallorquin Jaime, los mapas de nuestro Valseca, las noticias de un tal Vicente que le aseguraban en su alma y en su Dios el hallazgo de maderos tallados por una industria no clasificable ni conocida entre las industrias usuales, aquellos juncos gigantescos notados por D. Juan I y cuya magnitud añadiera dificultades invencibles á todo conato de navegación por el mar tenebroso, el globo de Besain que ponia la fabulosa é increible Atlántida en el espacio mismo donde ponia Colón las Indias Orientales; miles de circunstancias, perdidas para la historia, pero todas las inmanentes en el centro y foco de la idea que podremos llamar colombina, formaron la nebulosa in-

mensa en el tiempo y en el espacio, de cuyo seno se desprendió como un sol espléndido el maravilloso descubrimiento. Imposib'e negar los indicios más ó menos seguros que pululaban por todas partes, imposible de todo punto. Tal anunciaba la vista cierta de islotes triples aparecidos en dias claros hacia el trópico y permanentes en el mismo sitio siempre. Tal otro tomaba las refracciones de los rayos solares en el aire marino por continentes verdaderos. Contaban éstos haberse visto cadáveres de seres humanos muy desemejantes en la color y en las faccíones de los seres humanos generalmente conocidos y contaban aquellos haber descubierto pinos flotantes muy diversos de los pinos europeos. Varios grumetes aseguraban haber cogido en unos islotes occidentales puñados de arenas para su fogón, encontrando en gran parte oro purísimo. Los pilotos aumentaban todos estos espejismos de la imaginación y del deseo con relaciones más ó menos verosímiles de fenómenos mas ó menos reales. Los que navegaban por mares islandeses á una solían convenir en que miles de indicios anunciaban una tierra occidental, hacia la cual zarparon mil veces, teniendo que volverse mal de su grado á la resistencia opuesta por desatados huracanes. Un hombre nacido en Génova, criado en las costas, puesto desde su niñez al tanto de las cosas marinas, conocedor del Mediterráneo, avezado á sacar leyes de las observaciones particulares, en la flor de su vida llegado con toda clase de conocimientos náuticos á la inmensa factoria que formaban en aquella sazón Portugal, tenia sobradas piedras de toque para que acercara el genio nativo de revelador y oyera los llamamientos y obedeciera los impulsos de sus providenciales vocaciones. Así no puede admitirse la fábula contada por Oviedo y repetida por Herrera mismo, atribuyendo el viaje de Colón á las noticias dadas por un piloto de Palos que abordara, impedido por un huracán, al Nuevo Mundo; y tomadas lenguas, y hechas medidas de aquellas alturas, y calculada con profunda sabiduria su latitud, se volviera muy á la callada camino de Portugal, y al retorno, encontrándose con Colón por una de

las islas portuguesas, como efecto del cansancio y del trabajo sintiese que se avecinaba la muerte, refiriera en sus ansias al genovés el tesoro de sus conocimientos y de sus experiencias, con el cual enriquecido, pudo ya poner por obra el plan de su invención y aseverarlo cual si llevara en sus palabras y en sus promesas la viviente realidad. Inútil, después de referido todo esto, añadir cómo carece de fundamento histórico. No se basa en escrito de ninguna clase, ni en documento capaz de hacer fé, ni en testimonio alguno estimable. Por lo que vemos en los historiadores antes mencionados, que lo repiten y no lo creen, todo se funda en las consejas con que la vulgar envidia deslustra siempre al mérito, persiguiéndole y acosándole con terribles insanias. De tener Colón la evidencia que atribuye tal cuento á su proyecto, no vacilara como vaciló tantas veces; no tuviera las congojas que le atenacearon en el periodo larguísimo de veinte años; no tanteara como tanteó tantas vías; no hiciera como hizo tal número de proposiciones; no empleara los argumentos empleados de intuición y de ciencia: bastábale con haber cogido los comprobantes de sus asertos, los papeles varios depositados en su poder por la ciega confianza de un amigo, y con ellos vencer la incredulidad general tan tenazmente contraria y enemiga de sus colosales proyectos. Una prueba práctica y tangible de que los sostenía únicamente con cálculos probables, se halla en que, habiéndole pedido mil veces algo cierto, nunca pudo aportarlo á los mil juicios contradictorios abiertos acerca de su plan y en los cuales apelaba unas veces á la fé católica, otras veces á los cálculos científicos; ya sabio ó ya profeta, parapetado tras ilusiones y cálculos; pero sin que nunca jamás pudiera fundarse aquella fábrica de sus alucinaciones y de sus esperanzas en fundamento real ninguno, que no habían menester las adivinaciones de un genio en quien Dios había puesto con la intuición sobrehumana que allega y formula adivinaciones proféticas, un raciocidio tan claro, una observación tan profunda, un cálculo tan matemático, una maestría en cosas náuticas, un saber astronómico y cosmográfico tan

grande, una paciencia en el trabajo, una tenacidad en el propósito, una esperanza tan perdurable y una voluntad tan viva y un culto tan firme al pensamiento, que habrémos de contarlo entre los ejemplares más extraordinarios y más extraños cognoscibles por las sendas ciencias del temperamento y del carácter, por la Psicología y la Fisiología humanas.

CAPÍTULO V.

CASAMIENTO DE COLÓN Y ESTANCIA DE CASADO EN PORTUGAL

Colón había no sólo estudiado su idea en Portugal, habíala vivido, como ahora se dice. Muy pobre, los aguijones de la necesidad espoleábanle á ejercer como un oficio lucrativo su maestría en cartología y á estudiar de este modo el mundo conocido, como base para las indagaciones acerca de los mundos por conocer todavía. Su destreza en la composición de las cartas marinas y de los mapamundis y de las esferas armilares y de las tablas y de los cómputos habíale granjeado medios de vivir con estrechez, pero con decencia, nutriéndolo de aquello mismo con que debía ilustrar el propio nombre y servir al planeta entero, pues no hay escuela, donde tanto pueda enseñarse y aprenderse, como en la necesidad impuesta por una grande miseria. Cuentan los biógrafos de Colón que, no contento con ocurrir á las propias necesidades en lo posible por medio de aquel su oficio, allegaba también algún recurso que ofrecer á su anciano padre ausente. Así, poco à poco, á guisa del gusano de seda, extraía de su propia sustancia y esencia los hilos de la hurdimbre de ideas, en cuyas mallas prendió al Nuevo Mundo, estudiado, entrevisto, presentido,

á la manera que un adivinador astrónomo el sol apartado y lejanísimo, que no se refleja con claridad ni en la retina ni en el telescópio. Con más ó menos gusto ha denominado la poesia en sus tropos al navegante pescador de tierras como al astrónomo cazador de astros. Y si el trabajo de su oficio cooperó al destino que debía cumplir en este mundo, no cooperó menos el objeto de su amor. Colón se unió en matrimonio con una familia luso-italiana. Llamóse Felipa Muñil Perestrello la mujer á quien eligiera por esposa. Originarios de Plasencia, fuéronse à fines del siglo décimocuarto los Perestrellos por Lusitania, donde alcanzaron el favor asequible á las familias italianas entre los reyes portugueses, deseosos de contribuir á la obra común del Renacimiento con la colaboración de los consumados maestros nacidos en la grande Academia que se llama Italia. Este Sr. Perestrello exentábase de pechar en el año último de la centuria décimacuarta, por habérsele reconocido su dignidad y carácter de fijodalgo en Oporto. Llamábase Filippone. Muy hermosas debieron de ser las dos hijas que tuvo, cuando trastornaron el seso de un señor tan obligado á castidad por sus votos y su ministerio sacerdotales, como el arzobispo Noroña, quien ceñía en aquella ocasión la mitra de Lisboa. Con dos señoritas Perestrellos enredó su corazon el voluptuoso eclesiástico; con las dos tuvo sendos hijos, que nacieron, para mayor escándalo, por las celdas de las vírgenes consagradas al Señor, cual si los monateerios de Cristo se hubieran trocado en harenes de Sultán. Mas los vicios de sus prodecesoras y parientes no afearon el alma de la mujer preferida por Colón, casta por su natural propio y por su educación religiosa. En el organismo dado á la familia entonces, fundada sobre institución como el mayorazgo, y en las dobles exigencias de la vida feudal, condenada de suyo á los combates, y de la vida nauta, condenada de suyo á los viajes, las jóvenes casaderas no podían vivir bajo techos desiertos, y si no iban al hogar matrimonial, tenían que ir, aunque no profesasen, al recatado convento en calidad de huéspedas pasaje-

vas, designadas con este genérico nombre: pensionistas. No hay para que ir muy lejos ni para qué remontarse muy alto, si querèis ver hoy mismo una señorita cualquiera de tales condiciones. En Madrid radican varios conventos de monjas, por cierto muy empingorotadas, que ceden cuartos á jóvenes solteras pudientes, permitièndoles llevar una vida entre claustral y mundana. En esta vida, por más que tenga horas de comunicación amplia con la sociedad y aun de salidas á la calle para visitas y atenciones, hay siempre cierto recogimiento, que da pie para cierto vagar por la lectura y por el estudio. Exísten, cual base de toda vida, en tal género de conventos, monjas profesas, impedidas de salir á la calle, las cuales allí se amaestran en algunas labores femeniles y en algunas letras humanas, enseñándolas á sus pensionistas con la efusión propia del alma de la mujer. Y siempre las guarecidas jóvenes, por lo mismo que se hallan lejos de sus familias, guardan la religión de sus recuerdos. Pertenecía D.ª Felipa Muñiz Perestrello á una familia noble, asociada por don Enrique de Avis á sus exploraciones y descubrimientos, bien por méritos de tal familia, bien por gracia y favor del Infante. Esta familia tuvo en lote, ó como premio á tal cooperación, la isla de Porto-Santo, descubierta por los talentos y los esfuerzos de la noble y trabajadora compañia fundada en Sagres. Tal origen é índole de la familia fueron parte á que D.ª Felipa supiese por el sentimiento y por la educación, de oidas y de vista, muchisimo en todo aquello á que los suyos prestaban atención en el hogar, muchisimo del estado y del gobierno de las islas. Leyes como las que asocian en quimica las moléculas afines asocian en sociedad las almas afines. El descubridor por excelencia debia casarse con la hija de un descubridor. Colón solia ir á misa con frecuencia no sólo en cumplimiento de sus obligaciones religiosas los domingos y demás fiestas de guardar, por pura devoción. En aquel tiempo no se habían divorciado el pensamiento científico y la Iglesia cristiana.

Así como Copérnico, destinado á cambiar el cielo tradicional,

defendido por la teología católica, murió en brazos, como buen sacerdote, de sus creencias maternas, vivió Colón, destinado á traer, con disgusto de las supersticiones ortodoxas, los antípodas á conocimiento de todos, destinado á cambiar el planeta de la tradición. como Copérnico el cielo, vivió bajo las dos alas de su vivísima y pura fe. Habitando en Lisboa cerca del monasterio de Todos los Santos, á él concurría para sus devociones; y concurriendo con asiduidad á él, debió prendarse allí de doña Felipa Muñiz Perestrello, hasta pedirla y obtenerla en casamiento. El misterio resulta siempre un templo para el amor. Hay en todo misticismo una parte de sensualidad que se demuestra con leer obras, por su intención íntima tan puras, y por sus conceptos varios tan sensuales, como *Las Moradas* de Santa Teresa ó como los versos de San Juan de la Cruz. Miradas que fulguran tras las rejas y las celosías de los coros; dulces voces femeniles unidas con las cadencias del órgano y con los murmullos del rezo; alientos trascendiendo á incienso y suspiros tomando á la oración prestado el vuelo; promesas de una eternidad como la que asegura el amor á sus juramentos; figuras envueltas en velos y hábitos que van errando entre vírgenes y ángeles, junto á las aras, por el pie de los altares, bajo bóvedas esclarecidas por melancólicas lámparas semejantes á idealizadas estrellas; todo aquello que constituye y caracteriza un encierro de monjas, ocurre al amor con tantas emociones, que debe trocarse, allí sentido, como en deliquio donde se derrite el alma deseosa de buscar por otro mundo, sólo abierto á la muerte, una seguridad y un reposo necesarios en los afectos profundos y en los arrobamientos extáticos. La religion entra por mucho en pasiones como las que unieron á Felipe y Colón, pues junta en su amplio seno, por medio de una síntesis maravillosa, lo que crea y lo que destruye, ó el amor y la muerte. Sin embargo, el cariño de Colón á la joven luso-italiana debió tener caracteres más positivos, dado el deseo que sentía de vivir el marino para realizar en edad madura la obra, ya pensada ma-

duramente al tocar en los últimos años de la florida juventud. Además, creyendo como debemos creer á sus contemporáneos, el excelso piloto presentaba dos condiciones capaces de trastornar el seso, no diré á D.ª Felipa Muñiz, á toda mujer: la elocuencia y la prestancia. Por su prestancia cautivaba los sentidos y por su elocuencia cautivaba las almas. Tan bien conformado como toda la raza heleno-latina, raza de formas estatuarias, tenía la color blanca y el pelo rubio de sajones y eslavos, hermosura muy atractiva en los pueblos morenos y pelinegros. Respecto de su elocuencia, creemos firmemente que debía enamorar por las naturales transiciones, en todos sus escritos notadas, ya del habla vulgar al habla científica, ya del habla científica al habla religiosa, elegante sin énfasis en la primera y profundo sin obscuridad en la segunda y arrebatado sin extravío en la última.

Cosa tan averiguada, como dicha por un historiador cercano á los hechos que refiere, Fernando Colón, cual el nombre de la mujer legítima de su padre, oído mil veces en labios de éste y del hermano mayor, no debía engendrar dudas de ningún género y correr como hecho cierto en la posteridad. Pero no solamente se duda hoy de que Felipa Muñiz fuera Perestrello por su padre; se niega. Y se niega por hombre tan sabedor de historia colombina y americana como Harrisse. No puede, no, negarse que, aparte de los escritos trazados por la pluma del descubridor ó por la pluma de aquellos que alguna vez le acompañaran, como el Dr. Chanca, no hay momento histórico alguno tan cercano á Cristóbal Colón, como la historia escrita por su propio hijo. Pedro Mártir escribe de todo y de todos en un centón epistolario, ó en unas décadas á vuela pluma, en que sus emociones cabrillean mucho, pero en que trata poco de los orígenes del descubridor. Con decir que, para designar su nacimiento, le llama ligur, nombre comprensivo de toda una región, y con añadir que comienza las décadas oceánicas con el embarque de Colón, está dicho todo. Otro tanta digo de Ber-

náldez, historiador de los Reyes Católicos y de su política general: no podía subir hasta los antecedentes de Cristóbal Colón; aunque lo conoció y trató, redújose á los viajes del descubridor, que tantos esplendores inmortales y tantos épicos tonos prestan á la gloria de sus héroes. Oviedo, paje de la corte castellana en aquel tiempo, presencial testigo de los hechos por el referidos, sigue respecto del matrimonio de Cristóbal, como afirma el mismo Harrisse, á Las Casas y á Fernando, es decir, á los dos autores con mayor autoridad y competencia para industriarnos en la vida privada del maravilloso Almirante. Pero todos los historiadores contemporáneos que la echan de críticos, dan tras Fernando con verdadero furor, y lo ponen de oro y azul á causa de los muchos errores encontrados en sus páginas. A cada línea suya salta un gazapo, suelen deciros. Así, muchos eruditos, como el escrito castellano y original de la historia trazada por Fernando sobre la vida de su padre, no ha parecido todavía; como se publicó la primera vez en italiano y entró en las letras patrias por el camino tortuoso de las traducciones; como sólo hubiera la versión de Ulloa hecha del libro italiano, versión éste á su vez, creían apócrifa, contrahecha ó interpolada con pasajes llenos de fábulas y mentiras la célebre biografía del padre por el hijo. Necesitóse la publicación del P. Las Casas, la publicación de sus volúmenes históricos acerca del descubrimiento de las Indias, para que, mencionado allì el trabajo de Fernando, desistieran los contradictores de la negación esgrimida por ellos tantas veces, y vinieran mal de su grado á reconocer la incontestable autenticidad. Pero proclamada y reconocida, todavía lo tachan de mentiroso y falso; todavía imputan al dichoso libro el propósito deliberado de una divinización del Almirante, incompatible con la verdad y exactitud histórica. En efecto, la narración hecha por Fernando de la llegada de su padre al seno de Portugal tras un combate marítimo espantoso y un heróico naufragio, resulta falsa de toda falsedad. Y aquí los contradictores hacen hincapié para demostrar la falsedad del nombre

Perestrello dado á Felipa y de generación por el Gobernador de tal apellido, por Bartolomé. En juicio y sentir de sus contradictores, Fernando atribuyó semejante paternidad á la mujer de su padre con el único propósito de unirlo á una familia de almirantes italianos que llevaban sangre azul en sus venas y pertenecían á secular nobleza de Plasencia. Convengamos en que los descuidos propios del tiempo aquel aumentan mucho las perplejidades é incertidumbres de un historiador concienzudo. Nadie querría creer que, refiriéndose á su mujer Colón en su testamento, condene á preterición el nombre y apellido. La primera mención de su nombre aparece con el testamento de Diego Colón, su hijo, quien la llama Felipa Muñiz, pero no Felipa Muñiz Perestrello. Este segundo apellido no aparece sino cincuenta ó más años después de su muerte, y en la pluma de Fernando Colón, dispuesta siempre á exaltar el nombre de Colón como de buen hijo, y todos aquellos nombres que tienen alguna concomitancia con este gloriosísimo. Pero se saca mucho partido del silencio de los historiadores contemporáneos portugueses respecto de Felipa y su genealogía, cuando miraban los tales historiadores con un desvío el descubrimiento de las Indias occidentales tan enorme que hay entre ellos quien yerra en el nombre de Colón hasta llamarle Pedro en vez de llamarle Cristóbal. Mas, no obstantes tales reparos, cuya fuerza no puede, no, desconocerse, ninguna razon concluyente nos dá el sábio Harrisse de su aserto, sugeto á litigio más, ó por lo menos tanto, como los asertos por él combatidos. En la Edad Media no se han fijado nunca los nombres patronímicos de las familias sujetos á muchos cambios. Cada hijo tomaba el apellido que creía cuadrarle mejor, sin acordarse para nada del apellido de su padre. Los hermanos de padre y madre se designaban con apellidos distintos de los que ahora heredarían todos en las leyes y en las costumbres nuestras. La mujer de Colón pudo ser hija de un Perestrello y de un Muñiz, anteponiendo, como solían las mujeres, el apellido materno al paterno. Lo cierto es que un

cuñado de Colón tuvo el mando superior de Porto-Santo, Pedro Correa, y lo tuvo porque lo habia tenido el suegro suyo en vida y entregádoselo después de su muerte la suegra viuda. Lo cierto es que otra cuñada de Colón se casó con un marino llamado Muiarte, de Huelva, y fué la causa ocasional de la ida del descubridor á la región donde se alza el convento de la Ràbida. Lo cierto es que las disquisiciones de Harrísse aumentan la confusión y llenan de dudas la historia. Y como quiera que sea en estas dudas lo mejor quedarse á la versión más establecida; como quiera que ningún interés podríamos suponer á Fernando Colón en cambiar el nombre de la mujer del Almirante, su padre, como quiera que debían los contemporáneos saberlo, y las tres autoridades mejores del tiempo, Fernando, Las Casas y Oviedo, aunque indirectamente éste último, lo confirman, y luego lo reproduce, andando el tiempo, Herrera, historiador de las Indias en el siglo decimoséptimo que tuvo á su disposición todos los archivos y pudo examinar todos los papeles en ellos existentes respecto de la materia histórica que trataba, debemos atenernos á lo establecido y continuar llamando á la esposa de Colón, como casi todos los historiadores la llamaron, Felipa Muñiz Perestrello. Y si dicen que tal apellido lo fingió Fernando para ennoblecer á su padre, por el amor que le tenía y el empeño de agrandarlo, digamos nosotros también que Oviedo, contemporáneo del descubridor y compañero en la corte de los hijos de éste, no tuvo motivos iguales á los de Fernando, y enlaza los cognómenes del descubridor, quien no era santo de su devoción, á la familia Perestrello, aunque no extrae tal enlace de su matrimonio con Felipa Muñiz, aumentando las dudas y constriñéndonos á seguir el texto de Fernando y Las Casas.

Pero, fuese de todo esto lo que fuese, D.ª Felipa Muñiz y don Cristóbal Colón se casaron en Lisboa como previenen la religión y la ley, en santo perdurable matrimonio y tuvieron al año de unidos un vástago, á quien bautizaron en Lisboa misma con el nombre de Diego. Las primeras y mas importantes resultas de

tal matrimonio fueron que tuvo Colón dos cuñados infiuyentes por todo extremo en su vida: uno en Palos, puertecito español poblado de audaces nautas; otro en Porto-Santo. isla descubierta, ya lo hemos dicho, por exploraciones que presidía el infante D. Enrique y entregada en feudo á la familia de los Perestrellos por motivos no bien aclarados en la historia. Llamábase Pedro Correa el cuñado de Porto-Santo, y tenía la isla en vínculo y herencia por haberla entregado á Bartolomé Perestrello, padre de su mujer y de Felipa, el Congreso y Academia de Sagres. A tal isla, gobernada por los suyos, debió ir Colón para entender en varios negocios de su hacienda doméstica, poco después de casado; y allí se informó en el hogar de cómo habían ido hasta las costas aquellas objetos de otras civilizaciones, cadáveres de otras razas, plantas de otras floras, que contrastaban mucho con los caracteres comunes á todo lo típico en la cultura de nuestra civilización entonces y en las producciones de nuestros climas conocidas. Imagináoslo al contacto de su espiritu indagador con estos seductores cuentos; bajo un espléndido cielo meridional, sobre una isla que pide con sus recodos cubiertos de blancas espumas los ejercicios de la navegación; teniendo ante los ojos atisbadores la linea curva del horizonte y la linea curva del Océano, como para demostrarle con sus esféricos aspectos la figura de nuestro planeta; exacerbadisimo el husmeador olfato á las emanaciones salinas del mar, que huele como jardín, y á los aromas balsámicos de las florestas y jardines bienhadados, que huelen como un mar; el avizor oido abierto á todos los rumores oceánicos; en presencia de las aguas celestiales, agitadas por brisas constantes que las mueven y esclarecidas por el éter solar que las jaspea, semejantes á las ninfas y á las sirenas mitológicas, tendiendo por doquier abrazos en las ondas y besos en los aires, para tirar hasta su blando seno al navegante ansioso de coronarse con algas y perlas ó de perderse allá en abismos que parecen cerúleos; y decidme luégo si tenia motivo el grande nauta que his-

toriamos, ante tal espectáculo, para codiciar los tesoros tras aquella inmensidad ocultos, cuya copia milagrosa debia granjearle una vida beata en este mundo y ofrecerle muchos medios para la redención y rescate del Santo Sepulcro, que le asegurase allá en otro mundo mejor la bienaventuranza. Lo cierto es que, amén de trabajar mentalmente Colón en su cartología, favorable á una expansión intelectual cuyos efluvios por doquier se irradiaban, emprendia navegaciones continuas prácticamente, cuyas experiencias le industriaban en el arte y oficio de mareante consumadisimo. Asi ascendió hasta el extremo Norte y descendió hasta el extremo Sur de las tierras entonces conocidas. Fué á Guinea y á Islandia. El objeto científico de todos estos viajes hállase patentizado en las notas escritas por el mismo Colón, y reunidas para demostrar que son habitables las diversas zonas del planeta muy allende los limites que á tal carácter habían opuesto las supersticiones seculares. »Yo navegué, decia, el año cuatracientos setenta y siete, en el mes de Febrero, ultra Tile isla, cien leguas, cuya parte austral dista del equinocial 73°, 'y no 63. como algunos dicen, y no está dentro de la linea que incluye el Occidente, como dice Tolomeo, sino mucho más occidental, y á esta isla, que es tan grande como Inglaterra, van los ingleses con mercaderias, especialmente los de Bristol y al tiempo que yo á ella fui; no estaba congelado el mar, auque habia grandisimas mareas, tanto que, en algunas partes, dos veces al dia subia veinticinco brazas y descendia otras tantas en altura.» ¡Qué grandes emociones, aunque las calle Colón, debian despertar en su ánimo aquellos mares parecidos por su densidad á cristal en vias de liquidarse; aquellas montañas cubierras de nieves perpétuas; aquellos témpanos de hielos polares flotantes sobre las ondas en la misma estación de sus licuefacciones, comenzada por Marzo! La erudición suya, muy copiosa, debia saber cómo el griego Phyteas habiala encontrado y medido su geográfica posición; cómo habiala designado Séneca en sus versos último extremo del

planeta; cómo Plutarco había puesto en ella el célebre mar Saturnino que se iba corriendo atrás conforme las navegaciones antiguas ensanchaban el Océano. Pero lo que debía ignorar Colón, lo que ignoraba seguramente, según la pérdida y olvido de ciertas antiguas tradiciones, era la pretensión arraigadísima en aquellos mares y territorios escandinavos, donde creían muchos haber descubierto su ignorado mundo cinco siglos antes de los proyectos y de los planes colombinos. A la verdad, los derroteros por el inmortal piloto seguidos, habilitábanlo mucho al empeño que tenía en su voluntad y en sus mientes. Guinea é Islandia servíanle á las demostraciones que buscaba y á los experimentos que hacía con unidad tan maravillosa de norte y de de objeto. ¡Africa y Escandinavia! Los rayos del sol oblicuos en una parte y en otra los rayos del sol verticales; el cielo cargado con átomos de nieve allá y el cielo seco é implacable aquí; los bancos glaciales parecidos á murallas de cristal en una parte y los desiertos candentes como los rescoldos de un horno en la otra; el abeto boreal y las palmas africanas; el rengífero confinado ya en los polos y el dromedario confinado en el Asia y en el Africa ecuatoriales; el ictiófago comiendo el frio pescado casi crudo y el antropófago, de carne humana hustoso; los habitantes blancos y rubios de unas zonas y los habitantes negrísimos y crespos de otras decíanle á una con sus contrastes, cómo aparecía todo el planeta habitable, y por consiguiente, cómo había un pueblo de Catay, así como un dominio del gran Kan, aquistables, al revés de todo cuanto hasta entonces habían hecho los hombres, por el camino de Occidente. «Yo estuve, decía Colón, escribiendo sus notas personales, en el castillo de la Mina, del Rey de Portugal, que está debajo de la equinoccial, y así soy buen testigo que no es inhabitable como dicen.» Por tanto, tras este africano viaje, correlativo con el otro boreal, Colón tenía trazado en la inteligencia todo el admirable proyecto suyo y desvanecidas las capitales objeciones opuestas á sus sólidos fundamentos.

Concebido con claridad y madurado con espacio el plan de Colón, era ya hora de ofrecerlo al mundo entero y hallarle, para que lo pudiera cumplir él y aprovechar el mundo, una protección poderosa. No podía, no, creerse impremeditada precipitación el empeño con que ofrecía nuestro piloto á las gentes el plan y proyecto de su viaje. Estaba en el cenit de la vida y había subido por esfuerzos y por trabajos de titán. Á intuiciones de poeta y pensamientos de filósofo habianse unido en su espíritu estudios profundos de sabio y experiencias luminosas de observador. Si en la complexión artística, muy propia del abolengo suyo; si en los arrebatos líricos de poesia intuitiva que cantaba dentro de su creadora imaginación; si en los afectos estéticos de un pecho idóneo para sentir y amar todo lo bello; si en aquellos deliquios de asceta y extático que tanto le asemejaban á su paisano San Francisco, le solían asaltar ensueños raros ds una indecisión connatural con los fantaseos de su ingenio, religioso y poético al mismo tiempo, no acostumbraba por todo esto á confinarse aislado y solitario en vaguedades y soñolencias indefinidas; estudiaba como un verdadero naturalista; calculaba como un consumado matemático; volvía los ojos y los instrumentos náuticos al cielo y al mar en esfuerzos continuos; y nunca dejaba el hilo de unión a lo real en los más derviosos espasmos de su cuerpo y en los vuelos más arrebatados de su espíritu al Empíreo. Los jalones de su camino resplandecen á una con igual intensidad en la historia del Renacimiento universal. Sintiendo y estudiando había pasado su vida. Eu las márgenes de sus profecías notábanse números y más númmeos. Podía tomar una observación aspecto poético, pero dentro del zurrón de un tropo encerrábase, como dulce almendra, la verdad experimental y tangible de un problema científico. Se trazaron mapas donde había islas como las ideales de Aristóteles y Platón, inscritas en el sitio y espacio señalados por el geógrafo á la grandísima extensión dada en sus creencias á los extremos de las Indias orientales, en que radicaban su Kan y su Catay; se construyeron

carabelillas, gaviotas por sus velas, peces por sus calados, resistentes para darse mucho al largo por el Océano, y fáciles para penetrar por las desembocaduras fluviales; se aplicó el astrolabio á la navegación, relacionando el cielo y el mar, los espacios de arriba y los espacios de abajo, en grandes concepciones y experiencias astronomicas; se llegó por el Norte allende Tile, señalada como último límite boreal de la tierra, y por el Sur allende Bojador, tenido como último límite meridional; se demostró prácticamente caber la vida lo mismo en la zona gracial que en la zona tórrida; y entonces, solo entonces, en la hora más oportuna del tiempo creador y en el término más dialéctico de las invenciones oceánicas, vino á surgir el plan destinado á explorar todos los espacios del Océano y á reunir todos los territorios del planeta. Cierto que se mezclaban, como en lo humano siempre á estas verdades exactas errores múltiples. Colón creía mayor la parte sólida que la parte líquida del globo y menos la distancia entre las Indias orientales y la Europa occidental por los caminos del ocaso. Mas, á guisa de las maravillosas metamórfosis del universo, que sacan de la vida la muerte y del mal el bien y de los estiércoles los ázoes, con cuya sustancia se componen las fibras y las carnes de las más melifluas frutas, en aquellos dos errores capitales radicaban los dos impulsos capitalísimos á la obra y logro de su intento. Si él hubiera sabido los desmesurados espacios planetarios cubiertos por las aguas; el continente interpuesto entre su Europa y la región de los brillantes, del oro y de las especias; lo dificultoso y estrecho de un paso como el que debe atravesarse allá por las cercanias del polo Antártico para ir desde nuestra Europa continental hasta las Indias orientales por Occidente, acaso retrocediera espantado de terror, en vez de fiarse al collar de perlas ricas y á la guirnalda de flores olientes, quiero decir, á la serie de archipielagos benditos que debían, en su concepto, desde las Azores, las Canarias, las islas de Cabo Verde, dilatarse hasta la India, ligando el Occidente con el Oriente y abriendo dichosísima serie de puestos bien-

aventurados á la navegación y al comercio. Colón veía todo esto con la claridad interior de un alma doble, su alma de vidente y su alma de sabio. Aquella especie de división hecha por los escolásticos á nuestro espíritu, que subía desde vegetativo hasta racional, cumplíase por maravillosa manera en este hombre, quien parecía quiromántico, astrólogo, alquimista, sicofanta, teurgo, adivino, al par de sacerdote y sabio. Así había calculado con todo acierto que aquel Portugal del infante don Enrique y del infante D. Fernando, el Portugal poseedor de la recien conquistada Ceuta, y audaz al punto de sellar vencido con sus quinas los muros de Tánger, evocando á repetidos conjuros tantos archipiélagos en el Océano vacio y atravesando el terrible cabo Bojador; el Portugal que soñaba con Fez y expedía una tras otra escuadrilla por mar una tras otra caravana por tierra en busca del Preste Juan de las Indias y del gran Kan de Tartaria; el Portugal requeridor de todas los mares y metido en todos los misterios, dado á las exploraciones y á los descubrimientos, debía comprender su alma, en gran parte iluminada y movida por los rayos partidos de aquel brillante y encendido foco donde se habían animado sus ideas y templádose á una en sus piedras de toque todas sus creencias y todos sus experimentos. Portugal se hallaba entonces respecto de Africa y de las Indias orientales y del mar entero, como se hallaba Grecia respecto de Asia en los dias que apareció Alejandro. Precisa recordar á este casi mitológico héroe; precisa traer á cuento su alma y las ideas de su alma, para sumergirse hasta en el fondo profundísimo de las corrientes intelectuales que fluían á la sazón aquella por la vida y por el alma de Lusitania, esencialmente reveladora, y como reveladora, esencialmente universal ó humana. Hay alma del mundo, hay alma del pueblo, hay alma del tiempo, mejor dicho, ideales varios penetrando con su éter y con su calor en colectividades que parecen individuos por lo unidas y en individuos que parecen colectividades por lo sintéticos.

Un solo individuo, como Alejandro, parecía Portugal en el

Renacimiento; un solo pueblo, la Grecia entera, parecía también Alejandro en sus conquistas. Evocadlo; pues en su evocación se halla una imagen clara de lo que ocurría en la Europa occidental durante la centuria de Colón; una imagen demostrativa de la unidad y de la inmanencia del humano espíritu en todos los tiempos y en todos los países. La emoción de Alejandro, al pisar Asia, no podía ni medírse, ni expresarse. Juntando, como Colón, intuiciones de poeta con cálculos de político, veía en sus ensueños realizarse un amado ideal, el ideal de su Asia griega. Sentado en la nave que lo conducía, nave á un altar parecida por su caracter sacro y por su riqueza litúrgica, no quiso ceder el timón, pues como poseía solo el ideal, solo debia poseer la fuerza y autoridad necesarias á su realización y cumplimiento. Entrado en las tranquilas aguas del Bósforo de Tracia, á la mitad exacta del canal, equidistando matemáticamente de Asia y Europa, ofreció á Neptuno un toro inmolado en holocausto; levantó aúreo cáliz al cielo en demanda y requerimiento de un auxilio, muy asequible á las libaciones religiosas; asestó un dardo al seno de la tierra, donde sus conquistas debían ejercerse; y pronunció los nombres de un Hércules para evocar la fuerza, de un Júpiter para evocar la omnipotencia, de una Minerva para evocar la sabiduría, como si, en vez de una guerra cruel y porfiada, iniciase una ceremonia teogónica. Lo cierto es que, artista por la mayor parte de sus propensiones, tanto como guerrero y político y explorador, no quiso penetrar en la tierra objeto de su deseo, sin certificar por algunos hechos solemnes el enlace de todo cuanto ideaba y quería con lo intentado y hecho por sus predesedores inmortales. El iba con igual empuje que los ejércitos de Agamen y Ayax á continuar la eterna porfía de Asia con Europa; y, por consiguiente, hallábase obligado á recordarla en el suelo mismo de la epopeya helénica, para resolverla en sus exploraciones y en sus conquistas por medio de su victoria, personal en apariencia humana y civilizadora en realidad. Las tierras de Frigia, los campos de

Troya, el sepulgro de Aquiles, obligáronle á desvertirse de sus arreos regios, como si quisiera demostrar de aquella suerte la igualdad humana delante del mundo asiático, del mundo de los privilegios y de las castas. Así, después de ungirse con aceite oloroso, vació las ánforas fúnebres sobre las piedras mortuorias, y depuso coronas en solemnísimos homenajes que acompañaban los tañedores con plañideras cítaras y los coros con sublimes versos elegiacos. En las menores cosas Alejandro mostraba ser la viviente síntesis que debía prevalecer después de su muerte y quedar como un lazo de unión estrecha entre los dos continentes. Así, después de haberse desnudado como un griego de Olimpias sobre la tumba de Aquiles, revistióse de trajes asiáticos. Era de ver el dio., porque un dios parecia, circuido maravillosamente de su joven oficialidad, que se acercaba mucho al coro compuesto en el Olimpo griego por los dioses segundos; precedido del milagroso escudo perteneciente á Minerva; centelleando á las chispas lanzadas por el esplendor de sus armaduras, las cuales atraian los ojos de sus amigos y deslumbraban los ojos de sus enemigos; la rodela de acero al brazo, el casco ceñido de blancas plumas dispuestas en forma de penacho á la cabeza; su cota de muchos dobleces al talle; la gargantilla de pedreria en el cuello; su espada, como un rayo por lo devastadora y ligera, en el muslo; su túnica, de blanco lino en Sicilia hilado, al cuerpo; el manto de púrpura en la espada; y á los pies borceguies como los usados por las divinidades mayores de todas las teogonias en sus descensos á la tierra. No hay que dudarlo: cuantas particularidades se veian en aquella vida tan maravillosa y extraña; cuantas actitudes tomaba su cuerpo, flexible como una serpiente y duro como un león; cuantas palabras fluían de sus labios, como cuantas empresas ejecutaban sus ejércitos, todo en él obedecia, por su conjunto, al proyecto capital y á la finalidad exclusiva de su intimo y propio ser, á la unión estrechisima entre Asia y Grecia. Da vértigos materialmente la carrera de Alejandro. Vencedor en la batalla del Iliso,

y recogidos los despojos tras victorias tan enormes, entran sus huestes en Damasco y suben como águilas por las laderas del hermoso Líbano, cuyos cedros sirvieran á las primeras navegaciones, y domaran, convertidos en ligeras naves, el mar indómito. Fenicia, Siria, Palestina, se doblegan á su paso como débiles arbustos por su caballo de guerra pisoteados en los bélicos empujes. El templo de Salomón le abre sus puertas y el canto de los salmistas le bendice como si fuera de parte de Jehová. Tiro, Sidón, Chipre, las tierras más ilustres, caen de hinojos á sus plantas y ofrecen coronas á sus sienes. En la desembocadura del Nilo establece su Alejandría, cuyos faros dírigen las navegaciones y cuyos pensamientos dirigen las almas. Despues de haber bebido las aguas sagradas en que van disueltos tantos misterios; después de haber saludado las pirámides iluminadas por las ideas egipcias y pulidas por siglos de siglos; entre alamedas graníticas de obeliscos y mudos coros de gigantescas esfinges, dirígese al templo de Júpiter Annón, y conversa con el desierto líbico, fecundo en recuerdos, y con el cielo infinito, esplendente de revelaciones. Su voz hierática se mezcla en himnos interminables á las profecías hebréas, prosperando el mesianismo, que las sostiene, como sus manos sacerdotales ofrecen sacrificios al buey Apis en los sacros muros de Menfis. Desde alli queriendo medirse con todos los poderes y tratarse con todos los dioses, corre á Babilonia, no sin haber tenido que vencer en batallas como la de Arbelas; y no sin haber tenido que sumergir un poco su alma helénica en el inmenso panteísmo de Asia. Despues llegó á Persépolis, donde los monumentos titánicos desconcertaron sus ideas griegas respecto de las proporciones y de las armonías. Sus templos parecidos á montañas; las poblaciones parecidas a cordílleras; aquellos colosales amontonamientos de aras sobrepuestas para ofrecer incienso á los dioses; las pilastras parecidas á edificios enteros y coronadas con diademas de palmitos sobre las cuales resplandecían talladas en jeroglíficos pensamientos innumerables; los colosos hechos

de granito; las esfinges con su cabeza de mujer y sus colas de vaca; los altares enormes no hicieron mas que agrandar las proporciones de su gigantesco espíritu y que sugerirle ambición superior á la sentida por su insaciable corazón hasta entonces. Y luego corre á las montañas medas, asciende á la Bactriana de Semíramis, donde hace de la vieja Ecbatana, su sitio real y de la hija del Oxo su mujer; vuela por los desiertos mongólicos, hasta entrar en la India, y allí se halla con la cuna de sus dioses y con el manantial de sus ideas, tras todo lo que puede buenamente ya helenizar el mundo conocido con solo su presencia, que deja huellas inextinguibles, y apercibir la síntesis científica y la síntesis religiosa de sus colegios alejandrinos, los cuales preparan á un tiempo las bases de aquella cultura griega que habían de hallar los árabes y traer á Occidente por medio de Sevilla y Córdoba, como los términos de aquella Trilogia platónica que habían de recoger los teólogos y aportar por medio de Nicea y Constantinopla y sus concilios á la eterna religión del Verbo y del Espíritu. Pues una fuerza y una persistencia como las mostradas por Alejandro en sus expediciones, había mostrado Portugal en sus descubrimientos.

Desde que los Avis reinaron, predominó Lisboa sobre todas las ciudades, el comercio sobre la agricultura, el marino sobre el soldado, los anhelos por el descubrimiento sobre los anhelos por la conquista. Y, como hemos visto, el infante D. Enrique fundó por esta grande alucinación Segres; el infante D. Fernando murió por esta grande alucinación mártir en Fez; el rey D. Juan I tuvo que lanzarse á una cruzada en los mares; el regente D. Pedro, destinado á tan trágico fin, que llegar en peregrinación hasta las iglesias de Jerusalén y las cumbres del Sinaí; los pilotos, cual Zarco y Eanes y Cabral, expedidos por el Océano, que traer Puerto Santo, Madera, las Azores, el archipiélago de Cabo Verde, la Formosa, el desemboque de las aguas del Congo en las aguas del Atlántico, invenciones halladas odas sin excepción en la misma centuria de Colón, y todas

idoneas para despertar en aquella emprendedora y audaz colectividad el propósito firme de intentar algo extraordinario como lo propuesto por el inmortal genovés en cálculos y sueños que parecían combinados para llevarse tras de sí todas las inteligencias con todas las voluntades. Por aquellos mismos años, en que inútilmente pugnaba Colón para conseguir el asenso de Portugal á sus proyectos, enviaba Portugal su piloto Bartolomé Diaz en busca y demanda del cabo que termina las tierras australes del África, encontrado por sus inspiración y por su esfuerzo con toda felicidad, y poco explorado á causa del terror sentido por los tripulantes, al cual regresaron sin ir ultra, dejando la gloria y el fruto de tanta empresa entonces á otra exploración y á otro explorador lusitanos. Por aquellos mismos días, no contentos los portugueses con las noticias traidas por su infante D. Pedro, diputaron otros peregrinos en bnsca del Preste Juan de las Indias, talismán semejante al vellocino de oro, puesto por los espejismos de las fábulas antiguas en la Cólquide para despertar y atraerse á los inquietos argonautas. Alfonso de Payra y Pero de Corvilhan partidos del Tajo con cartas de Crédito para Cosme de Médicis visitaron la isla de Rodas; recorrieron el Nilo desde Alejandría hasta el Cairo; acompañaron las caravanas árabes por los infinitos desiertos de Arabia; pusieron sus plantas, cual Moisés, en los arenales vecinos al Mar Rojo y en las cumbres tormentosas del alto Sinaí; hasta que se apartaron en Aden; y desde allí el uno tomó la ruta de Indias y el otro la ruta de Abisinia, visitando así Goa, Malabar, Calcuta y el reino bisinio, donde Corvilhan murió tras treinta y tantos anos de residencia feliz en medio de la riqueza y del fausto, convertido casi en el mismo fantaseado ser á quien buscaba con tal tenaz ahinco. Y ¿cómo una gente por este modo y manera dispuesta de suyo para los descubrimientos, no quiso escuchar al gran descubridor? ¿Cuáles no hubieran sido los destinos de Portugal si escuchase á Colón? La maravillosa desembocadura del Tajo; las dunas entre que

corre; los dos montes excelsos, alzados como centinelas titánicos á los dos extremos de sus bocas; los riscos de Arralida y de Cintra besados por los vientos y por los oleajes; el Océano inmenso extendido por allí con grandeza y compenetrado por el resplandor de aquellos espléndidos horizontes que lo esmaltan con los iris de sus colores y matices; los cabos de Rocha y Espichel tan majestuosos; la gran ciudad en que las encinas con las palmas y los azahares con los helechos se juntan; las maravillas todas de aquel territorio, hubiéranlo constituído en la capitalidad incontestable de todo nuestro planeta, si por un lado hubiera vuelto Vasco de Gama con sus indios orientales y sus Indias testigos del primer día de la historia y por otro lado Cristóbal Colón, portador del secreto de sus Indias Occidentales, y acompañado por los indios á quienes su falta de historia y de tradiciones convertía en factores de todos los progresos y Bautistas de todo lo futuro, celebrándose tal síntesis con una fiesta de la humanidad que hubiera eclipsado todos los milagros hechos por el mundo antiguo y achicado todas las increibles empresas del casi fabuloso Alejandro. La Providencia no lo quiso así. Colón, dotado con la facilidad que tenian los italianos de aquel entonces para servir á cualquier nación, se naturalizó portugués; casó con portuguesa; tuvo un hijo de Portugal; emparentó con familias que gobernaban allí territorios ultramarinos; estudió los progresos aquistados por la escuela y Academia de Segres; fué con sus expertos nautas, desde Tíle á Guinea; expuso los planes suyos recién formados sin recatar ninguna de sus experiencias y noticias; trabajó con empeño para que su gloria personal fuese gloria lusitana también; se afanó y se desvivió cuanto pudo por engrandecer á Portugal y Portugal no lo comprendió.

Colón, antes de presentar su proyecto á D. Juan II, lo había vísto y revisto con prolijidad, amén de consultarlo á los sabios con modestia. El cqsmógrafo Beh in, discípulo de Regio Montano, grande astrónomo del siglo, habia hecho un globo en

el cual constaba su conformidad con el pensamiento de Colón, sólo que dónde ponía éste la prolongación de Asia, ponía él una de las muchas regiones descritas por los antiguos poetas y filósofos. Del mismo pensar y del mismo sentir era Toscanelli. Natural de Florencia y en Florencia educado, poseía la suma de conocimientos que se respiraba entonces en el aire de la nueva incomparable Atenas. Con darse un paseo por las orillas del Arno y penetrar en los jardines donde ardían velas en honor de Cristo y de Platon, allegábanse más ciencia que asistiendo á las primeras universidades y escuelas florecientes entonces en el por cien concepto luminosísimo territorio italiano. Toscanelli pasaba por un médico y por un cosmógrafo consumado. Colón debió juzgarlo así cuando le dirigió modesta consulta sobre su plan y sus proyectos. El sábio le respondió participándole su conformidad con todos ellos; le dijo como había trazado un mapa, en correlación verdadera con los conceptos colombinos; y le aseveró entendía cosa fácil un encuentro feliz, tras corta y segura navegación por Occidente, con las Indias orientales. Oyendo tales votos y estudiando tales revelaciones, la creencia del nauta crecía en arraigo y se maduraba el propósito de presentarla con toda claridad al Monarca reinante á la sazón sobre Portugal y pedirle su apoyo poderosísimo para el cumplido logro y la plena realización de una idea tan fecunda. No se había lanzado el reino portugués á las exploraciones sin dudas y sin resistencias. Allí, como en todas partes, la diferencía de doctrinas y de ideas en los individuos provenía de las diferencias en su educación y en su temperamento respectivo. Estudiad cualquier sociedad ó compañía fundada para el cultivo de las ideas; vereis como ha reunido las inteligencias afines. Estudiad cualquier otra que se consagre á la acción antes que á la idea y vereis como ha reunido los temperamentos análogos. El Portugal agrícola debía pugnar por el Portugal marino. Los sedentarios apostaban por la tierra y los inquietos por el mar. Las ideas en el campo se arraigan y duran como los árboles;

en el mar se mueven y cambian como las olas. Hubo pues, un partido feudal de terratenientes contrario al partido innovador de navegantes. A la cabeza del primero se habían encontrado el rey D. Duarte y el infante D. Pedro; á la cabeza del segundo los dos gloriosísimos infantes D. Enrique y D. Fernando. El gran historiador Martins los compara con Catón el Viejo y Escipión el Africano en Roma. Efectivamente, Catón quería concentrar á Roma en su Lacio y Escipión esparcirla por el mundo; Catón verla dentro de su Pomerio, sobre los bueyes de Cincinato, y Escipión verla sobre los mares en requerimiento de lejanas conquistas; Catón conservarla en su austeridad y vestirla del vellón de sus ganados y Escipión extenderla por las factorías y cubrirla de púrpura tiria y piedras preciosas deslumbrantes; Catón sujetarla con el cable de sus cáñamos al puerto de una república patricia y Escipión soltarla enchida por todos los vientos del cielo al oleaje de las aventuras cosmopolitas. Don Duarte y D. Pedro fortalecían á Portugal en bases rurales y D. Enrique y D. Fernando disipábanlo en la inmensidad de Ocáano. Bajo la idea de aquellos, Portugal brillara menos, pero viviera más tiempo; bajo la idea de los dos Infantes, exploradores y héroes, Portugal se ha desvanecido en su obra. El Rey, con quien Colón se las hubo, nieto de D. Duarte, hijo de don Alfonso V, pupilo ingrato de don Pedro, estaba por las navegaciones, por los descubrimientos, por las empresas marítimas, por la epopeya de los viajes, como que reinaba sobre Vasco del Gama y sobre Fernando de Magallanes. Por eso nos maravilla más que no aceptara el plan de Colón y no remitiese á hombre tan grande la realización del altisimo pensamiento. Habia heredado á D. Alfonso V, hijo del rey don Duarte. Acostumbrado Alfonso á perpétua minoridad, en su infancia xivió bajo la tutela de su madre D.ª Leonor; en la mocedad bajo la tutela de su tio D. Pedro, á quien mató; en la madurez bajo el partido mejor ó peor que le oprimia y lo explotaba. Exprimiendo la sangre y el sudor de los pueblos para enrriquecer la nobleza, muy

su amiga, por suelta y devastadora bajo su nominal soberanía, ufanóse con el renombre de Africano á expensas del reino y del vasallo destruídos, víctimas de la mayor miseria por las africanas empresas de su desatentado Rey, corpulento, craso, fuerte, valeroso, peleador y guerrero, mas vengativo y obtuso. Vencido en la batalla de Toro y refugiado tras su derrota en tierra de Francia, le sucedió su hijo don Juan II, á quien Colón debía presentar sus planes y sus proyectos. Tengo por imposible ninguna explicacion probable de cuanto entre Juan II y Cristóbal Colón ocurriera, sin fijar dos casos con suma claridad: primera, la política del Rey; segunda, las pretensiones del piloto. Inexplicable la política del Rey sin explicar antes el estado general entonces de nuestra vieja Europa; inexplicable á su vez el estado general de nuestra vieja Europa, sin explicar antes aquella evolución dialéctica de la política continental en sus capitales movimientos generadores de sus diversas fases. Por la serie de acciones y de reacciones que constituyen la vida humana, cayó la Europa moderna en el fraccionamiento y en la separación de sus regiones con contraste opuesto á la unidad excesiva del Imperio romano, irrupto por la gente boreal y bajo los pies de la gente boreal roto hasta en sus bases y dividido en cien fragmentos. Aunque muchos declaran inútil fatalidad la irrupción de los bárbaros, quizás no hubiera brotado la idea del individuo moderno sin aquella infusión de sangre germánica, que traía en sus moléculas el sentimiento de nuestra personalidad, ni se hubieran formado las naciones europeas, la nación, esa entidad de las entidades, sin aquellas terribles fragmentaciones que nos hicieron caer en espantaso caos, cual nunca, ni antes, ni después, lo han visto las edades históricas. Desde aquella irrupción en el siglo quinto hasta la Europa del siglo décimo, el estado general europeo se caracteriza por una sola palabra, por el feudalismo eclesiástico. Y como este feudalismo duro desde el siglo quinto al siglo décimo, desde el siglo décimo al siglo décimoquinto duró el militar y guerrero siempre. Reina, pues, en sus dos fases, la

teocrática y la patricia, mil años sobre nuestra Europa, destruída en cien fragmentos. Y dos principios lo contrastarán y lo combatirán, dos principios de unidad: el Pontificado y el Imperio. Bajo este último, bajo su ideal romano, irán poco á poco formándose las monarquías, destinadas á combatir el feudalismo en todas sus manifestaciones y á fundar la unidad interna del Estado. En la primera serie de los monarcas, desde fines del siglo quinto hasta fines del siglo undécimo, todos serán teócratas contra el feudalismo civil y todos pondrán sus nacientes coronas bajo las dos alas del Pontificado. En la segunda serie de los monarcas, desde fines del siglo undécimo hasta fines del siglo décimotercio, todos serán cruzados ó santos: Ricardo Corazón de León, Federico Barbarroja, San Luis, San Fernando, y muchos otros. En la tercera serie, desde fines del siglo décimotercio hasta mediados del siglo décimoquinto, serán todos crueles en su combate por arrancarle una parte de sus privilegios políticos al clero católico y una parte de sus privilegios mobiliarios al patriciado feudal. Pedro el Cruel en Castilla, Pedro el Cruel en Portugal, Pedro el del Puñalet en Aragón, y sus demás contemporáneos, no me dejarán mentir. Desde mediados del siglo décimoquinto hasta mediados del siglo décimosexto los reyes cambian. A la verdad, no pierden el carácter de crueles revestido por sus progenitores, pues no podían perderlo en aquella horrible guerra con el feudalismo expirante; mas se tornan pérfidos y traidores, teniendo, á pesar de su fuerza, incalculable ya entonces, las cualidades y condiciones de los débiles: destreza y astucia. Un maquiavelismo inconsciente se anticipa casi por adivinación al Príncipe de Maquiavelo, y un maquiavelismo razonado y consciente al hombre y al escritor destinados á la formulación de los principios, bajo cuyo triste imperio debía la razón de Estado desarrollarse. Fernando V, Luis XI, Enrique VII parecen un solo monarca por sus grandezas y por sus dobleces.

A esta clase de reyes pertenecerá, por razón de su tiempo y

de su carácter, D. Juan II de Portugal. La perfidia, la doblez, la mentira, juntas con la crueldad natural, debían constituir las calidades múltiples de estos reyes maquiavélicos. La política se había sobrepuesto en ellos á la conciencia, como suele acontecer en los tiempos agitados con los revolucionarios, según lo prueban Cronwell, Robespierre, Dantón, todos grandes y todos grandemente homicidas. La inmaculada pureza moral de Washington luce á larguísimos intervalos en la trágica historia hnmana. Los reyes tuvieron que hacer una revolución contra el feudalismo, como los cabezas redondas de Inglaterra y los improvisados convencionales de Francia tuvieron que hacer una revoluclón contra los reyes. Así no se pararon en barras ni unos ni otros. El frío rigor, con que Naturaleza cumple sus flnes, entraba en aquellos espíritus abstractos y secos á manera de fórmulas algebraicas. «Dice Luis XII, de Francia, exclamaba Fernando V de Aragón, que lo engañé dos veces: miente como un bellaco; lo engañé más de cinco.» Esgrimiera este Rey nuestro tal número de perfidias en la salvadora y definitiva reincorporación de la Navarra y de los navarros occidentales á España, qne los reyes despojados aguardaban la restitución tras los Sacramentos, como en penitencia y al fin de conseguir el eterno rescate, á la hora en que murió el despojador. Y como le hablaran adrede gentes apostadas en la cámara mortuoria para este fin religioso, el Rey, político implacable y consumado, volvió la cabeza y no dijo una sola palabra. De iguales procedimientos, crueles y hábiles al mismo tiempo, se valieron León XI y Enrique VIII para desarzonar aquél á los últimos caballeros feudales, y disolver éste los partidos, ya católicos, ya cortesanos, que se iban reuniendo en torno de sus numerosas mujeres, implacablemente sacrificadas á sus caprichos y á sus razones de política y de Estado. Ya lo hemos dicho: así era también D. Juan II, en virtud de las leyes generales que producían monarcas idénticos, del mismo carácter y del mismo ideal, en apartados y aun contradictorios reinos. El cronista

Bernáldez, en las primeras páginas de su *Historia de los Reyes Católicos*, describe á Juan II con toda verdad, y lo presenta, como nosotros lo creemos y lo presentamos, diestro y cruel al mismo tiempo. En efecto, únicamente para examinar las jurisdicciones aristocráticas donadas por la Corona, y limpiarlas de tanta herrumbre como les había una usurpación sistemática sobrepuesto, necesítanse fuerzas de combate parecidas á la fuerzas del mecanismo celeste. Restringir la intervención aristocràtica en el juicio de los tribunales y en el nombramiento de los regidores, alzándose con ambas facultades arrancadas por el feudalismo á la monarquía, resultaba en el fondo un radicalísimo cambio social; y estos cambios no se verifican jamás en la vida sin profundas revoluciones; y estas revoluciones no pueden cumplirse y realizarse nunca sino por el hierro y el fuego. Sin embargo, Juan II creía el crimen sólo practicable hasta un límite muy preciso, hasta el exacto y concreto de su patentísima utilidad. En esto se distinguía la perversidad de los reyes del siglo décimoquinto de aquella perversidad de los Nerones y de los Tiberios, quienes cometían crímenes baldíos á roso y velloso, por el placer y la satisfacción de cometerlos. Sobrio en comer y beber, corto en dormir y regalarse, enemigo de las ostentaciones artísticas y del pagano lujo en que Reyes y Papas del Renacimiento cayeran, como los Borgias y los Estes y los Médicis y los Urbinos de Italia, mataba de modo muy reflexivo y á golpe muy seguro. Así acabó con López Vaz, muerto por impulso y ordenamientos suyos, á manos de varios caballeros, los cuales recibieron en premio de tal crimen, á traición perpetrado, valiosísimas y copiosas mercedes; así degolló al Duque de Braganza en Évora, tras un simulado proceso urdido con el fin de arrancarle á mansalva la tercera parte de Portugal, amortizada en aquellas manos extendidas sobre las coronas de los Reyes; así mató al Duque de Vizeo, haciéndolo comparecer desarmado á su presencia y apuñalándolo por la espalda con su propio regio puño y su propio regio puñal; así en Palmela precipitó al

Obispo de Évora en una cisterna para que se ahogase; así envió esbirros tras los patricios huídos á Francia, y allí murieron asesinados á su orden y á su mandato, implacables cuando á la razón de Estado convenía, semejándose así el Rey á la misma despiadada muerte, ciega para no ver, y para no escuchar sorda, en sus crueldades, á quien se traga y devora. Este pensamiento de la unidad interior del Estado, á que prestaba culto, como buen Monarca de una centuria esencialmente monárquica, debía impelerle hacia las navegaciones y los descubrimientos, generadores con su actividad contínua de una clase tan opuesta en sus caracteres á los nobles feudales provinientes del terruño, destruído por la increible aparición de los nuevos territorios y por la mi'agrosa llegada de los nuevos frutos, á cuyas competencias no podía conservarse, no, el valor de los inmensos estipendios señoriales sobre los que levantaba sus almenas la vivienda murada del noble y sus cordeles la siniestra horca del pechero. Por consiguiente, los caracteres políticos y los caracteres personales del Monarca portugués convidaban al intento de Colón, y le debían sugerir á éste la confianza más completa en el seguro favorable resultado. Enamoradísimo D. Juan de un formidable Imperio rematado en una sola cabeza, en la cabeza de un Estado vigoroso, cumpliera su obra cual ningún otro monarca de la historia, si aceptado el pensamiento de Colón ¡ah! no se hubiero visto, como se vió más tarde, obligado, á la fuerza, constreñido por el hecho irrevocable, contra su voluntad y su grado, à repartir el mar y los dominios en el mar invenidos, entre castellanos y portugueses. Mas, desde los comienzos de la empresa y desde su primer atención á sus proposiciones, patentizóse con evidencia que deseaba D. Juan II realizar la obra colombina sin Colón. ¿Por qué tal insensato empeño en Rey de tanta inteligencia y estudio? Averígüelo Vargas. La historia entierra los móviles internos en una idea, en la imposibilidad absoluta de conocerlos, cuando los calla el mismo que se movió y se determinó á su empuje. Pero, conjeturando probabi-

lidades, lógicamente sacadas del estudio de los caracteres y de las vidas que historiamos, y coligiendo especies fundadas en inducciones que aproximan los objetos de la realidad al juicio subjetivo, ya induzcamos; ya deduzcamos, cosa posible apuntar dos razones capitales, explicativas de las causas que movieron el ánimo de D. Juan á su proceder. Quería la obra de Colón sin Colón. Error grandísimo, en verdad, el suyo. La justicia social no quiere desposeer á los bienhechores de la humanidad, no, del justo premio y del verde lauro que debe corresponderles en el templo de la gloria, y ha puesto á las obras más excelsas el nombre de sus autores más legítimos. Á virtud de esto apellidamos la religión del espíritu con el nombre de Cristo; las escuelas sincréticas del Egipto heleno- con el nombre de Alejandro; la filosofía idealista con el nombre de Platón; la filosofía experimental con el nombre de Aristóteles; así como á la teología escolástica llamámosla tomismo de Santo Tomás y á todos los sistemas de Descartes, Kant y Hegel, los unimos con sus autores bajo el mismo común denominador, que confunde las personas mortales y transitorias con su permanente inmortal ciencia. Querer la obra de Colón y no querer al autor que la concibiera y la estudiara, que la pusiera en relación estrecha con todas las tradiciones históricas y la comprobara con todos los datos de su experiencia continua recibidos, ¡cuál desvarío! Y sin embargo, este desvarío poseyó al rey D. Juan, según todas las enseñanzas históricas. No debió el piloto intentar ganarse á un político así por el corazón y por la fantasía, omnipotentes de suyo sobre las almas apasionadas y estéticas, pero de ningún valor sobre las almas calculadoras y frías. Muy latinado, como decían los portugueses, muy sabedor de ideas abstractas y concretas, muy ducho en asuntos y negocios del Estado, muy sagaz, muy experto, muy al cabo de todo lo sabido en su tiempo, imposible que Colón quisiera determinarle por la idea de ganar muchas almas al cielo, por la idea de reconquistar Santa Sofía y el Santo Sepulcro, por ninguna de las ideas reli-

giosas y poéticas guardadas en el bien provisto carcax de sus argumentos para espíritus de otra complexión y género. Colón debió hablarle á la continua de inmensos dominios, de fabulosas ríquezas, de dilatados imperíos, y D. Juan debía, por su parte, obedecer á esta fascinación poderosa. Mas había en el nauta dos pretensiones incompatibles ambas con la política de D. Juan, política enteramente consustancial con su complexión y con su vida: la pretensión de muchas riquezas mal vista por la regia codicia, y la pretensión de mucho poder y autoridad, contradictorias con el poder y autoridad reales, elevados al supremo dominio sobre todos y erijidos en fórmula de todo.

Imposible pasara D. Juan, él, que había quitado á la nobleza lusitana gran parte de sus rentas, por una participación ajena en los rendimientos del territorio á descubrir; y más imposible por la cesión de un gobierno perpetúo, como Colón pedía, copartícipe casi del suyo, á tanta costa y por medios tan dolorosos levantado sobre las espaldas de los nobles, en trances tan amargos, donde había tenido que recurrir á las potencias infernales del crimen para sacar á salvo la unidad y la integridad y la totalidad de su Monarquía La indispensable aceptación del plan, precursora y preparatoria, se frustró entonces por las mismas causas que estuvieron á punto de frustrarlo después, por las excesivas pretensiones de mando y de tributación para sí expuestas por el sublime descubridor. Y como éste se hallaba tan seguro de la realización del proyecto; como veía tan claro el encuentro de tierras fabulosamente ricas, con sólo navegar hácia el Occidente, y no hacía el Mediodía. cual navegaban los portugueses; como tocaba con sus manos las paredes de oro, y cogía con sus puños los puñados de aljófares, y con sus ojos miraba las cresterías de rubíes y esmeraldas, emperrábase con una tenacidad sin ejemplo en la demanda del premio en poderes, del premio en riquezas, del premio en honores, bajo una seguridad tan grande que rayaba en aparente petulancia, repulsiva de suyo á todos, y con especiali-

dad á persona tan pagada de sí mismo como el rey D. Juan II Cristóbal Colón se lamenta y dice: «Fuí á aportar á Portugal, adonde el Rey de allí entendía en el descubrir más que otro; el Señor le atajó la vista y todos los sentidos, que, en catorce años, no le pude hacer entender lo que yo dije.» Sin embargo, el Rey nombró una Comisión encargada de apreciar el asunto Y esta Comisión dió un fallo en armonía y consonancia con las costumbres lusitanas, adscritas á buacar el África austral y las Indias orientales, navegando en larguísimos derroteros hácia el Mediodía. Maestre Joseph y maestre Rodriguez, médicos, juntamente con los dos prelados de Ceuta y de Vizeo, constituyeron la Junta encargada del dificultosísimo examen. Las letras de aquel tiempo, las humanidades tan vivas, todo cuanto se sabía del mundo y todo cuanto se sabía del cielo, estaba reunido y personificado en aquellos hombres eminentísimos, que habían bajado á los sepulcros de la historia y subido á los altos de la metafísica; hecho los instrumentos de navegación más perfectos y puesto en las carabelas el revelador cuadrante; relacionado el cielo y sus constelaciones con el mar y sus derroteros por medio del astrolabio; desvanecido una gran parte de los misterios que cubrían el mar tenebroso é impulsado los pilotos que doblaban la punta del inabordable Bojador, viendo surgir en torno suyo islas, como veía nereidas y sirenas el viejo Neptuno, cuando, arrastrado por los tritones en conchas y nácares de madreperlas, recorría por luminosas noches mediterráneas, entre brisas y estelas, aquellas diáfanas aguas de su hermosa Grecia. Dar por buena, después de tantas fortunas, la innovación del genovés, cuando surcaban en aquel minuto los mares barcos obedientes á las ideas por ellos allegadas y á las fórmulas por ellos escritas, fuera inconsecuencia incalculable. Así la rutina se burló de las adivinaciones de aquel espíritu profético y el cálculo venció á la inspiración. Pero D. Juan, en sus adentros, no debió quedar muy persuadido á la negativa por el dictamen de los sabios, cuando convocó y congregó el Consejo Superior de la Corona. Este Cuerpo, esencial-

mente politico, en su mayoría compuesto de aquellos jurisconsultos á quienes la ciencia y conocimiento del derecho romano sugirieron la edad del poder absoluto moderno y la fundación de los Estados poderosos, apartó las ideas puramente científicas de la Comisión, compuesta por los cosmógrafos técnicos, y se apoyó en las pretensiones de autoridad y de rentas formuladas por Colón, creyéndolas contrarias al derecho eminente de la Monarquía y al poder absoluto del Monarca. En verdad que la Junta técnica y el Consejo polıtico daban los dos motivos de la negativa: aquella el hábito acreditado de los derroteros y descubrimientos portugueses y este el principio recién establecido de la unidad monárqaica. Con él un dictamen se opusieron al pensamiento expuesto y con el otro dictamen se opusiaron al premio pedido por Colón. Y aquí surgió la idea propia del espíritu y del temperamento de don Juan: aprovecharse de la obra colombina y deshacerse de Colón. El cristianismo sin Cristo, el mosaísmo sin Moisés, el mahometismo sin Mahoma, el viaje de Colón sin Colón: hé ahí la idea del taimado y astuto don Juan. En las largsa comunicaciones del proyecto, en los diálogos íntimos con el descubridor, en las consultas hechas á la sabiduría del siglo, en los datos reunidos para el dictamen, aprendió don Juan todo cuanto podía entónces aprenderse y lo puso en práctica inmediatamente. Llamó al más experto entre los pilotos portugueses, á Pero Vazquez, compañero un día del Infante D. Enrique, y á hurtadillas, á la callada, con todo sigilo y recato, le impelió á recorrer, so pretesto de provisionar las islas del Cabo Verde, los derroteros de Colón. Entónces vióse claramente cómo lo mecánico, lo externo, el cálculo material, una consigna de soldado, una orden de rey, no pueden reemplazar al esfuerzo, al empeño, al estudio, al pensamiento, y sobre todo, al dolor de un verdadero genio hecho mártir de su propia grandeza, y por mártir de su propia grandeza, redentor de sus semejantes. ¡Ah! Tan sólo conocemos aquello que causamos; por eso Dios lo conoce todo, porque todo lo ha causado. Y sólo quiere Dios

que alcancemos aquello por cuyo logro hemos padecido. En la, pasión, en el sufrimiento, en el martirio, en el cáliz de acíbar en la calle de Amargura, en el Calvario y en la cruz se hallan la redención y los redentores. Únicamente sabemos aquello que causamos, y únicamente conseguimos aquello porque padecemos. Colón había causado su obra, y Colón había padecido por ella; únicamente Colón podía realizarla. El piloto mecánico se asustó al verse metido en el mar de Zargazo, entre cuya vegetación se detenían y enredaban las quillas; se asustó más al sentirse azotado por la tempestad y por el huracan; se asustó más al bogar y bogar días tras días sin descubrir nunca tierra; y en su terror volvió proa demandando de nuevo Portugal y excusándose del regreso con la exageración de los peligros. El secreto llegó á transpirar, Colón llegó á saberlo. En cuanto lo supo, sus irritaciones momentáneas, sólo comparables, en fuerza de intensidad, á la duración de sus calmas y á las pruebas de su paciencia, le sublevaron y le movieron á huir de allí para encamicarse á nuestra España. Comenzaba en tal momento el invierno de 1484. Casualidad, casualidad, casualidad, repiten á porfía los que ven la historia humana por su lado pequeño. Pero en el plan de la Providencia estaba, en el sistema lógico que forman las sociedades humanas, en la evolución jamás interrumpida de los tiempos, en el cumplimiento de los humanos destinos y en el curso de la civilización universal, que aquella España, conocida por los antiguos con el nombre de luminosa estrella de la tarde, se dirigiese por el ocaso á completar el cielo y el planeta, como á renovar con otra nueva creación toda la Naturaleza.

CAPÍTULO VI

VENIDA DE COLÓN Á ESPAÑA

Amargadísimo debió quedar Colón, viendo á la Monarquía lusitana, metida entonces en los descubrimientos que llenaban sus mares, y á la familia de Avis, glorificada por las increibles invenciones debidas á su inspiración, menospreciar al poseedor del más precioso entre aquellos secretos, cuya continuada revelación iba engrandeciendo la tierra con costas nuevas y dilatando el espacio asi en los mares como en los cielos. Aferrado á la vida por la realización del trabajo que á su inteligencia y á su voluntad defiriera la interior vocación providencial propia, revolviase contra todos los obstáculos opuestos por la ignorancia y por las supersticiones á la sublime adivinación, hechura en parte de su fantasia intuitiva y en parte de su aquistada ciencia. Pero en tal combate sucumbia el infeliz á diario muy dolorido. Y este dolor intenso, el cual á veces comunicaba desórdenes horribles á sus nervios, remontados por las multiples segregaciones de hiel producidas en el insomnio consiguiente á las grandes faenas intelectuales, cuyos ejercicios tanto adoloran así la complexion moral como la complexión fisica de los hombres destinados al bien de nuestra tierra y de nuestra especie, debian de suyo no desesperarle del todo como

le desesperaban de continuo á veces, antes bien sugerirle una idea consoladora, la idea de que jamás deja el Universo al entendimiento descifrar un enigma suyo sino desde los potros y torcedores del martirio. Nació Colón en aquella edad creadora de tanta y tan múltiple revelación, cuya labor, no solo circundaba el espacio con las navegaciones maravlllosas, que iban evocando por el Océano islas y continentes como á conjuros mágicos, doblaba el tiempo, trayendo lo pasado á completar lo presente con aquellas apariciones de los helenos huídos al turco soberano en Constantinopla, y con aquella resurrección de las estatuas despertadas á una del polvo y de las ruinas en Roma y en Italia entera, bien podrá remontar el vuelo de sus ideas á las altas contemplaciones históricas, y descubrir en su propia pena el premio reservado á todos los esfuerzos redentores por el mal inferido á cuantos héroes del humano progreso produce la Naturaleza y consagra la historia, coligiendo así él de sus mismas dificultades indecibles el carácter grandioso y extraordinario de su personal obra. ¡Ah! Sólo extrayendo con perseverancia del diario dolor y de la continua contrariedad una persuasión profundísima del ministerio que desempeñaba y del fin que cumplía, érale dado sostenerse contra el número de pruebas por que pasaba el infeliz; como la ceguora de su propia patria, que le había dejado partirse á extraña tierra, sin columbrar en aquella espaciosa frente la estrella de su predestinación; como la indiferencia de cuantos le oían y no le secundaban, cegados por su ignorancia é inmóviles en sus heredadas costumbres; como la perfidia de los mismos, que, habiendo visto ya realizarse otras profecías, cual aquellos Reyes y Príncipes portugueses de su tiempo, defraudábanle á él en la realización de todo cuanto había profetizado y prometido en sus provisiones admirables y con los datos debidos á sus propias espontaneidades geniales expedían marinos al perverso fin de robar al revelador todos los justos premios y todas las múltiples glorias á que tenía indubitado derecho. Las dos grandes corrientes de ideas,

que corrian por el humano espíritu en aquella edad creadora, debían dulcificarle con ejemplos varios el dejo de hiel puesto en sus lábios por múltiples amarguras, y decirle cómo Naturaleza no daba inteligencia y comprehensión de lo porvenir tan claras, voluntad tan firme y robusta para la consecución de un fin y objeto, fuerzas tan extraordinarias en un hombre, sino destinándolo al cumplimiento de una grande obra y á la realización de un ideal maravilloso. Uno, entre los caracteres distintivos de la especie humana, es, á no dudarlo, aquella útil aplicación á sus necesidades varias del fuego, por ningún animal, ni por los más próximos á nosotros en las escalas zoológicas, aprovechado jamás; y quizás á causa de tal grande utilidad, el titán, á quien tamaña obra el consentimiento universal atribuye, soportó, clavado al Cáucaso, los hierros de todas las servidumbres, y vió renovarse su corazón y su higado perdurablemente, para que se los comieran y se los devoraran todos los dolores. El mismo Jehová, que distinguió entre los pueblos á Israel, confiándole una revelación como la del absoluto Ser, incomunicable á la mortal penetración, quejábase por boca del profeta Isaías, en versículos magníficos, de que mientras el asno conoce dónde se halla su pesebre, y el buey barrunta entre otros muchos á su gañán y amo, los escogidos por él para depositarios y guardadores de la verdad, no conocian á su Dios. Pero ¡ah! que la magnitud enorme del conjunto y totalidad de una obra universal, como la obra del piloto genovés, no empece al terrible dolor de cada dia.

Naturalmente, desprendido en los tiempos que historiamos por completo de su patria, Génova, cuyos tráfagos por mar y tierra no podían prometerle auxilio, y desahuciado además de la Corte portuguesa, que le jugara una felonía tan grande, Colón pensó en España, la cual, tras los desórdenes feudales del reinado de Juan II y Enrique IV, recomenzaba por entonces á brillar con ese resplandor nuevo, ten persistente y continuo, que, sucediendo á todas las decadencias en todos los periodos

de su historia, nos la muestra como un sol, según su luz propia, un sol, sobre cuyo disco pasarán muchos eclipses, cuyas sombras podrán obscurecerla con frecuencia, pero nunca jamás extinguirla. Y, amén de la natural atracción ejercida sobre todos los ánimos y todos los espíritus superiores por nuestra patria en tal momento, un hecho particular y privado influyó con grandísima influencia sobre la voluntad del genovés, al venirse desengañado entre nosotros é instalarse so el techo nuestro: la muerte de su esposa, quien le había dejado un varón, el primogénito D. Diego. Con este único acompañante y apoyo, débil báculo en su temprana edad, se puso desde Portugal en camino Colón hacia Extremadura y Andalucía, no sabemos aún si por mar ó por tierra, buscando y requiriendo tanto el hogar habitado por una cuñada suya unida en matrimonio con obscuro andaluz, como las relaciones en Sevilla. Ante todos los actos de la vida pide cualquier buena investigación que se busquen á una con cuidado las causas generales á que llamamos primeras y las causas ocasionales á que llamamos impulsoras ó determinantes. Puede reconocerse por causa ocasional de aquel viaje de Colón á España, ciertamente, la muerte de su compañera, que le afligiría mucho, dado su natural exaltadísimo; pero desde que se sintió por Génova olvidado, y en Portugal preterido, soñó con venirse á la tierra que, según tradiciones transmitidas desde tiempos inmemoriales, prolongara costas, desvanecidas más tarde, tan lejos mar adentro, que se llamó con razón la estrella del ocaso, destinada en misteriosos designios á esclarecer con su luz propia y á ensanchar con su virtud mágica el misterioso Atlántico. Para un marino empeñado en buscar el derrotero de las Indias orientales por Occidente, no podía, no, existir centro tan propio de su alma como las tierras occidentales, Lisboa y Sevilla, España y Portugal. Todavía entonces Venecia y Génova miraban á Oriente mientras á Occidente Sevilla y Lisboa. Nuestra patria llevábale á Portugal, á pesar de los maravillosos descubrimientos portu-

gueses en aquella centuria, una ventaja: el habersele adelantado mucho en exploraciones é invenciones marítimas. Desde los siglos de la conquista germana hasta el siglo de los primeros cruzados, la parálisis intelectual, apoderada del mundo europeo, aguardando sobre los sepulcros de sus iglesias bizantinas el supremo llamamiento de las trompetas apocalípticas, prontas á señalar el juicio Final, no llegó á nuestra España, en los océanos de la vida universal anegada, y por la ciencia esclarecida, merced á sus reveladoras y sábias escuelas hispano-arábigas de la ilustre Andalucía. Los ojos del árabe, abiertos para mirar el cielo sereno, mientras los ojos cristianos se iban cerrando para no ver esos mismos cielos arrollarse como un pergamino calentado por el incendio universal, los ojos del árabe penetraron en los misterios astronómicos, y vieron la tierra y el mar con anticipaciones que debían prepararnos y apercibirnos á nuestras posteriores empresas. El Alabderita escribió en Valencia un itinerario de África; como en Sevilla pintó el sábio Abregat los mapas indispensables á una reveladora cosmografía; cómo Albufeda se adelantó con sus tratados geográficos en tal modo á todos los geógrafos, que fuera imposible sin su guía y sin sus noticias emprender ningún viaje, según dicen y confiesan los mismos comentaristas de aquella peregrinación de Marco Polo, en cuyo relato bebiera Colón sus mayores y mas luminosas esperanzas. Bien es verdad que á los relatos de Marco Polo, aguijón y estímulo de las peregrinaciones y de los descubrimientos, habíase adelantado un siglo el hebreo Benjamin de Tudela, quien, apoyado en la seguridad por sus conocimientos científicos dada, no se contentó y satisfizo con explorar en los mares asiáticos las islas y los archipiélagos; penetró en la Tartaria y en la Mongolia, objeto de grande curiosidad y germen de innumerables fábulas, avivando así la ciencia investigadora del planeta bajo las sombras espesísimas de una ignorancia, invencible casi por los obstáculos que la guerra entre todos y el fraccionamiento de todo suscitaba con incontrastables resis-

tencias á la exploración y al descubrimiento. Nada se desvanece tanto con el estudio profundo de la historia como esas improvisaciones de los hechos, tan gustosas para los que desdeñan las series generadoras de todo, y desconocen la evolución en cuyos términos todo se desarrolla por sucesiones lógicas, ya de fases en el espacio, ya de momentos y edades en el tiempo, demostrativas de la sabia lentitud con que todo se ha creado y ha crecido en el universo espiritual y en el universo material, quienes dentro de sí abrazan lo mismo las ideas que los seres en verdadero sistema desarrollado por siglos de siglos equivalentes á una eternidad.

Así no comprenderíamos la obra del descubrimiento por España si con anticipación verdadera no supiésemos los rastros de luz dejados en España por los árabes. Pero si las ideas de los árabes resplandecieron en tiempos á la ciencia tan opuestos como los tiempos que se dilatan del siglo séptimo al duodécimo siglo, en este último comenzaron los reinos cristianos españoles á prosperar asi los estudios del cielo como las exploraciones del Océano, estableciendo por un lado en sus dominios escuelas continuadoras de las acabadas en Córdoba y Sevilla, tendiendo por otro lado barcos en las aguas, los cuales, so color de guerra, sembraban preciosos y primerizos gérmenes del cambio y del comercio. Coincidieron los primeros barcos, del Guadalquivir expugnadores en el sitio de Sevilla, con las primeras tablas alfonsinas, del cielo reveladoras en la vega de Toledo. Fernando III premió á las gentes de mar, quienes, por virtud y por obra de aquellos premios, pudieron ir en socorro de naciones extrañas, cuando no hacia un siglo que vinieron al sitio de Almeria, bajo Alonso VII en auxilio nuestro las naves extranjeras. Á este despertamiento de la marina dos viejas ciudades maravillosas crecieron, fundación de fenicios y cartagineses un dia: en las costas meridionales, Barcelona y Sevilla, mirando hácia Oriente la una y hácia Occidente la otra, émula de Venecia y Génova la primera, émula de Lisboa y Oporto la segunda, por cuya do-

ble legión pacífica de mercaderes y de marineros así poseíamos Nápoles y Sicilia en los mares italos, apoyábamos á Constantiuopla y Atenas en los mares helénicos, grabábamos nuestros blasones en el Asia Menor, como íbamos ensanchando el Atlántico bajo nuestras quillas, v trayendo al comercio común europeo esas islas afortunadas, parecidas á fragmentos de aquel soñado mundo, ya roto, en que pusieran los pensadores y los poetas antiguos la realización milagrosa de sus utópicos ensueños· Y no cejó esta obra un punto, ni en reinados adversos, porque á Sancho IV le permitieron sus guerras de familia y sus usurpaciones de regios derechos cortar maderas y multiplicar naves, á Fernando, su hijo, las discordias con los grandes y las citas dadas por éstos ante la divina justicia prosperar factorías como la espléndida de Bilbao; al noveno Alfonso sus combates con los moros en el Salado y sus vigilias por la legislación en Alcalá favorecer los cómitres y exentarlos de pechos; á Pedro el Cruel aquellos terrores, naturales en su guerra sangrienta con el feudalismo, comandado por su parentela bastarda, el armamento de flotas y el propio embarque suyo en pos de pueblos y de costas, á Juan I sus desgracias en las porfias con Portugal expedir embajadas que llegaron hasta las desembocaduras del Eufrates, interponiendo su influjo con los soldanes de Babilonia en favor de los cautivos reyes armenios; á Enrrique III la propia flaqueza, consiguiente á los desmedros del principio monárquico y á las insolencias del poder feudal, tocar con sus manos la tierra llamada techo del mundo por medio de sus enviados idos á visitar al Gran Tamerlán de Persia y al gran Mongol de Tartaria para pedirles noticias de aquellos herederos del Preste Juan de las Indias, entrevisto en la décimatercia centuria, quien pedia, so un techo retejado de oro y sobre un pavimento embutido en esmeraldas, el auxilio cristiano; á Juan II las enemigas suscitadas en torno suyo por el favorito Álvaro de Luna, provocador á sediciones y asonadas, recibir el pleito homenaje de las recien conquistadas Canarias y salvarlas de las codicias portuguesas; á

Enrique IV los escándalos de su vida y de su corte acrecentar los seguros del viaje y del viajero por mar: á los reyes católicos D. Fernando y Da. Isabel tantas dificultades encontradas en los comienzos de su reinado llevar el quinto de las mercerías rescatadas en Guinea, como de tierra suya, sostener con sus naos la navegación en Sierra Leona, facilitar los cambios continuos del tráfico y los esfuerzos de la explotación en Mina de Oro, preludiando asi con toda esta serie de seculares continuos esfuerzos creadores nuestra patria la obra capital de su historia, el desentrañamiento de los secretos del Océano, la revelación material á todas las edades de la redondez del planeta: obra parecida, por su grandeza incalculable y por su trascendencia virtual, á la divina creación. Estaba, pues, en la lógica de todos nuestros hechos históricos; estaba en la suma de los antecedentes castellanos; estaba en sl seno de las obras hechas por los siglos; estaba en la índole temeraria de nuestra complexión conocida y en las exigencias múltiples de nuestra situación geográfica, el que así como los egipcios esclarecieron y guiaron á los hebreos y á los fenicios; así como los [fenicios esclarecieron á los griegor y fundaron Cartago; así como los griegos esclarecieron á los latinos de Roma y los cartagineses fundaron tantas ciudades ilustres en las costas de nuestra España; así como los latinos domaron á helvecios, britanos, bátavos; germanos; España, sita en los últimos confines del ocaso europeo, y dotada con una gran civilización, escudriñase la mar toda y revelara todo el planeta. Y como estaba eu todo nuestro ser y en toda nuestra historia el cumplimiento de tamaño destino, llegó al momento propio, el revelador, Cristóbal Colón, á nuestro elegido y predestinado suelo.

Tal vez, por tales sentimientos aguijoneado, se fijó en Sevilla mucho tiempo. La venida resuelta de Colón á España y su estancia entre nosotros, hanse por tal manera esmaltado en la sucesión de los tiempos con fábulas más ó menos provinientes de la verdad real, que dificultan mucho una relación ingenua y sencilla

y verdadera de lo averiguado como exacto. Paréceles á la mayor parte de los historiadores que la verdad achica el interés dramático de una biografía ilustre, necesitada para su lucimiento de varios y espléndidos fantaseos. Así exageran allende lo verdadero mil contradicciones por Colón sufridas, y acibaran adrede sus amargos y acerbísimos sinsabores con minucias trágicas de melodrama romántico. Harto padeció con el desconocimiento de su propia patria; con el despego que acaso encontró en ciudad tan ilustre como Venecia; con las fechorías del rey don Juan II en Lisboa; con los viajes á Islandia y á Guinea, demostrativo en el acierto en sus pronósticos, é inútiles al común de las gentes, aferradas á sus tradicionales errores; con las pruebas conseguidas á diario por su perseverancia y la ceguera espesísima de todos alrededor suyo; para que añadamos á estos sinsabores una miseria tan grande que le veamos tender la mano como un pordiosero, de puerta en puerta, y dejar sus hijos, ya criados, como si fueran míseros expósitos, al amparo de cualquier establecimiento de caridad ó penitencia. Desconocido estaba Colón, desconocidísimo, si atendemos el mérito intrínseco de su inteligencia y al mérito, sobrenatural casi, de su obra; pero no tanto que cayera en estado y condición de mendigo y necesitado la pública beneficencia. Mucho ganaría en esmaltes poéticos la vida suya, de parecer cual un Bautista en el desierto, vestido como los lirios del valle, con una túnica que le hubieran tejido fibras campestres; alimentado como las aves del cielo, con la semilla que hubieran llevado á sus lábios los elementos; parecido á los profetas y á los penitentes, que sacaban de su maceración y de sus miserias las revelaciones, cuyos rayos esclarecían y guiaban á los pueblos. Colón pasó algunas veces por pobreza confinante con la condición de un pordiosero; más vivió mucho tiempo de sus viajes y de los trabajos relacionados con su oficio. El desconocimiénto de su mérito no llegó jamás á menosprecio de su persona. Durante su permanencia en Portugal pudo emprender sendos viajes á la zona tórrida y á la

zona glacial; enlazarse con familias tan ilustres como la familia de su mujer; dirigirse á sábios del carácter y del entendimiento de Toscanelli; estudiar el archipiélago de las Azores y en el paraíso de Madera los descubrimientos lusitanos; instruir la madurez de su vida en las relaciones entre las ciencias náuticas y las ciencias astronómicas, descubierta por las escuelas de los Algarves y comprobadas por nuestros astrolabios; vivir expendiendo mapas é instrumentos científicos; tratar con el Rey de Portugal en muchas ocasiones y hasta contraer deudas entre sus numerosos amigos: por consecuencia, no hay que juzgarlo á guisa de trovador antiguo, requiriendo de puerta en puerta el alimento diario y dejando tras sí el vapor de sus lágrimas y el éco de sus ayes. Pudo la leyenda, que todos hemos aprendido en versos y discursos, convertir en pordiosero al pobre, que pordioseó alguna vez por accidente sabido, y su necesidad, pero no constituyó esta desgracia en él una definitiva condición y una real naturaleza. Que atraía los espíritus, que fijaba la general atención, que difundía efluvios reveladores de su mérito, se demuestra con solo considerar cuántas veces los poderes públicos habían examinado proyectos, los cuales creen muchos recibidos y pagados tan solo con despreciativas carcajadas. Ahora, oponía el plan de Colón tan grande número de ideas nuevas al sentido común de su tiempo, que no deben maravillarnos hoy ni las repugnancias ni las resistencias, también opuestas, en estos días de saber positivo, á inventores tan útiles como los que pusieron el vapor en las naves, á comienzo del siglo nuestro, desconocidos y aun rechazados muchas veces en los varios incidentes de sus múltiples trabajos. Colón debía tener mucha seguridad de su mérito, y granjearse por este mérito mucha estima, cuando se fué á Lisboa y pudo llegar hasta el Consejo de los Reyes portugueses; se vino á Sevilla y pudo llegar hasta la corte de los magnates andaluces. No, no podía estár por tal modo ignorado y desconocido, como suponen la tradición y la leyenda, quien contaba en la ciudad, cabeza del territorio andaluz entónces, valedores

bastante fuertes y poderosos para conducirlo y acreditarlo en palacios como los que habitaban el Duque de Medinasidonia y el Duque de Medinaceli, ambos á dos ricos hombres, elevados por lo antiguo de su prosapia, por lo rico de sus dominios, por lo noble de su sangre, por lo esclarecido de sus servicios, por el número de sus lanzas y castillos, á las alturas del trono, sobre cuyas cumbres á una proyectaban sombras obscuras sus respectivas coronadas cimeras. Muy esparcidos los italianos en su gloriosísima centuria décimaquinta por todas las grandes ciudades europeas de Occidente, y muy acreditados por sus artes y por sus ciencias entre las personas de pro, valían en Sevilla como valían en Lisboa. Y así como una carta del italiano Geraldi le valió á Colón en Lisboa granjearse la epístola célebre de Toscanelli, que tanto le prosperara y le sirviera, otra carta del florentino Berardi, gerente de una gran casa mercantil en Sevilla, y la influencia de los hermanos Geraldinis, príncipes eclesiasticos, le abrieron las puertas del palacio que habitaba en la capital el Duque de Medinasidonia y del palacio que habitaba en la bahía de Cádiz el Duque de Medinaceli, magnate de sangre real este último, nunca mezclada con la impura y bastarda de los Trastamaras, como lo estaba la sangre de los reyes castellanos; y aquel otro, el primero, generalísimo de numerosas mesnadas, competidoras con los ejércitos reales.

¿Quién pudiera fingirse allá en la imaginación Sevilla, cuando arribara el piloto genovés á su seno por los últimos años del siglo décimoquinto? Aquello que hay eterno en el espacio donde se alza la ciudad, resplandecería como siempre con su hermosura inmortal; pero miles de circunstancias propias de tal período histórico acrecentaban su animación y su vida. Dejemos, pues, á un lado la dulzura del clima, la pureza del cielo, su aire aromadísimo por azahares y jazmines; el éco de las guzlas moriscas en sus serenatas voluptuosas; los cristalinos serpenteos de aquel río á quien los árabes comparaban en sus elegías con los más caudalosos del Oriente; las torres almoha-

des ornadas de multicolores azulejos parecidos á oro puro mezclado con rica pedrería; la Giralda, de tan bella forma y de tan aéreos alicatados ; las iglesias en que los hábiles mudéjares ponían su destreza en el embutido y en el almohadillado alrededor de nuestras imágenes; la catedral elevando á lo infinito su fábrica, ya casi acabada; los palacios construidos por alarifes milagrosos, donde las estatuas antiguas recién descubiertas y las modernas recién concluidas llenaban las galerías de corte asiático; los patios de mármol parecidos á grutas de amor con el rumor de los surtidores y de los conciertos resonando noche y dia; los ajimeces festonados por las guirnaldas compuestas de alejandrinas rosas; los alminares en que la campana sustituía la voz del muecín; aquel alcázar henchido de poesia, los jardines llenos de limoneros y cedros; los bosques por claros pinares y obscuros olivos compuestos; las puertas de alerce maqueadas con estrellas de marfil; el cinto de muros esmaltados á guisa de rojos corales por el éter andaluz; tanto resplandor de belleza; y fijemonos en las ideas y en los intereses alli concentrados entonces á consecuencia de su capitalidad sobre los espacios, donde á la sazòn se libraba la última guerra con los moros, y sobre las posesiones nuevas que acababan de traernos el definitivo dominio de las Canarias y las exploraciones en el golfo de Guinea y en el Rio de Oro, que la llenaban de guerreros, de gentiles hombres, de cortesanos, de sabios, de mercaderes, de navegantes, de muy concurridas escuelas, de muy completas factorias, constituyendo asi una concentración tan intensa de ideas y de valores, que debian despertar en Colón múltiples ambiciones y aguijonearle al cumplimiento de sus varios y complicados proyectos, en cuyo seno se ocultaban tierras nuevas y nuevos cielos, otra maravillosisima y milagrosa creación. La fantasia del sublime adivinador exaltariase al aroma de tantas ideas poeticas en aquel mar de inspiraciones vividas; el camino soñado á la continua se aclararia con el constante cruce de naves llegadas al pie de la Giralda y venidas desde

muy cerca de los puntos que los supersticiosos creían inhabitables. El comercio y cambios activos de tantos productos como circulaban entonces desde sus almacenes, provistos por las industrias españolas, en todas direcciones; la copia en cosechas é industrias de seda; los artefactos inventados para la elevación de aguas con grandes premios del Estado retribuídos; las casas particulares de contratación, en que intervenían hombres como el italiano Américo Vespucio; las cátedras y enseñanza de cosmografía y náutica; los adelantos que se hacían en las bombas de desague y hasta en la dulcificación de aguas marinas, debían mucho y muy de veras contribuir á los consumados y profundos experimentos con que completaba Colón todas aquellas rápidas intuiciones provinientes de unas facultades nativas muy capaces de alimentar sus numerosas y adivinas esperanzas. Así, el período de vida pasado por el descubridor, tras una larga estancia en Córdoba, por los senos de la incomparable Sevilla, debieron servir mucho á sus planes y proyectos, prosperados y engrandecidos por tantos factores de ciencia é industria como contaba una ciudad que sólo podía tener una rival en Occidente, la espléndida Lisboa. Y en lo que primero Sevilla sirvió á sus planes, fué, no lo dudemos, en haberle procurado el conocimiento y trato de ricos banqueros italianos muy poderosos, los cuales, por su parte y á su vez, le procuraron el afecto amistosísimo de magnates como el Duque de Medina Sidonia y el Duque de Medinaceli, quienes, más ó menos interesados uno y otro por los planes del piloto, más ó menos comprometidos en su realización, más ó menos entusiasmados de sus efectos, cooperaron ambos á la presentación y al crédito de su protegido en la corte.

CAPÍTULO VII.

ESPAÑA Y SU ESTADO AL ARRIBO DE COLÓN

Cosa difícil, por todo extremo difícil, imposible casi, decir los años de la vida de Colón transcurridos en Córdoba, en Granada, en Huelva, en Palos, en la Rábida, en Sevilla, sitios recorridos, y aun habitados por él con seguridad, pero sin que puéda fijar el cronólogo la fecha exacta de su estancia en varios, y quizás en los más importantes. Desde luego le movió para su ingreso y fijación en España la idea de que tal empresa, como la suya, no podía prosperar sino con la copia de recursos disponibles por un Estado poderosisimo, y llegó en requerimiento de tal Estado á España, muy ordenada y engrandecida en aquella sazón por el sabio gobierno y la luminosa política de los Reyes Católicos. Vino, pues, á España en 1485, y estuva en España preparando su invención desde tal año salvo una corta excursión á Lisboa, hasta 1492, en que inició y comenzó el primero, y por tanto el más glorioso, de todos sus viajes. Lo que pedia, lo que necesitaba, lo que por todo extremo le urgía y le apremiaba en aquellos primeros meses de su apartamiento del reino lusitano, era encontrar otro monarca no tan felón para él como su aparente amparador y traicionero enemigo el Rey engañador, cuyos embus-

tes y perfidias le arrojaron de ciudad por el tan preferida como la mercantil y náutica Lisboa. Un Estado rico, un monarca poderoso, un potentado con resolución y con oro; he aquí lo por él buscado en una especie de magnética hipnotización, pues tocaba en el seno de su fantasia la tierra prometida como de bulto y de relieve, sin poder abordarla por carencia de algunas entre tantas y tantas naves como dejaban podrir en sus puertos los poderosos del mundo. La Señoría de Génova, el Consejo de Venecia, los reyes principales del Occidente de nuestra Europa, frustada la empresa en Portugal, pasábanle de día por los ojos abiertos y de noche por los insomnios perdurables. En cuanto se veía contrariado, empleaba una frase de las calificadas en el vulgar lenguaje nuestro con el nombre de muletilla: «Entregaré, decía casi por máquina, mi descubrimiento al Rey de Francia.» Y bajo la presión de tales ideas, en el mismo año de su arribo aquí, envió el hermano suyo Bartolomé Colón al Rey de Inglaterra en demanda y requerimiento de auxilio para su obra. Bartolomé, como Cristóbal, pertenecía por sn vastísimo saber á los cosmógrafos, y por su mucha industria y por su arte consumado, á los pilotos mejores de aquel siglo, participando asi de la ciencia, pero no de la prestancia material y de la inspiración espiritual que distinguian y elevaban á su hermano, superado sólo en cualidades segundas, como la simulación eu los negocios públicos á veces indispensable, como la sagacidad profunda y como la fina constante astucia. Pero el sacrificio y el martirio han de acompañar por necesidad, dadas la contingencia y limitación nuestras, á todos los esfuerzos redentores; y Bartolomé cayó en manos de corsarios, andando larguísimo tiempo de forzado remero por aguas y costas varias, sin logro de prosperidad ninguna y con mucho sufrimianto. Mas, al comenzar del 88, tres años después del arribo á España de su hermano, llegó Bartolomé á Lóndres y trazó con figuras más ó menos fantásticas, en coloreado mapamundi, las tierras adivinadas y prometidas, valiéndose para explicarlas de maca-

carrónicos versos, compuestos en lengua latina, como á guisa de un compendio donde se invocaban, en corroboración de lo allí contenido, autoridades como la del rey Tolomeo, del geógrafo Estrabón, del naturalista Plinio, del sabio San Isidoro, todos contestes, aunque por modos muy diversos, en profecías idénticas à las tantas veces anunciadas por los desoídos y menospreciados Colones. Enrique recibía frecuentemente á Bartolomé, y se holgaba con escucharlo atento, pero cuidando mucho de no desesperarlo; aunque si bien se proponía mantener sus esperanzas, no se proponía cumplirlas. Obstaban toda resolución dos circunstancias concurrentes en el Monarca, una externa y otra interna, siendo, á saber, la externa, el mucho cuidado que le daba la necesidad imprescindible de impedir la resurrección de los antiguos combates entre la casa de York y la casa de Lancaster, mientras la interna, su voraz codicia. Así venía por la real dialéctica de los hechos demostrándose cómo no lograban jamás ni el talento, ni la constancia, ni la penetración, alcanzar por sus medios subalternos y segundos lo reservado á la fuerza y al poderío del genio. En mal hora llegaba el buen Bartolomé á la corte dc Inglaterra y en peor hora el gran Cristóbal á la corte de nuestra España. Los Reyes Católicos habíanse hallado desde su ascensión al trono hasta el año 88 entre el martillo y el yunque, Antes no los dejó vivir el Rey de Portugal D. Alfonso V, con sus guerras casi civiles por la consecución del trono de su sobrina la Beltraneja, y no los dejó vivir el Rey de Francia, Luis XI, manteniendo á la continua con ellos una guerra extraña y obligándolos á defenderse contra pertinaces asechanzas en todos sus dominios; y luego á estas porfías y guerras con las vecinos de Oriente y Occidente uníanse los últimos coleteos dol monstruo feudal, suelto desde la exaltación de los Trastamaras al trono, y reanimado á los golpos mismos que le asestaba el poder monárquico, rehecho por los nuevos monarcas, á la cabeza. En Galicia, el feudalismo agrícola y terrateniente se les resistía y sublevaba con la persona del

Conde de Lemus, mientras en el territorio andaluz un feudalismo guerrero, por tantos y tan valerosos nobles representado, se les anteponía en el camino de Granada, y les contradecía su autoridad propia, y les disputaba su propio ministerio con algo peor que la hostilidad para unos reyes deseosos de recabar todos sus fueros, con la gloria.

No bien establecido el poder real á la llegada con sus pretensiones y con sus proyectos del insigne piloto; ni bien domada la nobleza, que había corrido á su grado el territorio de Castilla en una tromba de asaltos y en un ciclón de guerras; ni bien aquietados los inquietos vecinos en armas, que parecían oponer un asedio continuo á las dos coronas reunidas en tal excelso matrimonio; ni bien asentadas las diferencias entre las fuerzas monárquicas y las fuerzas feudales congregadas en los campos andaluces contra los últimos nazaritas; Colón debía encontrar á su proyecto invencibles obstáculos, así en estas inquietudes como en la irremediable absorción de todas las actividades y de todas las ideas por la granadina guerra y en los gastos enormes consiguientes á tan colosal empresa. Luego, dada la indeterminación todavía subsistente del principio monárquico en su lucha con el principio feudal, asi como no hacía más que comenzar el ejército regular, no estaba, ni comenzada, ni siquiera concebida, la regularidad en los tributos, siendo cosa imposible preverlos y menos apercibirlos á ningún grande objeto y á ninguna lejana empresa. Para que nada faltase á la dificultad enorme del debido logro en tan audaz propósito y en tan complicado proyecto, no existía una capital fija. Los Reyes iban á Santiago, Sevilla, Segovia, Córdoba, Medina, Barcelona, Toledo, Madrigal, Pinto, Madrid, según que lo pedían sus deberes; más no se fijaban en parte ninguna. De aquí la imposibilidad completa en que debía Colón encontrarse de acercárseles y manifestarles todo su proyecto, y menos de recabar ninguna promesa, por vaga y por incierta que fuera. En el mismo año de la llegada del descubridor habían los Reyes fundado, para la consecución de la deseada unidad monárquica,

tribunal como la Inquisición, al fin de recabar la unidad católica, no sin haber topado con resistencias tales que llegaron á ensangrentar iglesias como la Seo de Zaragoza, donde la plebe inmoló á un inquisidor en el sitio mismo consagrado luego á prestarle culto de mártir. Y asi como en tal año establecieron la Inquisición los Reyes Católicos en requerimiento de la unidad católica, juraron extirpar del suelo pátrio el retoño último de la dominación musulmana. ¡Triste coincidencia! ¿Como en el empeño soberano de fundar sobre tantas razas la unidad religiosa, y sobre tantos feudos la unidad monárquica, y contra los moros, tan valerosos todavia, la unidad nacional, pudiera prevalecer un pensamiento cual este pensamiento de Colón, brillando, estrella única, entre aquellas ráfagas y aquellos relampagueos de verdadera tempestad? Asi pueden explicarse los tristes y obscuros dias y aun años subsiguientes á la llegada entre los españoles; asi que pareciese con su aire triste una especie de aparecido; así que las facciones de su rostro delatasen á su alma como un alma en pena del otro mundo; asi que al verlo absorto en una idea, flojo y desceñido con el descuido impuesto por la desesperación, errante por las encrucijadas de las calles y por los claustros de las catedrales, yéndose unos dias á Córdoba y otros á Sevilla en requerimiento de tal gentilhombre ó de cual poderoso eclesiástico, siempre fuera de sí, lás gentes le designaran á una con el dedo y lo creyeran loco. Su mirada pareceria, según lo fijo de aquella su absorción en sí, hacia dentro volverse; su frente se asombraría con las nubes prendidas de sus hondas arrugas y evaporadas de sus hondísimos desengaños; temblarían á los golpes eléctricos de las emociones más trágicas aquellos nervios que debían sonar más tarde como un arpa en las creaciones de Dios, sonrisas extrañas pasarían por sus lábios agitados y palabras incoherentes exhalaria su pecho herido; una fiebre, la fiebre más leta', aquella de la inspiración proviniente y por los profetas comparada con carbones encendidos, haria hervir á su sangre y achicharrarse á sus fibras,

mientras la inquietud perdurable, los desasosiegos connaturales al combate diario, las hieles derramadas en todo el cuerpo suyo por los insomnios, el recelo de morir sin mostrar cuanto habia de cierto en sus fines y de fundado en sus esperanzas, darianle un aspecto diabólico, al cual alzarianse alrededor suyo aprensiones tantas y tristezas tales, que le huirian como á un apestado y á un leproso las gentes, creyendo ver la desgracia y la maldición en su sombra.

CAPÍTULO VIII.

AMORES DE COLÓN EN CÓRDOBA.

YENDO á Huelva el infeliz, y á Sevilla, y al Puerto, y á Córdoba, crecería su desasosiego con la nómada y errático de su vida, como con el aumento de los años y de los desengaños, aumentaríase lo intenso de su desesperación hasta constituir semejante afecto, capitalísimo en él una segunda naturaleza ó complexión. Así, llamaba con doblados golpes á todas las puertas conforme iba temiendo que se le abriesen las pesadas é inevitables de la eternidad y lo encerraran en el perdurable silencio con su desconocido secreto. Bajo tal superstición, expedía emisarios, importunaba conocidos y deudos, iba en pos de cuantos marinos habían bogado un tanto léjos de las costas, requería de los pilotos más expertos noticias y de los frailes más reclusos ideas, en una exaltación vecina de la demencia y acrecentada por el discurso de sus años, muy de prisa corrientes hacia la cercana vejez. Quizás la tristeza lo hubiera consumido, y á la muerte arrastrado con seguridad, de no haberlo poseído pronto la pasión de las pasiones: el amor, ese amor de la madurez, menos desordenado é intenso por sus apariencias que los amores de la juventud, pero mucho más poderoso y de mayor influjo sobre las varias virtualidades del alma y

sobre los diversos modos del ser. Imposible que Andalucía, el suelo predilecto de todos los amores, no llegarrá tarde ó temprano á fascinar su espíritu é impelerle hacia el Edén cuando apenas contaba entónces cuarenta y nueve años más ó menos cumplidos, y en la soledad triste de su alma necesitaba otra con que comunicarse, y en la inquietud constante de sus nervios algún seguro donde allegar indispensable reposo. El amor es lo único en que la realidad vence á la imaginación. El amor es lo único en que la vida consigue una completa calma. El amor es lo único que trae olvido á las penas, calmante á las inquietudes, sosiegos á las zozobras, ilusiones al desierto de las tristezas humanas, esperanza al seno de la desesperación. Por eso aquellos más empeñados en los oficios que tienen su fin en la guerra, y que por lo mismo necesitan de los esfuerzos del odio, aparecen á una por todas las edades como los más prontos y más dispuestos á rendir su albedrío al amor. Los griegos. tan profundamente filósofos en el simbolismo de sus mitos y en la significación de sus mitologías, presentaban á Marte y á Venus, la guerra y el amor, como los dioses más unidos en las cumbres del Olimpo. Quizás por eso el tipo esencialmente guerrero, el tipo feudal, lleva como su lanza en la cuja, como su coraza en el pecho, como su casco en la cabeza, como su espada en el cinto, su mujer en el alma. Y lo que pasa con los guerreros, pasa también con los navegantes. El poema de las navegaciones antiguas ha puesto en cada palpitación de las ondas una sirena bellísima; en cada escollo de los arrecifes una Circe amorosa; en cada recodo de las playas amigas una Leucothea hospitalaria: en cada regreso al hogar una Penélope fiel y amante destinada por el cielo á curar los dolores inflijidos á los nautas por el azote de las tempestades y de las tormentas. Vagando el marino á la continua por calles como las calles de Córdoba, y viendo tras las rejas y las celosías ojos de mujer como los ojos de andaluces, cuyas miradas le penetrarían seguramente hasta lo más recóndito del alma, ¿qué mucho si lo sojuzgó por completo el amor? Lo cierto es que la

casualidad ejerce grandísimo influjo en una vida errante, como las recomendaciones y cartas escritas desde uno á otro punto por sendas familias, no poco hacen; y así Colón trabó amistad con los Enríquez y Aranas, todos de bien antigua prosapia y de bien escasa fortuna. Y en la casa intimado ya, prendóse de una joven, á quien debemos imaginar tan inteligente como hermosa; y prendado de esta joven, los lazos de flores por ella tendidos á su cuello y los bálsamos por ella puestos en su herida, debieron en Córdoba retenerlo y para nuestra patria guardarlo contra tantos arrebatos de su natural desesperación como le arrojaban de nuestra patria y le impelían en pos de otros Estados y Gobiernos capaces de prosperar sus planes. Lo cierto es que desde la fecha del 85 año de aquella centuria, en que llegó á España, hasta la fecha del 92, en que á su primer gran viaje se partiera, Colón estuvo en Sevilla, y en Cádiz, y en Huelva, y en Lisboa; pero permaneció más tiempo que en parte ninguna, en Córdoba. Bajo aquel cielo de luz; á la sombra de su hermosísima sierra, donde se juntan los alminares con los campanaríos y las blancas azucenas con los verdinegros cipreses; entre los patios aromados de azahar y los miradores embutidos de azulejos; oyendo el eco de la guzla sarracena, todavía no extinto, y aspirando el amor diluído en los suspiros, que parecen los espíritus de las sultanas; el inmortal piloto amó; y este amor, enardecido por la intensidad increible de la pasión amorosa en las mujeres andaluzas, no solamente lo retuvo en la tierra tantas veces maldecida por sus desengaños dolorosos, y le conservó una vida tantas veces odiada en los desastres de sus empeños y en el desvanecimiento de sus esperanzas, sino que lo encadenó al hispano suelo, y entre nosotros le retuvo, para que fuese uno de los mayores nombres en los anales de nuestras glorias.

La escuela ultramontana europea, en su empeño de hacer lo natural sobrenatural y lo humano divino, ya lo recordamos, propúsose acreditar de revelación milagrosa el descubrimiento colombino y poner á su autor en la corte celestial. Mas los

amores de Cristóbal Colón y Beatriz Enríquez Arana la molestaban en este objeto, por aparecérsele como amores no santificados por el sacramento eclesiástico, ni legitimados por las leyes civiles. Esta contrariedad hace del santo infalible, impecable, iluminado por las celestiales revelaciones, puesto sobre la humanidad en apologías y panegíricos sin fin, un hombre, como los demás, exaltado á las alturas de una gloria extingible por la claridad de su inteligencia y por la fuerza de su voluntad Pero esta convicción, bebida en todas las historias y en todos los papeles del tiempo, no conviene á los ultramontanos, necesitados de levantar el hallazgo de Colón á las alturas de una verdadera maravilla milagrosa. Y no sabiendo cómo componérselas para salir del apuro, han casado á los amantes en muerte, ya no quisieron ó no pudieron ellos en vida casarse. Y los han hecho esposo y esposa legítimos. Las costumbres del Renacimiento autorizaban mucho en aquellos siglos, tan ensalzados por nuestra reacción, esta especie de matrimonios naturales, como los deseados por los partidarios modernos del amor libre. Clases y tribus no reconocidas en la severa contextura moral de nuestros Códigos reconocíanse con suma frecuencia en aquellas leyes. No hay sino registrar los cuadros de nuestras Cortes y los artículos de nuestros Códigos para tropezar á cado paso con las mancebas, por ejemplo, y barraganas de los curas. Junto á las disnastías de los hijos, engendrados en legítimo enlace, veíanse las dinastías de los bastardos. La corona de Portugal se forjó por una rama de esta clase. Los dos reyes, á la sazón reinantes en España, D.ª Isabel por su padre Juan II de Castilla, y el marido por su padre Juan II de Aragón, provenían de los Trastamaras, habidos en D.ª Leonor de Guzmán por D. Alfonso el Onceno, de ganancia, como se decía entonces al fruto de la generación ilegítima. Fernando el Católico llevaba en el sitio de Granada junto á sí el buen D. Juan de Aragón, su hermano, proviniente del amor de su padre á una hermosa judía, Casas ilustres de toda ilustración y nobles de toda nobleza provenían

del amancebamiento de arzobispos muy venerados con barraganas muy obscuras. El pontífice Alejandro VI promovía toda suerte de dificultades á los gobiernos laicos, en el empeño de buscar alianzas poderosas á los hijos suyos sacrílegos, de cuya madre se hablaba en Roma como pudiese hablarse de cualquier princesa ó reina ungida por el cielo mismo y consagrada santísima esposa por un católico matrimonio. Las familias mas poderosas de Italia, familias con corona y reino, como los Estes, bebían los vientos por alianzas matrimoniales con Lucrecia Borgia. Cuando mató á su hermano Rodrigo, Duque de Gandía, por envidia que le tuviera y por alzarse desde los principados eclesiásticos á los principados civiles; César Borgia, señoras tan castas como nuestra reina Isabel escribían al Papa el pésame por la muerte de su hijo, como si trataran de lo más vulgar y ordinario y admitido y usual. Así eran las costumbres en tal edad. Beatriz y Colón vivieron amistados ilegítimamente. Y en tal amistad ilegítima tuvieron un hijo, á quien llamaron Fernando, venido al mundo cuatro años despues de la llegada del padre á España. Y un hermano de Beatriz acompañaba de continuo á Colon. Y doblas de Beatriz y de su familia sirvieron para mantener los gastos necesarios á la preparación del plan extraordinario. Y sobre las carnicerías de Córdoba compró censos el piloto, así que mejoró en fortuna, de cuyos rendimientos debia mantenerse la manceba. Y hasta en los acuerdos testamentarios de la segunda generación se tropieza con arreglo de cuentas atrasadas en los tratos entre las dos familias, y del pago de maravedís por estas misteriosas causas debidos, pero no satisfechos. Y amigos de Colón, como el P. Las Casas, tan ortodoxos y tan severos, hablan del bastardo Fernando por medio de reticencias y de insinuaciones que no dejan espacio ninguno á vacilaciones y dudas en la calificación de los amores entre Colón y Beatriz habidos. Así, acredita el concepto de que la pasión de las pasiones en Colón fuera ésta, el silencio guardado y el apartamiento tenacísimo por algunos meses, en el trascurso de

los cuales no se ocupa en su magna obra y no recuerda su divino ministerio. Mientras, durante la estancia en Portugal, departe con los maestros de Segres, visita los archipiélagos vecinos á Lisboa, consulta con los pilotos consumados, corre Guinea é Islandía en las zonas glaciales y en las zonas ardientes, habla con los reyes, importuna los ministros á diario, se escribe con Toscanelli, se arriesga de contínuo á todo, en cerca de dos años no da señal de vida entre nosotros, cual si le faltase tiempo de saborear una dicha tan grande como la encontrada en Córdoba, y se perdiese en esta florescencia tardía del otoño de su vida, cual un mozo enamoradisimo inexperto en el goce de unos primeros amores, que de todo enajenan el alma, concentrada sobre los deliquios de una bienaventuranza sin medida y sin término. Despues, cuando las satisfacciónes de aquel amor trajeron un hijo, y el afecto paterno y materno al hijo trajeron la cura y vigília de su destino y suerte, jóven aún el corazón, avivada la fantasia por los rayos de unos ojos amantes y amados, encendida la sangre por los suspiros de la pasión, exaltada la fé por las creencias compartídas con la mujer amada, el deseo de lucro y de gloria, y hasta de penitencia, nuevamente aguijonearon al profeta y lo impelieron á granjear aquellos mares y aquellos cielos que ofrecer al Dios de sus padres y al hijo de sus entrañas, en la mezcla de creencias piadosas y gustos pecaminosos que caracterizaron á los hèroes del Renacimiento, y que constituian algo del caracter de aquellas generaciones.

CAPÍTULO IX

COLÓN ANTE LOS NOBLES ANDALUCES



os italianos del Renacimiento, por su reconocida superioridad intelectual sobre los Estados centrales, aparecían doquier se presentaban, como aparecen los griegos en todo el Oriente, como guías y maestros de los mismos á quienes, por súbditos ó esclavos, estaban sometidos y sujetos. Así ejercìan influencia en Lisboa, en Sevilla, en donde quiera que un centro de ideas ó un centro de contrataciones fijaba la general actividad. Y no hay duda en lo arriba expuesto: ellos, y sólo ellos, facilitaron las relaciones del piloto con los grandes señores á quienes todos consideraban verdaderos soberanos andaluces. Hacia bien el piloto acercándose al Guzmán que reinaba en aquella sazón sobre los dominios comprendidos bajo el común denominador del titulo de Medinasidonia. En el vocabulario de un hombre tan fuerte no debia constar la palabra ímposible. Su voluntad rebosaba de todo limite. Alli donde ponia el deseo, ponia la mano. Coronas sin número estaban amontonadas á sus piés férreos, mas que sobre su cabeza, coronada ya de sobra por el casco feudal. Pechos múltiples, tributo de siervos innumerables, henchian sus arcas, las cuales contaban demás con el suplemento casi diario de los despojos consegui-

dos sobre la rica morisma en correrías de combates sin término y depredaciones sin número. Un ejército terrestre campaba en torno de sus fortalezas, todas por campamentos rodeadas, y una escuadra, siempre á su merced; flotaba sobre las desembocaduras de sus rios y sobre las costas de sus mares señoriales. La extensión infinita de dominios, la copiosa cosecha de lucros, el campo abierto á sus heroicidades nativas, el mar hasta entónces inexplorado ante sus ojos de águila, debían de veras tentarles; pero no pudieron moverle á causa del terrible conflicto empeñado entre las clases aristocráticas y el poder monárquico en dos lustros de tanta importancia como aquel que antecedió á la presencia de Colón en España y aquel que con la presencia de Colón en España coincidiera. Muchos historiadores en boga investigan las menores minucias de causas pequeñas y segundas, apenas merecedoras de mención histórica, y menosprecian las causas universales y primeras que lo producen todo y lo mueven y lo determinan. El Duque de Medinasidonia hubiese patrocinado el plan de Colón, quizás con mayores medios que Portugal, que Génova, que Venecia, que Francia é Inglaterra mismas, donde no tenían por el fraccionamiento propio de la Edad Media, todas las fuerzas y todas las riquezas necesarias los Estados, como las tenía un magnate del fuste y del poder de los magnates andaluces, metidos por su cuenta y riesgo en una reconquista como la del reino granadino y en una guerra perpetua con sus émulos, aunque parientes y afines; pero la pretensión, antigua en los Reyes decididos á desarzonar sus nobles y someterlos, de mandar y dirigir ellos todas las grandes obras iniciadas dentro de sus dominios, coartaban la voluntad y el poder aristocrático en cosa tan grave y trascendental como las exploraciones de nuevos mares y los descubrimientos de nuevos mundos. El historiador de la casa de Niebla dice que, por motivo y razón de un mandato real, prohibiendo al Duque la residencia en Sevilla para impedir sus continuos combates con el Marqués de Cádiz, que hasta las calles de la gran capital ensangrentaban, fué im-

posíble toda inteligencia entre los poderosísimos Príucipes y Cristóbal Colón. Pero la expulsión de Sevilla era un incidente, y sólo un incidente menor en el épico encuentro, último casi, del patriciado feudal con la fuerza y autoridad monárquicas. Cuando el poder monárquico estaba flojo y desmayado, ya por culpa de quien lo ejercía, como en los tiempos últimos del cuarto Enrique, ya por circunstancias adversas, como en los primeros tiempos de Fernando é Isabel, constituíanse monarquías parciales frente á la monarquía central, como la que constituyó D. Pedro Girón, por ejemplo, quien mandaba ejércitos y expedía embajadores. De aquí, de tanta debilidad en el centro y de tanta fuerza en la circunferencia, continuas guerras. Pues bien: un monarca semejante á D. Pedro Girón era el duque de Medinasidonia. Cuando su rival, el Marqués de Cádiz, en Alhama sucumbía, sublime rasgo de generosidad mostrado por el Duque de Medinasidonia, reveló á los Reyes cómo los podría obscurecer aquella omnipotente aristocracia de Andalucía, si llegaban los magnates á entenderse y unirse. Conquistador Cádiz de Alhama, veía sobre sí todas las fuerzas del rey Hassem y estaba irremisiblemente perdido si en su auxilio no iba cualquier potentado andaluz. En todos hubiera pensado el Marqués entre los apuros del asedio moro; en todos, menos en su enemigo hereditario el Duque de Medinasidonia. Pero lo que jamás hubiera pensado el entendimiento de tal héroe, lo hizo el carazón de su mujer. Juzgando al rival por sí misma, por sus propios impulsos nobilísimos, por su nativa caridad inagotable, por su abnegación y su grandeza morales, creyó que no podía negarse al ruego de una esposa y de una cristiana, poseída por supremas angustias, y envió un emisario á la fortaleza de Arcos, donde Medinasidonia residía, en busca del deseado socorro, invocando la cruz que todos adoraban y la tierra en que todos vivían. No la engañó su confianza. El Duque recibió al embajador de la Marquesa como á un amigo, y resolvió, después de oída la embajada, correr al ramedio de tanto mal, y salvar al caballero andaluz con abnegación

de su propia persona y sacrificio del desquite á sus agravios. Seguidamente mandó urgentísimas órdenes á los adelantados de sus fronteras, á los alcaides de sus villas, á los jefes de sus tropas, á los monteros de sus cazas, á los jinetes de todos sus dominios, y aun á los voluntarios de los contornos que quisiesen ganar en la tierra prez y en el cielo dicha, llamándoles á una cruzada en que, asistidos de armas y municiones, ganarían muchos despojos y muchas indulgencias, porque los necesitaban religión, patría, honor, en socorro de aquellos cuyo ardor mantenía la cruz de Cristo sobre los altos de la combatida y triste Alhama.

Pocas veces había visto Andalucía ejército semejante. Bien es verdad que por el Duque debieron escribirse las romancescas frases, repetidas en todos los libros caballerescos, de que su descanso era pelear. Su cama, cubierta de rica holanda, pocas veces recibía en los blandos colchones aquel su cuerpo metido dentro del hierro de su armadura, la cual parecía tan sobrepuesta como su misma carne á sus huesos, según lo á ellos adherida y lo inseparable de su persona. Engendrado en la guerra, nacido para la guerra, puesto desde su infancia en condiciones de que fuesen los combates á su vida tan propios y necesarios como la respiración, peleaba en todas partes y en todo momento, ya en correrías contra los moros fronterizos, ya en batidas á las fieras de sus propios montes, según demandaba de los grandes aquella centuria, en la cual trababan su combate postrero el feudalismo y la realeza. El socorro de Alhama consiguió tal importancia, el ejército contó número tanto, la reunión de caballeros andaluces fué tan grande, que los Reyes Católicos, á la sazón asentados por negocios públicos en Medina del Campo, comprendieron cómo necesitaban personarse allí en aquel sitio y tomar la dirección de aquellas huestes, si no querían que la nobleza levantisca de tal tierra eclipsase la luz y disminuyera el poder de su naciente Monarquía. Veíase la reina Isabel imposibilitada en aquel momento de asistir á tales peligrosas empresas

por su avanzadísimo estado de preñez y el Rey se fué á uña de caballo. Cuando se acercaba el ejército de Medinasidonia en esta sazón al cerco mantenido por Hassem en persona, y se acercaba Fernando á este poderoso ejército, el rey moro tuvo que abandonar su puesto y retirarse á su Alhambra. Las crónicas árabes lo describen á los pocos dias del regreso á Granada pasando á sus tropas una revista para volver al cerco de su Alhama. Pasó, efectivamente, caballero en su trotón de guerra, el cual parecía enorgullecido con sus áureos arreos sembrados de pedrería, y con sus gualdrapas de púrpura y tisú, que relumbraban como las reverberaciones del sol al tocar en su ocaso tras los montes de Loja en tarde serena de granadino estío. Los anchos estribos, sobre los cuales descansaban sus regios pies, valían dos coronas de las perdidas por las gentes fieles al Islam en las tierras del andaluz. Túnica de no menor precio, jaique bordado por las huríes en el harén, botas curtidas en el reino de Fez y realzadas con sedas de mil colores, alfange de Damasco, en cuyo mango los esmaltes más lucientes con sus matices varios, y en líneas intrincadísimas, se mezclaban con rica pedrería; turbante blanco, propio de los califas, y, sobre aquel turbante, áureo casco, propio de los reyes, uno y otro con leyendas del Korán y preseas y amuletos para conjurar el mal y traer el bien, adornaban de tal suerte á su persona, que parecía un ser sobrenatural, salido de lejano santuario y revelado á los mortales con tanta riqueza para que se avasallasen y se rindiesen á su inteligencia divina y á su voluntad omnipotente. Mas la desgracia, como un cuervo siniestro, aleteaba sobre su frente, porque Medinasidonia recogió un ejército feudal contre su Alhama, y á la cabeza de tal ejército se puso el rey Fernando, en demostración de la supremacía que se arrogaba el poder monárquico sobre su antes rebelde y desvariada nobleza. Pues bien; si esto pasaba por 1482, cuando el principio monárquico estaba todavía convaleciente de los asedios puestos á su trono en los principos del reinado de los Reyes Católicos, imaginaos lo que sucedería cinco

años más tarde, poco más ó ménos, cuando Colón presentaba un mundo á Medinasidonia. Los Reyes se hubieran opuesto con todo su poder y la voluntad firmísima del Duque se hubiera estrellado contra tal fuerza incontrastable.

Mayores ventajas ofrecía indudablemente á Colón su trato con el Duque de Medinaceli, no tan tachado, por cierto, de guerrero y conquistador feudal como el atrevido Medinasidonia, y más propenso, por una especie de atavismo antiguo y de propia peculiar índole, á las espediciones marítimas. El duque habitaba recinto tal como el Puerto de Santa-Maria, desde cuyos muelles y ensenadas habían zarpado muchas y muy varias expediciones, lo mismo á explorar en la tierra firme africana, que á descubrir y tomar posesión del archipiélago canario, compuesto por las constelaciones de precíosas islas, calificadas en todos los idiomas con el congruente apellido de Afortunadas. Por el antiguo enlace de los Medinacelis con los Coroneles dominaba la familia ducal en todo el territorio extendido, entre la desembocadura del Guadalquivir y la desembocadura del Guadalete, ó sea la hermosísima lengua de tierra dilatada frente á frente de Cádiz en su maravillosa bahía. Pocos espacios tan á propósito para hospeder á un explorador cual Colón y ofrecerle incentivos á los avizoras miradas y objeto á las profundas meditaciones. El viejo continente allí terminaba en sacratísimos cabos y las columnas del semidiós Hércules allí se veían en idea colocadas por la tradición universal. En aquellas azules aguas, ó entre los canales abiertos en áureas arenas y blancas salinas; al desagüe de tantas vías fluviales como por allí terminan; sobre las juncosas marismas, pobladas de gaviotas y ceñidas de caracoles; á la vista de mil velas blancas destacándose airosas en el celaje luminoso; á las reverberaciones del sol en las cresterías de montañas altísimas y celestes; entre los jardines. aromados por el azahar, y las ensenadas llenas de barcas, ofreciendo juntos el cenacho de la pesca con el cubo de la vendimia; tendida la entena junto al arado, y en la cepa el alga prendida y rozando

en la mar los aromosos limoneros; el Puerto de Santa Maria presentaba con todas estas ventajes un asilo muy propio para que pudiese Colón holgarse con sus ensueños y apercibirse á realizarlos. La familia, con quien se las había entonces, contaba como familia real, no obstante haber prescrito en la dinastia de los segundones, hijos del rey don Sancho, agravada por usurpación de los Trastamaras, el derecho al trono, á causa de la continua no interrumpida posesión, y del consentimiento, ya expreso, ya tácito, de los pueblos. Los Lacerdas, primogénitos del Rey Sábio, eran los reyes de derecho en España, como nacidos al fijarse los principios y los antecedentes de la primogenitura y sus privilegios hereditarios en el inmortal Código de las Partidas. Pero este derecho hereditario, como todos los principios políticos, pasó por una verdadera indeterminación en sus comienzos. Mientras las Partidas, el Código donde inscribiera don Alonso X el derecho teórico, vinculaba la sucesión al trono en los hijos mayores del primogénito muerto, lo vinculaba el Fuero Real, el Código donde inscribiera don Alonso el derecho consuetudinario, en los hermanos mayores del primogénito muerto; y de aquí, al morir un infante como La Cerda, primer hijo de don Alonso X, el porfiado litigio, mejor dicho, el combate cruento entre sus herederos naturales y el rey don Sancho, hermano del difunto heredero á la corona.

Desde que medió el reinado de don Alonso el Sábio hasta que concluyó el reinado de don Fernando IV duró tal querella entre los reyes de las dos Castillas y los infantes de La Cerda. Protegian á estos desheredados, monarcas como Pedro III de Aragón, por nietos los Lacerdas de su hermana doña Violante, y reyes como Felipe el Atrevido de Francia, por hijos de su hermana doña Blanca, hija de San Luis. Pero, con tales protectores y con haberse arrepentido el mismo don Alonso de observar el Fuero Real y preferir su hijo don Sancho, nunca pudieron reinar los Lacerdas. Habitadores de Játiva, donde los reyes aragoneses les habían procurado una pequeña corte, veían transcurrir años y años,

destruyendo sus esfuerzos y llevándose sus esperanzas. Así renunciaron á todas sus pretensiones y ofrecieron á los usurpadores homenaje á la terminación del reinado de don Fernando el Emplazado. A don Alfonso de La Cerda, el heredero legítimo de la corona castellana, se le cedieron varios pueblos, de cuyos pechos viviese; y al hermano suyo, don Fernando, la renta de los príncipes al trono cercanos, de los infantes de Castilla. Por tal razón, hubo al lado de la dinastía de Borgoña, provinientes de Alonso II en el siglo duocécimo, é injerta de bastarda sangre por don Enrique de Trastamara en el siglo décimocuarto, la dinastía más legítima, según el derecho monárquico, y más pura por su sangre, pero sin corona, la dinastía de los Medinacelis. Mas, como todos aquellos nacidos en palacios á la continua suspiran por el trono, suspiraban los Lacerdas, y habiéndose frustado el cismarino aquende, instalábanse á orillas del mar en requerimiento de otro allende, por lejos que fuera, de otro ultramarino. Así, el príncipe Luis La Cerda, que vivía en comienzos del siglo décimocuarto, requirió las Canarias, escala misteriosamente adivinada en el camino á mayores empresas. El Papa Clemente VI lo declaró soberano en ellas y lo revistió con el título de Príncipe de la fortuna. Pero si no fué allá, y si la gloria de haberlas engarzado en la corona castellana quedó para Juan de Betancourth, un germen atavista de propensión á las exploraciones marítimas quedó en el Duque, representante á la sazón de aquella regia casa. Y como quedó este germen atavista, recibió á Colón cual un mensajero del cielo, y lo alojó, en la seguridad completa de que le daria un reino, pues no habia podido extinguir en los Lacerdas el curso de los siglos la constante aspiración á reinar. Medinaceli tenía en su castillo todos cuantos factores de ciencia se conocían entonces, y al pie de sus escaleras, penetrando en el mar y á la sombra de sus reales blasones, aquellas carabelas que pedía Colón para poner alas materiales á su deseo, avivado por una visión espiritual. El Duque se las había prometido y él con impaciencia las demandaba. Nada le parecía

más fácil al magnate. Y sin embargo, la fase que atravesaba la sociedad española entónces, aquella evolución hacía el establecimiento de la unidad monárquica sobre la variedad feudal, impedía realizar los ensueños ambiciosos de Luis La Cerda y los ensueños científicos de Cristóbal Colón. Si don Fernando el Católico no habia tolerado que Medinasidonia se acercase solo á los muros de Alhama en trance tan amargo para los cristianos como el cerco puesto á la ciudad por Hassem, ¿había de consentir el aparejamiento de carabelas, el empleo de marinos, la invención de tierras, el establecimiento de dominios eminentísimos fuera de la sombra del trono, y sin dirección alguna dada por el cetro? A pesar de que vivieron Colón y Medinaceli algún tiempo juntos bajo el mismo techo, y estudiaron mar y cielo con los mismos astrolabios, y se reunieron en igual pensamiento, y prepararon la obra con igual empeño, bien pronto comprendieron que bajo una monarquía tan imperiosa estábale vedado á todo particular, y múy especialmente á todo noble, tan extraordinarias empresas. Medinaceli dió al descubridor para gentes allegadas á los Reyes cartas de recomendación y como sus abuelos renunciaron á la corona efectiva, él renunció á la corona soñada. Y aquí empiezan á entender en el asunto los Reyes Católicos.

CAPÍTULO X.

COLÒN ANTE LA CORTE

DEL Puerto, por las cartas de La Cerda favorecido, y mucho, Colón debió dirigirse á Sevilla, y de Sevilla, donde no le faltarían sus habituales favorecedores, el rico Berardi, amén de los influyentes hermanos Giraldinis, debió dirigirse á Córdoba. El tiempo corría bajo los pies del descubridor, llevándose poco á poco la vida, sí, aquella vida con un grande objeto, pero sin logros, y en las cerrazones de los horizontes ¡ay! sin esperanzas. Los años, acumulándose, le habían encanecido ya la cabellera, siquier no le hubiesen mermado las fuerzas, ni las fuerzas físicas, ni las fuerzas intelectuales, ni las fuerzas morales. Por tal modo, la certeza de sus cálculos, y la evidencia de sus planes, y la exactitud matemática de todo cuanto se prometía le sustentaban qué, doliéndose muchas veces de sus afecciones, de sus tristezas, de sus rabias provinientes del despecho engendrado por el desengaño, nunca se dolía de achaques ni desperfectos en su robusta salud material. El espíritu y las creencias del espíritu mantenían los nervios muy acerados, auuque remontadísimos; y el vigor de los nervios, combinándose con una buena circulación de la sangre y ordenadas segregaciones del hígado le mantenían sano y robusto como á los mareantes, curtidos por la sal batida

del viento, amarga y acre, pero adobo fortísimo de la piel y jugo vivificador de los poros. No puede saberse cuánto la persuación de un ministerio divino sostiene al cuerpo abstraído de los homicidas goces viciosos como cuánto esta grande abstracción de todo lo material mantiene sana la complexión física del sabio y del profeta. Cuando Colón se partió para la corte, desahuciado por los Duques de Medinasidonia y de Medinaceli, atenido ya solamente á lo recabable del poder de los Reyes Católicos, tan embargados por múltiples atenciones, hallábase muy afligido por la desesperación; pero muy fuerte y muy robusto de salud. En el naufragio donde se ahogaba, nunca jamás perdió la voluntad firme y nunca dejó de columbrar la esperanza fija. El primero, á quien se dirigió con próposito de que le abriera las cerradas puertas del palacio de los Reyes, fué el contador Quintanilla. Hombre de cálculos y de matemáticas éste; á la continua embargado por las múltiples ocupaciones anejas al difícil oficio suyo; de mucha ciencia económica para su tiempo, y de sumo cuidado por el enfermo y achacoso tesoro de sus Reyes, vacío siempre; inclinóse á Colón desde los primeros instantes, y estas propensiones unieron el profeta de todos los idealismos con el procurador de todas las utilidades. Quintanilla, en su vivo y grande interés por el piloto, no creyó hartas las fuerzas propias al atrevido empeño, y contó con el cardenal Mendoza, en quien se reunían la riqueza y la ciencia y las artes y la política, vinculadas en aquellos poderosos magnates del Renacimiento, pudiendo así ofrecer al descubridor toda suerte de auxilios. Mendoza, el gran Cardenal, como le llamaban por antonomasia en su tiempo, acostumbrado á promover de antiguo las altas empresas en Castilla, se prendó como el Contador del plan de Colón y lo prosperó cuanto pudo. Imposible formarnos idea hoy del poder y la grandeza de todo un Arzobispo en aquel tiempo ni de la monarquía constituida por la increíble archidiócesis primada de todas las Españas.

Entraos por la catedral de Toledo y estudiad las joyas y

las riquezas del tiempo de Mendoza: os quedareis atónitos. Los brocados con bordaduras y realces tan costosos como artísticos; los broches de las capas, muy parecidos á las joyas del Asia; las arañas y candelabros del carísimo cristal de roca, donde las luces del santuario se quiebran en arcos iris multicolores; las custodias, entre góticas y platerescas, de oro macizo puro; las reliquias, esmaltadas con toda clase de colores y esculpidas de preciosos relieves; perlas á cahices, brillantes á manera de lluvia sobre los mantos, altares colosales de plata, dicen á donde había llegado en aquel siglo la copia de riquezas allegadas por estas catedrales, en cuyo seno se concentraba la vida y desde cuyas vóbedas se irradiaban, esclareciendo y vivificando las almas, los rayos luminososos de la cristiana fe. Príncipes de la Iglesia como el cardenal Mendoza, lo mismo inauguraban las universidades que asistían al coro, y lo mismo asistían al coro que al consejo, y lo mismo al consejo que á la guerra, y lo mismo á la guerra que á las fiestas, y lo mismo a las fiestas que á todo género de varias y múltiples empresas. Cuando uno discurre por las calles de Toledo y y ve monumentos como el hospital de Mendoza, cuya erección y fábrica necesitaría hoy toda la fuerza y todos los recursos de un Estado poderosísimo, quédase absorto en la contemplación de tanta maravilla. La cruz de sus cuatro naves, donde lanza el arte gótico los resplandores últimos; el crucero, coronado por su airoso cimborrio y esculpido como una joya gigantesca; los patios, en que los albores del Renacimiento se unen á los esmaltes y alharacas mudéjares; el portal plateresco, donde la piedra está como blanda cera trabajada, bajo cuyos doseletes y sobre cuyas repisas brillan las estátuas modernas animadas por el espíritu nuevo; los alicatados preciosos de las techumbres y los ricos retablos de pinturas maestras sobre los espléndidos altares, dicen bien claramente que aquel arzobispado de Toledo era, por su extensión y por su magnificencia, un verdadero imperio. Así, cuando lo regía un hombre de la inteligencia y de la voluntad recono-

cidas por todo el mundo en Mendoza, levantábase hasta frisar con el trono, rayando casi á su mismo nivel. Las gentes, por ende, llamaban á Mendoza el rey tercero de España, cual si estuviese como una persona de la trinidad en sustancia con doña Isabel y don Fernando bajo el círculo de la corona. Y este príncipe de la Iglesia, cuando algo quería, queríalo formidablemente. Quiso fabricarse la tumba propia en vida, y escogió para ello el alto muro de la derecha, en la capilla mayor de su primada iglesia. Y como el cabildo no fuera en ello, temeroso de acabar con la preciosísima disposición de tal preciado sitio, impuso desde la eternidad el sepulcro donde hoy duerme aún el sueño de la muerte. Un hombre tal debía, en su firmeza de voluntad y en su audacia de propósitos, arrestarse hasta el extremo de favorecer á Colón y ponerse resueltamente á su lado. Por consecuencia, como los Berardis presentaron á Medinaceli Colón; Medinaceli presentólo por cartas de solícitas recomendaciones á Quintanilla; y Quintanilla, por su parte al cardenal Mendoza; y el cardenal Mendoza, por su parte, á los Reyes Católicos. En la desidia natural á tales tiempos y á tales gentes, nadie sabe con seguridad el día y el año en que los Reyes por vez primera con Colón hablaron; mas por deducciones sacadas con acuerdo bueno de algunas palabras de éste, creese que fuera por Enero del 87. Momento decisivo y supremo éste, así en la historia del sublime descubridor, como en la historia de los Reyes Católicos. Detengámonos á contemplarlo.

Era en Colón muy fuerte la fibra y muy grande la compostura; su actitud magestuosisima, sus ademanes contenidos; el cuerpo todo muy bien conformado; la estatura mediana y más bien alta que chica; nervudos los brazos, como remos curtidos por las olas; despiertos los nervios y á todas las emociones fáciles, siempre por ende vibrantes; el cuello gordo y los hombros anchos, carilargo el rostro y aguileña la nariz; el color tan encendido, que á rojo carmin tiraba, un poco afeado por las

pecas; el mirar tan hondo y los ojos tan claros, que parecían profundidades oceánicas; la frente un cielo donde se arremolinaban arreboladas todas las ideas que discurrían por su inteligencia, y á guisa de nubes, todos los afectos que dominaban su corazón; el cabello de oro, y los labios de púrpura; todo el conjunto imperioso; con la fuerza de un mareante, unida en extraño consorcio á la irratibilidad, según ahora se dice, propia de un artista. La elocuencia fluía con espontaneidad admirable de su boca, siempre inspirada; las ideas resplandecían en su vista, siempre luminosa; los más tiernos sentimientos se mezclaban á los más varoniles en su pecho, abierto á todos los generosos afectos; la religión, profesada y creída con ardoroso entusiasmo, ofrecía y prestaba sublime vuelo á su profunda ciencia, radiante y difusiva de contínuo; la estética natural á los nacidos en su tierra, se compadecía con el cálculo, y el ideal con la utilidad, y el costado sublime de todas las cosas con el costado mercantil; pues afable sin humillación, comunicativo sin garrulidad, alegre sin ligereza, grave sin pesadez, sobrio sin exageración; tan pronto al enojo como al olvido; tan dispuesto á un atropello cuando le cegaban las pasiones, como á los arrepentimientos cuando lo esclarecía la conciencia; perseverantísimo hasta la tenacidad, heróico hasta el martirio, calculador y apóstol, cruzado y mercader, poeta y matemático, reunía todo el romántico carácter de la Edad Media como cualquier caballero de los consagrados á guardar el Santo Graal, con todas las aptitudes industriales y mercantiles de aquellos pilotos fenicios, los cuales tomaban la navegación por merodeo; arcángel bíblico de los enviados por Dios á sembrar ó esclarecer mundos, y lobo de mar propenso, cuando le hurgaban y le contradecían, al combate carnicero de los peces; viva contradicción, cuyos términos opuestos aumentaban en mucho su nativa colosal grandeza. Sin esta complexión doble nunca hubiera podido concebir su plan y menos realizarlo. El desórden de su genio profético no empecía en su complexión las destrezas y habilidades que parecen reserva-

das á los proyectistas vulgares. Así la historia de su hijo D. Fernando nos dice cómo no solamente dibujaba Colón á maravilla; tenía letra tal, que pudo ganarse la vida escribiendo y copiando. En sus confidencias aseguraba que todo buen cosmógrafo había de ser buen pintor, y lo era él en mapas y globos y cartas, donde campeaban todas suertes de figuras, excelentísimo y eximio. Muchos de sus escritos huelen que trascienden á místico incienso, al lado de otros que creeríais facturas. Jamás escribía una carta ó un capítulo cualquiera sin poner á la cabeza esta invocación religiosa: *Jesus cum Maria sit nobis in via.* Privaban en él juntamente con los estudios de Teología los estudios astronómicos y geométricos. Así podía enseñar matemáticas, por su inteligencia con todos los progresos de su tiempo sumadas, y recitar las horas y oficios canónicos cual un clérigo en el coro. Era un místico y un mercader, ya lo he dicho, un profeta y un algebrista. Si muchas veces envolvió en cábalas sus estudios, y degeneraron en irritaciones pueriles sus magnos esfuerzos, fué porque su tiempo lo desconoció y lo maltrató durante varios lustros, desde su juventud hasta su entrada en la vejez, sin acordarnos de los sinsabores que obscurecieron y amargaron sus últimos años. ¿Quién le hubiera dicho á tanto ciego como le rodeaba, que allí, en aquel siglo de lumbreras inextingibles, el nombre de Colón cansaría con su increible celebridad á la fama? Hay quien cree que todo fué obra de la casualidad y que América estaba descubierta desde que descubrieron los portugueses el cabo de Buena Esperanza. Pero no creo yo en esos cambios póstumos de la historia por un capricho, ni en esos genios putativos muertos en la obscuridad. Como hay quien ha escrito acerca del Cristianismo antes de Cristo, hay quien habla del Nuevo Mundo descubierto antes de Colón. Le condenaron á un combate demasiado fuerte y duro el sentido general del tiempo entonces corriente y las costumbres de aquellas generaciones circunstantes para que la historia no le consagre un larguísimo desagravio. No puede negarse que la obra de Colón fuera imposible sin las precedentes

invenciones contemporáneas, como quizás no hubiese Wath aplicado el vapor á la navegación, si antes no aplica Papín la presión del aire descubierta por Garrik y por Torricelli No hay redentor sin cruz. La pasión y la muerte acompañan á las principales obras progresivas en el calvario altísimo de la historia. Una religión ha menester los mártires tanto como los reveladores. Colón ha tomado su estatura sobrehumana en los tiempos á él subsiguientes; en su tiempo tenía la estatura de los demás en suma. ¡Cuál filosofía esta contenida en los dos refranes siguientes: «Oh, no hay hombre grande para su ayuda de cámara,» y «Ningún mortal es profeta en su patria!» Pocos creadores han adivinado la trascendencias de sus creaciones. Lope de Vega ignoró que su gloria estaba, no en las obras acompasadas que tenían el sello de la ciencia, puesto por su erudición y por las sujeciones serviles á las reglas; en las obras sugeridas por las necedades del vulgo. ¡Dios mío: la cicuta está en el fondo de todos los cálices, donde va el genio á beber la inmortalidad! A Copérnico lo hubieran quemado si publica el sistema suyo cuatro lustros antes de su muerte tardía, en vez de recibirlo impreso y acabado sobre la cama de su enfermedad última y en los anocheceres de su postrer agonía. A Guttenberg le robaron su prensa, como á Colón el nombre de su América; mas harto les quedó á uno y á otro con la propiedad eterna de su gloria. Y necesitan el espíritu y el ánimo fortalecerse y animarse á estas reflexiones, para contemplar con paciencia y conformidad la calle de Amargura que recorre Colón desde que departiera con los Reyes hasta que zarpara de Palos. Veamos.

Inmediatamente que presentó Colón sus planes á Quintanilla y á Mendoza, cristalizáronse, al calor de dos pensamientos y dos afectos muy opuestos, sendos partidos contrarios. Todo ideal vivido genera una escuela, una secta, una compañía, una iglesia, una colectividad, según sus caracteres propios y sus fuerzas naturales. En cuanto cualquier idea innovadora estalla, organízanse á su derecha fuerzas que la impelen, como á su izquierda fuerzas

que la resisten. Y á los organismos, de tales fuerzas resultantes, llámaseles partidos cuando militan mucho y por principios concernientes á la gobernación del Estado se determinan; cual se les llama sectas cuando creen mucho y por ideas concernientes á la religión se determinan; cual se les llama escuelas cuando meditan mucho y por sistemas y enseñanzas concernientes á la filosofía y á la ciencia se determinan también. Si estudiáis estas grandes colectividades sociales, que al fin y al cabo resultan una personalidad superior, veréis cómo los átomos hanse agregado en ellas por operaciones de afinidades psicológicas, muy semejantes de suyo á las afinidades químicas. No se reunen las gentes en partido tan sólo por afinidad y armonía en sus creencias; reúnense también por afinidad y armonía en sus temperamentos. Los místicos, los exaltados, los idealistas, los poetas y adivinos, aquellos en quienes predominan las intuiciones, constituyeron las escuelas metafísicas de Platón; como los prácticos, los expertos, los naturalistas, aquellos en quienes predomina sobre lo intuitivo lo reflexivo, y sobre lo ideal y metafísico el raciocinio y el experimento, constituyeron la escuela de Aristóteles. Rafael mostró dónde rayaba su fuerza de pictórica expresión poniendo, en el fresco titulado «Escuela de Atenas», al frente de todos sus filósofos á Platón y Aristóteles, personificado el uno en robusto jóven, cuyo índice, vuelto hacia abajo, señala con sumo acierto la tierra, y personificado el otro en socerdotal anciano, cuyo índice, vuelto arriba, señala el cielo. Estudiad la historia del humano pensamiento, y veréis cómo aquellos espíritus en que predomina lo moral, forman el partido estoico de Roma; y aquellos espíritus en que predomina lo sensual, forman el partido epicúreo. Y esto que decimos de la filosofía, lo decimos de la religión; y esto que decimos de la religión, lo decimos de la ciencia. El pensamiento de Colón tocaba por su carácter astronómico y geográfico, en lo científico; por su carácter profético y casi revelador, en lo religioso; por su carácter práctico y útil, en lo económico y en lo político: de consiguiente, alrededor

suyo debían sumarse, como alrededor de todo lo grande y trascendente, sectas, escuelas y partidos. Los filósofos y sabios al modo escolástico, petrificados en la vieja tradición tomista, debían chocar con todas estas innovaciones del profeta, que perturbaban el universo tal como ellos lo comprendían, á la manera que los viejos sacerdotes arrojan del templo al heréje que lo mancha con el vapor de sus ideas, y al profano que no comprende su inconmensurable grandeza; mientras que los platónicos, los ciceronianos, los artistas, los dados á las ciencias, á las artes aquellas novísimas, los verdaderos hijos del Renacimiento, que parecía una pascua natural y religiosa, debían estar por la renovación del espacio, tan armónica y congruente con la renovación del espíritu.

Y lo mismo pasaba en los demás órdenes de la natural actividad humana. El estadista intuitivo, innovador, inspirado, profético, debía estar por Colón; y contra Colón el estadista experto, consumado, calculador, positivista, pues nunca los hubo de tal índole, ni en tanto número, ni de tan preciado mérito, en siglo alguno como en aquel siglo de Luis XI y de Fernando V, en cuyos dias naciera Maquiavelo y su maquiavelismo. Necesítase comprender la naturaleza del humano espíritu y sus tendencias capitales, para explicar por qué unos contemporáneos de Colón se pusieron al lado de sus proyectos, y otros contemporáneos en contra. El escolasticismo y el Renacimiento luchaban, personificado uno en el obispo Hernando de Talavera y otro en el gran cardenal Mendoza. La política de intuición y la política de reflexión luchaban, personificada la una en Isabel I, y la otra en Fernando V. Hasta el modo y forma de somprender las viejas instituciones influí a en el modo y forma de comprender á Colón; pues mientras un caballero feudal dado á las correrías terrestres, ccmo Medinasidonía, lo comprendía, si, pero lo comprendía poco, un caballero feudal dado á las expediciones marítimas, ó pagadísimo de ellas por sus abuelos, ó trabajando en proyectos sobre ellas, como Medinaceli,

¡oh! lo comprendía poco también, pero lo comprendía mucho más que Medinasidonia. Igual contraposición entre Hernando de Talavera y la Marquesa de Moya. Aquél representaba el viejo espíritu religioso, y representaba ésta el Renacimiento; aquél, metido en sus libros de teología y en sus argumentaciones silogísticas, tornaba sus ojos á lo pasado; y ésta, en comercio espiritual con los clásicos inmortales, y con los escritores florentincs' y con los poetas, volvíales al nuevo ideal; recogía Talavera el espíritu de los sepulcros y de los claustros, que despiden como un hálito de muerte, mientras la Marquesa recogía el espíritu de su tiempo, el cual exhalaba por aquella florescencia y primavera universal un soplo de resurrección; por todo lo que, ante problema como el viaje propuesto, debía por la invención y el inventor apasionarse la sabia señora que representaba el Renacimiento; mientras debía contra el inventor y la invención apasionarse, á su vez, el sábio y austero Prelado que representaba todas las viejas tradiciones, generadoras de irremediables y heredados escrúpulos. Pasa por el pensamiento de Cólón en Geografía lo mismo que con el pensamiento de Sócrates en Metafísica; lo mismo que con el pensamiento de Cristo en Religión; lo mismo que con el pensamiento de Galileo en Física; lo mismo que con el pensamiento de Copérnico en Astronomía lo mismo que con el pensamiento de Guttenberg en Industria; lo mismo qne con todos los pensamientos reveladores: las altas montañas de espíritu; las eminencias donde se agarra el ideal progresivo; los sublimes picos al cielo cercanos, recíbenlos y reverbéranlos de suyo al amanecer, antes de que hayan podido levantarse arriba en las líneas del horizonte sensible; mientras lo bajo, lo profundo, los valles hondísimos, envueltos en las tinieblas y embargados por el sueño, apenas pueden, por ley natural, no ya presentirlo, ni siquiera verlo, cuando alborea y asoma. Las esperanzas, las adivinaciones, el presentimiento que profetiza, el albor de la idea nueva que raya en todas las auroras del tiempo, tan parecidas á las auroras del espacio, se agrupaban

de un lado, escribiendo ese libro de las inspiradas sibilas; que contiene los oráculos de lo porvenir y prepara el advenimiento de los futuros tiempos; mientras la superstición de lo pasado, con sus ojos convertidos atrás, y su enemiga implacable á toda innovación y á todo progreso, los principios hieráticos de la casta sacerdotal, petrificada entre los ídolos, fríos como el granito, y la tradición, helada como las momias, iba levantando ese muro de resistencias invencibles y de tradiciones insuperables, que viene à mellar y destruir el impulso de las creadoras progresivas ideas.

CAPITULO XI.

COLÓN ANTE LOS REYES CATÓLICOS

PRECISA penetrarse mucho de la clasificación en los espíritus, anteriormente dicha, para comprender las relaciones del descubridor con los Monarcas, vistos por él á comienzos del año 1488. El mucho vagar que había desde su partida de Portugal tenido, y el poco provecho granjeado en las consultas de Sevilla y el Puerto, debieron agravar su pobreza, pues iba tan pésimamente trajeado, que le llamaban el extranjero de la capa raída. En estas condiciones de fortuna escasísima se presentó ante aquel matrimonio de notoria selección, en quien las aptitudes y las propensiones más opuestas, combatiéndose y negándose mutuamente, se completaban y producían un equilibrio parecido al que recibe de las fuerzas contrarias el universo y una luz muy análoga con la que dan dos electricidades opuestas al relámpago. Fernando parecía el raciocinio hecho hombre, mientras Isabel parecía la inspiración hecha mujer. En él predominaba un criterio político y en ella un criterio moral. Fernando, como andaba siempre por el suelo de la realidad, veía los obstáculos; Isabel, como volaba por el cielo de las idealidades, no veía sino luz y estrellas. El Rey, piadoso, creía, no obstante su piedad, en las obras y profesaba el dogma de

ayudar á la providencia de Dios, aunque pareciera muy favorable á sus proyectos; Isabel, exaltadísima, confiaba en la esperanza y en la oración. Presentía y profetizaba èsta, mientras aquél, preveía y calculaba. Espontaneidad en todo la Reina y en todo reflexión el Rey. Ella iba por los caminos del bien al bien mismo; importábanle á él poco los embustes, los engaños y, en caso de necesidad los delitos. La Reina se parecía de suyo á las damas ideadas por los caballeros andantes, cuyos labios no podían decir una palabra deshonesta y cuya inteligencia no podía idear nada herróneo ni malo, santas como los bienaventurados en el cielo y purísimas como en los altares la Virgen Madre de Dios. Fernando, valerosisímo y guerrero, sumaba con fuerzas de león instintos de zorra. Quizás no hayan conocido las edades un héroe tan enérgico y tan astuto. Cautela mostraba él sobre todo, mientras sobre todo mostraba ella confianza. Él era una inteligencia, ella era un corazón. Las combinaciones políticas le agradaban á él, y á ella los altos sentimientos. El no tomaba resolución alguna sino tras una serie graduada y medida de impulsos y de cálculos que le suministrasen la certidumbre del apetecido logro, mientras el'a veía en los éxtasis y en los deliquios de su natural misticismo, la realización de sus esperazas más engañosas, é ilusorias. Isabel gustaba de aumentar el número de sus vasallos para poseer un dominio sobre las almas que le permitiese aumentar los cristianos en el mundo y los escogidos en el cielo á Fernando le gustaba tambien que la Iglesia creciese y la cristianda se aumentase: pero ponía sobre tales satisfacciones religiosas las provinientes de la dominación y de la conquista. Hija Isabel de un rey literato y de una inglesa que murió en la demencia, veía con mucha facilidad las ideas, y por ellas exaltábanse á la continua sus nervios, sobreexcitados al calor de la fe viva en lo ideal. Hijo Fernando de un rey como Juan II de Aragón, pendenciero y astuto; asi como de una mujer varonil y ambiciosa, heredó de su padre la mezcla del temperamento politico y del temperamento guerrero, y de su madre aquella increible

ambición que le llevó á meter por conquistas ó por casamiento dentro de su familia y de su patria Italia, Portugal, Borgoña, Flandes, Holanda, el Rosellón y la Cerdena, media Francia, Inglaterra é Irlanda y el Imperio de Alemania. Pero si obtuvo esto por el cálculo tan grande hombre, la divina mujer obtuvo por el sentimiento y la fe unir las cifras de su nombre á una nueva creación. Fundaron los dos la Inquisición: Fernando por razones politicas, Isabel por razones religiosas. Conquistaron los dos, Isabel Granada para su Castilla, Fernando Navarra para su Aragón. La conquista de Granada es un libro de caballería, la conquista de Navarra es un capítulo de Maquiavelo. Con la una expulsó Isabel á los moros y con la otra expulsó Fernando á los franceses de nuestra Península. Los poemas del santo Graal brillan en la vega y en el Pirineo prevalece la razón de Estado. «Quien ignora el arte de fingir, decía Fernando, ignora el arte de reinar.» Así la indiferencia suya tenia mucho de la fatalidad y del destino. Isabel creía que para dirigir bien á los pueblos hay que amarles mucho y para triunfar en el mundo hacer el bien siempre y decir siempre la verdad. Para el Rey, ningún grande negocio sin graves dificultades y peligros; para la Reina, ningún peligro y ninguna resistencia siempre que ideas luminosas dirigieran la firme voluntad. Enérgico y perseverante, Fernando imaginaba toda energía y toda perseverancia limitadas por lo imposible, bien fuera fundamental, bien fuera circunstancial; la Reina jamás creyó en lo imposible cuando mediaba el auxilio de Dios alcanzado por la oración y por la penitencia. El valor en Fernando era frio, en Isabel entusiasta y ardiente; la previsión reflexiva resultaba en él certera, como en ella las adivinaciones hipnósicas. Isabel persuadía; Fernando trataba de persuadir, y de serle imposible, no persuadía, compraba. ¡Cuántas veces en árduos negocios que hubieran podido resolver las guerras, apelaba, para que lo dejaran en paz, al dinero! La Reina creía tan incapaces de malas acciones y de malas ideas á los demás como á sí misma. La gratitud más cariñosa dominaba en su vida, mien-

tras en Fernando la ingratitud más implacable. Aun las severidades anejas á su cargo templaba Isabel con sus bondades, mientras Fernando, siempre que lo exigía el bien de sus Estados, llegaba sin esfuerzo á la crueldad. Sin embargo, él antepuso á la fuerza la destreza y á la guerra el trabajó para dominar, mientras Isabel, con los ojos puestos en su estrella, dominó siempre por la virtualidad creadora del genio. La franqueza trascendía en todos las actos de Isabel y en los de Fernando el disimulo. La historia fué la musa de Fernando, y la fe, de Isabel. La impasibilidad prevalecía en el uno y en la otra una inextinguible pasión.

Era Isabel un misterio sobrenatural casi. Fernando la industria humana. Isabel cerraba los siglos medios, Fernando inauguraba la política de gabinete moderna. En ella reinaba divina efusión y en él suma templanza. Grandes los dos; pero la grandeza de Isabel más clara y visible, mientras la de Fernando más recóndita y extraña. Para penetrar su espíritu, necesítase pensar que brilló junto á un astro tan de primera magnitud en los cielos del tiempo, como Isabel I. Esta comprendió su destino providencial desde un principio, y nunca le fué infiel; Fernando traicionó su propio nombre cuando pretendió, ya casado, elevarse por su naturaleza de varón y por su derecho de primogenitura, con detrimento de la esposa incomparable, al trono de Castilla; y cuando viudo, pretendió primero casarse con la Beltraneja y se casó luego con Germana de Foix en busca de un heredero legítimo, cuyo nacimiento y cuyos derechos rompieran la unidad interior del Estado, á tanta costa conseguida. En virtud y por obra de ambos temperamentos, procedieron de su respectiva suerte y manera Isabel y Fernando con Cristóbal Colón; entusiasta como siempre la primera, y el segundo como siempre, cauteloso, precavido, taimado, con reservas. Él calculaba lo que podia costar la empresa y lo que podía traer; ella sólo pensaba en que los dominios de su Castilla idolatrada crecían y las gentes cristianas se aumentaban. Amén de todo esto, el Océano debía tentar á la Reina de Castilla, porque al Océano

iban á dar todas sus empresas y todas sus conquistas, como al Océano sus ríos capitales: el Tajo, y el Duero, y el Guadalquivir y el Miño. Bien al revés para Fernando: sus conquistas desaguaban, como el Ebro, como el Llobregat, como el Segura, en cuyas bocas pusiera D. Jaime sus barras, como el Turia, en las celestes aguas mediterráneas. Las posesiones insulares de Isabel eran sus Canarias; las posesiones insulares de Fernando se dilataban de las Baleares á Sicilia. Fernando sólo soñaba con Italia, é Isabel con África. De aquí el uno volvíase á lo pasado, mientras á lo porvenir la otra. Pero ambos á dos tuvieron una grandeza demesurada, porque tomaron la estatura de una idea y sirvieron por distintos caminos y con cualidades contradictorias al espíritu vivo y al pensamiento capital de su creadora edad. La unidad del Estado, la unidad del territorio, la unidad del derecho se imponían entonces, y á conseguirla consagraron todos sus esfuerzos, por lo cual, amén de adquirir gloria propia, sirvieron á su nación y á su tiempo. Se habían los nobles repartido el territorio, y ellos incorporaron cuantos feudos pudieron á la Corona; el Poder se había roto en pedazos y dividídose y desmenuzádose á mansalva entre las manos de soberbios magnates generadores de anarquía escandalosa, y ellos le devolvieron al Poder su augusta indispensable autoridad; el ejército estaba, en manos de las Órdenes militares una fracción, en manos del monstruo feudal otra fracción, y otra en manos de las Repúblicas municipales, y ellos, alzándose con las grandes maestranzas, y estableciendo la Santa Hermandad, iniciaron la necesaria concentración de toda fuerza en el Gobierno; administrábase justicia por tribunales en quienes la jurisdicción propia no era clara, ni patente la legalidad, y ellos establecieron las Chancillerías, encargadas de ir elaborando lentamente la unidad indispensable del derecho; desde Gregorio VII los Papas habían invadido las regalías naturales del pueblo español en términos de hallarse fundado un absolutismo eclesiástico, y ellos tomaron disposiciones respecto de las sedes, muy análogas á las que habían tomado

respecto de las Chancillerías, poniendo así la unidad civil y política sobre la Iglesia misma, de suerte que fueron los fundadóres del Estado moderno, bajo cuyos auspicios había de brotar tres siglo más tarde, al calor de la libertad, nuestra impersonalísima unidad nacional. Así no parece mucho que los devolviera el espíritu de su tiempo en glorias las prosperidades mismas que le habían granjeado ellos con sobrehumanos esfuerzos, y pudieran expulsar á los últimos nazaritas de Granada y á los últimos Albrets de Pamplona; preparar la unión estrecha con Portugal y readquirir el Rosellón y la Cerdania; extender sus dominios por las costas continentales de la magna Grecia y por las costas continentales de la inexplorable África; en su corona robustecer Sicilia y para su corona recuperar Canarias; aliarse con potentados tales como los Duques de Borgoña y Flandes, y como los Reyes de Inglaterra, mediante lo cual extendieran los blasones de sus inmediatos descendientes desde las orillas del Danubio á las desembocaduras del Rhin y del Escalda, humillando el orgullo de poderosos vecinos y convirtiendo en hispano el sacro Imperio germánico: milagrosísimas obras, ó concluídas ó preparados por ellos; pero que todas llegan á borrarse como las estrellas en el sol, en aquella otra increible, cuando á los diez meses de haber la cruz cristiana resplandecido en el torreón de la Vela, surgen, como por encanto, nuevas islas y nuevas tierras en los espacios del mar, de nadie aquí, en el viejo mundo, conocidas, y en cielos nunca por los europeos antes vistos, en cielos nuevos, constelaciones resplendecientes y estrellas innumerables, como si para premiar nuestros combates y nuestros esfuerzos hubiera Dios querido engrandecer la tierra y renovar la creación.

Pero tales cosas épicas piden, para ser bien alcanzadas en todo su conjunto, que las miremos desde cierta distancia en el tiempo, quien acaba con lo fugaz y con lo chico pronto, pero engrandece lo magno de suyo, eternizando lo verdaderamente perdurable. Por eso quedará el modo mejor de celebrar la invención del

Nuevo Mundo á la epopeya. Estos enormes cuerpos solares del tiempo, como los enormes cuerpos solares del espacio, se ven mejor con el telescopio de la poesía que con el microscopio de la historia. Mas bien que referirlos debiéramos cantarlos. Pero no hay remedio: en la historia se busca lo particular y lo mínimo, el análisis, mientras en la epopeya lo universal y lo eterno, la síntesis. Por eso debemos referir con tristeza cuanto Colón padeciera con acerbidad en la consecución de su obra. Los Reyes le oyeron según sus respectivas índoles: Isabel con entusiasmo y Fernando con reserva. Pero la reserva de éste y el entusiasmo, de aquélla debían dar iguales resultados: una indispensable dilación. La reconquista de Granada no consentía otro expediente. Imposible divertir de tal objeto supremo los regios ánimos. Así defirieron el asunto al confesor de la Reina, fray Hernando de Talavera. Dadas nuestras ideas y nuestras costumbres, dificilísimo comprender un verdadero confesor del sigló décimoquinto, consejero nato y supremo de los Reyes en el apartamiento de sus confesonarios. Fray Hernando de Talavera, primero prior del monasterio de Prado, en Valladolid, Obispo de Ávila mas tarde, y por último arzobispo de Granada, sentado en el confesonario creía su silla mas alta que los tronos, y se juzgaba él dispensador á sí mismo de la salud terrenal y eterna de los Reyes. En la primer confesión ya tuvo un altercado con la Reyna pues indicando ésta que podía confesarse de pié ó sentada, le dijo aquél que no, que de hinojos á las plantas del confesor. Podía, pues, llamársele tanto Ministro de Estado como Ministro de Hacienda, y tanto Ministro de Hacienda como Ministro de Instrucción y de Bellas Artes, dejando á un lado el ministerio de la buenas costumbres. Isabel así encomendaba el arreglo á su celo de la Deuda, como el arreglo á su literatura de la Biblioteca; y así le pedía opinion sobre los decretos más importantes, como sobre las fiestas más domésticas. El buen Talavera no se andaba con escrúpulos de monja, no; reñía con adusteces de patrtarca y con palmetazos de dómine á la primera y más santa Reina de

la Cristiandad entónces. Las frases sacramentales que vibraban en los lábios suyos y se difundían por los oídos de sus penitentes y confesados, tiraban á recordarles cómo debían apercibirse y aparejarse á la muerte. Por esto decíale Isabel á su confesor: «Os ruego y encargo mucho por Nuestro Señor, si cosa aveys de hacer por mí, á buelta de quantas y quan grandes las aveys hecho por mí, que querais ocuparos en sacar todas mis deudas así de empréstidos, como de servicios y daños de las guerras pasadas, y de los juros viejos que se tomaron quando Princesa, y de la casa de Moneda de Abila, y de todas las cosas que á vos os parezca que hay que restituir en cualquier manera que sea.» Despues de remitirle negocios de tal monta, le comisionaba con dulzura para que vigilase las ciudades ó territorios donde arzobispaba y episcopaba. El buen confesor le hablaba en epístolas de todo cuanto podía ocurrirle á la Soberana: del reintegro de Cerdania y Rosellón, del deber de impedir guerras entre cristianos por justas que fuesen, de las alianzas deseables, del buen proceder esperado del mozo rey Cárlos VIII, del cordon de tres hilos formado por una triple alianza entre Francia y España y Alemania, de los festejos dados á embajadores y príncipes, del memorial de las deudas puesto en manos de un Fernando Alvarez, del cielo y de la tierra. Para comprender la extensión de su influjo y la intensidad de su desabrimiento, bastará decir que riñe á la Reina con acritud, y con el infierno le arguye y amenaza, no por las merdedes á los cortesanos y demás gente, no por el gasto de ropas nuevas, no por las colocaciones y cenas ruidosas, no por las alegrías de los ejercicios militares, por las lanzas, en las que tomó una licencia tan grave como la de mezclar las damas castellanas y aragonesas con los caballeros franceses, llevando cada cual de éstos á la que quisiese y le gustase de rienda. Tras lo cual decía de una Reina tan piadosa y de los divertimientos palaciegos suyos: «¡O mezcla y soltura no católica, ni honesta, gentílica y dissoluta! ¡O, si yo lo entiendo, quanto pierde mi Reina y mi soberana en ello, ante los hombres digo, que

ante Dios no dubdo nada!» Y para comprender hasta donde llevaba su crueldad este confesor implacable, baste decir lo siguiente, cuyo recuerdo no más presta verdaderos escalofríos de terror al cuerpo y le pone á uno de carne de gallina, como vulgarmente decimos en castellano, todo el cuerpo. La primer desgracia que hirió el corazón de la Reina, y le amargó los restantes años de su vida con inenarrable amargor, fué sin duda el malogro de don Alonso, casado con su primogénita doña Isabel y fenecido á los seis meses de su boda en violénta desgracia. Pues bien; Talavera dice á la Reina que le ocurrieron tales adversidades por la liviandad horrible de aquellas regias fiestas en que se corrieron sortijas y se lidiaron toros. Ahora bien: un hombre así llega poco á poco, tras largas meditaciones ascéticas y continuos argumentos teológicos, á estado tal, que parece una grande abstracción. Y en esta grande abstracción de todo cuanto le rodeaba, no tenía sino un pensamiento seguro, fijo, continuo, perdurable: la toma de Granada. Y cuando en este pensamiento se absorbían todas sus ideas y se concentraban todos sus esfuerzos con esa fuerza de concentración en él universalmente reconocida, y esa fuerza de voluntad, venía Colón á divertir al maestro en Escolástica de sus ideas tradicionales y al empeñado en reconquistar Granada de sus empeños formidables. Era, pues, tal distracción, por tanto, incompatible con las dos ideas capitales del Arzobispo; y Talavera miraba los proyectos relativos á las Indias como una innovación peligrosa en las ideas generalmente admitidas, y como una distracción punible de los esfuerzos y de los recursos hacia un objeto, profano en verdad, comparado con la coronación del poema de los siete siglos, con la reconquista de aquella sultana entre las ciudades ismaelistas, con el triunfo de la Cruz, adorada por él en culto fervoroso y contínuo. Así, cuando la Reina le prometia en mil circunstancias varias, antes de la conquista, un arzobispado, él contestaba: «O seré Arzobispo de Granada, ó no lo seré de ninguna parte.» Tal fué Talavera.

No podian los Reyes encomendar á persona mas impropia de

tan alta comisión este arduo problema, inaccesible al entendimiento suyo, á causa de la vieja ciencia que lo poseía y al ánimo á causa del deseo que le embargaba. Móviles permanentes de creencias, innatas casi, al par de móviles particulares nacidos en las circunstancias especialísimas de aquella ocasión, obstruían su voluntad hasta impedirle por completo la comprensión de una idea cuya originalidad rayaba en extravagancia, como la del audaz y porfiado marino. Ayudábale á Talavera una persona de competencia y de seso, como el consejero real Maldonado, quien menos creía en el pensamiento, á medida que más lo escuchaba del facundo labio de su autor, persuadiendo á todos ser cosa imposible la por Colón ideada y propuesta. Lo primero en que fijaba su creencia era en suponer indispensable, para cumplir la idea de Colón, una forma esférica de la tierra; forma de todo punto inadmisible, por haber calificado los salmos al cielo como una tienda tendida sobre una especie de cuadrado, y por haber San Agustín reconocido como herética la existencia de los antípodas, con los pies puestos junto á nuestros pies en otro hemisferio y hacia abajo la cabeza. En este período, indudablemente, cuando las objeciones religiosas predominaban sobre todas las demás, debió estudiar con tanta profundidad el descubridor los libros bíblicos al par de los problemas teológicos, y debió profundizar en las ideas místicas de su tiempo y de los tiempos anteriores. Entonces le dominaría como un pensamiento exclusivo y absoluto la reconquista de Jerusalén, para la cual se creía predestinado por Dios en medio de las agitaciones que había en sus mocedades al rededor suyo suscitado la toma de Constantinopla. El profetismo de Israel, unido con las ideas medio sibilinas del mundo antiguo, movía su corazón y sus labios. A estas anticipaciones del tiempo que por venir se hallaba, extraídas de la Biblia, unía una impaciencia extrema, dimanada del milenarismo que preveía y fijaba para muy pronto el postrero juicio, cuyo soplo debia extinguir, con todos los astros, todos los pensamientos, y derribar así el cielo como el pla-

neta. Sumábase tambien el milenarismo, y los pensamientos que hacia lo pasado se convertían, una doctrina expresada siglos antes por el abad calabrés Joaquin de Flora quien se prometía un complemento de la Religión del Padre, contenida en la Biblia, y de la Religión del Hijo, contenida en el Evangelio, con la Religión del Espíritu, que anunciaba renovaciones ideales del espíritu con renovaciones materiales del cielo. Y así para esclarecer todas estas vaguedades en que nadaba su idea, como para contrastar todos los escrúpulos teológicos á sus argumentos opuestos, registraba de contínuo la Biblia, y veía en ella tan señalado su ministerio de redimir la cautiva montaña de Sión, como el ministerio de redimir la ciega y pecaminosa especie nuestra en Cristo. Para él, casi todos los salmos y casi todas las profecías lloraban los pecados múltiples de Israel, por cuya causa cayera cautivo Sion, y prometían un libertador, quien á la verdad, no podía ser otro sino él, Colón mismo en persona. Libro de los Reyes, libro de los salmos, libro de las profecías, libro de Job, anunciaban todos la redención de Jerusalen por un hombre como él, predilecto de la divinidad y predestinado á estos providenciales fines. Algunas veces añadía, en las confusiones de su misticismo, que no solo estaba él en persona llamado por Dios á tanta obra, sino que Joaquin de Flora en sus libros designaba el pueblo español por su nombre, y la Biblia, por su parte, designaba tambien lós últimos pueblos de Occidente con toda claridad. Y pretendía sin vacilación haber oído éstas restituciones de la Santa Casa de Jerusalén á los cristianos, desde muy temprana edad, en todos sus viajes. Así aseguraba no haber tanto bebido su idea en la Cosmografia y en la Astrología, y en otras profanas ciencias por él aprendidas á fondo, como en la frecuente lectura de los libros revelados por Dios y reveladores al mundo del bien y de la verdad. En Isaís encontraba toda su suerte de anuncios, y por Isais allegaba sus esperanzas. A este inspirado de Dios é inspirador de los demás no debe llamársele úcicamente profeta, debe llamársele también

evangelista. Y el capítulo xxx de su libro maravilloso profético enseña que los hijos de Israel habían dejado caer en manos profanas y extranjeras el monte de Sión; pero que Dios, compadeciéndolos en su corazón, suscitó un elegido para que lo rescatase y los restituyese coronado de flores, y entre cánticos de hosanas y melodias, así de salterio, cual de cítara y flauta. Y David, en el salmo XXI, anuncia que llegará el nombre de Dios así á los confines últimos de la tierra, como á las gentes más recónditas. Y en el capítulo LXV vuelve á decir Isaías cómo las razas ignorantes por siglos de siglos del nombre santísimo, irían á Él, proclamándolo con todo regocijo. Y añadió Jeremías en el profético libro, capítulo XVI, cómo irían á Sión desde los últimos fines de la tierra. Por manera que aparecían Colón y sus descubrimientos, no tan sólo en el resplandor de la ciencia envueltos, sino también rodeados con el nimbo de la revelación. Pero ni Hernando de Talavera, ni el consejero Maldonado, quisieron creerlo, y por su consejo negaron la posibilidad del descubrimiento á primera vista, mientras los Reyes remitieron su revista ó estudio nuevo á mejores tiempos. Aquí debió celebrarse, y por este período de las primeras relaciones entre Talavera y Colón, la junta de teólogos attibuída por un [error acreditadísimo á Salamanca y reunida en Córdoba realmente, que dió un dictámen opuesto al plan y pensamiento del descubridor y fué causa de largas dilaciones.

CAPÍTULO XII.

COLÓN EN SALAMANCA

Pero mientras así lo desahuciaban unos, acorríanlo con sus influencias y con sus luces otros. Entre los adeptos allegados á la idea colombina entónces, lucen como los primeros el padre franciscano Antonio de Marchena y el padre dominico Diego de Deza. Indudablemente, aquél debió sostenerlo en Andalucía con su consejo y con su auxilio contra las negaciones de la Junta presidida por Talavera en Córdoba, como éste debió abrirle con su ciencia y con su influjo las puertas de Salamanca. Ninguna tradición tan acreditada como la que dilata por el mundo un desconocimiento tal de la geografía y de la cosmografía en la Universidad salmaltina, que llegó á suscribirse con todos sus doctores unánimes en contra de Colón, y á oponer todas las supersticiones del sentido común á todos los presentimientos y á todos los anuncios y á todas las profecías del genio y del saber. Sin embargo, una fundada rectificación de tales errores, no solamente revoca la creencia seçular y la inválida para siempre, sino que atribuye á Salamanca el comienzo de la fortuna del descubridor, y coordina con su estancia en la ciudad sabia los primeros auxilios metálicos entregados por los Reyes al descubridor para prosperar su

obra. Muchos juzgan de las universidades en el Renacimiento por aquello que fueron á fines del siglo último, cuando heridos á una Pontificado y Monarquía, empeñábanse las viejas escuelas, al calor de ambos institutos nacidas, en permanecer inmóviles junto á sus ídolos, alzados en el altar y en el trono. Las universidades habíanse fundado para extraer del monasterio la ciencia y llevarla con mejor acuerdo á poder del Estado. Pasaba con esto en el mundo cristiano lo mismo que pasara en el mundo antiguo al salir la filosofía de los colegios sacerdotales: iba el ideal bajando al pueblo y esclareciéndolo con resplandores, los cuales poco á poco le prestaban una superior vida social. Si las universídades en el Renacimiento no hubieran hecho más que fomentar la jurisprudencia y difundir el gusto á las antiguas letras, hicieran muchísimo, pues con las humanidades completaron la historia, reducida largo tiempo á relatar lo que interesaba únicamente á los pueblos cristianos en las crónicas de latín eclesiástico, y con el derecho romano destruyeron á un tiempo los excesos de la teocracia y los excesos del feudalismo. En vano los Papas contendían con los Reyes por la dirección universitaria: tales institutos, por si, resvestian un carácter antiteocrático y laico. Verdad su cooperación al regalismo de la Corona, muy exagerado con detrimento de los Pontifices; verdad tambien su cooperación al absolutismo por las apariencias de imperio romano dadas en sus exageraciones y en sus violencias á las Monarquias cristianas. Pero todos los progresos humanos adolecen de una oposición radical á los tiempos y á los ideales que los han engendrado. La Universidad salmantina brillaba entonces en el Derecho y en las Humanas Letras. Por consecuencia, no podia oponer á las innovaciones una vieja resistencia como la sobre sus espaldas impuesta por un error secular á los proyectos de Colón. Salamanca por si, con excepción de algunas casas nobles y guerreras, las cuales unas con otras combatian en perdurable combate sin descanso y sin tregua, se nos aparece como una ciudad universitaria, donde los monasterios eran escuelas, y las capillas cá-

tedras, y las salas capitulares academias, y la población conjunto y suma de discípulos que aprendían y maestros que enseñaban á todas horas y en todas partes.

Fundó aquella universidad en comienzos del siglo décimotercio Alonso IX de Leon; amplióla Fernando III el Santo, Rey de Castilla y Leon ya, en mediados del siglo décimotercio; y á fines de este mismo siglo ya organizóla y coronóla D. Alfonso X el Sabio. Exenciones de peages y portazgos á los que aprendían ó enseñaban; cesion de tercias reales para proveer á su mantenimiento; preferencía de inquilinatos á los escolares; posadas instituidas y hospitales dotados para procurar el bien de la juventud estudiantil; disposiciones encaminadas á la conservación del órden público y del respeto de las leyes; privilegios concedidos á sus sábios habitantes; milicias encargadas de la pública seguridad y de sobreponerse á los levantiscos señores, para que no turbasen los estudios con sus algaradas de costumbre y sus alardes de combate; cuanto pudiese contribuir á la formación de una población universitaria y científica, lo hacían de consuno en emulación porfiadísima Reyes y Papas, quienes le ponían, ora el nombre de regia, como hicieron las reinas Catalina é Isabel, ora el nombre de pontificia, como hicieron Martin V y el Papa Luna; pero que la sustentaron siempre allá en la cumbre donde resplandecían sus tres compañeras: Bolonia, París y Oxford. El Tostado la cercó de piedra para que apareciese como una ciudadela en la ciudad; la catedral no quiso nunca renunciar á la hermandad con ella, la cual fué de antiguo al extremo de sentarse los doctores como canónigos en el coro y los canónigos como doctores en el claustro. Así tuvo un predominio tal, que la consideraron todos los pueblos como asiento de la sabiduría. Y por tal razón, cuando se les suele preguntar cualquier inoportunidad á uno, contesta; «Quien desee saber, que vaya á Salamanca». Pues bien, como época principal y mejor de su grandeza quedará siempre la época que coincide con la llegada del inmortal descubridor á su seno. Y esta grandeza intelectual trasciende hoy

mismo desde sus ruinas á nuestra consideración y á nuestro pensamiento, catándose, no tan solo en los admirables monumentos consagrados á la enseñanza, como su maravillosa Universidad, blasonada cual una gran señora con cien complicados escudos pontificios ó regios, y engrandecida por una portada plateresca, la cual creeríais por joyeros florentinos cincelada; no tan solo en aquellas capillas donde aun vuelan tantas ideas exhaladas por profesores universitarios, y en aquellos claustros henchidos en tiempo de una estudiantina entusiasta y bulliciosa, cuyos nombres laureados leéis en cada piedra con vítores y loores; no tan sólo en monumentos como el gloriosísimo de San Estéban, donde resplandecen maravillas propias de los Guas y de los Siloes, ó el tan celebrado de los irlandeses, ornamentado por nuestros mejores buriles: en algo moral que ha sobrevivido á su gran deza, en una distinción de modales entre sus habitantes, en un hábito de cortesia, en una propiedad de lenguaje y estilo, en un respeto al saber y en amor á la cieneia que allí se aquista por la respiración y por los poros, como si el aire de ideas estuviera impregnado y el bien decir antiguo, con toda su elegancia, se hubiera transmitido á las almas, como á las venas se mandan y se transmite por unas generaciones á otras generaciones la sangre. Aquella Universidad, que contaba con humanistas como Nebrija, quien parecía en su ciencia literaria y en su lenguaje puro haber con los antiguos convivido; con filósofos como Soto y Victoria, los cuales alcanzaron los conceptos fundamentales del derecho mucho antes que Grocio; con profesores de moral como Ximénez, y de lógica cual Herrera, que anticipaba las ideas de Bacón y Descartes contra el vacío escolasticismo, y de astrología cual Torres; aquella Universidad, decía, no pudo levantar á la frente del Profeta las nefastas sombras supuestas por una falsa leyenda urdida con errores, los cuales hasta el dia de ayer se han agrandado por una falsa tradición, ya desvanecida felizmente por los progresos de una sabia y fundada crítica.

Todas las investigaciones hechas en los años últimos, y todos los documentos encontrados, confirman la sagaz opinión del sabio escritor salmantino Sr. Rodriguez Pinilla, que imputa la primer negativa rotunda, opuesta en la corte al proyecto de Colon, á la Junta oficial presidida en Córdoba por el prior de Prado, Hernando de Talavera, y atribuye los comienzos de una propensión del Estado al proyecto mostrada en los maravedís mandados dar por los Reyes á las Juntas extraoficiales, juntas universitarias celebradas en el salon de San Esteban y seguidas de una inteligencia inmediata entre la Corona y el Profeta. Sin embargo, el arte y la poesía, cuando no la historia, siguen cargando sobre Salamanca y su claustro la resistencia tenaz al descubrimiento, que lleva el sambenito puesto por todas las generaciones en todas las lenguas á los enemigos del humano progreso. Aquellos doctores, pintados en una parte por pinceles hostiles á ellos, zaheridos en otras por indignaciones justas si los cargos puestos sobre su ceguera y ofuscamiento fueran ciertos, anatematizados por una tradición que dura de siglo en siglo y se transmite de generación en generación, no merecen tal nota, pues iluminados por la ciencia cosmográfica de P. Marchena, en quien tuvo siempre Colón un colaborador competente asiduo completado con un amigo entusiasta y constante, en soberano impulso al bien y á la verdad por el sabio Deza determinados, por Deza, que representaba la voluntad á servicio del progreso, cual Talavera por su parte representaba la resistencia, lograron una reconciliación entre la ciencia y la fé, á cuya virtud se debe la buena fortuna y la eterna gloria del descubrimiento. Monasterio de San Esteban, sala *Sala de Profundis* en este monasterio, quinta de Vallcuevos, salón de la Universidad, riberas deleitosas del Tormes, todo cuanto en Salamanca los ojos del alma columbran como circuído de recuerdos y de ideas, todo lleva impresa la retina de Colón, qne recibía de lo interior tanta luz y que se fijaba en los objetos con la certera mirada del marino avizor. Allí, en Salamanca, no debió encontrar

las burlas que tanto amargaran su vida en otras partes. No debió allí ver tan adustos rostros como aquel de Talavera, sumamente airado á la consideración de que divertía el proyectista con sus proyectos la general atención de un objeto tan predilecto y tan preferente como la reconquista de Granada. El padre Deza oía con arrobamiento á Colón, y confiaba en él y en Dios revelador con viva fe. Los frailes dominicos le trataban como á un hermano más, y le asistían en sus dolores con los consuelos debidos por una grande amistad y con los manuscritos de una biblioteca escasa en impresos todavía, por no haber pasado ni medio siglo siquiera tras el hallazgo de la imprenta. La dehesa de Vallcuevos le ofrecía reposo, esparcimiento, solaz, tiempo y lugar para sus estudios, espacio y silencio á los recogimientos en sí mismo y á las absorciones en el ideal. Todavia enseñan las gentes el altillo desde donde miraba los horizontes y cielos llamado Teso de Colón! Cuántas veces en aquellas infinitas llanuras de Castilla, bajo el cielo encendido y caldeado por los ardientes rayos del sol de nuestra España, vería en los vapores condensados por las nubes recamadas de púrpura y violeta y gualda, sobre las líneas del ocaso agruparse las islas y los archipiélagos que llevaba sobre su espíritu como sobre inmenso mapamundi, entre los esplendores del crepúsculo multicolor, y surgir la región de Cipango con el reino de Catay, perfumados por especias embriagadoras, revestidos de rubies y esmeraldas, con casas de plata maciza, con templos de oro puro, con paredes en topacios y brillantes embutidas, de bosques henchidos por alados coros y ornados por gayas flores, y con una corona de reverberaciones ideales, en las que iban engarzados versículos de Isaías con hexámetros de Séneca y de Virgilio, ensueños sibilinos con capítulos evangélicos, formando y componiendo el sublime conjunto de otra nueva creación. Lo cierto es que hoy no podemos penetrar en el salón inmenso de San Esteban, llamado todavía *De Profundis*, quizá por lo mal que alumbran sus espacios los ventanillos aquellos, parecidos á tragaluces tristi-

mos, sin que bajo sus diez y seis grandes arcos la memoria recuerde y la imaginación evoque las angustias que desde las cumbres del Cáucaso á las cumbres del Calvario han experimentado todos los redentores cuando han querido romper el eslabón de una pesada cadena ó encender la lumbre de un progresivo ideal.

Lo cierto es que cuando recomponemos con el pensamiento la Universidad, y penetrando por la maravillosisima portada reconstruimos sus espacios, al rehacer aquella capilla cuyas bóvedas, pintadas de finísimo azul, resplandecían á una con cuarenta y ocho imágenes de la llamada entonces octava esfera, todas labradas en oro, y oímos en idea el reloj complicado en que bella luna de plata ofrecía todos los fenómenos astronómicos vulgares y corrientes, no podemos menos que descubrir la vista y la idea de Colón fijadas allí como un término brillantísimo de aquella serie de revelaciones, por las cuales hemos escudriñado los misterios del universo, y entrevistas desde nuestras penas y nuestros dolores, un sobrehumano ideal. Es lo cierto, lo histórico, lo indudable, que tras las conferencias de Salamanca, celebradas en comienzos del 87, diéronse por los Reyes las oportunas órdenes para la entrega de recursos al descudribor, y se proveyó para que lo tratasen como adscrito á Real servicio y le reconocieran derecho, doquier que fuese, á posada y alojamiento. En legajo de cuentas llevadas por el tesorero Francisco González de Sevilla, que puede cualquiera ver trasladadas al tomo II de la célebre colección de Navarrete, hállanse las partidas siguientes. «En dicho dia 5 de Mayo de 1487 di á Cristóbal Colomo, extrangero, que está aquí faciendo algunas cosas complideras al servicio de sus Altezas, tres mil maravedís, por cédula de Alonso de Quintanilla, con mandamiento del Obispo de Palencia.» «En 27 de dicho mes (Agosto de 1487) di á Cristóbal Colomo cuatro mil maravedís para ir al Real, por mandato de sus Altezas y por cédula del Obispo. Son siete mil maravedís con tres mil que se le manda-

ron para ayuda de costa por otra partida de 3 de Julio.» «En dicho dia (15 de Octubre de 1487) di á Cristobal Colomo cuatro mil maravedís, que sus Altezas le mandaron dar para ayuda de costa.» «En 16 de Junio de 1488 di á Cristobal Colomo tres mil maravedís por cédula de sus Altezas.» Como se comprueba patentemente por estos datos históricos, así como desde la presentación á la Junta oficial celebrada en Córdoba y presidida por Talavera, no hay ra tro de auxilio á Colón; en cuanto á Salamanca llega y se presenta, por Deza dirigido y aconsejado, á las Juntas extraoficiales de Salamanca; empiezan los auxilios demostrativos de que los Reyes habían venido en socorrerlo y sustentarlo con el fin de prosperar su plan y moverle á su viaje.

Á no dudarlo, en Salamanca entonces debían vagar las ideas capitales del Renacimiento, despertadas por la evocación de los autores griegos y latinos, llamados á compartir la historia y la ciencia con los cristianos en aquella pascua de resurrección. Seguramente no habrian de faltar los empeñados en aplicar al proyecto del evidente la excomunión mayor, contenida en la *Ciudad de Dios,* del inspirado San Agustin, contra todos cuantos de antípodas hablasen, y en recordar aquellas donosuras de Lactancio, que tan ligeramente se burlaba de un hemisferio como el opuesto al boreal; hemisferio donde los árboles crecerían hacia abajo y las nubes lloverían hacia arriba. No habria de faltar tampoco quien porfiara en declarar inhabitables, tanto la zona tórrida, como la zona polar, no obstante haber Colón estado y vivido en Islandia y en Guinea. Para muchas de aquellas gentes universitarias, el único hemisferio bueno era el hemisferio boreal, pues en el austral todo se vuelve confusión y caos, como indica el mar tenebroso, que comienza de suyo allende la punta del apartadísimo africano Bojador. Pero junto á estas ideas, que miraban á lo pasado, corrian por el cielo de las almas ideas que miraban á lo por venir; junto á las obscuridades y sombras espesísimas lucían destellos deslumbradores. Virgilio é Isaías

uníanse dentro de confusa palingenesia en los mismos pensamientos y en las mismas esperanzas. Según tales ensueños, mientras el profeta de Jerusalén anunciaba una especie de Ciudad de Sol, hogar de Dios, alrededor de la cual florecen los desiertos, que toman la magnificencia del altísimo Líbano y dentro de cuyo recinto ven los antes ciegos y los antes mudos hablan; el profeta de Roma, ungido mil quinientos años después de sus profecías como un doctor cristiano por el Dante, anuncia que un orden nuevo nace del seno alterado de los siglos, que baja nueva progenie del cielo, que llega un Redentor, por cuyas leyes y revelaciones perderá la tierra el borrón de sus pecados, y el espíritu la sombra de sns errores, y su fiereza el carnicero león, y su astucia la tentadora serpiente, y las adelfas su veneno; el cual Redentor lo purificará todo de tal suerte, que se llenará el campo de doradas espigas sin necesidad alguna del trabajo, y la vid, por su parte, de racimos dorados, y la dura corteza del roble destilará mieles, y el vellón de los corderos se teñirá de iris, y la juguetona cabra irá de grado, con sus tetas cargadas, al aprisco, y las vacas al establo, y las hierbas no sentirán el filo de las hoces, ni el buey la pesadumbre de los yugos, y las colinas se coronarán de azucenas, y los valles abundarán en aromas asirios, y el planeta en sus fundamentos, y el Océano en su lecho, y el cielo en sus abismos, habrán de saludar este nuevo reinado de Saturno y este nuevo día de Astrea, cuya gloria esplenderá tanto, que no podrán loarla ni Lino, ni Orfeo, y el mismo Pan arrojará lejos de sí el camarillo y la flauta, con que despertaba las ninfas en los arroyos y hacía resonar las azules montañas de Thesalia, dejando á otro poeta mayor que cante tal florecimiento de la Naturaleza y del Alma en cánticos cuyos ecos asombren y suspendan á todo el universo. Estas ideas religiosas, estas esperanzas sibilinas, estos ensueños tesálicos embargaban de tal suerte los ánimos y los espíritus entonces, qne un hombre dotado de un genio gemelo con el genio de Colón, un hombre de intuiciones y de profecías, un revelador también, Miguel An-

gel, ponía por estos mismos años los profetas y las sibilas juntos en el cielo inmortal de sus creaciones.

Tenemos en los libros de la època múltiples noticias indicatorias del cruce de ideas confusas que había en los espiritus. Como ni Vives ni Bacón habían aún convertido la observación de los fenómenos naturales hacia el estudio de la realidad, y como ni Pereira ni Descartes habían convertido la observación de los fenómenos psíquicos hácia la conciencia, predominaba un criterio histórico, el cual oía, como los antiguos oyentes la voz del oráculo, aquellos juicios de los autores clásicos, recién resucitados y venidos de sobrenaturales regiones y esferas, mezclados con los juicios confusos y vacilantes de los autores cristianos. Así, por ejemplo, Alberto Magno certificaba la existencia de dos clases de negros etíopes, adscritos á dos opuestos hemisferios. Pero estas afirmaciones del gran doctor medioeval no podían en modo alguno contrastar el décimoxesto libro de la *Ciudad de Dios*, en que San Agustín traza una historia universal copiada literalmente de la Biblia, y niega la existencia de los antípodas á causa de su imposible descendencia de Adan y de lo embustera que aparecería la bendición á los hijos del patriaca Jacob y el reparto de la tierra trazada en el divino *Génesis*. Mas aquellos ilustres universitarios contendían igualmente sobre la dispersión del género humano á los cuatro extremos del cielo, que sobre la distribución de lo sólido y de lo líquido en el desconocido planeta. Y mientras los enemigos de Colón aseguraban resultar en sus cálculos el Océano extensísimo, y por ende, imposible hallar en èl tierras bajando á Occidente, por la dificultad incontrastable de remontarlo y de volver, sus amigos, fundados en Esdras y en su capítulo VI, aseguraban ser la tierra seis veces mayor que la mar, y, por consiguiente, facilisimo el encuentro por Occidente de las Indias orientales, cuyo extremo debía estar muy cerca de las columnas del divino Hércules y del mar de la hermosa Gades. Colón mantenía todas estas aserciones últimas con grandísimo empeño, se-

gún el P. Las Casas nos dice, fundándose, al par que sobre los versos del profeta Esdras, tan seguido entonces, sobre los libros del cardenal Aliaco, su oráculo, quién tambien restringía el mar y agradaba la tierra, apoyado sobre noticias y especies de Aristóteles, de Séneca, de Plinio, los cuales debían, según él, conocer mucho la tierra, por una razón muy estraña, porque los dos primeros fueran preceptores de Alejandro y Nerón, así como el último amigo del Trajano, tres emperadores errantes y viajeros, quienes debían tener, por sus viajes continuos y por su vida nómada, copiosas noticias del reparto de la tierra nuestra y del carácter de las agrupaciones humanas. Y aquí no se detenían las razones de autoridad en que los partidarios de Colón se fundaban, pues recogían á granel abundantísima cosecha de obras en obras, como la *Historia Natural* de Plinio, cuyo libro II, capítulo LXVII, hablaba de nociones referentes al mar y sus secretos, bastantes para desatinar y aturdir al más experto, como de la facilidad completa de navegar los mares del ocaso, como de la exploración de costas indias por los antiguos seleucidas herederos de Siria del poder y gloria de Alejandro, como de las navegaciones que partiendo de la Bética recorren además de aguas mauritanas otras meridionales más adentro, como de los restos de naves hispanas, vistos por Cayo César al tiempo de Augusto en el golfo arábigo, como del viaje circunvalador del cartaginés Hannón, lleno de reveladores indicios, como del arribo de un Eudoxio á Cádiz por ignotos y misteriosos rumbos, huyendo de Ptolomeo, como de cien otras indicaciones, á cual más congruente de los proyectos oídos entonces y con los resplandores varios que servían á darles crédito y autoridad con alguna consistencia. A su vez Macrobio, en el segundo libro de sus *Comentarios al Sueño de Escipión*, tambien ofrecía en aquellos tiempos armas á los amigos de Colón, pues con muchos errores mezclada, sostenía vagamente la redondez del planeta y las existencia del antípoda. É igual parecer compartían Polibio, Mela, Solino, citados varias veces por Las Casas en los primeros

capítulos de su grande *Historia de las Indias occidentales*, tan favorable al recuerdo y al nombre de Colón.

Y con el problema de los antípodas uníase también otro problema, referente al carácter de habitable que tienen la zona tórrida y la zona helada, negados generalmente, á pesar de haber dicho Colón que habitara él en Islandia y en Guinea. Despreciando tales pruebas prácticas ó experimentales, íbanse los contendientes á pruebas de autoridad, y decían como Aristóteles poblada en su libro de *El Mundo* la mar occidental con islas numerosas y aun con tierras ó continentes mayores que nuestro mundo conocido, todo ello muy habitable; cómo Lucano aludía en sus poemas á una clase de árabes misteriosos esparcidos por desiertos ignotos; cómo le mostró y enseñó Marciano Plinio la existencia cerca del Polo Norte de los hiperbóreos, tan felices, que se creían en sus bosques bajo las ramas de los elíseos campos, y tan longevos que para sucederse tenían que suicidarse arrojándose de cabeza desde las montañas más encumbradas y eminentes, cosa también frecuentísima en las zonas tórridas, refrescadas por el oceánico aliento; cómo dos autores de tan diversa índole cual Avricena y cual Anselmo, hablaban de archipiélagos perdidos y olvidados, á manera de ingentes madreperlas, en las aguas del mar tenebroso; cómo Platón, en sus dos sublimes diálogos del Timeo y de Cricias, conmemora una incomparable, tierra, denominada, según las tradiciones egipcias recogidas por los varios sacerdotes de sus templos, testigos de la historia y depositarios de la tradición, Atlántida, tendida, con arrecifes de corales y bosques de palmas y mares de ópalos y montes de pedrería, entre las columnas del Divino Hércules y las costas occidentales del Africa y del extremo de Asia, que se habian tragado los abismos, y que aun mostraba sus residuos en los bosques de plantas variadísimas é inclasificables, donde los barcos enredaban sus quillas y detenian sus moles; cómo los platónicos habían recibido las ideas respecto de su Atlántida misteriosa del sabio legislador Solón, y Solón del

misterioso rio Nilo; cómo los principales geógrafos clásicos sumaban á una con esta sumersión la de Acarnania por el golfo ambracio, la de Acaya por el golfo corintio, la de una parte del continente asiático y otra del europeo por la Propóntide y el Pontho, la ruptura entre los dos bordes espléndidos del Bósforo y la formación relativamente recentísima de Geslos; como Séneca, en el sexto libro de sus *Morales*, atribuye á Tucidides el intento de señalar una fecha irrevocable á la sumersión del continente atlántico; cómo ciertos rumores hablaban de la unión del suelo africano con el europeo suelo, por medio de un istmo formando entre las dos riberas del Estrecho, y además hablaban de haber desaparecido un brazo entero del Gualdaquivir, y hablaban de haberse llenado con ovas y ramajes y algas las aguas al ocaso de Canarias; cómo San Ambrosio anunciaba en sus *Disertaciones sobre vocacion de las gentes* una esperanza clara y segurísima de abrir y patentizar apartadas regiones donde nuevas razas recibirian la luz y revelación del Evangelio: confusas y contradictorias noticias, en las cuales hubiera podido perderse cualquier incierto espiritu ó cualquier irresoluto ánimo; pero no Colón, aquel profeta de absoluta confianza en sus profecias, quien dentro de tal mar de confusiones, formado con tantos caudales de ideas, unas por él conocidas y desconocidas otras, oia su vocación segura, del cielo transmitida, y caminaba con firme é incontrastable voluntad á la realización y cumplimiento de su divino ideal.

CAPÌTULO XIII.

LA RÁBIDA

UN resultado práctico tuvieron todas las remociones de ideas diversas, que fué la mayor inteligencia del piloto con los Reyes y la mayor protección concedida por éstos á los planes condenados en la Junta de Córdoba. Pero, si bien abundaban los auxilios con alguna frecuencia, á pesar del continuo apuro en que vivía la Corte, un decreto decisivo y determinante del viaje no podía sobrevenir, impedido por el natural embargo en la reconquista. Tras la estancia en Salamanca emprendió el regio matrimonio, que gobernaba sobre nosotros, la conquista de Málaga, y durante la conquista de Málaga estuvo alternativamente Colón unas veces en el sitio de la ciudad, otras veces en la corte de Córdoba, y hasta en la corte de Lisboa. Muchos niegan este viaje; pero no deben maravillarnos tal negación, atendido á que reina una tal incertidumbre y perplejidad en los historiadores de toda esta época, que hay quien desconoce y niega las conferencias mismas de Salamanca, poniendo las dos Juntas reunidas para oir al descubridor y entender del descubrimiento, en Córdoba y en Granada. Mas no cabe duda respecto del viaje á Lisboa de Colón. Basta considerar que tenemos la carta del rey D. Juan, concediéndole salvoconducto y preservándole de toda

demanda por deudas, fechada en el año 88, así como tenemos una célebre apostilla, puesta por la mano del descubridor en su libro predilecto, *El Mundo de Aliaco*, donde consta la coincidencia de su arribo á Lisboa con el descubrimiento, á sus planes tan favorable, con el descubrimiento de aquella extrema tierra del Africa Austral, conocida con este nombre: Cabo de Buena Esperanza. No sabemos cuánto hiciera en Lisboa Colón durante la visita postrimer á la hermosa capital portuguesa; no podemos establecer ni la fecha de su partida, ni la fecha de su regreso; pero sí podemos decir que recogió cuantas noticias pudo en aquel tiempo, hallar de carácter geográfico y las puso con sobra de diligencia y matemáticamente exactitud en su memoria y en sus libros. Efectivamente; Bartolomé Diaz acababa por entonces de hallar el Cabo, allende cuyas aguas no pudo pasar por el terror de la tripulación. El mundo había dado un paso más hacia la corte del Preste Juan de las Indias, que provocaba tantas expediciones y que influyera en los sueños de Colón. La residencia del misteriosísimo personaje, puesta por el veneciano Polo en las aromadas selvas del Asia central, pasaba, en concepto del portugués Corilhan, á los ricos de Abisinia circuídos por los arenales líbicos; y mientras llegaban estas noticias, referia el piloto descubridor todas las angustias sufridas en requerimiento de un cabo conocido ya desde aquel entonces con los dos nombres tan opuestos como Esperanza y Tempestad. En tales disertaciones orales aseveraba Díaz como había desistido, por una segunda expedición, de dar dimensiones grandes á sus naves, y las deseaba sólidas para que resistiesen á todas las tormentas del aire, y diminutas para que penetrasen por todos los senos del mar. Así de cuanto necesitaba entonces un barco para navegar lejos, había llevado suma tres veces superior á la llevada en los viajes anteriores. E hizo bien. Las tormentas se arremolinaban en aquellas aguas con tal frecuencia y tal furor, que las naves iban bajo de las alteradas ondas. Pero el mar tenebroso estaba desvanecido; el África circunvalada en lo posible casi; el Preste Juan próximo á las ma-

nos que lo requerían por todas partes; las Indias orientales, reencontradas en expediciones tan maravillosas como las expediciones de Alejandro; los aromas de nuevas especias difundidas en las venas, y casi descubierto el orígen de la humanidad y de la historia; el territorio ario de fetiches y de castas, y de palanquines y de palmas, y de geroglíficos, y de oro, y de brillantes, y de simbólicas flores, y de cuentos prehistóricos, que completaba el planeta con su vida exuberante y coincidía con el encuentro de la estatua griega entre los escombros y las ruinas del tiempo pasado, y el encuentro de nuevos mundos entre las esperanzas del tiempo por venir. Mas Colón, que así trazaba una profecía como una cuenta, dijo en las apostillas y anotaciones de sus lecturas como Bartolomé Diaz navegára seiscientas leguas allende lo navegado hasta entonces, é inviniera el Cabo de Buena Esperanza; en el cual, tomando altura por el astrolabio de Behain, así como probó que distaba 45 grados de la equinoccial, probó también, que distaba tres mil cien leguas de Lisboa. El matemático y él profeta se completaban en Colón, quien, al mismo tiempo que leía Esdras ó Job, en sus oraciones con santa piedad, tomaba con matemática exactitud alturas y distancias en peladas cifras.

En cuanto volvió Colón de Portugal quiso avístarse nuevamente con los Reyes; pero encontró las vías materiales á su corte y las vías morales á su corazon muy obstruidas por los olvidos consiguientes á la triste ausencia y por el embargo y absorción de los espíritus y de los ánimos en la reconquista. Vencedores los Reyes en Màlaga y Vélez-Málaga, el triunfo les aguijoneaba con sugestiones vivas á la continuación de su obra, facilitada por las innumerables divisiones interiores del reino granadino, roto en fragmentos, que ocupaban, como enemigas fortalezas alzadas por unos contra otros, los tres nominales Reyes moros Hassem, Boabdil, el Zagal. Así, despues que celebraron en Aragón una de aquellas Cortes vivamente agitadas por el saludable soplo de la libertad, y que celebraron en Sevilla con torneos y cañas y festejos y saraos el enlace de su hija ma-

yor, Dª. Isabel, con mozo de tanto poder y nombre como el príncipe D. Miguel, heredero de la corona portuguesa, convirtieron sus pensamientos y sus fuerzas al indispensable remate de la gloriosa reconquista. Mala coyuntura para tratar de ningún otro asunto. Habían crecido los partidarios de Colón y aumentádose la particularísima influencia de cada cual. Quintanilla, el bueno y próvido Contador, ganaba influjo á medida que hacía gala de sus talentos en procurar al real Tesoro cuantiosisimos servicios; Mendoza, el Cardenal fiel, aumentaba en poder y merecía gracias conforme iban sus caridades asistiendo á los vivos y sus oraciones á los muertos, sin descuidar por esto el combate perdurable con los guerreros moros; la marquesa de Moya, expuestas en el asedio de Málaga, por el esplendor de sus arreos y la riqueza de su alojamiento, á violentísima muerte, pues la hiriera un santón árabe, tomándola por Isabel, ganaba el corazón de la Reina; quien decía que jamás hubiera en España reinado sin la decisión del marido de su amiga; y no obstante la grande autoridad y poderosa influencia de todos en el gobierno regio y en el campamento cristiano, hallábanse como muertos, y no querían divertir ni un hombre. ni un escudo de la obra capital del tiempo de la cercana reoonquista. Mientras Colón llamaba de puerta en puerta, ofreciendo continentes á quien reconcentraba todas sus actividades en una sola ciudad, la tala de los cármenes granadinos, azotados por una invasión cristiana; el asiento de las vencedoras huestes alrededor de Baza, donde se había levantado una ciudad española frente á la ciudad árabe, ardiendo las dos en fiestas y en combates; las hazañas caballerescas de los Pulgares, inspirando á los soldados de la cruz alientos nuevos en la cruzada religiosa y á los romances moriscos nuevas cadencias en la epopeya nacional; el penúltimo Rey moro, de hinojos ante los Reyes, presentándoles en homenaje, á la vista del mar azul, que resaltaba en marco de asiáticos nopales y de rosáceos adarves, la sultana feliz, Almería, coronada de torres y de palmeras; los embajadores turcos, llegados desde

la cautiva Jerusalén á detener el brazo extendido sobre Granada, vacilante y, en su tribulación, hermosísima como la Sión de los profetas; el muro de las mismas Alpujarras, encendido por el sol andaluz y perfumado por el jazmín oriental, resonante con el fragor de encuentros, cruentísimos por sus resultados, pero épicos por sus gentiles aspectos; Salobreña despidiendo al ciego Hassem, terror de la cristiandad, muy llorado por las elegías de una raza, parecidas al sublime lamento de los trenos bíblicos; cada laurel de la vega convertido en lanza de los combatientes, y cada eslabón de las cadenas rotas en el pie de los cautivos redentos en chuzo de estas lanzas; cada huerto trocado en arena de torneo continuo; cada hogar en fortaleza á los defensores y objeto de ataque á los asaltantes; el espacio aquel todo hecho los de Troya para los helenos, término de una guerra secular y comienzo de una nueva patria, no dejaban lugar para ningún otro empeño ajeno á la terminación y coronamiento de tan maravillosa epopeya. ¿Cómo habría en tal minuto espacio para pensar en Colón, antes desconocido y olvidado ahora?

Colón, al verse así olvidado, lloraba los tiempos en que se viera combatido; y, taladrado el corazón; heridas sus más caras preferencias; deshojada la fantasía de todas sus ilusiones; con las zarzas de los desengaños, más penetrantes que las espinas, en sus sienes, la hiel de todas las acerbidades juntas en sus labios, el horror al ciego mundo por sus nervios, los primeros asomos de la vejez en su frente arrugada por los surcos que deja todo ideal frustado, las helados del invierno de su vida llevándole, silenciosas, el frío de la desesperación, y cerrándole todos los horizontes: empecatadísimo en rehacer su obra, ofreciéndola de nuevo á otros reyes, y en reanudar su pasos, apartándose, como se había en oportuna sazón apartado y huído de Portugal, apartándose y huyendo de nuestra España, tomó la resolución de una suprema despedida del suelo español donde todo le abandonaba, y de un llamamiento á la corte de Francia, donde se habían refugiado las pavesas de aquéllas últimas llamaradas que lo esclare-

cieran y le alentaran en tan amargo dolor con algún vislumbre de salvación y con algún asomo de triunfo. En tal estado terrible, debió ir á Córdoba para despedirse de D.ª Beatriz y besar al hijo de sus amores con ella, Fernando; desde Córdoba debió irse á Sevilla para verse con amigos como los Geraldinis y noticiarles sus amarguras, á fin de que á su vez las noticiaran ellos á Mendoza; desde Sevilla irse á Marchena para contarle á su protector, el sabio fraile Antonio, los desvanecimientos de todas las esperanzas y los malogros de todas las promesas; desde Marchena irse á Huelva en busca de su cuñado Muliarte y de su hijo Diego, puestos so el amparo de sus tíos carnales, en el afán y desasosiego consiguientes á las peregrinaciones del descubridor; desde Huelva, en aquel errar de un desgraciado, poseído por la terrible hipnotización de las ideas y aquejado por la neurosis, ó desarreglo de los nervios, muy semejante á la que asalta en vísperas de su demencia ó de su muerte á un loco y á un suicida, entrarse por un monasterio aislado y solitario como pudiera entrarse por los umbrales del sepulcro y acogerse á la silenciosa eternidad, pues no debía caberle ya el corazón en su pecho y el dolor en su corazón. La histeria del místico éxtasis cuando esperanzado, había sido sustituída, cuando desesperado, por la histeria de infernal dolor. Le creían un alucinado, cuando era un matemático. Le abandonaban por unos cuantos cármenes al pie de las viejas Alpujarras, cuando él traía mundos nuevos, y mares, y cielos. El insomnio magnético por tales consideraciones llevado á sus párpados; el desatino y destiento de una sensibilidad sobreexcitada por estos combates interiores; los espasmos inconscientes de una epilepsia irremediable; las agitaciones de los músculos, constreñidos por el aguijón de la intranquilidad á una movilidad perdurable; todas las pasiones encrespadas en oleajes amarguísimos y tormentosos; el delirio en algunas horas de necesaria exaltación, y el desorden de todas sus fibras, seguido por un sueño de síncope y un reposo de ataxia; las contorsiones ocasionadas al sacudimiento del contacto con las penas íntimas, tan fulminantes

y tan devastadora de la red nerviosa como la centella y el rayo; unas letargias parecidas á catalepsias, tras unos desvelos, en las demencias más agudas y continuas únicamente posibles, debían darle ¡ay! el aspecto de un endemoniado, como la esperanza de logro los éxtasis de un santo. Al tornar de la vega, donde todos se volvían á mirar las bermejas torres y nadie se acordaba de su persona y de su proyecto, debió parecércele como un faro la Rábida en dura noche de naufragio. Se necesita no haber pensado nunca, ó no haber nunca padecido, para ignorar, en esta evaporación de las lágrimas, en estas extinciones del alma, cómo consuela una campana que tañe, cómo abriga un sauce que llora cómo cohorta una cruz que tiende sus brazos vacíos en la soledad, cómo serena el encuentro de olvidado sepulcro que nos promete la paz y el sueño de la muerte. Colón se dirigió á la Rábida en aquel dolor, como á la Vírgen alzada en los altares de proa se dirigiera en las deshechas tempestades. Un seto cubierto de pinos en medio de la soledad; el mar inmenso de Occidente á la vista; un cielo claro donde fijar las retinas obscuras; un pavimento de losas sepulcrales; claustros en que recogerse y prepararse para postrimer agonía; altares adonde asirse para llegar perdonado á una eternidad olvidada por los deseos de mundanales glorias, menos que humos, y por el descubrimiento de tierras, en presencia de lo infinito menos que átomos; penitentes y monjes aceptos á su alma, porque le parecían sombras; hé ahí todo cuanto explica el asilo y refugio mandado por Colón á la Rábida. Las tradiciones antiguas pusieron al profeta en el monasterio á la hora de su llegada y de sus ilusiones; la crítica contemporánea, más docta, pone al profeta en el monasterio á la hora de su partida y desencanto. Ahí está la gloria de tal sitio, en haber presenciado el renacimiento de una perdida esperanza. Y volvió la esperanza porque Colón creía y á Colón lo amaron. Escollo santo de la fe, donde brotó el más puro entre todos los afectos: el afecto de una inagotable admiración mezclado con el afecto de una inextinguible amistad. Cierto humilde

Juan Pérez descubrió el Nuevo Mundo, sépanlo el desamor y la envidia, por haber querido y por haber admirado mucho.

Colón, llegado allí en tal arrebato de ánimo, debió interesar por todo extremo al Guardian del convento consagrado á las contemplaciones de un infinito como el cielo, de un infinito como el mar, de un infinito como el alma, tres revelaciones de Dios. Un sentimiento de caridad nativo en el solitario le condujo á socorrer y consolar al hombre aquel, desasido de todo cuanto no fueran sus invenciones, y una incontrastable aspiración al saber le sugirió la firme resolución de auxiliar á obra tan cristiana como el hallazgo de razas ocultas al sol del Evangelio. Pero lo que principalmente debió moverle á la participación decisiva en el necesario logro de tal deseo y aceptación de tal proyecto, fué la elocuencia bíblica de Colón, mezclada con las fórmulas numéricas, pues en su virtud ponía tras un cálculo un salmo, y tras las combinaciones matemáticas que señalaban latitudes y alturas en las zonas terrestres, las oraciones místicas que prometían milagrosa renovación del Universo. Indudablemente Colón cayó en la Rábida fatigadísimo, á consecuencia del insomnio continuo y del malestar nervioso y del movimiento indeliberado à que le sujetaban los intensos dolores provinientes del duro desengaño. Juan Perez comenzaría por darle algún consejo al pié mismo de la cruz del vestíbulo, donde le cataría en seguida el alma con esas adivinaciones propias de la nativa compasión. Seguidamente llevaríale, para procurarle algún reposo, á la hospedería, conjurándole, tras las promesas de su auxilio y las fianzas en que podía librarse algún indicio de consuelo, á granjearse la necesaria paz por algún conhorte moral seguido de una confortación material, cuya virtud eficaz, venciendo la desgana y el insomnio, le facilitarán el necesario alimento y le reconciliarán el tranquilo sueño. Aunque los hombres del Renacimiento no sentían la naturaleza como la sentimos nosotros, cosa indudable que la inmensidad celeste del mar, y la diáfana bóveda del cielo, y las bocas de los ríos en la bahía de Huelva, y los pue-

blos agrupados al pie de la colina, y los recodos con las ensenadas de aquellas costas, y el suelo andaluz á un lado y el suelo lusitano á otro, sumados con los olores de tomillos y alhucemas y salvies, con las guirnaldas de rosas y jazmines, con la música de palmas y de pinos vibrantes, con el apacible recreo que dan al olfato los naranjales y al oido las avecillas, debieron servir de laxante á la exacerbada irritación de los nervios que atormentaban al descubridor, quien se iba de una segunda patria donde había encontrado amistad, y amor, y admiración, á tierra extraña, donde acaso temía supremas y definitivas repulsas por no dar de cabeza, según los arrebatos de su desesperación, en una desenfrenadísima demencia. Luego el Padre le hablaría de su convento y de su Orden. Para creer en el milagro no hay como tratar á una comunidad. El bueno de Juan Pérez diría con seguridad al marino todo cuanto en aquella clausura se contaba: el antiguo culto idolátrico á Proserpina, honrada con la degollación anual de una bella moza vecina, cuya sangre bebían los paganos para fortalecerse, y sólo alcanzaban endemoniarse; la celebración de procesiones análogas á las Lupercales romanas, esclarecidas por cirios como los usados ahora en la Candelaria y en el Tenebrario católicos; la institución de una iglesia en el sitio mismo consagrado á Proserpina, diosa hija de Ceres, según unos, y según otros, á princesa hija de Trajano, por un santuario á la Virgen llamada de la Rábida desde tal sazon, á causa del remedio aguardado contra la rabia, entonces muy extendida entre los cristianos; el portento de haberse debido la imágen allí adorada á Jerusalén, donde la talló el mismísimo San Lucas, ante aquel retrato de la Virgen trazado por sus doctos pinceles, teniéndole unos ángeles la divina paleta y moliéndole otros ángeles con sus manos lavadas los brillantes colores; el rapto y ocultación á la venida de los árabes, por los fieles mismos de tal simulacro milagroso, dentro del mar, para mas confianza y seguridad, en cuyas líquidas profundidades no solamente se conservaba para la hora del triunfo, impedía la colocación del zan-

carrón de Mahoma, caído por los suelos cuantas veces quisieran los infieles alzarlo á las bóvedas que vieran la Virgen Madre sobre su peana y bajo sus olio, circuida siempre de luces y de flores; el establecimiento de la Orden franciscana por el Padre seráfico en persona cuando sin miedo iba de Asís a Francia, de Francia y París á Burgos, de Burgos, donde aun guardan modelado en piedra su recuerdo, á Lisboa, de Lisboa á Huelva, de Huelva á Sevilla; la defensa que debió á los templarios la casa y el martirio de gloriosos habitantes suyos en Africa: todo lo cual andaba en la tradición secular mezclado con antiguas consejas de ancianos vecinos y se contenía en vitelas arrugadas é ilegibles, guardadas en el altar mayor y ante las aras para edificación de todas las generaciones en todo el transcurso de los siglos, y gloria y prosperidad magníficas de aquel sacratísimo templo, cuyos arcos, unos de corte gótico y otros de corte mudéjar, dicen acerca de su historia más que todas las leyendas monásticas y que todos los cuentos seculares. Y al mismo tiempo que le mostraba el P. Juan la iglesia y el monasterio, aconsejaríale se remitiese y encomendase á la divina imagen de Maria Santisima, bastante milagrosa por todo lo que allí se encontraba y se creia, para tocar en el corazón de sus enemigos y ablandarlo, así como para subirle y ponerlo á él en los pináculos de la fortuna y de la gloria. Colón debió rezar con la fe propia de su piedad cristiana y debió insistir en una idea que le atenaceaba mucho, en la probabilidad indudable de reconquistar la santa casa de Sión y el santo sepulcro de Cristo, si lograba cumplir sus maravillosas profecías. Pero, despues de haber pedido á Dios, acordaríase de que la ciencia mucho ayuda, como la voluntad mucho vale, y expondria la confianza en sus cálculos, amén de la confianza en el cielo. Juan Pérez, arrobado á las dobles ideas religiosas y cientificas, recordaria lo mucho que del mar inmenso y de las costas lejanas habria oido hablar á tanto y tanto piloto cual por alli polulaba. Y entre todos descollaria el astrólogo y cosmógrafo Garci-Fernández, quien, por el Padre movido y de Colón

encantado, certificaba la probabilidad de topar con las Indias orientales navegando por el mar occidental. ! Oh ! Lo cierto es que mandaron un señor llamado Sebastian Rodriguez, vecino de Lepe, al campo de Santa Fe con epistolas de Juan Pérez á la Reina; que Lepe volvió á los quince dias con una orden expresa y apremiante de presentación á la Corte, del fraile; que, muy entusiasmado éste y diligentisimo, emprestó ágil mula de paso al buen labrador Cabezudo, y se partió por trochas y atajos, con riesgos de su vida y de su libertad, al real de Granada; que vió á la Reina el Guardián, recibiendo de sus manos veinte mil maravedis en florines para que los expidiera con Diego Prieto, de Palos Alcalde, á la Rábida, entregándolos por su mano á Colón, quien, provisto de una bestezuela, y decentemente trajeado, estaba ya en ocasión de presentarse á recibir lo conducente al equipo de tres carabelas, destinadas en el ánimo de los Reyes al gloriosisimo viaje.

CAPÍTULO XIV.

COLÓN EN EL REAL DE SANTA FÉ.

Era de ver aquel campamento. Para formarse una idea del esplendoroso lujo que lo decoraba, precisa ver los frescos de aquel tiempo, los cartones de Paulo Ucello reproducidos por Felipe II en el Escorial; ó los cuadros de Van-Eyk, quien arribó hasta Granada en sus viajes; ó las grandes figuras de la sacristía de Siena, dejadas allí por el pincel de Pinturrichio. Los brocados vestidos por damas y caballeros; los tisúes de oro y plata, que no podía un puñal atravesar; las áureas bordaduras de artísticos realces; los plumajes traídos entonces por las expediciones lusitanas del Asia y del África; las gasas orientales que servían á los bellos rostros como las sombras á las estrellas; el copioso encuentro de perlas en los mares y esmeraldas en los montes por aquellas recién venidas comarcas; el artístico gusto resucitado por pintores y escultores del seno de Grecia y traído al seno de Italia para irradiarse por Europa; estas ventajas de la civilización moderna, que se iniciaban entónces veíase reunidas en el real de Granada como en ninguna otra parte, gracias al esplendor mágico de nuestra hermosa patria. Imaginaos las tiendas innumerables de brocado riquísimos, donde pendían los tapices de Arras con sus realzadas figuras; las alfombras de Persia,

que valían un imperio; las mesas talladas con todas las guirnaldas del deslumbrador Renacimiento; los platos áureos repujados en Florencia; los vasos de cristal de roca puestos sobre piés de oro, lloviznados todos ellos con rocío de rubíes; las armaduras embutida con todos suerte de metales preciosos; las adargas ricamente grabadas con los blasones de sus respectivos dueños; las lanzas parecidas á rayos del cielo por lo fulminantes; las espadas con sus empuñadoras de sin igual valor, los talíes, sembrados de zafiros y ópalos, todas aquellas maravillas del arte, que parecían á una ensueños fantásticos de poetas y no realidades verdaderas del mundo. ¡Y en medio de tanto lujo, más propio para la molicie que para la guerra, cuánto valor y esfuerzo! Quien hubiese visto, por ejemplo, al Marqués de Cádiz, vestido con su túnica mora de oriental tisú, ornado el pecho de venecianos encajes, pendiente del hombro capa de terciopelo negro bordada de oro, rojas calzas de seda indiana y zapatos de telas acuchilladas y con pedrería, la gorra de cintillo y plumaje á la cabeza, el cinturon de zafiros y esmeraldas al cuerpo, una especie de alfanje al costado y guantes con puños de metales preciosos, no le creyera ciertamente aquel vencedor en cien combates, que á los cuarenta y cinco años habia saltado tantos muros, vistos tantos pueblos y fuertes puestos á sus piés y rendidos á su brazo, hecho tantas campañas como los primeros héroes de la historia y como los primeros campeones de la guerra. Y alli, en aquel campamento, sucedianse á las cenas las danzas, á las danzas los conciertos, á los conciertos los torneos, á los torneos los juegos de cañas y de sortijas, y á los juegos los combates. Por fin Granada tuvo que darse al sitiador, y señaló su entrega para el dia 2 de Enero de 1492.

En la vispera de tal acontecimiento, los Reyes tomaron todas las precauciones indispensables para que no pudiese deslustrarse. Los pregoneros del campamento notificaron á voces cómo, al amanecer del dia siguiente, debian hallarse las tropas apercibidas á la entrada, con sus mejores aprestos y arréos. También se

dieron rigurosas órdenes á fin de que los caballeros y sus paje y todas los gentes de pro se presentaran revestidos de sus principalas galas y ornados con sus más bellas preseas. No rayaba el alba por las altas y empinadas crestas, cuando los clarines confundían sus llamamientos con los píos y arpegios de las vigilantes alondras. El cielo tenía ese azul claro que presentan los horizontes meridionales si pica el frío, haciendo transparentarse al aire. Las nieves de la Sierra nunca relumbraron como aquella mañana, con tal esplendor, ni lucieron sus colosales facetas de diamante. Aunque riguroso el invierno, los muchos árboles que no pierden la hoja en la dura estación, como cipreses, olivos, palmeras, limoneros, laureles, hallábanse realzados con gotas de rocío y bordaduras de escarcha. Nada tan hermoso como aquel amanecer, cuando los primeros rayos de luz rebataban en las armas y en las armaduras de los cristianos, tendidos por la vega, y hacían resaltar los trajes y los turbantes multicolores de los árabes, agrupados por última vez en sus torres y en sus torreones. ¡Qué contraste, Dios mio, el de las campanas saludando, desde las torres de Santa Fé, al nuevo dia, con los muhecines ó muhedanos, por vez última, diciendo en luctuosos acentos, desde los alminares de sus mezquitas, las alabanzas al Dios de los muslimes, cercano á ser proscripto de aquel edén, hecho para placer de los suyos por las manos de las huries y de los ángeles! Desde Santa Fé podia la vista contemplar aquel maravillosisimo espectáculo, nunca tan hermoso como al salir la ciudad sultana de sus harenes para postrarse ante las aras de los altares católicos. Desde alli, desde el real de Santa Fé, podia verse á la derecha el valle inmenso entre cuyas arboledas y plantios culebrea el Genil; á ia izquierda Sierra Elvira, y, como acercándose á sus lavas frias, el tormentoso Albaicin, coronado con su formidable Alcazaba, y el Darro abriéndose paso entre colinas encantadas y por lecho de granito; al frente los cristales de la Sierra, cuyas faldas, entre azules y rosáceas entonaba la luz matinal; y más abajo de la Sierra, el Generalife con sus rotondas de

porcelana y sus tejas de reverberaciones metálicas entre bosques de mirtos y de adelfas; el cerro más hermoso, el cerro de la Alhambra, poblado de sus innumerables torres, á las cuales han dado tintes, que llegan del rosa pálido al carmin rojo, los ardores del Mediodía; y, entre tanta belleza, la ciudad como una granada que se hubiese abierto al caer de los edenes del cielo á los abismos del mundo. Ya el sol montaba de su oriente á su cenit cuando el Cardenal Arzobispo de Toledo, Mendoza, llevando á su frente la cruz de plata que debía erguir sobre Granada, como la irguiera sobre cien otros pueblos rescatados á la morisma, encaminabáse con dos mil mílites de todas armas, equipados brillantemente, á posesionarse de la deseada conquista. Los trajes eclesiásticos de la comitiva, su propia roja púrpura cardenalicia, mezclada con las casullas do sus diáconos, caballeros en los litúrgicos mulos, al frente de un ejército en marcha, contrastarían hoy con todos nuestros sentimientos y todos nuestros gustos, pero no entonces, por tener cada prelado una parte de temporal poder, é ir anejas á sus facultades religiosas ciertas perrogativas soberanas, sin las cuales no se concebía ninguna dignidad social, ni á la hora de morir y expirar el feudalismo.

Al llegar Mendoza con su hueste á la puente por donde. sobre los fosos, debía pasar con todos los suyos á la fortaleza, dió de manos á boca con Boabdil, quien salía, seguido por un gran tropel de moros principales. Viéndole, veíase la imagen misma del desaliento. Aunque apuesto y erguido de suyo, la pesadumbre del dolor inmenso le hacía como encorvar las espaldas. Aunque jovén, pues apenas alcanzaba treinta años, tenía demacrado y arrugadísimo el rostro, como un viejo, merced á la tensión de su pensamiento en todo el sitio y á los surcos abiertos por las penas en las noches últimas. Aunque de un color moreno, el insomnio le había vuelto como verdoso, y diluído unas moradas orejas en torno de aquellos sus negros y profundos ojos, hundidos á la sazón y muertos. Por su negra barba se veían blanquear varios cabellos blancos, y por

los tendones rigidos del cuello se notaba el esfuerzo empleado para reprimir y ahogar amargos y violentos suspiros. Los labios se le caían con menosprecio, como á quien, atenaceado por una grande aflicción suprema, no le va nada en la vida, ni aguarda nada del mundo. Maldecido por el hado adverso, en ciertos momentos creia cumplir una especie de ministerio divino en la observancia y en el cumplimiento de sus fatales decretos. Más realmente no podía sobreponerse á su dolor. Asi que se imaginaba solo, y creía que nadie le miraba, quedábase rigido é inmóvil como el frio de la muerte. Una languidez, en la que se notaba con el desmayo del espíritu el desmayo del cuerpo, apoderábase de todo su ser, y sin que pudiese impedirlo el empeño y el esfuerzo propios, suspiros hondos y amargos salian de su despedazado pecho. El grupo formado por él y por los suyos junto al Cardenal y su comitiva, tenía todo el color de los grupos orientales. Turbantes de mil colores, acusando la dignidad y estirpes de aquellos que los ceñian; alquiceles de blanquísima lana y marlotas de bordados realces; túnicas al cuerpo ceñidas por talies de pedreria; damasquinadas adargas, embutidas en oro y plata con leyendas koránicas; gualdrapas tunecinas, que relumbraban maravillosamente; arreos vistosísimos y apropiados al color de los caballos; bandas é insignias; todo el esplendor de aquella ciudad refinadísima desplegábase ahora, en el momento mismo de acabar su vida é iniciarse los tristes y últimos funerales debidos á su muerte. El sitio de la escena denominábase Abaul, y sobre aquel sitio campeaban, de un lado airosa mezquita, y de otro lado la torre célebre de los Siete Suelos. Viendo venir al cardenal de Toledo á los primates granadinos tan humillados, no pudo menos que dirigirles algunas palabras muy discretas y reservadas, pues la misma natural conmiseración á la desgracia podía creerse un rebajamiento infligido al antiguo poder y fortuna. Bajaba Boabdil en busca de los Reyes, cuando encontró al cardenal; y anheloso indudablemente de romper su pecho y desahogarlo con alguna expansión y alguna

confidencia, díjole al prelado. «Vais á ocupar esos alcázares, en que nací y en que debiera yo haber muerto. Tomadlos á nombre de los esclarecidos Reyes á quienes aquel que todo lo puede ha querido entregarlos, parte por los merecimientos suyos, y parte también por los pecados nuestros.» En estas palabras, conservadas por la historia, descúbrese desde luego cómo el fatalismo ismaelita, poderoso para mover al combate y á la guerra, también es poderoso para infligir una conformídad y una resignación á la desgracia, que hace perdurables y casi eternos los estados tristes del alma en los individuos, y los decaimientos y las postraciones en los pueblos.

Un poco más abajo se presentó Boabdil al rey D. Fernando, acompañado por brillante comitiva. Una legión de pajes con sus dálmaticas bordadas de realce le precedían á pie, abriéndole camino en aquella procesión triunfal hacia la cumbre de su gloriosa conquista. Los primeros ricoshombres de Castilla y Aragón, montados en sus corceles de fiesta, y vestidos con sus preseas de gala, circuían al Monarca, llevando tales blasones é insignias, cortes tan lujosas, banderas tan varias, maceros tan blasonados, que parecía el grupo aquel un ejèrcito de verdaderos reyes. Fernando se había vestido su traje regio, y el rojo manto con vueltas de armiño cubría casi el caballo, mientras las coronas innumerables de su casa y familia se notaban prendidas en abreviadas pero relucientes joyas á su espléndida gorra cubierta de plumajes. Boabdil, por lo contrario, vestía de negro, traje conforme con su dignidad y su situación, llevando un capacete de acero damasquinado á la cabeza, con leyendas propias de su rango, y esparcidos por todo el cuerpo aquellos amuletos orientales, cuya eficacia no había visto jamás, pero en cuya virtud y fuerza confiaba el cuitado aún después de sus irreparables desgracias. Boabdil quiso apearse al ver á Fernando, y an sacó el pie de su estribo para bajar y ponerse de hinojos ante quien le había roto y humillado; pero le detuvo un imperioso ademán del Monarca cristiano. Entonces, conturbado el Rey Chico por aque-

llas muestras de afecto benévolo, pidió con grandísimo encarecimiento besar la Real mano; pero Fernando le dijo cómo se usaban aquellos homenajes de vasallo á señor, pero nunca entre iguales; Acercó eutonces Boabdil su caballo al caballo del aragonés, y tendiendo con grandísimo empeño la cabeza, besole con ardiente ósculo en el derecho brazo. Cuando ya hubo cumplido este acto de cortesía, que ímaginaba impuesto por el vencimiento al vencido, palpóse con presteza el cinto y creció su amarillor al encontrar lo que buscaba, las dos principales llaves de la ciudad májica, las dos llaves que habrían las dos puertas de aquel paraiso,-donde lanzaban el espíritu mahometano y la mahometana cultura sus últimas fulguraciones, su resplandor postrimero. Al entregar las dos llaves, Boabdil debió creer que daba con ellas las mezquitas de su Dios, los sepulcros de sus padres, la honra de su raza, y debió maldecirse á sí mismo, por la mala hora en que Hassem lo engendrara y por la mala estrella que presidiera desde los cielos á su nacimiento. designándole para que acabara en sus manos la obra milagrosa de Muza y de Tarik, los restos del Imperio que habían los Abderramanes y los Almanzores impuesto á toda España entre la maravilla y asombro de todo el Universo. Cuando ya se habia desprendido Boabdil de sus llaves, después de un vértigo, como si la vida se le acabara y se le fuera, excusó la desgracia suya con los decretos de la Providencia, é imputó al destino aquella irreparable catástrofe. Los tres axiomas del islamismo, que paralizan la mas firme voluntad, gastando los resortes motores de la vida humana, ó sean las grandes libertades, los tres flotaban sobre aquel grupo de árabes destinados á hacer entrega solemne de su patria incomparable á los enemigos implacables y eternos. El santón vestido con túnica de lana blanca, entre cuyos pliegues parecia como una estátua funeraria, rozando el suelo con sus mangas perdidas, y envuelta la cabeza, en el turbante de lino, análogo á la tiara de nubes que la montaña ciñe á su cumbre, no quería explicarse la causa de tamaña ruina, y exclamaba: «Dios lo sabe». A su vez el guerrero, que

llevaba todavía su cota de malla en el cuerpo, su escudo en el brazo, la vibrante lanza en la diestra, y al costado el corvo alfange, viendo su valor y sus medios, conformábase con arrinconarlos á un lado, sin haberlos esgrimido bastante, con esta frase fatalista: «Dios lo puede todo». Y Boabdil, que representaba la fuerza de aquel Estado, la voluntad unánime de aquel pueblo, el poder de aquella sociedad tan ilustre y grandiosa en otro tiempo, al ver cómo las torres del palacio de sus mayores se desvanecían á su vista, y cómo la corona de Alhamar, en los edenes granadinos recluída trescientos años frente á las victorias cristianas, se caia de sus sienes, en vez de revolverse airado contra la suerte y luchar aún con porfía, exclamaba: «Dios lo quiere». Cumplida la entrega de las llaves, preguntó Boabdil por el caballero que debía gobernar, bajo la noble advocación de los Reyes Católicos, á Granada; y camo le indicaran ser el Conde célebre de Tendilla, D. Iñigo López de Mendoza, dirigióse á él, y sacándose una sortija de oro con preciosa piedra que al dedo llevaba, le dijo esta frase, conservada también por la historia: «Con este sello se ha gobernado Granada. Tomadlo para que la gobernéis vos, y Alah prospere vuestro poder más que ha prosperado el mío». Siguió el Zogoibí su camino de amargura, y despues de haber encontrado al cardenal Mendoza en la puerta de los Siete Suelos y al rey Fernando por las alturas de San Sebastián, encontró á la Reina Católica en Armillas, dentro ya de la vega, y camino del real de Santa Fe. Vestía Isabel, como Fernando, su traje de gala, y asentada en su caballo como en un trono, lucia sobre sus sienes aquella corona que bien pronto debía ser la corona de dos mundos. Su hijo, el infante D. Juan, vestido con oriental riqueza y relumbrante de pedrería, caracoleaba en su corcel á la derecha, mientras á la izpuierda se veían las Infantas ornadas con trajes caprichosos y ricos, en que se combinaban los brocados florentinos con las gasas y los tisúes árabes. Una muchedumbre de mozos nobilísimos y de damas componían su corte y aumentaban si era posible, su esplendor. Por un sentimiento de natural deli

cadeza los reyes habían convenido en que allí se compensaran las tristezas del vencido con un acto verdaderamente grato á su corazón. El jóven primogénito, que desde los pactos cordobeses había estado como prenda en poder de sus enemigos, fué puesto allí mismo en libertad y entregado por Isabel á su padre. Boaddil, á pesar de sus grandes angustias y del esfuerzo que le costara traspasar las llaves de su ciudad al vencedor no vertió una lágrima siquiera, y ahogó mil veces con valeroso esfuerzo los suspiros escapados á su roto pecho. Pero entonces, en aquella ocasión, viendo á su hijo, al hijo de Moraima su amada, fruto de sus primeros amores, flor en que se perpetuaba y rehacía su vida, renuevo de su ser, y á pesar de todo esto, quien más perdía en aquel acto, el más castigado aunque por su inocencia el menos culpable, nacido en el trono y puesto en el duro trance de contentarse con triste destierro al Africa, lejos de aquel paraiso fundado por sus gloriosos abuelos, rompió todos los diques al dolor, abriendo de par en par las puertas del respeto á si mismo y de la consideración á los demás, que hasta entonces habían como retenido y refrenado las amargas cataratas de su llanto. Cubriendo su cara con la cara del pobre primogénito, lloró á todo llorar sobre ella, y desahogó así un tanto su pecho y sus ojos. Esta escena tierna impidió que dirigiera el Rey moro á la reina Isabel aquellas frases que había dirigido antes al rey Fernando y al cardenal Mendoza, pues los caballeros castellanos abreviaron el dolor abreviando la trágica escena. Y en efecto, el Adelantado de Cazorla, bajo cuyo poder pusiera el Rey cristiano al Rey Chico, le invitó á continuar hasta Santa Fé, donde, según las instrucciones recibidas, alejóle con grandísima cortesía y regalo en la tienda del Cardenal, según lo convenido. El día iba creciendo, y la cruz, llevada por Mendoza en sus manos con el fin de coronar y rematar la historia de siete siglos, no aparecia en las cumbres y adarves del palacio mahometano. Isabel, que aguardaba con impaciencia verla, engañó este deseo, primero esperando la entrevista de Boabdil, y después con la entrevista.

Así, en cuanto el Rey moro pasó, y no tuvo ni objeto ni asunto con que pacientarse y en que distraerse, volvió á fijar la vista en las torres, y á sentir disgusto por el recelo de si podía suceder un contratiempo cualquiera en aquella grande ocasión al insigne cardenal Mendoza. Los moros aparecidos por todas partes en las primeras horas de la mañana, curiosos y anhelantes por ver al ejército cristiano desplegar sus huestes y lucir sus armaduras, conforme la cruz iba entrando so aquellos arcos orientales, iban ellos desapareciendo para enterrarse dentro de sus casas como dentro de un sepulcro. Granada parecía una ciudad sin habitantes, entre diez y once de aquella mílagrosa é inolvidable mañana de su rescate. Y las horas pasaban, y la cruz no se veía relucir sobre las torres Bermejas, bañadas por un sol que iba majestuosamente snbiendo á su cenit. Imaginaba ya Isabel, en su impaciencia, que la capitulación no se había cumplido, y que había llegado el Cardenal á ser víctima de alguna emboscada. Pero, á eso del mediodía, sobre aquel torreón que se denomina la Vela el signo de la Cruz aparecíó relumbrante, como un astro diurno que compitiera con el sol brillantísimo; y al verlo relumbrar allí, en la fortaleza más alta y más hermosa de Korán, rodeado por el fuego místico de tantos martirios y por las almas innumerables de tantas generaciones heroicas, todos los soldados y todos los magnates, reyes, príncipes, obispos, ricoshombres, cuantos sentían la fé católica y la patria española en su pecho, se pusieron de hinojos sobre la tierra, cruzaron sus manos, y al són místico de las trompetas y de los clarines, trocados en trompetas y clarines de un organo inmenso, entonaron piadoso *Te Deum*, el cual parecía salir del seno de toda la nación, que había combatido siete siglos por su independencia y unidad santísimas, desde Covadonga hasta Granada. En quel día sublime hubo tambien una resurrección. Los sepulcros se abrieron y resucitaron los muertos. Sí: quinientos cautivos repitieron en sus mazmorras el *Te Deum* de la vega, y cuando éste no había concluido todavía, salieron en libertad, entonando los cánticos de su religión y po-

niendo sus cadenas rotas en los altares de la patria. Desde los tiempos de las Navas, en que los diez mil negros de la Nubia y los cien mil almohades del Atlas huían al ímpetu de las tropas españolas entre las sombras de aquella noche, sólo interrumpidas por los reflejos del incendio: y el gran Miramamolín, que había soñado por ir desde Tremecén á Toledo, y desde Toledo á Roma, huye despavorido al desíerto dejando su tienda y su Korán; desde aquella noche no se había oido un *Te Deum* como éste, sacro y solemne cántico religioso, cuyas estrofas sublimes signíficaban el rescate de nuestra libertad y la coronación y perfeccionamiento de nuestra patria.

Realizada la reconquista, encontrábase Colón frente á frente de maravilloso milogro, cumplido por la voluntad firme de un pueblo, el cual, en espacio relativamente restricto, sin auxilio de nadie, con su fé ardiente y su valor nativo, por siete siglos tuvo á raya, y venció al cabo, dos continentes como el Asia y el África, inagotables, cuyas razas mas vatalladoras, aceradas por un dogma de guerra y precedidas por un Profeta de combate inútilmente contra nosotros porfiaron, mezclando el empuje á la tenacidad venciéronlas dos virtudes patrias, el arrojo y la constancia. Sonaba la hora de convertir tantas energías al milagrosísimo logro de otra no menor empresa. Colón vió al Rey moro hincado de hinojos ante la Reina, un mundo en el ocaso ante un sol en el cenit; vió el cardenal Mendoza sobre la torre Bermeja, con su cruz en la mano, que parecía bajo aquel cielo celeste y sobre aquel pedestal rosáceo, un astro diurno resplandeciente de sublimes ideales y de consoladoras esperanzas. Todo á sus ojos lo podía la fe viva, sustentada por la voluntad rer suelta. El *Te Deum* de la vega entonado ante las ruinas de un pueblo viejo y roto, debió anticipar á su espiritu el misterioso *Te Deum* ante la surrección de un pueblo niño y de una tierra virgen. Ya no podia esperar más tiempo: la vida suya entraba en su ancianidad á más andar y la impaciencia lo destrozaba como al arbusto el huracán. Ya no hubo término medio posible, impo-

niéndose como se imponia la incontrastable alternativa de irse á otro suelo más propicio á sus planes, ó arrancar al poder de los Reyes las tres carabelas pedidas en vano durante cuatro lustros á todos los principales poderes de la rica Europa. Otra junta de sabios parece haberse reunido aquí, bajo la presidencia del cardenal Mendoza, muy semejante á la presidida en Córdoba por Talavera y la reunida en Salamanca por Deza. Geraldini la refierre mucho despues de celebrada, y cuenta como se repitieron las argumentaciones de cajón, por el profeta desvanecidas mil veces. Hallábase Geraldini tras Mendoza, cuando apretaban los ciegos del alma con mayor furia en sus tesis negativas, todas ellas fundamentadas sobre reminiscencias de pensamientos falsísimos arrancados á las obras de Leris y San Agustin. «Buenos teólogos dijo el jóven eclesiástico italiano al viejo Arzobispo español, pero malos naturalistas.» Negar el hemisferio austral cuando los portugueses habían ya en varias expediciones perdido de vista la estrella polar, pareciale una insensatez. El cardenal recogió con su impetu la idea, é impuso una decisión favorable, no obstante resistencias expresadas en sarcasmos parecidos á groseras rechiflas. La Corte de los Reyes tuvo que oir nuevamente al descubridor, quien presentó sus proposiciones, como si no cupiera duda ni perplejidad respecto del resultado. Con tal confianza en sí mismo hablaba y con tanta resolución procedia, que hubiérasele creido poseedor ya de sus tierras recien invenidas, tratando en presencia del descubrimiento de su organización territorial y de su gobierno civil. Reclamaba la dignidad suprema do Almirante, por la que á casi rey subia entre los reyes, pues aparejada iba con ella la grandeza cubierta de Castilla. Reclamaba despues el cargo de Visorrey ó Gobernador en todos cuantos pueblos y territorios descubriese. Reclamaba tras esto un diezmo de todo cuanto pudiera recogerse, y una participación como juez en cuantos tribunales pudieran entender de los litigios consiguientes á estas apropiaciones del suelo y á esta repartición de los productos. Y como instrumentos de la invención y de su logro pedia

tres carabelas bien equipadas y un cuento de maravedís bien contado. Al sobrevenir tamaña incidencia, retrocedió el proyecto de rechazo á los comienzos. Talavera, contrastado por Mendoza en aquellos dias, y casi vuelto sobre sus pasos por la toma de Granada, enfurecióse de nuevo y dijo no podian tolerarse los aires de rey en aquel desarrapado mendigo: Fernando, no obstante hallarse rodeado por una corte propicia de todo en todo á Colón, observaba con pena el renacimiento de las potestades feudales, con tanto esfuerzo combatidas aqui en la Península, más allá del Océano. Muchos y muchos otros observaban que, lograda la empresa, Colón subia de un vuelo á Rey; y malograda, sin perder él cosa mayor, los Reyes perdian toda seriedad en el concepto universal, por lo que debia irse de seguida el desatinado y ambiciosísimo visionario á otra parte con la música. En cambio, nunca rayó tan alto el descubridor en clarividencia y en voluntad. Veía su empresa tan lograda, y los nuevos territorios tan palpables, y los mares tan poblados, y el grande Kan por tal modo vivo, y el reino de Catay tan resplandeciente de oro, y la isla de Chipango tan bordada de especias y tan ceñida de perlas, que no daba su brazo á torcer y no queria malbaratar por poco los metales y la pedrería, cuyos resplandores y cuyos iris deslumbraban sus ojos, arrobados y extáticos á tanta maravilla. Así que lo desahuciaron, saltó en su mula, y á rienda suelta echóse á correr hacia Córdoba, para despedirse de prendas caras á su corazón, y recalar luego por Francia, entregándole sin vacilaciones la propiedad entera de sus proyectos, desconocidos por la ciega España. En aquella marcha de noctámbulo, una capital consideración le molestaba principalmente: la de haber escogido el territorio ibero para su partida, por lo más occidental de nuestra Europa, y lo más próximo á las Indias orientales en los caminos de Occidente, y ninguno de los tres grandes Reyes suyos, ni el de Castilla, ni el de Portugal, ni el de Aragón, le habian creído. Fernando, político antes que todo, quedó muy conforme con que no renaciera el feudalismo

allende los mares, despuès de acogotado aquende; pero Isabel, más exaltada y más piadosa y más creyente y más amante y más poeta, quedó entristecida por no completar la empresa en tierra concluída, con otra empresa en mar, y no traerle á la Iglesia de Dios nuevos territorios que bendecir con nuevas razas que bautizar, tras aquellas victorias henchidas de promesas y esperanzas. Conociendo tal estado de su ánimo acudieron todos los partidarios de Colón á la Reina, y le presentaron en animadísimos discursos lo que perdia con el desahucio al Profeta y con el menosprecio de su profecía. Quintanilla, el contador; Deza, el sabio; Mendoza, el arzobispo; Medinaceli, el potentado; Geraldini, el influyente; Cabrero, el doméstico; la escuchada nodriza del infante don Juan; el gloriosísimo Conde que acompañara por su estrecho parentesco, algo misterioso, con el Cardenal á éste sobre la Vela en Granada; Marchena, siempre al habla con el descubridor, para quien se desojaba leyendo letras y mirando astros; todos á una debieron arrestarse á caer sobre los Reyes en tropel, exigiéndoles con firmeza y respeto no privasen de aquel dominio nuevo á la Iglesia y de aquel inmarcesible lauro á la patria. Con efecto, el génio de Colón pertenecia de suyo á los oráculos y el genio de Isabel á las pitonisas. En sus sendas almas dominaba la inspiración, y en sus sendos corazones el sentimiento. Creian porque amaban; y amaban porque creian. La fe los guiaba; y aunque la fé aparece con los ojos vendados, es para no ver los obstáculos con que tropieza en toda realidad impura el purisimo ideal. Isabel y Colón aparecen por tal modo sublimes en este instante, que solo podrian simbolizarlos aquellas sibilas y aquellos profetas puestos por pinceles parècidos á manojo de rayos y en el éter creador empapados, por los pinceles de Miguel Angel, en aquel èspacio henchido de ideas que se llama la Capilla Sixtina.

Pero ¡ah! que hasta los profetas y las sibilas tropiezan en este mundo con lo que tropezaban entonces los dos titanes de nuestra historia, tropiezan con el dinero. La manzana de oro, en que no

podían clavar el diente, érales tan fatal como á nuestros primeros padres la manzana del Paraíso, á este Adán cíclico y á esta Eva inmaculada, que gemían á la puerta del nuevo paraíso. Teníanlo todo: fe, genio, inspiracion, intuiciones, pero no tenían dinero. Pues como si nada tuviesen. Lope hizo decir á Colón en diálogo con Fernando, el cual requiere con instancias al descubrimiento á demandarle lo que necesitaba, estos versos:

Señor, dineros, que el dinero en todo
Es el maestro, el norte, la derrota,
El camino, el ingenio, industria y fuerza,
El fundamento y el mayor amigo.»

Ahora bien: la reina Isabel no tenía dinero. Su guerra con Granada le había costado un sentido. Veíase con sus mismos criados empeñada. Quintanilla le prestó mil maravedíes para poder salir de Segovia con su hermano Alonso; en los Toros de Guisando, además de trescientos mil adelantados por el Marqués de Medina, ochenta mil de su bolsillo particular para el negocio de Avila; cincuenta mil manteniendo bajo una peste horrorosa en Satisteban seiscientas lanzas al servicio real; doscientos mil en los tratos con la Marquesa de Moya que le impusieron la travesía del puerto unas treinta y seis veces, en las cuales perdió siete mulas; ciento cincuenta mil en captar los desterrados que debían revolver sobre Tordesillas, y tomarla, el Duque de Alba entre otros; y en los Merinos; y en las Hermandades, y en los receptores de Castilla y en las armadas contra el turco, y en el reino de Navarra, y en el socorro á Estella tal número de millones á la continua pedidos por el tesorero, y con dificultad pagados por el erario, tal número de millones, que muestran la miseria de los Reyes y la riqueza de alguno que otro entre sus pobres vasallos. No debe tal situacion maravillarnos si atendemos á lo sucedido poco antes en Castilla. El predecesor de los Reyes Católicos, Enrique IV, había dispendiado todo el patrimonio real. Sobre las alcabalas, tercias y demás rentas reales daba sin tasa y sin escrùpulo á troche y moche juros de heredad

en blanco, para que los llenase á su guisa y gusto el querido de su mujer, D. Beltrán de la Cueva, y el Duque de Benavente y el Conde de Lemos y el repostero mayor de su casa y el enano de Jerez y el negro Rodrigo y el Lazarico de Sevilla, cosas parecidas á las contadas en picarescos romances. Asi vendian los Reyes, como cualquier perdido tras una noche de juego, sus ajuares. Para enviar la sin ventura D.ª Catalina de Aragón al Principe de Gales en matrimonio y poner sobre Lóndres la dote pedida por su avaro suegro Enrique VII, se vendieron las mejores y más ricas tapicerías de la Reina. Para negocios del Estado se mandaron las alhajas más preciosas de la corona real á los usureros de Valencia y se pusieron depositadas en San Jerónimo de Córdoba. El riquísimo collar de los balajes enormes y de las perlas gordas, tantas veces lucido en torneos y saraos, todo él con áureo engaste llamado de araña; el otro, de los cordones con catorce piezas, en pedrería copiosas; el joyel de la salamandra, con dos cabezas compuestas de rubíes y brillantes; las flechas hermosísimas de aljófares, y las manillas y las salamanquesas tan costosas como un imperio, pesadas todas en el peso de Cámara, iban al bueno de Talavera, convertido en único depositario, á fin de venderlas ó empeñarlas para cosas cumplideras al Real servicio. Y se hacía esto por tal modo en toda la Edad Media, que D. Alonso el Savio envió á empeñar la corona de Castilla en el palacio de los Benimerines, para que le diese dineros Ibn Kaldun, el Sultan, con que combatir al infante D. Sancho, rebelado en armas contra el Rey su padre. Razones políticas, muy poderosas en la voluntad concentrada de Fernando V, pagadísimo con razón de la unidad del poder, y razones económicas, en la voluntad intensa de Isabel muy poderosas, como deseosisima de algún orden y arreglo en sus rentas, persuadiéronles al desahucio dictado por las nuevas cantidades pedidas para la expedición y por las innumerables preeminencias pedidas para el caso de que la expedición tuviese los prometidos resultados.

Pero ni una ni otra consideración parecían entre los amigos del descubridor bastantes á justificar el abandono y desahucio de sus maravillosos planes. La Marquesa de Moya se portaba en el cenit de tanta gloria como se portara otros dias en sus comienzos desastrados y en sus albores tormentosos. Allí aconsejaba resolución y resolución aquí. Allí amenazaba con matar á quien impidiese la unión de las dos Coronas por el matrimonio de los dos Príncipes: aquí movia el pensamiento y la voluntad regias de aquel bienhadado matrimonio en la mayor de sus empresas, donde les aguardaba el más verde y más preciado entre todos sus lauros. En su alma entraba el espíritu de aquel siglo, que, despues de haber encontrado la imprenta en una mísera sacristía del apartado Estrasburgo; de haber sorprendido en los escombros de las ruinas apuellas estatuas clásicas que venian á interrumpir las penitencias cenobíticas y á rejuvenecer la forma humana; de haber fijado en el sibilino volumen de Copérnico la esfera del sol en el centro de todas las esferas y en el foco de todas las elipses planetarias; de haber ensanchado los espacios del viejo mundo, por los portugueses, debía crear nuevas tierras en el Océano, y completandolo con el ignorado Pacífico ' y el polo austral, sembrar de nuevos soles y de constelaciones jamás vistas el infinito, más lleno de luz etérea y más henchido de Dios, La Marquesa de Moya. como Victoria Colonna, como Renata de Anjou, como Blanca Cornaro, como tantas mujeres gloriosas del Renacimiento, enciende con el soplo de sus labios la espléndida luz del nuevo ideal. Pero si ella fué la idea y el sentimiento, Santángelo fué á su vez el cálculo y la realización práctica del proyecto. Quintanilla le abrió á Colón el camino de la Corte, y Santángelo el puerto de Palos. De familia conversa; cristiano nuevo por ende; uno de aquellos judios viejos, grandes ilustradores del mundo cristiano, como los Cartagenas de Burgos, por ejemplo, reunía, segun la índole y complexión de su raza, con el amor al ideal, propio de los profetas adivinadores de Dios, el cálculo reflexivo de los arbitristas y de los matemáti-

cos. Lo cierto es que un día, Fernando V, de paso desde Aragon á Castilla, y necesitado de alguna cantidad en los apuros continuos y en la pobreza de aquellas monarquias, detuvo el caballo ante la puerta de su casa en Calatayud, y desmontándolo, entróse á emprestarle una cantidad que halló en su inagotable tesoro familiar. Mucho poder debía disfrutar, cuando gente de su familia y sangre participó en el sacrificio é inmolacion de Pedro Arbués, el primer inquisidor, muerto en la catedral á los furores de un motin popular, sin que le alcanzase al tosorero de Fernando, ni la desgracia del regio favor, ni la sabida pena de infamia. Santángelo entró en el cuarto de la Reina, así que supo la partida inesperada do Colón, á conjurarla en favor de la vuelta, y se halló con la Marquesa de Moya. Y como la reina se quejara de las peticiones del descubridor, le dijo que todo valía poco si el plan se lograba, y todo se reducía, en último término, á cero si el plan se frustrase. Y como á estas razones potentísimas la Reina le opusiera la penuria del Tesoro y la necesidad en que se hallaría de volver á empeñar nuevamente sus joyas, Santángelo, en su decision, mostróle cuán repleto estaba el Tesoro aragonés, indudablemente por las granjerias que le trajera la expulsión de los judios, y como allí podrían encontrarse recursos, prometiendo al par de todo esto persuadir el ánimo parado y el pensamiento incierto de Fernando el Católico. Y en efecto, expidióse un correo que detuvo á Colón en el cercano puente, á dos leguas, y que le hizo tornar bridas á Granada, en donde se firmaron las capitulaciones de Santa Fé, concediendo á Colón todo aquello que pedía por el mes de Abril, y desde donde se partió á Palos por Mayo, para salir de allí en Agosto al nuevo increible viaje argonáutico, en cuyo término, buscando el más viejo y más histórico espacio de las tierras antiguas, tropezó el adivino, sin pensarlo y sin quererlo, con una nueva creación.

CAPÍTULO XV.

DE SANTA FE Á PALOS.

No se necesita esforzar mucho la imaginación para comprender cuál cúmulo de satisfacciones llenarían el alma de Colón al tocar el deseado logro de sus anhelos y cumplir el objeto y fin à donde dirigiera desde la mocedad toda su vida. Bajo esta impresión se partió á Córdoba desde Granada. El camino entre la ciudad hermosísima del Darro, todavía vestida con sus preseas orientales como asentada en la puerta del harén antiguo, y la vieja capital del Califato cristianizada por tres siglos de rezos católicos, debió conmoverle profundamente con regocijos espirituales, nunca gustados antes, y evocarle, allá en la imaginación, de suyo creadora y plástica, cual buena imaginación italiana, el conjunto de visiones dobles, inspiradas unas en las páginas del sacro Viejo Testamento, é inspiradas otras en los descriptores del áureo reino mongólico. Y no debe olvidarse que Colon emprende su camino en Mayo. Nada tan ocasionado á ensueños como aquella Sierra Nevada, parecida en su esplendor argénteo á disco inmenso de irregular y divina luna, que nadara en el éter y tocase con sus bordes inferiores en la tierra; como aquellos torreones y aquellos muros, todos rosáceos, entre los cuales, transparentes á manera de ám-

bar y lustrosos á manera de coral, gallardean melancólicos cipreses, á cuyos troncos los jazmines de Damasco y los rosales de Alejandría se abrazan, y á cuyos pies florecen los embriagadores azahares; como aquellas orillas del Genil, cubiertas en todo su largo de adelfas matizadas por las gradaciones del color purpurino, y murtas siempre verdes ceñidas de coronas siempre blancas; como aquellas colinas de cortes tan armoniosos, ornadas con el plateado follaje casi metálico del olivar en flor y con el claro pámpano de la viña en ciernes; como aquellos pueblos tan alegres, rematados por alminares tan airosos y cubiertos por espontáneos jardines naturales, como los que pinta Mayo en Andalucía, llena de zarzales floridos y de amapolas encendidas y de lirios sedosos y de alhucema y de cantueso; como aquellas cordilleras en que las ya dentadas ó ya esféricas cumbres relucen á modo de las facetas en los brillantes y amatistas, despidiendo chispas que tomaríaís por multicolores aerolitos; como aquel cielo donde se adivinan las visiones de Murillo con sus aleteos místicos y se oyen los cantares andaluces acompañados por el rasgueo continuo de melodiosísimas guitarras. Sí, el 12 de Mayo, que tomaba Colón su camino de Granada á Córdoba, para ir luego de Córdoba á Sevilla, de Sevilla á Huelva, de Huelva á Moguer y Palos, punto este último donde le aguardaba el embarque deseado hacia la realización de sus visiones, verificadas ya en su fe y en sus seguras esperanzas, ese camino, sembrado de venturas tangibles ¡oh! brilla como una esplendente nebulosa de ilusiones, como un istmo sembrado de flores entre las fatigas y las penas consiguientes á la preparación de su obra y los desengaños consiguientes á su realización. Dios ha querido poner enormes desproporciones entre todo lo ideado en la mente y todo lo cumplido en la realidad; entre todo aquello que se desea por el corazón y todo aquello que se consigue ó alcanza en la vida. Y ha querido más en sus misericordias, ha querido que al cumplimiento y logro de un deseo se tornen satisfacciones, y satisfacciones de una grande intensidad, las penas

sufridas por lograrlo y cumplirlo. Desde todo Tabor se aparece radiante la visión del pasado Gólgota; porqué asi como no hay nacimiento posible para la criatura humana sin lágrimas y sangre, no hay posible transfiguración celestial, sino después de haber pasado por las angustias del Huerto y por las agonias del Calvario. A Colón se le apareceria de seguro aquella larga gestación del pensamiento suyo con todos los dolores á ella por precisión anejos, como un contraste necesario para la verdadera comprensión y el cumplido goce de su victoria. La indiferencia de su Italia, la ignorancia de aquel tiempo, los desdenes de cien poderosos por el egoismo cegados, las repulsas de tantos y tantos como lo creian loco, las celadas puestas á sus planes por la empecatadísima envidia, el despego de tal sabio y la excomunión de tal monje; aquella Junta de Lisboa, empeñada en aniquilarlo; aquel Rey de Portugal, riéndose de los colombinos planes como de cosa desatinada, para luego á hurtadillas escamotearlos; el estudio prolijo del mar y del cielo en sus cabilaciones astrológicas; los derroteros peligrosos en el Mediterráneo sembrado de piratas berbericos y turcos, como en el Océano desde la isla de Thulé hasta la punta Bojador, entre hielos aquélla y entre ardores ésta; el dictamen áspero de la comisión presidida en Córdoba por Talavera; las chacotas y las pedreas del vulgo viéndolo pasar como aquejado por una demencia inofensiva, pero burlesca; el continuo é inutil reclamo á las puertas del poderoso con los tormentos en las antesalas henchidas de cortesanos que se guiñaban el ojo al verlo y se reian de sus promesas, consideradas como desatinos; la caida rodando cien veces desde las esperanzas más ciertas á los desengaños mas acérbos; los dias de sus despedidas supremas desahuciado de la Corte, y el anochecer de su llegada horrible á la Rábida, sepulcro en que iban sus ilusiones á enterrarse, debian aparecérsele como interminable calle de amargura extendida veinte años á sus ojos, ¡la cual, vista de nuevo ahora entre los deliquios de la felicidad, debia con sus recuerdos aumentar satisfacciones y esperanzas en aquel grande

ánimo. No quiso pasar á Palos sin en Córdoba detenerse. No quiso entregarse al azar de lo desconocido sin ver á la mujer que habia contrastado con las flores del amor las espinas de sus taladradas sienes. El matrimonio legitimo con la primera mujer le habia dado su hijo Diego y el amor ilegitimo con su amada le habia dado su hijo Fernando. No fuera marino ó descubridor, si le ciñeran unos brazos de tal modo al hogar, que no quisiese, retenido por ellos, arriesgarse á una expedición temeraria; y no fuera hombre, si dejara con criminal descuido las prendas de su amor faltas de la indispensable asistencia. Detúvose, pues, unos dias en Córdoba para despedirse de su amada y proveer á la suerte de sus hijos. La familia hidalga, con quien tuvo trato y alianzas de tan extraña especie, aunque pobre de suyo, cooperó con poco dinero, pero cooperó materialmente, á la preparación del intuitivo plan; y un Arana, hermano de Beatriz, fue devoto compañero de Colón, tanto en este primer embarque como en todo su viaje, asistiéndolo en todos sus combates, apoyándolo en todos sus desmayos y auxiliándolo en la dificil empresa de arreglar la primer expedición; porque miraba los asuntos relativos á la invención como asuntos de familia. ¡Cuánto debió costarle al piloto la separación y apartamiento de aquella Córdoba, en cuyo aromado seno encontrara el más intenso amor de su vida y tuviera el predilecto hijo de sus entrañas! ¡Qué diferencia entre aquel hogar amado y el mar inmenso, entre los ojos de la mujer predilecta y los relampagueos de la horrible tempestad, entre la familia cariñosisima y la tripulación recelosa, entre los abismos del misterio donde se sumergia en sombras y los reclamos del amor á los goces más puros del alma y á los mayores encantos del mundo! Pero en cosa ninguna se conoce la verdad absoluta de aquella ley providencial, que rige las moles y las ideas, juntamente con la verdad absoluta de una finalidad universal mostrada por la corralación de las facultades en los individuos y en las especies con su ministerio sobre la Naturaleza y sobre la sociedad, como en este poder supremo de los hombres superiores

y predestinados para sobreponerse á todas las propensiones más arraigadas en la complexión humana, y menospreciando los más precisos sentimientos, consagrarse á una obra, de la cual suele tan sólo clavarse todas las espinas, mientras la humanidad entera y el tiempo eterno reportan para si todas las ventajas. ¡Con qué dolor se apartaria Colón de aquellos jardines del Guadalquivir donde habian corrido felices dias para su corazón hasta en medio de los combates y de los desengaños! ¡Cuánta fuerza de voluntad necesitaria para sobrepenerse al imperio de los más avasalladores instintos el imperio de su razón y el presentimiento de su destino! En el regocijo connatural á su victoria, un dejo bien amargo quedaba por esas mezclas de bien y mal que constiuyen la triste levadura de nuestra humana vida y era esta separación dolorosa del ser que le habia sonreido en la desgracia y vendábale con sus manos las heridas del alma. Asi fué para Colón el mes de Mayo en 1492.

El mes de Junio resulta luego un mes de luchas y de angustias. Arreglados sus negocios domésticos, el descubridor se personó en Palos, consagrándose con empeño al trabajo enorme de apercibir y preparar la expedición. Aquel primer elemento de toda empresa útil, el aceite de los cilindros que mueven todas las ruedas, ó sea el dinero, estaba pronto. Habianse los recursos arbitrado por bien varias maneras y bien diversos métodos. Á la villa de Palos imponiasele con toda solemnidad en cédula Real, y á guisa de tributación forzosa, el embargo de tres carabelas pertenecientes á pilotos y armadores suyos, para una empresa misteriosa, por tiempo indefinido. Aunque se usó en la fórmula el oficial estribillo, asegurando destinarlas á cosas cumplideras al servicio de los Reyes, y se declaró por el pueblo y sus autoridades la conformidad con lo proveido, no hubo en la preparación el necesario empeño, ni la diligencia con el empeño correlativa y al empeño correspondiente. Dióse por fines de Abril aquella trascendental orden; publicó en fines de Mayo el Municipio requerido á su cumplimiento la necesaria confor-

midad; y, sin embargo, en fines de Junio se hicieron precisas conminaciones de todo género, y luego apremios de toda urgencia para que la ejecución de lo mandado con tanta premura por los de arriba y prometido con tanta obediencia por los de abajo se compliese. Estos auxilios municipales, de mucha cuantía é importancia, se unieron al millon y ciento cuarenta mil maravedises concedidos por la Corona de Castilla y á los quinientos mil maravedises por Colón aportados como participación suya personal en la octaba parte, allegada y cumplida con muchos y muy complejos esfuerzos y con muchos recursos venidos de diversos orígenes. No se tenia todo, sin embargo, con tener el dinero. Las gentes requeridas á cooperar en la empresa y seguir al descubridor encabritábanse bajo el anhelo de sacudir aquella pesadísima carga y burlar aquella onerosa obligación. Por deservicios á la Corona y en forma de castigo se les imponia el aprontamiento de las carabelas y su costosa provisión; medida, cuya gravedad pesaba mucho sobre los hombros de aquel pueblo mareante y necesitado por ende para sí de todos los recursos marítimos. El sentir general revolviase contra el aventurero gárrulo y ligerísimo que les apenaba con habladurías sugeridas por su facundia italiana y con fantaseos nacidos en una imaginación, según ellos, del todo confusa y desarreglada. Maldecian la hora en que á sus puertas llegó aquel peregrino, capaz de dar con sus hechicerias y embustes mal de ojo á todo un pueblo, hacia el cual únicamente podia sentir la indiferencia, cuando no el odio, natural en gentes extrañas y extranjeras. Quien haya sido extrañado alguna vez por fuerza y se haya visto forastero en cualquier pueblo comprenderá los afectos despertados por Colón en la gente á quien tales dolores infligía. Y con estas naturales repulsiones juntábase lo maravilloso y extraordinario de aquel caso con lo temible y pavorosísimo de sus circunstancias y accidentes. El nombre de tenebroso, dado al mar occidental prueba en cuán tupido velo de negras supersticiones lo habia envuelto la general ignorancia, tan propensa de suyo á creer

todas las fàbulas trágicas. Corrientes bituminosas, como las ideadas para pintar los ríos del infierno, enturbiaban la superficie de océano tan por extremo terrible; y vapores mefíticos, á nubes de muerte semejantes, henchían aquellos caliginosos aires. Todo cuanto se dice y se cree de los peligros en el mar frecuentes agrandábase al tratarse de un mar circuído por impenetrable misterio. Si la imaginación ha puesto en las aguas más rientes, bajo los cielos más espléndidos, al pie de costas abiertas como senos amorosos, en olas que guardan perlas y lamen corales, aquellas engañadoras sirenas, cuya sonrisa os atrae para destrozaros en sus brazos; aquellas Gorgonas que os petrifican; aquellas Circes, contra las cuales precisa tapiarse de cera los oídos; aquellos Encélados, escaladores de las alturas sidéreas por escalones de lava y entre chasquidos de rayos; aquellos titanes desmesurados, cuyos pulmones remedan la fragua del Etna; el cavernoso antro de donde suelta Eolg, desde sus odres y pellejos, los huracanes y las tormentas que tronchan como cañas los mástiles: si tales cosas espantables pensó la riente Grecia y la idílica Sicilia del mar y sus procelas, imaginaos lo que la supersticiosa Edad Media expirante creería de un océano como el Atlántico, tan embravecido á la continua y proceloso, hacia cuyos abismos empujaba el poder con sus fuerzas coercitivas á gentes cansada de ver cómo se iban muchos y no volvían, hundidos en profundidades que la tempestad azota con tanta frecuencia y que pueblan en tanto número titánicos monstruos.

Así que pusieron los continos el embargo á las carabelas emigraron cuantos podían tripularlas como si el mar se los hubiera tragado. La orden de acopiar mantenimientos para un año aterraba con terror pánico y contagioso á los más audaces, acostumbrados en sus correrías de mayor atrevimiento á derroteros, los cuales unas doscientas leguas, á lo sumo, les apartaban de las costas. En vano los Reyes expedían cartas sobre cartas; en vano los alcaldes publicaban una tras otras en bandos

públicos á voces, de trompetas y tambores acompañadas, las indispensables órdenes; en vano el contino de SS. AA., Juan de Peñalosa, compelía los pilotos á embarcarse, sino de grado, por fuerza; en vano acababa de llegar el corregidor Juan de Cepeda, que había inmediatamente aprestado las fortalezas, artillándolas, para llevar la imposición del mandato á las últimas violencias: los marinos corrían como alma que se llevase por los aires el diablo, y haciendo la cruz al charlatán genovés, volvíanse invisibles cual por arte de magia y encantamento. Con aquella corajuda tenacidad, propia del temperamento que reconoce la ciencia en Colón, éste porfiaba tanto por embarcarse á cualquier coste y con cualquier tripulación, que prometía, según el contexto de poderes fehacientes, perdonar las condenas y abrir las cárceles, llevándose los criminales, aun á riesgo de que lo matasen, como si aquella expedición, en lugar de ser una empresa, fuera un suicidio. Estas heróicas resoluciones, bastantes, en otro cualquier caso y ocasión, á acreditarlo de mártir, ó héroe, ó redentor; en esta porfía le daban como aires de monomaniaco y le ponían en peligro de que lo ataran á la menor novedad y lo recluyeran en cualquier hospital. Por todos estos engaños del público, las resistencias ajenas redoblaban á medida que redoblaba Colón los esfuerzos propios. ¿Cómo, decían las gentes, podéis fiaros de quien lleva la demencia, no sólo á querer levas alzadas con amenazas de un cañoneo asolador, sino á reabrir las cárceles y arramblar con los presidiarios en una empresa marítima, para la cual tanto se pide la virtud, y la humildad, y la obediencia, y la sujeción á las ordenanzas materiales y morales de una disciplina militar y religiosa?

Hoy, explorado el cielo por los telescopios, henchidos los barcos del vapor que los impele contra viento y marea, el rayo de las tormentas cambiado en luz eléctrica, la tierra explorada, las costas esclarecidas en su mayor parte por faros amigos del navegante, no podemos explicarnos los terrores de aquel tiempo ante un misterio como el Atlántico mar, que las gentes creian

cerrado por témpanos gigantescos perpetuos, lamiendo zonas inhabitables, donde por necesidad habrían de trcpezar con su sepultura los atrevidos que fuesen osados á reirse de las divinas prohibiciones; preñado del Érebo, del caos formidable, de donde las cosas al eco de la palabra divina surgieran y adonde han de volver las cosas también, deshechas y disueltas en las ráfagas precursoras del juicio final: Apocalipsis espantoso, en que unas veces aparecía la mano de Satanás, semejante por sus dimensiones á colosal araña, manchando los cielos, y abierta para enredar en sus negros dedos los barcos, y otras veces aquel enorme *Leviathan*, forjando por cíclopes horribles y por feos hipocentauros, combatiendo entre sendos huracanes eléctricos, seguido de voraces y exterminadores monstruos, los cuales se conjuran para extender y difundir por las aguas inexploradas perdurables y exterminadores naufragios. Para que nada faltase, había la imaginación, extraviada en sus delirios, alterando hasta la historia natural, y visto en las aguas peces de extraordinarias formas asaltando á los pobres mareantes, y aves de dos cabezas con garras mas afiladas que todos los aceros juntos, cuyas negras alas podian obscurecer el sol como con dobles sudarios y cuyo hueco buche devorar y sepultar pueblos enteros. Así, no recordemos que los pobladores de Moguer y Palos preferian sus buques y sus hogares á la incertidumbre de una empresa, por más que la esmaltasen los iniciadores con toda suerte de halagos y prometiesen al terminar rios de plata líquida, montañas de oro macizo, mares donde se cosechaban las perl s á puñados, llovizn as y rocíos de brillantes; no recordemos esta resistencia de los pacíficos ciudadanos; recordemos únicamente cómo los penados preferían la cadena perpetua y la horca misma, si los apuraban, á morir achicharrados en la zona tórrida ó hervidos en agua de una continua ebullición. Ni las suspensiones de causas decretadas en pro del número de reos que quisieran tripular las carabelas; ni las inverosimiles medidas congruentes con estas violencias lograban resultado ninguno favorable á la empresa;

y Colón corría el grave riesgo de ahogarse á la orilla misma del mar de su deseo, y perder el ahorro de unos treinta y más años en que habia vuelto su vida y su idea por entero hacia la colosal obra de su viaje, frustado casi por increibles repugnancias de abajo, completamente inesperadas, cuando parecía más cierto y más seguro por las concesiones de arriba con tan hercúleos empeños alcanzadas. Los nervios de Colón á tal recelo se descompusieron por completo y la cabeza padeció vértigos no experimentados en las contrariedades mayores. Aquella su paciencia inacabable se fundió en una impaciencia febril que lo mataba, y estalló en sacudimientos casi epilépticos y en desesperanzas casi suicidas. Con las ordenanzas Reales puestas sobre su cabeza; con el oro, á tanto esfuerzo allegado, en su escarcela; con las autoridades todas á sus pies; el plan suyo se perdia y desconcertaba en la resistencia popular.

Afortunadamente, Colón tenia por sí á la providencia de su obra, tenia por si al franciscano Juan Perez; y éste, como le habia con su influjo acorrido en las dificultades opuestas por la Córte, acorreriale tambien ahora en las dificultades opuestas por el pueblo. Colón le pidió auxilio en tres consecutivos naufragios morales, peores que los naufragios oceánicos, y á los tres dió puerto de refugio la caridad y la sabiduria del monje. Su conocimiento de la muchedumbre corria parejas con su conocimiento de la realeza. Y cual supo buscar en el trono la fuente de los recursos necesarios para la obra, supo buscar en el pueblo los medios de que los recursos allegados no se frustaran por carencia de cooperación popular en el trabajo, más infimo quizás, pero más indispensable, á tanta empresa. Moviale primero su amistad por la persona de Colón, exaltada en términos de parecerse mucho á la sentida más tarde por el nombre y memoria de Colón en el pecho de un hombre tan fervoroso y vehemente como el P. Las Casas, amistades las dos en culto rayanas y transmitidas casi con sus obras materiales é intelectuales á todos los siglos. Mas, dejando aparte afectos personalisimos tan dignos y

nobles, aun movía de seguro al P. Juan, mayormente que su amistad con Colón, su amor á la ciencia cosmográfica, en las orillas del mar y en las conversaciones con los pilotos allegada, y su amor á la religión cristiana, próxima en sus experiencias y en sus conclusiones á extenderse por los mares y por los horizontes y por los territorios y por los pueblos de que le hablaba el descubridor en la cruz del convento, mirando al cielo y oyendo al Océano, por las noches, al saltarle la cabeza el genio y bullirle en los labios el verbo de sus proféticas visiones. Y allá con su amistad por el Profeta y con su afecto entusiasta por la ciencia, con culto su piadosísimo á la religión, uníase por necesidad el deseo natural de tan exaltado fraile de que su Orden, la seráfica Orden franciscana, cuyo espíritu había inspirado á Giotto sus cuadros, y á Dante sus tercetos, y á San Buenaventura sus libros, extrayendo del cristianismo aquella tendencia democrática que había de juntarlo por siempre al progreso universal inscribiese durante toda una eternidad su recuerdo imperecedero en la obra, que creía el y anunciaba imperecedera también, de su amado amigo, el inmortal nauta. Y, con efecto, el presentimiento luminosísimo se cumplió; la religión de San Francisco brilló en aquella ocasión y sobre aquel plan como la estrella evangélica que guiara los Reyes del Oriente antiguo y extremo al portal de Belén. Diríase que Dios había querido premiar la caridad inagotable de San Francisco asociando su Orden á tan caritativa obra; los amores de San Francisco por la naturaleza, guardados en sus poemas de las florecillas, asociando su Orden al hallazgo de nuevos aromas en campos recién creados, como el paraiso terrenal sin mancha, por recién invenidos, y de astros nunca lucientes hasta entonces en lo infinito; el cuidado de San Francisco por los pobres y por los humildes, de tanto más precio cuanto que los cumplía bajo las feudales terribles ladroneras y horcas del fèrreo mundo medioeval, asociando su orden al continente oculto en que debían brotar la libertad, la democracia, la república, esa clarísima trilogia del mundo so-

cial correspondiente con la trinidad sublime del cielo cristiano. Los desasimientos de todo interés mezquino; los entusiasmos y efusiones por el ideal religioso; la mezcla feliz de su fe viva con su adivinada ciencia; el efluvio magnètico de un éter como el que despiden las noches andaluzas y las absorciones de una evaporación salina como la que los mares oceánicos exhalan; aquella natural confianza que se adquiere por necesidad al recogimiento y al estudio monásticos, en la posible verificación de todas las sobrehumanas intuiciones, hiciéronle, no sólo santo, sabio en astronomía y náutica, determinando su ánimo á mezclarse con tanto empeño en la empresa increíble hasta cumplirla con tanta felicidad, que su ascética figura luce hoy, entre todas, á las puertas del Nuevo Mundo; y su nombre no se apagará en los recuerdos de la eterna humanidad, ni siquiera cuando se hayan extinguido las estrellas australes en los espacios del nuevo hemisferio.

CAPÍTULO XIV.

MARTÍN ALONZO PINZÓN.

¿Qué se necesita, preguntóse á sí mismo el P. Peréz, para preparar la obra de Colón en este instante supremo? Pues necesitábase de una influencia en los pueblos tan poderosa como la que había tenido él en los Reyes. Tal influencia debía estar cimentada en la solidez de una posición social, y en el crédito de un saber marítimo que destruye las desconfianzas populares y embarcase las dotaciones indispensables en las vacías carabelas. Para esto había que buscar autoridad, y autoridad comarcana capaz de completar las muchedumbres á poner mano en la empresa. Nadie está obligado á tener el don de adivinanza. Un asceta como el buen franciscano debía entrever en sus deliquios el Nuevo Mundo y el nuevo cielo. Pero la muchedumbre no podía subir á esas alturas y necesitaba juzgar por la experiencia. Sin que sea preciso visitarlas y conocerlas, basta con recorrer en cualquier compendio geográfico la ribera, presidida por Huelva hoy sobre la extrema parte del territorio andaluz, para comprender cómo en ella predominan dos caracteres indudables: el marino y el minero. Con ríos formados casi por óxidos de hierro; con minas de cobre, celebradas desde los prehistóricos tiempos; con marismas inacabables, que parecen pedir poblaciones anfi

bias de agricultores y nautas á un tiempo; con aquellas costas, donde termina el viejo continente y comienza el Océano infinito, con bocas y desembocaduras de agua muy aprovechables; con cabos y promontorios muy conocidos por todos los geógrafos; con radas y bahías muy llenas en cualquier estación de numerosas embarcaciones; con ermitas é iglesias ribereñas cargadas de ofrendas y exvotos marítimos; aquella región debía poseer, cuando el descubridor la requería y apremiaba, un patriciado industrial y marino, en cuyas manos estuviera el comienzo de su navegación y por lo mismo el fundamento de su colosal empresa. Los patricios allí arraigados podían disipar los escrúpulos en las muchedumbres naturales. Su competencia no debía ofrecer dudas á nadie, como que cien veces al mar se dieran en sus naves y cien veces del mar volvieron á sus casas. Las familias dejadas por ellos entre las poblaciones, los hogares á la vista de todos, los bienes raíces, los intereses múltiples, las relaciones con los parientes y los conciudadanos podían servir de hipoteca segura y de fiadores verdaderos en cualquier empresa ó proyecto, pues contrastaban mucho con el origen lejano, con el carácter extranjero, con los misterios indecibles que circuían al desconocido piloto nómada, llegado allí en escasez confinante con la miseria, llevando un pobre hato al hombro y un misero niñico á la mano, sin que pudiesen saberse de su competencia y saber ninguna noticia más que las seguridades dadas por un fraile, cuyo sublime candor le hacía ver cosas y personas envueltas en mágicos tintes prestados por una caridad optimista, la cual refleja su ciencia y su amor interiores sobre todos cuantos la rodean y concluye por elevarlos con palabras y obras á su altura. Juan Pérez, no tan desconocedor del mundo como creían las gentes de Moguer y Palos, comprendiendo que nada hiciera, si después de haber asegurado los planes de Colón en la Corte, los dejaba inejecutados y baldíos por las resistencias del pueblo, pensó en unir con la cabeza del proyecto, como decimos en lengua vulgar, las manos y los pies, moviendo los Pinzones como

extraordinariamente idóneos á procurar el auxilio requerido de los nautas, quienes propendían á creer en lo que llamaban ellos habladurías é imaginaciones de un desconocido aventurero. Y aquí aparecen los Pinzones, que aparejan la expedición en Julio.

El primer efecto de tal intervención fué la inmediata facilidad en el apercibimiento de las tripulaciones y en el acarreo á bordo de los tripulantes. El segundo efecto fué un total abandono de las violencias y una saludable apelación á las persuasiones. El tercer efecto una confianza total en la formalidad indudable del propósito é intento y seguridades plenas en el pueblo de una salida ó éxito feliz al viaje. Garci-Fernández fiaba con sus ideas, á fuer de cosmógrafo, la verdad científica del proyecto; Juan Pérez, con sus oraciones, á fuer de franciscano, el fin moral y religioso; pero el más influyente de suyo era en aquel período, á fuer de marino experto, Martín Alonso Pinzón, pues con sus viejas experiencias, con su valor nativo, con sus muchos desembolsos, aseguraba la realización práctica de todo lo ideado por Colón y sostenido por sus entusiastas partidarios. Pinzón había navegado mucho. Armador, no por afición únicamente, por herencia, por esa herencia conocida en el saber moderno con la denominación de atavismo, formaba sumado á los pilotos y marineros de su región y de su tiempo una de las familias grandes, una colectividad y suma de familias, á que llamamos en Historia Natural especies. Muy curtido por el agua salada su cuerpo, y muy atezada por el sol marino su tez, y muy movida por las olas y por los aires su flotante casa, y muy comunicado su espíritu con diversas gentes, y muy abierto su pueblo al comercio de sus intereses y de sus industrias con varias factorías, y muy penetrado todo su ser de las experiencias marítimas, á ningún atrevimiento del descubridor se asustó y retrocedió; antes bien, túvolos todos por hacederos, y á lo sumo por posibles, aunque no le pareciesen de modo alguno sencillos y fáciles. A fines de Junio, ni las ideas de Garci-Fernández, ni los sermo-

nes de Fr. Pérez, ni los apremios del contino Real suscitando levas, ni los medios coercitivos del Corregidor, empeñado en alcanzar con palizas la obediencia negada del todo al mandato impuesto en representación y nombre del Rey, habían cosa ninguna conseguido; y las naves, que debían estar aparejadas, se iban pudriendo en la costa, mientras desaparecían como fantasmas las tripulaciones con tanto empeño congregadas para el embarque. Pero así que Martín Alonso Pinzón puso mano en la obra, cambió como por milagrosa maravilla el estado y aspecto de la comarca. Los tímidos cobraron valor, los desesperados esperanza y seguridad, los perezosos diligencia, los indiferentes interés, los escépticos fe, los perplejos certidumbre; y la desierta playa se pobló de marineros, y los calafateadores tendieron sus breas por las quillas á reparar, y los carpinteros clavaron sus tablas en los boquetes á cubrir, y los proveedores aportaron sus cargas en las bodegas á llenar, y los hilanderos suspendieron sus lonas en los mástiles á completar; y no hubo necesidad alguna de forzados para remeros, ni de criminales para proveer y ocurrir á obra, como aquella, de ciencia y de paz. El buen Martín Alonso Pinzón describía con tan vivos colores y con tan marinera elocuencia el término de la navegación, que, por una de las reacciones frecuentes en los bruscos cambios de temperatura moral, connaturales á los pueblos, la irreductible oposición antigua se había trocado en verdadero entusiasmo. Con unos noventa hombres Colón se hubiera contentado para comienzo de la empresa; pues más de ciento veinte le procuró su activo y poderoso auxiliar. Muy escaso andaba de recursos el descubridor por sus cortas previsiones administrativas y los cuantiosísimos dispendios demandados para la preparación del plan; pues el inteligente y ducho cooperador sumó un medio cuento de maravedises al cuento con colmo entregado por los Reyes Católicos. La población de Palos componíase por aquella sazón de unos dos mil vecinos escasos; pues tres pilotos dió al descubridor, amén del núcleo de la marinería. Con los hijos de

Palos, con otros en menor número del cercano Moguer, con varios de Niebla y Huelva y Ayamonte, con pocos de otras comarcas, y con algún aventurero, sumóse la tripulación, que, para lo singular del caso y para lo grave del peligro, no era muy confusa y muy heterogénea en sus factores.

Las carabelas embargadas no le parecían á Pinzón cosa mayor. Aunque prefería estas embarcaciones, no obstante su pequeñez, por más costeras y más fáciles á la entrada en bocas de ríos y en senos de radas, dió de mano el sabio armador á todo lo inútil y extrajo de sus almacenes lo útil y aprovechable. Habilitó la *Niña*, propiedad y hechura de su hermano menor. A la *Gallega*, la de mayores proporciones, y por lo mismo con aires y significación de capitana, más que carabela, nao de considerable bordo, única con cubierta, resistente y bien aparejada, rebautizóla con el nombre de *Santa María*, y la dispuso para la enseña principal y para el Almirante. La tercera, de las embargadas, según unos, y según otros, de la propiedad del hábil marino tomó el nombre de *Pinta*. Créese también que una de las naves perteneció á al gran piloto Cosa. Parecía otro el pueblo. Su camino á Moguer hormigueaba de gentes como su camino á la Rábida. Iban y venían muchas en busca y requerimiento de Colón, huésped del monasterio; pero iban y venían más en busca de los Pinzones, habitantes de Palos, y con parentela en todos los pueblos de la comarca. Estos tres hermanos, y el médico astrólogo Garci-Fernández, y el fraile francisco Juan Pérez, y el gran descubridor Colón, componían una especie de familia espiritual, convergente á preparar la expedición toda ella. Aportó Pinzón al acervo de los recursos allegados quinientos mil maravedises; proveyó la grandiosa empresa del material de embarque y de las provisiones indispensables á tan larga navegación; reunió, parte por convicción como parte con dádivas, la gente; y no medió papel ninguno de recibos y entregas, ni se convino por escritura ningún reparto en los provechos remitidos á la buena fe y á la reciproca lealtad suyas y del Almirante. Muchos

explicaban esto por indicios que tenía el auxiliar de las múltiples noticias sobre cuyas sólidas sugestiones apoyaba los planes suyos el descubridor, indicios provinientes de la mucha ciencia que tenía Pinzón. Y estudiando con cuidado la vida entera de este activo mareante, á pesar del descuido suyo, y de la incuria de sus contemporáneos, «más largos en realizar hazañas que en referirlas», viénese á conocimiento de que debió haber aprendido mucho por lo mucho también que había estudiado. Sus correrías marítimas por el Mediterráneo; su estada en puertos y ciudades, donde al cambio de productos se unía el cambio de ideas; sus observaciones leídas en el doble libro compuesto por signos de reveladores astros y por líneas de luminosas estelas; su carácter observador y su inteligencia indagadora le alzaban por tal modo sobre los contemporáneos, que pudo y debió comprender á Colón y seguirlo, sin dejar por eso aquellas emulaciones y competencias anejas de suyo á nuestra pobre y miserable humanidad. En una veta de su historia se halla quizás el secreto de aquel su proceder y la razón de aquellas sus previsiones, en el viaje á Roma, hecho para requerir datos conducentes á exploraciones nuevas, inspiradas por el ejemplo de los portugueses y por las noticias reunidas en las navegaciones de éstos á Guinea y á Canarias. Pinzón conoció mucho á cierto bibliotecario de Inocencio VIII, que la historia no designa por su nombre; y este bibliotecario sapientisimo le mostró un mapa donde constaban ciertas indicaciones de tierras allende las islas Afortunadas y en dirección hacia Occidente. Será verdad, será mentira: no hay dato cierto y justificativo de tal especie; pero corre por todos los libros y nace del esplendor con que lucia la corte pontificia en aquella edad. Figura poco saliente la del buen Inocencio, borrada entre las obras artisticas de su antecesor, el feliz en maravillas Sixto IV, que diera su nombre á inmortales monumentos, y el extrañísimo Alejandro VI, que levantara sus ambiciones tan alto y dirigiera su politica tan lejos, no brilla sino por haber su familia querido asociar el nombre suyo á los preli-

minares del descubrimiento colombino, como consta en la inscripción que pusieron sobre su sepulcro en el Vaticano, excusa de inexcusables flaquezas y título al perdón de la posteridad. Y estos viajes de Pinzón por la península itálica; sus estancias en Roma, entonces resplandeciente de ideas y de inspiraciones; sus visitas á la biblioteca vaticana y su amistad con el bibliotecario de Inocencio VIII, si no testifican la existencia del nunca encontrado mapa, testifican los muchos tesoros de saber cosmográfico acumulados en la corte pontificia, y muy propios para prestar al glorioso auxiliar de Colón la diligencia con que acudió á lo preparativos de la proyectada obra y el ojo certero con que columbró su realización matemática.

La región de Huelva está, como ninguna otra, unida por guirnalda hermosísima de recuerdos y por constelación luminosa de nombres con la epopeya del descubrimiento. Dejando aparte Garci-Fernandez, Juan Pérez, los tres Pinzones, Peñalosa, no deben olvidarse otros nombres, bien pertenecientes á la leyenda, bien pertenecientes á la historia, cuya fama compite con la fama de los anteriores. Natural de Lepe, Sebastián Rodriguez, que aportara el acuerdo supremo desde Granada para una definitiva inteligencia, conducente á procurar la invención del Nuevo Mundo, entre la Reina y el Piloto; señor de Ayamonte y de Huelva, el Duque de Medinasidonia, que recibiera confidencias intimas de Colón y esbozara varios, aunque frustrados, proyectos; de Huelva el Alonso Sánchez, mencionado un siglo después de la invención por el inca Garcilaso como primero en abordar, conducido por las tempestades á desconocidas playas, acaso pertenecientes al Nuevo Mundo; de Moguer y de Palos el mayor número entre los reunidos para la tripulación de los tres barcos á quienes cupo haber cumplido las profecías del sobrenatural nauta y evocado en los mares la nueva creación que al sublime profeta confiara el secreto de su existencia. Por eso los peregrinos de la civilización, al hollar todo aquel espacio sacrosanto donde se iniciara una obra tan grande, y visitar los sitios

ungidos con recuerdos que interesan á la historia universal, no se paran en el esplendor de aquel cielo andaluz y en la transparencia de aquellos mares meridionales; no atienden ni á las hermosas lagunas llenas así de plantas como de aves acuáticas, ni á los bosques de pinos cortados por vergeles de frutales y por cepas de viñedo que alegran la campiña; no aprecian tanto mineral esparcido á flor de tierra, ni tanto río cargado con sustancias ricas; no miran siquiera los monumentos mudéjares, de una originalidad tan extraña, y los azulejos multicolores, de unas reverberaciones tan hermosas; no saludan la solitaria palmera crecida entre las costas, en que las navecillas atracan, y el montículo, sobre cuyo tope se levanta la Rábida, aquella palmera testigo de toda la ya legendaria expedición; en el ánimo de todos privan principalmente las evaporaciones de ideas reveladoras despedidas por la comarca y las figuras tradicionales de una epopeya inmortal, tan admirablemente coronadas de luz por la poesía y por la historia.

CAPÍTULO XVII.

EL DIA DE LA PARTIDA

ERA el dia 2 de Agosto de 1492 cuando todos los preparativos para el embarque de Colón hacia el mundo ignoto se dieron por terminados, y quedaron avisadas las gentes para que se apercibiesen á la partida, pues no había hora segura de zarpar, librada solamente á la espera de una favorable y necesaria brisa. Como el mar guarda misterios, que parecen divinos, y sorpresas, que parecen providenciales, aquellas ideas religiosas, por la fe cristiana sobrepuestas á todo lo inexplicado é inexplicable, se recrudecen y exaltan en la infinita extensión de los espacios marítimos, como en el silencio nunca interrumpido y en el secreto siempre insondable de la muerte. Por mucho que creamos en la irregularidad fatal de las leyes universales y en el enlace y concordancia de todos los fenómenos con el sistema de la Naturaleza rigurosamente lógico y con el equilibrio perdurable de las fuerzas, hay algo, lo cual podrá explicarse por quien todo lo ha causado y todo en sí lo ha comprendido, pero no por nuestra contingente inteligencia, cuya limitación sólo descubre un lado parcialísimo en las cosas, y ahí penetra el enjambre de ideas místicas, subiendo al cielo deliquios de plegaria, espirales de incienso, acentos de órgano,

y bajando del cielo rayos de santa inspiración y rocíos de consoladoras esperanzas. Así, nada tan puesto en razón, y tan justificado por todo aquello apercibido y preparado en aquel minuto solemne, como una procesión de rogativa por los tripulantes hecha desde las carabelas ya dispuestas á partirse, hasta las iglesias, donde se fijaban los ojos como un faro espiritual, superior á cuantos faros materiales pudieran encenderse por los promontorios y las costas. Poco, muy poco está de la Rábida, castigada por los cambios sociales, tan parecidos á terremotos, que trastornan desde las instituciones y las leyes hasta los monumentos con sus terribles sacudidas; pero junto á un claustro bien ojival de la época, junto á una techumbre mudéjar de alerce donde Colón fijaría de seguro los ojos, consérvase una efigie muy arqueológica de María, en cuya presencia los marineros acaso rezaran, el rumor de las brisas y los pinos, las poéticas letanías que dominan luminosa estrella de los mares à la Vírgen Madre. ¡Cuántas evaporaciones de mal ocultas lágrimas, cuántos soplos de suspiros profundos, cuántos ecos de plegarias ardorosas, no habrán quedado en el regazo de aquella efigie, preferida en las devociones marineras! Por poco poeta que seáis, no podeis acercaros á la Vírgen de la Rábida sin ver en sus sienes tal aureola de recuerdos.

Realizado este acto de piedad, rezada en Palos una misa, las tripulaciones volvieron á las carabelas, donde aguardaron sumisas la órden de zarpar, mientras Colón se recogía en el monasterio y velaba diligentísimo en escucha y atención del aguardado viento. Sublimes horas las que le separaban de los comienzos de su empresa, horas en que se agolparían á su memoria todos los recuerdos transmitidos por lo pasado y á su corazón todas las esperanzas que centelleaban sobre lo porvenir y esclarecían los caminos conducentes al anhelado logro de su empresa Las dos virtudes mayores de Colón resultan la fe viva en Dios y en el amparo de Dios, así como una confianza en sí mismo y en su obra capital proviniente de esta fe viva. Su lectura favorita re-

sulta el Evangelio de San Juan, como el Evangelio resulta, junto á los tres que con él constituyen las revelaciones directas del Dios cristiano, una encarnación milagrosa del Verbo, bastante fuerte y eficaz para mover el sublime piloto á cuajar y cristalizar toda la idealidad aquella que debía cumplir sus seguras esperanzas. Así esperaba poder zarpar el mismo dia en cuya madrugada se había entrado, el dia 3 de Agosto, por ser viernes, y como viernes, fausto, no obstante lo dicho por viejas supersticiones italianas en contrario, pues en viernes la primera cruzada, dirígida por Godofredo de Bouillón, tomó á Jerusalén, y la última, comandada por los Reyes Católicos, en viernes tomó á Granada. Pero no solamente favorecían los designios suyos estas fechas y reminiscencias célebres; los favorecían también las piadosas tradiciones franciscanas. No comprenderá jamás á Colón quien olvide cuánto la vista suya tenía de telescópica y de microscópica; cuánto el carácter suyo de profeta y de negociante; cuánto el proceder suyo de sinceridad honrada y de doblez florentina, cualidades opuestas, excluídas unas por otras en los espíritus segundos, pero que se armonizan y hasta se completan en los espíritus superiores. Así no descuidó cosa ninguna, ni desatendió á ningún perfil en sus preparativos, sin empecer ésta minucia en lo particular á lo sublime del sintético y sobrenatural conjunto. Él supo encontrar quien le procurase dinero para entrar como socio capitalista en la misma sociedad mercantil donde tenía la parte capitalísima de socio industrial. Él dió con lugartenientes, los cuales cooperaron á su obra en la preparación de cosas segundas, á cuyo seno, por bajas no descendía el influjo de su espíritu altísimo. Él escribió contratos llenos de números y granjerías con los Reyes, al mismo tiempo que dictaba cartas llenas de fantaseos para que le valieran cuando tuviese que presentarse ante la persona del Grande Kan de Magnolia. Y á todo esto añadia sus propias oraciones, muy repetidas é insistentes, sumadas con las oraciones del Rdo. Fr. Pérez y de toda la Comunidad franciscana.

Colón veló sus carabelas desde la noche del 2 á la mañana del 3 de Agosto, ni más ni menos que velaban sus arreos de pelear los caballeros andantes en la Edad Media. Esperábase por todos los marinos expertos un viento favorable á la salida y no había de faltar la vigilancia suya en tan dichosa espera. Como desde sitio, cual el altillo de la Rábida, podía observarse mar y cielo. el piloto con atención sostenida observaba, y parecía en su observatorio ave agorera de las que presagian el cambio en los vientos sobre un pie á la cumbre porosa y humedísima del alto y combatido escollo. La tradición franciscana y los escritores piadosos han puesto aquí un episodio cercano de la leyenda, que si no tiene histórica exactitud, tiene moral probabilidad. En punto de las tres, cuando aun brillaban todos los luceros en el cielo y dormían en la tierra todo- los seres, el viento aguardado llegó, difundiendo vida nueva en las venas del descubridor y acelerando con las vibraciones de sus nervios los latidos de su corazón. Los pinos vibraron, como si lanzaran un cántico matinal; y las olas comenzaron á ondular blandamente, cual si latieran, como el soplo de las brisas, al soplo de la esperanza y del amor. Colón despertó al P. Juan Pérez, el P. Juan Pérez al niño Diego, y los tres fuéronse á la iglesia en busca de auxilio celeste y de conhorte religioso, para las necesarias terribles separaciones y para el misterioso viaje. Como en la inmensidad etérea lucían las estrellas, en el reducido templo lucían las lámparas. El fulgor de aquellas esclarecía, los derroteros del Océano y el fulgor de éstas esclarecía los derroteros del espíritu. El fraile se revistió y dijo en el altar mayor, ante la Virgen esclarecida por lámparas y cirios litúrgicos, el santo sacrificio. La misa que se decía delante de los altares; la campana que resonaba en el espacio silencioso; la ola que despedía dulce rumor á lo alto el pino que vibraba como si quisiera murmurar una oración cristiana; el tomillo y la salvia que confundía sus bocanadas de aromas con las espirales del incienso; los rezos del niño lloroso al pensamiento de la separación y los píos armoniosísimos de

las alondras anunciando ya el nuevo día; las brisas del aire y los versículos del ritual; el áureo cáliz resplandeciendo dentro del templo al par que resplandecía fuera el matinal lucero, como destello de la luz ideal el uno, y como destello de la luz material el otro; las evaporacionos lanzadas por el Océano y las lágrimas por el profeta vertidas; todo cuanto sucedía en esta mañana creadora, todo compenetraba el espíritu con la Naturaleza y confundía las criaturas unas con otras en los senos de su divino Criador.

¡Como rezaría Juan Pérez aquella misa, una de las más augustas y solemnes, si en estos caben grados, que se hayan jamás dicho en los altares católicos! ¡Y cómo lo oiría Colón, pensando en sus deliquios interiores y en sus adivinaciones proféticas, que por aquella noche, á las nupcias divinas del alma humana con el espíritu divino, virgen creación, más bella que la referida por el *Génesis*, é iluminada por una luz más hermosa que la luz material, por la luz del pensamiento redimido y libre, iba en los mares á surgir, como una evocación de su genio. El paso ante sus ojos de los divinos misterios conmemorados en la misa debía confortarle para soportar el recuerdo de los dolores autíguos y apercibirlo para recibir la triste visita de los doleres futuros. Hé aquí porque nunca podrá extinguirse la virtud sana del cristianismo, ni contrastarse la milagrosa influencia suya sobre las almas, porque, al revés de todas las religiones, divinizadoras de la fortuna y la fuerza, ha divinizado la religión cristiana el dolor. el martirio, el sacrificio, la pobreza y la muerte. Pasó ante Colón, como ante todos los reveladores, el melancólico cenáculo, el triste Olivete, la noche del huerto, la venida del ángel con los acíbares de todas las amarguras en su cáliz, el traidor sueño de los apóstoles, el beso de Judas, la negativa de Pedro, las blasfemias de Caifás, los insultos en el Pretorio, la calle de Amargura, las tres caídas, los azotes á la columna, el lazo de los puños, el clavo de las manos y de los pies, la esponja de hieles en los lábios, la corona de abrojos en las sienes, el suspiro de dolor que

llenó el Universo, la muerte de todo un Dios en la cruz, es decir, la condensación de todas las lágrimas y de toda la sangre derramada por la humanidad en el triste Calvario de su misérrimo planeta. Después, extáticos los ojos, las manos plegadas, las rodillas en el suelo, no cabiéndole ya el corazón en el pecho ni la esperanza en el corazón, acercóse á la mística cena y tomó el pan eucarístico, por cuya virtud, transfundida en sus carnes y en su sangre la carne y la sangre de Cristo; ninguno de los dolores pasados podían extrañarle y ninguno de los dolores venideros sorprenderle ya, pues á medida que crece la grandeza intelectual y moral en el hombre, también crece la pena y la desgracia en la vida. El alma de Colón estará por una eternidad en el coro donde resplandecen las almas de todos los grandes iniciadores históricos. El caracter intelectnal suyo será el carácter intelectual de lo porvenir; una ciencia que no excluya la fe y una fe que no maldiga la ciencia. Como en el Evangelio de San Juan, recitado aquella sublime madrugada por Fr. Pérez al oído del Profeta, será luz material el Verbo divino y Verbo divino la luz material: *lumen de lumine, Deum verum de Deo vero.* La ciencia no se mantendrá en abstracciones puras y estériles, creyendo su ministerio concluido con decir la verdad; tomará de la fe sus piedades por los desvalidos y proclamará que no valen cosa los secretos arrancados al misterio eterno, cuando su revelación marre de algún modo en prosperar el humano bien. Concluiráse todo esto de que la religión se niegue al raciocinio, y de que la ciencia nos condene á la pena capital de una eterna muerte y de un olvido eterno. La grandeza de Colón consistía en esto; en el *Sursum corda* con que respondía su fe espiritual á todas las negativas, y en la confianza de sí con que penetraba sin arredrarse dentro de los misterios: que así como hay fuego bajo la tierra más fria, está Dios bajo la obscuridad más espesa. Sin aquel nativo entusiasmo suyo, nunca concibiera el plan inverosímil que ha renovado la Naturaleza; y sin la pertinencia en su entusiasmo, nunca lo hubiera cumplido; mas no

debe olvidarse que tal fuerza creadora le provino de la misteriosísima suma entre dos factores tan luminosos y tan vivificantes como la religión y la ciencia.

Semejante al Yima que nos presenta el Zendavesta, lanzóse audaz por el camino, donde parecía que se apagaba el sol, y puso muy lejos el ocaso, robándole así dominios á la noche y espacio á las tinieblas. Pero conseguía esto porque sus ideas volaban al mismo tiempo entre las lámparas y entre las estrellas, calentándose así el rayo luminoso del humano saber como al místico fuego del divino altar. Colón se había refugiado en sí mismo cuantas veces lo tendiera derribado por el suelo frío la desgracia implacable, y en sí mismo había encontrado la esperanza; porque, cual en lo más hondo del Universo, en sí mismo había encontrado también á Dios. ¿Nos extrañará que haya sido iniciador quien combinaba los números con los astros y los astros con las ideas y las ideas con los intereses? ¿Nos extrañará que haya hecho hablar á la esfinge de una tierra callada y oculta quien uniera con el dogma el cálculo y á las abstractas operaciones del matemático juntara las prácticas piadosas del creyente? Así, este revelador Hermes ha descifrado jeroglíficos del Universo inscritos en las entradas tormentosísimas del mar tenebroso por la mano del destino antiguo, los cuales jeroglíficos, al caerse y disiparse bajo el conjuro de la palabra del descubridor, nos mostraron á una con ríos tan grandes como nuestros mares y montañas tan enormes que parecían levantar el cielo á mayor altura y floras extrañas y perlas sinúmero y gentes sin pecado, como si nos hubiera devuelto á la triste descendencia de Adán el perdido paraíso. Los velos que ocultaban esa Isis del mar, á la cual denominamos América por designarle con cualquier nombre, jamás se hubiesen rasgado, si Colón, al mismo tiempo que calculaba, no hubiera creído.

Así, cuando terminó de oir misa y de tomar la comunión, sintióse más fuerte. Y bien lo había menester; porque le inundaban las lágrimas el rostro y le rompían los latidos de su corazón el

pecho al separarse y despedirse del fraile que le asegurara la realización de su empresa, del cosmógrafo que la esclareciera con sus ideas, y sobre todo del hijo de sus entrañas, que le partía en pedazos con sus besos, y con sus lloros y con sus cariños el alma. Pero precisaba descender á la playa por fuerza, y descendió con resolución, arrancándose á brazos que lo retenían en la tierra como las raíces al árbol, cuando iban abriéndose ya las alas de sus velas para conducirlo por el cielo y el mar. Asi llegó bien pronto al muelle de Palos, y cuando el alba iba rayando por Oriente, la nao capitana se acercó á recibir con verdadera majestad al nuevo argonauta. La vibración de cuerdas y lonas, el movimiento de tripulaciones y aparejos, el silbato de contramaestres y el grito de marineros, propios á las preparaciones del zarpar, divulgaron las señales de partida por el aire y atrajeron la gente ribereña, siempre madrugadora, por la costa, en el vivo natural deseo de ver la operación curiosísima y despedir á los expedicionarios, de todos naturalmente amados. Imposible comprender estas despedidas en los pueblos marineros como no se hayan alguna vez presenciado. Las ausencias y separaciones frecuentes en los trabajos marítimos acrecientan el amor en la familia y este acrecentamiento del amor los dolores anejos á las terribles separaciones. Así, mientras los marineros movían el estruendo natural á la ejecución de sus maniobras, oíanse gritos de tiernas despedidas, ayes lanzados por las almas y mal reprimidos por las enronquecidas gargantas, sollozos de mujeres desesperadas acompañados por lloros de niños, los cuales se dolían, sin saber por qué, avisados de un instinto, cuyas revelaciones les decían también cuánto y como tenían que llorar ellos en la vida por la tristísima herencia de penas y dolores, en verdad aceptada sin beneficio de inventario. Cuando Colón pasó del esquife á la carabela y se levantaron las áncoras, un escalofrio general recorrió el cuerpo de los tripulantes que se iban y el cuerpo de las personas que los despedían. Al dolor, engendrado por todas las navegaciones, uníase ahora en ésta la incertidum-

bre del resultado, sólo propia para generar la perplejidad en los ánimos, esa perplejidad llena de verdaderas angustias. Sabían de dónde iban; pero así que, tomado el rumbo á Cádiz, y tras Cádiz á Canarias, y tras Canarias al Occidente, dejasen tales islas, recién conquistadas unas, y otras por conquistar todavía, desconocían todos el derrotero que iban á seguir y á dónde llegarían y en cuánto tiempo. La cruz flotaba sobre aquella nao capitana, que iba zarpando hacia lo desconocido, hacia lo ignorado, hacia lo misterioso, quizás todo ello impenetrable, quizás todo ello inaccesible, quizás á la inteligencia humana superior é inaquistable por la humana voluntad, como lo infinito que nos rodea, como la eternidad en que todo se sucede, como el ideal de perfección adonde nos dirigimos de continuo sin llegar jamás, como el más allá de todos los deseos y de todos los afanes y de todos los esfuerzos y de todos los anhelos á que nuestra vida entera se dirige y se alza, volviendo á caer sobre sí misma dentro de su límite y de su lecho, á la manera del mar embravecido y encrespado, que los huracanes del cielo baten y levantan en tormentosas aguas, las cuales cómo que quieren apagar los astros y luego tornan dentro de su inmenso lecho á caerse y á callarse.

Ya hemos dicho en otra ocasión que la carabela se prestaba, como ningún barco del tiempo, al hercúleo esfuerzo de las exploraciones oceànicas y al hallazgo de los territorios apartados. Harto resistentes y grandes para el fin de contrastar las alteraraciones y embates oceánicos, eran también harto ligeras y estrechas para reconocer la desembocadura de los rios y bogar entre orillas mansamente. Sin embargo, según el sentir de maestros en las artes náuticas, llamábase carabela, por regla general, en tiempo de Colón á todo barco de carga, cualesquiera que fuesen sus dimensiones y su resistencia. «Embarcación de una cubierta, larga y angosta, con un espolón á la proa», dice nuestro Diccionario de Autoridades, al cual consultamos como á un oráculo del idioma nacional, definiendo la palabra carabela. Esta definición

verdaderamente no puede sufrir ningún reparo en su primera fórmula, si hemos de atender á cuanto dicen tratados de náutica escritos con verdadera competencia. Pero cuando el clásico Diccionario añade que tienen las carabelas tres mástiles iguales casi, con tres vergas muy largas y en cada verga su correspondiente vela latina, el reparo surge, pues carabelas llamamos á las tres embarcaciones de la flotilla mandada por Colón y sólo una llevaba la clase de vela indicada por nuestro Diccionario, la más diminuta y frágil, bautizada por ende con el nombre de *Niña.* También el Diccionario de Autoridades castellano riñe luego con los libros clásicos de marinería, cuando asegura que aparecen como de mucho peligro las carabelas, pues á causa de su ligereza vuelcan pronto, si no se cambian con grande celeridad las velas, que son uniformes, mientras maestros en mar, en ciencia y experiencia náuticas, las presentan hoy como resistentes y fortísimas para los menesteres de aquellos tiempos. Ochenta toneladas le reconocen á la carabela colombina los más, y una popa cuadrada concluida por un castillo alto en contraposición al de proa, mucho menor y con velas recuadradas unas y latinas otras generalmente. Sin embargo, la definición de un maestro en estas cosas hace las carabelas mayores que lo generalmente de sus dimensiones creído, y las describe como «de marcha rápida, de construcción sólida, de dos castillos alterosos á popa y proa, de tres palos verticales y bauprés, aparejo redondo en el mayor trinquete y mesana latina.» Unos dicen que andaban veintiocho leguas en cada veinticuatro horas y dicen otros que andaban hasta setenta y dos. Yo he visto con mis propios ojos en la Biblioteca Colombina las carabelas de Colón perfectamente dibujadas. El descubridor mismo las ha trazado con aquella mano firme, de antiguo hecha, por su oficio, al dibujo de mapas y derroteros y objetos marítimos, con una indudable fidelidad. Hállanse copiadas sobre la primera Década de Angleria, que se conserva entre los libros más preciosos del segundogénito de Colón, su Fernando. La desproporción de

dimensiones entre las naves á primera vista salta y con la desproporción de dimensiones la diversidad completa de aparejos. *La Santa María* excede y aventaja mucho á sus compañeras en forma y en grandeza. El aparejo suyo aparece mucho más complicado que los correspondientes á las otras. Velas cuadradas penden del palo mayor y del palo segundo. Una latina se tiende á popa. La diferencia de altura entre popa y proa muy enorme á la simple vista parece. La *Pinta* en el dibujo resulta una especie de término medio entre la *Santa María* y la *Niña,* más parecida por su arboladura y por su cordaje á la primera que á la segunda. Por fin, la *Niña* se parece mucho á los laúdes pescadores y mercantes de ahora, como que sus latinas velas traen á las mientes aquellas ligerísimas embarcaciones, frecuentes por las aguas del Mediterráneo, cuyas blancas lonas, heridas por los rayos de un sol meridional, aparecen gallardas entre las aguas y los cielos azules, á manera de gaviotas que huellan con las puntas de sus alas aquella superficie luminosa rizada por un oleaje ligerísimo y blando. Desde luego cada embarcación llevaba el número de tripulantes con arreglo á su capacidad y á su importancia. En la nave capitana iban por compañeros del Almirante un maestro, como Juan Cosa, natural de las montañas cantábricas, muy curtido por aquel turbulento mar; un físico de Moguer, maestre Alonso, provisto de todas las experiencias permitidas por los deficientes medios de observación que había en su tiempo; un alguacil mayor de Córdoba; un repostero de los estados Reales; un paje de corte y un escribano de armada; un judío converso como intérprete; un veedor, llamado así por estar adscrito en las ciudades y villas para reconocer si estaban á ley ú ordenanza conformes las obras de cualquier gremio y oficina de bastimentos. Así, en el segundo libro de los Reales ordenamientos valía veedor lo mismo que visitador; y la voluntad clara del Rey era diputar cada año personas discretas, las que fueran menester, por veedores para que visitasen tierras ó provincias. La *Pinta* llevaba muchos marinos, casi todos naturales de Palos,

mientras algunos tan sólo de Moguer. Por el carácter de las sendas tripulaciones veíase como la *Santa Maria* llevaba el gobierno de todas y la *Pinta* el mayor número posible de marineros muy expertos en cosas anejas á su difícil oficio. En menor número la *Niña*, llevaba una tripulación semejante á la congregada por Martín Alonso Pinzón en la *Pinta*. Contábanse junto á los avezados y expertos en el mar, un cirujano, un platero ensayador, un explorador natural de Irlanda y otro natural de Inglaterra con varios labriegos y campesinos de regiones adentro, extremeños, andaluces, manchegos, y aun castellanos viejos. Verdaderamente, aquellos hombres tenían corazón de acero, y despreciaban la vida con profundo menosprecio, arriesgándose á una expedición semejante. Los marinos anteriores á ellos contaban con advertencias más ó menos ciertas y tradiciones más ó menos seguras que á sus empresas los guiasen. Ulyses, en quien personificó Grecia los trabajos y amarguras del mercante, recorrió y un corto espacio: Jason se apartó muy poco del suelo patrio del hogar paterno; Alejandro mismo recorrió continentes muy conocidos por la geografía de su tiempo y muy estudiados por la ciencia helénica, poniendo sus pies en tierra consistente y sólida; mientras estos marinos españoles á una se lanzaban en los abismos de inexplorado mar, que creia inexplorable la universalidad de las gentes, y por ende imposible la vuelta desde ellos, como veian su ingreso defendido por apocalípticas espadas de ángeles exterminadores, muy semejantes á los puestos por la tradición católica en la postrimer jornada de nuestra cansadísima tierra. Tentar á Dios; llamar al diablo; caer en una sima semejante al infierno; por mar tenebroso extenderse, de plomo derretido quizás compuesto, y en atmósfera caliginosa envuelto, como en paño fúnebre; tropezar con jamás vistos monstruos abortados por satanescos misterios: he ahí cuanto encontraban como aguijón y estímulo y espoleo de su empresa los compañeros de Colón en el momento de zarpar de sus tierras, tan conocidas y tan amadas, para sumergirse como piedras mágicas

en abismos insondables. Aquel viaje únicamente podía compararse con los viajes fantásticos pintados durante la Edad Media por medio de litúrgicos círculos y esferas de un mundo sobrenatural y diabólico. Todavía Colón llevaba consigo su ciencia, sus adivinaciones, las facultades correlativas con el ministerio que debía desempeñar en la naturaleza y con el fin que había de cumplir en la sociedad y en la historia; el sentimiento interior de su grandeza y la vista certera de una creación que tocaba con sus audaces manos de atrevido explorador y que contemplaba en sus intuiciones milagrosas de inspirado profeta; por lo cual no retrocedía delante de ningún obstáculo, ni desmayaba por contrariedad ninguna, ni hacía caso del sofisma, ni se amedrentaba por las amenazas, ni se retorcía en el potro de las calumnias, viendo siempre aquellos mares orlados de perlas, aquellas minas preñadas de metales preciosos, aquellos bosques de canela y otras olorosas especias, aquellas cresterías de brillantes y esmeraldas sobre las cordilleras, aquellos empedrados de plata y aquellos templos de oro macizo, tras todo lo cual iba desalado en alucinaciones, cuya magnética influencia le inspiraban una seguridad en sí mismo y una certidumbre de su obra, del éxito afortunado y del seguro logro, que nos explican su fe vivísima y su esperanza inalterable. Pero ¿qué tenian los compañeros? Únicamente su valor.

CAPÍTULO XVIII.

VIAJE DE PALOS Á CANARIAS

CONVIRTAMOS los ojos al comienzo del viaje. El pueblo perdió pronto las carabelas de vista por lo sinuoso de la costa; mas el franciscano Fray Pérez y sus compañeros las observaron tres consecutivas horas en el Océano, hasta que una distancia larga borró sus líneas tras la línea del horizonte sensible. A las primeras singladuras, avistaron estos buques, portadores de tantas promesas para lo porvenir, otros buques portadores de odios y de rencores provenientes de lo pasado. Con efecto, una de las últimas naves que transportaban allende los judíos expulsados de nuestra España por la intolerancia religiosa, personificada en el odioso Tribunal de la Fe recién establecido, cruzaba cerca de la flota ida en pos del Nuevo Mundo para renovar la creación y ofrecer un seguro al principio de la humana libertad renaciente y un templo al Dios de la conciencia redimida. Como si el sol no saliera para todos; como si á todos el cielo en sus designios no nos hubiera hecho iguales; ¡ah! la maldita reacción cometía uno de sus enormes inútiles crímenes á la misma hora en que surcaba el genio de la libertad los mares buscando y requiriendo la tierra indudablemente surgida para ofrecer su espacio inmaculado á todos los ideales del progreso. En sus miras estrechas, los poderes directores de la Edad Media negaban el aire y el fuego á los ju-

díos al instante de abrir la nueva creación á la nueva sociedad, según su plan providencial destinada por Dios á concluir por medio de sus inmortales puritanos con todas las intolerancias y á sumar por medio de sus repúblicas un territorio infinito á las modernas democracias. Mientras las naves impelidas por el soplo abrasador de la Inquisición llevaban su cargamento humano al suelo de África, donde reina todavía la fatalidad musulmana; las naves impelidas por el soplo creador de una nueva idea iban á traer con una inconsciencia y una indeliberación sublimes al escenario de la Historia el continente de la idea progresiva inspirada y animada por el Espíritu Santo de la libertad. Colón tomó el derrotero hacia Cádiz y desde Cádiz hacia Canarias. Puesta la proa de su nave capitana con certera y firme resolución á Occidente, descendió al camarote y comenzó su *Diario.* Alma religiosa, inscribe al comienzo de tan excelso memorial, como letras primeras, el sagrado nombre de Cristo. Y hecho esto, invocado así el protector divino de su empresa, enlaza la obra que acomete con las obras que le han precedido, y cual si viera por adivinación intuitiva de qué suerte misteriosa iba el género humano á unir con la toma de Granada el descubrimiento de América, refiere cómo vió brillar la cruz traída de Toledo en el torreón de la Vela, y despedirse los Reyes moros de su edénica ciudad vencida, prestando acatamiento á los Reyes cristianos que coronaban en aquel minuto supremo la unidad española. No sé quién ha tachado la introducción al *Diario* de fantaseadora y enfática por estas reminiscencias, cuando no hay caso que determine á las grandes empresas para lo futuro como las grandes empresas intentadas y concluídas en lo pasado. La invocación al Catolicismo y la invocación al Rey habían de acompañar todo descubrimiento, porque se necesitaban entonces aquellas dos grandes unidades, como dos núcleos á cuyo centro reunir el semillero innumerable de territorios nuevos en el globo terráqueo y la constelación luminosa de almas nuevas en el espíritu humano. A la Iglesia tenían que pe-

dir ideas los descubridores para educar los hombres nuevos y á la Monarquia fuerzas para someterlos, dado aquel minuto de los tiempos, aquel término de la serie, aquella fase de la universal evolución histórica. Por medio de intuiciones veia todo esto Colón y colocaba su obra increible so los sendos amparos de la Religión y de la Monarquía. Pero seguidamente recuerda y fija el objeto de su expedición. Y, al fijarlo, evoca la sombra que llena todos los caminos del Oriente, la sombra de aquel gran Kan, rey de los reyes y señor de los señores, quien, desde su áureo palacio erigido en el fondo de Tartaria, pidiera mil veces el bautizo cristiano, que iba en este momento á encontrar por virtud y obra del viaje, cuyo dietario él comienza, y que no es el antiguo viaje á Oriente por tierra, sino por mar y por un mar hasta entonces de nadie conocido ni surcado. Y en seguida, entre todos estos espléndidos horizontes de ideal y todas estas reverberaciones de gloria, surgen (dejaría de ser hombre Colón si alguna debilidad no le aquejase) los dos demonios de su vida, el deseo de lucro y el deseo de mando. Y así, recuerda que le han permitido los Reyes recibir tratamiento de don, revestirse con los títulos de Almirante y de Virrey, amayorazgando todo ello con hereditario vínculo en sus herederos y sucesores, hasta la última generación. «Así, habla Colón, que después de haber echado fuera todos los judios de todos los reinos y señoríos, en el mismo mes de Enero, mandaron vuestras Altezas á mi que con armada suficiente me fuese á las Indias; y para ello me hicieron grandes mercedes y me anoblecieron que dende en adelante yo me llamase don, y fuese Almirante mayor de la mar Oceana, é Visorrey é Gobernador perpetuo de todas las Islas y Tierra Firme que yo descobriese y ganase y de aqui adelante se descobriesen y ganasen en la mar Oceana, y asi sucediese mi hijo mayor, y asi, de grado en grado, para siempre jamás.»

Con leer la introducción al *Diario* hay de sobra para persuadirse á la estimación merecida por su autor, cuyo talento teles-

cópico para ver lo sobrehumano y lo misterioso no empecía, no al talento microscópico para ver y estudiar los más vulgares provechos. Pero el *Diario* no sólo sirve al conocimiento de los móviles que determinaron la obra; sirve al conocimiento del desarrollo que la obra tuvo cada dia. Los tres primeros de navegación aparecen felicísimos. Habiendo salido el viernes, en sólo un dia, en el domingo subsiguiente, anduvieron, contado el andar en leguas castellanas, muy cerca de medio centenar. Mas, al cuarto dia, la *Pinta* corrió peligro por desperfectos en el timón; y aunque, atentísimo á su deber, llegó á estar muy al habla el Almirante con ella, no se atrevió á socorrerla por temor á un choque, facilísimo en el viento que soplaba y en el oleaje batido por ese viento. Las resistencias y las dificultades por tòdas partes al paso suelen surgir en cada obra capital de nuestro espíritu; y cuando no bastan las opuestas por la realidad, impura siempre, sobrevienen las opuestas por nuestra misma razón y nuestro mismo pensamiento. Los dos armadores, Quintero y Rascón, cuyo era el barco, debilitaron adrede su gobernario, para que, maltrecho y desgobernado, no pudiera perderse, cual en su concepto se perderían los otros dos por las procelas y tempestades del mar tenebroso. Antes de partirse habían opuesto los antedichos al viaje reveses y grisquetas. Fió Colón la compostura del barco á la maestría de su consumado capitán, Martín Alonso Pinzón, quien ocurrió á ello provisionalmente, pues la grande avería demandaba cuidados superiores á los que pueden procurarse allá en las soledades inmensas de alta mar. No hubo más remedio sino dirigirse hacia Canarias. Y como el 7 de Agosto faltase de nuevo el timón, adobáronlo y anduvieron en demanda de Lanzarote. Pero habiendo andado muchísimo, no sabían el 8 dónde se hallaban, y hubo entre los pilotos marejada de disputas, únicamente apaciguadas por la ciencia náutica del Almirante, quien les aseguró estaban en el archipiélago de las Afortunadas. Y, en efecto, abordó en Lanzarote, y de Lanzarote pasó á la isla llamada Gran Ca-

naria; y de la isla llamada Gran Canaria tuvo que ir á la Gomera; y de la Gomera que volver á la Gran Canaria nuevamente. Su primer idea fué armar otra carabela, vistos los desperfectos experimentados por la *Pinta*. Y en busca de ella requirió la Gomera, sin poder encontrar la nave apetecida. Así, tuvo que reducirse á cambiar el timón de la *Pinta* y el velaje de la *Niña*. Con buen gobernario aquella y ésta con velas cuadradas, en vez de triangulares, pudieron á una continuar la expedición. Y urgía, en verdad continuarla, pues con suma insistencia se aseguraba por la generalidad una bien triste cosa: la estada en senos del islote último canario de una escuadrilla, por el Rey de Portugal armada, y en los postreros confines del mar conocido entonces apercibida con empeño á impedir el paso de Colón. Pero, por mucho que la incansable actividad y constancia del descubridor pudiera esforzar y aun violentar el trabajo, entre reparar averías y proveer raciones pasó un mes entero. Por fin, el 6 de Septiembre dejaron á su espalda los exploradores el mar conocido y entraron en el descocido mar. Abriendo camino, la *Pinta* navegaba; seguíale de cerca la *Santa María*, con sus insignias de gobierno y seguía detrás de ésta la *Niña*; pareciéndose aquella navegación verdaderamente á un poema vivo: y las dificultades encontradas al paso pareciéndose también á los genios suscitados contra los héroes de todo poema clásico por aquellos dioses adversos, representantes simbólicos del mal connaturalísimo á nuestra contingencia y disuelto, como sutil venenoso miasma, por toda la creación.

¡El mar! Cosa fácil ahora, tras la exploración de todos los océanos y el sondeo de todos sus abismos, tras la visita de todos los rincones del planeta; con las cartas de marear exactas; vencidos los vientos contrarios por la máquina de vapor; domesticado el titánico Leviatán hasta convertirse de gigantesco marino monstruo en cómodo paquete; la noche ahuyentada por haberse trocado el homicida rayo en suave luz argentea; encendido un faro sobre la cabeza de cada cíclope,

antes dispuesto á expirar huracanes y gozarse desde sus cabos inclementes en atisbar los naufragios continuos; cosa fácil disminuir la grandeza del descubrimiento de América y poner hecho tan extraordinario entre los azares felices de la suerte y los premios de lotería enviados por la fortuna y por la casualidad arbitrariamente á sus felices y mimados predilectos. Por esto mismo, por la dificultad invencible de colocarse los que historian donde se hallan los que viven y luchan, aparece como un triunfo mágico de la evocación el relato de los hechos transcurridos y pasados hace tiempo, en circunstancias opuestas á nuestro modo de ser, con un medio ambiente de creencias y de ideas generales más difíciles á la comprehensión nuestra que los antiguos terrenos geológicos, los cuales, aunque yertos y fosilificados, aun se presentan de alguna manera especial á nuestra consideración y á nuestra vista. No se puede medir la grandeza del proyecto, sino con el cálculo de las varias supersticiones que reinaban en aquel tiempo. Acto de verdadero heroísmo lanzarse á un mar conocido; imaginaos lo que sería lanzarse á un mar ignorado. Ver la expedición de un siglo, como el siglo décimoquinto, desde las ventajas ofrecidas á las expediciones por los progresos de cuatro consecutivas centurias, es como ver la tormenta marítima y el horrible naufragio desde la segura tierra firme, dentro de un cómodo y bien aderezado castillo alzado entre jardines y bosques en el tope de las dunas, para que sus dueños contemplen los espectáculos oceánicos. El mar conocido, el mar explorado, el mar habitual á nuestros ojos, representa siempre un desierto, movible y cambiante si queréis, como líquido, pero al cabo desierto, interrumpido por el ave marina que lo riza con sus alas y por el pez que lo desflora con su cabeza. A las pocas brazas ya está en sus senos el abismo y en sus abismos la eterna noche. Mundo inferior, no podemos respirar en él nosotros, pues nos amenaza por todas partes con ahogos y asfixias: A pesar de tanta vida como tiene, sólo nos reserva la muerte, si á él nos entregamos; y á pesar de tan-

tas aguas, sólo sirve para exacerbar y recrudecer nuestra sed. La noche, y el abismo, y el silencio, por abajo: hé ahí lo que nos guarda el elemento líquido. Así comprendemos que los occidentales del siglo séptimo creyeran abortos del infierno á los normandos paridos por la tempestad en sus costas, puestas á saco por aquellos piratas. Delante del Océano se habían hasta el Renacimiento detenido los pueblos. No se atrevieron, á pesar de sus varias navegaciones, mucho con él, ni los fenicios, ni los cartagineses, ni los griegos, atentos á la costa en sus más atrevidas circunvalaciones. El Arabe mismo, tan dominador del Mediterráneo, le huyó espantadísimo. Al ocaso de las Canarias había un gigante que jugaba con los barcos á la pelota. El silbido de los vientos del mar, que parecen arremolinarse para dar al traste con la tierra, pone miedo en el más atrevido y animoso. El fragor de la ola, encrespada y batida por el huracán, aterra. Y no decimos nada de las mareas fuertes, de los deshagües tumultuosos, de las espirales traidoras, de los azotazos eléctricos, de las trombas horribles, de los desatados huracanes. El que no ha visto una cordillera de olas, coronadas por crestas de hirvientes y alteradísimas espumas, desde los hondos surcos donde la nave se sumerge al descender entre torbellinos á lo profundo, y no ha oído el fragor de los diluvios y el estruendo de los rayos, desprendiéndose desde las tormentosas alturas, no ha visto el infierno frente á frente. Ningún campo de batalla, ninguno, adolora y aterra, como adolora y aterra el naufragio, porque hay una gran diferencia para nuestro cuerpo, entre caer sobre la tierra de donde provino, como de una madre, y caer bajo la muda é incansable voracidad de los peces, todos enemigos. Hasta las nubes, amigas en los campos del hombre, se asemejan, cuando en la mar se congregan y anuncian la tormenta, de suyo á gigantescas aves rapaces, venidas desde otro mundo apartadísimo á devorar el nuestro. Y lo repito: si pasa esto en mares conocidos, ¿qué no temerían los tripulantes en la flota exploradora del mar desconocido? Se necesita la codicia de oro

despertada en el Renacimiento por todas partes para empujarlos al abismo. La Naturaleza pone como una estrella de guia el oro al término y logro de tales proyectos. Y como la química moderna jamás encontrara los elementos de vida, que hoy enriquecen la industria, sin los fantaseos de la increible alquimia, empeñada en forjar oro puro dentro de los crisoles diabólicos, el descubrimiento de las nuevas tierras jamás se iniciara y consiguiera si el oro no hubiese brillado como un misterioso astro, como un punto Norte, como un centro de atracción, allá en los lejanos cielos y tras los ignotos mares. Por él hemos ceñido España y Portugal con nuestros brazos el planeta entero, y levantándonos juntos á sembrar, como dioses, de soles nuevos y nuevas constelaciones lo infinito. Nada menos extraño que los terrores de la tripulación aquella, cuyos espasmos la hicieran retroceder cien veces, á no haber mediado en el intento una inteligencia tan clara como la del Almirante y una voluntad tan entera como la de su segundo Martín Alonso Pinzón. Todo cuanto á la fe viva y á la inspiración creadora y á la inteligencia superior y al ideal deslumbrante y á la esperanza y á las adivinaciones, y á las profecías tocaba en aquel viaje creador, iba seguramente con Colón; pero la experiencia náutica, el arreglo administrativo, la ejecución acertada, las disposiciones para proveer á todo lo práctico y factible, á todo lo cumplidero en el detalle último y en el ordenamiento inferior, todo eso iba en aquel vasto plan con Martín Hernández Pinzón.

Las naturales asignaciones de los méritos, que corresponden á cada uno de los autores del descubrimiento, aparecen todavía embrolladísimas, por las pasiones ciegas de unos, por las ideas sistemáticas de otros, por el empeño en casi todos los historiadores de conceder excepcional importancia moral á los informes y atestiguaciones de un pleito, en el cual, disputados intereses y sólo intereses, cada litigante arrimaba el ascua con razón á su sardina y cada testigo servía las personales conveniencias de aque-

llos en cuyo pro y por cuyo servicio estaba pronto, no sólo á disminuir, á ocultar, si era preciso, la verdad. Hay disidencias en apreciar lo que hiciera el piloto de Génova y lo que hiciera el piloto de Palos en la invención del Nuevo Mundo, porque se lleva el temperamento de los justipreciadores, el cargo que desempeñan, el pueblo á que pertenecen, la carrera y profesión que siguen, al controvertido justiprecio. Quién cree que, por marino, debe poner la técnica sobre la intuición y los experimentos del experto sobre las revelaciones del profeta; quién que, por creyente, necesita adivinizar á Colón y poco menos que creerlo inmaculado, como la Virgen Santísima, é infalible, como el Papa católico, en razón de haber aportado un mundo nuevo á la Iglesia en la hora suprema en que perdia el viejo por las herejias enormes del protestantismo y por las tendencias paganas del Renacimiento; quien, á fuer de librepensador, da tras el Estado, representante de la unidad religiosa en el mundo moderno, tras España, y la veja por el hecho capitalísimo, por el descubrimiento y apropiación de América, imputándole horrible ingratitud con quien encontró aquella virgen tierra en el secreto mar y la extendió á sus plantas cuando en la granadina vega se remataba la obra de su rescate con la cruz de Mendoza nublada por el humo de la Inquisición; quién, como buen poeta, convierte un descubrimiento de ayer en epopeya religiosa, como á Colón en litúrgico héroe; quién, por español, cual si la justicia estuviese con el patriotismo reñida y pudiera en cosa ninguna empecer el amor de nuestro suelo al reconocimiento y confesión de sus culpas, disminuye á Colón para justificar á España, como si no hubiese Inglaterra menospreciado á Shakespeare y maldecido á Byron, Francia negado sepultura decente á Moliére, Italia preso á Galileo y desconocido á Colón, Ginebra, tan progresiva y tan republicana, quemado á Servet; achaques á la humanidad congénitos y de los que ningún pueblo se exime y salva en el curso muchas veces turbio y cenagoso de toda vida, especialmente de la vida que viven todas las

grandes colectividades humanas. Colón aventajaba en ciencias abstractas, en pensamientos intuitivos, en inspiraciones geniales, á su rival Pinzón; pero su rival, Pinzón, aventajábale seguramente á él en experiencia, en cálculo, en administración, en aptitudes para el mando, en espíritu de disciplina, en talentos de organizador, en todo lo ejecutivo y cumplidero y practicable. Para los gastos de la escuadrilla fué Pinzón consumado hacendista; para el arreo y aparejo de las naves consumado administrador; para la leva y disciplina de tripulaciones consumado capitán; pero no fué, no, el revelador, calidad excepcional y suma, reconocida en Colón por el voto de todos los pueblos y por el transcurso de todas las edades. No sólo adivinó más que nadie y antes que nadie; no sólo padeció como no había padecido ninguno de sus colaboradores; no sólo reclamó y trabajó con aquella tenacidad rayana en monomanía, sino que creyó; y cuantos al mismo tiempo creyeron, ó se contagiaron más tarde con los efluvios de sus sentimientos, encendiéronse al calor de su corazón é iluminároπse al éter de su inteligencia. Y habiendo visto á Pinzón levantar levas que no consiguieron los continos y corregidores de la reina Isabel; organizar la escuadra en sólo quince días como no la organizaran Colón y sus agentes en tres meses; proveer á los gastos del propio peculio, en la deficiencia del dinero procurado por la corte y por las tesorerías Reales; conducir la *Pinta* con averías tan peligrosas desde Cádiz á Canarias; y tras todo esto, aun hemos de verle en mejores ocasiones, con mayor brillo, é influyendo con sumo poder y resuelta decisión en el resultado último, digamos que, sin achicar un punto la línea esplendente y alta donde frisa Colón, aun quedan márgenes en el poema de las exploraciones gigantescas para una tan grande figura como la colosal del piloto y armador de Palos, quien por sí, no solamente facilitó la difícil salida, sino que fué quizás el más resuelto, ya lanzada la escuadrilla en su derrotero, á impedir que retrocediese y marrara, empleando en ello su firme y poderosa voluntad.

Desde que zarpó de la Gran Canaria, dirigió Colón el rumbo á Occidente; y desde que dirigió el rumbo á Occidente con tan resuelto propósito, sus compañeros convirtieron á Oriente la vista. Nada más natural. El profeta se regía por sus espezanzas; los marineros por sus recuerdos. El uno solamente veía la tierra de quien iba en demanda; los otros solamente veían la tierra de cuyo seno amorosísimo salieran. Por la extensión de nuestros dominios y por la forma de nuestro territorio, habían visto desde su heróica salida, Cádiz, la estrella vespertina, término sacro, como una piedra miliaria consagrada por la religión, término sacro de nuestra pátria, y habían encontrado nuevamente otra España en aquellas islas Canarias que, á guisa de sirenas, los reclamaban y los retenían para sí con la dulzura de su clima, con la transparencia de su aire, con la ondulación de sus costas, con la claridad de su cielo, y sobre todo, con las insignias del dominio patrio allí recién establecido, especialmente sobre la Gran Canaria, siquier no se hubiera dilatado todavía en tal año por todo el archipiélago. La devoción de aquellos tripulantes al suelo se acrecentaba en el ingreso de un desconocido mar, donde iban los cuitados á perderse y abismarse tristemente, sin derroteros, sin cartas, sin ciencia ni noción alguna de su camino y sin idea ni noticia del punto al cual pudieran arribar y del tiempo de que pudieran disponer. Así Colón se apremiaba con sumo celo á si mismo, y apremiaba la diligencia de los cooperadores al plan, para que pronto dejasen todos á sus espaldas la tierra conocida, cuyos encantos y atractivos los retraian del mar y los ataban fuertemente á la ribera. El poema de las navegaciones antiguas personificaba esta propensión del marino á la tierra firme y estas llamadas de su deber al elemento liquido; la contraposición del suelo donde teneis bajo vuestros piés el sustento de la vida con el mar dónde tenéis bajo vuestros piés el abismo de la muerte; todas estas luchas de impulsos contrarios, que combaten y asaltan á los nautas, repelidos del agua por su naturaleza terrestre y al agua llamados por su deber moral, todas ellas

las personificaba, como decíamos arriba, el poema de las navegaciones antiguas, la *Odisea*, en la hermosa Calipso, que impide los viajes de Ulises, en la prudente Nausicaa, que halaga con su tierna hospitalidad al rey piloto, en aquellas sirenas que lo requieren á una con suaves cánticos para que se lance en sus brazos y en sus brazos se quede. Pues aquello mismo, tan poéticamente descrito por Homero, temía Colón, á saber: que las Canarias, en guisa de sirenas, retuviesen á los navegantes, desorganizando por completo la compañía, con tanta dificultad reunida y tan opuesta de suyo al fin para que fué aparejada. En primeros de Septiembre dejó tras de sí el archipiélago y se abismó en el mar. Urgíale tanto más esta determinación, cuanto que se trocaban á la vista de sus compañeros los más naturales fenómenos en celestiales advertencias. Por claras noches, como las noches semiandaluzas y semitropicales de Canarias; en cielo transparente, donde los luceros á una con mágicos rayos brillan y centellean; al espléndido borde de un mar tan diáfano como el cielo y tan por extremo sensible á todos los besos de la luz; el cono violáceo de un estriado volcán en purpúrea erupción; como el volcán de Tenerife, que parecería un sol nuevo formándose allá en lo infinito, con llamaradas productoras de irradiaciones semejantes á iris entre nubes ligeras y aeriformes de rojizas humaredas, por enjambres de aerolitos circundado, que habían de semejarse á un estallido de planetas y á una vía láctea incandescente; un tan espléndido espectáculo prestábales horroroso terror pánico, porque creían al encendido monte un cíclope colocado allí por Dios sobre las puertas últimas del mundo conocido, para cerrarlo é impedir todo el paso al mundo desconocido, por su providencia oculto en la líquida y desierta inmensidad inasequible al hombre, de igual manera que allá en los paraiso y edenes de la religión era inasequible y estaba prohibido el árbol de la ciencia, cuyo temerario conocimiento pagaran ¡ay! nuestros primeros padres con el dolor y la muerte. Colón debió mostrarles cómo las supersticiones los engañaban y como aquellos

mismos fenómenos se repetían en costas entonces tan conocidas como las costas del Tirreno y sobre los bordes tan estudiados de tierras como Italia, Sicilia y Grecia. Pero, aunque se calmara por de pronto, al bálsamo de su maravillosa elocuencia y al ejemplo y recuerdo de otras erupciones análogas, el terror aquel; un accidente cualquiera, una circunstancia imprevista, un caso fortuito podía reanimarlo, perdiéndose todo y todos á la terrible sacudida de sus espasmos. Las colectividades superan en instinto de conservación á los individuos. La idea nueva siempre aparece allá en lo más alto, como un astro de primera magnitud, solitaria isla de luz en océanos de sombras. El recelo de un pánico en la tripulación y de un combate con las naves portuguesas aceleró la partida.

Pero les había costado mucho zarpar y separarse del archipiélago de Canarias. Veían la segunda nave, la *Pinta*, de tal suerte maltrecha, que deseaban dejarla en aquella costa para su carena y arreglo, reemplazándola con cualquier otra. Parecía natural el debido logro de sus esperanzas y deseos, atento el excepcional ministerio desempeñado por aquellas islas, tan apetecidas de Portugal en el objeto y fin magnos de la exploración del mar tenebroso. Los bateles, enviados de tierra de Gomera desde la nao capitana, volvieron pronto, sin haber hallado ninguna otra nave y sin haber sabido más noticia sino que aguardaban, según dice Fernando Colón, allí á D.ª Beatriz de Bobadilla, señora de la isla, quien iría en el navío sevillano *Grajeda*, capaz de cuarenta toneladas y muy á propósito para el temeroso viaje. Pero D.ª Beatriz no llegaba nunca; y el Almirante sólo tropezó con un carabelón acabando de convencerse de lo imposible que resultaba el aquistamiento de buques y por persuadirse á una marcha pronta y á una separación indispensable de aquellas seductoras sirenas, como él mismo en su *Diario* dice, la *Pinta* quedó adobada el 2 de Septiembre, y convertido su aparejo en redondo, de latino que era. Mas la presencia larga en el archipiélago de las Afortunadas corroboróle más y

más en su idea del hallazgo de las codiciadas Indias por su derecho camino al ocaso. Muchos hombres honrados y españoles, dice Cristóbal Colón en los comienzos de su *Diario*, al servicio de D.ª Inés Peraza; madre del que fué después Conde titular de la Gomera, avecindados en la Isla de Hierro, juraban por su honor, en Dios y en conciencia, ver cada un año, durante ciertas estaciones, tierras firmes occidentales, tan de bulto y relieve á los ojos, que parecían accesibles también á las manos. Y unía con estas noticias dadas por los canarios Colón otras de su própia cosecha y acervo, como que, hallándose de larguísima estada en Madera, cierto isleño fuese á Lisboa, y le pidió al Rey de Portugal una carabela con ánimo de dirigirse y abordar á vecina tierra, la cual veía de continuo entre los celajes del horizonte y las evaporaciones del mar. Con efecto, las refracciones del aire, así en los océanos como en los desiertos, fingían estos continentes aéreos, tomados unas veces por la imaginación y otras veces por la esperanza de los comarcanos aquellos como efectivos y reales, hasta el punto de idear numerosas navegaciones en su busca requerimiento, al término de las cuáles recogían sólo tristísimos desengaños. La ilusión llegó al extremo de generar una certidumbre tal sobre la existencia y una confianza en el hallazgo, que todos estos espejismos, bautizados con denominaciones varias, inscribíanse á una en los mapas y constaban como verdaderos en las tradiciones ribereñas. La física moderna, en sus revelaciones del éter y de la luz, ha dado la razón de tales fenómenos atmosféricos y aéreos. Mas ¿no demostraba esto que así cual sobre los capullos de las flores en primavera discurren las mariposas, como anunciando el fruto lejano, discurren las ilusiones y las esperanzas sobre todos los apartados horizontes de una realidad viva, que se acerca y se cumple á despecho de todas las dificultades y de todos los obstáculos, sirviendo para prestar en los pilotos aquellos en sus esperanzas é impeler los barcos más con estas esperanzas del espiritu que con las brisas del cielo?

CAPÌTULO XIX

EL MAR TENEBROSO

El día 6 de Septiembre dejaban tras de sí el archipiélago y se metían en el Océano infinito é insondable. No fué sinó muy costosa la demanda y requerimiento de aquel abismo. Una calma chicha reinó que semejaba mágico sortilegio de las islas para retenerlos. En tres días anduvieron bien pocas singladuras. Las velas semejaban alas mojadas en el agua salobre y caídas en una inercia invencible. Sobre tal espejo del mar, bajo aquel cielo que parecia como turquesa convertida en rotonda, tras las reverberaciones del trasparente aire, las tierras, de que se despedían, tomaban esmaltes, á cuyos toques en los ojos los corazones movíanse uniformes y unísonos al deseo de la estada en una eterna contemplación que les preservase del misterio donde se habían sumergido. Por fin empezó á soplar una brisa favorable del Oriente que convirtió los barcos, antes inmóviles y pesadísimos, como cantos, en rápidas flechas. A este impulso toda la tierra se perdió de vista y los exploradores se hallaron entre los mares y los cielos como suspensos. Colón alzó á Dios su pensamiento, aromado en misticismo profundo, y le dió gracias por haber extinguido las inflamadas líneas terrestres, cuyo atractivo divertia los perplejos ánimos

del fin deseado. Así, aquel viento alisio le oreaba el atezado rostro, le recomponía los nervíos descompuestos, le animaba la sangre y le aceleraba el corazón. Pero no determinaba, no, así el ánimo de los marineros; y no ejercía en ellos igual influencia: todo lo contrario, los amedrentaba también. Y los amedrentaba; porque la constancia de sus soplos, provenidos del mismo cuadrante siempre, lés hacía creer que los alejaba indefinidamente de la patria y del hogar, á cuyo seno jamás podrían volver contrastados por el embate de una fuerza que deshacía todo esfuerzo empleado en marchar contra ella, imposibilitando la vuelta. Los planes de Colón suponian la esferoicidad del planeta. Sólo en una esfera, siquiera fuese achatada, podían encontrarse las tierras de Oriente marchando hacia Occidente. Pero la idea de una tierra esférica contradecía el sentido común en aquel tiempo, que, al creerla planísima, estaba en el caso de crëer tambien imposible todo regreso, huyendo por la recta del plano al punto de partida, cada vez más distante. Conocedor el astuto genovés de la grandeza y cuerpo tomados por los terrores á medida que crecìan las distancias, llevaba dos cuentas, una para sí, otra para los demás; una pública, otra callada; una fiel, otra mentida. En la exacta escribía el total de leguas que realmente anduviera, y en la otra mucho menor número, con cuya industria disminuía los recelos y moderaba las impaciencias de sus muy susceptibles compañeros. Pero en esto le sobrevino accidente inesperadísimo. La guía certera, que siempre mira entre las innumerales constelaciones y en la infinidad del espacio á un solo punto, al Norte, permitiendo en medio de las variaciones del movimiento la fijeza indispensable al marino viaje, la brújula, comenzó á desviarse un tanto y á oscilar. Así creyéronse los tripulantes perdidos é imaginaron que aun lo más fijo cambiaba para ellos, y lo más inmóvil se removía, cual si la tienda del cielo se replegase de sobre sus cabezas, la estrella polar se abismara en lo infinito como una piedra lanzada en las aguas, y Dios no los tuviera por hijos y les enviara plagas y maldiciones

como á todos cuantos intentaban medirse con su sabiduría y con su omnipotencia. Colón conoció que necesitaba explicar tal causa de perturbación, como había explicado los volcanes. Pero la explicación parecía más difícil á causa de que los volcanes presentaban otros ejemplos, y la desviación del imán resultaba imposible de comprender ni explicar por antecedente ninguno y por ninguna experiencia. Hay quien afirma que no podían el piloto de Palos y el piloto de Génova ignorar un fenómeno, como la desviación de los imanes, sobre cuya existencia se cree que había memorias en aquella biblioteca vaticana, llena de tratados astronómicos y náuticos, indispensables á quien, como el Pontífice, aspiraba por su religioso poder y autoridad á dominar en todo el mundo. Pero esta desviación, que se nota según cada latitud, hasta llegar á la oscilación en el Ecuador, y al cambio en el otro hemisferio, esta desviación podía ser conocida entonces, pero no tenía explicación plausible, como no la tiene todavía hoy, oculta por completo en los misterios que circundan como un anillo de sombras tantos y tantos hechos registrados y reconocidos en las luminosas tablas de nuestras ideas. Á esta inexplicable acción de desviarse la aguja de su centro llamábanle noroestear los mareantes. Y Colón lo explicaba, ora por oscilaciones de la estrella polar, ora porque no estuviese allí en ella misma el centro de atracción, sino en otro cualquier objeto verdaderamente opaco y próximo á su luz, ora por otras mil más ó menos especiosas razones, propias de aquella previsora fantasía, tan dúctil y tan rica y tan copiosa, que iba despidiendo luces naturales y artificiales, ideas verdaderas ó falsas; como un estallante volcán. El sabio Alejandro Humboldt, cuando llega en el recuento de las ideas físicas por Colón traídas á la ciencia toda, se pasma delante de sus adivinaciones en problema tan obscuro como esta desviación del imán.

La colectividad, el número, cegábanse á la continua; y en faltándoles así la palabra persuasiva como la mirada imperiosa del descubridor, volvían á las antiguas sospechas y porfiaban

en sus violentas recriminaciones. Quien espera, desespera, solemos decir en lengua castellana. Sobre los temperamentos meridionales predominan los nervios y sobre los temperamentos nerviosos las impaciencias. Un hombre del Norte generaliza menos que los hombres del Mediodía. Nosotros no podemos ver un principio sin sacar derecha y rápidamente todas las consecuencias y no podemos oir un anuncio sin que creamos cumplido lo anunciado. Á estas imaginaciones plásticas todo se les aparece de bulto. Y como Colón gustase de la soledad y se recluyera en misteriosísimo silencio, cual suelen todos los hombres superiores, la incomunicación entre su gente y él acrecentaba las supersticiones, enemigas de plan y jefe. Navegando el Almirante, concentraba toda la reflexiba potencia de su atención en el estudio, de cuantos hechos anunciaran la tierra, que se le aparecía cercana. El constante latido de su profundo corazón revelador; las agitaciones de unos nervios por los cuales toda sensación se transfundía con celeridad; la intuición de su espíritu profético; se completaban en él con una vista de lince, con un olfato de sabueso, con un oido de gamo, con tal figura de órganos, que no se perdía una particulilla de aroma, un rumor de cualquier intensidad, un viso de objeto, si presagiaban la buscada tierra, sin que lo advirtiera en su observación y lo anotara en sus libros, á diario trazados, y los guardara en su memoria siempre despierta. ¡Qué matemático para el cálculo, qué observador de la naturaleza, qué profeta en las esperanzas, qué místico en las oraciones y en los éxtasis, qué utilitario y casi egoista en materia de lucros y provechos! Su mirada, como nuestros telescopios, y nuestros microscopios de ahora, veia con igual facilidad lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño en todo lo relacionado con advertencias y anuncios de tierra próxima venidos del ambiente donde se habia como anegado. A lo mejor, si Pinzón, el mas apto de todos para entenderlo, se le acercaba, de barco á barco solia dirigirle, ó bien advertencias con la bocina, muy resonante por la inmensidad ó bien por medio de

cuerdas, mapas varios, donde inscribiera Cipango, sita por aquellas latitudes, dado su erróneo concepto de la extensión del Océano. Algunas veces, en el menor objeto divisaba la desvanecida tierra, dentro del abismo de las aguas disipada, la tierra que denominó Platón Atlántida. Poco después de haber dejado el archipiélago canario, un mástil roto aparecia en la oceánica superficie, ante cuya vista presagiaron los agoreros el castigo para ellos aparejado, según tales despojos, atestiguaciones de un terrible naufragio sufrido por los audaces empeñados en arrancar al Océano su secreto y romper el misterio donde la divina Providencia quiso envolverlo en sus inescrutables designios. Unas cuantas toñínas le servían para confirmar la opinión dada por Aristóteles en su *Historia Natural* respecto á la grande abundancia de atunes allende las Afortunadas, conocidas de antiguo. Un pardalejo cualquiera le aportaba viva profecía. Pagábase principalmente de las aves menudas y nerviosas, porque no podían vivir sino cerca de habitaciones y sobre campos, donde las gramíneas les ofreciesen alimento y los manantiales agua. Notaba con suma perspicacia cómo no iban las avecillas cansadas, y, por consecuencia, no se habían separado mucho trecho de los lugares habitables, en que únicamente les era dado vivir. Sobre su pico debían traer señales del fruto picoteado, y aromas del jardin recién recorrido en su plumaje, y ecos de bosque y selva en su pío. Pues lo que le mostraban los pardales tambien se lo mostraban las ballenas. A lo mejor aparecian estos cetáceos elevando surtidores de sus narices, meciéndose sobre las hamacas de aquella dulce oscilación marina; y Colón recurría en el acto á sus experiencias náuticas y á su *Historia Natural* de piloto, mostrando como semejantes animales no se apartan mucho de las costas, porque viven al amor de tierra. En cierta ocasión, que vió un cárabo pegado á una rama, recogiólo cuidadoso en sus redes, guardándolo cual viva demostración de que había cerca fluviales aguas. Cuando no podía más, tomaba el mismo liquido que la quilla hendía, y gustándolo con sus

labios de alquitara, cotejábalo con el recogido en días y en espacios más lejanos, de lo cual deducía, de su sabor más ó menos salobre, la mezcla con afluencias del monte y del campo vecinos, que todo lo endulzaban. Un alcatraz lo inundaba de gozo y le sumergía en vívidas esperanzas. Llámanse así, alcatraces, ciertas aves, á los cisnes parecidas, pero más corpulentas que los cisnes mismos. Entre lila y blanca la pluma, largo el cuello y flexible; á manera de sierra, por dentado, el pico; palmeadísimos los piés; ¡oh! pescan en el mar lo que deben comerse allá en el campo, según su doble naturaleza campestre y acuática, llevándose consigo dentro del buche, parecido á zurrón, los pecezuelos, para digerirlos después á sus anchas, bajo los árboles. Onocrótalos llamaban á estos pájaros los naturalistas antiguos por sonar á crótalo el repiqueteo de sus picos. Así, acerca del sueño suyo y de las costumbres suyas en el dormir y reposarse, trae en la *Historia Natural* Plínio curiosas y muy repetidas y muy copiadas noticias. Crótalos llamaban los romanos á las castañuelas, que repicaban ya en su tiempo las bailadoras gaditanas, como puede verse todavía en unos versos de Virgilio, describiendo bética danza bajo parral frondoso y ubérrimo, en cierto sesteo romano, dentro de una taberna sombreada por el cipres y ceñida por el mirto; versos cuyas cadencias trascienden á manzanilla y Puerta de Tierra ya en aquellos apartadísimos tiempos. Como unas castañuelas sonaban los picos de las palmípedas y como unas castañuelas de alegre, si es permitido hablar así, Colón se puso al oirlos, porque le anunciaban la proximidad cierta de lagunas costeras, alimentadas por las ondas salobres y por las filtraciones dulces, componentes de marismas, esteros, albuferas, ó como quieran llamarlos. ¡Ah! Lo cierto es que no podían explicarse los terrores de aquellas gentes sino por arraigo tan sumamente hondo de las creencias viejas en el alma, que no acertaba, no, á extirparlas, ni á combatirlas siquiera, la evidencia. Se creían en el mar tenebroso, poblado de feroces cíclopes que iban á devorarlos, y de titánicos Etnas que iban á

consumirlos; por honduras, en cuyos remolinos el cielo era funerario paño y los soles nubes de ceniza, y como estridentes clarines de ángeles exterminadores los aires; al borde temerosísimo de las cataratas, que trajeran con sus desplomes el diluvio, prontas á lanzarlos, al choque de sus rápidas despeñadas aguas, semejantes á trombas del huracán batidas, en los infiernos: se creían dentro de un colosal Apocalipsis que les anticipara el Juicio final, donde se hallarían entre los réprobos; y todo les halagaba, todo: el mar, parecido en lo llano y en lo aromático al Guadalquivir so sus bóvedas de azahares; el viento alisio, que oreaba los rostros y encendía la sangre y adobaba las fibras; el coro de juguetones delfines, que saltaban junto á las quillas y el círculo de terrestres aves que seguian desde lo alto á las velas; el resplandor de la diurna luz, agrandando los horizontes y prestándoles una transparencia incomparable y una extensión infinita; como si fueran empíreo visible sus espacios; los iris producidos por la refracción solar en aquellas aguas jaspeadas como la concha de una madreperla ó como la superficie de un ópalo rosáceo: el aroma, entre salitroso y selvático, disuelto por doquier, y capaz de alegrar el más apocado ánimo y difundir fantaseos por las más apagadas imaginaciones; el florecimiento de las criptógamas, extendidas en guirnaldas sin fin, entre cuyas hojas esplendían moluscos estriados de rayas, que semejaban facetas de rica pedrería; el espectáculo mágico de las nubes, pintadas, cual paletas enormes, por aquel éter tan fácil á quebrar su claridad intensa en multicolores prismas; el frescor de las corrientes continuas, bajadas, como inmensos ríos submarinos, desde las nieves del polo á los hervores del trópico; el amasijo de vida en los glútenes y en las viscosidades y en los infusorios, y en tantas levaduras de varias sustancias y en tantos gérmenes de numerosas especies y en tantas raíces de organismos y en tantos viveros de infusorias y de corolas y de madréporas como hay por aquel infinito laboratorio, que debia disuadir á los más apocados de todo presagio agorero del siniestro sino de una perdición inevita-

ble y de una muerte eterna, imposible cuando el Ser Supremo, como de una inmaterial atmósfera los rodeaba y les ofrecia en aquella continua sucesión de tantas perspectivas deslumbradoras por lo infinito y en aquellos metamorfoseos múltiples de la naturaleza, una seguridad completa de que podian entregarse á consoladoras esperanzas y encontrar en el seno de tan vívidos ambientes otro mundo mejor. ¡Y no quiero decir nada ¡oh! de la noche; no quiero decir nada de las estrellas tan resplandecientes, de las fosforescencias tan hermosas, de las chispas eléctricas lanzadas por los peces, de la infusión luminosa diluida por el dia en las aguas, de los arreboles rojizos del ocaso, de las alboradas perladisimas del amanecer, de la estela por las quillas abierta y correspondiente con la via láctea en el cielo infinito, del baño en la luna rielada por los cristales de la superficie oceánica, parecido á un cielo que se os extendiera y dilatara bajo los piés: el profeta compara estas noches primeras de navegación por las latitudes próximas al Trópico y al Ecuador, con una hermosa velada en Andalucia; y solamente le falta, para que la lusión resulte perfecta y los goces de la vista y del olfato se completen allí con alguna melodía, la escala cromática exhalada por un amoroso ruiseñor.

Esta misma hermosura y tranquilidad, por la cual tanto Colón se esperanzaba, desesperaba de suyo á los tripulantes, quienes, en sus naturales recelos, veían al abismo hermosearse con esmaltes engañosos, para deslumbrarlos mejor antes de perderlos, en guisa de sirena. La constancia del viento, favorable al avance, y para la vuelta de una invencible dificultad; la desviación del imán, en que parecía el Norte mismo abandonarlos al acaso; el número de leguas andadas sin topar con tierra; el horizonte inacabable y de terrible uniformidad; el medio ambiente todo, como decimos ahora, compuesto de fluídos y líquidos; cuanto les rodeaba, parecíales algo así como la entrada en otro planeta, donde no hubiese ningún elemento firme y sólido. De aquí una instintiva creencia, muy en armonía con su estado

mental propio; la creencia de que, para vivir en aquel medio compuesto de aire y agua, necesitábase, ó ser pez, ó ser pájaro, todo, menos hombre. ¡Cuán ajenos discurrían de que muy pronto iban á enredarse los barcos en dificultades y topar con obstáculos sobradamente sólidos! En efecto, llegados á cierto espacio del Océano, surgieron hierbas por todas partes, que recordaban el musgo de los peñascos; las cuales hierbas eran puramente acuáticas, disponiéndose y combinándose como anudadas malezas en largos laberintos de follaje intrincado y enredadísimo, flotante al acaso. Estos hierbajos, como el vegetal terrestre llamado estrella, sin pie ni tronco para que pudiesen mejor sobrenadar, cargados por frutillas rojas análogas á las del montaraz lentisco, tendíanse por la extensión del mar, convertido en prado inacabable, como si por arte de magia ó encantamiento hubiese cambiado su fluidez en espesa y sólida y extraña vegetación. A marineros ya tan recelosos, navegando mal de su grado, idos tan lejos por un mar sin término, al impulso de un viento sin mudanzas, fatigadísimos de penetrar con su vista en rededor suyo sin hallar más signo de animación que los peces varios y las aves por casualidad llegadas, y bien pronto partidas, ¡ah! debia parecerles aquella triste alfombra puesta bajo las quillas una red echada por el diablo á sus naves, una red en cuyas traidoras mallas iban á quedarse prendidos y enganchados para siempre. Así murmuraban y murmuraban, produciéndose todos esos siniestros murmullos de disgusto, en guisa de prodomos precedentes á los estallidos terribles de la cólera. Cuando con tal obstáculo toparon, llevaban once días de no haber amainado las velas un palmo, henchidas á la continua del mismo viento. Y aunque muchas veces las sondas suyas penetraran en las aguas no traían revelación alguna de fondo los incesantes sondeos; y eso que soltaron más de doscientas brazas en aquellas exploradoras operaciones. Asi, entre lo continuo del viento, lo insondable del mar, lo espeso del sargazo, había para que los temores antiguos crecieran y para que desatinaran los atemorizados. Muy

sabedores de cuántas consejas y tradiciones andaban por doquier acreditadas en achaques, marineros, temían pudiera sucederles á ellos lo sucedido al pobre San Amaro, preso con grillos de hielo, y muerto en su prisión flotante, al internarse con temeridad en el mar glacial, no tan temible como el mar tenebroso. Difícil hacerles comprender en el estado de la ciencia todos aquellos fenómenos. La geología no habia sido sospechada todavía. Fuera de lo dicho por el *Génesis* y sus comentarios acreditados en las escuelas tomistas; fuera de lo aprendido en el culto dado por los eruditos entonces á las letras humanas y al poema naturalista de Lucrecio, y á los trabajos del buen Hesiodo y á los *Metamorfoseos* de Ovidio; fuera de todo esto, no habia quien interrogase á las cosas por sus origenes, y menos quien presintiese cómo unas se derivan de otras en la serie de los seres, tan sistematizada y en su evolución lógica tan perdurable. Si les hubierais dicho que la creación todavia continúa, y mostrádoles aquella sirte vegetal con su polen generador de otras plantas y su polvillo de infuriosos petrificándose al transcurso del tiempo, hasta formar con sus celdillas la madréporas componentes de islas, y archipiélagos, y tierras, os hubieran creído loco, y cerrado con vuestra demencia irremediables á burlas, cuando no á golpes. Unida un tiempo á Europa el Africa por lo que hoy llamamos Estrecho de Gibraltar, cual ayer mismo estaba también al Asia unida por el istmo de Suez, roto á nuestra vista, el coro de archipiélagos tendidos desde Occidente al Nuevo Mnndo señala sin duda larga serie de jalones, cuyas cumbres nos muestran aquel territorio atlántide, guardado en la poesía y desaparecido en la realidad, como esos bosques enmarañados de vegetación gigantesca, entre marina y campestre, tan horrorosos á la vista de sus exploradores primeros, presentan esbozos de la constante vida universal, elevándose por el organismo inferior vegetativo al organismo superior animado, en ascensión nunca interrumpida. Mas, al encontrarse con este nuevo inesperado fenómeno, en el cual sólo veían un misterio, como en el misterio un abismo, las

gentes murmuraban á una sin tasa cómo Colón resistía el murmullo sin perturbaciones. Por fin vencieron el mar herbáceo y le hurtaron el cuerpo á sus peligros. Pero el terror, más ó menos disimulado, de los mareantes, no cedió; pues como en algún transcurso de tiempo se durmieron las agnas bajo aquellas capas de hojas, más tarde se durmieron los aires bajo una espantosa calma chicha. Así, los cuitados no hacían más que mirar la disminución de raciones en sus despensas, temiendo el hambre; los descensos de las aguas en sus barriles, temiendo la sed; hasta predominar sobre todos los terrores el terror al viento continuo, en la sospecha de llegar á deslizarse por el Océano infinito en una indeterminada cantidad de tiempo, durante la cual unos cayesen sobre otros en montón muertos. No hay agonía tan dolorosa que la que precede al morir desesperado por hambre y por sed. La consideración de los tormentos por venir hacíales desvariar. El recuerdo de los innumerables náufragos que, lanzados al Océano en una tabla, pretendieran morder su propia carne y chupar sus propias venas en los desatinos provenientes del hambre y de la sed, les anticipaba dolores no llegados todavía, y tan acerbos en aquellas neurosis del terror, como si estuvieran presentes. Nada tan puesto en razón como que la perdurable tardanza del arribo les desgarrara los nervios y como que aquel desgarro de los nervios les impeliese atrás. Ningún marinero se había de los costas alejado hasta entonces doscientas leguas y llevaban estos cuitados ochocientas de continua separación. Las noches de Andalucía henchidas por las cadencias de serenatas perpetuas; el amor á las personas predilectas, entre los meridionales tan vivo; el recuerdo santo de los espacios por donde corre la infancia y ama la juventud; aquellos lejanos toques de la campana que resuena en los oidos, acompañando todos los actos más solemnes de la vida; el culto á la familia y á sus reuniones solemnes; la evocación de tantas fiestas en la calle y en el barrio y en la parroquia; el mes mismo en que la navegación sucedía, mes de festividades religiosas tan

bellas como la Natividad de Maria, con trabajos campestres tan fecundos como la próvida vendimia, exaltaban los ánimos y los convertían hacia los pedazos del alma, perdidos atrás y por su ingratitud abandonados para lanzarse á los horrores del mar tenebroso, donde solamente sentían la desesperación, porque solamente reinaba la muerte. Los dos afectos, en la lengua nuestra señalados con las frases de nostalgia y odio á bordo, por aquella tripulación iban extendiéndose como peste y contagiándolos de unos en otros á la totalidad de ellos, sin excepción alguna. Metidos en tal cárcel flotante debían aborrecerse necesariamente sin causa ni motivo, y aborrecer todos por la causa y el motivo de haberlos metido en tantas congojas al perseverantísimo descubridor. Así, los ojos relampagueaban iras mal de su grado, y mal de su grado lanzaban las roncas gargantas blasfemias preñadas de terribles desacatos y rebeldías. Ningún hecho externo cambiaba el interno estado de los ánimos. Saludadas las primeras aves con sumo regocijo, veían pasar las subsiguientes con indiferencia. Ni siquiera cuando cambió el viento cambiaron las sospechas. Aunque Colón lo bendecía, magüer contrario, como demostración de la posibilidad completa del regreso, parecíales demasiado violento el primero, que los alejaba de su Andalucia, y demasiado flojo este último, destinado á volverlos hacia su Andalucia. Cuando la calma chicha lo paralizaba todo, movíanse como energúmenos ellos, y cuando se movía la superficie del mar á las submarinas corrientes, ellos decían quo iban llevados por el acaso al abismo, y se retorcían á la pena moral como si los desconyuntaran en un potro y los mordieran en sus carnes con enrojecidas tenazas.

Tenian razón los muchos sabios que tachaban de loco al genovés, murmuraban los marineros. En vez de atarlo á él, ataba los prevenidos en contra suya, él, con audacia de verdadero demente á la triste suerte suya. No le guiaba más que la codicia; no se prometia sino hallar bienes y riquezas imposibles de allegar en la medianía de su talento y en lo incapaz para

su oficio. Únicamente un extrangero descastado, como el Almirante, podía sacrificar, con ligereza tal, vidas españolas á sus proyectos vanos, ingeridos en el magín por una demencia cierta. Los Reyes bien se habían resistído á creerlo; pero varios cortesanos, más vanagloriosos que inteligentes, los engañaron y les persuadieron á proteger en su bondad aquel desvariado desatino. Era cosa de cogerlo por la cintura y echarlo al mar, para que diesen buena cuenta de su cuerpo los tiburones circunvagantes, los cuales acompañaban las carabelas, avisados por su instinto del próximo festin, donde se artarían de carne cruda y se emborracharían de sangre caliente. No había tierra, ni tales carneros, en todo aquel mar tenebroso, cuyos halagos tiraban á engañarlos con alucinaciones de luz para después en sus antros sumergirlos. Habían leguas y leguas andado, largas singladuras hecho, espacios sin fin recorridos, puesto á un rumbo y á un derrotero la proa, sin encontrar mas que aguas y aguas en aquel Atlántico vacio de tierras, donde se repetía la soledad acuosa del bíblico diluvio. Nada podrá en epidémico al miedo compararse; nada, por ende, tan comunicativo y contagioso. Así, decíanse unos á otros todas estas cosas, agrandadas del lábio al oído y del oído al labio. Colón, por su parte, alimentaba con la vida que hacía las sospechas que sembraba. No dormía; pues de loco señal este insomnio perpetuo. No comía; señal de alucinado, exclamaban, este ayuno. Gustaba de la soledad en donde tanto se necesita de compañía; rezaba las horas como un cura, en señal de no servir para piloto; se gloriaba de haberse inscrito en la Orden Tercera, como amortajándose, antes de morir, para una muerte próxima segura; escribía como un mago en sus papeles signos indescifrables; presagiaba fenómenos como agorero; extraía de los hechos más baladíes las consecuencias más latas, á guisa de quiromántico que saca horóscopos de manos y rayas; anunciaba felicidades nunca venidas, como cualquier gitano diciendo la buenaventura; pues había que tratarlo, bien como á un trufaldín, bailador y bufón, arlequinado y cascabelero de comedia ó danza italianas, en

burlas; ó bien como á un brujo requerido por la Santa Inquisición para entregarlo al secular brazo de la justicia y á sus bien alimentadas hogueras. La grande absorción en el pensamiento único de su alma extática; los arrobos y deliquios consiguientes á sus visiones múltiples; la mezcla rara de monge y de piloto; los rezos en el breviario y las observaciones en el cielo; sus alternativas miradas á la brújula del barco y á la cruz del Salvador; sus vigilias en el castillo de la *Santa María*, donde remedaba unas veces á los hechiceros con sus signos diabólicos y otras veces á los santos con sus plegarias místicas, el menosprecio á todo cuanto no fuera su viaje; las intensas alucinaciones de su vista; las palabras incoherentes de sus labios; todo el ser suyo acreditaba la sospecha, en aquella gente arraigadísima, de habérselas con un loco, el cual á todos los había perdido con su incurable locura. En vista de todo esto, las murmuraciones iban á las amenazas y las amenazas presagiaban tumultos. Colón oponía siempre á tal estado de ánimo en su tripulación el desdén connatural á la idea interna de su propia suficiencia y á la seguridad completa de un éxito afortunado en sus empresas. A la mirada sugerida por el ódio, respondía con otra mirada sugerida por su altivez, y á cualquier gesto de amenaza con aquel aire de magestad é imperio congénito á su naturaleza y propio de su oficio. Cuando le oponían objeciones respetuosas, respondíales con evangélica mansedumbre, según las opuestas calidades y condiciones de un alma extraordinaria verdaderamente y sublime. Mientras le circuían y escuchaban, hipnotizábales con el efluvio material del resplandor de sus ojos y con el efluvio intelectual del poder de su elocuencia; pero, en cuanto se recluía en el soberbio pedestal de su cargo é indispensable á su estudio, libre del ascendiente sobre la suma de voluntades varias ejercido por una poderosísima voluntad individual como la suya, volvían á las andadas y murmuraban de lo lindo, aunque sin atreverse al desacato y sin arriesgarse al tumulto. Y aunque la fuerza de las objecciones marineras fuese mucha, no era menos

la fuerza con que aquel agudo ingenio de Colón las desviaba cuando no las deshacía. Como desvaneció el recelo por las erupciones del Teyde con ejemplos emprestados al Etna y al Vesubio; el recelo por las agujas imanadas con los movimientos en las constelaciones donde brilla la estrella polar; el recelo por las aguas herbáceas con la certeza y casi evidencia de que la tierra estaba próxima; el recelo por la permanencia del viento alisio con la promesa del contrario así que arribasen á otras latitudes; el recelo por los meteoros parecidos á volcanes aéreos y errantes por las explicaciones pedidas á su ciencia cosmográfica; el recelo por los oleajes violentísimos en las aguas cuando carecía de aire casi la enrarecida atmósfera con adivinaciones sobrenaturales casi de las corrientes que fluyen allá en las entrañas oceánicas; todos los recelos con pruebas extraídas de sus conocimientos ó con fulguraciones bellísimas de su imaginación, si no con frases agudas de su penetrante ingenio italiano y con cálculos más ó menos verdaderos de su saber matemático; mas, hecho todo esto y cumplido, exaltábase hasta tocar en la transfiguracion, y transfigurado por su fe interior, presentaba, ya paraísos voluptuosos, como Mahoma, ya ciudades áureas, como Marco Polo, ya églogas bienaventuradas, como Virgilio, ya edades felices, como la sibila de Cumas, ya dilatación del nombre de Dios por tribus remotas, como Daniel é Isaías, ya deliquios por el amor de Dios sugeridos, cómo San Francisco de Asís, ya proyectos de reconquistar el Santo Sepulcro, como Godofredo de Buillón cosmógrafo, matemático, vidente, profeta y mercader al mismo tiempo. En estos coloquios y con estos discursos fácilmente detenía la catarata de pasiones embravecidas que tronaba sobre su persona. Pero, en cuanto desaparacían los tripulantes de su vista ó se despegaban de sus frases, ó no iban por cualquier motivo á su presencia, reunidos en la parte de barco reservada por los usos náuticos á la tripulación, volvían á las andadas y se tornaban airados al extremo de pensar en proposiciones de regreso, puesto que habían llegado adonde antes nadie lle-

gara y cerciorádose con evidencia de como por ciertas latitudes únicamente hay cielo y mar que nunca jamás concluyen. Puntillosos como buenos españoles, temerarios como buenos marinos, locuaces como buenos andaluces, la fuerza interior opuesta, en resumen, al proyecto de regreso, era la negra honrilla, el temor de que los llamasen cobardes, calificativo inaplicable á quienes, como ellos, entraran en el mar tenebroso y estuvieran allí dos meses consecutivos, desafiando las cóleras del Universo con audacia sin ejemplo en la Historia y tentando con aquella exploración á Dios. Lo cierto es, lo indudable, lo averiguado, que se reunieron en son de protesta y que formularon, de manera más ó menos respetuosa, pero de manera clara, un retroceso á Oriente, donde nuestra España está, dejándose ya de aquella continua navegación hacia Occidente, tan larga y tan inútil, y en cuyas incidencias únicamente habían descubierto aires sin límite, aguas sin fondo, la extensión infinita, el insondable abismo, el inmenso lecho donde se revolcaba un mar sin término y sin riberas, parecido al caos genésico en que las ondas hervían y rafagueaban los huracanes por una inacabable soledad.

Numerosos escritores han descubierto en tales hechos, propios de toda empresa muy arriesgada, margen para urdir dramas y novelas de sumo interés, y han puesto aquí un verdadero motín, terminado por un desenlace muy dramático, la demanda de plazo brevísimo por Colón, plazo de tres días, tras los cuales, de no topar con las requeridas Indias, habría de rendirse á discreción el engañador y entregarse al arbitrio de los rebeldes juramentados para descuartizar su cuerpo y echarlo á los peces, hecho lo cual, tornarían su rumbo á España, donde habrían de hallar triunfal acogida por este acto de justicia inferido en alta mar á un tan redomado embustero. La especie corrió desde luengo tiempo en boga y el público rumor la repitió con insistencia. Oviedo, un tantico novelador, la ingirió en su Historia con su resuelto amor á todo lo dramático. Y los más versados en este período tan interesante de nuestras crónicas, creerian

quitarle interés histórico elidiendo el cuadro de un Colón asaltado por marineros los cuales agitan hachas amenazadoras sobre su cabeza casi herida, reduciendolo por la fuerza bruta y el número superior de los amotinados á pedirles un plazo angustioso de tres días para terminar su obra, el cual plazo, con su brevedad y con su angustia, movía el corazón de los curiosos leyentes á trágicas emociones, muy buscadas en las amenas lecturas. Pero, sintiendo mucho quitarle interés á la historia, debemos decir, en Dios y en conciencia, sin reservas de ningún género, haber en todas las investigaciones hechas por nuestro ministerio de historiador, encontrado ya las murmuraciones ya conmemoradas, pero no el motín, si creemos al testimonio de lo escrito en aquellos días y á lo por aquellas gentes certificado. Murmuraron mucho del Almirante, y aun lo requirieron á la vuelta, pero sin asomo de irreverencia ó desacato, ni menos de subversión ó tumulto. Este reconocimiento de la verdad no empece á la indispensable atestiguación de una demanda formal y solemne del regreso, impuesto, tras la frustración y marro del viaje, por una imposibilidad patente del deseado logro; pero nada de conjuración, de acuerdo, de motín y pronunciamientos. Las proposiciones contrarias á su resolución y á su rumbo y á su plan debieron dirigírsele, si no con caracter irreverente y tumultuario, con carácter de apremio impacientísimo, cuando el Almirante se vió contreñido mal de su grado á reunir un consejo y pedirle para continuar la expedición sus luces y para someter los ánimos su auxilio. No hay sino abrir los testimonios fehacientes en la materia histórica del primer viaje, para persuadirse á creer la tesis de qne hubo murmuraciones, inspiradas por el deseo vivísimo de virar en redondo hacia España, pero no manifestación tumultuaria y facciosa de semejante deseo. Pedro Bilbao, vizcaíno, tripulante de la carabela capitana, refiere haber oído muchas veces que algunos pilotos y marineros querían volverse, si no fuera por el Almirante, que les prometió dones. García Alonso, de Palos,

oyó decir entre sí á los marineros que venían perdidos y el Almirante les respondió que les daría presto tierra. En las probanzas, donde tantos compañeros de Colón atestiguan, uno sólo habla de motín y de sublevación en armas, pero por oídas y de referencia, pues no asistió al primero y más glorioso de todos los viajes. Tras larga consulta sobre tal incidente y prolija confrontación entre diversos papeles, deduzco yo que no sobrevino motín alguno, aunque sobrevinieron muchas murmuraciones y requerimientos, por lo cual me atengo al relato de tal escena, hecho por el erudito investigador Fernández Duro, en su informe sobre las relaciones entre Pinzón y el Almirante, al iniciarse y concluirse la primer exploración del mar tenebroso y el primer encuentro de América. Se funda toda la referencia del académico historiador en las atestiguaciones más sinceras y más dignas de crédito, expresadas por el piloto, retirado á Santo Domingo, Hernán Pérez Mateos, que las dió tal como las guardaba su memoria, cercano por su edad á presentarse al divino Juez y sabiendo cuánto se pena en el otro mundo y cómo nos deshonra en éste la mentira. Con efecto, la tripulación del buque almirante pedía la vuelta, insistiendo mucho y muy alto en su petición. Hay quien ha querido aminorar la ceguera de aquellas gentes con el ingenioso alegato de que pedian la vuelta, pero no á España, no, á islas dejadas eu el camino por la pertinacia del descubridor en ir hacia Occidente, pertinacia contrastada por Pinzón, quien barloventeaba con frecuencia, como tenía nave superior como velera de suyo á la capitana, pero sin separarse nunca de la vista del capitán. Con efecto, proponía el teniente inclinarse un poco al Sur en aquella demanda continua de Occidente, pero sin llevar su proposición allende los límites del consejo. Algún grado menos de respeto debieron emplear los marineros de la *Santa María* que Pinzón, cuando un día el Almirante reunió de súbito la asamblea de jefes, si creemos las probanzas judiciales, en que tanto se controvertieron y dilucidaron los hechos competentes de una trama

tal como la historia del primer viaje. Y en cuanto barloventearon las dos carabelas y departieron entre sí los capitanes con su jefe, poniéndose al habla, Colón debió contar lo sucedido con toda lisura y exponer lo demandado con toda verdad. Y sabido lo pasado, Pinzón expuso lisa y llanamente su juicio, corroborador de todo lo dispuesto por Colón, juicio seguido de reprobación militar á las reprobables pretensiones y á los insumisos pretendientes. «¡Señor!—exclamó el animoso armador de Palos, dirigiéndose al jefe de todos, en reprobación de la irreverencia de algunos—ahorque vuesa merced á media docena de ellos y écheles al mar, y si no se atreviere, yo y mís hermanos barloaremos sobre ellos y lo haremos, que armada que salió con mandado de tan altos príncipes, no habrá de volver atrás sin buenas nuevas.» Y | al oir esto de hombre tan experto, en castellano tan limpio, con acento de convicción dicho, y corroborado por ademanes demostrativos de que seguiría inmediatamente al vocablo el hecho, conformáronse los recelosos con la suerte suya, y volvieron, bien ó mal de su grado, á la calma necesaria y á la consiguiente obediencia. Pasó en esta singladura lo mismo que pasara en el acto y momento de la dificultosa leva: lo vedado al hombre genial se facilitó por la experiencia y por el crédito y por el valimiento de un segundo, poderoso en cosas muy secundarias, pero tan precisas é indispensables como las primeras al debido logro y deseado fin de la empresa. Créese la gente vulgar menos humillada obedeciendo los mandatos de un hombre á su altura que tomando los consejos venidos desde las vertiginosas cumbres del genio, impenetrables á la vista común. En cuanto advirtió Colón la eficacia del poder moral de los Pinzones sobre la marinería de su propia nave, díjole agradecido, con lágrimas en los ojos y dulce melancolía en la voz: «Seàis bienaventurado.» Y tras esta bendición, volviéndose á los compañeros suyos, muy penetrado, por cierto, de que no les faltaba la razón, dadas las indefinides prolongaciones del viaje, añadió: «Martin Alonso, con estos hidalgos hagámonos bien y

andemos otros días, é si en éstos no halláramos tierra, daremos otra órden en lo que debamos hacer.» Debió parecerle al teniente sobrada concesión ésta por Colón á los disgustados y con voz que dominó por su pujanza los fragores de alisios y de olas, gritó: «¡Adelante, adelante, adelante!» Con efecto, esta exclamación triple, lanzada por aquel marino de firme voluntad y acerado temple, salvó la expedición á los términos y acabamiento, como la diligencia y actividad suya la inició también y aparejó á los comienzos. Cualesquiera que hayan sido más tarde los procederes y actos de Pinzón, remitamos á más tarde también el dar nuestro juicio sobre ellos, pero digamos ahora cómo por su arresto y resolución en este supremo instante, merece compartir sin segundo alguno con Colón la gloria inmarcesible del descubrimiento de América.

Pero, á decir verdad, ninguno de los que al descubrimiento cooperaron debe ser con ingratitudes retribuído, aunque sintiera los espasmos del terror engendrado por naturales cavilaciones propias de una empresa tan temeraria que les daba una perplejidad tan grande. Aquella marcha sin descanso y sin término hubiera puesto miedo en el ánimo de los titanes destinados á limpiar el mundo prehistórico de monstruos exterminadores. Necesitábase menos coraje para cualquíera de los hercúleos trabajos descritos por las fábulas que para este trabajo de paciencia. Y cuenta que, si los marinos conocían el tiempo empleado en la expedición, desconocían el espacio recorrido. Colón guardaba escondida la suma de millas, como ya hemos dicho, llevando para ello dos cuentas, una verdadera para sí, otra falsa para los demás. Ninguno de los cálculos, fuera del hecho para sí mismo, acertaba con la distancia. El 1° de Octubre dijo el piloto de la capitana encontrarse del meridiano de la Isla de Hierro hacia Poniente apartado unas quinientas setenta y ocho leguas, cuando el descubridor sabía con evidencia que se hallaban unas setecientas y siete. Y por aquellos mismos días contaba la *Pinta* una carrera de seiscientas treinta y cuatro

leguas desde la isla Hierro, mientras contaba la *Niña* quinientas cuarenta leguas. Andando así, uno de los Pinzones, que se había de la verga colgado, lanzó el grito de «Tierra» caido como repique de Resurrección pascual en las orejas de aquellos viajeros, aquejados del achaque de darse por muertos, como perdidos en el Océano inmenso é insondable. En cuanto el grito salvador oyó Colón, hincóse de rodillas enajenado sobre cubierta; plegó las manos con devoción, como un asceta, sobre su pecho; alzó en éxtasis al cielo su mirada resplandeciente de regocijo; y entonó el *Gloria in exelsis Deo* con que la Misa exalta diariamente al Autor de todo lo criado Por nuestras creencias religiosas, por nuestras costumbres nacionales, por nuestra educación doméstica, las aleluyas y los hosannas, exhalados en las festividades eclesiásticas penetran, como una suave melodía, por el oído y mueven hacía lo alto como un aura celestíal el corazón. En cuatro misas muy solemnes resuena el *Gloria in excelsis* de un modo excepcional: en las misas de Jueves y Sábado santo, en las misas de Nochebuena y Ascensión llamadas por el habla popular misa del Gallo la primera y misa de Hora la segunda. Muchas veces os habrá conmovido el cántico triunfal bajo las bóvedas altísimas de nuestros templos, llenos de incienso que trasciende á plegaria y esclarecidos por lampadararios y candelabros que alimentan así la cera como el aceite litúrgicos; y cuando el coro entona la salmodia severísima y sublime al son de las trompetas angélicas resonantes en el órgano de los salterios regocijadores del ánimo y de las campañas que ajitan los aires con sus jubilosos repiques, habréis visto pasar por vuestra retina, iluminada de fe cristiana, la cuna de nuestro Redentor con sus pajillas y sus estrellas, la Resurrección de Pascua Florida con todo su cortejo de alegres cánticos y todo su aleteo de ángeles y serafines, el monte Tador de la transfiguración divina eterizado al contacto de las ides cristianas, los panes angélicos que hacen consustancial con el espíritu divino al humano espíritu; arrodillados

sobre las losas funerarias, bajo cuya pesadumbre duermen el sueño eterno vuestros mayores, ya juzgados, y al pie del sacro altar, tras cuyo retablo esplende la gloria entrevista en todas las esperanzas religiosas; pero creed y confesad que debía superar á todo esto la iglesia formada por el infinito material y el tabernáculo compuesto por los esmaltes de cielos unidos con los mares en las bóvedas de los horizontes visibles, y el órgano de las brisas, alisias acompañadas por los latidos del oleaje ondulante y el incienso de las dulces evaporaciones oceánicas condensado en rocío, y el ara erigida sobre aquella nave suspensa entre dos abismos, y el coro de aquellos robustos marineros, á cuyos ecos fervorosos, como al eco del Verbo divino lanzado sobre la sustancia caótica en el día primero de la creación bíblica se renovaba y se rehacía todo el universo. Pero inútiles todas estas exaltaciones. La tierra no parecía por ninguna parte; antes bien se disipaba conforme se iban acercando al sitio desde donde alucinaba los ojos y las esperanzas con sus mentidos mirajes. Un fenómeno, parecido al frecuentemente generado, por el sol en las arenas líbicas, repetíase por el Atlántico en aquella ocasion. Así oomo el reboque de los rayos solares sobre los desiertos, un lago de agua dulce y fresca surge delante de los ojos y humedece los labios; á la refracción de los rayos solares en las columnas de vapores oceánicos fórmanse intercolumnios, templos, ciudades, como en los nubarrones del ocaso teñidos por los rayos del sol poniente se suceden cuadros de contornos brillantísimos y de figuras increíbles por lo extrañas y fantásticas, tras las cuales hemos columdrado, entre las pasiones de mozos y entre los juegos de niños, las ilusiones y fantaseos del alma, no menos embusteros que las falsas perspectivas trazadas por el encuentro de las moléculas acuosas con las moléculas etéreas en la infinidad del espacio. Dos veces las dos carabelas que iban á las órdenes de la nave capitana creyeron vislumbrar un cercano continente, de suyo tan ficticio como los bien inciertos deseos é inconsistentes alucinaciones que la sensación y el pen-

samiento sugieren al espíritu. Compuesta la vida, por su condición irremediable, con materiales de grandezas enormes y tristes pequeñeces, mezclàbase á la exploración y á la investigación puramente científicas el espoleo de los intereses y de los premios y de los lucros tangibles. Los Reyes, entre las disposiciones precedentes al embarque de los expedicionarios, dieron una, señalando diez mil maravedís al primero que viese tierra en la gigante inquisición y busca del ignorado territorio tras las aguas oceánicas escondido. Y así como antes de refrenado el desacato parecidísimo á un motin incipiente, y frustado apenas se formara, nadíe divisaba si no el abismo y la muerte y la nada, por esas reacciones vulgares en las alternativas del ánimo, ahora creían todos sentir las difusiones de una vida exaltada en sus venas y los asomos de un mundo nuevo en el Océano. Y esta certidumbre, sucediendo á la perplejidad antigua, por tal manera se arraigara en los ánimos, que creían haber dejado á la espalda, si no un continente, islas no descubiertas por la pertinacia del capitán de la escuadrilla en dirigirse de continuo à Occidente. Así debemos comprender y explicar el que los marinos de la *Niña* llegasen á una tan grande alucinación como disparar su cañon y enarbolar su bandera delante de un espejismo. Para evitar la frecuencia de tales equivocacíones y precaberse contra ellas el Almirante dispuso la mesura y la reserva en adelantar noticias, excluyendo para siempre de la merced reg'a y hasta de opción á ella, sin remedio, á quien gritase haber visto la tierra y no tuviese la dicha de ver al tercero dia de su aviso cumplida y realizada su visión. La vuelta de nuevos engaños, tras mentidas esperanzas podía traer nuevos desengaños, los nuevos desengaños desalientos, los desalientos perturbaciones, y en éstas frustrarse toda la expedición. Más, para que los Pinzones no murmurasen tras estos engaños de su deseo y tras este marro de sus avisos; como fueran barloventeando siempre quince leguas á la redonda de su capitana, por tener barcos más veleros bajo sus órdenes y mayores impaciencias en sus almas, Colón los atendió un poco,

desviándose del paralelo de la Isla de Hierro, por donde procurara dirigir siempre su rumbo, y yéndose por la cuarta del Sur. Bien es verdad que, conforme iban los mediados de Octubre acercándose, iban tambien los pajarillos en bandadas corriendo á las carabelas, y conforme iban corriendo á las carabelas, iban despertando esperanzas de tierras próximas en los ánimos. Pinzón mostró al capitán que precisaba, no solamente seguir el curso de las estrellas por los cielos, sino seguir tambien el vuelo de las aves por los aires, como hicieran los portugueses, quienes, á virtud de tal proceder encontraron los territorios recogidos en el común acervo de sus innumerables dominios. Por manera que las avecillas, no solamente acompañaban al marino en la soledad infinita del Océano y regocijaban la vista con los colores de sus plumas y henchían los aires con el coro de sus gorjeos, sino que, verdaderos guías y pilotos iban precediendo, á manera de los ángeles en los relatos bíblicos, á los peregrinos aquellos, renovadores de la Naturaleza; y sembraban á una con sus nerviosas agitaciones y con sus cantos no aprendidos, por doquier, algo parecido á los rezos murmurados por Colon sobre su nave al aguardado anuncio de tierra.

CAPÍTULO XX

¡¡¡TIERRA!!!

Era la tarde del 11 de Octubre de 1492. Precisaba, en vista de todo, pues, aparejar y apercibir las ordenanzas y disposiciones conducentes al proximo desembarco. El Almirante las traía muy pensadas, pues ni un minuto dudó en quince consecutivos años del cumplimiento de sus previsiones y de la verificación de sus proyectos. Comenzó en aquel momento revelador por sondear, y encontró fondo, bien al revés de antes, que flotaba sobre un mar insondable. Miró los celajes, y columbró en las nubes, tan escudriñadas por los avizores ojos del marino experto, correspondencias misteriosas con costas y riberas indudablemente cercanas. Unió á estas observaciones la observación de los vientos, muy tranquilizadores, puesto que soplaban de todas partes con suma variedad; y en esta variedad traían avisos múltiples de las sinuosidades ingénitas á la parte firme del planeta, en contraposición á la acuosa, que tan constante uniformidad presta con la uniformidad propia de sus senos al curso de los vientos. Así ordenó que bajasen las velas en cuanto les diera para ello la próxima órden; y, acercándose á la capitana en lo posible, quedasen al pairo con ella. Insistió en el mandato de cerciorarse mucho del encuentro cercano con la

tierra firme antes de atreverse á gritarlo, y juntó bagatela tan gentil como un jubón de raso, con el premio en oro decretado por los Reyes al primer anuncio al feliz encuentro. Como la línea se compone de puntos, y el tiempo de instantes, y el mar y el cielo de átomos, la invención del Nuevo Mundo debía componerse de invenciones en series muy graduadas y medidas como por una previa sistematización consciente y un previo plan reflexivo. De haber continuado Colón la rota dispuesta por él desde que zarpara de la Isla de Hierro topa su nave con el territorio llamado la Florida hoy, es decir, con el continente; à lo menos con isla de grandor casi continental, como Cuba; pero en la desviación propuesta por los Pinzones, y admitida por él á última hora, estaba llamado á dar con un islote muy hermoso de aspecto, pero diminuto y baladí si lo parangonamos con el inmenso mundo, en cuyos mares navegaban ya. Mas no adelantemos los hechos, y ciñamos las narraciones históricas á la sucesión de sus enlaces lógicos en el tiempo. Á cada minuto sobrevenía una revelación. Cierta solitaria tórtola llegó revoloteando, una tórtola semidoméstica. Imaginaos lo que revelaba el animalejo. Al ver su plumaje sedoso y al oir su arrullo elegiaco, los navegantes debieron acordarse de las viudeces del alma en cada cual, y ver las mujeres amadas en la tristeza del abandono, como aquella tórtola, y los pequeñuelos acostados en sus cunas, como las avecillas en sus nidos. Tal ave poética, en quien ha querido simbolizar la poesia un afecto de suyo tan indispensable á la vida como la fidelidad conyugal, despertaría en la mente de Colón el recuerdo de Dª. Beatriz, tan querida, causa primera quizá de su larga estáncia en España, y vería junto á ella, tras las rejas y celosías de Córdoba, festoneadas por azahares y jazmines, los dos amados hijos, cuyo bien y cuya prosperidad entraban por mucho en los móviles determinantes de la peligrosísima empresa. Tras la tórtola vió también Colón desde la *Santa Maria* un junco verde, y en el junco verde una marisma ó lago campestre, y en la marisma ó lago campestre

las riberas próximas, componentes de tierra firme. Pues así como la tripulación del barco almirante viera un junco, la tripulación del barco *Niña* vió un espino, uno de esos espinos que parecen coronas en los setos y ribazos andaluces, cargado todo él de majuelas maduras, que parecían corales por su purpúreo lustre. Pero la más afortunada entre todas las carabelas fué sin duda la *Pinta*, que dió con un objeto, demostrativo de la existencia de seres humanos en la inmediación y en el costeo de aquellas inmensas aguas extendidas ante los exploradores, tan suspensos de todo aquello que á su alrededor pasaba y tan atentos á todas las revelaciones ofrecidas por el espacio que recorrían. Y así vieron flotar un tronco, el cual parecía por humana industria de grandes árboles arrancado con instrumentos análogos á los usuales en Europa, indicio seguro de una tierra próxima poblada por una sociedad madura. Al verlo, echáronle como á un pez la red y en las mallas de ésta lo arrastraron á bordo. Estaba primorosamente trabajado, y este trabajo servía de indicio seguro al cumplimiento del feliz hallazgo y al encuentro con la requerida tierra. Comunicáronle á Colón el indicio, y tal nueva le sumergió en íntimas y secretas consideraciones, tanto respecto de su gloria, como respecto de su responsabilidad. Lauros para su frente, fama para su nombre tierras para sus Monarcas, lucro para su hacienda, nobleza y bienestar para sus hijos; en el Océano Almirante; Visorrey en tierra; próximo á disponer de riquezas y ejércitos que le permitiesen recabar el Santo Sepulcro, perdido para siempre tras cuatrocientos años de luchas titánicas, vería el descubridor; pero si comparaba todas estas ventajas con todos los desvelos y todos los amargores anejos á su deseado goce, ¡ah! sentiría en su triunfo un dolor más agudo y más acerbo acaso que todos los sentidos en sus contrariedades y en sus desalientos.

Así, en cuanto ya estuvo cerciorado por completo de que andaba cerca de tierra, se apercibió á recluirse dentro de su camarote y comunicarse con sus internos é íntimos pensamientos,

sugeridos por el cambio radical próximo en una vida como la suya, larga y provecta. Pero antes rezó. El crepúsculo vespertino tiñó con líneas rojas los bordes occidentales, donde se besan mar y cielo. Brisas misteriosas trajéronle al recuerdo el eco de la campana despertando el rezo del Avemaría, sugerido por las lenguas de bronce á todos los fieles del orbe católico, al borrarse los encendidos arreboles del ocaso y brillar los relucientes luceros por las desiertas alturas. En parte ninguna toma el culto á María los poéticos tintes que le presta el mar. Como se halla el marino tan abandonado en las procelosas aguas, juguete, cual desarraigado leño, de los contrarios vientos, por los torbellinos amenazado siempre, con el auxilio de las voraces olas en sus orejas y el abismo insondable bajo sus piés, acógese al manto que abriga la orfandad, al manto de María, como el niño se agarra en sus lloros y en sus contrariedades á las vestiduras de su próvida y amada madre. ¡Cuál consuelo ver entre las opaladas aguas y los horizontes rojizos, cuando los últimos rayos del sol inflaman las nubes del ocaso y los rayos primeros de la luna blanquean y argentan el Oriente, á la Virgen, deslizandose amorosa entre los esmaltes de las brisas y los esmaltes de las olas, con su manto celeste á los hombros, la vestidura blanca ceñida por todo el cuerpo, á sus pies la esfera del mundo, sobre sus cabellos la corona de astros, bajo las alas del divino espíritu, sobre los anillos de la tentadora serpiente, circuída del èter increado, absorta en la incomunicable audición de los coros angélicos, los ojos en éxtasis, el Hijo en los brazos. henchido de amor el pecho, como un iris de paz alzado entre la criatura y el Creador, para desenojar las iras del cielo é interceder por los pecadores del mundo! *Ave maris stella*, gritan á una las olas en las letanías sin fin que les preste la piedad sin igual del marino; y á Maria consagran los pueblos marineros las blancas ermitas puestas sobre las cumbres que primero se ven á la vuelta, que más tarde, á la ida, se pierden cual faros espirituales alimentados por el místico aceite de las oraciones que reciben y bendecidos por

las reliquias y por las ofrendas y por los exvotos que guardan. Asi, el poeta de la duda en este nuestro siglo, aquel poeta, cuya inspiración tenia, como el espiritu de sus progenitores normando-sajones, vuelos de esas aves marinas que lanzan gritos agoreros, al volver una tarde primaveral desde las aguas del veneciano Lido á las aguas del interior lago, jaspeadas todas por trémulos iris de luminosas refracciones, parecidas á superficies y facetas de multicolores cristales; como las campanas de Venecia tocasen al Avemaria del anochecer, comprendió la devoción de los marineros á la Madre del Verbo, y unió su voz al coro universal que las almas conscientes y las cosas inconscientes le consagraban á una en aquellas cristalizaciones de las ideas y etereidades de la materia que genera de continuo el sentimiento religioso. Pues la Salve de Colón, á la hora de contemplar el crepúsculo precedente á su milagroso hallazgo, acompañado por la robusta voz de aquellos marinos, confundida con los rumores oceánicos, debia tener un acento y una fuerza de atracción tales, que como gigantesco imán atrajese, de haberse hallado lejos, por intercesión de Maria los escollos anteriores; al Nuevo Mundo, en torno de su bendita carabela.

Después de rezar Colón; encerrado ya en su cámara, y dentro de su cámara en si mismo encerrado, con ánimo de mirar cara á cara los últimos instantes de su vida, ¡cómo el corazón palpitaría en su pecho y en su cabeza latirían las sienes! El triste loco de atar hallábase proximo á trocarse, por el encuentro de unos escollos, tan buscados y requeridos, en una especie de dios. Pocos hombres bajaron las gradas que Colón. en el aprecio universal durante las dos primeras partes de su vida; ni subieron las gradas que Colón después de muerto. Su Calvario y su Tabor se tocan. De los menosprecios pasó á las idolatrias; de reido á glorificado. Natural nos parece que tuviera en el minuto sublime de lograrlo todo, una satisfaccion indecible, pensando cómo iba pronto á vengarse de todos. Facultad en él culminante, la imaginación; caráter, el genio; virtud, la

fe. Así, al conjuro de su palabra, unida con el esfuerzo de su voluntad, vió bajar el ideal abstracto à la viva y concreta realidad. Las tesis de una ciencia más ó menos fundada y las hipótesis con esas tesis congruentes pasaron á objetivarse de bulto á los ojos del alma suya, que había hecho lo atribuído al filósofo antiguo por tradicionales cuentos; arrancarse los ojos de la cara con el objeto de ver la contradiccion de los fenomenos en el mundo con las ideas suyas en el espiritu. Cierto que no están únicamente los fantaseos y las imágenes en aquel vastisimo genio, dotado también dc una razon altisima; pero esta facultad suprema, la razón, se animaba en el vivido calor de su fantasia creadora, siempre radosa y sin eclipse y sin descenso y sin ocaso. Merced á tal complexión interior suya, idealizó lo real como un artista, y realizó lo ideal como un politico. El sentimiento prestó á su idea fuego y la fantasia le prestó hermosura- El cálculo matemático y las nociones cosmográficas, que cualquier otro sabio de menor estética hubiera formulado en cifras algebráicas ó apotegmas cientificos, pasaron á constelaciones de ideas brillantisimas por el éter espiritual en que supo dorarlos y esclarecerlos su inspiración, esa inspiracion generadora en él de todos los planes, y próvida siempre hasta socorrerlo y asistirlo en los momentos de mayor y más viva contrariedad. Las almas verdaderamente grandes tan solo llegan á divinas, cuando las metamorfosea, sublimándolas con sacudimientos eléctricos, la chispa celestial que llamamos sobrehumana inspiracion. Y el descubridor la tuvo siempre y la tuvo súbita. Por eso la envidia no pudo llegar hasta el disco de su genio. Cuando parecia más apagado, se reanimaba, merced á esos toques divinos, de una inspiración misteriosa. Pero lo más admirable de todo en el será un enlace verdaderamente sistemático de sus facultades, unidas en serie y sin solución de continuidad ninguna, como ahora se dice. La razón, qne piensa, determinaba en él á la imaginacion, que crea; la imaginación, que crea, determinaba en él al sentimiento, que ama; el sentimiento, que ama, determinaba en él á la volun-

tad, que quiere; la voluntad, que quiere, determinaba en él á la fuerza, que hace, y obra, y produce, pasando, por obra y virtud de tal correspondencia entre facultades tan admirablemente unidas y ligadas en serie rigurosa, desde las idealidades altísimas del teólogo y las visiones místicas del profeta y los alucinamientos magnéticos del soñador á los cálculos matemáticos del sabio y á los esfuerzos heróicos del combatiente y del guerrero. Ninguno le aventajó en crear como en creer. Y no aventajándole ninguno en crear y creer, tampoco le aventajó ninguno en calcular y observar. Junto á una intuición celeste coloca una experiencia útil; junto á las efusiones líricas de un himno religioso los números infalibles de una bitácora exacta. Sobre cada cosa veía una idea; y de cada idea el genio plástico suyo hacía una cosa; pues no se abstraía en el ideal, sino que lo concretaba, poniéndolo como en relieve á la mano de todo el mundo. Parecía que su pensamiento estaba fuera de él, ¿qué digo su pensamiento? parecía que él estaba siempre fuera de sí mismo. Y sin embargo, nadie tan reconcentrado en su pensamiento y tan mudo como él cuando quería reservarse y callar.

Con tamañas cualidades, no debe maravillarnos arrancara una gran parte del velo, que cubría la creación y sembrara con agujeros de luz eterna las perdurables sombras del eterno misterio. Fué creador porque su idea movió su actividad, y su actividad le llevó á considerarse causa primera en la revelación de lo creado y fuerza creadora en el universo material. Los mares aquellos por donde iba, estaban, como el mundo antes que Dios crease al hombre, sin alma: desde la embarcación en que navegaba, subíalo á conciencia de sí mismo, al dejar en sus espacios inmensos la estela del pensamiento humano. Verdad que no tendrá jamás el ser misterioso, á quien llamamos genio, la reflexión profunda y la fuerza lógica naturales en el razonador y en el filósofo; habrá en sus intuiciones algo de la ceguera que hay en los poetas y en los amantes; tendrá por eso entre mil equivocaciones un solo acierto; pero en

ese acierto intuitivo, creador, genésico, encerrará todo un mundo y todo un cielo el alucinado Colón. Los instintos, que abajo miran, rara vez yerran; y no yerran tampoco las intuiciones que miran arriba, siquiera sean aquellos subhumanos ó animales, y sean estas suprahumanas y casi angélicas. Con la razón andaba el descubridor por la esfera de los hechos naturales; con la imaginación volaba por el cielo de las causas primeras. Con la observación calculaba y adivinaba con la fantasía. Su observación reunía y sistematizaba fenómenos; mientras su presentimiento revelaciones y profecias. Como Vinci, como Buonarroti, como Vives, como los hombres primeros del Renacimiento, Colón se nos presenta múltiple, asceta y artista y marino y observador y poeta y vidente y negociante. Por el espacio celeste buscaba ideas al mismo tiempo que por el espacio terrestre buscaba oro. La ciencia lo iluminaba con la verdad; pero el arte y la religión, de que nunca llegó á desasirse, por italiano de nacimiento, y por católico de fe, le prestaron los esmaltes más bellos de su genio y los lauros más inapreciables de su gloria. Él hacía, como su tiempo, como la edad creadora del Renacimiento, una religión del arte; y de la religión una fuente viva de inspiraciones continuas. Había convertido, al igual de muchos pensadores contemporáneos, la estética en un Evangelio viviente; pero no puede, no, dudarse que la religión, la ciencia, el arte, esta trilogía sublime, hallaban en el alma superior suya la unidad consustancial y suprema. En cada fenómeno hay una idea escondida; él abría los fenómenos, y encontrábala, como dentro de su concha, su recatada perla. Y cuál sabía la cantidad que guarda de idea cada fenómeno; sabía lo que hay de práctico en cada idea. Y luego de saber lo que hay de práctico en cada idea, la cantidad que hay de idea en cada fenómeno; sabía lo que hay en las ideas de ideal, quiero decir, de universal, de permanente, de divino. Formaba los juicios sintéticos á prioría, para ir luego á comprobarlos en el juicio analitico y experimental á posteriori. Así, esta dualidad increible de su alma,

produciendo una doble sèrie de fenómenos, tan diferentes, y aun opuestos casi, ha dado márgen á juicios tan dispares acerca de su contradictoria persona. Como á donde llegó él, pocos llegan; á donde hoy está, pocos alcanzan. El genio nace y se pone por necesidad entre misterios, como el sol, tan luminoso, nace y se pone á su vez entre crepúsculos. Si lejos de haber sido cosa real el descubrimiento, fuera cosa ideal, un sistema, en vez de un mundo, quizá no se lo reconociéramos, como hay muchos que no quieren reconocer en el Cristianismoá Cristo. En Colón hay lo impersonal, como su noble ambición de aumentar los fieles católicos y de reconquistar el Santo Sepulcro, con mucho de personal, como sus capitulaciones, sus ajustes, sus regateos, sus acaparamientos de atesorador y avaro. Mas ideó, creyó, razonó, y adivinó como nadie. Interrogó la Naturaleza con insistencia. Y después de haber ideado una hipótesis científica, la sujetó á larga comprobación experimental. Así, hay en él un observador como Bacón y un vidente como San Francisco; sus promesas tienen mucho del profeta Isaías y del viajero Marco Polo. Por un lado ve la idolatria concluída, la regeneración del Asia verificada, el Preste Juan de las Indias bautizado, el Redentor puesto en los altares de todos los continentes á la cabeza de toda la humanidad. el nombre de Dios conducido en alas de las brisas por él desatadas, á luminosos horizontes por él agrandados, Jerusalén cristianizada, la colina de Sión convertida en templo de los espíritus, el Santo Sepulcro rescatado, la Iglesia católica saludada por todos los confines del planeta; mientras, por otro lado, junto á todos estos espirituales bienes, descubre y promete mares llenos de perlas, rios dulces como si fueran de mieles, territorios infinitos oliendo á embriagadoras especias, bosques de canelas, jardines de flores perennes sobre cuyos rosales cantan coros de aves en voz siempre, murallas de plata, palacios de oro, torres de brillantes y esmeraldas, una copia increible de riquezas, un paraíso interminable de goces y placeres, merced al rejuvenecimiento y exaltación de la vida. Estas dobles

alunaciones místicas y sensuales constituyen una parte capital de su inteligencia, como ese doble cuidado de la idealidad más alta y del interés más egoísta constituye otra parte capitalísima de su moral. Alucinábase como un extático sin abandonar nunca la ganancia como un mercader. Codiciaba tanto el sol de la ciencia para su espíritu como el oro sonante y contante para su bolsillo. Su deseo para rescatar el Santo Sepulcro no empecía en su ánimo el deseo de alzarse con una pingüe renta. Iba en pos de fieles para la Iglesia, de súbditos para los reyes, de dominios para la corona, de soldados para la última cruzada, y de cuartos para sus hijos. Lo mismo explayaba su alma en una letania mística semejante á las floretas de Asis, que concentraba su cálculo en comprar unas cargas sobre las carnicerías de Córdoba para sustento de su querida manceba. Tal Dios lo hizo y tal aparecerá en la historia. El egoísmo de sus cálculos no empecerá nunca, no, al reconocimiento de la grande abnegación que generó su obra. El que haya querido con codicia reunir unos cuantos dineros más á su peculio, no le obscurecerá la gloria de haber con sus alucinaciones sobrehumanas agrandado el cielo y sembrádolo de miriadas y miriadas de astros, al descubrir sin quererlo y sin pensarlo un continente nuevo dividido en dos hemisferios. ¡Cuáles instantes para Colón aquellos que precedieran al encuentro de América! Corrientes de vívida electricidad por sus nervios, relámpagos de súbita inspiración por su alma, profecías misteriosas en sus vibrantes lábios, adivinaciones en sus extáticos ojos, absorción de todo el ser en una idea, efusiones de regocijo por todo lo que había sufrido hasta entonces, recuerdos pena por todo lo que había sufrido hasta entonces, recuerdos convertidos hacia las personas amadas y acción de gracias á Dios, una [especie de segunda vista sincrética trasparentándole todos los objetos circunstantes para que penetraran en el espacio donde surgía el Nuevo Mundo y una grande anticipación de su gloria en la posteridad. he ahí el estado suyo á esta hora suprema.

Eran las nueve de la noche, jueves, 11 de Octubre. Colón, cumplidos los rezos diarios y recapacitada la situación suya, subió á cubierta con sumo reposo y miró el espacio hacia Occidente con suma curiosidad. Nadie le acompañaba. Solo con su pensamiento iba escudriñando lo infinito con avizora mirada. Después de las quejas más ó menos reprimidas y de los sobresaltos más ó menos patentes, la expedición sólo había encontrado una dificultad: las hondas supersticiones de los tripulantes. Tranquilo el mar, serenísimo el cielo, dulce la brisa, buena la salud á bordo; sin una tormenta en los aires y sin un escollo en el agua, Colón, quien, á diferencia de nuestros sabios modernos, tan materialistas por regla general, no se creyó nunca solo en el universo, juguete de la ciega fuerza material, sino de Dios acompañado y asistido por su Providencia, en una efusión magnífica de su esperanza, dió gracias al cielo con mudas palabras, no sólo sin sonido, sin forma casi, en su íntima espiritualidad. Su previsión, la cual debia llamarse, por firme, completa evidencia, lo mantuvo más vigilante que nunca y de pie sobre cubierta. Todos á una velaban igualmente con él. ¿Quien duerme cuando hay muerto en casa ó se aguarda un próximo nacimiento? Parecido el sueño á la muerte, cualquier accidente nos lo quita, sintiéndolo y lamentándolo mucho siempre las pobres criaturas, siquier la vigilia sea vida: que tan grato nos es el morir á diario. Decir que se ha dormido poco equivale á decir que se ha vivido mucho; y nos gozamos en esta muerte periódica, preludio de la eterna muerte. Colón apenas había desde Palos dormido; entre sus compañeros ninguno durmió aquella noche del 11. Hallándose completamente solo, pues cada cual velaba desde su correspondiente sitio y todos cumplían su facción respectiva, tras una hora de reconcentrada fijeza en el ambiente, dió un grito su garganta, porque había dado un vuelco su corazón. Acababa de ver una luz terrestre, una luz diversa por completo de los astros celestiales y de los fosfóreos oceánicos. No solamente distingue al hombre de los demás ani-

males la idea que lleva como un verbo divino invisible sobre su cabeza: lo distingue la llama que lleva en sus manos y que ha encendido con su industria. Ningún animal sabe hacer fuego. La tenue lucecílla, columbrada por el Almirante, crecía y menguaba y andaba en opuestas direcciones, como una candela que se moviese á la mano y vacilase al movimiento. No pertenecía por su duración á los pasajeros aereolitos, frecuentes en aquellas inmensas perspectivas; no pertenecía por su color y por sus dimensiones y por su singularidad á las piedras candentes y luminosas lanzadas por los volcanes y sus eruptivas lavas; no era fuego fatuo, que fosforea como el fuego marino, y menos aun estrella que resplendece por las alturas etéreas: era, ó la llama de un hogar, ó la tea de un viandante. Adivinóla él, entre todos, porque ningún marino contempló nunca el polo inmóvil, que le fija un punto del cielo en su ruta por el mar, como este marino mirara el polo móvil, cuyos resplandores y centelleos esclarecían todas sus esperanzas, anunciándole con avisos bien ciertos el cumplimiento de proyectos bien maduros. Colón, meditando sobre su plan, tuvo despierto alucinaciones que debieron parecerle sueños y dormido sueños que debieron parecerle alucinaciones. En aquella luz tan tenue reconcentrábanse al par el alma y la vida suyas: de ser verdad, la gloria inmortal; de ser mentira, la muerte tras la desesperación. Así, frotaba, mucho sus ojos, como si quisiese azuzarlos con los puños á columbrar más y mejor aquel puntillo imperceptible casi en el horizonte inmenso. No estaba cierto de nada, en la confusión de ilusiones con realidades y en el recuento de antiguos desengaños sucedidos tras seguras esperanzas; y llamó al maestresala del Rey, quien se arrestó en Palos á seguirle, y que por su dignidad y posición estaba de él á la continua cerca, y le dijo cómo habían vislumbrado sus ojos una luz, y le preguntó si la veía él á su vez con sus ojos propios, más atestiguadores y más fidedignos por menos alucinados é hipnósticos. El maestresala respondió que veía la luz; y Colón, en su júbilo, no acertaba con la palabra propia del estado de su

ánimo, en una efusión radíosa y comunicativa. Para cerciorarse más, llamaron al veedor de la flota, Rodrigo de Segovia. Pero, sin duda, como tenia encargo de ver, el veedor no vió nada. Cayó en la misma obscuridad anterior el horizonte y Colón en el mismo anterior anhelo. Pero la flotilla continuaba navegando muy de prisa y con viento muy fresco y próspero. Aunque soltaron pocos rizos, empujábala muchísimo la corriente continua. Colón pasó la media noche sobre cubierta, inmóvil, rígido, frío, como una estátua, absorto en contemplaciones parecidas á éxtasis. Sabía que mas andadoras la *Pinta* y la *Niña*, por menos pesadas, eran las apercibidas mejor y más dispuestas á topar primero con tierra, y dejaba que lo precediesen á él, no curándose de nada en aquel supremo instante, sino de dar con el apetecido hallazgo. Tocóle tal buen acaso á la *Pinta*. Eran las dos, poco más ó menos, cuando al centelleo de las estrellas y á las fosforescencias del mar, un tripulante, sevillano, de ojo certerísimo, hecho, como los ojos del ave nocturna y del gato doméstico, á ver en las tinieblas, gritó tierra. Y en cuanto el marino gritó tierra, Martín Alonso Pinzón soltó un cañonazo, cuyo estampido resonó con resonancias portadoras de infinitos consuelos en las tres hipnotizadas tripulaciones, las cuales no daban fe al testimonio de los sentidos propios tras tantas perplejidades y angustias. Nunca debió estar Colón más fuera de sí, entre nerviosas agitaciones y eléctricos sacudimientos, como al encontrarse con la tierra buscada enfrente y no poder verla. Sus oídos se aguzarian á percibir y sus ojos á columbrar el misterio ya escudriñado por la propia idea y cubiertos en minutos parecidos á eternidades por la negra noche. Cualquier ligero accidente podía malograr el encuentro; cualquier mal paercibida traza destruir la obra en aquel extraordinario momento. ¡Cuán fácil cosa en la orilla perderse y ahogarse! Largas noches las noches de Octubre ya; tardo el día próximo venidero. Colón hubiese querido arrancar el paño de las tinieblas al mundo encontrado por su fe viva y por su constancia incontrastable. ¿Qué

sería? ¿Sería un eden ó sería un desierto? ¿Les aguardaba el cumplimiento de una esperanza tan acariciada ó el dolor de un desengaño monstruoso? La tierra invenida, ¿valdría el trabajo y el tiempo en ella consumidos? Quizás les aguardaban monstruos capaces de acometerlos con rabia hidrófoba y razas capaces de recibirlos con resistencias cruentas y guerras y combates á muerte. Quizás resultaría un páramo sin fauna y sin flora y sin pobladores y sin productos y sin provechos, impropio para devolver en cosecha de bienes todo cuanto había pedido de afanes. Dos profecías batallaban á la continua en los presentimientos de Colón: religiosa la una y materialista la otra. Parecíale unas veces que debía encontrar el paraiso devuelto á la humanidad, el paraíso de los primeros dias de la creación, cuyas reminiscencias llevamos á la continua dentro del alma, en conformidad con sus efusiones místicas de franciscano laico y militante; y parecíale otras veces que iba con el Preste cristiano de las Indias á topar, puesto el buen Juan, según le llamaban, sobre un trono aúreo y bajo un pabellón de perlas y brillantes y rubíes y zafiros, en conformidad con lo leido para desempeñar su ministerio de inventory cosmógrafo. Por fin rayó el alba. Por fin al resplandor perla de la suave alborada, se fué dibujando el islote, de suyo parecido en sus risueños deslumbradores aspectos á nueva creación. Así como en las regiones del Norte aparece la tierra mas hermosa tras una mañana de neblinas disipadas al resplandor del sol de mediodía, este intervalo entre los tenebrosos misterios de la noche y los claros efluvios del alba debió hacer que resaltaran á los ojos del descubridor las tierras aquellas bajo un cielo azul y etéreo; sobre un mar jaspeado con toda suerte de colores; dentro de un cinturón de arrecifes que parecían piedras preciosas; con alfombras de arenales áureos tendidos por las riberas recortadas á modo de anfiteatro; con un puerto hecho por la naturaleza misma en graciosísimo recodo de la ensenada, tan profunda cual quieta al amor de sus dormidas aguas; por monte cónico rematadas, muy

semejante á espléndida corona; revestidas de árboles gigantes, cargados con frutos llenos de mieles y flores llenas de aromas; con huertos de ramilletes ceñidos y de aves poblados, despidiendo esencias gustosas al olfato y gorjeos acariciadores del oído; con un lago en medio, lago de agua dulce, cuyos cristales repetían en sus reflejos aquella natural hermosura y cuyos vapores refrigeraban el ambiente, de suyo caluroso: espectáculos increíbles á la vista, entonces alucinada y extática, como si resultase, al cumplirse tan vivo deseo, la victoria definitiva el mayor de los engaños y la realidad cierta el mayor de los embustes. Colón volvió á ese magnético estado á que la ciencia llama hipnosis, nérvioso desarreglo producido tanto por excesos de alegría como por excesos de dolor, en los cuales parece cualquiera un sonámbulo que sueña despierto y que anda dormido. El éxtasis debió seguir á esta grande alucinación. Y en el éxtasis debió haber muchos efectos de la sorpresa, pues no creía cumplido el deseo, aunque ya logrado; y muchos arrebatos de la religiosidad, atribuyendo á milagro del cielo aquella increíble aparición en el espacio; y muchos júbilos del ánimo desatinado al golpe de tales nuevas emociones juntas; y muy grande admiración, rayana con el embobamiento producido en los seres enamorados por las personas amadas; y una contemplación como aquella puesta por el venerable pintor Angélico en los rostros de sus místicos, arrobados al escuchar las melodías angélicas ó ver la Santa Trinidad. El paso desde la mar solitaria é inacabable al islote, de campestre vida muy henchido y rebosante, debía parecerse al paso del espacio sin luz al espacio iluminado por la palabra creadora en los primeros versículos del *Génesis.* Colón se ciñó las más ricas vestiduras y se arrolló al hombro un manto de roja púrpura; con una mano asió la espada del combate y con la otra mano asió la cruz del Redentor; hizo que le cubrieran la cabeza como un palio los pabellones recamados de oro en que iban bordadas las cifras Reales de realce y la castellana corona; llamó como corte y cortejo de aquella ceremonia sin precedente á

todos los compañeros más conspícuos de su navegación; y desembarcando con solemnidad majestuosa, hincó la rodilla en tierra, puso la mirada en Dios, alzó á las alturas los brazos, y después entonó en coro con los suyos un *Te Deum*, semejante al que los ejércitos españoles cantaron desde Covadonga hasta las Navas en aquella gigantesca empresa de la reconquista, concluida en la torre de la Vela y premiada con la surrección milagrosa, no de un mundo nuevo, de una nueva creación. El milagro se hizo y se hizo por la fe. Leyendo quien estas líneas escribe un soneto del gran poeta Schiller, encontró en él un pensamiento filosófico tan original como profundo, por el cual incitaba con entusiasmo al descubridor á que anduviese adelante, pues un mundo surgiría para él de cualquier modo: que cuanto el genio promete la Naturaleza siempre lo cumple. Y comenté y amplié yo así tal pensamiento, con él concluyo esta parte del relato de la invención: «Al contemplar este poema lo más vivo, lo más real y verdadero, lo más luminoso encontrado en él es el triunfo de la fe. Para cruzar los mares de la vida, hay que embarcarse pues en la fe. En esa nave se embarcó sin recelo alguno Colón y encontró al término de su viaje un Nuevo Mundo. Si este mundo no hubiera existido, lo creara Dios en la soledad del Atlántico, tan solo para premiar la fe y la constancia de aquel hombre. Se descubrió América porque Colón tuvo fe viva en su ideal, fe viva en sí mismo, fe viva en su Dios.»

CAPÍTULO XXI

LOS PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS

Hay afectos que solamente pueden expresarse por medio de la música é ideas que solamente pueden expresarse por medio de la poesia. El misticismo vago de las almas religiosas pide la melodía del órgano; y la sensación suscitada en el descubridor, al contemplar su descubrimiento la primera vez, el exámetro de la epopeya. Como el Verbo humano, con ser lo más divino de la creación, más que la luz material, no llega jamás á contener el amor intenso é infinito; la Historia escrita, con ser una manifestación del espiritu nuestro, cual de Dios el Universo, no llega en sus análisis y con su prosa donde se halla la poesia, única, en los humanos medios, capaz de patentizar con sus efusiones líricas la expresión de los pensamientos que debían poseer el ánimo de Colón al encuentro de aquellas islas, y el arrobo de todos sus sentidos y el éxtasis de su vista y la transfusión del ser entero suyo á la naturaleza virgen, quien se le aparecía entre los mares y los cielos azules, como hechura de su alma y como cristalización de su idea. Milton en el *Paraiso Perdido*; Camoéns en los descubrimientos cantados por sus *Luisiadas*; Miguel Ángel en el fresco de la Sixtina, representativo de la creación del primer hombre; Goéthe

en la última escena de su *Fausto*, cuando el doctor columbra la gloria celestial; Calderón en aquellas relaciones de Justina, diciendo como le parece la Naturaleza, vista con los ojos del amor, diversa de la Naturaleza vista sin amor; Meyerbeer en la grande aria de su *Africana*, expresiva de los rumores oídos por estos pilotos profetas entre las invenciones oceánicas halladas merced á los esfuerzos de su voluntad y á las advertencias de su adivinación han esbozado lo sentido por Colón en la hora de su encuentro con la nueva tierra: singularísima y excepcional y sobrehumana impresión, guardada en el secreto de su profundo espíritu, el cual tenía más medios de realizar aquella tierra ó evocarla que de encarecerla con palabras, no obstante su elocuencia, y decir con verdad, no obstante su entusiasmo rayano en deliquio, lo que por ella sentía y de ella deseaba. Necesitaría uno haber de algún modo recibido las primeras visitas del ideal; experimentado los primeros afectos hácia él; puesto las potencias todas del alma en su penosa gestación; padecido las angustias mortales consiguientes á las revelaciones y compañeras de los reveladores; meditado cerca de cuarenta y más años sobre los mares; correlacionado las ideas del alma con las estrellas del cielo; padecido las burlas y los insultos y el menosprecio de los hombres; pasado hambriento y con una capa raida por las antesalas de los reyes entre las chacotas de los cortesanos y las soberbias de los sábios; luchado con algo más terrible que los ejércitos en armas, con las viejas supersticiones resistentes al progreso; corrido por el Océano tenebroso, cuyos espacios resguardaban monstruos puestos alli al conjuro de seculares invencibles creencias; atravesado el misterio material infinito entre zozobras del alma perpleja muchas veces ante las dificultades morales, peores que las procelas del aire y del agua, para sentir lo que sentia Colón, cuando al resplandor de aurora sonriente, tras tales combates aquistaba su lauro, y veia el anhelado logro de todos sus deseos en la isla con sus áureos arrecifes, con sus argénteas arenas, con su laguillo celeste, con su corona de sel-

vas, con sus bocanadas de aromas, con sus tribus de indios, con su edénica hermosura. Y no solamente necesitaría uno para sentir los afectos del descubridor, pasar por todo cuanto él pasara; necesitaria tambien tener las creencias que tenia él, semipagano por nacido en el Renacimiento de Italia, y semiasceta por inscrito en la Orden Tercera de San Francisco; muy ortodoxo y católico ferviente asi en sus ideas religiosas como en sus devociones diarias, pero tambien semipantheista por su profesión náutica, pues asi como su cuerpo absorbia por la totalidad de sus poros los efluvios marinos, absorbia su espiritu por la totalidad de sus facultades el divino ser. Parecerá el aserto que voy á decir una paradoja pero yo por fundado lo tengo. Reunia Colón al conocimiento de la cosmografía y al estudio del trazado de los mapas y al arte náutica y á las ciencias aun astrológicas tal subido tinte de nociones teológicas, demostrado en su libro de Profecias donde reune tesoros de avisos y anuncios cosmológicos sacados del estudio de la Biblia y de los Padres, que debia explicar por la creación angélica del tomismo, todavía en boga entonces, las innumerables apariciones de archipiélagos en el espacio. Aquellos islotes recien surgidos á su vista, debian recordarle las lecciones acerca de la creación angélica diseminadas en el aire y en el espiritu de Universidades, como la Universidad de Pavía, por ejemplo, donde según algunos de sus biógrafos pasara los primeros años de su agitada mocedad. Tantos arrecifes parecidos á infinitas madreperlas, tantos islotes pintados como las facetas de prismas gigantescos donde se quiebra la luz del dia, tantas selvas cargadas de frutos y flores, asi como ceñidas de gigantescas enredaderas á modo de guirnaldas; el aroma embriagador difundido por las especias y el coro melodioso difundido por las aves en el aire debian recordarle aquella creación angélica, trazada por los grandes oradores en las cátedras de mistica teologia, cuando mostraban cómo Dios, para crear el mundo, quiere mensajeros de sus mandatos, ministros de su voluntad, mediadores de su palabra creadora con el espacio vacio;

y todavía no ha comunicado á su voz potente su típica idea cuando se alza un vapor blanquecino perlado como los arreboles del ópalo, y en los senos de este vapor brota una rosácea luz como alba de un eterno dia, y en esta luz van dibujándose á una con formas fugaces y brillantes los ángeles, cual esas fantásticas figuras que producen y disipan los rayos del sol naciente sobre neblinas matinales antes que lleguen á cuajarse en rocíos; y pronto estas figuras angélicas rompen su indeterminación primera como la mariposa el capullo de su larva, y se muestran en toda su hermosura, con la cabellera de luz que cae sobre los blancos hombros, la frente inundada por una idea divina, los ojos embebidos en místicas contemplaciones, vibrantes los labios con himnos de alabanzas, las multícolores alas batiendo el éter agitado por armoniosísimas ondas, los dedos en las arpas, hasta componer con sus gasas de color gayo como el pétalo las flores y con sus voces de dulcísimo dejo como el cántico de las filomenas, una legión por tal manera hermosa y un concierto por tal manera melódico, que sumergen al Criador en arrobamiento sobrenatural producido por las contemplaciones de su creación y de sus criaturas. Indudablemente algo parecido á lo que debemos imaginar sucediera en Dios después de mirar la creación y reconocer su bondad, debió suceder en Colón después de haber visto las islas y encontrándolas en el éxtasis proveniente de su júbilo superiores á lo esperado por la inteligencia suya tras los largos estudios de los libros y á lo fingido por la imaginación suya tras los vivaces fantaseos de la esperanza. Sin embargo, Colón se guarda como un tesoro sus afectos y las emociones por sus afectos causadas, así al columbrar la tenue luz que le advertía la existencia del hombre por aquellos parajes, como al ver la tierra primera que cumplia y verificaba todos sus anuncios. Un cronista monástico, encerrado en su celda solitaria, no hubiera contado con tal sequedad los hechos de otros como cuenta Colón los hechos propios. «A las dos horas, dice, después de media noche. apareció la tierra, de la cual estaría dos

leguas. Amainaron todas las velas, y quedaron con el treo, que es la vela grande, y sin bonetas, y pusiéronse á la borda temporizando hasta el día viernos que llegaron á una isleta de las Lucayas, que se llamaba en lengua de indios Guanahaní. Luego vieron gente desnuda y el Almirante salió á tierra en la barca armada, y Martin Alonso Pinzón y Vicente Yañez, su hermano, que era capitán de la *Niña*. Sacó el Almirante la bandera Real y los capitanes con dos banderas de la cruz verde; que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña con una F y una Y: encima de cada letra su corona, una de un cabo de la cruz y otra de otro. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó á los dos capitanes, y á los demàs que saltaron en tierra, y á Rodrigo Descovedo, Escribano de toda la armada, y á Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen parte y testimonio como él por ante todos tomaba, como de derecho tomó, posesión de dicha isla, por el Rey e por la Reina, sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron escriptos.» ¿Puede darse una sencillez mayor? Tan escueta relación, parecida de suyo á factura mercantil ú oficial despacho, ¿contiene asomo de la emoción, que algunas veces late más ó menos oculta, pero al cabo late con fuerza en otros pasajes del *Diario*? Colón, afanadísimo por topar eon el reino que la tradición había puesto á sus espaldas, inquiriendo, como viajero fantástico de las epopeyas medioevales, los palacios áureos del grande Kan de Mongolia, reinante sobre los territorios de Tartaria explorados por Alejandro y Marco Polo en las fantaseadas correrías de tan difíciles é intrincados rumbos, y que aparejaba y reunía en su imaginación tesoros y más tesoros allegados al sacratísimo fin de abrir las Cruzadas tras su frustación definitiva y rescatar el Santo Sepulcro para la cristiandad, que abandonáramos á la última irrupción de los turcos en Jerusalén; embargado por estas alucinaciones contraídas en la contemplación de lo retrospectivo an-

tiguo, no comprendía como se hallaba frente á frente del misterioso mundo de lo porvenir, quien estaba llamado como una especie de mágica tumbaga nupcial á desposar las tierras con los mares en la unidad hasta entonces desconocida por completo del planeta nuestro y en la unidad todavía superior del humano linaje. Así la tierra, que iba surgiendo á sus ojos, no tenía como el Asia buscada por Colón un carácter histórico sobrepuesto, donde hubieran podido radicar los privilegios y las castas como mundo de lo pasado que era; por lo contrario, como mundo de lo porvenir, tenía con sus ignoradas selvas, con sus aguas vírgenes, con sus tribus primitivas, con sus incipientes sociedades, con su patriarcado y su fetichismo ingénuos, aquel carácter aproximado á la naturaleza y á la vida natural que los preparaba como blandísima cera en su materia muelle á recibir todas las impresiones y los hacía idóneos para producir la sociedad progresiva de lo porvenir, que, sin el peso gravoso de las ruinas enormes y sin la ofuscación producida por el fulgor de los dogmas heredados, aceptase de grado la combatida libertad humana y los naturales derechos por su misma edénica inocencia.

Como en la creación angélica se tropezó con la rebeldía de Luzbel; como en la creación cosmológica se tropezó con la serpiente del mal; como en la creación humana se tropezó con el pecado de Adán; en esta hora sublime y divina, cuando la Naturaleza parecía rejuvenecerse y renovarse, tropezó el descubridor con desengaño terrible á la carencia de oro, tan buscado por sus avaricias italianas, y al alejamiento de las grandes Indias, tan requeridas por sus convicciones cosmográficas. En lugar del continente, madréporas aisladas y ceñidas por un verdor eternal; en lugar de las ciudades inmensas, pagos parecidos á colmenas ó madrigueras de inferiores brutas especies; en lugar de aquellos purpúreos mantos en múrice tiria teñidos, la paradisíaca desnudez primitiva; en lugar de diademas, plumajes; en lugar de áureos templos, algùn que otro grosero fetiche

no bien determinado; en lugar de las perlas y de los zafiros y de los rubíes y de las esmeraldas, pedazos de yuca ú ovillos de algodón. Por aquellas Lucayas, con este nombre conocidas á causa de la población de sus cayos, y por todo el archipiélago bahámico, nada de oro. Los viejos imperios, tan semejantes á los colosos con que Alejandro luchara; los Prestes de las Indias y los Kanes de Tartaria; las cordilleras de plata, los palacios de oro, el reluciente Ofir salomónico; tantos ensueños quedaban desvanecidos en presencia de aquellas cabañas compuestas por palmitos, desde cuyos senos iban saliendo, con una especie de sorpresa casi animal en el rostro espantado y recelosisimo, tribus desnudas y pintadas, sin Dios y sin rey, adheridas casi á la materia, desnudas por su falta de necesidades y de industrias, las cuales de hinojos se prosternaban delante de aquellos extranjeros surgidos del mar, como delante de divinidades bajadas del cielo, pero que no podían ofrecer, en la incipiencia de su vida y en la inopia de sus recursos, ningún otro don que los ofrecidos por sus arboledas á las manos tendidas hacia sus espontáneos frutos, los cuales colgaban alli del ramaje como en el primitivo Paraiso, donde no se hubiera evaporado la triste lágrima de nuestras penas, pero tampoco los fecundos sudores del próvido trabajo. Lo más curioso alli era el contraste manifiesto entre aquel indio, entregado á la naturaleza, pendiente del pezón de su madre tierra, lactando la primera vida desde cuna formada por las selváticas enredaderas, con la inocencia de niños sin pecado, y el hombre civilizadísimo europeo, asaz viejo moralmente por culto, y en su cultura dispuesto á emplear sobre los invenidos todas las múltiples astucias de una civilización, en que iba predominando la implacable razón de Estado, para mejor dominarlos y arrancarles aquel norte inmóvil de los viajes atrevidos, más luminoso que la estrella polar, el reluciente oro. Así discurría Colón por un lado y por otro en busca del gran imperio indio y del gran Kan tártaro parecido al Gran Señor turco. Y mientras, deteniéndose tan sólo por tres días en la primer isla

encontrada, iba requiriendo las demás, poníales nombres reveladores de sus pensamientos y de sus propósitos. Bautizó la primera isla con el nombre de San Salvador, en obsequio á Jesucristo, que salvara generalmente á la humanidad, y con especialidad á él en sus amargos trances; bautizó la segunda con el nombre de Santa María de la Concepción, el cual nombre invocaba en el misterioso viaje, y á cuya santa virtud creia deber la venturosa dicha de no haber tenido una procela en el mar ni una enfermedad abordo; bautizó la tercera con el nombre de Fernandina, en obsequio al Rey, obsequio demostrativo de que no le fué á Colón hasta entónces tan mal con él como supone cierta maliciosa escuela histórica, ó, si le fué mal, quiso congraciárselo en lo futuro, y le perdonó lo pasado; bautizó la cuarta con el nombre, que acaso hubiera debido poner primero, sobre todo primero que el nombre de Fernando, con el nombre de Isabel, quizás conociendo como halagaba su amor de fiel y enamoradisima esposa con aquel homenaje ofrecido á quien tuviera ella por compañero en el trono, y por marido en el tálamo, y por eternamente predilecto, aun después de nacer sus idolatrados hijos, en el corazón; y asi fué cumpliendo el descubridor, con estas denominaciones, aquellos deberes, traidos por el recuerdo á la obligada conciencia en el efusivo gozo de su primer encuentro con la renovada y edénica naturaleza. Pero surgia una isla tras otra isla, y nunca daba con el continente, cuando creia encontrarse por el oriental extremo de Asia, en su ignorancia crasa del grandor de los mares y en su soñación eterna con el imperio indio. Preguntaba y requeria; pero los indios no le prestaban luz ninguna que les sirviera de indicio, por la dificultad natural de entenderse unos á otros en lo diverso y opuesto de sus lenguas, asi como por la ignorancia irremisible á que se hallaban éstos condenados en su aislamiento dentro de aquellas reducidas isletas y en su carencia de fáciles comunicaciones directas. La canoa sin remos y sin velas y sin timón, extraida del tronco de los árboles, flotante el empuje de las olas; con

unas cortísimas palas por todo impulso y con unas calabazas pendientes de los costados para mejor aligerarlas cuando las cubria el agua, difícilmente iban de un lado á otro, y más difícilmente trazaban y urdían relaciones de alguna duración y consistencia. Los hombres aquellos, en el estado embrionario de su íntimo espiritu y en las rudimentarias raices de su vida social, mucho se asemejaban á los vegetales, inmóviles sobre la tierra donde brotan, y màs aún á los animales de una locomoción instintiva y errante, para la cual no podían entrar como impulsores dos elementos de cultura tan activos como la navegación y el comercio. Seres humanos de instinto, más que de razón, miraban en aquellos huespedes legiones de reveladores celestiales, y oían el sonido extraño de los cascabeles como una melodía celeste, y el estallido de la pólvora como el relampagueo y la fulminación de tonante nube cargada con rayos vengadores. En estado así, al corto número de las ideas correspondía el corto número de las palabras; por consiguiente, la escasez de noticias respecto del archipiélago, cuyo número de islas encarecían haciéndolo llegar á ciento en su vaga y confusa numeración primitiva. Colón, que recibiera del cielo tan perspicaz vista para en las profundidades oceánicas ver y buscar el escondido mundo, anhelado por sus ansias y previsto por sus adivinaciones, apenas comprendia los tesoros nuevos aumentados al acervo común de los bienes humanos con aquel hallazgo, y requeria como fuera de sí el factor único destinado á valorar su obra, el oro, bien escaso en aquellos islotes, parecidos á canastos de flores y frutas puestos por una mano mágica sobre los escollos del Atlántico. Su inquieto anhelo se revolvia en aleteos continuos por aquellos espacios infinitos, demandándoles los territorios grabados en los lóbulos del cerebro por sus estudios cosmográficos, los territorios del grande Kan, de aquel rey de los reyes, asentado sobre una peana de oro embutida en brillantes y bajo un dosel de perlas orientales, como guardián de aquellas montañas del Ofir, preñadas todos de minas, que

debían enriquecerlo á él hasta convertirlo en una especie de rey Midas, y enriquecer á España en términos de poder congregar una cruzada como nunca la vieran los siglos, y recoger una gloria superior á la recogida en sus empresas de Andalucía, el rescate de Jerusalém y su Santo Sepulcro para toda la humanidad. Como el desengaño en este mundo acompaña y sigue á todos los deseos cumplidos, holgábase Colón bien escasamente con su anhelado encuentro y requería lleno de una impaciencia casi febril el imperio infinito, enclavado según sus conceptos geográficos, en los senos del Asia. Conducido por esta idea, especie de falsa guía, que lo engañaba en sus cálculos á cada momento y le revolvia sus mejor combinados planes, interrogaba donde había mucha y muy grande tierra para ver si en tal tierra encontraba mucho y muy luciente oro. Sin embargo, el archipiélago se iba extendiendo á medida que navegaba él, en islas á cual más hermosa, como relieves externos tomados en el espacio de los mares por las ideas ocultas en el espacio de sus pensamientos. Si no le alucinara tanto la codicia del oro, viera que la vida humana crecía sobre la vida material según y conforme tropezaba con islas mejores y más hermosas. Muy cerca de la Fernandina encontró un indio apartadísimo del mar en su canoa, y sobre la Fernandina encontró algunos objetos de la humana industria, que suponían, si no una civilización superior' un trabajo superior al habitual en los pobladores de las demás islas. En la Fernandina vió la primeras hamacas tan usuales ya entre los utensilios caseros de los trópícos, y cuya urdimbre, consistente y fina, mostraba los esfuerzos de una modesta industria. Pues como encontró indios salvajes, pero dóciles, en la Concepción y San Salvador; como encontró utensilios industriales en la Fernandina; encontró en la isla de Samoeto, denominada por él Isabela, una dulcedumbre tal en los penetrantes aromas del trópico y en las emanaciones salinas del Océano, qne su alma, naturalmente cristiana, subía como sube la oración en el incienso, á un vago misticismo. Pero lo que buscaba

era el continente, su continente asiático, según aquella idea, clave de toda su empresa y norte de todo su viaje, la idea equivocadisima, por cuya eficacia, imaginando el mar muy angosto y mucho menor en el planeta que la tierra, colocaba el Asia oriental cerca de la Europa occidental y creia ser muy fácil dar con la primera saliendo de la última en dirección á occidente.

CAPÍTULO XXII.

LA ISABELA Y CUBA

IMAGÍNESE cuál efecto haría en Colón el hallazgo de tierra tan grande y hermosa como Cuba en mares donde únicamente había encontrado isletas ó islitas, según llama en su diario á los primeros encuentros. El genio intuitivo suyo empezó á columbrar las enseñanzas geológicas de nuestra edad, al ver que todas las islas por ley general se tendían en lo largo de Oriente á Poniente y se angostaban de Norte á Mediodia, como restos ó fragmentos de una tierra firme hundida en lo profundo, al impulso del terremoto, al estrago del fuego creador y destructor á un mismo tiempo, al eterno choque de las aguas con los estriados y porosísimos escollos. Así no debe maravillarnos la creencia suya de hallarse ante la tierra firme y continental, cuando se halló ante Cuba, tomada hoy por los escudriñadores de la geología moderna cual un pedazo del continente, que debió dilatarse desde la península del Yucatán ó desde los territorios de la Florida, en busca de otra tierra como la nunca olvidada é inolvidable Atlántida, sobre cuyos restos sumergidos el Océano extiende hoy su infinita soledad y levanta su monótono bramido. El hallazgo en Cuba de los gigantescos Megalonices, continentales por su naturaleza, que no pudieron pertenecer sinó á la

tierra firme, con la cual pudo estar unida por medio de los amplios istmos llamados restingas, dice como el fabuloso cuento de las tierras anegadas en el Océano renace como una verdad histórica y pasa de los etéreos cielos del arte á los comprobados experimentos del saber. Con efecto, sabios naturales de Cuba, consagrados al estudio de la tierra natal desde su juventud, nos enseñan en sus disquisiciones cientificas, como los dientes fósiles de hipopótamos recogidos en capas de tierra prehistórica; y las dos paredes colosales del Abra de Matanzas por el tiempo abiertas; y los lagos, hoy secos y exhaustos, componentes del deleitoso valle de Yumurí, prueban que perteneció Cuba en otro tiempo al continente americano y que, para creerla tierra firme, Colón se fundaba, no sólo en las proporciones continentales casi del aislado territorio, en las noticias parecidas á consejas de los pobres indios. Tantos restos fósiles encontrados en las capas geológicas postpliocenas dicen cómo el continente y Cuba estuvieron unidos quizá por los tiempos en que los dos cabos del estrecho de Gades aparecían juntos y en que las cordilleras atlántidas levantaban sus cumbres sobre las aguas. Pero sigamos al descubridor en sus descubrimientos. El dia 12 de Octubre halló Colón la isla de San Salvador. El dia 15 de Octubre zarpó hacia la isla que apellidó de la Concepción y desde ésta á la que dió el nombre de Fernandina. El dia 19 de Octubre descubrió la Isabela. En la primera y segunda isla observó sobre todo el estado primitivo y natural de los indios desnudos é inocentes. que miraban los objetos colocados ante su vista con una curiosidad, á la cual podríamos llamar pueril por característica de los niños; en la segunda isla observo, como ya hemos dicho, algún ascenso de la vida y de su graduado desarrollo, por el hallazgo de objetos, debidos á los rudimentarios primeros esfuerzos de la industria; en la tercera isla una pureza del aire incomparable y una irradiación mistériosa del éter y una transparencia cristalina de las aguas y un aroma de las flores oliente á gloria y un sabor de los frutos y

unos colores del horizonte tales que le trasnportaron de gozo y le imbuyeron por los poros el contento de la verdadeca salud y por el espíritu los efluvios de una indecible poesía. Llamó en estas visitas principalmente su atención, entre los vegetales el denominado sinaloe, y entre los animales el denominado inagua. Como proviene del Asia oriental aquella planta, según le mostroban sus nociones botánicas, cuya escesez en más de una ocasión deplora, mirábala Colón muy preferentemente, y atendía mucho á investigar si abundaba ó no en los recién invenidos campos aquellos. Nudoso el tronco, el ramaje corpulentísimo, la color de sus hojas obscura, y parecidos á cerezas sus frutos, la savia de sabor amarguísimo, la goma destilada por sus fibras y el perfume despedido por su madera muy fragantes, admitíase, tanto en la medicina y en la farmacopea de aquellos tiempos, que hubo de escribirla Colón en el escueto diario donde iba registrando cuantos objetos curiosos observaba su penetración agudísima. No menos digno de recuerdo el animal á que llamaba inagua, exclusivo de aquellas tierras é ignorado en las nuestras, de carácter anfibio, aprovechado también para un aceite medicinal, y gustado por los naturales, y aun por los descubridores, puesto que Las Casas dice habérselos visto comer sin participar de tal guisado repulsívo á su estómago, y Acosta en su *Historia de las Indias* exclama, tras haber hablado de algunos utros alimentos: «hasta mejor comida es la de iguana, aunque su vista es bíen asquerosa, pues parecen puros lagartos de España.»

Discurriendo en aquellos mares, dos afectos bien contradictorios poseían al descubrídor: la infinita satisfacción por todo cuanto descubría y el triste desengaño de no dar por parte alguna con el oro apetecido. Así apunta los productos que le traían los salvajes; y á cada paso plañe con verdadera ingenuidad la inopia de los codiciadísimos metales, lamentada y plañida. La primera tribu llevaba ovillos de algodón hilados y cotorras y flechas y otras cositas «que sería tedio de escribir,» y aunque

trabajaba por ver si había oro, y notó que algudos traían un pedazuelo colgado de un agujero abierto en las narices, no halló cosa de provecho. Interrogó á los favorecidos y adornados acerca del criadero de su oro, y pudo colegir de las respuestas, dadas con gestos, no con palabras, la existencia de áureas arenillas en aquellos lugares y de vasoe ó jarrones en tierras próximas, por un monarca poderosísimo dominadas y sitas hacia la parte del Mediadía. Quiso Colón obligarles á que le llevaran hacia ese nuevo Eldorado los informadores ó noticieros; y en seguida le demostraron que no entendían cosa ninguna en tal ida. Mas industrióle todo lo conocido y observado en la necesidad imprescindible de andar hacia el Sur, y por esta deducción persuadido, se determinó á tal rumbo, en la creencia firme de que hallaría pronto á mano la isla de Cipango, pintada con minuciosidad por Marco Polo, como un criadero de metales preciosos, y sita unas mil quinientas millas de la tierra firme india. Nadaban como tritones los indios del Salvador en torno suyo y le ofrecían claras aguas con sabrosos frutos; pero nada más, nada, ni un adarme de oro. Solamente Cipango podía satisfacer esta necesidad. Pero no dió con los Cresos de Cipango, dió nuevamente con salvajes en la Concepción. Sin embargo los noticieros de Salvador habíanle dicho como llevaban los naturales de esta islita «muchas anillas de oro y muy grandes á los brazos y á las piernas». Pero el descubridor añade melancólicamente: «Yo bien creí que todo lo que decían era burla para se fugir.» Y en efecto, habiendo tomado á bordo varios hombres en San Salvador y uno encontrado en canoa entre San Salvador y la Concepción, huíanse los cuitadísimos á nado, en cuanto capitanes y tripulaciones tenían el menor descuido y marraban en las necesarias vigilancias. Así encontraron un salvaje, que iba en canoa ó almadia muy apresurado hacia ellos, con ánimo de rescatar cierto algodón en ovillo. Y como le brindasen con amistad los marinos al embarque en la carabela y se resistiese con empeño, echaronse algunos al agua y lo apresaron. El Almirante

puesto en la popa, llamó al indio, y conociendo cómo necesitaba mover el ánimo de los naturales con espectáculos, ornóle muy grotescamente, á manera de arlequín veneciano y lo expidió al campo sin tardanza. Púsole un gorro coloradoá la cabeza unas cuentecillas de vidrio verde al brazo, unos muy sonantes y muy dorados cascabeles en guisa de zarcillos á las orejas; y así lo despidió para que viesen los desnudos habitantes de aquellos parajes quién había llegado á visitarles y cuantas cosas por ellos desconocidas les aportaba y traía. Conforme andaba Colón iban recreándole aquellas islas, muy verdes y fértiles, el mar claro y el roquedo brillante, y el aire dulcísimo y el cielo azul; pero no quiere calar, sino andarse á otras en busca del oro, pués todo lo encontrado se redujo á un poco de pan como el puño y á una calabaza de agua, y á un pedazo de tierra bermejísima hecha polvo primero y después amasada, y á unas hojas secas en estimación allí tenidas, mostrado todo por un indio, á quién dió el Almirante mieles y bizcochos muy regalados, soltándolo en seguida para que se hiciese lenguas de los recién venidos y los loara como le pluguiera doquier fuese y hablase. Con efecto, los indios de todos aquellos cayos, sabedores por los expedidos, y aun por los escapados, del carácter de los huéspedes, iban en sus almadías ó canoas alrededor de las carabelas, ofreciendo ricas aguadas de sus copiosos manantiales, que aceptaba Colón de grado para llenar en las bodegas los barriles, con lo que muchísimo se holgaban los naturales, quienes tras el obsequio suyo recibían en pago sonajas de las que valen un maravedí en Castilla. y agujetas más baladíes aún que las sonajas y mieles de azúcar. Esquivando los escollos, muy frecuentes en el archipiélago bahámico, y corriendo desalado en pos del oro, circunvalaba las islas y descubría varias gentes mercantiles y regateadoras, que le llevaban paños de algodón hechos como mantillos. Árboles muy diformes de los nuestros, que teniendo un solo pié y tronco, echaban por un lado ramas de elentisco y hojas de cañaverales por otro, sin estar injertos; peces pintados con los

más finos colores del mundo; y otros objetos asi le divertian del dolor despertado por la escasez del oro. En otros puntos encontraba casas parecidas á los alfaneques ó tiendas de los campamentos europeos, con humeros muy anchos y muy altos, pero lo más extraño en concepto suyo fué cierto pedacito de oro encontrado en unas narices, el cual pedacito llevaba impresos lecturillas, cosa muy de averiguar, pero que no pudo averiguar por haber descuidado pedirle, ó por lo menos comprarlo, el acompañamiento de Colón, que lo viera en ausencia de éste.

Por fin, el 18 de Octubre, después de haber navegado en derredor de la Fernandina cuanto le pidió el gusto, surgió á tiempo que no era de bogar ya, y en amaneciendo, izó las velas, y zarpó de alli. Con efecto, encontró la isla que le decian los indios llena de oro, y no se cumplieron los decires. Alguno que otro pedacillo le llevaron; pero tan diminuto que no valia la pena. Y sin embargo, cuanto más aumentaban las burlas del impaciente deseo por los ejemplos de la triste realidad, menos de sus afirmaciones los indios desistían, emperrados en decir que imperaba por allí un potentado riquísimo, el cual se parecía en llevar traje á los españoles y sobre tal traje un verdadero tesoro. Dos noches Colón estuvo aguardando á que apareciese con su vestido el monarca, y le trajese, ó bien oro de nativa pureza, ó bien cualquier cosa de sustancia; pero solamente vió indios desnudos, de igual especie y familia que los otros ya encontrados en su camino, con pintarrageos blancos y encarnados y prietos, iguales todos arreo, exceptuando algunos, los cuales traían pedacitos de oro en la nariz, «más es tan poco, dice Colón, que no es nada.» El sentido más regalado en esta exploración de la Isabela fué sin duda el olfato. Parecíale un pomo la isla entera de aromas embriagadores al descubridor. Mil especierías exhalaban esencias por allí, cuando el olor aromaba en todas direcciones leguas y más leguas, hinchiendo el aire. Así maneras increibles de árboles, esencias nunca olidas antes, frutas de un sabor especial aparecían por doquier, encantando la vista y regalando el olfato, sin que

tuviera medio alguno de calificarlas por sus cualidades ni ponerles adecuado nombre ni clasificarlas con lógica ni definirlas con exactitud, falto de nociones científicas previas en que apoyar su observación y estudio, por todo lo cual sentía él acerbísima pena, expresada en ayes y quejas de una intensa elocuencia, cuyos ecos todavía nos conmueven, agrandados por la distancia en el tiempo y por la magnitud de una empresa que se agiganta con la dilatación de los espacios. Ni el Salvador, ni la Concepción, ni la Fernandina, ni la Isabela, ni otro ningún islote de los encontrados en aquella travesía y recorridos en sabia circunvalación, correspondieron al fantasma de Cipango, dibujado por las histórias medioevales en la retina y en la idea de Colón, como un paraiso de varia flora y como un tesoro donde podían cogerse á manos llenas ricos metales y brillante pedrería. Así, después de haber navegado por espacios tantos sin haber obtenido el oro tan buscado, no era en sentir del piloto cosa de razón calar allí deteniendose y holgándose, sino seguir sin reposo, hasta topar con tierra de mayor provecho, como aquella Cuba, cuyo nombre se oia en todas las brisas, porque vibraba en todos los labios.

Una de las dificultades mayores encontradas por el descubridor, consistía en la ignorancia del idioma usado por cada tribu en cada sitio. El mismo dice que lo deducía todo de las señas vistas, en la imposibilidad completa de alcanzar y entender las palabras oídas. Así tomaba el nombre bohío por ciudad, cuando significaba un albergue cualquiera; y el nombre naca lo trabucaba por el grande Kan, que traía en mientes, cuando significaba en medio; y traducía babeque por imperio, sin pensar en su ignorancia pudiese decir otra cosa cualquiera. Pero sigamos. A media noche del 24 de Octubre levó anclas de la Isabela, y se dirigió á la Isla que llamaban Cuba los naturales y que llamaba él, según sus confusas nociones y sus fantásticos mapas, isla de Cipango. Llovió toda la noche con violencia y venteó con estruendo. Al amanecer calmaron lluvia y ventarrón. La brisa

dulce y suave llegó tras el viento fuerte y Colón abrió el velamen de la carabela mayor á sus besos amorosísimos. Maestra, bonetas, trinquete, cebadera, mesana, vela de gavia, todas las que el buque llevaba, como él mismo dice, y por popa el batel. Asi navegó con suma felicidad hasta el anochecer. Y anochecido ventaba recio, por lo cual, no sabiendo cuánto camino le faltaba de seguro á la isla, receloso de requerirla y demandarla en plena noche, á causa de lo muy manchado del mar aquel por bancos de arena y por arrecifes de roquedo, entre los cuales podria no surgir salvo; necesitadisimo de conocér todas las aguas á vista de ojo, amainó velas y se detuvo, como le diera Dios á entender, hasta la dulce aurora. No anduvo asi esta noche dos leguas. El dia 25 navegó desde la salida del sol hasta las nueve y asi andaria cinco leguas; y mudado entonces el camino al Oeste, anduvieron ocho millas por hora. Y á las once de aquella mañana columbraron tierra, compuesta por unas ocho islas. Y llamólas islas de las Arenas, por los muchos arenales que se veian de todos lados y por el poco fondo que mostraban hacia la parte meridional. El 27 de Octubre por la mañana, se dirigió ya en demanda cierta de Cuba; y llegada la noche, estuvo al reparo so la mucha lluvia que cayera. Y el 28 entró en rio muy hermoso y muy sin peligro de bajos y otros inconvenientes; y toda la costa qce recorrió por allí, era hondísima, pero limpia. Llegó así á un rio, cuya boca tenia doce brazas; « nunca tan hermosa cosa vido, de árboles todo cercado el rio, fermosos y verdes y diversos de los nuestros, con frutos y con flores, cada uno á su manera. » Estaba, pues, Colón en Cuba. El horizonte tropical inundado por intenso éter; el Atlántico entre azul celeste y opalado rosáceo como una gigante madre perla; los arrecifes áureos esmaltados de conchas y nácares; los cayos cubiertos de plantas acuáticas animadas por infinitos infusorios; las bocas del río ceñidas con cañas bravas y bambúes flotando á guisa de macetones ó florestas móviles; allá, en lo lejos, montañas esmaltadas por un lila y un púrpura cuyos tonos semejaban

á condensaciones de luz; el follaje tan intrincado, que parecia un muro impenetrable de verdura, y tan pintado que parecía paleta de indecibles matices todos gayos como sólidos iris; aquellas familias de insectos comparables á rubíes y á esmeraldas y á zafiros, y á turquesas y á ópolos con alas; el voluble movimiento de las mariposas, en cuyas voladoras membranas parecían haberse la gualda y las múrices y los añiles y todas las reverberaciones del prisma esmerado para que semejasen ramilletes aéreos; las hierbas de mil formas variadas con ornamentos de flores, las cuales deslumbraban los ojos con sus pétalos y enloquecían el cerebro con sus fuertes é intensísimos aromas; el tejido espeso de lianas ó enredaderas, que se tendian como alfombras pérsicas por el suelo, y como chales asiáticos de un árbol á otro árbol por las alturas; el revoloteo de los pájaros moscas y de los papagayos y de los colibríes con sus plumajes mas brillantes que sederías de Catay; los sisontes ó ruiseñores en coro, acompañados del chirrido de la cigarras, que no suenan jamás, ni unos ni otras, en estos climas nuestros por otoño é invierno, y que allí se oían por los meses de Octubre y Noviembre; los plátanos de hojas tan ámplias y de urdimbre tan fuerte, como verdes mantos de ricos terciopelos, con sus frutas encorvadas y amarillas; los palmerales de cocoteros que salian del agua y llegaban al cielo; aquellos helechos arborecentes al ingreso de las virgenes selvas inaccesibles que formaban por arriba como una bóveda impenetrable á los rayos solares, y por abajo como un océano de vegetación donde latían abismos henchidos de vapores semejantes á gasas de nubes indecisas; los maizales de un verdor tan claro, cargados de panojas que semejan torzales de brillo y cabelleras de indecible finura; los palos campeches con sus pintores jugos y los guanábanos y los chirimoyos de regaladas frutas; los cactus con las estaturas del cedro y las caobos y los ébanos de tan sólidas tablas; las galegas medicinales con su estriado tronco: el diluvio de hojas innumerables, las erupciones volcánicas de seres animados, la fragancia de olores trascendentes

á distancias inmensas, las urdimbres de fibras entrelazadas como una increible madeja; el fragor de una sinfonía compuesta con el concierto de las olas hirvientes y los ramajes casi estallando á los excesos de su savia; el conjunto aquel, increíble por su exuberancia, debió conmover al viejo piloto del antiguo mundo, casi exhausto, cual conmoviera el paraiso sin males al Adán bíblico sin pecado en el momento de levantarse al soplo divino para recoger en sus venas los primeros misteriosos efluvios de la vida universal. Cuando queráis entender cómo Cuba conmovió á Colón; dejaos de los escritores que han querido encerrar esta conmoción en frases, lejanas del sitio y del momento y del descubridor, consultadlo á él mismo en su propio *Diario*. Publicado está en muchas partes y sabido es por muchas gentes: leedlo un minuto, y á ser posible, leedlo en su original español, que, trasmutado por el tiempo y por las copias, aun guarda los primeros afectos del descubridor. Nos hemos antes dolido del escueto relato llegado hasta nosotros del primer encuentro con la sla llamada de San Salvador. Hemos dicho como no comprendíamos aquellas líneas de cronista monástico y escribano de ración para historiarnos el momento más extraordinario y solemne de la historia, el que cierra una edad y abre otra en la naturaleza material y en el humano espíritu. Pero llegado Colón á Cuba, no se contiene ya su ánimo, no se reserva su estilo, no se limita su admiración, estallando sus ideas en fulguraciones como las que agitan á un poeta inspirado cuando le posee la fiebre de su creación y tambien sus afectos en una especie de lírica hipnosis como la que posee á los místicos cuando se anegan en Dios. No puede ciertamente compararse con la descripción del Paraiso en Milton y con las descripciones del Océano en Camoens la descripción colombina de Cuba por su forma; pero tiene sencilla ingenuidad que raya en lo sublime, por carecer de todo aparato y de toda hipérbole, realzándose á la consideración de que fuera quien lo trazara el mismo descubridor, mártir de su propia grandeza, consumido por el fuego de las grandes creaciones, el cual

ilumina con sus resplandores á los demás y devora con sus llamas al infeliz que lo lleva en sí mismo. Siempre que Colón ha querido encarecer los territorios encontrados en sus viajes, halos puesto junto á los recuerdos que despertaban en él así los hermosos campos de Andalucía como los más severos de Castilla. Ni una sola vez recuerda su Italia. No obstante haber nacido Colón y criádose por las deslumbradoras playas ligures, nunca recuerda ni los valles deleitosos, ni las montañas celestes, ni los mares de blancas espumas recamados, ni las riberas de mármoles, ni las arenas áureas besadas por aquellas ondas, en las cuales palpitan y laten las sirenas. Pero á Cuba la compara con una tierra de Cuba muy desemejante, con aquella Sicilia que representa una gran parte del teatro antiguo, donde pasan los divinos actos de la mitología helena. Su posición entre Italia y Grecia, sus mares tan diáfanos y luminosos, sus cielos tan azules, sus escollos tan lucientes, las hendiduras de sus valles donde crecen adelfas y mirtos tan propicios á las divinidades antiguas; el Etna, que brama y fulgura, encendiendo aquellos espacios con sus reverberaciones y fecundando aquellas tierras pedregosas con sus lavas; todos estos contrastes de su naturaleza y todas estas manifestaciones de su vida le dieron el prodigioso atractivo, al cual debía la singular elección hecha por la fábula de su extraño suelo que ofrece teatro apropiado á los divinos dramas y á las divinas escenas del Olimpo helénico. Por eso representa Sicilia en la entrada del viejo mundo histórico lo pasado, mientras Cuba en la entrada del nuevo mundo americano representaba lo porvenir.

Puede asegurarse que la mayor emoción despertada por el descubrimiento en su descubridor, fué la emoción que le produjera Cuba. En las Lucayas del archipiélago bahámico le interesaron los aspectos de su condición, ofrecidos por los hombres inocentes, tan curiosos y extraños, en verdad, sobre los aspectos de su vida ofrecidos por la Naturaleza, pero nada tan gigante ni tan hermoso como la naturaleza de Cuba. Fueron sus prís-

tinos hallazgos isletos, muy distintos de las dos mayores encontradas en este primer viaje á su terminación; y con somero estudio reconocidas antes del primer regreso á España. Después de las Lucayas, en el trayecto entre la Isabela y Cuba, encontró, como ya hemos visto, el archipiélago que llamó islas de las Arenas; menos interesante aun que la suma de islas componentes del archipiélago bahámico. Así, en éste, Colón estudia el hombre con preferencia natural á todo. Las gentes desnudas, más dóciles al reclamo del amor que al imperio de la fuerza, maravilladas de ver un gorro colorado y de oir un cascabel ó una sonaja; tan placenteras, que se dirigían á nado hacia las carabelas con ovillos y papagayos en los puños; tan juguetonas, que se ponian las cintas de color, y las cuentas de vidrio al cuello y danzaban en celebración de tanta dicha; pobres de todo, pues iban como su madre los parió; muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras; de cabellos gruesos como las crines en los caballos ; de cabelleras largas que les caen desde las cejas casi á las espaldas; de piernas muy derechas y barrigas muy angostas; pintados unos de prieto y otros de blanco y muchos de colorado, siendo ellos del color del terricola canario; tan desconocedores de todo armamento, que cogian las espadas por el filo, y tan agenos al trabajo campestre, que no conocian el hierro de los azadones y de los arados; con alguna cicatriz demostrativa de que la guerra nace al nacer el hombre; más dados al combate de suyo que á la industria; sin sectas ni otra creencia que una vaga idea de la superioridad y grandeza del cielo, embargaban á Colón y le sumergian en comparaciones nacidas del contraste patentisimo con los españoles, y en la natural anticipación, por sus presentimientos ó sus previsiones de la suerte que les deparaba su increible y milagrosa visita. En aquellos análisis trazados al vuelo, y por ende, interesantisimos, hay observaciones como ésta, inscrita en sus referencias del primer vistazo á San Salvador: «Mujeres, no vide más que nna farto moza, y todos los que yo vi, todos eran mancebos;

que ninguno vide de edad de más de treinta años. «Y en otro lugar observa que «todo lo que tenían lo daban por cualquier cosa que les diesen»; pero que también «gente farto mansa, por la gana de haber de nuestras cosas, y temiendo que no se las han de dar sin que les den algo, y no lo tienen, toman lo que pueden, y se echan luego á nadar.» Y más abajo, añade, hablando de su inexperiencia mercantil: «Fasta los pedazos de las escudillas y de las tazas de vidrio rotas rescataban; fasta que vi dar diez ovillos de algodón por tres ceotis de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos habría más de una arroba de algodón filado.» En la parte de Leste de la isla, como él dice, vió ya mujeres muchas y viejos y niños, que no viera en el punto de arribo; y para dar idea de su condición blanda, nos cuenta como «los unos traíannos aguas, los otros cosas de comer; otros, cuando veían que yo no curaba de ir á tierra, se echaban á la mar nadando y venían y entendíamos que nos preguntaban si éramos venidos del cielo; y vino uno viejo en el batel dentro, y todos, hombres y mujeres á voces grandes decían, venid á ver los hombres que vinieron del cielo, traedles de comer y de beber.» Y hablando respecto de los pobladores de la Fernandina, dice otra vez: «Esta gente es semejante á aquella de las dichas islas, y una fabla y unas costumbres, salvo que estos ya me parecen algún tanto más doméstica gente, y de trato, y más sotiles, porque veo que han traido algodón y otras cositas, que saben mejor regatear el pagamento.» Las familias aquellas tan extrañas á las ideas y á las creencias del tiempo, que no admitía disentimiento ninguno del relato bíblico respecto de la descendencia de Adán, hubiera extrañado á Colón más todavía de cuanto á la sazón le maravillaban, si hubiera sabido en qué parte del mundo se hallaba y no hubiera tomado todas las tierras esparcidas en el Océano, con que iba topando, como pertenecientes al Asia. Pero en Cuba la Naturaleza le divierte un tanto de su atención al hombre. La desembocadura de los ríos en el Océano; la superficie de aquéllos, cubierta por los pétalos llo-

vidos de tantas flores como la festonan en sus orillas y de tantos árboles como entrelazan sus ramajes para sombrearla muy alegremente; las palmas diversas de las de Guinea y de las nuestras; las hojas muy gigantes que cobijan sus cabañas muy pequeñas; la hierba grande como en Andalucía por los meses de Abril y de Mayo; las verdolagas muchas y los bledos; las montañas muy hermosas, aunque no son muy grandes en longura, salvo tres; las copiosas corrientes fluviales bautizadas con los nombres de mar y luna; las aves y pardalejos de tan diversos colores; el canto de los grillos, cual aqui en verano: las peñas altas, como la conocida con el nombre de los enamorados en Andalucia, con otras sobrepuestas, y parecidas de lejos, en lo armoniosas y relucientes, á una grande aljama; las arboledas fresquísimas y odoríferas; las especias y demás plantas y frutas aromáticas; los tubérculos farináceos semejantes á mamas y con el gusto de las frutas del castaño; los faxones muy pintados y las fabas muy sabrosas; lo copiosísimo del algodón, que no siembran y crece por los montes á su guisa todo el año, pues vió los cogujos abiertos y las flores al par, todo en un solo arbusto; las almácigas, muy superiores á las recolectadas en el archipiélago heleno, tan fecundo en esta materia; el inacabable cinaloe; los panizos y los tabacos; las sangrias hechas á los árboles para extraerles resinas y gomas; todo cuanto heria sus sentidos, le trasportaba en un entusiasmo, que seguramente hubiera sido mucho más intenso y mucho más profundo si presintiera las levaduras de vida nueva y más alta que traia con sus descubrimientos á la vida general humana y las riquezas muy superiores al oro que lanzaba en el comercio y en el cambio universal. Su *Diario* se levanta en la quincena que describe Cuba y sus países ajes á la extensión de clásica epopeya, y para convenceros, no hay sino cotejarlo con cualquiera de las descripciones análogas, contenidas en las primeras obras épicas del mundo. La más antigua narracion de este género es la contada por Ulyses á la feliz Aretea en su regio palacio. Superior la forma por el melodioso acento de los

hexámetros homéricos y por el ritmo acabado del músico lenguage griego en la *Odisea*, no puede compararse, ni de lejos, por el interés de sus respectivos argumentos con el relato de Colón. La isla Ogygia, donde aborda Ulyses, azotado por las centellas de Júpiter, tras nueve dias de naufragio, en que las olas embravecidas le llevaron de un punto á otro, asido de una tabla rota y descuajada de su propia nave, no puede compararse, habitación mágica de la hechicera Calipso, envuelta en los misterios de la teurgia, con estos mares de las Antillas, que se revelan como el cielo nuevo, anunciado por las profecías de los libros sibilinos; con estos productos nunca vistos, que nutren de sustancias vírgenes las venas del género humano ó centuplican sus fuerzas; con estos archipiélagos que surgen como constelaciones de astros novísimos en el espacio azul y parecen repeticiones sublimes de los primeros versículos del *Génesis* y obras divinas del primer dia de la creación envueltas en el éter de la primera inmaculada luz. Otra relación épica existe de viajes, la relación del troyano Eneas en la *Eneida* inmortal de Virgilio, superior á la relación de nuestro descubridor, por la parte literaria pero inferior por el interés histórico y social. La Reina de Cartago, Dido, á cuyos dominios había llegado Eneas náufrago, quiso conocer todo cuanto á éste le ocurriera desde su despedida de Troya en ruinas é incendios hasta su arribo á las riberas líbicas. Eneas, después de pintar la última noche troyana, cuenta como recorrió los mares frigios; Creta, la isla de los misterios; Delos, el templo de Apolo; aquellos bosques de Ida. donde surgieron los famosos coribantes; Naxos, por cuyas montañas elevadas corre Baco ebrio; el mar de las arpías; tan terribles y nefastas; las tierras donde se alzan altares á la luz del sol y reina con dominación tranquila el rey Heleno; los golfos y muros de Tarento; las faldas inmensas del Etna heridas por terremotos continuos; la epiléptica Trinacria por los sacudimientos del volcán azotada y removida en su tierra firme como los navios por el huracán; la dichosa Selimonte con sus palmeras orientales y la

terrible Lilibea con sus escollos multicolores; mas, aunque haya querido Virgilio reunir en este relato los combates de la *Iliada* con los viajes de la *Odisea*, su materia épica no puede compararse con la ofrecida por los escollos que al conjuro de Colón surgen, iluminados de un sol nuevo en el mar tenebroso, ó llenos de tribus desconocidas hasta entonces y destinadas á dilatar desde sus chozas de palmas, no solamente los cielos del planeta, los ideales del espíritu. Las aguas por Eneas en tan apartados siglos recorridas, se habian visto desfloradas por muchas naves; mientras las aguas que recorria Colón, fuera de las humildes canoas costeras, que no podían apartarse de las tierras, jamás habían ninguna quilla sentido sobre su inmensa virgen superficie, ni soportado las marinas ni visto las maniobras de una grande y adelantada navegación.

Precisa confesar que no existe poeta ninguno en el viejo y en el nuevo mundo con la capacidad que Camoens para cantar el poema de los descubrimientos y de las navegaciones. El objeto y la materia de sus *Luisiadas* aseméjase mucho á la materia y objeto del *Diario* de nuestro descubridor. Precédenos y acompáñanos Portugal en la obra de agrandar los Océanos y centuplicar las tierras. Mientras España exploraba los mares tenebrosos por sitios donde halló la surrección del nuevo mundo americano, explorábalo Portugal por sitios donde halló la resurrección del viejo mundo asiático. Y en la fecundidad que tenía entonces el reino lusitano, á un mismo tiempo engendraba los pilotos descubridores y el poeta cantor de los descubrimientos. Cuando éste pide á las musas del Tajo, tan melodiosas como las musas del Mondego, que cantan en el manantial de las lágrimas los tristes amores de D.ª Inés de Castro, dejen de susurrar desde Toledo á Lisboa los antiguos idilios pastoriles y los populares romances caballerescos y tomen aliento para la intentada epopeya oceánica, en verdad recoge la inspiración más vívida y real de aquellos tiempos con la materia épica más cierta, encerrando una y otra en octavas inmortales, animadas

todas por estro incomparable y esclarecidas en luminoso ideal. Era un poema vivo aquella resurrección de las Indias, reconquistadas para Europa entera por Alejandros Magnos de Occidente. Camoens decía en los primeros cánticos de su poema por excelencia que Vasco eclipsaría de seguro á Ennas y seguramente lo eclipsó para siempre. Nada tan maravilloso cual ver, en los días mismos de levantarse resucitadas las estatuas clásicas y de florecer las guirnaldas helenas en los ornamentos de las logias rafaelinas; cuando el hexámetro de Virgilio resucitaba en los poemas de Zannazaro y los períodos de Cicerón en los labíos de Bembo; por la Roma de León X entrando ceñidos á cadenas de oro portuguesas los elefantes y los leopardos, que llenaran en lejanos días el circo de los Césares y mostraran la universal sumisión del mundo antiguo á la Ciudad Eterna. Las perlas de Manaar, los rubíes de Pegú, el clavo de las Molucas, el oro de Sumatra, la canela de Simaliala, el alcanfor de Ormutz, el añil de Cambay, bastaban para enloquecer al mundo cristiano y darle vértigos de verdadera embriaguez, al mismo tiempo que levantaban la poesía, necesitada siempre de superar y vencer la realidad, á una exultación y á una exuberancia ex traordinarias. Camoens tiene la estatura colosal indispensable para soportar como un titán fabuloso aquel poema ciclópeo que cantaba la renovación del planeta, y para medirse con Vasco de Gama, tan titánico, quien, á pesar de moderno y cercanísimo á la edad nuestra, parece mitológico dios, más que los héroes de Homero, por su maravillosísimo viaje á las Indias. Pero los caracteres del Renacimiento pesaban como una cadena sobre Camoens. Verdadero hijo de su edad, veíalo todo, cual se veía entonces el universo, por las múltiples tradiciones del genio clásico y por la irremisible superstición del espíritu antiguo. Así emplea, como la máquina sobrenatural de su poema, el Olimpo. Y el Olimpo servía para lo que supieron aprovecharlo las artes plásticas; para restaurar y rehacer la forma externa; pero muerto en la conciencia humana su ideal, disuelto

el espíritu suyo en los dogmas cristianos, por la Iglesia católica sustituído en la dirección de nuestra cultura, no podía inspirar un poema, el cual sólo merece la calificación de arqueológico y erudito cuando intervienen las antiguas divinidades en él, mientras merece la calificación de popular y épico sin duda cuando canta la historia y la nación lusitanas, así en los tiempos antiguos como en el Renacimiento. Más poética me parece la misa rezada en el Monasterio de los franciscanos sobre las breñas del promontorio de la Rábida; el Avemaría oída en el paso por las desembocaduras del Guadalquivir y por las costas de Gades, la tarde misma de haber el misterioso descubridor, desde la boca del Odiel, zarpado hacia el mar tenebroso; las letanías dirigidas á la Virgen Madre sobre la carabela cuando brillaban tras el ocaso los primeros vespertinos astros ó rielaba en la superficie oceánica, rizada por los vientos alíseos, la luna llena; los ecos de la Salve y del *Ave maris stella*, como por un órgano inmenso acompañado de los rumores del oleaje y del velamen; los dos *Te Deum* entonados al descubrir tierra y al bajar á ella; la sencillez con que da Colón gracias á Dios en su *Diario* por la felicidad completa del viaje, que las apariciones de Mercurio á Gama en sueños, para precaverlo contra los peligros circunstantes en Mombaza, que la bajada fabulosísima de Baco al mar de Melinde, que las apariciones de Venus por las isletas indias, que los agasajos de Tetis, que la presencia de dioses muertos hacía mil años en la humana conciencia é incapaces de trastrocar en cumbres de poesía las heladas cenizas de los extintos dogmas. En cambio es Camoens épico de primer orden, épico al nivel de los mayores poetas, digno de colocarse junto á Homero, superior en muchas ocasiones á Virgilio, más natural que Tasso y Milton, cuando, á la manera que su predecesor Dante Alighieri evoca el mundo sobrenatural de la Edad Media en tercetos sublimes, evoca él en octavas reales incomparables el mundo natural, rejuvenecido por la pascua del Renacimiento, y nos ofrece con toda la historia lusitana, encerrada en himnos de

un vuelo increible, las descripciones de los pueblos, descubiertos por los náutas compatriotas suyos, y con ellos la poesía del mar, ya en el aparejo apercibimiento de las expediciones temerarias, acompañadas por los plañidos y lloros de cuantos por la playa se quedan maldiciendo las humanas ambiciones; ya en la exquisita limpia de limazones y ostrios adheridos al casco de las naves durante las estadas por los deseados puertos de arribo; ya en las aguas encendidas á los latigazos de la centella eléctrica; ya en la tromba que, á guisa de sanguijuela chupando la sangre, levanta en ciclónicas espirales á las ondas tormentosas y luego las diluye por doquier en diluvios espesos; por fin en todos los espectáculos del Océano, surcado por temerarias navegaciones, donde la voluntad y las fuerzas del hombre superan y dominan todas las resistencias y todas las fatalidadades juntas del poderoso Universo. Sí. Camoens, entre todos los poetas del Renacimiento, perdura y p evalece como épico, llegando á gloria no gustada por el delirante poema de Ariosto, y por el artificiosísimimo poema de Tasso y por el británico poema de Milton, y por el irónico poema de Pulci; porque Comoens canta la Naturaleza rejuvenecida por los descubridores portugueses de su creadora edad ¿á dónde hubiera llegado, si el estrecho patriotismo portugues, un patriotismo de terruño, no le posee como le poseyó, é inspirándose, cual debía en toda la gloria peninsular, nos ofrece y presenta la invención increíble de América por el milagroso genio de Colón? Reconociendo yó, cual reconozco, el mérito de tan excelso poeta, digo que no hallo en sus octavas, siendo tantas y tan hermosas y tan inspiradas, ninguna en que su héroe Vasco de Gama, cuyos relatos pasarán de siglo en siglo, exprese algo tan hondamente humano, á pesar de su perfección literaria, como las frases del *Diario* de Colón ante Cuba, parecidas en su concisión sublime á los primeros versículos del *Génesis*. No podrá creerse; más donde yo hallo una escena épica, semejante al encuentro de Colón y Cuba, es en el poema parlamentario, presbiteriano, inglés, mencionado antes, en el *Paraiso Perdido*, que parece

tan apartado, por su materia poética y por su maquinaria sob enatural, de Colón y del descubrimiento de América. La escena de Adán en su comunicación primera con el Paraíso terrestre, algo se parece de suyo á la comunicación primera de nuestro piloto con la espléndida naturaleza tropical de Cuba. Encuéntrole un defecto semejante al que tiene para mí en *Las Luisiadas* el jardin donde conduce á Vasco la diosa Venus; como este jardin se halla recortado á la manera latina ó helena de Teócrito y de Virgilio, el jardin edénico de Milton parece un parque inglés del siglo décimoseptimo. Y con esto las emociones allí descritas del primer hombre de la Biblia, en la cuna del antiguo mundo, se parecen mucho á las emociones del primer hombre de nuestro Renacimiento europeo, en la cuna del Nuevo Mundo. Figuraos aquel dia, en que creado ya el mundo inorgánico y orgánico, aparecidos todos los minerales, todas las plantas, todas las especies, aquejaba la sed anelante del espíritu á la Naturaleza, en cuyo seno el hombre no había surgido aún. Faltaba la cadencia más dulce de las divinas armonías, faltaba el verbo humano y sus voces. Las cosas sin alma parecían jeroglíficos sin posible interpretación. Aunque todo estaba ya concertado y dispuesto era el caos aquello, porque le faltaba la unidad, nacida del pensamiento. Sombras de sombras los séres sin ideas. El Universo material sin el hombre asemejase al cielo sin Dios. El mundo no puede completarse así mismo, cuando no encuentra el espejo de nuestro espiritu; no pueden los seres enlazarse unos á otros y corresponderse á una entre si más que por el sistema de nuestra ciencia. Todas las cosas tienen como una inconsciente aspiración á lo infinito. La semilla se rompe y estalla en el tallo que sube; la flor se abre en una corola que parece mistico incensario y se disipa en un aroma que parece incienso; vuela el ave por lo infinito y entona un himno religioso; pero todas caen sobre la tierra: y solo se mantiene allá en el cielo junto á Dios la idea, y solo hay un objeto divino aquí, el humano Verbo. El Eterno accedió al deseo de la materia por llegar

á espíritu, y mandó un soplo de sus lábios á su Adán, al animal, cuyos pies todavia estaban enredados con las raíces del mundo vegetal, pero cuya frente se convertía de suyo á lo infinito y reverberaba la idea. Desde aquel momento la creación tuvo conciencia de sí misma y palabra expresiva de esta conciencia. El hombre supo lo que dice cuando gorjea el ave; lo que busca el vapor cuando sube al cielo infinito; á lo que aspiran todos los seres y todos los objetos en las escalas de su ascensión universal que llamamos en el defectuoso lenguaje humano progreso. Como los espíritus se unieron á los cuerpos, la palabra se unió á la idea, y la palabra y la idea se unieron al Universo. Fingid aquel minuto edénico. La tierra palpitante con el primer amor; la luz besando la creación entera con sus inmaculados resplandores; los montes envueltos en gasas de nieblas, matizadas por todas las gradaciones del iris; los bosques henchidos de sinfonías concertadas entre sus ramajes y los manantiales fluyentes al pié de sus troncos; las cataratas despidiendo arias unísonas y sublimes, al despeñarse desde los riscos tan deslumbradores como pedrería brillantísima; los animales bañándose á una en el éter y queriendo con amor castísimo á sus parejas, sin recelo ninguno del desengaño y de la muerte; un aroma suave y una música incomunicable, y un calor vivificante, y una brisa dulce, y un aleteo melodioso, y una florescencia maravillosa por todas partes, el hombre sin pecado, de hinojos sobre la tierra, sin mancilla, devolviéndole á Dios en himnos, llenos de ideas, con palabra de agradecimiento, los rebotes y los ecos del Verbo creador, miéntras la Trinidad Santísima, inclinada sobre la creación, respirando el vapor que sube de los mundos y viendo el éter que irradian los soles, y escuchando la oda compuesta por las esferas, bendice las nupcias sacratísimas del espíritu humano con la naturaleza universal. Leed luego el *Diario* de Colón y percibiréis en su bíblica sencillez el Paraíso tal como lo entreveía el primer hombre antes de su pecado, bajo las emociones despertadas en su prístina sensibilidad por la vida sin mancha,

por el éter sin sombra, por el concierto de todos los mundos en armonías inacabables sin disonancia ninguna.

Pero sigámosle, después de haber visto la emoción despertada por el conjunto de la isla en su espíritu; sigámosle paso á paso en esta escursión reveladora oyendo sus numerosísimas observaciones. No perdamos de vista que nos ofrece á un mismo tiempo el descubridor breve relato de sus juicios propios sobre los indios y breve relato también del juicio formado por los indios sobre su huésped recién descendido del cielo, según las ilusiones propias de su cándida inocencia. En este punto los españoles no inspiraron á los naturales una tan ciega y tan segura confianza como la que mostraban los naturales de otros puntos. Lejos de ir á su presencia y adorarlos, huían de ellos como de genios maléficos y se ocultaban á sus ojos. Aunque había por allí canoas de mucha capacidad, ocultábanse arreo entre los juncares, como se arrojan al mar y en las aguas se ocultan los anfibios, al oir la voz ó el ruido de sus soberanos, los hombres. Pero el natural de Colón, aquel natural de verdadero explorador, no cedía, no, á tamañas resistencias, antes bien se sobreexcitaba mucho bajo el espoleo de las ansias inspiradas y sugeridas por la curiosidad inquieta de saber así las causas primeras determinantes de ellas como los motivos subalternos y secundarios. Bajó, pues, al campo ribereño del agua, donde anclara, y lo escudriñó todo en todas direcciones. Las dos casas primeras, con que tropezó al paso, estaban vacias de humanos habitantes; demostrando nativa timidez en estos; mas llenas de objetos domesticos que demostraban una muy reciente habitación. Hechas de palma, tenian, como las casas del archipiélago anterior, formas de tiendas militares. Las redes para coger peces, las fisgas para engañarlos, el anzuelo de hueso muy usado, todos los aparejos de la industria encontrada indujéronle á creerse allí en barrio de pescadores muy limpio y bien aderezado como en cualquier playa europea. La grande capacidad suya y los amplios hogares, una y otros indicadores de indumen-

taria cultura, sugiriéronle muy lisonjeros juicios y muy optimistas presentimientos respecto á la región adonde acababa de abordar. Los indios debían tener alguna cábala, porque á las reiteradas preguntas que le dirijía Colon acerca del Imperio de Catay, así como de la persona del grande Kan, respondíanle con la noticia de que los grandes rios del territorio aislado aquél á diez llegaban y diez eran los dias que se necesitaban para tocar en tierra firme. Pero el P. las Casas observa muy bien: ó entendió Colón mal, ó le mintieron los indios, pues la tierra firme más próxima estaba solamente á cinco dias, era la región llamada hoy Florida. Pero imposible zarpar en requerimiento de otras tierras como no se industriase más en la ciencia de aquellas invenidas ya y no tomara lenguas acerca de sus diversas particularidades. Habituado á ver las asociaciones humanas revistiendo las formas de Estado; y los Estados revistiendo las formas de monarquías, preguntaba con insistencia en dónde se hallaba el Rey de tan excelsa región, al cual sospechaba, según sus conceptos, comprometido en continuo comercio con el Kan, jefe de un mercantil Imperio. Fuése al amor de las vecinas costas abajo y anduvo hasta hora de visperas, encontrando buenas poblaciones de casas, las cuales quedaron todas vacías, porque sus pobladores, en cuanto descubrían las carabelas, se asustaban á una con espanto y se corrian desolados y desatinadísimos hacia los montes. Mas entraron los exploradores, y vieron, amén de los usuales utensilios, muy bien compuestas sillas, con algún tallado adornadas y grandes, á guisa de camas, concluidas por cabezas no mal cinceladas. También halló alguna que otra efigie, tirando á reproducir el cuerpo de la mujer, y algún que otro pájaro bravísimo domesticado por aquella industria, sin que permitiese tocar á objeto ninguno para no producir en el indio contrariedad ó desabrimíento. En su afán, de referir todo cuanto veia del nuevo mundo á todo cuanto en el viejo dejara, creyó haber dado con unas cabezas de vacas, equivocándose por completo, pues no había tan beneficioso animal allí, pertenecientes las vistas á ma-

natíes, pescados fáciles de confundir con terneras, por su cuerpo muy enorme y su piel muy lustrosa, y por ser comestible, según los descubridores, y con sabor casi de carne por lo consistente de su fibra. En estas exploraciones comenzó el capitán de la *Pinta*, Martin Alonso Pinzón, á tomar informes de los indios, pero tan mal y torcidamente, que dedujo ser Cuba una ciudad, cuando así toda la isla se llamaba, y hallarse adherido su territorio á tierra firme, cuando estaba rodeado de mar, y referirse al Kan del Imperio indio la palabra «Gisanacan», cuando se refería en absoluto á una de aquellas regiones. Realmente, por la fuga general de los pobladores no podían aquilatar todos estos juicios; y expidieron un indio de los trasportados en su compañía desde la primer isla encontrada, con encargo de disuadir á los naturales del recelo mostrado y volverles al trato con quienes, lejos de tomar objeto ninguno, perteneciente á los demás, y quedárselo, aun daban de lo suyo, todo maravillosísimo, aportado allí de luengas y casi celestiales regiones. A nado el indio demandó la tierra; y ya en ella constituido, á voces expresó la original embajada, que detuvo dos hombres por casualidad encontrados, quienes lo cogieron en brazos y lo llevaron al hogar más próximo, donde tales persuasivas palabras empleó y tantas pruebas de lo aseverado adujo, que consiguió llevar consigo en canoas largas á las pasmosas carabelas mucha gente provista de ovillos y otras cosillas análogas. Colón ordenó que no tocaran los tripulantes á nada y se redujeran al simple inquirimiento del oro. Mas, en esto mismo, tan simple, no podían entenderse, porque tomaban por significativa de oro la palabra «nucay», cuando llamaban los indios al oro «caona».

Mas llamáranlo como quisieran las gentes, no parecía por ninguna parte y su rareza y escasez continuaba como en las otras islas. Así no había medio en lo humano de que retrocediesen los descubridores de su busca, necesaria como testimonio para Castilla del tesoro encontrado; y persistieron, enviando nuevos embajadores adentro, que fueron, á saber: Rodrigo de Xerez, do-

miciliado en Ayamonte, y Luís de Torres, cristiano nuevo y judio antiguo, que había vivido con el Adelantado de Murcia y conocía muchas lenguas semíticas. Con éstos y con dos indios adjuntos, creyeron los exploradores por seguro hallar primero al Rey, despúes el oro de la isla. Anduvieron doce leguas, con efecto, y toparon los curiosos con una especie de villa, en la cual morarían como unos mil vecinos. Dulcedumbre mayor que la natural en aquella gente no se podía ni siquiera imaginar. Aposentaron á maravilla los embajadores y á porfía los atendioron. Tocábanles con reverencia las manos y besábanles los pies por creerlos descendidos del cielo á honrar y esclarecer la tierra. Dábanles de comer cuanto tenían con una liberalidad sin tasa. Sentáronlos en sillas grandes y honrosas, mientras ellos se acurrucaron al rededor suyo en cuclillas y por el suelo. Las mujeres, que vinieron tras los hombres, formaban otro círculo externo detrás de éstos; y como escuchaban las relaciones de los indios del Guanahaní respecto de los cristianos recien venidos, rogábanles que les dijesen como debían allí quedarse cual en sus calas y con su familia. No entendieron una palabra de las lenguas habladas por Torres, ni Torres, tan ducho en lenguas orientales, tampoco entendió una palabra de las lenguas habladas por ellos. No faltó á los indios sino adorar á los españoles. Pero, aunque los había provisto el Almirante de cartas, y dádoles ejemplares así de minería como de especiería, conocidos en Europa. para que tratasen al jefe de aquellas tribus como á monarca. y pactasen comercio con él, nada lograron; convencidos de hallarse frente á una grande aglomeración de personas faltas del organismo que tienen las sociedades reguladas por el gobierno y sin carácter ninguno de las colectividades llamadas con el nombre genérico de ciudad aquí. Tan dóciles á todas las emociones eran, y tan prontos á enajenarse de admiración rayana en culto y enajenar su voluntad en sacrificio confinante con la esclavitud, que se iban tras los embajadores, á quienes no entendian, creyendo cosa muy segura los condujesen al cielo, de donde habían bajado.

Quinientos pudieron llevar de su grado, á quererlo; pero se contentaron tras buen acuerdo, con el principal y un hijo suyo y otro. Pero el joven caudillo visitó á Colón y su jente con suma cortesía, vió los objetos que le presentaban, muy desemejantes de los conocidos por él, con grande indiferencia; y se partió diciendo que á la siguiente mañana tornaría; pero nunca jamás tornó. Debió arrepentirse Colón de haberle dado suelta, pues tomó luego indios de uno y otro sexo, hasta el número de cinco, en su nave, y aun el marido de una india cautivada, el cual se interpuso ante la carabela, y rogó á los tripulantes que lo recogieran y se lo llevaran, como así lo hicieron. Aquí el historiador de la expedición, aquel por todos consultado como un oráculo, el P. Las Casas, toma todos los aires de un tribuno, é invocando ideas muy análogas á las profesadas por los filósofos demócratas de nuestros tiempos, invoca el derecho de gentes, y aun el derecho natural, contra tal apropiación, y reprueaa y maldice la conquista, mientras el conquistador pacífico de aquellas tribus, Colón, refiere lo mismo referido por el Padre como la cosa más natural de este mundo y no muestra ni leve sombra de remordimiento ninguno en su relato sencillísimo. Entre todos los historiadores, al descubrimiento cercanos, el descubridor no tuvo quien por él se apasionara en el grado en que Las Casas llegó á exaltarse, abogado eterno suyo; pero, al encontrarse ante la increible para él apropiación de sencillas familias sin pecado, el apóstol se indigna y subleva como pudiera Moisés ante los Faraones del antiguo Egipto y Daniel ante los déspotas de Babilonia. Reconoce la buena intención del sublime piloto; mas acumula sobre tal atentado á los derechos naturales y á la justicia eterna todos los dolores donde se anegara Colón más tarde, tomados por desgracias y no por aquello que realmente fueron, por terribles y justicieros castigos. En su estoicas filosofias, exacerbadas por la sugestión del temperamento monástico, proclama que al bien únicamente se puede ir por el bien, y que nunca el deseado logro de lo bueno, nunca, debe uno encaminarse ni por los malos pensamientos ni

por las malas acciones. Asi al P. Las Casas le parecia bien el descubrimiento y le parecia la conquista mal, como si estos dos actos no fuesen correlativos y no se correspondieran, por desgracia, en la contingencia de nuestra especie, al mal sujeta siempre, y en la tristeza de nuestra historia, llena de una serie de instituciones tan dañosas y manchada por un cúmulo de actos tan terribles y siniestros, que hasta la esclavitud resulta un progreso cuando se considera cómo el hombre ha exterminado al hombre sin piedad en los estallidos del odio inextinguible y en los horrores del combate perpetuo.

Colón, que habia entrado en Cuba con muchas esperanzas é ilusiones, tampoco arrancó á Cuba el testimonio tan requerido de su maravilloso descubrimiento, tampoco le arrancó el oro codiciadísimo. Asi abria los oidos á cuanto le hablaban los naturales, y, trabucando todas las especies, encerraba en aquel no entendido lenguaje de los indios todo cuanto llevaba él en su cabeza extraido, ya de abstractas concepciones, ó ya de sólidos estudios. Decian los indios *babeque*, y él imaginaba oir la denominación correspondientes á los áureos imperios grabados en los mapas del tiempo aquel, tan fantásticos, y en las ideas cosmológicas del cerebro suyo, tan confusas. De falsa en falsa interpretación llegó á creerse que habia cerca otra tierra, donde los naturales á una lucian arreos de oro macizo en todo su cuerpo, asi como tambien otras tierras donde los naturales disponian de un ojo únicamente, como los fabulosos cíclopes, puesto en una cabeza de perro. Y tras semejantes tesoros viró y en busca de tanta maravilla se fué. Habia sentido algun frio, natural á los meses de Diciembre y Noviembre, por lo que gobernó hacia el Este con inclinaciones al Mediodia. En aquel viaje todo le sedujo y encantó: el cielo clarísimo, el agua celeste; los cabos y promontorios de corte armonioso; las bahías hondas y mansas, de una transparencia luminosa y de una seguridad incontrastable, que le sugerían gritos de admiración; los agrupamientos de isletas, componiendo archipiélagos parecidos á ce-

lestes constelaciones; todo el espectáculo que á la vista se le presentaba, como un peregrino moderno de la naturaleza ó del arte, y toda la vida que absorbía por sus poros el cuerpo como la esponja sumergida en los mares el agua. Mas estas bellezas múltiples y estos aspectos por el paisaje de Cuba presentados á cada instante aumentaban la tristeza que le producía una tan grande contrariedad como la falta completa de oro. El día 19 de Noviembre se partió desde Puerto-Príncipe, donde alzó una cruz en demanda de la requerida nueva región. Hubiera querido costear para conocer la tierra que tenía delante de sus carabelas, mientras buscaba la tierra que tenía delante de sus ideas. Pero la oposición de los vientos, contrariándole mucho é impeliéndolo hacia temibles bajíos, constriñóle á irse al largo por alta mar. En éstos incidentes del viaje sobrevino cosa tan funesta como la separación de su segundo, Pinzón, el gran piloto, aquel organizador sin par, á cuya diligencia se debió el aparejamiento y arreglo de la empresa, como á su voluntad la victoria sobre tantas y tan insuperables resistencias cual surgieron en su paso. El deseo de gloria y lucro, á nuestra especie humana congénito; la indisciplina, irremediable por necesidad en aquellas naturalezas pagadas de si, que se creen á mandar y no á obedecer venidas al mundo; el incentivo de hallar las tierras del oro antes que Colón mismo, y alzarse asi con todos los provechos del descubrimiento, ya que su excelso capitán se alzaba con todas las glorias, determináronle á un acto, del cual dimanaron luego todas sus desgracias. Pero Colón por esto no llegó á desconcertarse. Continuó, siempre que lo permitia el viento, volviendo á las costas desde alta mar y engolfándose en alta mar desde las costas, encantado por cuanto al rededor suyo veia y en la magia del encanto sobrexcitadísimo á creer una realidad viva todo cuanto soñaba. El descubridor, en la efusión de poesia y sentimiento, connaturales á su genio, nunca se cansa de contemplar en los mares, por él denominados de Nuestra Señora, la tranquila superficie de los ríos transparentes; las flo-

restas de uno y otro lado en las márgenes; los pedruscos veteados de oro y relucientes como ilusiones ó esperanzas á sus ojos; los pinares que trascendían á resina; las gomas parecidas al ámbar; los deleitables arroyuelos abajo en contraste con los picos arriba de las cordilleras esmaltadas por mil movibles iris; el entrelace de las palmas con los cedros; la muchedumbre de recodos parecidos á lagos por lo hermosos y á puertos por lo tranquilos; las canoas flotantes á lo largo de las orillas ó montadas en tierra bajo cobertizos de follaje; los indios desnudos y sin más particularidad que los aumentos de pintarracheos en el cuerpo y de plumajes multicolores en la cabeza; tantas emociones como despertaba en los salvajes el encuentro con los españoles, blancos, barbadísimos, puestos dentro de armaduras, tomadas por ellos como parte natural de su cuerpo, y con todos los aires de haber dejado una superior esfera celeste para confundirse con los míseros mortales en este bajo suelo.

CAPÍTULO XXIII.

LA ESPAÑOLA

Por fin llegó al cabo más oriental de Cuba, y allí supo cómo se hallaba cerca otra isla, denominada entre los naturales Haiti, que significa tierra muy alta. Colón que continuaba poniendo á su guisa cuantos apodos le pedía el gusto á las tierras encontradas, así como había llamado Salvador á la primer isla, y á la segunda María, y á la tercera Fernandina, y á la cuarta Isabela, llamó á esta isla de Cuba Juana, en recuerdo al Príncipe D. Juan, segado en flor, cuando parecía venido á realizar obras mayores aún que las realizadas por sus padres con el triunfo sobre los moros y la unidad puesta sobre Castilla y Aragón. En cuanto columbró Haití, comenzó á pensar los nombres que debía darle, pues no entendía bien á derechas la palabra con que los indios la conocían y apellidaban. Descubrióla el 5 de Diciembre de 1492, después de haber andado, desde la extremidad oriental de Cuba hasta allí, unas diez y seis leguas. Pues desde que avistó aquella región hirióle mucho su parecido con la región española. En el mar se pescaban lisas y salmonetes; en los montes se cogían gamones y madronos; por las faldas de sus colinas tendíanse muy espesos encinares y por las onduras de sus cañadas muy bien dispuestos y cultivados

huertos; el arrayan festonaba, como aquí, los ríos con sus verdinegras hojas y el pino coronaba las alturas con sus copas verdiclaras y esféricas, veíanse las chozas muy semejantes á nuestras barracas; por todo lo cual, tras la cuent' y suma de aquellas analogías, Colón, le puso el nombre de la Española, según las aproximaciones hechas en sus recuerdos á la vista de aquellos descubrimientos y á la evocación subsiguiente natural de nuestra madre tierra. Los indios parecían más blancos que las tribus dejadas en el camino y algo más cultos. Huían, como huyeran los anteriores, pero tornaban más pronto y mejor al reclamo español. Dos jefes de aquella gente se presentaron, y bien pronto los españoles supieron como se les llamaba en todo aquel archipiélago caciques. De los dos, el primero y más joven, se mostró tímido y reservado; pero el segundo, por lo contrario, de una grande confianza y de un espíritu muy abierto á todas las emociones. Llegó en procesión y sobre unas andas, acompañado con mucha pompa de gentes. Entró en la nave sin recelo y se asentó á la mesa del Almirante con exquisita cortesía. Cuando le ofrecían manjares, gustábalos por etiqueta y los repartía entre sus acompañantes, que los tragaban arreo con voracidad. Más oro había en esta isla que en las otras, pues lo encontraron bajo forma de joyas sobre las narices de algunas mujeres y hasta en laminillas, si bien todo ello diminuto y escaso. Así no debe maravillarnos que pasara todo Diciembre sin fatiga entre la Española y la Tortuga Colón, inquiriendo noticias y bautizando territorios. Al primer puerto, en que ancló, tan bello como los antes celebrados de Cuba, llamóle San Nicolás por haber arribado el día de tal Santo; al segundo Concepción por haber arribado en su fiesta; y al tercero Santo Tomás. Repetíase aquí lo sucedido en todas las tierras encontradas. El indio huia en cuanto llegaba el español. Pero así que al cuitadísimo le dirigían algún recl mo por mediación de la gente del color suyo, tórnábase á los exploradores é iba seguidamente á verlos y tocarlcs, aunque muy prevenido en su contra y muy receloso de

sus mañas, estado de ánimo, que se ahuyentaba pronto al agasajo más leve y á la dádiva más baladí, sustituyéndolo con una confianza candorosa, la cual granjeaba con sus manifestaciones de amistad y agrado á los recién llegados un hechizo y una satisfacción increíbles. Aquí, en la Española, es donde aparece un cacique de mayor cuenta que los encontrados en otras ocasiones y en otras partes, Guacanagari, quien se distinguía de sus predecesores por una superior atención al estado nuevo que anunciaba la increíble visita de los huéspedes y por una reverencia consciente á éstos, basada en cierta intuición milagrosa del cambio que debían operar allí con su inesperada presencia. Existían cinco semejantes caudillos en la isla; y Guacanagari señoreaba la parte norte, por donde discurrían las carabelas de Colón en aquel momento. A las primeras de cambio reveló su riqueza y su poder, superiores á los vistos en cuantos jefes hallaran por los anteriores encuentros. Enviaban los indios cinturones en prueba y testimonio de amistad á sus huéspedes; y Guacanagari regaló uno por notable por su magnificencia. Compuesto con tres telas de algodón, tan espesas de urdimbre y tejidos, que un arcabuz no hubiera podido atravesarlas, llevaba ornamentos de corales y conchas y perlas, pendiendo al costado, en vez de alquicel á la usanza española, deforme, pero muy valiosa, carátula con los huecos de su vista y con la lengua de su boca en oro macizo. Una embajada le llevó el regalo, y un día empleó Colón en traducir á ideas fijas las señas confusas hechas y dirigidas á su persona por los embajadores salvajes para ponerle al cabo de todo cuanto querían. En efecto, Guacanagari estaba impacientísimo por ver á los españoles, y expedía en torno suyo gentes y más gentes gozosas, con expreso encargo de aclamarlos á una y hacerles toda clase de dones. El entusiasmo demostrado no tuvo límites, ni tasa la esplendidez. Ardió el territorio en fiestas y se llenó el mar de canoas. Las gentes embarcadas en éstas, no bien se aproximaban á las carabelas, cuando en tropel se erguían, presentando con sus pro-

pias manos toda clase de ofrendas al descubridor, en actitud y recogimientos parecido al usado por los fieles y los sacerdotes más fervorosos de un culto ante sus ídolos.

En vista de tal entusiasmo, expidió una embajada formal Colón á Guacanagari el indio; y, en vista de los informes por los embajadores traídos, resolvió levar anclas, é irse, aunque con viento terral, á los dominios de su aliado, distantes cosa de unas cinco leguas. Era el día 24 de Diciembre de 1492, y salió por la hora del alba. Navegaron todo el día, pero anduvieron poco. Llegó la noche, la Nochebuena, y quiso Colón celebrarla con lo más cumplidero á la salud suya y con lo mejor para los marinos, con un buen sueño. Acostóse, pues, rendido por las vigilias y desvelos de tres noches subsiguientes á tres días de trabajos hercúleos. Sueño dulcísimo debió sobrevenirle. Aquella invención del Nuevo Mundo, negada por todos; aquella tranquilidad profundísima de mares vírgenes desflorados por las quillas de carabelas españolas; aquella interminable aparición de islas muy semejantes á edenes; aquellos hombres inocentísimos, enlazados á la naturaleza por tan misteriosas relaciones y prontos á entrar en la civilización y en el cristianismo debían sugerirle de seguro ensueños benéficos y faustos, propios de la primer Nochebuena tranquila que pasara tras unos seis lustros de titánicas guerras, mantenidas con todo el mundo en general, y á veces hasta consigo mismo. Era la hora de media noche, la más propia para oir espiritualmente y dormido el eco de las fiestas infantiles en las lontananzas sonrosadas del tiempo pasado. Todo en el cielo sonreía y todo en el mar era bonanza. Los marineros dormían á pierna suelta, conocedores del espacio aquel y de sus bajíos por haberles precedido la flotilla de barquichuelos y canoas enviadas por Colón al monarca indio. Un grumetillo velaba sobre aquel timón: tanta seguridad tenían todos en el bonancible tiempo y en la próspera navegación, cuando encalla de pronto en unos bajíos la nao capitana. Su temperamento nervioso avisó á Colón del peligro, y este aviso le transportó, como

con alas, á cubierta. Rápido cual el rayo, dió las órdenes convenientes para cortar el mástil y echar el cargamento. ¡Inútil remedio! Aquel accidente no fué avería; fué naufragio. Desertora la *Pinta*, encallada la *Santa María*, de las tres carabelas que desde Palos al Nuevo Mundo zarparon, únicamente restaba la más pequeña y frágil. Á ella se trasladó, y desde ella expidió á Guacanagari nueva embajada, contándole su adverso caso, mientras barloventeaba él hasta que fuese de dia. No bien supo el monarca indio la desgracia, procuró con todos sus medios aliviarla, sin ahorrar ningún recurso ni perdonar ningún sacrificio. Desastradísimo caso tener que presentarse delante de tribus muy supersticiosas y muy creídas de que la próspera fortuna siempre va en compañía de lo superior y de lo sobrenatural con las menguas consiguientes à un verdadero naufragio, demostrativas de cómo el mal se dilata por todo lo criado y cómo de su poder y de su imperio seremos todos siempre tributarios igualmente. Mas el afecto de amistosa hospitalidad sobrepujó á todo en aquella confiada tribu y en aquel su efusivo monarca. El socorro necesario en la hora nefasta y todo el aviamiento precavedor de lo futuro llegaron como providenciales beneficios á los atribulados con un orden y un método admirables. Pusiéronse los despojos de aquel golpe cruelísimo en montón, y los guardaron más que si fueran cosa propia la gente aquella, cumpliendo así las órdenes de su caudillo. Descargaron todo el cargamento con prontitud increíble, y lo pusieron á buen recaudo, sin que marrase ningún asomo de auxilio, ni se perdiese la punta de un alfiler. El dia 26 de Diciembre visitó Guacanagari á Colón, y, encontrándolo muy compungido, reiteróle toda su amistad y brindóle con todo su concurso para en adelante. Agradeciólo mucho el descubridor, y se propuso aprovechar tales afectos en pro y en servicio de su descubrimiento. Y como no hay mal que no venga por bien, la detención ésta prosperó mucho los planes del descubridor, dándole seguros indicios de futuras exploraciones y prácticos medios de

aunar amistades con los naturales. En efecto; á poco de irse muy apenado el caudillo, presentáronse otros indios en canoa, y trajeron al descubridor oro en mutuo cambio de cascabeles. Hombres aquellos muy cercanos á la naturaleza prendábanse de todo cuanto á los sentidos se dirigía, y gustaban de los cascabeles por el son alegre suyo, acostumbrados como estaban al ronco fragor de las guijas, encerradas en troncos huecos y muy parecidas en su ruido á las matracas groserísinas, usuales desde tiempo inmemorial entre nosotros, bien diversas de las resonantes campanas.

Los historiadores próximos á los dias del suceso refieren las mezclas que hacían los indios de nuestra recién oídas palabras con su idioma nativo, tan curiosas como los primeros píos de las avecillas anidadas en los árboles bajo las dos alas de sus madres, ó como los balidos del recental que pide la ubérrima teta. «Chuca, chuca cascabeles», exclamaban, pidiendo las bujerías aquellas, tan ruidosas como inútiles, con insistencia de todo punto infantil. Así aconteció que algunos, portadores de un pedazo de oro para cambiarlo por un cascabel, soltaban el objeto riquísimo pronto, como quien de cosa baladí se desprende, y tomaban las chucherías europeas de prisa, echando á correr con precipitación y volviendo à cada instante la cabeza con cuidado para ver si el cambiante se arrepentía de su oneroso cambio. Buenas gentes y envidiables que creían haber engañado á los españoles dándoles oro por cascabeles en aquella dichosa edad que bien merecía compararse con la tradicional poética señalada por el desprecio de las riquezas y el contento con un puñado de bellotas en mano y una bebida de agua en manantial. Parece imposible pueda encontrarse tan cercana de nuestra positiva edad la edad aquella en que los indios creían engañar á sus huéspedes trocando su oro por nuestros cascabeles. «Destos engaños, dice un escritor monástico unos cuatro lustros después, destos engaños quisieran muchos cada día los españoles de aquel tiempo, y aun creo que los de éste no los rehusarían.» Todos los objetos de latón

privaban con prioridad en su candoroso ánimo. El sonido y lustre de tal materia, juntos con su flexibilidad, encantábanlos en términos, que la buscaban codiciosos y la retenían avarientos. Llamábanlo «turey», lo que significaba en su lenguaje sencillo tanto como celestial. Y se proponían trocar'o por su oro. Inútil añadir cómo, estimado por Colón el precioso metal objeto primero de sus afanes y resultado primero de sus descubrimientos, holgaríase con la disposición de los indios á entregarle tanta riqueza en cambio de tan pobres baratijas, y como concluiría en su psiquis mística la desventura del naufragio en ventura dispuesta por el cielo. Unióse con todo esto la generosa invitación del Cacique á visitar sus tierras y las noticias de áureos provechosos, tan aceptas al espíritu del descubridor y tan enlazadas con todos los fines de su épico viaje. Después de haber comido Guacanagarí en la carabela *Niña* con el Almirante, comió el Almirante con Guacanagarí en el Bohío, lugar de este último, Y en tales entrevistas le dijeron que había un punto llamado Cibao, donde se cogía el oro á flor de tierra y se daba de grado á todos por no tenerlo aquellos habitantes en estima ninguna. Cuando el nombre de Cib^o resonó en los oidos del Almirante, creyó habérselas con Cipango; y comenzó á levantar castillos en el aire y á creerse ya metido en el deseado imperio indio. Y conversando sobre la población y sobre la tierra de aquellas regiones con naturales tan francos de suyo, entendió en las confusas interpretaciones de cuanto le decían, quejas relativas al trato que les daban los vecinos caribes é hipérboles terribles respecto de la voracidad connatural á éstos. Así, ayudado en parte por las pésimas traducciones que hacía él de todo cuanto le contaban, y en parte por los fantaseos propios de su imaginación creadora, creyó haber oído que le hablaban de una raza perversa en su naturaleza moral, y en su naturaleza física deforme, la cual raza, con un solo ojo en la frente, como los cíclopes de la fábula, y una cabeza de perro en los hombros, y un rabo de mucha longitud en la espalda, manteníase con carne humana y bebía hu-

mana sangre arreo. Colón, en agradecimiento á las noticias recibidas respecto de la soñada Cipango, les prometió auxilio de sus poderosos Reyes contra los caribes y toda clase de gracias y de beneficios á ellos por su oro. Y comenzó tras esta conversación á ponerles ante los ojos las ventajas todas de una civilización como la civilización hispánica y el incremento que tomarían sus intereses con aceptarla; y al objeto de mostrarles el fundamento de lo dicho, puso al desnudo cuerpo de su salvaje amigo una camisa y le metió las dos manos callosas en sendos finos guantes. Obsérvase cómo las costumbres adaptan el traje á la figura, en cuanto vemcs cualquier individuo ceñido con uno que no le cuadra, pues en ridículo cae sin remedio así que tal disfraz inadaptable á su cuerpo se viste. Cosa de risa y sainete la figura del cacique, modelada por aire y luz en libertad, y adherida por sus costumbres naturales al suelo, como un vegetal, ó moviéndose con movimientos casi animales, vestida de los arreos propios á la más alta civilización y cultura, los cuales reñían á una con todo cuanto él era. Por lo que os parece un mono vestido de hombre, podeis deducir lo que os parecería un indio vestido de español, un indio enguantado. Se comprenden las costumbres de aquellos salvajes en cuanto se sabe que no conocían armas de ningún género, si debemos prestar crédito á lo trazado en su *Diario* por el Almirante para información de los Reyes. Contradice un poco esto lo aseverado en otro lugar por el mismo Almirante acerca de las continuas guerras mantenidas entre los indios haitianos y los indios caribes; pero, como sea Colón el singular testigo de todos estos hechos, y su testimonio el único alegable, á él y á lo por él dicho necesitamos atenernos. Así añade que para más sorprenderlos y maravillarlos envió á la carabela por un arco turquesco y unas flechas de Castillo, y como un tripulante las ensayara, pareciéronles á los hijos aquellos de la pura naturaleza verdaderamente milagrosos. Pero cuando su asombro llegó hasta el terror, fué al oir el estruendo de cañones y fusiles, disparados en salvas de regocijo, oidas por sus orejas,

ignorantes dè tal fragor, como nubes tempestuosas y horribles.

El fogonazo, el estampido, el humo dados por aquellas materias inflamables con tanta facilidad y resonantes con tal estruendo, los efectos suyos de verdadero estrago y exterminio, asombraron de modo tal á los indios, que todos cayeron por el suelo, lanzando alaridos de miedo y haciendo gestos de terror, cual si hubiesen visto llegarse á ellos la muerte. Así no debe maravillarnos la inmediata inducción hecha de todo cuanto veían y les circundaba respecto á la naturaleza divina de quien así podia manejar elementos parecidos á los que avivan el relámpago, retumban en el trueno y con el rayo caen desde las inaccesibles alturas sobre la honda tierra y sus misérrimos engendros. La color blanca, la mirada imperiosa, la reluciente armadura, la viril barba, el acero chispeante, la carabina mortífera, bastaban á una con la superioridad evidentísima suya sobre los utensilios y los rostros indios para revestir de caracteres sobrenaturales y divinos los huéspedes abortados por un océano parecido al cielo y hasta entonces en solemne soledad. Asi los haitianos se postraron de hinojos ante los españoles y les reconocieron autoridad de naturales dominadores. Todo huésped les parecia santísimo; cuanto más aquellos huéspedes singulares y sobrehumanos. Colón por ende creyó la conquista moral de aquellos indios concluida y perfecta. Nada más natural que sellarla con alguna marca exterior de verdadera importancia, un castillo, por ejemplo, un fuerte improvisado, signos materiales y tangibles de soberania efectiva en la Europa feudal y monárquica. Los restos de la embarcación á su fábrica sirvieron, y el auxilio de los indios cooperó al pensamiento de los españoles con tal diligencia, que bien de prisa el fuerte se levantó á los ojos de aquellas tribus tan dóciles, y en el seno de aquella comarca tan virgen, tomando el nombre de Fuerte de la Natividad, puesto por Colón en memoria de su naufragio. Aquella toma de posesión, lejos de asustar á los poseidos, empeñóles más y más en su obediencia y acatamiento al poseedor, miéntras á Colón sirvióle

para comenzar la conquista y descargarse de gente á su regreso embarazosa, cuando sólo disponia de la más diminuta entre sus carabelas, y captar voluntades en España, voluntades útiles para ir de grado adonde tan de grado se quedaran los recién idos. Las atenciones de los haitianos á los españoles crecian mucho con el mutuo diario comercio y trato en vez de aminorarse. Un hermano del cacique llevó el descubridor á su cabaña y le obsequió mucho en estrado amplio, compuesto con camisas de palmas, á que llamaban llaguas. Sentáronle con reverencia en sillón reluciente como azabache y parecido por sus proporciones á una cama. Y avisado el cacique por su hermano de que alli estaba el Almirante, fuése al estrado, y después de saludar á su excelso huésped con grande reverencia, colgóle al cuello una plancha de oro. Inútil decir el regocijo de Colón. Pues no pararon en esto los obsequios. Como tuviera Guacanagari otros caciques á él sujetos, convocolos con premura y les condujo á presencia del Almirante, todos ellos coronados, para que presenciasen como él mismo, su jefe natural y superior, se quitaba la corona de oro, que á la sien ceñia, y la colocaba sobre la cabeza del recién venido, en reconocimiento de su divina y sobrenatural autoridad. En cambio de aquel oro Colón puso al cacique unas cuentas de vidrio por el cuello, un capuz de lana en la cabeza, un anillo argénteo en el dedo, y á los pies unos borceguies rojos, con todo lo cual creyóse riquísimo el engañado y dió un sobrenatural precio á su engaño. Tras este reconocimiento de la superioridad española tan parecido al vasallaje, debia Colón pensar en partirse y notificar en persona con auténtica notificación lo hallado á los Reyes, asi para continuar en los granjeados favores de éstos, como para moverles y determinarlos á seguir y rematar la empresa con medios mejores que los traidos de la Peninsula, ya mermadísimos por las circunstancias y accidentes connaturales á su viaje, á pesar de haber éste resultado por divina misericordia felicísimo. Asi determinó dejar en el Fuerte Natividad unos treinta y nueve hombres para mejor

partirse con el resto. Su amigo Arana, el deudo de la cordobesa D.ª Beatriz, recibió la comandancia del improvisado castillo y de la escasa guarnicíón en él puesta. Un repostero del Rey debía suceder al jefe nombrado en caso de inutilizarse por cualquier causa éste y un segoviano al repostero. Un cirujano, un carpintero, un calafate, un armador, un sastre, y un artillero, debían proveer, quedándose allí, á lo más necesario con sus respectivas ndustrias. Había tantas provisiones embodegado Colón que les dejó de los bastimentos copiosos y múltiples vino, bizcochos, artículos varios para todo un año. Á esto juntó armas con las cuales pudieran defenderse y simientes con las cuales pudieran prosperar y fecundar aquellos felices campos. Provistos del material indispensable, proveyólos tambien del sabio consejo. Encargóles primero la sumisión al jefe, pues donde no hay cabeza no hay nada, y con la sumisión al jefe las buenas relaciones y armonía entre todos ellos. Díjoles que, muy sometidos al superior y muy estrechados entre sí, debían imponerse á la region y á la gente india, no con alardeos inútiles de fuerza, con el ascendiente natural de sus virtudes y de su inteligencia. Amistad en sus relaciones con los naturales, respeto á las ajenas costumbres, castidad que justificase la idea concebida de sus virtudes, y resignación al destierro presente, compensado con los provechos futuros y con la gloria de ser los primeros en el dominio de la invenida tierra, les aconsejó Colón muy autorizado por la destreza consumada con que había dirigido hasta entonces los difíciles negocios de su amada fabulosa empresa.

Mucho le dolió al cacique indio la separación de su amigo y mucho al colono español de su jefe y guía tan previsor y tan próvido. El adiós fué lloroso, aunque disparára el Almirante salvas regocijadísimas con objeto de ahuyentar dolores é infundir esperanzas. El 4 de Enero se partió, y el 5 se detuvo ante una montaña, muy semejante á gallardísima catedral, que bautiza con el nombre de Monte-Cristo. El 6 de Enero halló por aquellas aguas á Martin Alonso Pinzón. Ya le habían dicho los

indios haitianos que vieran su barco en recodos y ensenadas de Haiti; mas, aunque le costaba trabajo creerlos, escribióle cartas de amistad, cual si nada hubiera sucedido, en el temor natural á un rompimiento que se tornara guerra y malograse todos sus afanes, entregado como estaba en la *Niña*, mandada por un hermano del rival, á merced y arbitrio suyos completamente. Pero las cartas no fueron á manos de Martin Alonso jamás. Así, cuando lo encontró, no le dió queja de ningún género, admitiendo como buena la excusa pueril de haberlo impelido, mal de su grado, los vientos y las olas, cuando sabía Colón muy bien que le habían impelido los informes recibidos sobre la copia de oro en aquellos parajes, habiéndolo para sí allegado en grandes sumas, de las cuales repartiéra dos terceras partes entre su tripulación y quedádose con el resto. Penetrado Colón de que recibiera un sobrenatural ministerio en su cuna, imputó el proceder de su segundo á maquinaciones de Satanás, que se había propuesto perderlo, metiéndose con su natural arrojo por medio de las malas pasiones en aquel cuerpo de su segundo convertido á insuparable dificultad y obstáculo diabólico de su empresa. Pero, como buen místico y franciscano, creyó Colón lo más conducente á su objeto cortar el hilo á las conjuraciones infernales con una paciencia muy semejante de suyo á la ofrecida por Cristo en su Pasión, y calló; pero segurísimo de que no decía verdad el piloto y dispuesto á castigarlo en cuanto por tierras de nuestra España lo tomase. El encuentro con Martin Alonso aceleró la vuelta de Colón, en el natural temor de que á mayores pudiera subirse añadiendo otro atentado al horrible de la separación. Así en vano le halagaba cada día más cuanto iba en su travesía viendo; peces que parecían sirenas, tortugas tan grandes como escudos, ríos con arenillas de oro, campos como edenes, puntas análogas á edificios, bahías muy serenas, isletas muy lindas, naturales muy bravos, promesas de oro muy numerosas, espejismos incesantes que lo atraían á una con sus celajes y le cautivaban la voluntad con sus prometidas riquezas. En vano le conta-

ban cosas estupendas, como que había dos islas en aquel mar muy cercanas, la una compuesta de hombres y la otra de mujeres, los cuales hombres y mujeres únicamente se juntaban en cierta época del año, como los animales se ayuntan al celo, y si los engendros de aquellos fugaces ayuntamientos resultaban por ventura masculinos, enviábanlos á la isla de los machos, y si femeninos á la isla de las hembras. En vano cinco marineros, que bajaran á tierra cerca de Monte-Cristi con gente muy brava toparon, la cual intentó hasta prenderlos y cazarlos, á cuyo intento cayó allí la primer sangre india vertida en tales encuentros. Colón tenía suma prisa de volver á España y se volvió sin dilaciones nuevas, ni nuevas tardanzas. Y, en efecto, el día 17 de Enero del año 1493, perdió de vista las recién halladas costas del Nuuvo Mundo.

CAPÍTULO XXIV

REGRESO DE COLÓN Á ESPAÑA

NAVEGARON las dos carabelas en su derrotero á España con buen tiempo y viento fresco, hasta el día 11 del siguiente mes, hasta el dia 11 de Febrero. Creíanse tal dia, tras la navegación comenzada en Enero, cerca de costas, por haber visto muchas aves. No sabían á ciencia cierta dónde se hallaban. Creíanse unos en las Azores, otros en la Madera, otros en la desembocadura del Tajo y á las inmediaciones marítimas del monte bellísimo que se llama Cintra. Pero donde realmente, por su malaventura, se hallaron, fué dentro de una tempestad horrorosa, que les cayó encima el siguiente dia, el 12 de Febrero. Parecióles extraña en verdad, y lo era por singularísima. Embarcados los descubridores del Nuevo Mundo tanto tiempo, desde la madrugada del dia de su invención, del dia 12, no habian tenido más contratiempo que la pérdida de su capitana en los bajios de Haiti, y este por descuido, por sueño, por confianza, en mar de leche con suave brisa, y compensado por una tan grande compensación como el encuentro con la noble amistad del cacique Guacanagari, así como con la exploración del territorio más fecundo en oro de cuantos habian visitado. Desde la madrugada del 2 de Agosto de 1492 á

la madrugada del 12 de Febrero de 1493 parecia que todos los genios benéficos del mundo se congregaban á impeler la navegación por un mar idílico, iluminado de una luz dulce, movido al beso de arrullos amorosos, como en cualquier égloga marina del poeta mediterráneo por excelencia, que se llama Teócrito. La fábula de Galatea en su concha de nácar, bajo cielo de añil, sobre mar de cristalinas ondulaciones donde se rompia inmaculada luz, por los tritones alegres circuida, de las ninfas y sirenas acompañadas, junto á costas llenas de perlas, vecinas del territorio helénico, sembrado de corales, se reproducia en aquellas noches del Trópico henchidas por suaves aromas de una flora maravillosísima, é iluminadas por nn cielo sembrado de constelaciones brillantísimas y aerolitos innumerables de un resplandor parecido, más que á cosas materiales, á un verdadero ideal. El soplo de las brisas era tan por extremo constante, que lo imaginaban venido siempre de un mismo lado, y opuesto, por ende, al regreso de los exploradores hacia España. ¡Cuántas veces, en la bienaventuranza de aquella navegación, á las altas horas de sus noches, cuando llovian del cielo gotas de luz con gotas de perfumes, y subian de las olas himnos sin término, el Almirante comparaba la superficie del mar á la superficie del Guadalquivir, y el olor al azahar, y el horizonte al cielo de Andalucia, faltándole tan solo al goce completo de las voluptuosidades sevillanas, el cántico dulce de un ruiseñor enamorado! Y si á la vuelta, cuando les aguijoneaba los deseos de contar lo encontrado, sólo comparables á sus deseos por los encuentros, una tempestad horrible los asalta, júzgala continuación de las diabólicas sugestiones ingeridas en los objetos y en los cuerpos, según sentir del descubridor, por Satanás en persona, oponiéndose á que las nuevas tierras se descubrieran y tanto número de tribus se bautizaran. Una tempestad horrible les sorprendió, pues, del 11 al 12 de Febrero, tanto mas temible, cuanto que las carabelas hacian por todas partes agua y no llevaban lastre. La ciencia entonces desconocia el mundo infinitamente

pequeño, revelado á nuestra vista por el microscopio. Y como desconocía el mundo infinitamente pequeño, ignoraba que los microbios tropicales iban carcomiendo aquellos barcos, cada día más maltrechos. Con tal ligereza, producida por la carcoma, junta con la ligereza producida por el deslastre de las carabelas, corrían como dardos entre los huracanes del aire y las trombas del oleaje. Todos los poetas á porfía pintaron las tormentas oceánicas. En la virgiliana *Eneida* corren las ráfagas tempestuosas sobre la mar antes tranquilas, los cielos desaparen tras las tinieblas tormentosas, las nubes se amontonan en tropel, culebrean los relámpagos por todas partes, retumba el trueno, flamean los rayos como látigos que hacen vibrar los dioses, tiemblan las cuerdas, se rasgan las velas, se rompen los mástiles, se desunen las tablas, los remos se tronchan, la popa y la proa se apartan divididas por los furores del agua, hierven las arenas, tiemblan las islas; y, entre tantos horrores, flotan fríos cadáveres, en cuyos desencajados rostros verdea la siniestra muerte. Colón describe con mucha sobriedad la terrible tempestad que habia visto, bien al revés de Virgilio que describe con exageraciones una tempestad jamás por él vista. Los historiadores de hoy no han podido ver la tormenta sufrida entonces por el Almirante; pero dedúzcanla de la lectura y contemplación del *Diario* suyo, que pueden á la vista tener todos. Después de haber mucho relampagueado y venteado las noches anteriores, la del 11, la del 12 y la del 13, crecieron los vientos la noche del 14. Súbito cayó desde las alturas sobre aquellas frágiles carabelas espeso nubarrón, que parecía pesado como el plomo y obscuro como la ceniza; bajo la quilla estremecíanse las olas y chocaban unas con otras, como si en opuestas direcciones las impeliesen dos corrientes contrarias; por las velas y los cordajes corría un diluvio, cual si las aguas del mar se hubiesen transportado al cielo, y entre las tablas se abrían abismos, cual si pordurable noche se hubiese bajado á las aguas; montañas altísimas de base negra como las tinieblas infernales y de cumbres eléctricas como las

nubes tempestuosas, encrespábanse y deshacíanse, amenazando tragárselo todo en sus remolinos, batidas por los vientos, que parecían dobles y opuestos como las corrientes marinas; un trueno continuo lanzaban los abismos de arriba y otro idéntico los abismos de abajo; y así, en vano arriaron velas y recogieron cuerdas, arrostrando la tempestad á palo seco; la muerte se presentó á los ojos del marino descarnada. En poco tiempo se llevó el huracán á la *Pinta* por imposibilidad absoluta de resistir á la tormenta. Pusiéronle faroles desde la *Niña* toda la noche; al amanecer desapareció. Colón se creyó perdido.

Aquel descubrimiento suyo volvía de nuevo à inmergirse con profunda y silenciosa inmersión en los abismos del mar, sobre los cuales quedaban flotando las supersticiones antiguas para mejor precaverlos contra una curiosidad tan demente como la suya y que sería como la suya castigada por el airado cielo. Aquella gloria, con la cual soñaba, que había de poner su nombre inmortal entre los reveladores, hundiríase con el cadáver último que desapareciese á la vista, como una vírgen ahogada la noche de sus nupcias, antes de haberse desceñido el velo nupcial. Sus dos hijos, á quienes llevaba la dignidad hereditaria de Almirante, una monarquía sin antecedentes ni ejemplos anteriores, arrancada por un milagro de genio á Reyes y á Pontífices por el pensamiento y la fuerza del heredero de un cardador, quedaban huérfanos y hechos unos tristes mendigos. Los bienhechores monarcas y los altos magnates, que le protegieran tanto, no lo recibirían, como él soñara cien veces, en sus brazos y no le aclamarían vencedor en sus primeras gozosas entrevistas. Aclamaciones de los pueblos, gracias de los monarcas, dones de la fortuna, riquezas jamás igualadas, poder y nombre como los suyos, todo lo devoraba el abismo. Un pensamiento debió también surgir en su alma consagrada á la mujer amante que lo retuvo en Córdoba con su amor y contribuyó á darles horas de felicidad y olvido entre los horrores de sus combates morales. Hecho este mental testamento en su fuero interno, volvióse

Colón á la providencia de Dios primero y después al tribunal de la Historia. En su fé de marino entraban mucho los votos; y no podían menos de entrar, puesto que correspondían ellos con sus creencias íntimas y con sus connaturales costumbres. Las olas del mar todo y los revuelos del aire marinero henchidos están de votos, cual de verdaderos ex votos llenos están los santuarios de las costas. No hay más que verlos cnbiertos de poéticas ofrendas para comprender cuántas ideas religiosas el mar de sus hondos senos evapora y qué himno en sendos coros sin fin componen sus vientos y su oleaje. El espíritu de Colón era por su naturaleza religioso, por su educación religioso, y religioso por su oficio. En medio de las tempestades volaba su pensamiento al cielo, cuál esos pájaros marinos que suben allende las nubes tempestuosas y dominan con sus gritos el fragor de la tempestad. Su ingreso en la Orden Tercera, sus misas en el Monasterio franciscano, sus letanias acompañadas por los rumores oceánicos, el Avemaria en los dos crepúsculos del ocaso y del alba, el oficio leido tras todas sus siestas, la Salve cantada todas las tardes, el Rosario rezado todas las noches, dicen cuanta fe católica su pecho abrigaba y cómo los ejercicios connaturales á la vida santa de un monje se unian en él con los combates y las porfias connaturales á un marino. Asi pensó durante aquella calamidad en la justicia divina; y creyendo azotes á la soberbía, en él engendrada por tan milagroso descubrimiento, los culebreos del relámpago, las ráfagas del huracán, los bramidos y levantamientos del oleaje, los diluvios del aire, los latigazos del rayo: creyó también desarmar la cóle ra divina con ofrecerle una penitencia pública de humildad y una peregrinación en camisa y de hinojos desde sus naves salvadas al primer santuario en su carrera encontrado. Luego pasaron por su mente las imágenes y las iglesias de su mayor devoción; aquella virgen de Guadalupe veneradisima en Extremadura y Andalucia, cuyo santuario en abandono y en ruinas aun hoy nos asombra; y aquella virgen de Loreto, invocada por todos los

italianos y aquella Iglesia de Santa Clara de Moguer, á donde concurrian tantos marineros salvados de las asechanzas y de los horrores del voraz Océano. Toda la tripulación se asoció á estos recuerdos y á estas invocaciones. Todos los marineros quisieron participar de la voluntaria penitencia, ya que participaban todos del tremendo castigo. Asi pusieron tantos garbanzos cuantos hombres habia en el buque, y señalaron uno con cruz bien tallada por afilado cuchillo, para qne aquél, á quien le tocara fuese de romeraje á Guadalupe. Encerrados en un bonete y revueltos, metió la mano Colón y sacó el garbanzo de la cruz. Echóse la suerte para enviar un romero á Loreto y le tocó á Pedro Villa, marinero del Puerto de Santa Maria. Echóse luego la suerte para ir á Santa Clara de Moguer y también le tocó á Colón, el cual estuvo por la suerte y sus caprichos obligado á dos romerias y á dos penitencias, de lo que tuvo muchisimo contento, atribuyendo las preferencias en la elección de voto á predilecciones manifiestas del cielo. Y hecho esto con Dios, acordóse de los hombres. Y para que no pudiese ignorarse lo descubierto, escribiólo en medio de la tormenta, y envolviendo el escrito en hule y cera, encerrólo dentro de un barril, lo echó al mar deseoso de que flotara en las aguas el secreto y diera en manos de aquel á quien pluguiese al Eterno.

Era el 15 de Febrero cuando vieron tierra por delante, siquier ignorasen qué tierra fuese. Pero ver tierra en las circunstancias aquellas no equivalia de ningún modo á poder abordarla. Estaba la mar siempre altisima, y los marinos y el Almirante dando bordos con sumas angustias, como dice Las Casas. Tras muchos reconocimientos, entendieron hallarse delante de una isla que pertenece al grupo de las Azores. Colón parecia en estos momentos una sombra, según lo demacrado y macilentísimo. Como no habia comido, ni dormido, ni preservádose de las humedades, manteniendo su vida por la sobreexcitación de sus nervios y por la fiebre de su sangre, andaba medio tullido de las piernas por los estragos de la humedad y del frio. Del 15 al 18 de Febrero estu-

vieron barloventeando sin poder arribar. Y, con efecto, en este día último arribaron y supieron que la isla, frente á cuyas costas se hallaban, era la conocida con el nombre de Santa María. Esperaba Colón de aquel territorio y de aquellos pobladores un cordial acogimiento. Salvado por modo milagrosísimo al embate de las olas, parecía tener algo de sobrenatural. Con los descubrimientos de nuevas tierras en su pro, tan útiles á todos los isleños de tal mar, debía prometerse triunfos en lugar de repulsas. En efecto; las primeras demostraciones aparecieron alegres y regocijadas, holgándose todos mucho con lo invenido por aquel descubridor extraordinario. Pero bajo tales algazaras y aleluyas escondíase una traición taimadísima. A pesar de tener asentadas paces Castilla con Portugal, el Rey de este último Estado no podía resignarse á la idea de habérsele ido entre las manos empresa tal como la colombina empresa. Ya en la partida de Colón le imputaban los susurros de la fama un propósito resuelto de impedir sus exploraciones, y á la vuelta se vieron clarísimas las añoranzas ingeridas en su propio ánimo por la imprevisión y por el descuido añejos. Pero en todos los procedimientos del monarca lusitano respeto de tal negocio se nota una perplejidad, explicativa de sus malogros y de sus marros, pues las grandes empresas piden siempre una grande y firme voluntad individual, así como la estrella norte de un ideal claro y el objetivo de un plan seguro. Don Juan de Portugal no tenía para que dar tras de Colón al dolor de sus desengaños: muda conciencia la de tal monarca, si no le decía donde radicaba la efectiva responsabilidad que trajo aparejada de suyo ante la historia esa comisión de su error y de su falta irreparables. Colón había mandado tres hombres á tierra, y no volvían, retenidos por lo muy gustosos que les parecían á los isleños sus maravillosísimos relatos. En cambio, dos enviados del capitán de la isla fueron á la carabela y llevaron gallinas con otras provisiones y refrescos á la tripulación. Hízoles mucha honra el Almirante, y les anunció como, en cumplimíento de un voto, irían la mañana próxima una mitad de sus marineros, en

penitencias solemnes, á las primeras ermitas. En efecto, fueron; mas ¡cuál asombro no sentirían, al verse asaltados por los lusitanos, reunidos unos á pié y otros en cabalgaduras, que penetraban todos dentro del santuario no bien mediada la misa, con gestos muy amenazadores y palabras muy soeces, prendiéndolos como á enemigos cuando eran sus aliados y sus huespedes! Pues al asombro suyo unióse bien pronto el asombro de Colón. Esperando estaba la vuelta de los peregrinos para emprender él su correspondiente peregrinación, y, en vez de los esperados, se le apareció sobre una barca el capitán portugués y le dijo como los había preso á todos. Indignóse Colón al increible atentado, y después de proclamar sus títulos, los títulos de Almirante y Virrey, así como de mostrar las cartas que tenía de sus Reyes, en las cuales á sus aliados y amigos encarga le prestasen los auxilios cambiados en todo evento entre las cordiales alianzas; acabó por amenazar á quien así faltaba con toda la cólera de Castilla, muy capaz, en los requerimientos del honor, muy capaz de no dejar allí piedra sobre piedra. Amarrado el buque á la tierra mandada por el capitán á quien dirigiera Colón tamañas frases, debió de allí zafarse pronto en el natural temor á que cortasen las amarras. Pero no tenía buen lastre, como constreñido á reponerlo con llenar los barriles de agua marina, y ni siquiera marineros, por habérsele quedado los más duchos presos en tierra. La cerrazón del horizonte y las agitaciones del mar, así como la reducción de los marinos hábiles á tres, tantos casos adversos pusieron á Colón en tales aprietos, que volvía los ojos á las islas recien descubiertas y las consideraba como el Paraíso terrenal. Dábale de costado el mar, y comunicaba tales sacudidas al barco, que á todas sus calamidades externas sumábanse internas angustias, de los cuerpos verdaderamente homicidas.

Y aun debian dar gracias á Dios Padre, pues si, en vez de combatir las olas por un solo costado á la carabela, combatiéranla con dos corrientes contrarias por sendos y opuestísimos

empujes, de seguro naufragara y se perdiera. Iba en demanda el Almirante de una isleta, conocida bajo el nombre de San Miguel; y no pudo alcanzarla, teniendo que volverse á la Santa María; magüer los daños ya sufridos y los temibles. Allí volvió á ver algunos que capeaban desde cercanos escollos y le requerían á presentarse sobre cubierta. Y, tras este requerimiento, se acercó un esquife con cinco marineros, dos capellanes y un escribano, quienes le rogaron presentase los por él referidos poderes y cacareadas epístolas Reales. Resistiéralo Colón, muy sobre aviso ya respecto de lo que intentaban; pero desprovisto de medios para ir á malas, avínose á buenas, y mostrando las cartas, exigió la devolución de los prisioneros, como así lo alcanzara en seguida, con grande satisfacción de todos y buena lección y mejor escarmiento para él en lo sucesivo. Mandado detener, según le testificó el capitan, por la Monarquía portuguesa ¿cuando á la detención escapara? Sumas gracias debió dar á Dios por haber salido á bonanza tras esta nueva tormenta moral, no menos peligrosa que las tormentas materiales. Cobró su gente y puso la proa en ruta de Castilla el domingo 24 de Febrero. Con vario tiempo anduvo unos cuatro dias por aquellos mares, hasta los primeros de Marzo, en que violentísima turbonada le sorprendió de nuevo y lo tuvo á dos dedos de su perdición y acabamiento. Ofreció nuevas romerías con romeros nuevos á Santuarios de la Vírgen y á Dios le ofreció el holocausto de la conformidad interior con sus decretos y de la más probada y firme paciencia. Esas cordilleras de olas, atribuidas á imaginación de los poetas, que tanto al marino aterran, y de cuyo furor no puede ninguna hipérbole dar idea, se arremolinaron en derredor del barquichuelo, y lo subieron á las alturas, como al rendirse con tanto estrépito y una tan enorme pesadumbre, bajáronle tambien á los abismos. Vió tierra entre los paños fúnebres de las tinieblas negrísimas, iluminadas por el relámpago; y mandó dar al papahigo, como dicen los marinos, un poco de vela en vulgar lengua, por ser cosa de mucho peligro la proxi-

midad á tierra en tormentosa y obscura noche. Como por arte de magia increíble, al fin y al cabo la tempestad se descorrió, y aparecieron las blancas dunas á un lado, que cercan el abra de Lisboa; las amplias bocas del Tajo en frente, ceñidas de áureos arenales y recamadas con hirvientes olas; muy cerca de allí el pintoresco puerto de Cascaes, donde se mezclan casas y naves, anzuelos y azadones; sobre todo la hermosa montaña de Cintra, bordadísima de jardines multicolores, cubierto de gayas floras y aromado de balsámicas esencias; una parte de la querida península patria. Mucho gozo hubiera sentido Colón de tropezar con tierra donde viera el pabellon de Castilla y poca confianza debía inspirarle un Estado, cuyos agentes le habían recibido tan mal en los dominios ultramarinos suyos, y cuyo Rey se la tenía jurada por descargar sobre la voluntad ajena responsabilidades á él únicamente imputables por una conciencia recta y clara. Pero no podia evadirse de anclar en el Tajo. La mar no se aquietaba y los temporales seguían tan deshechos como no los recordaba iguales nacido ninguno, hasta el extremo de haberse los mares en aquellos dias tragado unas veinticinco naos flamencas con tripulaciones hábiles y numerosas. Muy cerca de la desembocadura temía Colón verse asaltado por gentes de aquellas orillas y pidió que le permitiesen anclar frente á Lisboa misma. Encontrábase allí en el rastelo surta poderosísima nave real, de muchas toneladas y grande artillería, comandada por patrón en cosas de mar tan ducho como Bartolomé Diaz, el cual fué con su batel á la carabela y requirió á Colón para que le siguiese, requerimiento á que opuso el Almirante la resistencia propia de su alta dignidad y poder, limitándose tan sólo á mostrar aquellos papeles por cuya virtud y autoridad podia entrar libremente al habla en los puertos de todos los Estados que tuvieran ó alianza ó paz con los Monarcas de Castilla. En cuanto notificó su calidad, menudearon los obsequios. El capitan de la nao lusitana, con acompanamiento de atabales y trompetas y añafiles, á que seguía grandí-

sima pompa, le visitó, haciéndole mucha fiesta y holgándose con su regocijo; las gentes de Lisboa corrieron á verle y aclamarle, por haber tan grande misterio roto con su audacia y revelado al mundo tierra tan extraña, trayendo consigo ejemplares de tribus tan primitivas; D. Martín de Noroña, hidalgo portugués, llevóle una carta de D. Juan II, en cuyas letras invitábale á pasarse por la corte, donde hallaria singular acogimiento; los naturales de Sacamben, donde pernoctó en su viaje á la vista del Rey, festejáronle con toda clase de festejos: el Prior de Crato, la principal persona entre todos cuantos residían allí, lo tuvo por huésped, obedeciéndo Reales órdenes; asentólo á su mesa el Rey con reverencia y oyó todas sus invenciones con interés; hasta la Reína, que vivia de temporada en el convento de San Antonio, no quiso dejarlo partirse de ningún modo sin escuchar de sus labios aquel poema real de navegación, superior en milagros á cuanto los mayores poetas idearan y escribieran en los arrebatos de sus respectivos estros, á quien habia salido de Portugal tratado como un demente, á Portugal volvia reverenciadísimo como un dios. Esta contraposición heria más que ningún otro pecho el pecho de D. Juan II. A cada noticia dada por el descubridor, un remordimiento le taladraria las sienes con su venenosa punzada, y á cada relación hecha el vértico engendrado por las grandezas frustradas le trastornaria el cerebro. Al pensar que todos aquellos mares, cargados de perlas, y todos aquellos territorios, henchidos de oro, y todas aquellas islas, aromadas por especierias increibles y parecidas en su hermosura sin mancha de ningún género al reencuentro del Paraiso sin pecado, pudieron pertenecerle, y todo lo perdió por no haber oido con atencion al mismo á quien escuchaba con envidia; mil ideas, á cual más rara y de más imposible realización, cruzaron por su obscurecida mente, y mil propósitos, a cual más desatinado y violento, lucharon en su incierta y perturbada voluntad. Sufria su corazón agudísimo dolor á causa de no poder descargar el peso de su conciencia sobre ninguna otra responsabilidad

más que la propia. En el curso de la conversación diplomática con el Almirante ya deslizó una especie tan peligrosa como su creencia de que aquellas islas nuevas entraban en el radio de los dominios pertenecientes al sumo imperante del Bojador y de Guinea, según antiguos convenios con Castilla y supremas decisiones del Pontífice. Pero Colón le deshizo tales argumentos sin esfuerzo ninguno, merced á la competencia y maestría propias de quien juntaba con las adivinaciones del genio los estudios del sabio. Se añade por algunos que, á hurtadillas, esquivándose del descubridor todo cuanto podía, llevó á Palacio desde la carabela un indio natural de la primer isla descubierta y le hizo contar con granos de aluvias secas el número y la posición de todos cuantos territorios componían el hermosísimo archipiélago. Y cuando vió el grupo de las Bahamas, compuesto por los islotes Lucayos; y luego la inmensa Cuba, de fabulosa feracidad; y más lejos la Española, tan grande como Portugal; y San Salvador con su corona de arrecifes; y la Fernandina con sus industriosos indios; y la Concepción y la Isabela, tan poéticas, todas con sus raíces de corales en el mar y en el cielo su corona de palmas, llegó á desesperarse por tal modo y en tales términos, que volvió contra el descubridor toda la cólera natural en los remordimientos descargados por la conciencia sobre su propia persona. ¡Cuál dolor no sentiría cuando los cortesanos, diligentes de suyo en cumplir todo aquello que creen deseado por los Reyes, trataron de asesinar á Colón; y cogiendo sus carabelas y sus indios, volverse al mar, antes impenetrable, ya penetrado y descubierto, para izar allí el pabellón de Portugal. Mas un poco de conciencia en el Monarca y otro poco de miedo á Castilla entraron en la definitiva resolución, en la justísima y cuerda de dejar ir á Colón donde le pluguiese, despidiéndole muy satisfecho y muy honrado, no sin felicitar á los Reyes castellanos por su reciente, por su increíble, por su maravilloso imperio, de tanta novedad y grandeza.

La delicadeza en su complexión y la ternura en sus afectos

muéstralas Colón, como en cien otras ocasiones, volviendo antes al sitio de donde se había partido, y en el cual muchos recuerdos tristes de su obscuridad y de su pobreza debía encontrar, que á la corte de donde sacara los primordiales elementos para su obra y en donde aguardaba cuantiosísimos premios al éxito milagroso de su empresa. Cosa bien cierta que las penas por cualquier logro sufridas aumentan el valor material y moral de éste muchísimo. El piloto modesto recién llegado de lejos, el genovés nómada, el huésped obscuro de un lugar costero modestísimo, el pariente vulgar de una familia desconocida casi, el padre infeliz, para quien su hijo mayor era como pesadísimo gravamen, por no poder mantenerlo á su gusto, siquier lo amase con todo su corazón; el mago reído por todos, y comprensible sólo á la ciencia de Garci-Fernández, el médico, y á la intuición de Fr. Juan Pérez, el penitente, debía encontrar en la remenbranza de tamaños vejámenes, con los que sañudamento le persiguiera la suerte adversísima, motivos de mayor satisfacción por la gloria conseguida y de mayor aprecio á los altísimos puestos de Almirante y Visorrey ganados por el heróico esfuerzo doble de su voluntad y de su idea. ¡Cuéntas vigilias en su celda! ¡Qué número de burlas amarguísimas llevadas al seno del claustro! ¡Qué impaciencia, viendo cómo se le concluía la vida y con la vida la esperanza! ¿Y los días aquellos en que Juan Pérez fué á Granada? ¿Y la deficiencia de medios, aún después de granjeadas unas capitulaciones tan favorables á su persona como el solemne acuerdo de Santa Fé? ¿Y la fuga de todos los tripulantes? ¿Y la despedida de su hijo? ¿Y la mirada última puesta en el monasterio altísimo, cuando se abría el mar tenebroso para tragarse las carabelas del descubridor atrevido? La liturgia de nuestra Semana mayor católica tiene representaciones varias de tal estado de ánimo en su Sábado Santo. Ábrese temprano la iglesia y continúan las tristezas del Viernes, como si los aires aquellos estuvieran cargados con las lamentaciones de Jeremías aún y envueltos en las luctuosas tinieblas. El tenebrario está

sin las velas á un lado, el ara sin los linos á otro, el velo morado cae desde las tristes bóvedas sobre los solitarios altares desnudos. Suena la siniestra carraca en la torre silenciosa y parecen los rezos cual sollozos de muertos. Pero, en cuanto llega el gloria, los velos se rasgan, las lámparas se iluminan, las trompetas angélicas del órgano resuenan, el altar desnudo recobra sus blancas vestiduras y el santuario desierto se llena con la presencia de su Dios, resucitado entre guirnaldas de luces regocijantes é himnos de verdadero triunfo. Comparad aquella peregrinación de penitentes á la salida con estas procesiones de triunfadores al regreso; aquella misa, como si fuera de *Requien,* á los oídos de Colón rezada por el Padre Juan, solo entonces, con el Te *Deum* en que tomaban parte las muchedumbres ahora; el adiós horrible á la partida cuando se oían sollozos y se tocaban desesperaciones tan sólo, con el acogimiento regocijadísimo al triunfo; los denuestos al descubrir en el piloto demencia de un intento imposible con las bendiciones cuando traía un logro cierto; el universal omnímodo plañido en tantas fechas tristísimas con este regocijo; y decidme si creéis acertado que llamemos al primer día su elegiaco Viernes Sunto y al segundo dia su Resurrección y su Pascua. El mundo es horrible por la mezcla de lo bueno con lo malo en su seno. Junto á la epopeya viva y regocijada una tragedia viva también y siniestra. La serie de tristezas y las evaporaciones de lágrimas que se han personificado en Job, en Prometeo, en Edipo, renacen aqui á esta hora solemne. El hombre que más contribuyó al deseado logro de la idea colombina, llega triste al puerto, entra solo, desembarca como un criminal perseguido, corre á su casa, donde se oculta como en una prisión, y muere. ¡Oh! Era Martin Alonso Pinzón, víctima de no haber apreciado toda la grandeza propia de su participación en la obra y de haber querido acapararla tristemente para si. ¡Qué bello ángel fuera Luzbel, de no haber querido ser Dios! ¡Qué grande hombre Martin Alonso, de no haber querido ser Cristobal Colón! Habia concluido de sus dineros

los apercibimientos y preparaciones á la obra; juntado por su autoridad las tres carabelas y las respectivas marinerías; puesto empeño, seguido de feliz logro, en la organización del viaje, frustrada en manos de los continos del Rey; sometido los moralmente rebelados; conseguido con sus consejos orden, allí donde toda su misión se perdía en los minutos más críticos de ia colosal empresa; disipado tempestades morales más terribles que las tempestadas oceánicas; mostrado en el arte difícil de la realización del plan calidades excepcionales, dignas de ser colocadas por la diversidad misma de sus méritos junto á las mágicas y sobrehumanas de su competidor, misterioso adivino; pero el cálculo certerísimo, la voluntad firme, la paciencia santa, el valor heroico, las dotes de administración y de mando se mezclaron á celos tan rabiosos, á envidias tan punzantes, y á competencias tan batalladoras, que le trajeron esta violentísima muerte y le macularon la gloriosa vida. No se debío apartar nunca de Colón. Aquel apartamiento en busca de las riquezas, que decían los indios del Salvador entrañadas en los senos de Haiti, fué un acto de indisciplina, en todas partes imperdonable, y más allí en el mar, donde todo corre peligro de ruina cuando no se sujetan y someten todos á la más pasiva obediencia. Vuelto, no cabe duda que mostró destreza mareante y ciencia náutica superiores con el arribo á tierra española como Galicia, mienfras Colón arribara con daño y peligro á tierra colocada bajo un pabellón extranjero y casi enemigo. Mas no debió tampoco á la vuelta codiciar el envidiablo lauro debido al primer iniciador, pues en el segundo puesto aun le quedaba una gloria y un provecho sin ejemplo. El castigo correspondió con la culpa. Cuando llegó él á Bayona de Galicia, cerca de la desembocadura del Miño, estaba Colón ya en la desembocadura del Tajo; cuando llegó él á la desembocadura de Saltes, había Colón arribado con grande antelación y recibido el justo acogimiento. No le quedaba más recurso que morirse. Hasta en el acabar trágico y obscuro de dolor y despecho se descubre aquella

condición altísima de un marino que antepone á cualquier cosa la muerte.

No estaría Colón excesivamente retribuído en su gloria indudable con todo cuanto le granjeó Castilla; pero la falta y el error de Pinzón quedaban excesivamente castigados. Algo, sin embargo, excusa el error del piloto la falta imperdonable del profeta, su codicia. No consentía dar á ningún tripulante la debida participación en los aprovechamientos de una obra, la cual por tan grande manera obedecia de suyo á los instintos del comercio y los deseos de lucro. Desde que llegan á la primer Lucaya, en el primer viaje, hasta que dejan los últimos escollos de la Española y las Tortugas, no pensó Colón en otro cosa que en allegar oro; ni habló de otra cosa más que del oro. ¡Cuán pocas interrogaciones respecto de religíón, de leyes, de costumbres á los indios! ¡Cuántas respecto de minas! Él mismo confiesa que Pinzón, cuando se apartara de su compañia, rescató una grande cantidad de oro á los indios y lo repartió en partes proporcionales á los tripulantes, guardándose un factor de aquella division para si mismo. Colón, apartando lo debido al erario, se alzaba con todo el que recogia. No hubo medra en el camino que no le tentara, ni provecho en promesa cumplida que no requiriera con instancias impertinentísimas, en cuanto creia llegada la ocasión propicia de cosecharlo. Hallóse á punto de perder la partida en Santa Fe por la codicia mostrada en el ajuste de su obra. Y la desgracia suya en la corte de Lisboa, tan ducha en descubrimientos, atribúyese por algunos á lo tenaz y empeñado y prolijo de sus regateos respecto del provecho suyo y del provecho versible á la corona. Ni aun perdonó el corto premio y el sueldo escaso concedidos al primero que viese tierra. Ningún género de duda cabe: el primero en divisar la célebre Lucaya descubierta la noche del 11 al 12 de Octubre, fué Rodrigo de Triana, y porque viera el Almirante incierta lucecilla en lontananza, ni bien segura, ni bien certificada, se alzó con la pensión, cosa muy mal vista por el buen Rodrigo,

quien, muy molestado por aquella herida en su nombre y en su peculio, dejó el servicio de sus Reyes y se pasó al moro. Mucho soñaba, como puede verse por el volúmen curiosísimo de sus profecías, con rescatar Jerusalen del gran Turco, pero en cuanto encontrase mares de perlas, ciudades de oro, vías empedradas de zafiros, montañas de esmeraldas, rios de brillantes, riquezas como nunca las contara en su vida ni Greso ni Salomon, los tesoros de todas las Indias, bien superiores á cuanto puede calcular un matemático y hasta fingir un poeta. Comprendian esto mismo que nosotros decimos aqui los Reyes en Colón, cuando al dirigirle documentos por tal manera solemne, como la epistola felicitándolo por su invención, hablan primero un poco del servicio hecho á Dios y al Rey; otro poco luego del servicio hecho á la religión y á la patria; y concluye dedicando largo espacio á los provechos del descubridor, á sus múltiples titulos, á sus numerosas ventajas, á su enorme participación en el rendimiento de todos los tributos, á su personal provecho. Parecia que la primer carta escrita despues del faustísimo suceso debia ser un himno y no una cuenta. Pues fuè una cuenta y no un himno. Y fué una cuenta cosa que no pasara en triunfo alguno de los conseguidos entre Isabel y Fernando, porque ámbos á dos conocian toda la codicia del descubridor, y todo su empeño en retener hasta la piltrafa última de sus convenidos provechos. Asi Pinzón, más generoso de natural, diga cuanto quiera Colón; más desprendido por sugestiones, asi de las costumbres nacionales, como de la educación doméstica; más largo en dar, cuál está demostrado por la circunstancia de no haber querido ni un recibo de sus aportaciones cuantiosísimas á la comun empresa; debió concluir por enojarse á la codicia del piloto y resentirse de que intentara siempre quedarse con todo él y apropiárselo asi á su personal medra como á su perdurable gloria. Pero aquel que á Colón le arroje semejante vicio al rostro con insistencia, desconoce los capitales caractéres propios de naturaleza y complexión como las suyas y cierra los ojos frente á la excepcional finalidad para

que fuera nacido y creado. No se descubriera el Nuevo Mundo, si á los impulsos divinos provinientes del calor que lleva en si misma una idealidad cuasi religiosa no se juntaran los aguïjoneos pequeños, pero continuos, de las causas segundas y de los motivos inferiores, á cuyos pinchazos la voluntad espoleada no puede arrojarse por tierra y se mantiene despierta y viva en grande movimiento. La Providencia y La Naturaleza tenian que dirigirse de consuno asi á lo mas noble y más alto de Colón como á lo más inferior y más animal, para que cumpliese y realizase una idea tan parecida de suyo á imaginada fábula, movido por todos los resortes impulsores de la humana voluntad. Si careciera de uno solo marrara la totalidad de su obra. Estos compuestos humanos, tan excelsos, pero tan contradictorios, asi como tienen por las alturas del ser suyo mucho mas de ángel que los otros mortales, tienen por lo bajo también mucho más de bestia. Eran éstos caractéres congénitos á los hombres de aquel tiempo en que moria la caballerosidad feudal anfigua y brotaba el interés mercantil moderno; á los hijos de una ciudad, como Génova, artística y comercial juntamente; al oficio de marino, que necesita por una doble coordinación tomar el Océano como un templo y como un mercado, cual tomar la vida como un combate y como un negocio, cual tomar el cielo como la condensación etérea de todas las revelaciones divinas y como la tabla logarítmica de todos los humanos cálculos; por fin á los artistas y á los sábios del Renacimiento, en quienes la imaginación, el estro, las facultades instintivas, las inspiraciones soberanas, la estética en acción, la filosofía reveladora, el pensamiento profundo, el arte sobre natural y hasta el culto de lo verdadero y lo bello, crecian en proporciones gigantescas á expensas, me atreveré á decirlo ante un revelador tan sublime, que muchos han querido proponer para una canonización...... á expensas de la moral y la conciencia.

Desde Palos, donde tantos recuerdos habia dejado, se partió Colón á Sevilla, y desde Sevilla, por tierra, se partió á Barce-

lona, donde le aguardaban los Reyes. Debiendo recorrer la porción más hermosa y màs rica de nuestra península, creo inútil decir cómo lo recibirían andaluces, murcianos, levantinos, catalanes en aquella excursión triunfal. Difícilmente podrá formarse idea del regocijo popular quien haya tenido la desgracia de no haber jamás presenciado una fiesta levantina. Entrado Abril ya cuando el Almirante caminaba por aquel encantador edén, paréceme inútil decir como llovería el azahar sobre su cabeza en las florestas sin término y resonarían en sus oídos las palmas de los palmerales sin número. En cada recodo del camino descubriría su celeste mediterráneo tras las cortinas de almendros y granados alzadas sobre los nopales y los áloes. A su solemne ingreso en un pueblo, el estruendo y fragor de la pólvora, el repique de las campanas, el acorde sonido de las músicas, el clamoreo de las muchedumbres, el timbal y la charamita de los dulzaineros, los homenajes de aquellos municipios rodeados por sus pintorescos alguaciles, el cántico y salmodia de los clérigos en procesión solemne y con aleluyas de alegria en los labios, el aroma levantado de las calles todas enramadas con altos montones de romero y alhucema, los marcos de flores en las puertas y los ramos de tarajes y cañaverales en las fachadas, el damasco rojo y el blanco lino pendientes de las ventanas y balcones en vistosísimas colgaduras, la multitud increible de multicolores gallardetes y banderolas ondeando al embriagador aire, los toldos cerniendo la luz como en acrecentamiento de los matices tan delicados y de las penumbras tan dulces, prestaban á los cuadros aquellos, continuos y sucesivos, una tal animación y vida, que inútilmente querrían de consuno las artes plásticas todas, no ya superarlos, reproducirlos en su verdadera realidad. Por fin el descubridor se acercó á Barcelona, donde le aguardaban los reyes. Sería de ver la ciudad en fiesta.

Después de haberlo saludado la multitud, grupos de caballeros muy vistosos con grupos de damas ataviadas como á su sexo cumplía, puestos en rededor del trono, apercibíanse

á ver el descubridor en toda la grandeza de su intacta gloria. Ya una diputación de la nobleza lo había recibido cerca de la ciudad y entrado en su compañía por las puertas donde le aguardaban todas las autoridades populares precedidas de sus correspondientes maceros. ¡Magnífica procesión! ¡Encuentro sublime del viejo con el nuevo mundo! Precedían los tripulantes de las carabélas, atezados por el sol y curtidos por el agua de los mares, dispertando con el bamboleo de su andar marino y el rigor de su rostros morenos la popular atención y el universal entusiasmo; seguían en pos, llevados á hombros, aquellos vegetales tan dispares de los conocidos entonces entre nosotros, como el maiz con sus ricas panojas, y la yuca, jamás nombrada en las lenguas del tiempo, y las palmas del cocotero, y las hojas amplísimas del plátano, y los tubérculos farináceos y dulces que hoy denominamos batatas: á la flora seguía la fauna curiosísima viva la que podía conservarse tal, y disecada una gran parte, asombrando á todos los manatíes, semejantes á oceánicas vacas, y las iguanas, parecidas á cocodrilos amansados, y las sirenas de cuerpo carnoso, no tan bellas como ha querido la fábula, ofreciendo como una irrupción de nuevas especies; tras las alimañas aquellas, los pájaros especialmente los papagayos, de muchas diversas clases, luciendo sus sedosos y brillantes plumajes; tras los papagayos, conducidos en perchas muy altas, los indios á pie, desnudos y pintarrachados, con sns coronas de plumas á la cabeza y sus taparrabos al vientre, muy pasmados del pasmo que producían y muy atentos al descubridor, que los movía con sus miradas y con sus sonrisas á seguir entre las frases y los gestos de admiración y extrañeza que levantaban por doquier; tras los indios los pedazos de oro, las joyas primitivas, los cintos de aljófares dados por los caciques, todo expuesto con arte; y por último, una especie de estado mayor general marino, y tras él Colón, adornado con todas las insignias de sus dignidades, caballero en gallarda cabalgadura, muy erguido á pesar de sus años, muy atento á las demostraciones recibidas, en los labios

la sonrisa de su gratitud, en la frente los surcos de su idea y en la mirada el resplandor de su alma. Inútil nos parece añadir, conociendo todos á Barcelona como asiento de gentileza, y á los barceloneses como prototipos acabados de aquella civilización y cultura, cuánto se esforzaron en mostrar que alcanzaban y comprendían toda la trascendencia del increíble suceso. Desde los arroyos de la calle á los terrados de las casas, apiñábase compacta muchedumbre, delirante de verdadero entusiasmo, expresado en aclamaciones sin cuento y sin medida, que llenaban y henchían á una con sus ecos todos los giros del aire, y difundían por todas partes las corrientes eléctricas de los afectos comunes en que concluye por condensarse, como en una quinta esencia, el alma de todo un pueblo. En este poema de la invención del Nuevo Mundo, poema épico, siquier se refiera en prosa por la Historia, una elección cual esta de Barcelona para el recibimiento á Colón parecía como adrede, y no casual, pues ninguna de nuestras poblaciones tenía derecho á inaugurar la edad nueva del trabajo y del cambio como esta ciudad excepcional de trabajadores é industriales, cuyas glorias náuticas y mercantiles compiten indudablemente con las mejores que hayan podido alcanzar las ciudades itálicas y helenas en el claro curso de su legendaria vida. Bajo un dosel de rico brocado, sobre un trono cubierto de alfombra pérsica, estaban los dos Monarcas, entre la corte más gallarda y más lujosa del mundo. González Oviedo, historiador que tanto se para en minucias, una especie de San Simón anticipado, como puede verse por sus curiosísimas *Quincuagenas*, refiere que, así como asistió en Santa Fé á la triste salida de Boabdil, asistió en Barcelona un año después á la triunfal entrada de Colón. Y había motivo para envanecerse y recordarlo, porque pocos hechos de tal trascendencia en sus anales guarda la humana historia. El descubridor se desmontó de su cabalgadura, y anticipándose á toda la procesión que le acompañaba gorra en mano, bajo el estandarte clavado en los arrecifes del Salvador á nombre de Castilla, entró donde

se hallaban los dos Reyes con una emoción tan viva y honda que difícilmente podría sobrellevarla en toda su intensidad y con todo su peso la débil naturaleza humana. Junto al solio se hallaba el príncipe D. Juan, en cuyo loor había dado Colón á la isla de Cuba el nombre de Juana, y entre la corte debían de seguro hallarse los protectores de Colón, sobre quienes descollaba por su grandeza el cardenal de España. D. Pedro de Mendoza. Un rumor de asombro y admiración acogió al descubridor, que no veía su camino en el salón, cuando tan claros había visto sus caminos en el Océano. Movidos por un impulso incontrastable, los Reyes olvidaron la regia etiqueta y se pusioron de pie, contra todo lo usado en las cortes castellanas y aragonesas. Al ver Colón tamaña muestra de afecto, quiso de rodillas hincarse; pero lo impidió Fernando, que bajó de trono y lo estrechó en sus brazos.

Año y medio hacia que despidieran los Reyes á Boabdil, cuando recibieron à Colón. ¡Qué diferencia entre uno y otro suceso histórico, entre una y otra persona épica! En la Vega de Granada concluía el mundo antiguo de la fatalidad y en el estrado de Barcelona comenzaba el nuevo mundo de la libertad; allí se hundia el despotismo, en tanto que aquí alboreaba el derecho; veníase á tierra bajo la cruz de Mendoza erigida en las bermejas torres á impulsos de su propio peso la sociedad que se fundó en la guerra y alzábase bajo el estandarte clavado por Colón sobre los arrecifes del Salvador otra sociedad que, no obstante comenzar como todas por la conquista y por las armas, debía bien pronto convertirse por su propia virtud en una sociedad nutrida por el cambio y por el trabajo; Boabdil significaba, con su cimera coronada en la frente y su corvo alfanje al costado, la irrupción; Colón, ido sin más armada que unas modestisimas carabelas y unos cuantos marineros, significaba la ciencia y el pensamiento; descendia él uno desde las cimas del despotismo á la rota y á la servidumbre por una serie de largas degeneraciones atávicas, mientras el otro ascendia desde la

pobreza y la obscuridad al poder y á la gloria y á la grandeza por el esfuerzo la soberanía del genio; veíase la casta y su decaimiento en Boabdil, mientras en Colón veíase la democracia y sus progresos; nieto de cien reyes el uno dejaba como despojo á sus espaldas la tierra de sus padres, y nieto de cien cardadores el otro, extendía una nueva creación para las nuevas reveladoras ideas; el Asia de los tiranos se iba con el uno y venía con el otro la joven América de los pueblos. ¡Cómo las verdades sociales para ser bien alcanzadas y comprendidas piden perspectivas que únicamente pueden ofrecerles el tiempo y el espacio infinitos! Aquel Boabdil, que se iba con los soldados del Koran vencidos por la guerra, camino de los arenales líbicos, cerraba la edad antigua; y este Colón que volvía del Océano inmenso, con los hijos inocentes de la Naturaleza, revelados por los esfuerzos del genio, abría la edad moderna; pero los mismos que obraran aquellas maravillas, no las conocían en toda su extensión y en toda su trascendencia, y cual ignoraban haber descubierto un continente nuevo material en el Océano, creyendo lo hallado continuación del viejo continente histórico, ignoraban haber descubierto un universo nuevo social creyendo lo hallado un rejuvenecimiento de la vieja Monarquía, y no el espacio reservado por Dios á la libertad, á la democracia, á la República. El espiritu nuevo que se irradiaba de la prensa recién, descubierta; del Renacimiento ya perfeccionado por aquellas legiones artísticas con sus buriles y sus pinceles en las manos; de la renovación religiosa comenzada en los Concilios y pedida por todos los reveladores, traía con la invención del inmortal descubridor como una nueva naturaleza material; la naturaleza vírgen americana, para completar el nuevo espíritu colectivo, á que llamaremos el espíritu moderno. Pero ni los reyes ni el mismo descubridor veían esto, á sus ojos oculto en el tiempo, cual á sus ojos estaba tambièn todavía oculto el nuevo continente que habían descubierto en el espacio.

Suspendiendo todos los usos de la tradicional etiqueta corte-

sana, los Reyes Católicos hicieron sentar á Colón en su presencia, y le otorgaron permiso para que hablase á su guisa todo cuanto quisiese acerca de sus viajes y de sus hallazgos. El descubridor habló con mucho desembarazo y larga extensión, repitiendo casi de coro lo capital de cuanto escribiera en su Diario de la Navegación y en sus informes á los Reyes. Un reconocimiento del auxilio que le prestará Dios y otro reconocimiento del auxilio que le prestarán los representantes de Dios en lo tierra, Isabel y Fernando, sirvieron como de bello exordio á su bien ordenado discurso. Puestos en sistematizada serie los hechos, y elevados á ideas con prestancia de forma y lógica de ordenación, siguieron tras los debidos homenages las circunstancias más sobresalientes de aquella su divina odisea, como las emociones despertadas en el alma por los súbitos encuentros con aquellas vírgenes y hermosas islas. Colón encarecía el oro que rescatara, y volvía con esperanza y seguridad al oro que se prometía recoger aún; pero, como ignoraba la posición geográfica y la grandeza inconmensurable del archipiélago encontrado, ignoraba los factores aportados también por sus hallazgos al cambio y al comercio. Quien le hubiera podido poner ante la vista lo que iban á prosperar el bien de la humanidad ingredientes como el febríbugo que se llama quina, oculto en la tierra firme, con la que no había tropezado aún, pero próxima en aquel momento á descubrirse, diérale de su obra ventajosas ideas inconcebibles entonces para su genio, deslumbrado por los resplandores del oro. No podía saber el pan que al pobre pueblo llevaba con las panojas de maiz y no podía saber el alimento que le llevaba con tubérculo tan despreciable á primera vista como la patata y tan útil hoy á la vida. ¿Quién le hubiera hecho comprender lo que sería el tabaco? Encontrólo por vez primera en Cuba. Ciertos pobres indios lo llevaban encendido de un lado para otro en hojas secas que chupaban, regalándose con el humo. ¿Cómo presentir y como preveer lo que serían aquella hoja y aquel humo para los recreos y para los presupuestos del

mundo civilizado en uno y otro emisferio? Pero, dejando esto aparte, no podia Colón adivinar los nuevos jugos que traía para las venas con las múltiples savias en gomas y resinas sacadas á tantos árboles; el número de aromas y especias, con que iba el olfato á regalarse y á robustecerse iban las materias nutritivas para el humano alimento; las medicinas innumerables que apercibían alivio á tanta enfermedad como nos aqueja; los sacudimientos que amenazaban la raiz del castillo feudal, quebrantado ya, con esta movible y aventurera vida nueva en que la navegación y el comercio cambiarían desde los átomos en el suelo hasta los pensamientos en el espiritu; la improvisación de ciudades brotadas como árboles con una grandísima espontaneidad, y la composición de asociaciones humanas sin historia, en que todo sería nuevo, desde los mares nunca surcados por nuestros barcos hasta los cielos nunca vistos por nuestros ojos; el espíritu, en fin, rejuvenecedor que todo lo rehacia y todo lo innovaba en aquella renovación universal. Con los ojos puestos sobre lo pasado Colón creia que tantos territorios habian venido al dominio de nuestra España para que sirviesen á las Cruzadas de los siglos medios y á los cruzados feudales cuando estaban prevenidos en el plan de la Providencia divina y en los desarrollos del progreso humano á renovar la sociedad como habian renovado la vida. Pero las circunstancias y los oyentes no tenian para que darse á tantas adivinaciones. Colón aun creia que Cnba formaba parte del continente asiàtico y que la segunda expedición, á las orillas de Cuba y la Española enviada, llevando como habia de llevar más buques y más dotaciones que la primera, encontraría el fabuloso reino de Cathay, la ciudad áurea de Cipango, los dominios del grande Kan todos empedrados de rica pedreria. Pero creyera lo que creyera él, no podia dudarse ni un momento de que la Iglesia, merced á su invención, recibía nuevos fieles y el Estado nuevo súbditos, extendiéndose la nación española bajo cielos nuevos por nuevos mares enteramente vírgenes, como si Dios hubiera querido premiar su fe y su constancia con una

creación inmaculada y reciente. Así no debe maravillarnos que, acabada la relación del descubridor, sonase un coro celestial acompañado por una cadencia mistica, levantando á las alturas glorioso *Te Deum*, expresivo de la efusión que á todos embargaba por aquel singular momento en que parecian unirse sobre un reencuentro del paraiso perdido la Humanidad y Dios.

CAPITULO XXV

EL DESCUBRIMIENTO EN EUROPA

La noticia del descubrimiento no llegó á extenderse y divulgarse por Europa con la celeridad y el crédito merecidos por su trascendencia grande al universo todo. Reinaba entre las mayores supersticiones de aquellos tiempos el culto al secreto y al misterio, como si pudiera guardarse tras la reserva de los lábios y de las plumas el Océano infinito y la nueva creacción. Tal empeño en guardar para si lo hallado para todos ha cedido en desdoro del descubridor y nos explica la injusticia cometida por un indeliberado instinto social de apodar el Nuevo Mundo, principalmente debido á Colón y sus aspiraciones, con el secundario nombre de un piloto, ilustre, si, pero subalterno y secundario respecto del cíclico profeta en quien se mezclaron la ciencia y la poesia, los números y cálculos del matemático y cosmógrafo sabio con las iluminaciones del profeta y del revelador sobrehumano. Las leyendas medioevales, tan poéticas, abundan en cuentos y narraciones de inventores perseguidos y acosados á causa de sus invenciones. El secreto de su mágica letra plúmbea y de su misteriosa prensa novisima, que constituyeron la imprenta, fuéle arrancado á Guttemberg por un émulo; y el haber sabido cuál aceite se invertia en las

recién inventadas pinturas al óleo, le costó al primer pintor italiano, industriado en el empleo y uso de tal ingrediente, la vida, por un compañero suyo arrancada, quién le clavó asesino puñal en las entrañas asi que aquistó la noticia del brillante liquido para el propio taller y los propios cuadros. La importancia misma del descubrimiento disminuyó su fama por el temor á las expediciones ajenas y al provecho de los demás. Cuando alcanzara varios dias de reposo en Barcelona tras el primer descubrimiento y el primer viaje, Colón compaginó un libro, confiado en la hora de su nueva partida, con suma recomendación á los Reyes, quienes lo retuvieron para trasladarlo á dos copias, recatándolo de tal modo, no obstante haber convenido y quedado en devolvérselo, que sólo tenemos de tan precioso escrito las menciones y los recuerdos guardados en los historiadores de aquella época. Parece cosa increible, pero es cosa verdadera, que los primeros impresos publicados por las imprentas de Roma en aquella sazón certificando del descubrimiento, eluden el nombre de la reina Isabel nada ménos, aunque se restablezca en otros, si coetáneos, posteriores á aquellos. No hay sinó ver las copiosísimas y bien compuestas Bibliotecas americanas, que nos han coleccionado tantos americanistas eruditos, á cuya cabeza debemos colocar por sus condiciones de colector el célebre Harrisse, para persuadirse al concepto nuestro de que la increible nueva no tomó el vuelo correspondiente á su importancia, como si una mano misteriosa hubiese tapado el resonante clarin de la diosa Fama. Esparcidos en las factorias y puertos españoles por aquel tiempo los mercaderes y nautas italianos, al extremo de componer colonias importantes y numerosas, muy sabedores de lo acaecido en Portugal, donde sonsacaran á los primeros indios y oyeran á Colón recién llegado; notificados los Reyes Católicos del descubrimiento en carta escrita para ellos por el descubridor de su puño y enviada bajo sobre ó cubierta seguros á Santángelo; traducida una duplicada de tal epistola por Gabriél Sanchez, poseedor de ella, con apresuramiento, al idio-

ma latino; asesorado Alejandro VI de la milagrosa invención por el requerimiento solemne interpuesto desde Castilla y Aragón al objeto de moverlo á que lo sancionase con su indisputable autoridad, adjudicándolo al verdadero Estado inventor, impresa en Basilea una noticia como las romanas, pero con aditamentos é ilustraciones de toscas estampas; impresa otra noticia en la religión donde no hacía medio siglo aún se descubriera la imprenta, en Alsacia; unido por Plank al drama épico de Verardo sobre la rendición de Granada el documento de Gabriel Sánchez, que contenía la noticia del primer viaje colombino en otro curiosísimo incunable muy célebre y acreditado; puesto empeño por Cesio en que la feliz ventura se supiese y cantada por Dati en erudito poema; es lo cierto que á principios del siglo décimosexto se había obscurecido en tales términos la memoria del servicio prestado por Colón á la humanidad, y se habían callado los viajes casi mitológicos suyos con tal sigilo, que atribuían papeles muy leídos y acreditados á Vespucio el hallazgo, y le ponían su nombre de Américo, restante ya en las lenguas humanas por toda una eternidad.

Y eso que la necesidad imprescindible de ir á Roma requiriendo la legitimación del hallazgo, y los litigios empeñados entre Portugal y Castilla sobre su aprovechamiento, daban grande notoriedad al magno hecho y contribuían á mantener el universal interés en todos los ánimos y en todos los espíritus. Mucho debía ver y presenciar la Ciudad Eterna en la mezcla del crepúsculo vespertino de la centuria décimaquinta con el crepúsculo matutino de la centuria décimasexta. Los prelados helenos, huídos á la cautividad horrible de Constantinopla, y llegados con el resplandor de la filosofía idealista en la frente, y en los brazos con las guirnaldas del nuevo arte; la resurrección entre los escombros de las estatuas antiguas, que sacudían el polvo de las ruinas y de las edades para ofrecerse radiosas, cual modelos perfectos de plástica hermosura, entre flores y aleluyas y mariposas, al organismo nuestro, limpio del terror milenaroi

y de la penitencia monástica; el renacimiento de las lenguas clásicas, habladas por los cardenales bajo las rotondas cristianas, como si el Partenón y el Foro se hubiesen levantado en aquella Pascua del espíritu con todos sus oradores; la recomposición de los bajos relieves cincelados por el buril ateniense, como aras de las divinidades paganas renacidas al soplo de una nueva idea; la dilatación del tiempo en la Historia completada por el nuevo lustre dado á los manuscritos, antes ilegibles, y la dilatación del espacio por los lentes de Copérnico, á cuyas revelaciones el planeta, inerte antes, como que se esperezaba y se movía; los coros de artistas inmortales embelleciendo la materia y llenando de líneas luminosas y de colores gayos y de armonías melodiosísimas el alma, no pueden compararse con la savia nueva, con el rejuvenecimiento universal, con los mares agrandados, con los hombres surgidos en prístina inocencia del seno de la Naturaleza, con los innúmeros mundos puestos en las anotaciones del invento de las esferas, con los edenes recién hallados cual si hubiera desaparecido la vieja culpa humana, con los cielos nunca vistos por las generaciones precedentes y cargados de estrellas nunca soñadas ni por la fantasía, como si el éter sin sombras del primer dia de la creación sin mancha hubiese recibido mayor intensidad y pureza; con los esperanzas de progreso cosechadas en aquel diluvio de vida; con todo aquello que al bien y procomún del género humano aportaba el descubrimiento de América. Ya Lutero había nacido y hablado Savonarola y puesto en protestas solemnes palabras de revolución las convenciones religiosas de Basilea y Constanza que atacaban á los Pontífices, cual más tarde atacaron á los reyes el Parlamento británico y los Estados generales franceses, cuando al papa protervo, Alejandro VI, el Jacobo I y el Luis XV de la revolución religiosa, por venido á condensar en el espíritu humano y á traer sobre la cima del Pontificado católico la idea revolucionaria, los delegados de la Monarquía española se presenta en demanda, primeramente de que les adjudicase los mares explo-

rados y las islas invenidas, y después de que dirigiese una línea divisoria entre la parte perteneciente á Portugal y la parte perteneciente á España en el grandioso acervo común de las invenciones oceánicas, merced á la cual aparecía en las Indias occidentales el nuevo continente, y reaparecía el viejo y más antiguo de todos los continentes en las Indias orientales, mostrándose así el planeta en toda su extensión como en toda su verdad y confundiéndose así en un abrazo el cielo nuevo, el territorio nuevo y el espíritu nuevo, como un aliento más á la libertad en el alma y una revelación más del Criador en la Naturaleza. Con efecto, como quiera que Martín V hubiese reconocido á los portugueses el derecho de dilatar su dominio por todas las tierras que pudiesen descubrir desde los extremos del Bojador en continente africano á las Indias orientales en territorio asiático; Alejandro VI, deseoso de no contradecirse con su antecesor y no sembrar discordias entre pueblos nacidos bajo el ala de un mismo cielo, designó á los españoles el dominio de todas las tierras que cayesen, trazada una línea entre los dos polos, cien leguas más allá del oeste de las Azores y de las Islas del Cabo Verde. Mucho enoja hoy á historiadores contemporáneos, privados por los anteojos de las ideas modernas, puestos en la vista para mirar lo lejanísimo y distante, el poder sereno de ver con exactitud y á derechas lo pasado, esta mediación religiosa entre Lusitania y España de un Pontífice como Alejandro VI, en quien descubren airados, no el árbitro espiritual, sino el peor de todos los déspotas, el déspota teocrático. Pero debían pararse á considerar cuánto sobrepuja en bondad este medio, incomprensible ahora en el desarrollo de la vida civil y en el poder de los gobiernos láicos al entendimiento nuestro, imbuído en otras muy diversas ideas y regido por otras leyes más progresivas, al infame derecho de conquista, muy anterior á los Pontifices y hostigadisimo por éstos cuando se lanzaban con los brazos abiertos en las irrupciones bárbaras é imponian un yugo moral á las boreales tribus, inmenso inapreciable servicio prestado

á la civilizacion, y por el cual ejercían hasta en los albores del Renacimiento una decisiva influencia sobre los gobiernos y representaban un crepúsculo de internacional derecho superior á la guerra. ¡Cuánto no debiéramos holgarnos en este mismo cuarto aniversario del descubrimiento colombino los europeos, acostumbrados al axioma de la superioridad del triunfo violento sobre todos los derechos, si los litigios entre las potestades europeas, armadas todas á la vez hasta los dientes, llegasen á resolverse como resolvieron España y Portugal en el décimoquinto siglo sus diferencias en la inmensidad del Océano y sus pleitos por las sendas invenciones ultramarinas en el viejo y en el nuevo mundo! El dia 3 de Mayo del año 1493 dió Alejandro VI su laudo arbitral en Roma, y el dia 7 de Junio del año 1494 se ratificó y amplió en Tordesillas por un mutuo convenio entre los monarcas españoles y portugueses, que subió las cien leguas designadas por el Pontifice á doscientas setenta allende las lineas de las Azores y Cabo Verde hacia el Ocaso. Tal fué la repartición del mundo recién invenido y del Océano recién explorado.

CAPÍTULO XXVI

SEGUNDO VIAJE DE COLÓN

Robustecido el poder de los Reyes por la legitimidad aquistada en las disposiciones de los Papas, y adjudicado por bula pontificia el Nuevo Mundo á nuestro imperio, no obstante las resistencias lusitanas, imponíase una segunda expedición, superior en medios á la primera, tanto para multiplicar las invenciones y reunirlas á los dominios castellanos, como para socorrer y auxiliar á los dejados en la colonia primeriza é incipiente so el resguardo inseguro de la hospitalidad india. El verano de 1493 tan sólo se interpuso entre la llegada triunfal de Colón tras el primer épico viaje y la salida en pos de ignotos territorios y mares que nuevamente acaparara en aquella fácil apropiación del mundo recien nacido. Estaban los espíritus en esas lunas de miel, tan brillantes al comienzo de todas las empresas como de todos los amores, y tan pasajeras de suyo en la debilidad y contingencia connaturales á la misérrima naturaleza humana. Tras el venturoso arribo de Colón, el paseo triunfal suyo desde Palos á Barcelona; los obsequios á su modestia ofrecidos por magnates como el Duque de Medinaceli por prelados como el Arzobispo de Toledo; la coronación mora, de su persona, con tan maravilloso aparato celebrada en la so-

lemne corte de los Monarcas españoles; recordados los pactos de Granada y confirmadas las dignidades altísimas de Almirante y Visorrey; dispensada la honra increible al humildísimo nauta de cabalgar por calles y plazas y paseos junto á D. Fernando, el soberano, y junto á D. Juan, el heredero de tamaña realeza; constituida una especie de dinastía, según las mercedes y honores otorgados á la familia del descubridor en vínculo y mayorazgo; frescos los laureles de su gloria y resonantes doquier los ecos de su fama, no había sino prosperar las expediciones, presentadas con atractivos tan deslumbradores, y cosechar los bienes encerrados en tan múltiples y lisonjeras esperanzas. Habíase ya cerrado el período cíclico de la reconquista. Los que metidos en el combate continuo, cubiertos con los arreos de la guerra, caballeros en sus trotones cordobeses; al costado la mudéjar espada de Toledo y al cinto el puñal esculpido en Florencia; con el argénteo casco nieblado y el plumaje de cien colores á la cabeza, el escudo de damasquinados dibujos al pecho, el pesadísimo lanzón de caballero al puño, luciendo divisas diversas y cubiertos de brocados sobre gualdrapas semejantes á los matices del iris y á las colas del pavo real, habían recorrido desde las costas casi africanas de Almería, seguidos por sus aedos, que cantaban, y por sus mesnadas, que combatían hasta las costas edénicas de Málaga, y habían subido desde Jaén á Baza y á Loja y á Guadix en una carrera celebrada por el poema improvisado que constituye nuestro romancero morisco; después de luchar en tantos encuentros, poner la cruz de Cristo sobre tantas murallas, subir por las escalas pendientes de las almenas, en vuelo vertiginoso, á tantas fortalezas, y hecho del reino granadino un torneo sin fin, en el cual mantenían batallas sin tregua con los árabes, poetizados por el prestigio de su desgracia y por el crepúsculo de su ocaso, bien habían menester nuevas empresas donde blandir sus armas, nunca ociosas, y ejercitar su actividad, nunca satisfecha. El mar apenas explorado, el mundo apenas invenido, el edén patentizado por aquellas

renovaciones de la vida, que revelaban los inocentes indios recién advenidos y los productos recién encontrados en las selvas vírgenes, aparecíanse á los ojos de la gente caballeresca ejercitada en la reconquista como cebo á sus inquietísimos deseos y promesas de mayores y más arriesgadas aventuras. Así, la definitiva derrota del mundo musulmán en la oriental Andalucía, la derrota del mundo representante de la fatalidad y de la casta, se une y engrana por enlace misteriosísimo, en la lógica de los hechos, con esta increíble aparición del mundo de la libertad y de la democracia, del mundo americano, que abre sus puertas de oro á los golpes dados por el guantelete y el mazo mismo con que habíamos golpeado en los portones del palacio nazarita para cerrarlo al Korán, viniendo los primeros indios al mismo tiempo que huían los últimos sultanes. Así tenían razón las tribus primitivas cuando se postraban de hinojos ante los héroes abortados por el Océano, y viéndolos volar sobre sus trotones y esgrimir el rayo en sus arcabuces, proclamarlos descendidos del cielo, con la divina facultad de hacer milagros.

Corría Julio de 1493. La escuadra, reunida en Bermeo, para conducir al glorioso Almirante con sus compañeros por el mar, tenebroso en otro tiempos, ya esclarecido entonces, hasta las islas recién descubiertas, zarpó, no con este objeto, divertida de su fin capitalísimo, con el objeto de trasportar el desdichado Boabdil, á quien llamaban «zegoibi», sin ventura, los suyos, al África. Mayor escuadra por el número de sus barcos, por el carácter de su tripulación, por la riqueza de su cargamento, debia mostrar el anhelo de todos por las invenciones oceánicas y el cuidado diligente y perseverantísimo que ponían en ellos los poderosos Monarcas españoles; y fué á saber, la escuadra reunida en Cádiz por el otoño siguiente. La indispensable atención á lo invenido adquiria tal incremento, y la prisa por apropiárselo inspiraba impaciencia tal en la corte, que los Reyes, en sus respuestas al mensaje del descubridor, anunciando el éxito feliz de su primer viaje, le ordenaban ya el segundo. Potentados

tan desdeñosos con Colón un dia, como el Duque de Medinasidonia, sabedor de los escozores experimentados por el Rey de Portugal á la noticia del descubrimiento, que creia de su propiedad, levantaban ahora la voz al trono de los Reyes, sus primos, ofreciéndoles todas las carabelas adscritas á los feudos marítimos de sus dominios, todos los préstamos posibles en las condiciones de sus tesoros. Un verdadero Consejo de Indias se organizó, cuya presidencia obtuvo Fonseca, el Arcediano de la Catedral sevillana, hombre de alto entendimiento, pero de dura y desabrida condición. Como proveedor de la expedición, diputaron los Reyes el contino de su casa. Gómez Tello, con el ministerio de allegar cuantos provechos tocaban á los Monarcas en el reparto de los rendimientos tributados por el nuevo dominio. Quince mil ducados de oro libraron á Francisco Pinedo para el aprestamiento indispensable á la reunión de tan grande Armada y para el pago de los arreos y mensajeros que despachase Fonseca. Un Zafra reunió los jornaleros destinados á construir acequias por cédula Real. Imperioso mandamiento dispuso la entrega de almojarifes y diezmeros á la menor insinuación del Consejo de Indias; Berardi compró la nao capitana de Colón. Veinte lanceros jinetes expidió Granada sin dilaciones al puerto de Cádiz. Los recaudadores de granos ocurrieron á la tripulación toda con el necesario bizcocho. Los asistentes de Sevilla por mandato Real asistieron á la empresa. El Alcaide de Málaga expidió cincuenta corazas y otras tantas espingardas y ballestas; Rodrigo Narváez la pólvora y las balas. Todo apresto para explorar el espacio recién explorado, que no tuviera la conformidad de Colón, quedó prohibido. El doctor Chanca iba como cirujano; Alvaro Acosta como alguacil. La disposición de aposentos gratuitos por donde quiera que transitase Colón y sus cinco criados, exentos de todo pago y hasta de todo registro, quedó establecida. Bula de Roma, demandada por los Reyes y expedida seguidamente á su demanda, constituye al Reverendo P. Buil en atuoridad religiosa y espiritual sobre los territo-

rios descubiertos al primer viaje y sobre los por descubrir en este viaje segundo. Sebastián Olano marchó de receptor. La suma de escuderos que debia llevar el Viso-Rey; así como los acatamientos que debían guardarle, se controvirtió con amplitud entre Fonseca y los Reyes. Á Juan de Soria, que molestó y aun desacató á Colón, se le reprendió con severidad, mandándole dejar al arbitrio del Almirante los criados continos que le pluguiese adscribir al servicio propio, pues todo iba en el viaje bajo la especial gobernación de éste. Así Juan de la Cosa fué como maestro de hacer cartas, y al P. Marchena se le designo para ir por los reyes como consumado, eximio y competente astrólogo. Con los tesoros al pueblo judío secuestrados en su expulsión, y los cinco millones prestados por el Duque de Medinasidonia y las alcabalas y demás rentas concedidas, allegóse la suma indispensable á tan colosal empresa, en cuyos preparativos y apercebimientos Colón disponia gastos sin medida y sin tasa, yéndole á la mano Soria y Fonseca, por lo cual se desabría y se disgustaba con ellos, no sin resistencia de los Reyes, muy pagados del Almirante y muy creidos en aquella sazón de que poseía ciencias y adivinaciones sobrehumanas. Pasman y asombran las minuciosidades á que ocurrían los Reyes desde sus palacios, así como los apremios con que instaban á Colón, para que apercibiera y comenzara la segunda empresa. Desde los concordatos con la Santa Sede y los convenios con los Reyes portugueses, que debian dar á Isabel y á Fernando autoridad sobre los territorios descubiertos y prevanir las guerras oceánicas, tan dañosas para el milagroso plan, hasta el número de calcetines que debia tener para sus piés y el número de sábanas para su lecho, todo estaba prevenido y arreglado y dispuesto con una increible prolijidad y un seguro acierto verdaderamente maravillosos. Las cartas de los Reyes á este respecto, ya parecen tratados de politica trascendental, ya rescriptos de soberanos todo poderosos, ya cuentas de lavandera y de plaza. Poco después de un luminoso informe respecto de las diferen-

cias luso-hispánicas y de una recomendación sobre astrologia y astrológos; de una operación económica, propia de cualquier competente hacendista moderno, expiden una relación de las semillas y de los brutos necesarios al progreso de la ganaderia y del cultivo en los vírgenes recién invenidos campos. Qne tenga en su lecho el Almirante seis colchones y sean éstos de bretaña; que ponga cnatro almohadas revestidas de tejidos holandeses bajo su cabeza en los reposos del sueño; que disponga de dos paños arbolados y diez manos de papel con algunos perfumes; que los manteles alcancen un largo de cinco varas y los cubiertos lleguen á doce, y los candelabros á dos pares, hechos de azófar, y haya dos cazos grandes con dos pequeños, y un almirez, y unas parrillas para asar pescado, y una bacina grande para jabonar; todo esto acuerdan los Reyes, y todo esto disponen, como pudieran acordar el pacto de Tordesillas con Juan II y las reincorporaciones solemnes del Rosellón á la corona ó el traslado al Africa desde Almuñécar dal último Sultán. Como buen genovés debía tener Colón achaques de goloso porque le cargan los Reyes de golosinas la nao capitana, encargando para su consumo cincuenta libras de confites sin piñones De arroz creen que sobra con un quintal, pero de las riquísimas pasas de Almuñécar embodéganle cinco quintales; mientras de aceitunas aperciben sólo dos tarros, de azúcar blanca cuatro arrobas. Ni los criados quedan eludidos en estos arreglos, que les asignan ochenta varas de paño verde y pardillo, á dos reales la vara; ciento veinte pares de zapatos comunes; doce colchones groseros; doce pares de sábanas gruesas. Resumiendo: unas diez y siete naves comandadas todas por Cristóbal Colón, cinco mayores y doce menores, componian la escuadra que llevaba crecidísima tripulación. Dirigia por delegación de los Reyes todo lo concerniente á las relaciones económicas entre las Indias y España, el Arcediano de Sevilla, Fonseca; compendiaba en sí las facultades propias del poder espiritual y religioso el P. Boil, muy acreditado por su ciencia y por sus virtudes; llevaba con uni-

versal satisfacción la sanidad Chanca, en quien todos veían el saber unido con la virtud; entendía en las cosas militares Pedro Margarit, muy conocedor de la guerra y sns artes, como experimentado en todas las colosales batallas de su tiempo; un antiguo empleado hispalense, Tello, ejercía el cargo de proveedor; y Ojeda como Ponce de León, ocurrían á personificar aquel espíritu aventurero y gentil, que, despues de haber cerrado los siglos medios con la rendición de Granada, comenzaba ó abría la edad moderna con el descubrimiento de América.

Esta segunda salida del descubridor guarda los dias más felices de su existencia y el período más lleno de consoladoras esperanzas en su historia. Ida triunfal desde Sevilla á Barcelona y vuelta desde Barcelona á Sevilla; recepción en la corte por los Reyes y por los magnates; alta sanción á su obra por la bula de Alejandro VI; convenio con Portugal que le desembarazaba de obstáculos el Océano; reconocimiento público de haber visto el primero la nueva tierra é indicado la clara lucecilla reveladora de la existencia de aquélla; confirmación en los cargos de Almirante y Virrey; cédulas innumerables proveyéndole de todo cuanto necesitaba; reunión de numerosa escuadra; ennoblecimiento de su familia y distinciones á sus hijos; órden para que le acompañara su hermano Diego, una especie de monje por la complexión, pero muy querido entre todos sus deudos; reprimendas regias á Soria y advertimiento á Fonseca para que no le molestaran por cosa ninguna y lo acataran reverentes con toda suerte de acatamiento y le prestasen completa obediencia; tripulación de mil quinientas personas, todas henchidas de un exaltadísimo entusiasmo; armas y blasones con castillo de color dorado en verde campo, á lo alto en la mano derecha y á lo alto en la mano izquierda león rampando sobre campo blanco y otros no menos expresivos símbolos; acompañamiento de todos aquellos héroes, cuyos nombres ya corrían de boca en boca por las estancias del romancero popular; despedida entusiasta como la merecía quien llevaba sobre sus sienes

aureola tal, que, de haber nacido en las edades mitológicas, le designaran la poesía y la fábula de consuno por un dios creador, á cuya voz dilatábanse mares y cielos al par que surgían islas ceñidas de flores y engarzadas en perlas. Desabrimientos tuvo que sufrir de Fonseca; resistencias tuvo que oponer á Soria; lágrimas de los hijos tuvo que beber mezcladas con las propias al separarse otra vez de sus caricias para partirse al Océano; pues todo se desv necía y borraba en el placer experimentado al comparar los dolores de los primeros expedicionarios con el regocijo de los segundos, y el clamoreo de duelo que resonó en Palos con las aleluyas de alegría y de gloria que reboloteaban ahora en torno de todas las naves. Un conocedor del corazon humano, que recordase como se rueda en la vida desde las alturas del idealismo á los hondos y negros surcos de la realidad, y como la desesperación desvaría en cuanto el menor soplo glacial hiela el temprano florecimiento de las esperanzas súbitas, presintiera que, habiendo de suceder al período gozosísimo del descubrir, semejante á los primeros versículos del *Génesis*, donde surgen la vírgen luz y el inmaculado paraíso, un período, aunque subsiguiente por el tiempo, contradictorio por necesidad, el período de administrar y gobernar y combatir, el período de las conquistas y apropiación, por fuerza lógica irremisible había éste de parecerse al segundo capítulo del *Génesis*, en que surge la culpa, y Dios mismo, cuya vista se complaciera contemplando la creación recién nacida en el espacio celestial, se arrepiente, cuando el pecado la obscurece, de haberla hecho hasta concluir por aborrecerla y maldecirla. Seamos humanos y miremos la Historia con arreglo á lo que piden y reclaman de nosotros las contingencias y las tristezas humanas. Cuando á la frente de Dios mismo suben las sombras nefastísimas proyectadas por el mal en la obra divina, ¿cuál razón había para que Colón pudiera eximirse del común tributo á la común pena y su persona y su creación exentarse de las tinieblas donde se hallan montados á una, en el silencioso abismo de lo vacío, así los mun-

dos como los soles innumerables? El profeta, el adivino, el revelador, el sabio, el vidente, convertiráse por necesidad en el político, en el juez, en el hacendista, en el administrador. que deberá remover los impuros intereses, á sus vapores negrísimos cegado y apestadísimo de su hedor. ¡Cómo las especies conciben generalmente con placer y cómo generalmente con dolor paren! ¡Cómo la pura filosofía decrece y mengua en la secta, y cómo la secta ó escuela misma decrece y mengua cuando se cristaliza en instituciones impuras y en leyes objetivas de una limitación y de una imperfección irremediables! Precisa tener á Colón por uno de los caracteres más complejos que nos presenta la Historia, por uno de los hombres con facultades más varias y más ricas que ha producido la Naturaleza; pero la conquista y apropiación y gobierno de un mundo no se podía cumplir por aquel revelador tan apto para mirar al cielo azul como al infinito interior espiritual: necesitábanse hombres de acción, como lo fueron Pizarro y Cortés más tarde, hombres ante todo y sobre todo de guerra y de combate.

Así á Colón la conciencia universal no puede perdonarle aquello mismo que, si no perdón, excusa encuentra en la complexión de otros hombres opuestos á él y para obra distinta de la suya por Dios criados. No aparece tan cruel Colón como el gran Magallanes, por ejemplo; ni tan maquiavélico y tan doble como P'zarro; ni tan peleador como Cortés; pero como aparece allá en otros cielos de la Historia, con otros atributos, irradiando luz ideal, viviendo la vida del espíritu; especie de poeta hipnotizador á causa de su genio misterioso, é hipnotizado por sus ideas subjetivas y propias, cuando se presenta codicioso en el allegar, avaro en el guardar, pedigüeño hasta la impertinencia, vendedor de indios cogidos sin escrúpulos y mercadeados como bestias, con mezcla en algunos actos de flaqueza y crueldad, inspira mayores indignaciones que sus émulos, por crecer las responsabilidades á medida que crecen los altos ministerios históricos y los múltiples merecimientos personales. Pero no atri-

buyamos á Colón solo cuanto resulta de reprobable y de pecaminoso en su obra colosal, atribuyámoslo también á lo triste que son todos los comienzos. á lo doloroso de todas las iniciaciones, á lo que cuesta de grandes errores y hasta de grandes crímenes, en muchas ocasiones, el implantar sobre la impura vida un puro ideal. Con todos sus defectos mirados al microscopio del análisis; con todas sus culpas, agrandadas á veces por las mismas bellas partes de sus facultades psíquicas; con todos los errores y todas las faltas que haya podido cometer, lo diviniza hoy el sentimiento universal y lo coloca en el coro de redentores á quienes debe la humanidad su rescate de la esclavitud primera y en el coro de reveladores á quienes deben la creación y el alma esos efluvios místicos del ideal, de los cuales, no solamente recogemos el éter en que nuestro espíritu se ilumina, sino también el calor y la fuerza con que nuestra vida se mantiene y se mueve. Para la canonización que una escuela sobrado idolátrica requiere del Pontifice romano, acaso necesita el descubridor algunas de las modestas virtudes granjeadoras del privilegio de la beatitud á los bienaventurados puestos en el almanaque y bendecidos en el altar; mas para las glorificaciones, para las apoteosis, para la divinización, en una palabra, que puede la historia laica dar, sin daño alguno de la verdad y sin empecimientos fútiles á la crítica, posee todo aquello que ha menester y con todos sus yerros, con todas sus debilidades y con todas sus culpas permanece gloriosísimo entre los dioses mayores del humano progreso.

Miércoles, 25 de Setiembre, á la hora del alba, izó las velas y zarpó de Cádiz. En evitación de conflictos con Portugal se apartó cuanto pudo de los mares vecinos á los cabos portugueses y á los archipiélagos dependientes de tal reino, gobernando sus naves en dirección á Canarias. El 2 de Octubre arribó á la mayor de aquellas islas, de donde salió con mucha diligencia, cumplidas unas horas de brevísima estada en requerimiento de la Gomera, donde llegó el 5, permaneciendo tres dias escasos.

En la ciencia y en la experiencia de Colón, en las ideas y en las noticias, allegadas unas por intuiciones de profeta y otras por estudios de cosmógrafo, notó la condición de aclimatadoras, natural á todas las islas Afortunadas, y se proveyó allí de las semillas vegetales y de las especies animadas, en los territorios descubiertos desconocidas, é indispensables para el universal bien y provecho de la especie humana y de la naturaleza toda. Cuando el gaucho corre caballero en su yegua, competidora del viento, sin la cual no podría enseñorearse de la estepa; cuando el tasajero corta y sala con tanto arte las carnes alimentadas en el heno, y dentro de colosales frigoríferos las expide á Europa desde las orillas del Plata en los cambios del comercio, tan indispensables á la vida social como el cambio de flúidos y de gases á la vida natural; cuando el cosechero de lanas finísimas en las riberas del Uruguay ó del Paraguay ve pasar el ganado revestido de sus sedosos vellones; cuando en la colosal Chicago el tocino; con que aderezan su modesta comida una gran parte de los pobres en el planeta, sale cortado de las máquinas, ignoran, por lo menos olvidan, como un descubridor, tenido por loco en el vulgar concepto de las gentes muchas veces, cogió un día, sí, un día creador, especies tan útiles y simientes tan vívidas; el buey que abre los surcos, el trigo que compone nuestro pan de cada día, el huevo que lleva la gallina dentro de su corteza, el cerdo que rebosa en los domésticos pucheros, el azar que aroma los aires, y la naranja que mitiga la sed, y todo lo extendió por América de manera muy semejante á la escrita por la Biblia en el relato de la Creación, cuando dice cómo la mano misma del Criador puso una pareja de todos los animales en el primitivo é inmaculado edén. Ocho fueron las puercas embarcadas por Colón en la Gomera, y costaron á setenta maravedises pieza, como el P. Las Casas nos refiere. A 7 de Octubre zarpó y á 3 de Noviembre dió con tierra nuevamente. Los terrores acometidos á la tripulación en el primer viaje no se repitieron ahora; pero sí le aquejó un horrible has-

tío. El mar inmenso y el cielo marino con sus sendas uniformidades así del aire como del agua parecen multiformes y bellos desde las riberas; pero, en cuanto dentro de sus senos ¡ay! os abismáis, un giro del aire se asemeja de suyo á otro giro del aire, y una ola del mar se asemeja también á otra ola del mar, por tal modo, que hastían y enojan al más conforme con los inconvenientes de la vida y más resignado á las realidades tristisímas del mundo. Se prolongaba tanto el viaje y se retardaba tanto el arribo, que parecía sin riberas el mar tenebroso, como en las supersticiones medioevales, y sin realidad el mundo conocido y visitado por los primeros exploradores. Así todo fué regocijo en las embarcaciones al topar con tierra. Domingo era este día feliz y Dominica llamó Colón á la primer isla encontrada. Como había demandado la parte más austral del Océano, fué á dar con las Antillas menores. La Dominica no le ofrecía puerto seguro por Levante y precisóle al explorador el abordo en otra isla cercana. Marigalante llamó á ésta, más hospitalaria y accesible, del nombre de su nao.

Descendió con su escribano á tierra, y levantó acta notarial de la toma de posesión. Partido á otro día de Marigalante, hallóse con la Guadalupe, denominada con tal apellido en recuerdo y obsequio al célebre monasterio extremeño, cuyo simulacro de María Santísima, traído por los prelados insignes de la Iglesia visigoda desde Bizancio, y preferido en sus devociones por don Alfonso el onceno, quien lo invocó al mantener los combates épicos á las puertas de Africa, concluídos con la victoria del Salado, atrajo tal número de arquitectos y escultores, que levantaron desde la centuria décimacuarta sus frontones góticos en competencia con los mejores de Toledo y sus claustros mudéjares parecidos á los patios más alicatados de Sevilla y su Glorieta comparable con una custodia de la más primorosamente cinceladas y los sepulcros de Reyes tan cercanos á los Católicos cual su predecesor Enrique IV y de Príncipes tan famosos como el hijo engendrado por D. Pedro de Portugal en

Dª Inés de Castro, aquella mujer amante sin ventura, bendecida por Camoens en sus estancias al poético Mondego y al manantial de las lágrimas, asi como evocada más tarde por don Pedro Calderón de la Barca en su *Reinar después de morir*: que tal número de gloriosos recuerdos debían cristalizarse antes y después de Colón en edificio conmemorado por la increíble aparición de una tan hermosa isla como la Guadalupe, recién hallada en medio del Océano. Poblezuelos de treinta bohíos ó casas componían sus habitaciones; alto volcán por cuyas laderas caían despeñados clarísimos torrentes, la coronaba; una vegetación viciosísima, en la cual se daban las dulces y suaves frutas conocidas con el nombre de anonas y semejantes á leche cuajada, la cubría; volaban por sus aires los antes desconocidos guacamayos, mucho mayores que los otros pájaros de su especie, y pintados con plumas negras y azules de metálicos reflejos; el algodón aparecía tejido con grande arte y por medio de artificios análogos á los telares europeos; mas semejantes ventajas se disminuían al encuentro y hallazgo de horrores como la horrible antropofagia, usual entre aquellos pobladores, por su fiereza denominados caribes; de rostros espantables tiznados por betunes untuosos; de miradas siniestras; enrojecidas por los relampagueos del ojo avieso y por el encarnado sobrepuesto en las mejíllas parecidas á coagulaciones de sangre; armados con unos arcos que despedían flechas emponzoñadas; ceñidos de collares hechos con dientes y ternillas de los descabezados; y á la continua, en su natural cruelísimo y en sus costumbres inhumanas, dispuestos al festin canibalesco, en que comian cabezas humanas, y las devoraban feroces con sacudimientos de tigres, gestos de hienas, graznidos de cuervos, voracidad de tiburones y castañeteo de mandíbulas semejante al producido por los bostezos del insaciable cocodrilo. En esta isla debio aparecer Colón como un salvador, puesto que algunas mujeres huídas le refirieron cómo se hallaban en cautiverio, temerosas de que las descuartizaran y comieran, pues las tribus aquellas, que acaba-

ban de expedir trescientos hombres en canoas al combate y al pirateo, los cuales rompían en irrupción por todas partes; gustando de la humana carne hasta mutilar los muchachuelos, y muy engordados. engullírselos como el mejor y más sabroso de cuantos capones podía obtener la industria y saborear el gusto: Mucho les hubiera debido interesar un sitio donde hallaron materiales de hierro, nunca vistos antes, y fragmentos de buques europeos, con que no habian soñado. Pero Colón tenía mucha prisa por arribar á la Española, y no pudo vagar allí cuanto hubiera deseado, en atención á lo extraño del suelo, poblado de flora, y de fauna especialísimas, así como á lo particular de aquellos pobladores antropófagos. Y aún se detuviera menos tiempo á no haberle retenido la espera de unos tripulantes tan curiosos como temerarios, que por las inextricables selvas se perdieron y emboscaron desatinados, y luego no podían salir. En aquellas redes tan espesas de raíces; en aquellos laberintos de troncos; bajo los parasoles de ramajes, tan entrelazados como techos; dentro de sombras parecidas á la noche, perdieron toda ruta y toda luz; desorientáronse de toda dirección cierta y exacta; se hallaron como si el cielo y el dia, y hasta el aire, hubieran huído de ellos; y creyeron morir en el abandono, sin dar ni recibir noticia ninguna, completamente anegados en aquellos abismos de vegetación tropical, que les enloquecía el seso y les incendiaba la sangre.

La naturaleza, la sociedad, las costumbres de aquellos caribes, dados al culto fetichista y á los herrores canibalescos y al combate de verdadero exterminio en sus pirateos continuos bien merecían un prolijo estudio y cuidado del sublime descobridor, tanto más cuanto que podía presentarse á la vista y con, sideración de los cautivos que le pidieran socorro en su viaje, víctimas de aquellas tribus antropófagas, ejerciendo un ministerio, tan propio de las altisimas propensiones proféticas suyas como el ministerio de libertador sobrehumano y milagroso. El paraiso de las Lucayas trocado en este infierno de la Guadalupe;

los indios inocentes del año anterior subseguidos por los indios homicidas en aquella sazón encontrados; el combate sustituyendo á la sumisión voluntaria y el odio al culto religioso antiguo; los rostros deformes á las gorgonas fabulosas parecidos; aquellos ligamentos destinados en los salvajes cuerpos á engordar por monstruosa manera los remos, los brazos y las piernas, desmesuradísimos, de tal gente; sus arreos y pertrechos de pelea, consistentes en dardos agudos, extraídos á los grandes peces y empapados en terribles ponzoñas, que hacían las heridas abiertas por su conducto de necesidad mortales; el comienzo de industria observado en sus artificios y los idolillos y estatuelas y figuritas de madera ó piedras, tan feas y rudas como sus artífices, pero significativas de un comienzo de arte, demandaban una detención digna del cristiano fin tantas veces invocado por los descubridores en los espasmos y sacudimientos de sus asombros, cuando veían entre aquellas selvas vírgenes, que parecían surgir del mar serenísimo y transparente, familias humanas interesantísimas por la indudable singularidad, asi de la naturaleza física y moral como de las habituales costumbres. Pero el descubridor no podía en parte ninguna detenerse. La imagen de aquella primer colonia, dejada en su afán de colonizar pronto so el poder de su aliado, el amigo cacique de la Española, aparecíasele al pensamiento de continuo y le apremiaba con insistencia grande á que procurase noticias del suceso alcanzado por tan exigua corporación y la socorriese con los auxilios requeridos por un año entero de ausencia. El viaje desde la Deseada y la Dominica por el archipiélago de las Antillas, pequeñas y grandes, que forma como un círculo inmenso hasta la desembocadura del Orinoco; este viaje de tantos encuentros y sorpresas debía parecer á Colón un continuo hechizo por las islas que le salían al paso, cual si fueran recién creadas adrede para él en aquellos extraordinarios instantes; y por las estelas de vida y de animación que se tendían como cintas de luz inefable por todas partes á sus maravillados ojos. Parecían las islas ir en tropel, cual coros

de blancas vírgenes coronadas con guirnaldas nupciales, á que las bendijese y las bautizara el Profeta. Devoto, devotisímo éste, lector asiduo de libros eclesiásticos, franciscano de la Orden Tercera, ponía sobre todas las devociones de su espíritu místico la devoción á María, saludada en las navegaciones por todos los nautas cristianos con la poética invocación de Santa Estrella de los mares. El santuario, lleno de gratos exvotos y erigido sobre la cumbre de los más altos montes, objeto último que se columbra en las despedidas y primero en los arribos, con sus vírgenes, envueltas en mantos azules por argénteas estrellas realzados, y puestos sobre la media luna, unida con la serpiente, recuerdan, símbolos de religión y de arte, como el amor y la ternura femeniles pueden contrastar los huracanes y las tormentas en el Océano encrespado más que la fuerza y la violencia. Colón hacía cantar la salve todas las mañanas, el Avemaría todas las tardes á sus tripulaciones, añadiendo los rayos de su fe á los matutinos albores y á los vespertinos arreboles de los dos crepúsculos y llenando de melodiosas letanías el aire al par que se llenaba de luz por las mañanas y de astros por las noches el inmenso espacio. Por tal razón, el nombre de María no se le iba nunca ni de la memoria ni de los labios. Guadalupe á una isla el piadoso cristiano la llamaba, en recuerdo de monasterio secular consagrado por efigie venida de Oriente y adorada tras victorias como la Victoria del Salado; Monserrate á otro isla, en homenaje á la montaña barcelonesa, coronada de cresterías naturales pue parecen obra de artífice, y henchida de plegaria y oraciones, cuyos ecos resuenan entre los cuarzos de aquel titánico intercolumnio como un poético romancero de la Virgen Madre; Santa Maria la Redonda en sus admiraciones y deliquios, y acción de gracias á otro islote, que le fingia una catedral en los ojos enardecidos de mirar increibles apariciones; Santa Maria la Antígua, por fin, á otra isla en remembranza de la iglesia más venerada que, por sus tradiciones y por sus años, Valladolid tiene, y quizá como presentimiento misterioso de que debia ex-

pirar en la jurisdicción de aquella parroquia y recibir sobre sus melladas losas, en humilde ataud estrecho ¡él! que agrandara la tierra, los rezos y cánticos dedicados por el ritual católico á los muertos. Encontró allí tal número de islas, que, aventajando y excediendo á los nombres posibles dentro de nuestra ya entonces copiosísima lengua, denominó, en cierto grupo, á la mayor Santa Úrsula, y las Once mil vírgenes á las numerosísimas en formas varias y con diferentes aspectos invenidas.

No lejos brotó, al paso de Colón, otra isla, denominada Santa Cruz, en su registro de nombres nuevos y notabilísima por la furia que mostraron los habitantes al encuentro de los españoles y el empuje terrible con que los acometieron y asaltaron. En efecto, llegadas las naves á cualquier punto, solían encontrar la soledad tras los abordos, á causa del terror de los pobladores al interior huídos como ligeros y asustados ciervos. Pero aquí, en Santa Cruz, unos caribes hicieron frente á los nuestros, pudiendo más la curiosidad salvaje que la timidez natural. Necesitaríamos fingirnos en aquel sitío y en aquella ocasión para comprender la emociones recíprocas de los descubridores y de los descubiertos. Las enormes naos de un lado y de otro las breves canoas; la vida salvaje y primitiva de los unos junto á la civilización y cultura de los otros; las vestimentas de selecto gusto y arte finísimo en los recién llegados y los lígamentos y armas de los recién invenidos discordaban en contrastes tan bruscos y horrorosos que parecían seres pertenecientes, no á sociedades y regiones diversas del mismo planeta, sino á otros planetas gobernados por leyes opuestas y aun contradictorias con las físicas leyes universales. Así los indios miraban, como alucinados por las visiones de un sueño, aquellas viviendas flotantes, llenas de hombres vestidos con trajes multicolores, y encerrados muchos de ellos en relucientes armaduras parecidas á caparazones de animales fantásticos. Parecía que, absortos y embebidos en la contemplación, estaban como petrificados, anteponiéndose á todo en ellos una extrañeza capaz de rendirlos y someterlos al

influjo de lo que debían creer en su candidez un milagro y de los que debían imaginar en su asombre dioses. Pero no; pasada la primera conmoción en sus duros pechos y el primer confuso concepto de lo visto en sus angostas cabezas, la crueldad nativa suya se sobrepuso á todos los afectos, y partieron en guerra y en combate con tal temeridad y dispararon sus flechas con tal acierto, que por todas partes la muerte silbaba en los oídos de nuestras gentes, quienes lo pasaran muy mal, si pusiesen de lado sus adargas y tablachinas para preservarse y guarecerse del ataque tan rudo, en cuyas incidencias. herido de dardo un soldado español, á los pocos días perdió la vida. Cogiéronles apresados en la flota y daban horror con sus caras, negras y rojas á un mismo tiempo; así como con sus alaridos y con sus forcejeos de fieras enjauladas y presas. Los indios mansos invenidos por Colón, contaban y no acababan del natural cruelísimo de tales gentes, y decían hallarse riberas, bohíos, pueblos, personas en terror perdurable, al azote de sus desoladoras irrupciones, En estos encuentros y coloquios dió el descubridor con la isla que llamamos hoy Puerto Rico. *Boriquen* la llamaban los naturales y pertenecia de suyo al grupo de las edénicas y mansas; puestas por los vecinos antropófagos á la continua en apuros y aprietos espantosos. Á pesar de tan blanda y dulce complexión huyeron los naturales al abordo de los nuestros, por quienes debían sentir la estimación que por los amigos y por los salvadores, cual pudieran huir de las irrupciones homicidas, y embreñándose por aquellos declives cubiertos de selvas, hurtaron el cuerpo á todo encuentro. Fiel Colón al conjunto de prácticas religiosas y de nombres cristianos que inspira la devoción á todo verdadero creyente, apellidó la isla feliz con palabra de una significación y sentido tan claros en punto á promesas y esperanzas, como la palabra San Juan Bautista, el precursor de nuestra redención. Mares fecundos en pesca, florestas parecidas á los jardines de Murcia y Valencia, poblejos de doce bohíos, vías abiertas entre verjeles como las alamedas de nuestras más cultas ciudades,

una logia ó palacio apercibido para la contemplación del mar y el cielo por gentes principales, mil agradables encuentros endulzaron la repugnancia engendrada por los feroces antropófagos de las otras islas pertenecientes á los caribes, y casi convidaron á una detención llena de recreo y esparcimientos, muy gustosa y cumplidera, si el cavilosísimo Almirante no tuviese á la continua en su vista y en su recuerdo el clavo de su colonia Isabela, dejada con tanta confianza en poder del amigo Guacanagari allá por la isla Española.

El 11 de Noviembre zarpó Colón de Guadalupe y descubrió el mismo día Monserrate, y Santa Maria la Redonda el 12, y Santa Maria la Antigua el 13, y San Martin con Santa Cruz el 14, y el 16 Puerto Rico hasta el 18 avistar nuevamente la Española, descubierta el año anterior. Las ideas del profeta concentrabánse, no obstante hallazgos tales, todas sin excepción en una sola: rever y reencontrar el fuerte de Natividad en la isla últimamente nombrada, fuerte allí erigido para ensayo y experiencia del arraigo que podian tomar los colonos en suelo tan desapropiado á ellos y entre gentes á ellos tan extrañas. La experiencia le parecía decisiva. Por tanto, deseaba un logro de todos los deseos y de todas las esperanzas que pudiesen asegurarle un comienzo de apropiación al Estado español de aquellos inacabables territorios. A tales empeños de tenaz explorador juntabánse afectos imperiosos del corazón y decisivos de suyo en la humana vida. El jefe de la guarnición era un Arana, deudo próximo de la mujer que rindiera y cautivara en Córdoba su voluntad, é ido á la isla impulsado por afectos de indole particular y privada que más y más comprometian al Virrey en su empeño de hallar floreciente la guarnición que alli quedó animosa. Las primeras disposiciones tomadas con acierto fueron los envios de indios, idos á España y de España vueltos con Colón, para que industriasen las gentes en el poder de los Monarcas españoles, y les refiriesen las grandezas vistas con sus ojos y tocadas con sus manos en el viejo y culto continente: ne-

cesario acuerdo en atención al abandono de las costas por los naturales siempre que se descubría la escuadra y de la tenacidad puesta por ellos en rechazar todo consiguiente homenaje y toda indeclinable aproximación á los recién llegados. Desde los primeros arribos y abordos á cada punto no hacian otra cosa los expedicionarics del segundo viaje que husmear los rastros y huellas del grupo de antecesores quedados en regiones donde habian de arraigar por necesidad ó sucumbir sin remedio. Mal indicio en aquellas inquisiciones constantes, el haber topado con dos cadáveres, dè hombre maduro y muchacho desfiguradísimos por el tiempo y por la descomposición, pero coindudables indicios de muerte violenta, segun las sendas sogas que mostraban ceñidas y pendientes al cuello, como estrangulados. A los pocos pasos y á los pocos dias dieron los descubridores con otras noticias más claras de la requerida colonia en coloquios más ó menos confusos con indios dóciles, que pronunciaban las palabras jubón y camisa; designando los objetos expresados por ellas; pero que, preguntados por los colonizadores' alzaban los hombros y hacian gestos de pena grande, asombrando el alma de Colón, ya muy apenado por todos los indicios anteriores y poniéndolo en suma é intima tristeza con perplejidad, natural en tales casos; pues queria y no queria Colón llegar á la Natividad; y asi preguntaba y se resistia después al conocimiento primero de la misma deseada respuesta. Por fin, el 27 por la noche llegó al punto fatal requerido en todo su viaje. Nunca llegára. Las nocturnas sombras ennegrecian su triste incertidumbre. Profundo silencio imperaba por todas partes. Al grito de los marineros únicamente respondia el eco de las selvas y montañas. Los cañonazos hacian retemblar el suelo y agitaban el aire; más no atraian señal ninguna de vida, ni despertaban agitación y movimiento cual antaño. En esto una canoa se deslizó en las sombras con los sigilos y el silencio de un pez en las aguas. Los indios embarcados en ella preguntaron por el Almirante; y hasta que no salió éste y le miraron ellos al resplan-

dor de una linterna sorda el rostro, no se dieron á partido entrando en la Capitana. Llevábanle caraturales de madera, conocidas en su lengua con el nombre de guaycas, ornadas con pedazos de oro macizo, recibiendo en cambio y en reciprocidad unas bacinetas de latón por ellos estimadísimas. El encuentro aquel y la siguiente mañana notificaron á Colón toda la realidad tristísima de su desgracia irreparable. Los setos arrancados, las fronteras borradas, los maderámenes hechos cenizas dispersas al viento, los vivos trocados en sombras; el espacio henchido un dia por la grande animación y resonante con algazaras propias del carácter militar, aparecíase cual un desierto extendido por los siglos y sobrepuesto á pasmosa ruina, de la cual se había tragado la muerte con sus voracidades hasta los restos, sin dejar más que una desolación irreparable. Colón fué por grados enterándose del rudísimo golpe. Lo presintió al topar con los primeros cadáveres aunque desfigurados, y lo entrevió más tarde al ver otros, no tan descompuestos como los anteriores, pues aún tenían aquellos barba; y acabó por cerciorarse de todo con desesperación al experimentar cómo en los abismos de un silencio inmutable se perdían el clamor de sus tripulantes y el tiro de sus cañones. En efecto la ociosidad había estragado á los colonos y pervertídolos en el vicio. Á la ociosidad y al vicio consiguiente, habían seguido el menosprecio, cuando no el odio de los naturales, y las discordias entre sí, naturales en quienes se disgustan á una consigo mismo y odian en los demás las faltas cometidas por cada cual y de suyo inexcusables en todos. Murieron una parte como suicidas, es decir, al filo de sus propios errores y delitos. Murieron en las guerras promovidas entre sí otros. Murieron los últimos al exterminio decretado por un cacique del territorio de La Maguna, conocido entre las tribus aquellas con el nombre de Caonabo. No conozco raza ninguna en el mundo á quien tanto vigorice la guerra y el combate y el sacrificio como á nuestra raza, ni á quien tanto corrompe la prosperidad y la victoria. Oviedo mismo, al historiar estas cosas, des-

cribe la incompatibilidad antigua entre los naturales de nuestras regiones y los obstáculos que se tocan al querer meterlos á todos en un solo saco. Indicios hay de rivalidad regional en aquellas parricidas discordias que acabaran con los españoles allí. La sobriedad espartana, el vigor titànico, la energía indomable, la perseverancia confinante de suyo en tenacidad, el desinterés llevado hasta los límites de un voluntario sacrificio, no resisten á los ocios de la victoria y no sirven para el gobierno de sí, que logran otras razas bien inferiores á la nuestra y conservan á una con grande y envidiable felicidad.

Al ver la colonia desaparecida, el castillo desrraigado, los pozos abiertos para el servicio colmados de tierra y escombros hasta los muertos comidos por la nada, volviéronse contra Guacanagari, todas las sospechas y le acusaron todas las lenguas. A mayor abundamiento él ponía las apariencias del lado de los recelos con su apartamiento deliberado, so color de maltrecho y herido por la desgracia común á todos y por las luchas mantenidas en pró del Español. Por fin, le hizo Colón una visita encontrándolo acostado y doliente. Quejábase de las heridas en su cuerpo abiertas por la defensa del fuerte colombino más aunque los médicos registraron el cuerpo con sumo cuidado, no descubrieron llaga ni cicatriz, sinó algún magullamiento, de contusiones provenido, y éstas poco graves. No debe maravillarnos, en presencia de todo, la opinión del Vicario apostólico Buil, que demandaba el castigo de tan taimado cacique y la conversión pronta de todo el mundo. Investido por bula del Papa éste fraile con la delegación del poder eclesiástico, y mandado allí á la obra de convertir á los indios, cuando se rociaba con agua bendita, mal de su grado, al moro de las Alpujarras, y se despedía contra todo interés público, al judío de la Península, y se fundaba el Santo Tribunal de la Fe para perseguir y castigar aún á los más ocultos y recatados disidentes de la Iglesia católica, estaba en el carácter propio de su ministerio religioso y en el espíritu propio de su edad intolerante aquel severo benedic-

tino, pidiendo así cayera el infierno sobre Guacanagari, como el bautismo sobre los indios. El agustino dogma, concretado en la fórmula teológica de aquel *compelle intrare*, tan coactivo hasta sobre facultades humanas, como la conciencia libre y el libre albedrío, inaccesibles á toda coacción de fuera, ese dogma centelleaba en las ideas del monje y urgía con sus determinaciones aquella su firme y constante voluntad, muy pagada del ministerio religioso que debía cumplir y muy creída del bien que á todos hacía en este y en el otro mundo con sus exigencias y con sus imposiciones. Parece imposible, dada la naturaleza del siglo aquel, parece imposible; pero así consta en las obras contemporáneas de Buil, y así debe fijarse aquí para gloria del pensamiento español; un historiador de semejantes días, hijo legítimo y sobrino predilecto de dos caballeros principales idos en compañía de Colón á este segundo viaje, el P. Las Casas, explica las pretensiones exageradamente religiosas de Buil y las violencias del Virrey en los indios más ó menos resistentes á la civilización cristiana por esta fórmula tan profunda como sencilla: ignorancia completa del derecho natural. Hízose Colón sordo, sin embargo, á las insinuaciones de Buil, y trocó la pena militar demandada por aquel celoso y exaltado Vicario, con el cambio recíproco de objetos y productos pertenecientes á cada cual. Guacanagari donó al Virrey piedras preciosas, ocibás muy estimadas en su pueblo; una corona de oro macizo, y una huera ó calabacita repleta de oro en polvo; mientras, á cambio, el Almirante le dió á él cuentas de vidrio, que brillaban á sus ojos como riquísima pedrería; cuchillos y tijeras, muy aceptos donde no había hierro á causa de su coste; agujas y espejuelos, todo lo cual no valdría cinco reales, y, sin embargo, el cacique lo quería y lo tomaba todo, creyéndose con sinceridad, en su natural candor, un verdadero rico. Y realmente, si aquel cacique se adelantara con el pensamiento á los tiempos, y viera su desarrollo en el seno monótono y uniforme de la eternidad, seguramente comprendiera que aquel continente áureo no había de

valer por el oro nativo encerrado en sus prolíficas entrañas: había de valer por su trabajo, por su industria, por las producciones del arte y del pensamiento humano, que comenzando en bujerías como las dadas á Guacanagari por Colón, acaban en la máquina de vapor, en el comunicativo telégrafo, en el teléfono, en el pararrayos, en la centella eléctrica del cielo, tan temida, puesta como alba luz misteriosa en la frente del género humano, redimido de la servidumbre y coronado por tan etérea diadema. Sin embargo, la humanidad no conoce á primera vista los bienes múltiples que le granjea el trabajo, y no suele, sino con mucho tiempo y con muy larga experiencia, enterarse de los opimos resultados del progreso. Los altares de la gloria y de la inmortalidad están todos fundados en aras de sacrificio y piden á una holocaustos cubiertos por vapores de sangre. La fábula de Prometeo, la historia de Sócrates, el Gólgota de Cristo, debían repetirse aquí en el descubrimiento de América, trocándose, por una fatalidad, en desengaños horribles las más legítimas esperanzas, y y mordiendo como víboras venenosas á sus propios autores los benéficos progresos que más habían de utilizar en lo porvenir la humanidad y la tierra.

Historiemos. El Almirante pensaba establecer una población en la Española; pero desistió de señalar sitio tan infausto como aquel donde se levantó la desaparecida Natividad. Movióle á este desistimiento, no tan sólo su propia pena por lo sucedido, el consejo de su aliado indicándole otros más propicios y favorables territorios. Aunque los exámenes médicos del cuerpo de tal reyezuelo y las capas moriscas, así como los arambeles andaluces encontrados en las chozas de sus siervos, indicaban un proceder bien contrario á los españoles, enardeciendo las exigencias de Buil contra la pérfida tribu; el pago de la visita hecha por el Almirante al cacique se puntualizó con reciprocidad por éste, y las advertencias oídas con atención tanta por Colón se dieron por el cabeza de aquellos naturales con verdadera honradez. Razas de suyo pueriles todas estas razas primitivas, á to-

de las emociones dispuestas como los niños, facilísimas en pasar del odio al cariño y del miedo á la confianza, olvidaron pronto los desórdenes y las discordias de los espanoles allí muertos, para de nuevo acatar como sobrenaturales á los que llevaban en esta segunda expedicion artefactos múltiples del trabajo é industria con tipos de animadas especies, tan superiores áquellos á sus humildes enseres como estos á sus animales domésticos. Las espadas relucientes como siniestros cometas, las espingardas fulminantes como tempestuosas nubes; el cañon preñado de muerte, y tan poderoso y tan rápido en la obra y hechura de sus estragos como las fuerzas destructoras en el universo; aquellos trotones con sus ginetes, considerados como sobrenaturales monstruos por gente que nunca los habían en su ignorancia invencible, no ya visto, ni siquiera imaginado; los reverbeos de las lanzas, en cuyas aristas el sol se rompía, y los crujidos de las banderas multicolores, dadas al viento, asi como las armaduras, en cuyo acero los cuerpos se encerraban, y los penachos parecidos á celestes aves posadas sobre los cascos; tódas las circunstancias de los recién llegados infundían terrores análogos á los muchos de que tantas raligiones han brotado, y depertaban culto y obediencia como los ofrecidos á tantos y tantos dioses, en las supersticiones del alma que generan innumerables mitologías. De todo debia aprovecharse Colón para la gigantesca obra del comienzo de la civilización cristiana eu el recién hallado mundo, cuya importancia no pudo conocer después de haberlo descubierto, cual Moisés después de haber guiado los israelitas hacia la deseada predilecta tierra, no pudo llegar á su seno y morir en su regazo. Apresurábase Colón á establecer colonia con mayor motivo en vista de lo difícil que para él era la vida errante marina, en la cual se facilitaban mucho las frecuentísimas fugas de indigenas huidos á las seducciones del mundo culto y católico, como verdaderamente añorados de su libertad y de sus selvas. A diez leguas de Monte Cristi establecieron la cindad llamada Isabela, en recuerdo de la Reina, den-

tro de lugar á esta clase de colonias muy propicio, por lo puro del aire y lo fértil del suelo y lo abundante del agua y lo copioso del material de construcción y la suma de condiciones favorables, que le auguraban un destino bien opuesto al que tuviera la desgraciadísima Natividad. Mas para construir un establecimiento así, necesitábase del universal trabajo; y para emplear el universal trabajo, necesitábase del auxilio y del concurso de todos los recién llegados; y para obtener el auxilio y el concurso de todos los recién llegados, necesitábase que tanto grandes como chicos, patricios como plebeyos, pobres como potentados arrimaran el hombro á la común obra y empleasen las fuerzas personales suyas en el colectivo esfuerzo. Trasladaos desde un tiempo como el nuestro, de industria y trabajo á un tiempo como aquél, de guerra y combate; pensad en los privilegios que todavía separaban á unos ciudadanos de otros y en los abismos que á manera de fosos encastillaban los altos en sus fortalezas y sumergían á los pequeños en el polvo de sus terruños; medid el menosprecio sentido por la hidalguía ociosa y por los caballeros que la representaron al trabajo y al comercio, á todo lo manual y útil, tenido generalmente arriba por deshonroso; y decidme cuál afecto sentirían de cruel desengaño los idos allí al llamamiento de una soñada riqueza extendida por todas partes, á flor de tierra, y puesta en sus manos por el mero conjuro de la personal presencia suya, como llovida del cielo, encontrándose con la corvea de una jornada diaria sin jornal y con el deber de arrancar piedras al suelo y sobreponerlas en paredes y murallas como los últimos albañiles, cuando habían soñado con hallarse tras los arrestos de una expedición tan temeraria y los contratiempos de unas tan procelosas navegaciones, elevados al carácter y al poder y al oficio de verdaderos reyes. Trabajar los guerreros, en tiempo de verdadera esclavitud, sobre la tierra y con los brazos; empleando las fuerzas ennoblecidas en la vega de Granada para serviles oficios; parecíales una terrible abominación, y realmente á sus ojos era como un descenso en

las escalas del ser y de la vida, como una retrogradación desde la naturaleza nobilísima de dioses á la vil naturaleza de bestias. Luego, aquellas fecundas campiñas, hinchadas de savia y cubiertas por espesos toldos de ramaje, y con las alfombras de una vegetación lujuriosísima, donde se hundían como en los abismos oceánicos el náufrago, y se enredaban como en las redes el ave, no producian frutos gustosos al paladar de los españoles y asimilables á su estómago y á sus fibras.

Faltaba el bizcocho llevado de allende, y habia necesidad imprescindible de levantar molinos para procurarse harinas con que amasar lo necesario al sustento continuo; con todo lo cual, aquellos, que habían ido alli por oro, se hallaban sin pan y en el caso de maldecir la hora en que asistieron al reclamo de tantas promesas y zarparon en pos de una engañosa felicidad. La escasez de bastimentos, menguados á la vista, para su alimentación; la frecuencia de calenturas, despedidas por los miasmas de un suelo removido; la triste alongación del hogar patrio, cada día echado con mayor tristeza de menos: la falta de sueño, consiguiente á las vigilias pedidas por mares no surcados y por tierras ignoradas; tanta y tanta contrariedad como trae apareja-da una exploración bien diversa de las soñadas bienaventuranzas, postraron á todos en cama, y con todos al mismo Almirante, apenado y fatigadísimo de aquel doble combate con les elementos y con los hombres, capaz de herir y perder á la naturaleza más fuerte y más robusta con sus terribles golpes. Pero había menester de una grande actividad, y á brazo partido luchaba con las horribles abrumadoras fatalidades. Y por lo mismo que luchaba con la fatalidad, promovía uno tras otro natural obstáculo, surgidos todos en su contra, por el conjuro mismo de sus ideas y por el esfuerzo de su voluntad, como si luchase amén de con todos los demás, consigo mismo, en tan titánica guerra. Y así, enardecido por la fiebre, con los ojos fuera de las órbitas, pegado el pellejo al hueso como en la figura de un penitente asceta, moviéndose cual en una especie de sonam-

bulismo, donde se confundían el sueño y la vigilia, el pensamiento y el delirio, ordenaba lo necesario á la construcción de ciudad tan importante como la Isabela, y disponía lo necesario para dar con aquella Cibao, tantas veces descrita por los indios y por él considerada como la Cipango áurea de las tradiciones asiàticas, creyendo todavía estar en el viejo mundo después de haber ya èncontrado el nuevo. Era necesario desvanecer el desengaño sufrido por los exploradores y cosechar el oro aguardado de tantas promesas. Unas minas como las de Cibao pre_ sentaban ocasión á lo primero, y un Capitán como Alonso de Ojeda tenía medios en su actividad y en su coraje de acaparar tal sitio y unirlo con los dominios de Castilla. Colón expidió á Cibao al capitan Ojeda. Ninguno de los expedicionarios personificaba como este guerrero heroico la edad aquella de combates y de conquistas con que concluía y terminaba la Edad Media Su armadura parecia más de él que su cuerpo mismo. Su fuerza nunca se paraba ni detenía delante de ningún obstáculo. En los naufragios parecia, según su nadar, un pez; en los asaltos un pájaro, según su vuelo; en los combates, con mahullidos de tigre daba zarpazos de león. Las postreras campañas del poema de la reconquista le habian servido para esgrimir toda clase de armas y correr todo género de aventuras en una vida más propia de la poesia que de la historia. Pertenecia de suyo á los que penetraban de pronto en los torneos árabes, retando cien contra uno; y á los que trocaban un tronco en chuzo; machucando ompañias enteras de fuertes enemigos; y á los que clavaban, ra s una correria entre las huestes moras, el dulce nombre de Maria en los portones de Granada. Una vez que la Reina Católica miraba desde lo alto de la Giralda el abismo profundo allá abajo, él muy erguido y muy gentil, corrió sin vacilaciones y sín temores por un palo tendido desde la torre sobre el vacio, con general asombro del público, que no podia comprender ni lo seguro de la cabeza, ni lo fuerte y animoso del corazón. ncho de espaldas, nervudo de brazos, fuerte de fibras, aceradi-

simo de músculos, hercúleo de huesos, resistente al dolor hasta frisar con la paciencia de un mártir y corajudo en el ataque hasta dejar tras sí á los más temerarios combatientes; aquel hombre sólo tenía un defecto: el ser bajo de estatura, no obstante su fortaleza de cuerpo. Mas en el combate crecía como enorme gigante, cual sus hechos semejaban soñada fábula. Este hombre fué á Cibao por mandato del Virrey, con grupo cortísimo, en correría temeraria. No tubo que apelar entonces á la fuerza; se le rendían los indígenas de grado y le dejaban su camino libre. Por tales excursiones vemos que aun en la Española no había nacido el sentimiento de propiedad, y que la vida en común, presentada por todos los utopistas de la Historia, tenía un vigor tal allí, que todos los objetos entraban en el acervo colectivo, pertenecientes á todos, sin que se distinguiese lo propio de lo ajeno en aquella primitiva confusa indistinción, semejante á rudimentario protoplasma, donde se guardan familias y sociedades futuras como la flor y el fruto en los cerrados gérmenes.

Poco después de la Isabela encontraron unos campos edénicos los exploradores, llamándolos Vega Real, y poco despuès de la Vega Real encontraron el criadero de oro, llamándole Cibao, como los indios, pero uno y otro encuentro imponían sumo trabajo; y el trabajo repugnaba con repugnancia invencible á los colonos idos á recoger metales preciosos, no á derramar sudores acerbos. El disgusto general se personificó en un hombre; y este hombre urdió una conspiración. Llamábase Bernal de Pisa el conspirador y habia pasado de alguacil de la corte á contador de la flota. El exceso de fatiga y la falta de alimento le habían movido á conjurarse contra Colón; y la conjura le habia llevado á expresar en amargos plañidos los agravios que creía llevar en el alma eomo heridas abiertas por las obras y por las palabras del descubridor. Así trazó el memorial correspondiente de quejas con ánimo de dirigirlo á la Reina, encerrándole, para precaverlo de toda pesquisa, en una boya. Pero esa boya se

descubrió; y fué á dar como cuerpo de delitos en manos del Virrey, que se apercibió á ejercer sus facultades como administrador de justicia y á reprimir con violencia y reparar con castigos aquella rebelión, cuyo contagio debía contrastarse por medio de la mayor severidad. Asi Pisa fué preso y atado. El artificio de las aceñas para los molinos habia eostado grande trabajo; y este trabajo traido gravisimas enfermedades; y estas enfermedades necesitado remedios regateadisimos por la sobrada previsión y parquedad del Almirante á las que llamaban los malheridos miseria y codicia. Mas no aparecia tan grave la rebelión abierta de Pisa contra Colón, cual una resistencia hipócrita, desde los comienzos de aquella segunda exploración, al explorador opuesta por los eclesiásticos llevados á bordo para ejercer su divino ministerio en los cristianos y bautizar á los indios. Religioso Colón hasta el punto de pertenecer á la Orden Tercera de San Francisco, y rezar como si viviese vida de monje, sus libros piadosos y de horas á diario, no habia llevado ningún eclesiástico al primer viaje y llevaba muy pocos al segundo; si habemos consideración al fin que debian cumplir tan alto y al imperio que debian tener entonces las ideas religiosas y teológicas, asi sobre las conciencias como sobre los ánimos. El delegado apostólico debió tan increible designación á su capacidad intelectual y á sus aptitudes morales; pero su virtud enérgica y su temperamento robusto y su voluntad firmísima, calidades indudablemente de primer orden para un estadista civil aparecian como despegos y desabrimientos en este ministro religioso. Estuvo largo tiempo de buenas con el descubridor. Bendijo sin duda el viaje aquel en que las islas iban apareciendo como nereidas de la fábula en los sendos costados de la naves; y una especie de cielo dilatándose bajo el corte de las quillas. Confiado en la cosecha de gran suma de bienes, crecian sus esperanzas al contacto con aquellas fulguraciones de vida. Pero se le vinieron encima todas estas esperanzas y lo aplastaron; así que vió el reverso de la medalla, es decir, una fortaleza tan bien

aparejada como el castillo de la Natividad en ruinas, y una guarnición tan animosa, como la que allí quedó, muerta y sacrificada por los indígenas. Vino la primer discordia entre Colón y Buil de la benignidad empleada por el Almirante con las tribus á la Natividad cercanas y con su cacique, merecedores, en concepto del monje, de un grande castigo. Y sobrevenido el disentimiento, se agravó al choque de las dos inteligencias y de las dos voluntades aquellas. Buil creia su poder eclesiástico, delegado del Pontífice, con facultades para inmiscuirse á su arbitrío y á sus anchas en asuntos civiles, como Colón creia su poder politico, delegado del Rey, con facultades para inmiscuirse á su arbitrio y á sus anchas en asuntos eclesiásticos. Disintiendo á cada paso uno con otro; el sacerdote negaba sin escrúpulo al seglar los auxilios espirituales y el seglar negaba sin empacho al sacerdote los auxilios materiales. Reprodúcese aquí la eterna discordia entre la potestad espiritual y la potestad temporal.

Así como la epopeya fabulosa del antiguo mundo, la Iliada de Homero, comienza por un disentimiento entre Agamemnón, monarca, y Chryses, sacerdote; la epopeya histórica del mundo moderno, la invención de América, comienza por un disentimiento entre Buil, delegado de los Papas romanos, y Colón, delegado de los Monarcas españoles. Sin embargo, cuando, comenzada la Isabela, Colón expidió ciertas naves correos á la córte, mientras Pisa maquinaba perder al Virrey en la consideración de los Reyes, y denostaba su obra y le decia embustero á boca llena, por lo cual se atrajo un castigo del denostado jefe y la consiguiente prisión, Buil, por todo extremo loaba los viajes y describia las islas descubiertas en perfecta consonancia con el descubridor. Pero, dejando aparte la diferencia por el asunto de Guacanagari suscitada, lo que más determinó la enemistad y discordia entre ambos fué aquella provisión de bastimentos, tasada para todos por Colón y que Buil no juzgaba extensible á los eclesiásticos, quienes debian quedar exentos de las limita-

ciones y del previo señalamiento impuesto por lo calamitoso de las adversas circunstancias. Buil y sus defensores quieren explicar los procederes aquellos con el Almirante, atribuyéndolos á la eficaz virtud y obra de una intercesión suya piadosísima en favor de los indios, la cual intervención poco se compadece con la ira generada por las bondades del Almirante al cacique Guacanagari. No, Buil se partió de América en aquel momento á la sugestión de una competencia con el Almirante y Virrey en materia de poderes y atribuciones. Herido por las facultades superiores que se arrogaba Colón, fué poco á poco entrando con el espíritu y con el ánimo en cuantas resistencias á Colón oponían sus inferiores y en cuantas rebeldías se tramaban durante crisis tan aguda y mortal. No se confabuló con Pisa; pero se confabuló con Margarit. General éste, por sus legítimos títulos primero y además por sus calidades varias, del ejército de ocupación en Cibao, mandaba el fuerte por Colón erigido y la guarnición allí situada y toda la comarca circundante, mientras iba Ojeda de un lado á otro en maravillosas correrías, tanto para proveerle y asistirle á él como para explorar y conocer aquel áureo territorio. Partido el capitán tierras adentro y el Almirante mares afuera, Margarit quedó á las órdenes de un superior consejo sito en la Isabela, donde componían los principales factores en el producto de la suma ó multiplicación de poderes el P. Buil y Diego Colón. Débil éste, dejaba que Buil hiciese cuanto el gusto lo demandase; y airado ya Buil con Colón, en aquellos días ausente, mientras el Profeta exploraba Cuba é invenía á Jamaica, dejábale toda rienda suelta sobre el cuello á Margarit. Para la disciplina del inferior en milicia necesita un superior ser el primer disciplinado siquier sea completamente libre. Mal avenido Margarit con las tristes asperezas de un territorio minero, plúgole holgarse y esparcirse por la deliciosa Vega Real, entre cuyas florestas encontró una Capua que granjeara toda clase de placeres á sus desatinados sentidos y á su voluntariedad nativa toda clase de arbitrariedades. Opresos los indios por tales fatali-

dades, tomaron una resolución de suicidas: para concluir ellos y concluir con el general y su gente, dejaron de sembrar y carecieron, á virtud del abandono aquel, de todo sustento, acortándolo así tambien á sus enemigos. Al hambre morían las gentes cual moscas y reinaban las enfermedades varias cual si estuviesen aquellos siervos bajo el exclusivo imperio de la muerte. Margarit mismo se inficionó con vergonzosa infición, producida por los placeres anejos á sus holganzas. Algún recurso nuevo llegó de Andalucía en barcos que habían expedido los Reyes á Colón, así como Colón expidiera por su parte barcos á los Reyes. Pero, como en éstos fueran con Torres, el jefe de la expedicion, á la corte noticias de la Isabela; en los barcos de la corte fueron á la Isabela; como jefe de aquella nueva expedición, Bartolomé Colón y las consiguientes noticias de los Reyes. A la verdad no era Bartolomé del temperamento tímido de su hermano Diego, y aun del temperamento bondadoso de su hermano Cristóbal, era de un temperamento resuelto y fuerte; tan curtido de alma como de cuerpo, y tan acostumbrado á combatir con el oleaje de las pasiones como con el oleaje de las tormentas.

Llegado allí, como Cristóbal estuviese, vuelto de su viaje, postrado y sin conocimiento ni sentido, tomó las riendas que Diego no había querido tomar, y se puso á regir la colonia con el derecho de que le revestían tanto su firme voluntad como su glorioso nombre. Cristóbal habia cautivado en la Española con alardes á los indios dóciles, y con batallas á los indios altaneros. Había enviado, para someter á los unos y retenerlos en la sumisión, los añafiles y los atambores con las banderas vistosas y con las cabalgaduras cubiertas de acero, que tanto lustre daban á los jinetes y tantos visos de dioses. Cuando esto no le bastaba, empleó la fuerza. Con una correría de los caballeros y una descarga de los mosquetes y una fuerte ayuda de su aliado Guacanagari rompió en pedazos los rebeldes y sometió á España la Isabela, que crecia con celeridad; la vega, que semejaba un Paraiso; la sierra de Cibao, tan rica en vetas de oro y tan llena

de gozosas esperanzas. Las pesimistas ideas de Buil y las malas pasiones de Margarit, general y apóstol primeros en las tierras invenidas, perturbaron asi la invención como las sucesivas apropiaciones de lo descubierto. Uno y otro zarparon á hurtadillas de la Española y se partieron á España, con rompimiento del estrecho lazo de deberes que le ceñian al descubridor y con voluntad resuelta de perseguirlo y perderlo en la corte. Uno y otro merecen el anatema de la historia universal y de la humana conciencia. Cuanto han intentado sus inhábiles defensores para excusarles, no ha servido sino para hundirlos en justa y unánime reprobación. Que fuera fraile, ya mínimo, ya máximo, el Padre Buil; que llevara bula más ó menos auténtica y más ó ménos lata del Pontifice Alejandro VI; que pudiera volverso ó no, según su grado y albedrio; que no sufriese la sujeción, en su carácter de catalán, al genovés; no atenúa la enorme falta cometida, hurtando el cuerpo á sus penosos deberes en estado de peste y guerra, para irse airadísimo en pós de innobles desquites y cortesanas intrigas, cuando le invitaban á quedarse alli la gloria de construir y consagrar el primer templo del Mundo Nuevo al Dios de los cristianos; el sacro deber de un ministerio destinado á respirar el último suspiro de los moribundos y á enterrar el triste despojo de lo muertos; la esperanza de verter el agua de los bautizos cristianos sobre las frentes y las ideas católicas sobre las almas de los indios adoctrinados y redimidos; la consideración de qne aquellas selvas podrian trocarse á una en iglesias vivas del Eterno, y aquellos inocentes indios en bien aventurados del empireo, si, desciñéndose, como debia, él de todo cargo civil y de todo empeño politico ante aquellas islas, necesitadas de su religión y de su virtud, empleaba para doctrinarlas en el dogma y ungirlas con el óleo santo los esfuerzos de un verdadero apostolado y corria sin arrogancia y sin temeridad los riesgos de un redentor martirio.

Coincidiendo con muchos de los sucesos antes historiados, adelantándose á ellos ó retrocediendo un poco, empezó el ex-

plorador exploraciones nuevas, con ánimo de cumplir el ministerio recibido de los Reyes y extender los descubrimientos y tomar de éstos plena posesión; En las múltiples calidades, componentes de suma tal, como su genio profético y su espíritu luminoso, había el piloto ejercitado la observación en términos de que atendía con cuidado á muchos objetos de estudio y los notába con esmero. Contaba y no acaba, por ejemplo, en la Española, de aquellos indios desnudos, cuyos cuerpos, en su desnudez, parecían, por lo durísimos, pétreas esculturas, y por lo pintarrajeados, esculturas policromas; de los cenus grandes ó ídolos movidos á formular oráculos por medio de cerbatanas, que iban á los labios, ó del sacerdote, ó del creyente mismo, y de los cenus pequeños, que pendían como amuletos y medallas, ensartados en guitas, de las sienes; del ocio impuesto por aquella naturaleza exuberante, donde se bebía y se respiraba la vida y su alimento, como el agua y como el aire, sin esfuerzo y sin fatiga; del baile semejante á un ejercicio litúrgico y del tabaco apurado hasta la embriaguez y el envenamiento; de las bebidas fermentadas hechas con maíz mascado; de las brujerías y sortilegios empleados en las enfermedades; atendidas y curadas en juntas de brujos ó hechiceros; del estrangulamiento inferido al desahauciado para precipitar su muerte y atajarle las ansias ó agonías postreras; del culto á los muertos, cuyos cráneos reverenciadísimos se colocaban junto á los prestigiosos idolillos; en fin, de aquel estado edénico, á una sociedad primitiva connatural, con todos los encantillos y con todos los inconvenientes también de la primera infancia. Nada más congruente con el ministerio desempeñado y el oficio ejercido por Colón, que ir extendiendo con los nuevos dominios las observaciones, unas veces apuntadas por él en persona, otras por compañeros suyos tan diligentes como el médico Chanca. El 24 de Abril, en la primavera del año 1494, comenzó la exploración capital de este segundo viaje. Dirigióla Colón desde la Española, con tres buques á Cuba, muy al revés de los años anteriores. que fué de

Cuba á la Española. En los primeros encuentros repitierónse las escenas de siempre. Huyeron los indios á la primera vista de los recién idos, y se mostraron dándose á partido, aunque recelosos y vigilantes, así que los creyeron buenos é inofensivos. En esta reacción de ánimo á favor del huésped oolmaban los naturales de dones con cariño á los que miraran poco antes con terror. Así acaeció en la hermosísima bahía de Santiago, desde donde, al bogar en busca del oro esperado y requerido, con sólo navegar unas cuantas leguas marinas, descubrieron la Jamaica, realzada por montañas aeriformes, que parecían transparentes en la diafanidad del aire y ceñidas de multicolores nubarrones. Valle de bienaventurados la llamaba en sus transportes de intenso entusiasmo Colón, y el nombró le puso de nuestro nacional patrono Santiago, que supo convertir á Compostela en una Jerusalén de Occidente, visitada de innumerables peregrinos y henchida de piadosas plegarias. En prados de verdura, bajo cielos etéreos y junto á mar diáfano, veiánse innumerables bohíos compuestos de ramas y troncos, que guardaban población muy numerosa, la cual expedió varios naturales en canoas larguísimas á impedir la profanación del suelo, y á contrastar la entrada del recién venido, blandiendo lanzas manejadas con suma destreza y lanzando gritos despedidos con fragoroso espanto; pero á estos impulsos del terror sucedian emociones más dulces, unas veces despertadas por el miedo y otras provenidas de la reflexión, las cuales permitieron al piloto anclar en dos bahias y reconocer algunas costas. Mas, como quiera que lo principalmente alli buscado, el oro, no se hallase, tomó de nuevo el rumbo á Cuba, explorada con grande prolijidad, y merecedora de aquella devoción por el espectáculo maravilloso que ofrecian las aguas transparentes, llenas de peces, cuyas escamas, parecidas á preciosas lacas, dejaban lineas de colores y círculos en el celeste líquido; por las costas, en que gigantes tortugas andaban perezosamente al lado de conchas y caracoles tendidos entre las guijas, como perlas y ópalos en infusión próximos á

cuajarse; por los bosques de resonantes palmera cargadas con frutos, los cuales mitigaban hambre y sed con sus zumos y con sus azúcares; por las bandadas de pájaros, parecidos, según las pintadas plumas, á ramilletes volando sobre la flora tan varia y entre tan intensos aromas; por las canoas llenas de ofrendas y tripuladas con indios coronados de vistosos plumajes; por los ritmos de las danzas populares, movidas al dulce deseo de vivir; por el coro de los arpados sinsontes; por todo aquello que percibían gusto, y olfato, y vista, y oido, en el esplendor de la Naturaleza y en el exceso de la vida. Cuba no solamente sobre los sentidos de Colón ejercia este májico influjo; ejercíalo también sobre su alta inteligencia. Engañábalo como una especiede maga, diciéndole no ser isla como decían muchos en sus consejas, sino aquel continente asiático flotante con su preste Juan de las Indias y su grande Kan de Tartaria en los fantaseos producidos por las tradiciones medioevales. A cualquier indicio le sacaba la punta de su engañosísima superstición en el estado hipnótico á á que lo alzaba la seguridad completa de haber hallado el extremo oriente por el extremo occidente. Nadie ignora como se llama desde los griegos acá el mundo de los largos ropajes blancos á los imperios asiáticos. Las flotantes túnicas de lino, usadas por emperadores y sacerdotes, justifican esta calificación. Colón porfiaba en buscar los pueblos de los blancos ropajes, y algunos de sus intérpretes le aseguraban haber oído á indios la existencia de gentes así vestidas en aquellos países. Con efecto; un dia que cierto grupo de tripulantes desembarcó en Cuba, emboscóse con facilidad en una de aquellas selvas, donde los ramajes entrelazados como en bóveda, y las lianas tendidas como tapices, y las hierbas altas á modo de laberintos, extienden la noche material, magüer el pleno dia, ó por lo menos producen una especie de tibio crepúsculo, semejante al compuesto por los cruces del centelleo de los astros sobre nuestra retina en el anochecer ó en el amanecer tropicales. Rezagóse uno de los exploradores en aquella dulce obscuridad; y de súbito se le apareció extraño perso-

naje cubierto de blanca túnica y parecido por su estatura y por su porte á una estatua que allí ambulara. Tomólo al pronto el animoso español por el fraile de la Merced que acompañaba la expedición, quizás descendido á tierra. Pero, ¿cuál no sería su asombro, y como se pondría de nervioso y espeluznado, viendo que al primero sucedían otros muchos, puestos en dos hileras, iluminados por los inciertos resplandores y perdidos en los lejos del follaje, que se movían como al acaso, y moviéndose; le saludaban á una con caprichosas reverencias de todo el cuerpo, con especialidad, de las altas y angostísimas cabezas? No sabiendo qué hacer el sorprendido, retrogradó espantado con riesgo de caerse de espaldas, mientras la visión se desvanecía y se disipaba en los lejos de aquellas cambiantes perspectivas. Muchas apariciones de tal género referían los cuentos cambiados por los exploradores en las correrías de mar ó tierra y en las vigilias á ellas consiguientes. Las Casas nos refiere, cómo por las noches, en el recinto donde se construía la Isabela, cubierto por los despojos de tantos cadáveres como tendieran en tierra los efluvios de la peste, veíanse figuras de caballeros, con sus espadas al cinto, sus collares al cuello, sus mantos á la espalda, sus corazas al pecho, sus guanteletes al brazo, sus espuelas al pie, sus ropillas al cuerpo, quitándose las cabezas ceñidas con blasonadas gorras de plumas, en saludos sobrenaturales á los viandantes y esparciendo por el aire largos y lastimosísimos sollozos. En tal situación de las cosas y en tal estado de los ánimos, nada tan propio del buen sentido como atribuir á hipnosis ó alucinaciones de la vista los ropajes aquellos, ó al paso por allí de grandes aves conocidas, muy semejantes, por su porte y por sus actitudes, á verdaderas personas. Pero Colón vió en aquello un indicio más de la existencia del pueblo de los ropajes y otra fianza más del carácter continental de Cuba. No le cupieron desde tal expedición dudas á ese respecto, cual demuestra la increíble ceremonia de su bajada con un escribano y varios testigos á tierra, levantando acta notarial, que hacía de

la región aquella un verdadero continente, y conminaba con pena tan terrible como la horadación por un hierro candente á toda lengua capaz de llamarla isla. No lo creeríamos, en verdad, si un documento auténtico y solemne, con todos los caracteres de la evidencia irrefagable, no lo confirmase. El 6 de Julio entró en el golfo de Santa Cruz, y sobre uno de sus cabos ordenó que se levantase improvisado altar y se dijese misa bajo el dosel de las palmas. Al oir el murmullo de los rezos, y notar la devoción ferviente con que veían la hostia consagrada los cristianos de hinojos y se daban entre abrazos el beso de paz; un anciano indio se conmovió al punto de manifestar la reverencia, con que á semejantes ceremonias hermosísimas asistiera, y la esperanza por ellas despertado de inmortalidad, explicable dentro de sus ritos merced á transmigraciones, donde las almas se purifican por obra de los castigos y de los premios eternales. Tales palabras, y algún que otro acto, indicaban ciertas inclinaciones en los indios hacia los españoles; despertadas dentro de los ingenuos ánimos salvajes por la natural y evidentísima superioridad de los civilizados. Unas veces aparecía inteligente y apuesto jóven, que; sobreponiéndose á su familia llorosa, requería plaza de los tripulantes en cualquier nave al deseo de ver las regiones, desde donde hombres tan sobrenaturales bajaban; otras veces maldecía un viejo su estrella que le deparaba tan tarde la vista de aquellos huéspedes revestidos del carácter de dioses y con los cuales queria vivir y morir; otras veces los primates de tribus enteras prestaban homenaje, y pedían entrar en aquella corporación de cristianos, alardeando con sus arcos de buenos auxiliares para toda empresa, y ofreciendo á los ojos maravillados, sobre canoas esculpidas ricamente, sus preseas más hermosas, los cinturones de bordado algodón, los mantos de multicolores plumajes devestidos de las más pintadas especies, las banderas semejantes á las colas de las aves llamadas por los iris en ella extendidos pájaros del Paraíso, las ajorcas pendientes como nuestros zarcillos de las orejas, los cintillos de pedrería en las

sienes, y colgados al cuello de una cadena las láminas de oro sobre sus pechos. Así Colón se holgaba en ver cómo surgían las islas á su paso y como se acercaban, después de haber huído al primer encuentro, los naturales reconciliados con los españoles por el siguiente reflexivo impulso en las canoas cargadas de ricas ofrendas. Gozábase mucho con los nombres á dar y con los datos á recoger en aquellas exploraciones. A un grupo de numerosas isletas le llamaba Jardin de la Reina, en homenaje á Isabel I, y á una mayor, como la de Pinos, Evangelista, en recuerdo y conmemoración del cuarto Evangelio, donde resuena el verbo creador. Mucho más anduviera, y á poco de haber andado en fines de Septiembre, persuadiérase á tomar Cuba por isla en una reveladora experiencia que ya iba pronto á ofrecerle su derrotero, cuando los vientos le contrariaron de tal suerte, y las vigilias y los cuidados le pusieron en términos tales, que á fuerza de luchar con los elementos contrarios y con los obstáculos espirituales, que á su providencial ministerio y destino se oponían por todas partes, cayó enfermo en términos de haber quedado como muerto, sin conocimiento, ni sentido, mostrándose tan sólo la vida que le restaba en los horrores y exacerbaciones de una fiebre altísima.

CAPITULO XXVII.

CAUSAS DEL REGRESO SEGUNDO DE COLÓN Á ESPAÑA

QUÉ sucedía en Castilla miéntras Colón erraba por Haití, por Cuba, por Jamaica, por Pinos, por el mar de las Antillas y arribaba casi muerto á la Isabela? Dos expediciones habían de este último punto zarpado hacia España en aquel año, noventa y cuatro, una muy favorable al descubridor y otra muy adversa. De las dos hemos en otro lugar hablado, la favorable comandada por Antonio Torres, y la contraria por Margarit con Buil, aquella bajo los auspicios de Colón, ésta en abierta rebeldía contra él y en desacato á él. Cuando llegó por primera vez Torres, un tropel de ilusiones y esperanzas revoloteaban y relucían en torno de su nave. Llevaba las epístolas del Almirante con informes verdaderos de sus innumerables descubrimientos, y piezas y ejemplares de oro bastantes á deslumbrar al mas desconfiado. Con decir que un pedazo de oro nativo, entre los que Antonio Torres ofrecía por encargo de Colón á la vista del Estado español, pesaba nueve onzas, está dicho cuanto cebo daría de suyo al vulgo. pagadísimo del áureo país recién nvenido á los conjuros del mago y á los presentimientos del profeta. Todo era júbilo en las maravilladísima España, y el entusiasmo, despertado por la vuelta de Colón en persona tras el

primer viaje, se reproducía con motivo de este regreso en la persona de Torres. Así, por Agosto de aquel año expidieron los Reyes cartas muy laudatorias á Colón en una flotilla que gobernaba el hermano de éste, Bartolomé, recibido bajo los mejores auspicios y despachado con toda suerte de ventajas. A la espedición de Torres, llegada en primavera, subsigue la espedición de Margarit, llegada en otoño. Tres meses fueron bastantes á trastocarlo todo. Buil, que se había hecho lenguas de los descubrimientos en cartas llevadas por Torres á los Reyes, desembarcaba tras tan corto espacio echando pestes de los descubrimientos y del descubridor. No pueden referirse los desloores y los denuestos que proferian en los oídos de cuantos les prestaban atención y tenian en éstima sus calumnias. Los Reyes, á pesar del natural desconfiadísimo de Fernando, no procedieron en tal extraño trance con ligereza, ni aceptaron como buenas al primer impulso las malas noticias. Se recogieron y meditaron, cual á su responsabilidad cumplía. Pero, mientras Margarit y Buil denostaban, el silencio subsiguiente al apartado discurso de Colón por jamaica y Cuba parecía decir que todo estaba perdido, como los recien llegados decían de todas maneras y propalaban por todas partes. Así como la obscuridad aumenta los fantasmas del sueño aumenta el silencio los recelos sugeridos por la perplejidad y por la incertidumbre. Encontraban los recelos despedidos por tal estado de las inteligencias su nutrición en las maniobras del arcediano Fonseca, puesto por los Reyes á la cabeza de un departamento tan alto como lo que podriamos llamar el Ministerio de relaciones con Ultramar, consagrado, en parte por malicia natural y en otra parte por sórdidos intereses del pro de la nación, al pro y al provecho suyos en una aviesa y triste administración, únicamente notada por lo mucho que á todo el mundo molestaba y lo mucho también que el administrador enriquecía. Los despechos de Margarit y los enfatuamientos de Buil quedaran baldíos á no tener el apoyo de Fonseca, quien, ofendido con Colón por las preferencias que merceía el descubridor á los Reyes, per-

turbaba las relaciones entre ambos y su Almirante, desistiendo del bien para que fueran ordenadas ciertas disposiciones y engrosando en el lente de sus personalísimos rencores ciertas irreparables faltas. Poco tiempo llevaba Colón de gobierno en la Española para que pudiera cometer muchos errores, y harto complejos resultaban sus cargos para que no hubiera de considerarse con una grandísima circunspección cuanto superaban á fuerzas aún sobrehumanas como las suyas. Luego el principal desengaño traído por los irreverentes consistia en la escasez de oro, en lo cual no sabe uno que reprobar y condenar más, si la malicia ó la ignorancia, pues no podia responder Colón de ta carencia, y aún habiéndolo en abundancia, como lo habia, no estaba de ningún modo á flor de tierra, sinó que obedecia de suyo al esfuerzo empleado en buscarlo, y entregábase, como todos los productos, al empeño gigantesto del trabajo; Más fundadas que las acusaciones burocráticas de dos estadistas como Buil y Margarit, parècenme las acusaciones morales de un historiador como Las Casas, quien, dando de mano á todo interés económico y político, juzga los males caídos sobre un tan grande hombre como el Almirante, de facultades naturales rayanas en divinas, á trasgresiones de la ley moral tan grandes como la imposición de gravámenes y corveas, dificilísimas para los indigenas como la presentación de cascabeles y dedales flamencos repletos de oro al Erario; como la suelta de perros feroces que incaban en las carnes desnudas de los indios sus agudos dientes hasta destrozarlos, convirtiendo las guerras, no obstante sus violencias, reguladas por ciertos principios jurídicos, en un ojeo y caza de humanos seres; como la reducción de los indigenas á siervos, almacenados cual bestias en el vientre de las naves y vendidos á guisa de rebaños como vil mercancía y objeto groserísimo de apropiación tras quince siglos de igualdad religiosa y de revelaciones cristianas.

Pero el P. Las Casas pertenece á la estirpe de pensadores, los cuales únicamente laboran y trabajan en abstracto con el éter es-

piritual de las ideas, que á toda combinación ideal se presta, en tanto que habia de responder Colón en esferas distantes de las cientificas, á costumbres y á instituciones que solo cuatro siglos de progresos intelectuales continuos y grandes adelantos de la razón individual y colectiva pudieran alterar al influjo de fórmúlas politicas superiores y al sacudimiento de radicales revoluciones. Además, Las Casas, eminente pensador y teólogo, pensaba con razón asi respecto de Colón, á quien la mezcla de lo profético y de lo administrativo en su complejo carácter obligaba y constreñia con sus fuerzas fatales á mirar más la realidad y servirla; pero los enemigos de Colón seguramente no estaban en igual caso que Las Casas; y ni Buil ni su cofrade Margarit se levantaban sobre su siglo; ni Fonseca podia dar en rostro al descubridor con sus debilidades en materia de servidumbre, ofrecida y presentada por el Almirante como un recurso del Estado, cuando él se completaba ó enriquecia en el comercio y en la trata de siervos, mantenida por errores de los Estados más progresivos, y sancionada por complacencia de las iglesias más cristianas, y ejercida en bazares babilónicos hasta nuestros mismos dias. Lo peor del caso fué aquella influencia ejercida sobre un repostero de las casas Reales como Aguado, por un administrador como Fonseca, quien le impelió á convertir la información en juicio y á trocarse de comisionado en gobernador y casi monarca, con olvido criminal de sus facultades y desacato patente á quien ejercía el supremo poder y autoridad, por una delegación en regla y un poder en forma de los altísimos jefes y directores del Estado. Colón, resucitado casi tras la enfermedad letárgica en que pareciera como muerto, y muy sostenido por la voluntad firme de su hermano Bartolomé, púsose con empeño á rematar la indispensable apropiación de la Española, y supo á cabo llevarla con esfuerzo unas veces y otras con verdadera y consumada industria. Mucho le auxilió Ojeda, sagaz en su fortaleza, diestro en su fuerza, reflexivo en sus arrestos, audaz de suyo sin arrogancia, conciliador en los ajustes y arreglos tanto como

atrevido en los asaltos y ataques, de una inspiración militar que nunca le cegaba y de una constancia compatible del todo con sus arrebatos de verdadero héroe y con sus empresas de legendario caballero. Nada muestra esta suma de facultades opuestas como el apresamiento del cacique célebre Caonabo, rodeado de todas sus innumerables gentes y asistido de todas sus fuerzas. Traía observado el español que la curiosidad del reyezuelo se paraba mucho en su armadura hispana, la cual aparecíase á sus cándidos ojos de salvaje como un cuerpo de quita y pon; en su espingarda, que mataba como el rayo de los cenúes; en su trotón, que prestaba las fuertes alas de los grandes pájaros y la incalculable celeridad del viento al Guamiquina, apellido con que designaban ellos á los jefes y capitanes. Pero lo que principalmente observó el buen Ojeda fué la extraña fascinación al indio sugerida por la campana del fuerte de Santo Tomás en Cibao y el religioso estupor en que aquella voz lo sumía. Faltos de los metales que componían la campana, ó faltos del arte de explotarlos, y mucho más aun del arte de fundirlos, considerábanla como un sobrenatural instrumento, destinado á traer aquí abajo voces y mandatos de arriba. Varios lucayos, de los instruidos por Colón para intérpretes, debieron decirle con alguna vaguedad, aprendiéndolo él con alguna confusión, que por aquellos sonidos, lanzados desde las alturas de una torre alta en todo el aire de la espaciosa comarca, se comunicaban los míseros mortales con los inmortales dioses y los muertos con los vivos en la inmensidad, llena de revelaciones que bajaban del cielo y de plegarias que al cielo subian, pues resulta certificado el empeño en Caonabo de poseer metales asi, que, puestos en el cuerpo más débil, en forma de armadura, lo preservaban al golpe de la muerte, y colocados por lo alto, en forma de campana resonante, acercaban al hombre los invisibles dioses. Vestir hierro, montar caballos, ver con sus propios ojos la divina campana: he ahi todo cuanto deseaba el cacique, y todo cuanto le procuró el héroe, yendo con diez ó doce jinetes á su vista, cuando se hallaba circui-

do de numerosas gentes en armas, todas dispuestas á pelear y á morir en su defensa como lo habían mostrado en cien batallas campales. La industria le sirvió como la temeridad nativa suya indudablemente al castellano héroe. Llevaba unos grillos forjados, y persuadió al cacique á ponérselos, mostrando como, hechos del metal mismo que las armaduras y las campanas. tenían el mismo poder y virtud. Ya con los grillos. le invitó á cosa del cacique indio deseada, le invitó á compartir el caballo, subiéndose tras él en las ancas y á la grupa. Ya en el caballo, le dijo como lo conducía presto á ver la campana misteriosa; y apretando los ijares al bruto sobre que cabalgaban, corrió á su campo ante un ejército enemigo, suspenso de asombro, y redujo al formidable caudillo á perpetuo cautiverio. Caonabo únicamente consideraba Guamiquina en este mundo á Ojeda, que lo había vencido y cautivado. Cuando, preso en la casa de Colón, veía pasar á este sublimado Virrey, no le hacia caso; pero, en cuanto á Ojeda vislumbraba, poniase de pie con prontitud y lo saludaba con reverencia, como dueño natural suyo por derecho de conquista y por el título de una incontestable victoria. Quiso el Almirante conducir consigo el cacique á España, y se murió éste de pena en la navegación á los tristores de un suicidio indirecto en el natural deseo de no testificar con su persona el propio deshonor y el ajeno triunfo. Su esposa, que lo acompañaba, no pudo salvarlo con su cariño, ni Colón imitar los generales romanos llevando ante si un vencido tan poderoso antes y tan conspicuo siempre. Con todos estos medios y otros muchos, cayéndose y levantándose, unas veces errando y otras veces acertando, pacificó el Virrey la hermasa y feraz isla. Pero el regio comisario Aguado creiase capaz de hacer lo mismo con sus regios poderes; como si un oficial nombramiento pudiera proveerlo de un altisimo genio. cual se necesítaba en aquella magna obra. »Si quieres saber quién es Juanillo, dice la gente vulgar española en sus sabios refranes, dale un empleillo.» La guerra que le diera Margarit al Virrey, guerra fué de león; la

guerra que Aguado le diera, guerra fué de mosquito, pero al cabo guerra. Molestadísimo, decidió partirse á España Colón para industriar á los Monarcas por si mismo de todo cuanto sucedia, y deshacer la red espesa de intrigas que habian urdido alrededor suyo tanto y tanto enemigo como le salieran al paso en Ultramar y en Castilla. Un horrible temporal impidióle zarpar con la debida diligencia. Las naves traidas por el pesquisidor Aguado y las propicias de Colón zozobraron, salvándose únicamente la *Niña*, bien que maltrecha. Durante la detención y estada, impuestas por el contratiempo al diligentísimo Almirante, súpose de unas minas tan copiosas en el rio Hayna, renombrado entre los naturales por su oro puro, y en esta sazón reconocido y certificado, que se creyó el Virrey en la tierra de Ofir celebrada por Salomón y en Asia plena, según le inducía siempre á creer la natural ignorancia de su tiempo en geografia y la persistente ilusión del propio deseo. Por fin zarpó de la Isabela el 10 de Marzo, y llegó á Cádiz el 20 de Junio, en difícil navegación, durante la cual pasaron tantas hambres, que al extremo estuvieron casi de comer como los caribes carne humana. Pero con todas estas dificultades, Colón traía islas innumerables que unir al territorio nacional y perlas de nuevas glorias que engarzar en la diadema de nuestra España, merced á inspiraciones de genio profético y á porfías de trabajo tenaz que le agradecerá eternamente la humanidad y eternamente le alabará la Historia.

Cuando llegara Colón, el desabrimiento para con él de los Reyes y de la corte, que determinara el envio de Aguado, muy calmado estaba, mucho; y muy propicia su vuelta era en aquellos momentos á rectificarlo y convertirlo en amistad perdurable. Momento crítico el momento de la llegada del héroe. La política española pasaba por una de las lineas capitales que se descubren, como en las zonas del espacio, en las zonas del tiempo, y se dirigía con determinación deliberada y reflexiva por un camino bien señalado á un fien bien claro, á la supremacía

nuestra en Europa. Por desgracia, este fin divertia el pensamiento y el esfuerzo español de las exploraciones oceánicas y lo complicaba en el espantoso problema territorial europeo. Nuestro Estado español terminaba en las últimas decenas del siglo décimoquinto la Reconquista sobre los moros y comenzaba el descubrimiento de América. Su insiinto de conservación debió decirle cómo tales dos hechos capitalisimos le separaban del continente, á cuyo término y fin resplandecía, y lo lanzaba sobre Africa, donde habiamos de coronar la vieja historia española, y sobre América, donde de habiamos de comenzar la nueva. Portugal, apropiándose una parte de Africa, la que avecinaba principalmente á sus posesiones marlnas y reencontrando las Indias orientales; mientras España convirtiendo su pensamiento, como lo muestra la expedición de Cisneros y el testamento de Isabel, á las puertas del norte de Africa y descubriendo las Indias orientales; Portugal y España tenían harto que hacer por la humanidad y por la tierra para que hubieran podido tropezar en decadencia ninguna, ni marrado á su destino en la Historia. Civilizar en lo posible tres continentes: el asiático, el africano, el nuevo y reciéu descubierto; no cabia ni mas colosal trabajo, ni más fecunda gloria. Y los pueblos que trabajan por el progreso no decaen jamás. La humanidad, al necesitarlos para su desarrollo, los coloca y luego los mantiene allá en el alto puesto indispensable al ministerio humano que deberán ejercer y al fin progresivo que deberán cumplir. Lo mismo en Asia, que en Africa, que en América, reservaban los designios providenciales, directos de la vida humana, un trabajo de instruccion, de esclarecimiento, de impulso hacia los grandes ideales á la peninsula ibérica. Un viento del cielo hubiéranos impelido adelante y un empleo justo de tantas facultades múltiples, como tenemos, dádonos aquella salud interior del alma, generadora en los pueblos como en los individuos de la salud del cuerpo. Hay que decirlo en puridad. Los dos retoños de la dinastia borgoñona, reinantes en España Portugal con las dos familias bastardas de Trastamara y Avis,

habían comprendido que los sendos ministerios de sus respectivos Estados las movían de consuno á unirse con lazos de amor entre sí, como á volverse hacia el vivaz Océano inmenso y al negro continente vecino. Después de haberse apartado con tanto estruendo y tan mútuo agravio en Aljubarrota, emprendieron y terminaron enlaces de familia y matrimonio entre sí, por lo que debían las tres coronas de Aragón, Portugal y Castilla recaer sobre una sola cabeza, como refundirse y aligarse la vida de los tres grandiosos Estados en superior unidad. Todos los principales matrimonios celebrados en tiempo de Alfonso V, de Juan II, de Manuel el Grande, de Enrique IV y de los Reyes Católicos, entre Princesas y Príncipes de las tres dinastías de España y Portugal, iban encaminados á fundir en una las tres coronas, parecidas á la Trinidad, en que, siendo tres entidades ó tres hipóstasis distintas, se identifican y unen allá en la superior unidad del espíritu peninsular, sobrepuesto siempre á todas las diferencias y aun á todas las discordias. Si los matrimonios celebrados en los tiempos últimos de la Reconquista y primeros del descubrimiento hubiesen prosperado, Portugal y España se hubieran unido, y Asia con Africa y América hubieran llevado desde los dias del Renacimiento las hispánicas marcas en su frente, prosperando y engrandeciendo asi, por maravillosa manera, la civilización universal. Pero habia una porción del territorio patrio que nos llamaba sobre todo el europeo continente, y que por medio de su glorioso tratado y de su incomparable dinastia, mezclaba nuestro propio ser y vida con la vida y el ser continental; y era, lo han adivinado mis lectores, Aragón. Su corona nos trajo las tres cuestiones que complicaron la historia particular de nuestra patria con la historia universal de la vieja Europa: la dominación por Sicilia en la peninsula italiana; la rivalidad con Francia por el Rosellón y la Cerdania; el estado de complicaciones eternas en que vivimos con el poder temporal de los Pontífices, cuando mas sacrificios ofrecíamos en aras de su poder espiritual, á causa de la posesion y herencia del reino de

Nápoles, reinvindicado por la Sede Pontificia como domínio territorial propio. Cuantos critican á Fernando el Católico por frialdad mostrada en el problema de la invención del Nuevo Mundo no entienden una palabra de política.

Puestos á mirar hacia Occidente, donde se hallaba el interés castellano, apenas comprenden cómo debía Fernando el Católico mirar al Oriente europeo, donde se hallaban los intereses de Aragón. El trabajo era, pues, complejísimo. Alejandro estuvo á Oriente siempre vuelto, y César vuelto siempre á Occidente, pues las empresas orientales de este último se redujeron á meras correrías impuestas por las guerras civiles. Si Alejandro tenía que mirar á Oriente y César á Occidente, Fernando tenía que mirar á Oriente y Occidente. Mientras Alejandro y César, héroes al modo antiguo, iban á Oriente y á Occidente uno y otro en persona, Fernando, rey al modo moderno, tenía que ir en la persona de sus enviados por medio de cédulas y rescriptos. Dos escrúpulos enormes habían de surgir por necesidad en su alma siempre que convirtiese al Nuevo Mundo sus ojos, uuo de politica interior y otro de politica internacional. Estribaba el primero en su repugnancia invencible á crear con el Almirantazgo y el Virreinato de los Colones, un feudo ultramarino, después de haber destrozado con perfecto acuerdo tantos cismarínes feudos aquí; estribaba el segundo en la pesadumbre, por lo mucho que las empresas en el Océano le apartaban de sus empresas en Europa, y por el mucho dinero que aquellas pedian en detrimento de sus intereses europeos, los cuales, á su vez traian aparejados excesivos y diversos dispendios. Cuando llegó de su segundo viaje Colón, estaba Fernando V embargado en una guerra con Francia por causa del Rosellón, la cual guerra debia durar con varias al.ernativas y treguas nada menos que dos siglos completos, y estaba Isabel embargada en aparejar la escuadra que debia llevar á Flandes la princesa D.ª Juana, prometida en matrimonio al príncipe don Felipe, hijo del emperador Maximiliano de Alemania y heredero

del Ducado de Borgoña y de los territorios flamencos y holandeses que debían traernos otra guerra de tres siglos con todas las potencias mayores del continente. Así el trabajo y el dinero prestables á regiones tan apartadas como las por Colón invenidas en el mar tormentoso les embargaba mucho la voluntad y el pensamiento políticos á los Monarcas españoles, como embargaba los dineros al erario regio apremiado por la política europea, tan enmarañada y dificultosa. Y Colón, á fin de concentrar el interés de los Reyes en su empresa, loaba con excesivos encarecimientos aquellos territorios idílicos, necesitados, á pesar del edénico carácter suyo, de un trabajo fecundante, intensísimo, y prometía oro á manos llenas, cuando exigían ellos que las regara en su reciente aparición el oro español. No hay, pues, que reconvenir á España por las dificultades con que tropezó la obra del descubridor. Ningún pueblo hubiera hecho más que hizo el pueblo español, en aquella sazón sólo, ninguno. Todo cuanto le permitían sus fuerzas, empleadas en mil trabajos, y su actividad, presa de mil conflictos, lo consagró al Nuevo Mundo, que no fué creado á una palabra milagrosa, como la primera luz bíblica, sino adherido á España con esfuerzos de un heroísmo y de un martirio, en los cuales todos por igual padecimos, conquistadores y conquistados, obedeciendo á fatalidades históricas, tan inevitables en la sociedad y en la vida, como en el universo las fatalidades físicas que no consienten excepciones, ni mitigamientos.

CAPÍTULO XXVIII

LOS PREPARATIVOS DEL TERCER VIAJE

Por Junio de 1496 llegó á Cádiz Colón, y no pudo avistarse con los Reyes hasta Octubre del mismo año enBurgos. Durante su camino se fué deteniendo á su guisa, y alojándose casa de amigos, como el cura de los Palacios, y casa de familias tan ligadas con él, como las familias de los Aranas en Córdoba. Ya el exceso de los desengaños había sustituido al exceso de las esperanzas en muchos ánimos pero en este segundo regreso el alarde y ostentacion asi de los productos allegados como de los naturales sometidos cambiaban mucho el sentir común, revolviéndole en pro del Almirante Las muestras de tintes y especierías, los ejemplares de flora y fauna rarísimos, las telas de algodon pintarrajeadas variamente de llamativos colores, las pepitas y carátulas y cadenas de oro puro, las diademas y cintillos de pedrería, los príncipes indios con sus plumajes así á la cabeza como á la cintura y su carcax de flechas á la espalda y su arco en las manos; aquella colección de idolillos tan dignos de curiosidad y estudio hasta en épocas de fè dogmática y de intolerancia religiosa exageradas y excesivas; tanto y tan vários testimonios de la invencion milagrosísima, si no despertaron el fervoroso entusiasmo que á la vuelta

del primer viaje colombino, hicieron meditar á los menos expertos acerca del nuevo territorio y de la nueva sociedad surgidos entre las incertidumbres y perplejidades propias del comienzo y de la iniciación en toda humana empresa. Pero Colón, que, ignorante de haber descubierto un mundo, apreciaba en su íntima estimación todo cuanto había visto en sus exploradoras expediciones realmente no podía consolarse de las rebeldías perpetradas en contra suya por Buil y Margarit, así como de los múltiples y altísimos recelos patentes en la comision investigadora de Aguado, y en las continuas resistencias de Fonseca. El grandísimo dolor suyo trascendía por todas partes á todos sus actos y palabras. La cabellera desgreñada y descuidadísima, los ojos iluminados por una fiebre interior, la estameña de San Francisco al cuerpo, á los riñones el cíngulo y el cilicio de la penitencia, el voto reiterado de consagrar las participaciones en los resultados del proyecto á la toma de Jerusalen, un extraño milenarismo, que le imbuyó los tristes presentimientos del cercano fin de nuestra tierra y de la proximidad del Juicio Final, en medio de aquellos efluvios de nueva vida, entre la florescencia del suelo recién hallado y la multiplicación de los astros y de las constelaciones en el cielo entrevistos, mil afectos de dolor demostraban cómo ningún desagravio y ninguna reparación habian podido arrancarle del pecho los abrojos puestos en él como la corona litúrgica de la pasión por aquella desconfianza de los demás ó por aquellos desengaños bebidos como corrosiva ponzoña en sus penas innumerables é intensísimas. Sin embargo, la epístola de los Reyes en respuesta fiel á la notificación de su vuelta, el respeto de aquellos que le saludaron desde Cádiz á Burgos, el recibimiento en esta última ciudad, donde los grandiosos monumentos góticos y románicos, asi como los venerandos sepulcros de tantos héroes patrios que habian luchado con las humanas pasiones y con las fatalidades mecánicas, debieron confortar con su ideal radioso el alma, y robustecer con sus santos recuerdos el ánimo, pusieron algún bálsamo de consuelo en las heridas del

corazon y alguna gasa de olvido en los espacios de la memoria. Sin embargo, la debilidad capital de su complexión le aqueja en estos dias de prueba, y aparece pedigüeño hasta llegar á la impertínencia, y codicioso hasta llegar á la sordidez. Aquellos que tachan á los españoles de ingratos con Colón debían convenir en que pueblo ninguno pagó servicios, sea cualquiera su cuantía, parecidos ó análogos al suyo, con tanta esplendidez. Al regreso del segundo viaje confirmación de todo lo pactado en Santa Fe: dignidades vitalicias y heriditarias, con desdoro y daño de la unidad del poder; condonación de las sumas aportables por él á la empresa y nunca aportadas; merced á ojo de buen cubero del tanto debido á los Reyes, que dedicó él á todo aquello que le plugo; concesión de gozar por los tres años subsiguientes al 97 la ochava y décima parte del producto, y privilegio de que allegase lo perceptible sin que se apartaran las costas facultad completa de instituir un mayorazgo; título de Adelantado á Bartolomé Colón; reintegro al otro hermano, á Diego, del oro puesto aparte por Fonseca en la llegada de aquél hasta que rindiese cuentas; designación de los dos hijos del descubridor para pajes de la Real Casa, promesas de ducado, que hubieran cumplido á no creerlas el mismo Colón excesivas, despues de haberlo deseado; señalamiento de muchas leguas cuadradas de terreno sobre la Española en plena propiedad; en fin, premios innumerables, cuya cuantía é importancia se acrecientan á medida que observa uno cuán excesivos gastos exigía y cuán pocos rendimientos aportaba en aquella crítica sazón el nuevo territorio.

Y amén de todo esto, le presupuestaron, como decimos en el habla parlamentaria moderna, seis cuentos ó millones de maravedises para el aparejo y flete de las ocho naves, al tercer viaje asignadas y para él dispuestas. Pero, como quiera que las mayores cosas de este pícaro mundo tropiezan y se frustran muchas veces en pequeñas circunstancias y en despreciables minucias; una equivocación de lenguaje, cometida por un subalterno

ligerísimo y no embustero, sin deliberación y sin ánimo y sin lionciencia en la dicho, dió al traste con todo en larguísimo transcurso de tiempo y retrasó la expedición como adrede. Había enviado Bartolomé Colón á Pero Nuño con la horrible carga de carne humana, que tanto á las cosas del nuevo territorio dañaba y tan en desloor y descrédito de sus gobernadores cedía, cuando el expedicionario, en vez de ir á la corte directamente para noticiar lo ajustado, despachó un correo, y con el correo la noticia de que había llegado, y con crecida suma de oro. Siempre se hallaban los Reyes Católicos necesitados de oro; y más entónces, que debían casar un hijo con la Archiduquesa Margaríta de Austria y colocar tres hijas en Portugal y en Inglaterra y en Flandes, á costa de innumerables dispendios agravados por una doble guerra en Francia y en Italia. Ver el Rey que acababa de arribar tal cantidad en oro, hasta cuarenta millones se dijo, y expedir regia cédula para que á Colón lo proveyesen de seis cuentos, y le mandaran el resto á su corte y casa fué obra de un día. Figúrese, quien esto leyera, el desengaño suyo, viendo convertido el cargamento de oro puro en cargamento de indios siervos, despreciadisimos ya en el mercado. La contrariedad en los Reyes, despertada por la infausta noticia, resultó tan intensa, y la confusión y la verguenza del descubridor tan enorme, al comparar lo hecho por los Reyes respecto de él y de los suyos con lo hecho, no por él, pero sí por los suyos respecto de los Reyes, que dirigió á estos una carta diciéndoles como estaba de la vida y del ser tan aborrecido, que pedia con clamores intensos la muerte y esperaba en Dios se la enviase pronto. Entre unos y otros sucesos los preparativos de la expedición duraron dos años. Aunque aun hubo quien quiso ir en compañía del Almirante, no fué tal su número que llegase á impedir medida tan triste como la conversión del Establecimiento de la Española en una colonia penitenciaria, donde iban á verterse todos los rebujos de nuestra España, trocando en una evitación de pena la estada en tan vendecido territorio, del cual

dos años antes se las prometian todos muy felices. Y con esto no se resolvió la salida, porque tuvo necesidad el descubridor de desatar los enmarañamientos de las manipulaciones de Fonseca, el cual no tan solo le oponía toda clase de obstáculos y dificultades, le mandaba feroces bravos, si no para que lo cosieran á puñaladas, para que le atravesaran el corazón á insultos. Andaba por allí un tal Briviesca, judío converso, confidente del Arcediano de Sevilla, quien ya estaba en tales momentos ascendido á Obispo de Badajoz; y como en connivencia y acuerdo estuviera siempre con su amo y señor, oyéndole decir pestes del Almirante, se propasó al insulto personalísimo en presencia de las tripulaciones, y á la hora misma del embarque, y con un tal desacato, que Colón, mesurado, reflexivo, circunspecto, muy dueño y señor de sí, pacientísimo, perdió el sentido y el seso, en términos tales, que llegó á la extremidad de patearlo. Este arrebato, del cual se arrepintió pronto su mansedumbre nativa con la equivocación de Nuño, dando los esclavos indios por oro puro, fueron parte á labrar mayores desconfianzas en el ánimo de los Reyes, que las anteriormente sentidas y á indisponerlos un tanto con Colón, pues es cosa muy difícil sustraerse á la universal influencia de un espíritu muy difuso y extendido en todo aquello y en todos aquellos que os rodean y ejercen sobre vuestro ánimo con una presión semejante á la que suelen con sus alzas y bajas ejercer también aire y atmósfera. No debemos extrañarnos que saliera Colón para el tercer viaje bajo la pesadumbre de una grande amenaza, y bajo la obsesión de un fundadísimo recelo, pues decía, departiendo por escrito con los Reyes: «No me desechen Vuestras Altezas, pues que siempre me sostuvieron.» Miércoles, penúltimo día de Mayo, en 1498, zarpó Colón de la desembocadura del Guadalquivir hacia el nuevo continente, para explorar lo desconocido todavía y apropiarse, con mayor empeño é industria, y más savia política y administración, lo conocido. Como la guerra estaba empeñadísima en Francia, esquivó el Cabo de San Vicente y tomó el rumbo y derrotero hacia la ísla de Ma-

dera, muy resuelto á inclinar á Mediodia el derrotero más que en los últimos viajes. Dios quiso que viese la primera luz del Nuevo Mundo y quiso que tocase antes que todos con sus naves el continente; á donde no llegó, aunque anduvo muy cerca, en la primera y en la segunda expedición, engañado por las falsas nociones extendidas entonces respecto del grandor de los mares y creído de que al tocar en Cuba, ¡oh! había tocado en el continente asiático.

CAPÍTULO XXIX

TERCER VIAJE

Un lapidario, llamado Ferrer, acreditadísimo en aquel tiempo, escribió á los Reyes meditada Memoria, encareciendo las ventajas y las riquezas del mundo de Mediodía; y esta Memoria comunicada por los Reyes á Colón influyó con poderosa influencia en los derroteros al Sur del tercer viaje. Después de haber pasado las felices posesiones de Portugal en la zona templada demandó el Almirante la zona tórrida. Y, con efecto, alongádose había mucho espacio de los tristes archipiélagos portugueses, conocidas por antífrasis con el nombre de islas de Cabo Verde, cuando entró en las aguas dormidas é idertes. ¡Horrible caso! Durante algunos días el cielo se obscureció en tal manera y abundaron las nubes en tanto número, que parecían metidos los nautas dentro de aguas hirvientes, cuyas burbujillas despidiesen muy espesas humaredas, prestando al día el aspecto siniestro de cálida y caliginosa noche. Nunca, sin embargo, hubiera lucido el sol para tan míseros y probados mortales. Aquellos rayos, que despiertan esperanzas sin número en las zonas dulces, y atraen los saludos del ave y los esmaltes del rocío aquí, allá, en la zona tórrida, difundían la muerte con sus botes homicidas y trastocaban todo lo

líquido, ligero, fluido y aeriforme de suyo, en algo así pesadísimo, como los inacabables desiertos de abrasadas arenas. Un sol, que creeríais en contacto con vuestra cabeza como ingente brasa, devorándoos el cerebro; unos rayos perpendiculares, que caen como haces de fuego y truecan en voraz incendio el aire mismo sin un soplo; una calma imperturbable, bajo la cual se pliegan como las alas de ave moribunda las banderolas y las velas inmóviles; un mar de acero caldeado, semejante por lo bruñido á inmensa rodela; un calor infernal, que derrite la brea, y resquebraja los toneles, y seca el agua como el vino, y tuesta el grano, y asfixia el pecho, y afloja todas las fibras, esparciendo en las tripulaciones laxitud tal, que os entra una soñarrea semejante á los accesos del sueño último; la inmovilidad, como si barcos y ondas se hubieren petrificado; la inercia universal, como si la vida se hubiera extinguido y acabádose la movilidad consiguiente á la vida; un silencio y un vacío mayores que los supuestos por todas las teogonías, en los abismos donde se dilatan y extienden las tinieblas y las soledades eternales: he ahí todo cuanto hallaron Colón y sus marinos al entrar en aquellas regiones, donde aguardaban ver, al reclamo y alucinación de tantas promesas, renacidas poco después de frustradas, aguas en que á su vista se cuajasen de perlas, y montañas en que á la continua se cristalizaran los rubíes bajo un horizonte y sobre un océano celestiales. Ocho días estuvieron así; ocho días en que imaginaron morir mil veces. Chubascos refrigeradores, brisas propicias, corrientes impulsoras y algún que otro cambio de rumbo aliviaron un poco la situación; pero no trajeron remedio ninguno al hambre y sed, emanadas de la imposibilidad de todo alimento y de toda bebida por la descomposición del bizcocho y por los derrames de las aguas. En todas partes os incomoda la sed; pero en parte ninguna como en el mar, donde la tienen los marinos por uno de los tormentos que ha causado más muertes y hecho más víctimas en aquella líquida inmensidad, donde parecen llamaros y atraeros las aguas despertadoras del ardiente in-

saciable deseo. Ya iba á beberse la sangre de sus ancias en el ardor de sus fauces y á prepararse para morir en la mayor conformidad posible con los decretos de la Providencia, cuando un criado del Almirante, subido á las gavias, dió el grito de tierra y señaló tres cumbres de montaña, parecidas á tres rotondas de zafiros transparentes, que se destacaban en la inmensidad etérea, de aquel horizonte, poco ha maldito.

No comprenderá, no, en estas críticas horas y en estos instantes supremos, al descubridor quien lo juzgue por las cualidades características de un sábio moderno, industriadísimo en matemáticas y demás ciencias exáctas; con su compás de acero en la mano y su tabla de logaritmos á la vista; de todo arte y de toda fé desvestido; estudiando los fenómenos en una observación desnuda de poesía y de esperanza; resuelto por su materialismo dogmatizante á no encontrar en los espacios sino la indiferencia brutal del universo exclusivamente compuesto de fuerza y de materia. Con tales prototipos nada tiene de común el descubridor, quien, ido por sus estudios al cabo de las ciencias cosmográficas, tal como entonces las profesaban los mayores maestros; observador pacientísimo de los horizontes y de los océanos, como habrá de serlo por fuerza todo marino; al encontrarse con relaciones tales entre los espacios extendidos bajo sus piés y los extendidos sobre su cabeza, que las naves parecen surcar el empíreo; teniendo salinas arenas abajo y en lo alto luminosas arenas, con todas las cuales precisa contar en todos los derroteros; profeta adivinador, amén de sábio, pues cien rumbos, tomados cuando iba como un ciego palpando lo desconocido en las espesísimas sombras del misterio, provinieron de un indeliberado impulso; unia con estas altísimas ciencias de cosmógrafo y estos presentimientos profèticos de agorero un culto por la Naturaleza tan grande, que sus diarios sencillísimos semejan odas y sinfonías animadas por el soplo de la vida universal; y una piedad tan intensa, que la impelía en todas las ocasiones extraordinarias á caer de hinojos sobre las tablas de

sus buques en adoración al autor de todo lo criado; piedad mezclada con cierto milenarismo, cuyas sugestiones le hacian ver un Apocalisis material tras todas las cosas, y con cierto gnosticismo, cuya vaguedad ponía en torno de los seres todos idealidades entre cristianas y panteístas, despedidas por la infinidad del mar, la infinidad del cielo y la infinidad del espiritu, por los tres infinitos, quo identificaba él en la esencia incomunicable de Dios. Así el Evangelio de San Juan, revelador de la palabra creadora, Logos ó Verbo, cautiva poderosamente á esta especie de creador, quien parece ir evocando tierras en el espacio marítimo, tan hermosa como las estrallas en el espacio celeste, al conjuro de ideas entre matemáticas y teológicas, inspiradas las primeras en sus estudios técnicos y las segundas en este dogma de la Trinídad, que, si bien une las tres personas divinas en la sustancia esencial, identificándolas, tambien las distingue y separa de algún modo, sin dividirlas del ser común suyo, y que, sin dejar de reconocer en todos los mismos atributos, atribuye al Padre lo eterno, lo inmóvil y fundamental, como al Hijo la creación por medie del Verbo, como al Espíritu aquel soplo de vida que lo alienta todo y todo lo mantiene. Colón asemejábase mucho á los alejandrinos en su método y práctica de las analogías, tan manifiestas doquier; y jamás contempló lo visible con sus ojos de carne sin elevar á lo invisible la mirada interior de su espíritu; y jamás observó un fenómeno sin engarzarlo en aquellas leyes universales á que llamamos noumenos; pues como la misma luz brilla en el aereolito fosforescente, que semeja humilde alada luciérnaga, y en la estrella sirio, que nos revela un sol circuído de opacos mundos; el mismo Dios, trino y uno, lo baña todo con su Verbo, y á la misma divina ley están sujetos desde los infusorios en la gota de agua humilde hasta los ángeles en la celestial bienaventuranza. Asi, con igual facilidad empleaba el Almirante la inducción. subiendo de los hechos á las ideas, que la dedución, bajando de las ideas á los hechos; y lo mismo recurria para ver el Verbo interior

transparentando en las cosas y el universal espíritu animador de las especies al rayo de la fe que al rayo de la ciencia. En la salida para su tercer viaje con toda religiosidad invocó el nombre de la Santísima Trinidad; y al llegar, después de tantas fatigas y trabajos, á tierra nueva otra vez, halló tres celestiales cumbres unidas por sus raíces en una sola montaña, como las tres hipóstasis trinitarias están unidas é identificadas por lo uno de su esencia en la misma divinidad. Podrá parecer esto cábala y magia y mística en el método matemático, al uso ahora, que hace de los filósofos y los sabios abstractas cifras, desnudas de carne y hueso y sangre; pero imposible habrá de ser al historiador el conocimiento de la epopeya colombina, como el reconocimiento al divino poeta que la dejó grabada en cielo y tierra con sus odiseas inmortales hacia lo desconocido y oculto, sin parar mientes en las chispas de intuiciones religiosas é ideas científicas á un mismo tiempo despedidas de su espíritu y que ciñen á sus sienes el místico nimbo de sobrenatural aureola.

Como la nota no es ùnicamente sonido, es armonía, por el espacio y el tiempo que le ha señalado la inspiración música; como en el cuadro no hay solamente color, tan análogo al sonido, sino línea geométrica trazada por el arte; como en la célula no hay sólo germen, sino virtud y potencia tendentes al órgano, cual el órgano tiende al organismo y el organismo á las especies, sistemas encadenados por una lógica inconsciente; hay en el universo, de que todos formamos parte, y hay en la vida universal, donde todos nos bañamos, no solamente átomos combinados hasta producir sonidos y colores, hay escalas, hay poesías, hay espíritus, hay arquetipos, hay, por último, ideas, luz de la luz, descendiendo de Dios mismo en las revelaciones del ideal religioso, en las revelaciones del ideal artístico, en las revelaciones del ideal científico, trilogia también divina, como la Trinidad que invocara Colón en las plegarias del espíritu suyo al zarpar hacia lo desconocido, y como la Trinidad que halló en

su tercer viaje al contacto de su interno pensamiento con el Nuevo Mundo en los espacios oceánicos. Nunca, pues, lo admiraremos bastante.

Por los últimos dias de Julio en 1498 encontró la Trinidad y por los primeros de Agosto el nuevo continente. La Trinidad le pareció como las huertas de Valencia en Marzo, y la navegación de la Trinidad en adelante no le mostró más que playas despobladísimas y de una desesperante monotonía. Pero, al transcurso del tiempo y al sucesivo estudio del espacio, toparon pronto con selvas pobladas de bohíos y con canoas cargadas de indios. Entre las últimas vieron una que les fijó extraordinariamente aquella intensísima natural atención, puesta por los descubridores sobre cuanto surgía doquier á sus ojos. Tripulábanla jóvenes indios absortos en contemplar tales máquinas nunca por ellos soñadas, las cuales debían aparecérseles cual marinos mónstruos dotados de aligeras alas, conduciendo sobre sus lomos hombres vestidos de acero, que debían ser, por sus aposturas y por sus vestimentas, verdaderos dioses. El asombro anegó á los indios en éxtasis y el éxtasis los petrificó en fria inmovilidad. Para distraerlos de su absorción extática, y llamarlos á si, Colón mandó tocar el parche y tañer algunos instrumentos que movieran los marineros al baile; pero deberia este gozoso ejercicio de bailar alli proceder á los combates, cuando requirieron los indios sus armas, y las aprestaron en actitud amenazadora de ataque y son fragorosisimo de guerra; por lo que mandó Colón disparar los mosquetes, cuyos estampidos produjeron sus habituales efectos, la sumisión súbita de aquellos seres edénicos é inocentes á los poseedores del trueno y del rayo. Colón observó cómo habían aqui marrado alguna de sus previsiones, pues navegando en latitudes más hacia el Sur de Guinea, creyó encontrar gentes más negras que las de tal región, y por lo contrario, encontrólas mucho más blancas. Entre los cabos de la Trinidad y otros fronteros extendiase un trozo de mar tan peligroso por los remolinos, semejantes á trombas ahu-

padas al choque y batida de las aguas unas con otras, que lo denominó boca de Sierpe y colocó su nombre y su recuerdo entre las muchas malandanzas de los temerarios trabajos suyos. Pasó de alli á otro pedazo de mar tranquilo, el cual se le ofrecia con suma seducción hacia el Sudoeste; y llegado alli, tuvo delante de su nao la tierra firme, que creyó isla, como creyera tierra firme á Cuba, siendo isla. Mucho disputan los historiadores acerca de si Colón bajara ó no bajara de su nave al suelo; muchos datos aducen algunos en demostración de que hubo por las lineas boreales quien viera un año antes, Sebastian Cabot, por ejemplo, la tierra continental; pero como el toque de descubrir no está en el acto de bajar al suelo y el confuso litigio de las fechas no queda muy claro, según los mismos autores que regatean á Colón la prioridad en el hallazgo de la tierra firme americana, reconozcamos á la Providencia premiando con merced tan grande, como la de haber quedado el dia de la llegada de Colón el más cierto y más seguro en los varios arribos y abordos cercanos al suyo entre las exploraciones coetáneas á las dos últimas realizadas por su esfuerzo y su constancia en el Nuevo Mundo. Llamábase costa de Paria la costa que á su vista Colón tenia en aquel momento; y se diferenciaban sus pueblos de los demás pueblos antes invenidos en la color de los naturales, más blancos que otros indios, asi como en traer al rescate perlas y aljófares no vistos en ninguna parte, ostentando al cuello espejillos de oro muy ricos y muy relucientes. Por alli estaba, en el espacio comprendido entre América y Trinidad, cuando le sorprendió un extraño fenómeno, un monte de agua, que se le vino encima, y puso en aprieto al fin las naves todas, salvas en parte por milagro y en otra parte por diestras maniobras. Colón supo que se producian estos choques al topetazo de las corrientes fluviales, tan crecidas éstas y tan copiosas, que dulcifican muchos espacios oceánicos leguas y leguas fuera de sus bocas. Por tanto; dedujo pertenecer aquellas aguas dulces á tierra firme y continental, pues únicamente di-

manando de lejanísimos territorios y recibiendo en su cuenca y lecho los afluentes de muchos caudales tributarios, podian entrarse con tonta soberania en el inmenso Atlántico y limpiarlo de sus acerbidades y de sus amarguras.

Despues de haber dado con este acierto, cometia un des acierto, trasladándose del campo de la observación al campo de la hipótesis en un vuelo y conduciendo las aserciones allende lo permitido á una sana lógica, en dedución é inducción infundadas y sin datos, por el carácter hiperbólico de una fantasia inquieta, si bien creadora y luminosa, con aseverar qne no podia ser aquel reciéu invenido un mundo nuevo, sino la secular Asia, cuyos rios pareciaule Tigris y Eufrates, por lo caudalosos, por lo amplios y largos, por lo fecundos y fecundantes, por lo parecidos al que corria en aquella sazón bajo las quillas de sus naves y endulzaba en todas direcciones el mar acerbisimo y amargo, Y, después de haber dicho todo esto, aun entraba más adentro y más arriba subia en fantaseos, creyendo haber dado con la región, donde un dia estuvo el jardin edénico sin mancha ni sombra de nuestros primeros padres sin pecado ni culpa, según todo cuanto leyera en sus libros observara en sus viajes, iluminado por los conocimientos que le suministraban sus propios estudios iy por las revelaciones qne habia debido al cielo en sus ensueños y en sus plegarias, cuyos vapores lo sumergian en el éxtasis de un verdadero arrobamiento. Y cuando tales ideas por la mente le surgian en tropel, y de la mente le bajaban en borbotones á los labios, hablaba el, cual dentro de verdaderos transportes, á la manera profética, de Isaias, designando en sus versículos España, la estrella vespertina, como reveladora del planeta todo y destinada en los planes pravidenciales á difnndir el nombre de Dios por las últimas tierras y sus más ramotos confinesr de Salomon, dirigiendo tres naves en busca del Sopara, monte, á cuya presencia permanecieron estas naves tres años; de Alejandro, quiso levantar el plano y designar el punto de la isla Trapabona en los espa-

cios indios; hasta el Nerón, empeñado en expedir embajadores allende los templos de Júpiter Annón y allende los arenales del desierto Libio y allende las fronteras de todo lo explorado y conocido en la Nubia de su tiempo al fin de qne le averiguaran y dijeran dónde nacian los manantiales verdaderos del Nilo, que las gentes de su tiempo se figuraban bajados al suelo desde la luna: imaginaciones diversas y vagas, demostrativas de como no había facultad en el descubridor que pudiese atrofiarse, cuando trabajaban todas á una, desde la sensibilidad hasta la inteligencia, por descubrir y revelar el orbe, según su misión verdaderamente celestial, y digna de colocarse por la humana gratitud junio á las más extraordinarias que hayan adivinado y cumplido los más inspirados profetas y los más excelsos redentores en la Historia Universal. Y llevado de sus profundas observaciones, mezcladas con sus múltiples fantaseos, hablaba de la tierra y su forma, diciendo no poder creerla esférica ó redonda del todo, sino más bien como pera de arbol ó mama de mujer en cuyos pezones debia el Paraiso hallarse, por cuanto dijeron Beda, Escoto, Estrabón y San Isidoro, según sus recuerdos, escritos muy cerca del punto donde se acaba el cielo boreal y comienza el cielo austral, entre visiones dibujadas en su retina y en su pensamiento, no sólo por la evocación muy coufusa de sus lecturas traidas á cuento en aquel extraño lugar y singularisima ocasión, por las corrientes magnéticas de aquellos espacios del globo y por los centelleos luminosos de las constelaciones, si no entrevistas, adivinidas por él en los comienzos de aquel nuevo hemisferio. Corrige al descubridor una parte de sus ideas, dictadas por incertísimas remembranzas y alucinaciones ciertas, el amigo y biógrafo suyo Las Casas, diciendo que no fueran á Sapor las naves de Salomón, sino á Ofir; registrando luego cuanto desde Ptolomeo hasta San Anselmo se ha dieho de la isla Trapabona, que hierve así en perlas como en elefantes, según, concepto y sentir de Josefo, y está, según Pompinio, habitada por unas hormigas muy gran-

des. que sacan el oro de la tierra con sus uñas muy largas y lo colocan en montones como montañas; de lo cual no resulta sea la Española, según afirmara el Almirante, pues de serlo, no se verían los Septentriones, que son la Osa Mayor llamado Carro, y la Menor, que es la Bocina, como afirma Solino que no se ven de la Trapabona, reconocida por mandato del grande Alejandro, mientras todas estas constelaciones se ven desde la Española explorada por Colón, concluyendo tras largas disertaciones con todas cuantas noticias recogiera respecto del Nilo en sus prolijas lecturas, puestas como comentarios amplificadores á las notas colombinas, difusas todas ellas en esta *Historia de las Indias*, precioso manantial de donde fluyen innumerables ideas esclarecedoras del poema que se llama la invención del Nuevo Mundo. Leed la relación del tercer viaje por Colón improvisada; y veréis junto á observaciones ingeridas allí por un infantil candor, noticias científicas como la hinchazón del planeta por su Ecuador y como las corrientes marinas en los abismos del Océano, juntas con efusiones líricas como la descripción del horinzote y del suelo. Así creía subir á las alturas, verificar una especie de ascensión divina, como, si las velas de sus naves fueran alas angélicas para elevarse al Tabor de una transfiguración y desde la transfiguración reingresar en el renovado y rehecho Paraíso. ¡Cuánto se burla de tal concepto el prosaico criterio de aquellos pue consideran la Natnraleza como un mouton de fenó menos y la historia como un montón de hechos y la humaninad como un montón de individuos! Y bajo aquel cielo transparente y etéreo; en el diluvio de creatriz y animadora luz; al desagüe de ríos que parecían mares dulces; entre cabos relucientes como enormes murallas compuestas de multicolores pedrerias; á la vista de montañas puestas cual incrustaciones y relieves de lápiz-lázuli y corales rosa en los lejanos limites del horizonte; oliendo aquellos aromas, á cuyos efluvios la vida se dobla y la sangre se enciende; ante los cactus de reberbeos metálicos, los bambúes coronados por sedosa flor semejante á flexible y vistosisima

pluma, los palmitos en el bajo suelo y los cocoteros en el alto aire, las acacias ceñidas de guirnaldas, las enredaderas festoneadas de ramilletes, la lluvia de hojas aromáticas, la nube de colibríes tornasolados, los arrecifes cúbiertos de madre-perlas, el obscuro cacao de almendra suave y dulcísima, los maizales infinitos, las palmas sonoras, la vegetación tropical cargada por su flora de iris inextinguibles; bien podemos justificar el que Colón se levantara entre tantas maravillas y tantos milagros enajenado, y creyera que, redimida la humanidad por Cristo y por su navegación rehecho el planeta, se había perdido toda memoria de la vieja culpa y se había reencontrado entre los mares y los cielos nuevos el antiguo Paraíso.

En estas expediciones, tan útiles, pero tan penosas, contrajo Colón una oftalmía que lo tuvo como ciego, y una debilidad que lo tuvo como muerto. Asi resolvió partirse á la Española, gérmen de todas las colonizaciones futuras y centro donde todos los radios de sus empresas debían á una juntarse. Fundadísimo cuidado el suyo. pues la isla, desde su ausencia, iba de mal en peor. Había tomado el gobierno por mandato suyo, que los Reyes aprobaron, el enérgico y tenaz D. Bartolomé, su hermano, con la dignidad y denominación de Adelantado. La capital del territorio quedaba erigida definitivamente á la desembocadura del Hozama, donde se constituyera Santo Domingo, ciudad que aún hoy conserva su nombre. Ya en Santo Domingo, comenzó Bartolomé correrías hacia todas las direcciones posibles, mostrando en ellas á los indios el poder español y exigiéndoles el debido tributo. Estas expediciones tenían un carácter tan civil, que nunca se hablaba en ellas de ningún asunto religioso, sino del gobierno reconocible por los indios y del tributo prestable á los españoles. El piadoso Las Casas revuelve su pluma indignado contra tal descuido y lamenta que penetraran alli los castellanos como conquistadores y no como católicos. Asi, pues, con exclusivas pretensiones de poder y dominio enderezó Bartolomé sus pasos al rio Neyba y entró en

los territorios del rey Behechio. Sintieron mucho los naturales tal profanación de su territorio y se aprestaron á cortar el paso de los irruptores en abierta campaña. Más ¿qué campaña podian sostener, observa Las Casas, ante lanzas y mosquetes con sus barrigas desnudas? A la presencia del extranjero los afectos de odio se trocaron en afectos de amistad; y un recibimiento de sumisión y homenaje sucedió al recibimiento de resistencia y de guerra. En vez de hallar un general, hallaron una Diosa, la célebre Anacaona, que merecería figurar en los metamorfoseos de Ovidio y en los jardines de Armida. Sabia, poetisa, compositora de areitios ó danzas, agorera, verdaderamente reina, parecíase á las amazonas frigias exterminadas por Aquiles, á las sacerdotisas celtas puestas de pié sobre los dólmenes y bajo los robles para dirigir las plegarias del pueblo hasta las misteriosas divinidades del cielo. Una guirnalda de flores la coronaba; un manto de flores pendia desde sus hombros á sus plantas; en andas de flores iba y bajo un dosel de flores se asentaba; circuída por compañías de guerreros que la custodiaban y sendos grupos de doncellas á un lado y otro de su palanquin que la divertían trenzando y destrenzando bailes ideados por ella, en que tendian al paso con acompasadas cadencias palmas y ramilletes, cuyas hojas alfombraban el suelo y cuyos olores aromaban el ambiente. Alojaron á los españoles en cabañas muy compuestas; ofreciéronles hamacas muy limpias; obsequiáronlos con panes de cazabí, guisados de hutía y vino de maiz; ofreciéronles alardes guerreros que llegaron hasta la realidad triste de verter sangre y que mataran mucha gente, si Bartolomé no lo impidiera con su piadosa intervención.

Cuando notificó éste al reyezuelo su decisión de imponer tributo, respondióle cómo extrañaba tal pretensión en el cristiano, careciendo sus dominios del oro tan requerido y buscado por los advenas. Pero, como le replicara Bartolomé que se satifacían los dominadores con una porción de los productos cosechados, reconocióse tributario del gobierno español con buena voluntad;

y muchísimo gusto. Yaragua se llamaba el territorio tan fácilmente sometido; y de Yaragua se partió Bartolomé á inspeccionar los establecimientos asi de Isabela como de Cibao y los demás erigidos en testimonio de la dominación española. El estado de la colonia dejaba mucho que desear, y las relaciones de los colonos hispanos con las tribus indias molestaban á estas, resignadas con la obediencia y tributación, pero no conformes con el dominio continuo de sus altivos señores. Así, llegaron á concertar los molestados una formidable insurrección y á poner en cabeza de ella con empeño al cacique Guarionex. Salió éste al campo llevando unos 15.000 hombres mal contados, y aunque intentó arremeter con furia, cayeron todos con espanto rotos, y cayó él mismo prisionero. ¿Quién resistiría el empuje de los caballos; el peso de las armaduras, el estrago de los mosquetes? Lss rebelados pedian á gritos y lloros, en el suelo revolcándose como niños, la suelta de su cacique, muy creídos de ganar con las lágrimas lo perdido en las batallas. El influjo de la civilización sobre la barbarie se nota, y el dominio natural de los descubridores en circunstancias así. Cnando, en visita hecha de nuevo por Bartolomé á Yaragua, mostró los barcos y disparó los mosqueteros, indios de todas clases cayeron derribados de terror, suponiendo aquel trueno como bajado de las nubes á la tierra; los autores de tal fulminación verdaderos dioses; y templos celestiales aquellos barcos movidos por el viento que gemía en sus velas. Así, el tributo creció; pero no menguaron los males. Pagaba el indio demasiado y no recibía el español sustento de tal tributo. Como, donde no hay harina todo es mohina, un criado del Almirante se alzó en armas á expresar las dolencias y á tomar los desquites. Llamábase Francisco Roldán y ejercía cargo de Alcalde mayor en la isla, por investidura del mismo contra quien se revelaba en su criminal ingratitud. El temperamento despegado de Bartolomé le sirvió á la insurrección, que tenía disuelta en su sangre. Y deseoso de arramblar al torrente de su cólera todo lo encontrado en torno suyo, airó á los indios

porque pagaban el tributo con excesivas creces, y á los españoles porque no lo recibían íntegro ni con él remediaban sus necesidades. Tumultuó los carpinteros y aserradores que fabricaban carabelas, cogió bueyes de las vacadas y potros de las yeguadas Reales, alzóse con las llaves de los almacenes y redujo los gobernadores á tal aislamiento y encierro, que desde las fortalezas debían comunicarse con él por medio de enviados, y si faltaban éstos, con previo y formal seguro. Don Bartolomé mismo, que andaba de tranquila excursión exploradora entre los indios, necesitó refugiarse contra los cristianos en los fuertes más próximos al sitio de su estada. Y á la vista del fuerte acudió Roldán, hablando desde abajo con el Adelantado, constreñido á guarecerse tras angostas ventanas y aspilleras. Y como éste le arguyese con su rebeldía y le conjurase á dejar una vara de Alcalde convertida en lanzón de faccioso, mofóse mucho de sus frases, volviéndole con menosprecio la espalda y merodeando á su arbitrio por todas partes, con lo cual padecían los indios, pues las dos castellanas huestes, la fiel y la traidora, se metían á esclavizarlos para conducirlos al mercado y granjearse así desmedidos lucros.

Llevando ancha vida, Roldán arrastraba consigo á la gente de mal vivir, y campaba por sus respectos al extremo de tener en cerco y sitio al Adelantado, quien lo pasara muy mal si, como auxilio venido del cielo, no llegaran unas carabelas expedidas en los comienzos de su tercer viaje por el Almirante y no le aportaran morales y materiales recursss. Pero como los indios racibieran el chcque de todos, y tocaran grandísimo detrimento en si propios y en todo lo suyo, subleváronse hasta los más apartados, como las tribus ciguayas, quienes rompieron en guerra y cerraron en formidable combate con los nuestros, saliendo, según dice un historiador del tiempo en su lenguaje sencillo, maltrechas y desbarrigadas. Los cuatro caudillos ó caciques indios mayores de la isla, Guacanagari, Caonabo, Mayonabex y Guarionex fueron sometidos á los españoles, el primero

de grado suyo, los demás por fuerza y violencia de armas. Al caballo, al mosquete, al hierro de las espadas y al fuego de los tiros juntó el Adelantado los perros de presa, que le hacían horrible por todo extremo con sus voraces dientes en las carnes del desnudo indio, y las destrozaban en humeantes y cruentísimos pedazos. ¡Tristezas eternales de la Humanidad en su Historia! Y así las cosas, un viernes, postrero día de Agosto en el año 1498, arribó Colón á Santo Domingo. Después de haber abrazado con efusión al gobernador, enteróse con dolor del entuerto de Roldán, y se propuso enderezarlo con celeridad. Por todo se podia pasar, menos porque, despachados nuevos correos, llegasen á Castilla cuentos de reveliones y desastres, desdorosos para las empresas seguidas en esta sazón é impeditivos de las emqresas fnturas; Colón, despues de haber puesto á recaudo cuantas fortalezas y pertrechos pudieran caer en manos de los rebeldes, promulgó una orden autorizando el regreso á Castilla de todos los colonos malhallados con su cnodición y suerte, así como diputó embajadores á Roldán conminándolo para que reconociese su falta con sinceridad y á partido se diese con dulzura, segurísimo de obtener perdon por lo pasado y favor en lo venidero. Pero á la manera faudal, contestáronle Roldan y los suyos que les desplacia mucho volver á su obediencia, y le demandaban la venia para despedirse de la vivienda que con él tuvieron anteriormente convenida y ajustada. Humilde carta respondió Colón á este desacato, en la cual carta le decia su muy amado amigo al faccioso, y le contaba como pusiera en él tanta confianza cuanta en el propio hermano Bartolomé, rogàndole no le acibarara su regreso con aquellos desplaceres y enojos. Alguna mella la carta hizo en Roldán y grande disposición de transigir sint ó. Pero, como acontece á los criminales, por ley natural esclavos de sus cómplices, no estaba en disposición de persuadirlos á la concordia con tanta facilidad como el mismo se habia persuadido al reclamo de la conciencia y al consejo de la carta. Viendo la rebelión exacerbada, ya fuese por culpa del

jefe ya fuese por culpa de los facciosos todos, pretendió el Almirante armar una compañia que marchase al valle de Bonao, donde Roldán merodeaba, y acometiera y apresase á éste. Mas no encontró setenta personas capaces de obedecerle y seguirlo. En tal abandono, un único remedio le quedaba: ó volverse á España, ó transijir con los rebeldes. Transigió dirigiéndoles promesas de una general amnistía, en que los declaraba indemnes de toda culpa y devueltos á todos sus destinos como á todos sus honores. Presentóse Roldán en apariencia humilde, pero en realida ensoberbecido; y despues de haber hablado con el Almirante, no satisfecho al olvido anunciado por trascenderle á humillante misericordia, presentó un pacto, con cuyos cánones tuvo que convenir Cristóbal Colón por sospechas de mayores males y por miedo de mandar y expedir las carabelas á Castilla con tristes nuevas de rebeldías y desastres. Pero conociendo los rebelados cuán explotable era aun la dibilidad nativa de su desacatado jefe, y cuantas imposiciones podian prometerse de sus apuros y quebrantos, reclamaron mil nuevas concesiones á granel y le requirieron sin escrúpulo y con insolencia para que las firmara como en barbecho. Asi tuvo que despedir las carabelas con cartas llenas de pésimas noticias, y juntamente iban otras no menos terribles de los mismos sublevados. A la vuelta de cierto tiempo, Colón pasó por todo, aceptando lo rechazado en otras ocasiones, y reconociendo sus dignidades á Roldán. ¡Buen cetro el de su virreinato, junto á la vara de Alcalde mayor que relucía en manos del rebelde! Para más pena llegó aquel heroico y marcial Ojeda, quien tantos servicios á Colón prestara en el segundo viaje, y que, valiéndose de autorizaciones forjadas en Sevilla por las malquerencias de Fonseca, había seguido la misma ruta que Colón, industriado en ella por el Obispo, y á la vuelta tocaba en la isla para perderlo todo con su presencia, cuando tantas veces en otras ocasiones; y mejor aconsejado, salvároalo todo con su heroismo. La inoportunidad horrible de su llegada se demuestra con sólo considerar que Colón debió valerse de

Roldán en contra suya, y que Roldán y él fueron á las manos, viéndose á la postre Ojeda constreñido al regreso, con dolor sumo de no haber podido urdir una caballada, según él decía en sus conversaciones, al Virrey, jugándole una mala partida, como si la desorganización general del virreinato le jugase pocas. Todo se revolvía contra el órden general allí. ¿Un hidalgo como Guevara se prendaba de princesa india, robándola, y decíasele no estar muy autorizado su entuerto? Pues rebelion al canto. ¿Tenía este Guevara un deudo, llamado Mojica, que le alentaba y recibía por estos alientos justas reprehensiones? Pues también se rebelaba. ¿Se le infligía la última pena por sus conspiraciones y amotinamientos? Pues resistíase á confesarse, para que no le matasen por inconfeso. Así, no es mucho que, viendo su resistencia, Colón, en un rapto de los que solían asaltarle tarde, pero con fuerza le cogiera, é inconfeso y todo, lo arrojara por las almenas á los fosos. Uníanse á estos conflictos los conflictos de religión, agravados por la ondulante voluntad de los indios y sus neurosis, que los inclinaba así á la nueva como á la vieja creencia con la mayor inconstancia.

Mas es lo cierto que algunas ermitas fueron incendiadas y algunos indios asesinados en estos conflictos, connaturales á cosa tan extraordinaria como el comienzo de una colonización española en aquellas vírgenes tierras. Y á los horrores de la guerra uníanse los horrores de la esclavitud. No pudiendo mandar oro, mandaba Colón siervos, repartidos entre los conquistadores como cabezas de ganado, con sobreposición á ideas religiosas, no bien ocultas bajo las costumbres y las tradiciones arraigadas. Así, los cargamentos de carne humana, las encomiendas ó entregas de indios á los colonos, para que los unos trabajasen mientras los otros vivían en ociosidad de sátrapas asiáticos, tantos y tantos problemas como se mezclaban á las guerras civiles, á las miserias generales, á los daños sin cuento, decidieron al descubridor con sus imposiciones á que pidiese competente juez encargado de aliviar un poco sus faenas; y los Reyes, cada vez más dis-

gustados con las noticias enviadas de la colonia, no se lo dejaron decir dos veces, y expidieron el comendador Bobadilla. Cuando abordó á Santo Domingo Bobadilla, en Marzo de 1500 acababa de llegar la colonia, por una serie de largos esfuerzos del Almirante y otra serie de mejoras que traía en su discurso el tiempo, á tranquilidad mayor que la gozada en años anteriores. Sin embargo, poco antes del embarque de Bobadilla descendían en los muelles del Guadalquivir las cargas de siervos; y al desembarcar en las orillas del Hozama colgaban de las horcas en el aire corruptos cuerpos de tristes ajusticiados. Tres Colones mandaban en la isla entonces: Cristóbal y sus dos hermanos Bartolomé y Diego. Tenía éste la gobernación de aquella capitalidad y estaban los mayores de correría por el interior. Y siendo tres los de su familia y apellido, aún pedía Cristóbal que le mandasen al primogénito de sus varones, á Diego; con lo cual á Fernando V recordaba la espina que más tenia en su corazón, el carácter hereditario tolerado en algunas dignidades del descubridor con ofensa y mengua de la unidad interna del Estado, á tan subido precio conseguida sobre los desordenes feudales. Tamañas muestras de cariño entre los individuos de la misma familia, si bien argüian domésticas virtudes y afecciones morales de primer órden, iban en inteligencias, como la inteligencia de Fernando, muy suspicaz, ingiriendo la sospecha de que los Colones requerían y buscaban la fundación de una dinastía ultramarina en los territorios descubiertos por los recursos y las fuerzas del Estado español. Es lo cierto que las comarcas aquellas ardiendo, las guerras civiles entre sus colonos desatadas; el poder público desacatado, la rebelión crónica, los funcionarios sin paga, los soldados sin disciplina, el Erario sin recursos, la suma de sacrificios estériles unida con la suma de plagas diarias, los indios repulsivos á la religión y al nuevo gobierno, el mar manchado con barcas de carne humana repletas, la multiplicación de cadalsos junta con la mengua de tributos, el crímen de las encomiendas ó repartos de siervos y la efusión de sangre

cambiaron el juez pesquisidor demandado por Colón, para que, bajo la sombra suya y por delegación de su autoridad, reprimiese los crímenes y castigara los criminales, en durísimo inquisidor de los que persiguen y encarcelan á los altisimos reos de atentados á la seguridad general y á la integérrima existencia del Estado. Las noticias difusas en el ambiente de Sevilla; las traiciones lamentables de hombres, cual Ojeda, tan heroico y tan audaz al común trabajo; la serie de informes idos á la corte y agravados por las francas confesiones y las repetidas querellas del descubridor; las maniobras del Obispo de Badajoz encaminadas á perder el concepto de Colón en los ánimos de ambos Monarcas; el espectáculo presentado por la gente que volvia con sus respectivas cabezas de siervos; las calumnias múltiples empeñadas en atribuir un conato de conspiración en el Almirante á levantarse con el imperio de las Indias, imbuyeron tales ideas al comendador Bobadilla que se marchó y llegó bajo la obsesión de habérselas con enemigos declarados de su patria, merecedores por tanto de un ejemplar castigo como el que inflige la razón de Estado sin piedad á quienes la vulneran, siquier lleven una corona de monarca. Imposible de todo punto explicar su proceder, sino lo consideramos compelido al empuje de un juicio, equivocado en sus orígenes, pero impuesto al Comendador asi por la naturaleza de sus extraordinarios poderes como por la suma de ideas respiradas en el viciado aire de la corte, donde se habia llegado hasta insultar en los patios del Palacio Real de Granada, sin respeto ninguno al sitio donde vivian y al cargo que desempeñaban, las personas de los dos muchachos del Almirante, Diego y Fernando, adscritos al Real servicio y pajes en las palatinas ceremonias. No, no cabe imputar á Bobadilla la triste ligereza de Aguado. No cabe imaginar se propasara el Comendador hasta donde se propasó en sus disposiciones y decretos, si no le persuadia una excepcional convicción de que preservaba el Estado español á un grave peligro y contraia por ende, si usaba componendas ó complacencias, una grave responsabilidad.

Llega, desembarca, lee los poderes concisos que se le han dado; recoge todo cuanto á los Colones perteneciera desde los tesoros hasta los papeles; en profundo y húmedo calabozo recluye á un hombre tan dulce como el Gobernador de Santo Domingo y á un hombre tan fuerte como el Adelantado; y rodeándose de las fuerzas y de las armas que hubiera menester un general ido á destituir y apresar otro general puesto al frente de un ejército innumerable, priva del aire y de la luz casi, en aquel suelo recién hallado al milagroso profeta, que debia parecer sobre la isla, surgida en el espacio á sus evocaciones y á sus conjuros, como el Eterno sobre su creación.

El principio de la razón de Estado, acreditadisimo entonces, puesto en cànones á la sazón por Maquiavelo, ¡ah! lo explica todo. Colón debía sospechar que lo juzgaban en la corte como un obstáculo á la unidad monárquica y que las dificultades ineluctables surgidas por doquier á su paso le habían picado como víboras y asesinádolo, cuando, al entrar en su calabozo un emisario de Bobadilla para notificarle la orden de marcha, creyó que le notificaba la sentencia de muerte y que le apercibía compungido para el cadalso. Hay quien, confundiendo la comisión de Aguado con la comisión de Bobadilla, imputa los procedimientos seguidos por éste á livianas ligerezas y á pueriles vanidades como las propias de aquel improvisado gobernante. No, Bobadilla pertenecía, por su nacimiento y sangre, á la raza más comedida y grave, como buen aragonés, de toda la península; estaba en edad ya de circunspección y madurez; ejercía dignidades que llevaban consigo suma gravedad; era todo un Comendador de Calatrava; y bien procediese por imposiciones verbales del Rey, muy contrario á lo que cediera en detrimento de la unidad monárquica, bien procediese porque Fonseca le hablara de crimenes y conspiraciones posibles, en su odio cruel al descubridor, y le persuadièse á una violencia legal y juridica semejante á la ilegal militar que Ojeda ideó y estuvo en vías de cumplir, procediendo como procedió, creia no alardear de po-

deroso y grande, sino servir con un con verdadero esfuerzo y un enorme sacrificio á la patria. Pero la humana conciencia, el sentimiento público, la historia universal no entienden de tales cosas, no. El que había desflorado la virginidad del agua tenebrosa, conducido con hierros por el espacio iluminado al resplandor de su idea; el que había renovado la vida, puesto por violencia dentro de un ataúd flotante y amortajado como un cadáver en la región misma por él arrancada con martirios sin cuento al silencio y al secreto de los abismos; el que había dado á España una creación entera, privado de su libertad personal, ofrecía contraste de suyo tan enorme y demesurado entre lo grandioso del servicio rendido á la humanidad y lo terrible de la pena infligida sin género alguno de consideraciones á la gloria convertida en crimen, que no hay medio de rehabilitar á Boba. dilla, ni excursalo, como no hay medio de persuadir al humano linaje que defendían el templo de su Dios y la salud y la paz de su patria los pontífices del Sanhedrín judio, congregados contra el sublime Redentor, cuyas palabras atraían el odio de los Césares omnipotentes sobre la cabeza de Jerusalén malherida. Luego la noble conformidad del sublime Almirante con los decretos del destino adverso; la obediencia que prestó en su desgracia y en su dolor al mandato de los Reyes y al acatamiento deliberado á la superior autoridad de éstos; la mesura con que dirigió á lo alto sus quejas y el recato con que devoró en lo profundo sus lloros; la resistencia invencible á que le quitaran por bondad los grillos, puesto que sus superiores creían merecerlos él en justicia; ei carácter de mártir, con cuyo nimbo á la posteridad se ofrece de grado sobre su calvario, sin que dude un momento de Dios ni olvide nínguna de sus obligaciones con su protectora Isabel; aquella paciencia, únicamente concedida por el cielo ó quienes les concede también la seguridad completa de cumplir un destino humanitario y de hallar un premio eterno en la conciencia universal, realzan por tanto modo á Colón que los días aquellos de injustos padecimientos hanle quizás granjeado

su corona mayor y valídole para su incontestada inmortalidad. Así es el mundo. San Juan ha traído al Cristianismo toda su metafísica, San Pablo una gran parte de su alta moral; ha escrito el uno aquellos capítulos de su Evangelico dictados por el Verbo divino, y he escrito el otro, aquellas epístolas en cuyos pensamientos la Sinagoga se agranda y universaliza de modo que llega hasta subir á universal Iglesia; pero como ni uno ni otro han pronunciado el sermón de la montaña; como ni uno ni otro, á pesar de perseguido el primero y mártir el segundo, han muerto cual muriera Cristo, en las circunstancias que rodean á la cruz del Calvario, no han obtenido el culto que nuestro sublime Redentor. Platón y Aristóteles forman las des fases del humano espiritu, y, sin embargo, no alcanzan tampoco el culto que la humanidad ha prestado á Sócrates, pues si han tenido una ciencia mayor, no han tenido una muerte tan ejemplar y santa como la del divino filósofo que bebió la cicuta. ¿Cuánta parte ha tenido Bobadilla en que haya quedado Colón, entre tantos descubridores insignes é inmortales de su tiempo, como el revelador sobrehumano del globo á toda la humauidad y á toda la Historia?

CAPÍTULO XXX.

CUARTO VIAJE

Colón apenas podía dar crédito á la evidencia cuando tornaba prisionero, después de haber venido triunfador. Las palabras de Isaías, prometiendo un ministerio capital á España, y los versos del apocalipsis indicándole á él una misión divina, sonábanle como ideas reveladas por los cielos mismos al oído interior del espíritu. Conocía que se hallaba consumado su descrédito y que la opinión iba, en su concurso inconsciente, á la calumnia, convirtiendo las Iglesias por él erijidas, en espeluncas de ladrones, é imputándole proyectos tan insensatos como el de robar para sí las Indias y alzarse con su imperio, cual si desconociesen su ciencia y su experiencia personales. ¡Cuán poco podía intentar y menos cumplir sin el poderoso auxilio de un verdadero Estado! Atribulábase mucho; pero si á consecuencia de sus tribulaciones, caía en dudas la razón y en desmayos la voluntad, rehacíase con una poderosa reacción sobre sí mismo, recordando los trances varios, donde se había encontrado en peligro de perecer sin detrimento ninguno; poniendo su confianza en Dios que le había dado fuerzas para insistir en su intensa y perdurable brega con las supersticiones del hombre y con las fatalidades del destino. Su carta in-

mortal á la ilustre protectora suya, nodriza ó ama ó maestra del príncipe D. Juan, quedará eternamente como uno de los escritos más capitales de la Historia Universal. El 25 de Noviembre, año 1500, fondearon en Cádiz las carabelas que conducían á Colón, é inmediatamente mandó éste un correo á Granada, donde residían entonces los Reyes, informándoles de lo sucedido. Pasóles á Fernando é Isabel con Bobadilla, en este caso y ocasión, lo mismo que le pasa por ley de costumbre al juez con el verdugo, ejecutor de sus sentencias: creélo necesario á su oficio, pero no cambia con él un saludo, ni le tiende jamás la mano. Bobadilla cumplió las instrucciones que llevaba de destituir y reemplazar á Colón, pero las cumplió brutalmente. Los efectos de su brutalidad se vieron en la explosión del sentimiento nacional, que, muy apartado del descubridor por aquellos días, volvió á colmarle de aplausos y á tenderle palmas por su camino, según hizo á la vuelta de su primer viaje, y á la ida, desde las orillas del Guadalquivir á Barcelona. La corte adhirió su juicio propio al juicio público. Los Reyes maldijeron el proceder de Bobadilla y abrogaron todas las disposiciones arbitrarias por él tomadas contra las pertenencias del descubridor. Encaminóse libérrimo éste á Granada, rotos los hierros, que forjara el exceso de celo, por manos del pueblo mismo, antes que los rompiera el mandato superior de la realeza. Fonseca tuvo que dar al cautivo dos mil ducados, que le libraba la Reina, para en parte resarcirlo de tantos perjuicios y ayudarle á su presentación en la corte con la pompa correspondiente á su cargo. Descansó Colón; aderezóse y aderezó á sus hermanos, cual por mil razones les cumplia, y partiéronse á Granada.

Los espacios donde habían radicado aquellos lugares, en que firmó sus capitulaciones; la torre, sobre cuya cumbre ondeara el pabellón de la Cruz, rematando el trabajo nacional de siete siglos; los alicatados patios de alharacas y encajes en que cantan los surtidores y huelen los azahares; á quellas orientales salas,

que atestiguaban la gloria y el poder de tan excelsos Monarcas, debieron taladrar sus sienes y su pecho con la sugestión de grandes emociones, nacidas del recuerdo y análogas, en su misma oposición á ellas, con las emociones despertadas por la continua surrección de islas entre los dos costados de su creadora nave. Pero cuando vió á la Reina con los signos de inenarrables dolores en el rostro, ya demudado, y las sombras de su próxima muerte sobre la cabeza, ya inclinada bajo la pesadumbre de sus recientes irreparables infortunios, las compuertas con que habia contenido Colón su pena se abrieron de par en par, y una catarata de lágrimas y una tormenta de sollozos resonó en aquellas multicolores paredes, en que habia incrustado la palabra felicidad una dinastía destinada por el cielo á llorar tantas infelicidades. La Reina lloró al llanto del amigo mártir, viendo en espíritu los muertos que la rodeaban de penas indecibles y el abismo de la eternidad que la requería con sus reclamos incontrastables. Aunque frío Fernando en aquella emoción general, y mudo cuando todos proferían sentidas exclamaciones, y seco cuando todos lloraban, como encarnación del ejemplar de un príncipe á lo Maquiavelo, conoció cuán difícil le sería ir allende lo ya ido, y vuelto Colón de un gobierno, al cual se proponía no permitirle volver jamás, decidió aprovecharlo para lo que servía, para nuevas expediciones, y romper el instrumento ya inservible con que lo habia descuajado de su poderoso virreinato, romper los poderes de Bobadilla, esgrimidos por éste con deseo sincero de acierto pero tambien con terribles exageraciones y patentísima torpeza.

Convenía tanto más esto á Fernando, impulsor soberano de todo lo hecho en la Española con Colón, cuanto que las invenciones portuguesas en África y Asia le traían á mal traer, despertándole celos y recelos respecto de Portugal, quien podía trocarse con tales grandezas en enemigo tan amenazador de nuestra España sobre los mares como lo era Francia entonces sobre los Pirineos. A mayor abundamiento, por aquellos dias

acababan de regresar Bastidas, Ojeda, el menor de los Pinzones tan glorioso como su hermano mayor, de largos viajes, trayendo noticias que le movían al propósito de reconciliarse y entenderse con el revelador de la tierra por excelencia. Pero Colón era un Virrey por derecho propio, un Virrey vitalicio, amén de un Almirante con el derecho enorme de mandar y trasmitir este cargo último en herencia y vínculo á sus sucesores, cosa que desatinaba por completo al fundador ilustre de la unidad del poder y del Estado. Fernando pagaba bien caramente aquel escepticismo connatural á su naturaleza de calculador y frio político. La facilidad, con que había en Santa Fé cedido á todo lo demandado por Colón, desmuestra como no creía en la existencia del Nuevo Mundo y del nuevo camino, esperados por su alucinada é intuitiva mujer, auuque se lo jurasen frailes franciscos. De saber á ciencia cierta la realidad efectiva del ensueño forjado por Colón y admitido como posible y aun fácil por la Reina, ¡oh! atara corto al sonámbulo, y sin regatearle cuantos provechos áureos reclamara su irremediable codicia, le rehusara el virreinato personal perpétuo sobre dominios que debían pertenecer en su integridad á la corona. Pero no tenia remedio, y sin ánimo de satisfacer jamás al monarca ultramarino, y menos permitirle allende una dinastía en competencia con la dinastía de aquende, se propuso entretener al profeta y darle cuerda para cumplir otra nueva profecía, si tiraba, como iba Colón asegurando por todas partes, á encontrar en las costas recién invenidas sobre la tierra de Paria, un estrecho, cuyos canales abriesen derroteros más breves que los portugueses por el Cabo de Buena Esperanza, y se granjeasen riquezas iguales á las que ponían como un ascua de oro la espléndida Lisboa de D. Manuel I el Grande.

Pero Colón, más tenáz y testarudo que su Señor y Monarca el porfiadísimo aragonés, pleiteaba como un litigante impertinente por sus privilegios, dignidades, mayorazgos, vínculos, lucros, participaciones, cargas de justicia, juros y maravedises, rentas, sin empacharle cosa las encomiendas y repartos de las

cabezas de indios, consideradas por él cabezas de ganado, como un mercader cualquiera vulgar, al mismo tiempo que pulsaba el arpa de David y evocaba el estro de Isaías, prometiendo libros proféticos, trazados entre pedimento y pedimento de importuno pedigüeño, correr á una cruzada para el rescate de Jerusalén, la cual ¡oh! le permitiese beber los manantiales del Cedrón, asentarse sobre la piedra donde Cristo habló con la Samaritana, subir al Tabor, arrastrar las rodillas bajo los olivos del Huerto en que rechazara el Salvador cáliz como los apurados por él tantas veces; macerarse con cilicios junto al sitio de las caídas, bajo el madero de la Cruz; envolverse con las cenizas de anticipada sepultura en la cumbre del Calvario; ver el estrecho Valle de Josafat antes del Juicio Final, tanto más cuanto que la tierra por él agrandada, y los mares, y los cielos por él renovados iban muy pronto á concluirse, pues cumplidas todas las profecías y consumado todo ya, no le quedaba otro fin al Universo que derretirse por completo en los choques entre las estrellas desprendidas de su centro y disiparse como el humo de un holocausto en la presencia y seno del Criador. Los Reyes Católicos vinieron en autorizar á Colón para otro viaje; pero jamás pensaron en devolverle, jamás, ni el poder, ni el gobierno, ejercidos en la Española, según su sentir, por modo lamentable. Distinguian con claridad las facultades casi divinas del piloto, como explorador de mares y como vidente de idealidades, las distinguían del otro lado de su espíritu y de las otras facultades que hubieran completado aquellas; y no lo estimaban administrador, ni político. Así, por Febrero del año 1502. aunque destituyeran á Bobadilla, lo reemplazaron inmediatamente con Ovando. Y hecho tal nombramiento, expedida la escuadra conductora del nuevo gobernador, cuatro meses más tarde, por Mayo, soltaron á Colón en la inmensidad adivinada por las intuiciones, y reconocidas por los esfuerzos de éste, para que les trajese aquel prometído estrecho, por cuyos senos se podría navegar hasta las Indias Orientales y oponer un seguro

contraste á la prepotencia lusitana. Una de las mayores suspicaciones del cauto y precavido Fernando se derivaba del empeño puesto por Colón en magnificar á la propia familia, familia extranjera en último término, que recibía privilegios y lucros como los granjeados por Diego y Bartolomé, al par que vínculos y mayorazgos y heredamientos como los prometidos y legados en sus ordenanzas testamentarias por Colón al primogénito y al bastardo, sus herederos directos. Un observador perspicaz viera que acompañaban á Colón en este cuarto viaje Bartolomé, aunque mal de su grado, y Fernando, el muchacho hábido de ganancia en Córdoba. Mas no le acompañaba Diego, quizás por disminuir el número de los principes aquellos, muy sospechoso, al enemigo de todo fraccionamiento feudal; y no le acompañaba el primogénito, el heredero de sus dignidades y prerrogativas, acaso por no dar títulos mayores á las pocas meditadas concesiones de almirantazgos perdurables.

La escala de Santo Domingo se imponía en el nuevo requerimiento de Paria y en el viaje por los mares de las Antillas y por los mares de los caribes. Arribó Colón, pues, á la desembocadura del Hozama, y pidió permiso para el desembarques negado al que podiamos llamar autor de la isla por Ovando, so pretexto del número de sus enemigos alli reunidos para volverse á España inmediatamente, muy capaces todos de jugar al viejo Virrey una mala partida y de perturbar asi con tales entueros, la no bien curada colonia. Pero Colón, avizorísimo, á fuer de buen nauta, y largo en comunicar lo avizorado por su penetrante mirada oceánica, respondió cómo su demanda de puerto en aquellos instantes obedecia por necesidad al temor de próximas tormentas, y cómo aconsejaba no expedir los barcos aparejados á zarpar; pues, aunque iban en ellos sus enemigos, debia, como caso de conciencia, católico y humano, para descargo de su corazón, en Dios y en su alma, decirles que corrían peligro cierto de irremediable naufragio. Desoyeron los advertidos la providencial advertencia y naufragaron á la vista

casi del puerto. Como en la escuadra fueran el comendador Bobadilla con el rebelde Roldán, y se ahogaran, salvándose tan sólo mísero esquife, donde remitía el nuevo Gobernador á España la fortuna de Colón, atribuyeron las gentes el bien de uno solo y el mal de todos los demás á hechicerías y maleficios compuestos por el marino, sin comprender cómo el cumplimiento de su anuncio nacía y brotaba, no del hechizo y embrujamiento imposibles, de ciencia con sus trabajos adquirida y de intuiciones connaturales al genio. Así Colón pasó la sacudida correspondiente con zozobras, pero sin daño, en virtud natural de su nativa superioridad y de su aquistada competencia. Continuó, tras estas detenciones, su viaje, y en Julio bautizó la isla de Guanaja, descubierta frente á Honduras, con el nombre de Pinos, por los muchos encontrados en zonas tales. Navegando por allí, tropezó un día con grande y bien dispuesta canoa. Tripulábanla varios jóvenes de gratísimo aspecto, y parecía venida desde muy lejos y hecha de suyo á marear en espacios amplios y con derroteros largos. Lo cierto es que iban muy compuestos y aderezados los tripulantes, conduciendo consigo productos de algún más valor que las baratijas halladas en otros encuentros, y telas de algodón tejidas con mayor arte y bordadas con mayor esmero que las anteriormente descubiertas en las innumerables islas exploradas. No pudo saberse á ciencia cierta ni de dónde venian aquellos hombres, ni á dónde iban, por el impedimento de su lenguaje indio; pero sobran motivos para creer que, de oirlos Colón, topara con tierra de Méjico, extendiendo asi al pie de la Monarquia española un áureo imperio, bastante por si solo á compensar aquella continua disipación de la siempre desvanecida India oriental, y á traer, con la gloria consiguiente á tan milagrosas invenciones, un provecho en vano requerido del Nuevo Mundo hasta entonces. Pero Colón, puesto por sus estudios en la pista de los recuerdos medioevales, cuya transmisión secular iba trastocando las poéticas consejas, como siempre que algo pasa de labio en labio y de

siglo en siglo, estaba cada dia mas emperrado en la busca del áureo Quersoneso, y más ansioso de sorprender á los portugueses con un camino breve que acortase la comunicación usual con Oriente y llevase riquezas al rey Fernando, malhumorado y desconfiadísimo aun después de haber tributado el mar tantos dominios á sus inmortales coronas. Asi persistió en recorrer por su parte oriental aquella costa de Honduras, tan larga, y en buscar el estrecho, cuya existencia su génio profético adivinaba, como un anillo misterioso de unión entre los mares por él entonces recorridos y los misteriosos mares de Oriente.

Por 14 de Septiembre llegó al cabo Gracia de Dios, el cual debió su nombre á la circunstancia de haberse allí esclarecido el aire de chubascos eléctricos, que generaban en pleno dia la noche, y serenádose de tempestades sempiternas el agua, que habia acongojado su alma de profeta y enflaquecido su cuerpo de piloto. Encontró aqui unas muchachas indias, quienes subieron de grado á las carabelas, y expidió unos mareantes y un escribano á tierra, que tomaran posesión oficial del terreno. Mas, porque las muchachas llevaron á las naves esencias y otros ingredientes, los marinos creyéronlas magas, y repugnaron sus sortilegios, asi como las indias creyeron á los marinos brujos porque presentaban á sus ojos tan extraños y nunca vistos objetos como un vulgar y ordinario recado de escribir español. Doblado el cabo Gracia de Dios, y siguiendo al Mediodia, volvió á probar tempestades, en las que su niño Fernando, adolescente de unos doce años, mostró serenídad tal ante los peligros y destreza en las maniobras tan consumada, que sirvieron de recreo á los trabajos y de consuelo á las penas del eximio padre. En su ruta y dirección á la costa llamada hoy de los Mosquitos zozobró un bote y perecieron unos tripulantes, por lo cual denominó á una vena de agua desembocada en tal sitio Rio del Desastre. Al fin, el 5 de Octubre, abordó á Costa Rica, y el 14 á Veragua. En este punto parecia realizado el sueño de Colón y patentísimo el áureo Quersoneso. Las noticias recogidas á duras

penas y los indicios deducibles de sus noticias prometían una región áurea, cuyos habitantes poseían brazaletes y arracadas- con mesas y sillas de oro. Penetradísimo Colón de que sus en sueños se le habían cristalizado á la vista, dijo ser aquella la tierra de Aguara, enteramente áurea, y hallarse á diez días de navegación el sacratísimo Ganges. Pero así como en los indicios recogidos al ingreso por estos mares pudo hacia Méjico y sus penínsulas orientarse con facilidad, en los indicios de la sazón ahora historiada pudo entrever y buscar el Perú. Mas, creido de habérselas con el mundo de lo pasado, no sospechó siquiera el mundo de lo porvenir. Imaginaba su obra la resurrección del Oriente, cuando, por progresiva, por humana, por nueva, era la Cración del Occidente. Dios no quiso que viera la desembocadura del Amazonas, como había visto la desembocadura del Orinoco. El oro y el estrecho, tan requeridos y buscados, le retuvieron allí largo tiempo; y en este tiempo, experimentó tales calamidades y plagas, que puso á los parajes donde los probara en tanto número é intensidad, entre Puerto Bello y Veragua, este luctuoso apellido; «Costa de los Contratiempos.» Parecía que soplaban los vientos del infierno, según lo abrasados que venían y lo abrasadores que eran. El cielo tomaba horrible aspecto de mina incandescente, por cuyos bordes se aglomeraban incendios verdaderamente cósmicos. Hervía el mar al sol y al viento como hierve á la lumbre una caldera de agua. Los relámpagos cegaban la vista y los rayos daban chasquidos de fusta en las orejas. Descendían los nubarrones rabiosos, como bandadas de aves carniceras, á las aguas, encendidas por las centellas elé tricas, en los abismos; y las aguas, azotadas por el huracán, subían en pirámides gigantescas al cielo, enrojecido como un candente hierro en una gigante fragua. Los tiburones aumentaban el universal terror, husmeando con su carnicero adivinador olfato la carnaza prometida por el inminente naufragio. Alzaban los marinos al cielo sus ojos y sus brazos en demanda de misericordia. Echábanse mútuamente á los pies

unos de otros y se confesaban todos entre si. Colón, enfermo y casi moribundo, había hecho que le alzaran una especie de alcobilla, sobre la entena mayor apoyada, desde donde dirigía tendido las maniobras, con tormentas mayores en su espiritu que las tormentas del cielo. Por fin, cuando pudo valerse de sus facultades y contar con segura bonanza, resolvió establecer allí, en la tierra del oro, una colonia, y explotarla con empeño á su guisa.

Mas para esto necesitaba domar al cacique mayor, Quilian, y este cacique parecía un término medio entre los indios lucayos y los indios caribes. Colón tenia prisa de resolver lo más acertado, que consistia en dejar alli de Gobernador á su hermano Bartolomé; maravilladísimo del terreno donde habia tropezado con oro en gran cantidad, é irse á España él en requerimiento de auxilios. Y bien los necesitaba, pues Quilian se apercibia con dolo y disimulo á combatirlos con fuerza de armas y golpe de gentes. Mientras los españoles construian sus casas en el recodo de una caleta formada bajo una colina sobre la desembocadura del rio Belén, Quilian llamaba indios de combate y repartia consignas de incendio y exterminio. Súpolo Colón y no acertaba con el medio de conjurarlo. Pero tenia un compañero llamado Méndez, alli, que la Historia contará entre los héroes más esforzados y sufridos y leales de que hay remembranza en sus capítulos. Y Méndez resolvió ir sólo en demanda de Quilian. Subió rio arriba y topó con él á cosa de media legua. Como si estuviera en su casa, entró por los bosques aquellos y habló con Quilian como si hablara con un viejo amigo. El cacique se mostró reservado, pero no en términos que Méndez dejara de traslucir los intentos suyos y se los participase á Colón en el milagrosísimo regreso. Mostróse muy apenado el Almirante; y Méndez, resuelto á fortalecerle y consolarle, tomó un amigo y se fué nuevamente con él solo rio arriba en alas de su temerario denuedo. A las pocas remadas dió con canoas apercibidas al combate; se dirigió á ellas, cual si en vez de guerra, le ofrecie-

ran amistad. Supo Méndez que había dispuesto Quilian el ataque y á su encuentro se fué. Cuanto al paso hallaba no parecía propio á enardecerlo. Por todas partes enjambres de indios amenazadores y armados con el aguijón de sus flechas como enjambres irritados de zumbantes abejas. Mas el héroe no hacía caso ninguno. Llegado al centro, donde daban los principales bohíos ó viviendas de aquellas familias, vió un seto de cabezas indias recién cortadas y puestas en palos chorreando sangre. Nada le arredró; y eso que, salidos á su vista de las madrigueras mujeres y niños, según los gestos y amenazas, parecían querer comérselo. Al estruendo apareció un mozo, hijo de Quilian, y le dió un empellón, que no logró derribarlo, pues, si por acaso tal cosa lograra, cayeran, ya en tierra, todos á una sobre su cuerpo y lo trucidaran y se repartieran sus pedazos. Preservado de aquel primer golpe, dijo que iba en calidad de médico cirujano, y extrayendo del bolsillo tijeras y peine y espejo rogó al compañero le cortara el pelo. Imposible decir los efectos de asombro y maravilla que tal operación despertara en aquellos salvajes. El cacique deseó cortarse también el pelo y Méndez lo satisfizo como un peluquero consumado. Después regaló aquellas bujerías, que mucho agradaron á los indios, y recibió de los indios un banquete, comiendo con ellos en amor y compaña hasta volverse muy regocijado y dejándolos muy satisfechos.

Pero Bartolomé creyó necesario el apresamiento de aquella familia y lo resolvió. Emulando la increible temeridad de Méndez, y acompañado por él, fuese al bohío de Quilian y le llamó á partido. Presentóse tras grandes resistencias éste, y se asentó en una piedra frente al Adelantado, que estaba solo y de pie, pues sus demás compañeros se habían recatado atrás. Quilian pintarrajeado, mostrando sus hercúleas formas desnudas, y asentado sobre su piedra, Bartolomé vestido de acero en frente y de pie, parecían bajo la bóveda tropical de los árboles y á la entrada de los bosques, no dos personas, dos mundos, el mundo de la civilización y el mundo de la barbarie, Bartolomé apresó

al cacique y lo tuvo en cautividad, rendido al espanto causado siempre por las armas de fuego en todas aquellas inocentísimas razas. Pero la cautividad se rompió y el cautivo huyó, cuando al querer transportarlo á las carabelas, hizo el prisionero que le aflojara las cuerdas el marino encargado de su custodia, y al aflojárselas, dió un salto y se lanzó al río, desapareciendo en sus corrientes como un Dios de las aguas, que tuviera en el seno líquido de los ríos su natural vivienda. Monstruoso anfibio, Quilian reapareció por las selvas al frente de sus tribus en armas y cerró entre furiosos espasmos y gritos de coléra con el Adelantado como el ciclón con los árboles del campo y con las entenas del mar. Súbito las balas dieron cuenta de los naturales, mientras las flechas se rompían en el acero de que andaban vestidos los españoles. Á los instrumentos guerreros de la industria civilizada se unió el valor increíble de nuestra raza. Un soldado murió y al Adelantado le penetró un dardo por el corselete, rasgándole un poco la piel. Habiéndose partido el Almirante y anclado unas leguas más allá, mandó en busca de noticias una barca capitaneada por Fristán, que los indios asaltaron, destruyendo la tripulación. Cuantos de la familia de Quilian llevaban las carabelas presos, una noche de aquellas se ahorcaron todos, prefiriendo la muerte al cautiverio. Visto un horror tal, dicidieron aquellos que debían permenacer allí con el Adelantado, juntarse y abandonar de acuerdo y de consuno una tierra que parecía escupirlos de su seno como el mar escupe los cadáveres y negarles hasta el aire. Partiéronse y recalaron por último en Jamaica, desde donde trazó Colón en páginas inmortales el trágico relato de tan horrorosa catástrofe. El martirio fundado en la paciencia se sobrepuso al heroísmo del ataque y del arrojo. No sabe qué admirar uno más en estos exploradores, si el arrojo en los combates ó la conformidad con el infortunio. ¡Cuánta grandeza!

Herido Colón por el azote de las calamidades, que se habían sobre su cabeza condensado; enfermó de cuerpo y alma; con

una parte de su escasa tripulación desaparecido en las porfías de sus trabajos y otra parte airada con su destino adverso; comidos de sucios gusanos los bastimentos y de voraces ostrios las maderas, al extremo de tener que abandonar un casco á las aguas, como se abandona un cadáver á la podredumbre; con los desengaños del río Belén sobre su alma y con el anuncio agorero y el amago siniestro de tempestades y de zozobras, como fauces del infierno abiertas á sus pies; hubo un momento en que la desesperación, ajena de su carácter, le puso asechanzas: y el suicidio, tan repulsivo á su naturaleza, le cruzó por la idea y por la vista pero, como la paciencia fuera su cualidad soberana, y señoreara el ánimo suyo al extremo de atormentarlo con toda suerte de pruebas terribles, pero sin jamás consumirlo y perderlo, cual si fuera su genio un incendio enorme que se acrecentase al viento contrario, levantó Colón á Dios su idea, y pidiéndole perdón por si alguna vez en arrebatos indeliberados é inconscientes, de aquellos que ciegan los ojos y enloquececen la mente, dudara de su providencia y de su bondad; al considerar como se había visto más desamparado y más herido todavía en las pobladas capitales europeas, que en los inacabables desiertos oceánicos, y sin embargo, lograra coger la llave que cerró las cadenas de supersticiones puestas en rededor de todo un mundo, y abrirlas; encender en los rayos de su inspiración las tinieblas del mar tenebroso, y ahuyentarlas; evocar las Indias, y repartirlas á su grado como y donde le plugo; lanzarse cual un buzo al espacio etéreo y extenderlo al movimiento de su nado en lo infinito; al considerar todo esto, recobró la esperanza inextinguible que siempre le había guiado como una estrella, y dió rendidas gracias al cielo, que le anunciaba con promesas palpables en aquellas fronteras de la eternidad y en aquella inclinación á la muerte, un renombre imperecedero y una inextinguible gloria.

Pero continuemos. A fines de Mayo estaba en Jamaica y al abrigo de un buen puerto, tras procelosísima travesía y continuos combates con todas las adversidades juntas. Pero, comidas las

maderas, deshechas las jarcias, rotos los velámenes, desencuadernados los tablamentos, podridos los víveres, horadados los buques todos hasta parecerse, como decía Colón, á un panal de abejas, no podían de allí apartarse en ningún sentido y en dirección ninguna moverse á nada sin otra escuadra, pues la traída para este cuarto viaje se pudrió toda entera en el Océano. Así, únicamente podían servir las naves como viviendas, y en guisa de cabañas las carabelas, dispuestas de suerte que parecían chozas acuáticas, un tanto apartadas de tierra, pero con la tierra fácilmente comunicables. Ya tenían albergue; mas les faltaban alimentos. Para procurarlos, necesitábase empeñar cambios, á los cuales denominaban ellos rescates; y para obtener estos cambios, ó rescates, hilvanar mutuas relaciones y urdir sendos tratos entre sí los recien llegados con los sencillos naturales. A este fin y objeto nadie podia servir como Méndez. Ninguno calaba como él á los indígenas por una especie de adivinación misteriosa, semejante á la que alcanzan los sordomudos en el ejercicio de observar á la continua los ajenos actos y ademanes. Así, convino en dar por dos hutías un herrete de sujetar; por las hogazas de casabe, tres cuentecillas de vidrio, verde ó rojo; y cuando las provisiones resultaban mayores, iban recabando los nuestros cuanto tenían, y las rescataban por medio de bonetes colorados, espejos relucientes, campanillas y cascabeles sonoros; con todo lo cual se marchaba el indio saltando de alegria y regocijo. Pero no podían permanecer allí por toda una eternidad, y necesitaban ir á la Española en demanda urgente de barcos necesarios al transporte, pues los traidos estaban quedos e inertes. Mas, ¿cómo atravesar en canoas eosteras espacios oceánicos tan extensos? Necesitábase jugarse la vida. Nadie podía retar así á la fatalidad más que Méndez. Y á Méndez confió el Almirante la temeraria expedición.

Dió, como decía con sublime sencillez aquel mártir castellano á muerte su vida. Tempestades, oleajes, asaltos de los naturales, cautiverio, salvamentos inverosímiles, tentativas frustradas,

vueltas atrás, combates con los elementos, hambre, sed, fiebre, desesperación; de todo hubo en aquella travesía terrible y á todo el héroe ocurrió y de todo salió indemne, mientras unos infames compañeros suyos, los Porras, quedados en Jamaica con el Almirante, alzáronse á una rebelión, rompiendo con todas sus obligaciones en aquel trance, y maltraron á los isleños dándoles tales molestias, que cesaran éstos en las provisiones, cuyo envío nunca hubieran reanudado, á lo cual hubiera muerto de hambre á la tripulación, si en sus inspiraciones el Almirante no recurriese á la industria de anunciarles, por su conocimiento de los fenómenos astronómicos, la noche y la hora en que debía obscurecerse la luna, irritadísima por sus intratitudes é irreverencias; y como sucediera según lo anunciara, puso á todos aquellos pobres de espíritu en obediencia, y les obligó á pedir con lágrimas el afecto de personas tan bien servidas por el cielo; y á reanudar los antiguos necesarios rescates, como tributos debidos á genios superiores. Mientras tanto, no venían del viaje de Méndez noticias, y Colón recelaba que, si bien el eclipse había sosegado á los indios, pudieran los facciosos capitaneados por Porras acometerle sin empacho y abrasarle las viviendas de seca paja pereciendo todos en las llamas. Tras ocho meses de angustia, sin saber cosa ninguna, llegó un carabelón, capitaneado por enemigo implacable del Almirante y expedido desde la Española, pidiéndole noticias de su estado y dejándole para su remedio un tocino y un barril. Tal brutalidad, que parecia burla, no desconcertó la probada paciencia de Colón; entes le sirvió de consuelo y le alentó en su esperanza con saber de Méndez, y aguardar, aunque regateado y tardío, algún remedio á sus indecibles desgracias. Pero Porras vino aún á herirlo más y más, pidiéndole vestidos, por haberse quedado casi desnudo, como indigena indio, y amenazándolo, si á su demanda no accedia, con tomar estos vestidos á mano y por violencia, para cubrirse las carnes desnudas con los despojos alcanzados en su increible triunfo. Hubo necesidad im-

prescindible de rechazar la fuerza con la fuerza, y sangre de hermanos corrió en aquella demanda, concluida con la muerte de Porras, á quien desarmó y venció, en lid abierta con él y con los suyos, una compañia que Bartolomé Colón comandaba. Pero, entre tantas penalidades, aparecia lo más penoso, el abandono y desnudez en que lo dejaba el Gobernador de Santo Domingo, después de haber ido alli en persona del enviado con su jamón y su barril, cerciorándose del horrible mortirio de Colón. Semejante tardanza en socorrer á Colón pone junto al nombre de Bobadilla el nombre de Ovando en el terrible anatema de la implacable Historia.

Por fin, gracias al heroico Méndez, el residuo de aquellos tripulantes, que habian emprendido la cuarta expedición exploradora, pudo salvarse y salir de Jamaica el 28 de Junio año de 1504. Pero como si el mar quisiese retenerlo alli, empleó mes y medio en la misma travesia recorrida rápidamente por su amigo Méndez en misera canoa. Nuevos dolores le aguardaban en aquella ciudad de Santo Domingo por él comenzada y erigida. El gobernador Ovando soltó á los rebeldes que llevaba y autoridad de su Almirante. Así fué mucho que Colón apresurara el regreso con apremio y abandonara sin dolor aquella colonia sin entrañas. Un mes justo despues de su llegada zarpó Colón para Castilla. A la vuelta le persiguió aún la tempestad, rompiendo la contramesana, é imponiéndole una triste navegación de cincuenta dias á palo seco. Por fin el 7 de Noviembre atravesó la barra del rio Guadalquivir y ancló en Sanlúcar de Barrameda. Iba muerto. La gota le había paralizado casi, como si quisiera vengar en su cuerpo la materia el fin de aquella inercia medioeval de donde la sacara y el movimiento que le imprimiera. Apenas podia trasladarse á la córte sino en andas como un cadáver. El Cabildo catedral sevillano le cedió las que habian servido para trasladar el cuerpo de su arzobispo Hurtado á la catedral desde Tendilla; pero imponiéndole la condición de vol-

verlas sin detrimento y expidiendo con ellas un criado para que las atendiese y cuidase con esmero. Sin embargo, hasta Mayo del año siguiente de 1505, no pudo en marcha ponerse. Pero le aguardaba el último y más terrible golpe, la muerte de su protectora Isabel, de quien decía Pedro Mártir, viéndola en los transportes de su dulce agonia, que, después de haber llenado el mundo con su renombre, encontraba en el cielo su merecida bienaventuranza. Colón la lloró con amargas lágrimas y acompañó el paso de su alma desde esta vida triste á la otra eterna con piadosas oraciones. Mucho debía fiar en la Reina el Almirante, y mucho perdiera con su muerte; pero en aquellas pretensiones suyas, encaminadas á desprender de la diadema castellana un desgaje de su autoridad y poder únicos en pro de su persona y familia, jamás lo hubiera conseguido, ni aun viviendo Isabel, dispuesta siempre á escuchar el consejo de su esposo en todo cuanto le juzgaba de razón asistido y por el bien común de toda España inspirado. Ahora en el premio á lo ya hecho y en el aliento á lo por hacer, todavía Colón perdió su verdadero apoyo y tuvo en la muerte de la protectora el mayor entre tantos contratiempos como le asaltaran al término de su gloriosa existencia. Aunque preguntaba si la Reina lo mencionaba en el testamento, y decía llegarle de oídas una especie tan halagüeña como el empeño de ella repetido en las ansias y agonías últimas de que le devolviesen el gobierno de las Indias, nada hubo de todo esto; la Reina se acordó únicamente de los indígenas recién incorporados á su corona y mandó los tratasen sus gentes y gobernadores como Dios manda.

Las fatalidades irremediables de la complexión personal, llamada por otro nombre carácter, duran tanto como la vida, y Colón tuvo hasta sus últimos instantes las iluminaciones sobrehumanas de su genio creador y divino con las importunidades y pedigüeñerias de imperturbable pretendiente. Creía que, aun muerta la Reina, valdríale de algo su presencia en una corte tan cerrada y en un ánimo tan recatado como la corte y el ánimo

de Fernando; pero erraba por completo. No pudiendo ir á Castilla en las parihuelas del Arzobispo, reclamó y obtuvo una excepción á su favor de la pragmática célebre, cuyos cánones condenaban á muerte la mula montada por varón, salvo los clérigos. Una cédula se expidió para otorgarle semejante clerical privilegio de cabalgar en mula. Sin embargo; no podía ponerse de modo alguno en camino, cuando á más andar el estio se entraba por aquella calurosa comarca é iba cerca muy de su fin el florido Mayo. Por fin llegó á la corte, que se hallaba en Segovia; habló con D. Fernando, muy cortés, pero muy reservado. Y no hay que maravillarse, atendida su insistencia en pedir lo que jamás el Rey concedería, la declaración del virreinato de su hijo. Iba de Sevilla en requerimiento de Segovia, y de Segovia en requerimiento de Salamanca, y de Salamanca en requerimiento de Valladolid, insistiendo en su demanda siempre, y no logrando nunca la satisfacción prometida con múltiples indescifrables reservas. No pudiendo sacar cosa ninguna del rey Fernando, diputó su hermano Bartolomé á la Coruña, para que requiriese lo acordado en Santa Fe y lo debido por mil contratos solemnes de la reina D.ª Juana la Loca y del rey D. Felipe el Hermoso. Buenos andaban entre sí los cónyugues con sus discordias, y buena gana tenía el joven monarca de atender á cosas tan graves, cuando le faltaba tiempo para holgarse con sus devaneos continuos y sus amorios escandalosos. En cuanto al Rey Católico, la extensión que tras el cuarto viaje colombino habían tomado á sus ojos las Indias, y el sinnúmero de riquezas que se iban entreviendo, empeñábanle más y más en el pensamiento de impedir á una familia de súbditos prerrogativas y rentas connaturales á la complexion del Estado y propias de las familias que lo personifican y representan. Y en éstas, la vida se le acababa por completo al Virrey, aunque no la esperanza, no, pues concedía cargos en la Española, bien que á héroes tan excepcionales como Méndez, cual si estuviera en plena posesión de su soberanía. Era el 20 de Mayo en el año 1506, un jueves en

que la Iglesia celebraba festividad como la Ascensión del Redentor á los Cielos. Había dictado su voluntad superior y recibido los Santos Sacramentos. Sus ojos se convirtieron á la Hostia con amor, y sus lábios pronunciaron una de las palabras dichas por el Redentor en los instantes últimos de su prostrimer agonía. Registrad los fastos de la gloria, y difícilmente podréis encontrar ninguno entre los inmortales capaz de decir; yo fuí mayor que tal hombre. Profeta, vidente, sabio, héroe, mártir, su culto se agrandará cada dias mas en el agradecimiento de la humanidad y en el cielo de la Historia.

EPÍLOGO

No cabe dudarlo: el género humano, al entrar en era como el Renacimiento, en la plenitud, no estaba, no, á sus anchas dentro de la tierra conocida y antigua. Todo se le volvía, pues, llamar con repetidos golpes al anillo de límites que por Oriente y Occidente achicaba el planeta, envolviéndolo con el mar tenebroso de sombras espesísimas y con las supersticiones arraigadas y universales de insondables misterios. Renovar la vida y completarla, tanto extendiéndola en lo pasado como preparándola para lo porvenir: he ahí su empeño entonces, en el cual se perfeccionaron las artes al punto de competir con la clásica Grecia; se constituyó el saber así en intérprete de la olvidada Historia como en revelador de la deeconocida Naturaleza; y mientras por un lado se animaban las ruinas y revivían las estátuas, extendiendo el tiempo, surgían por otro lado islas, archipiélagos, continentes, dilatando el espacio. Para esta obra los anticuarios y los eruditos buscaban todos los átomos acumulados en los escombros antiguos, gradualmente convertidos de particulillas obscuras y frias en moléculas solares por lo ardientes y por lo luminosas; engrandecían y animaban los artistas el cuerpo humano, desvistiéndolo del sayal de su penitencia y encumbrándolo hasta la perfecta hermosura helénica; sondeaban los filósofos de las universidades y los reformadores de las Iglesias

lo infinito espiritual, mientras los astrónomos sondeaban lo infinito material, en requerimiento los unos de ideas nuevas, los otros de nuevos astros; y los descubridores extendían bajo las quillas de sus naves el mar en la inmensidad y completaban á una con los hallazgos de nuevos hemisferios y nuevas constelaciones el cielo. Nada prueba tanto la unidad del planeta nuestro como la unidad del género humano, como la unidad del Dios próvido y bueno y criador, cual esta identidad de tantos genios opuestos, esta concurrencia común de tantas voluntades diversas ó contrarias, esta idea universal reinante sobre las almas reveladoras, al extremo de hacer lo mismo en el fondo Jerónimo Savonarola desde su convento, Isabel I desde su palacio, Miguel Angel desde su taller, Copérnico desde su observatorio, Colón desde su carabela. No contiene sólo aquella sabia hipótesis, decorada con el nombre de Laplace, la suma de probabilidades conducente á explicar cómo se forma en el infinito de los siglos un sistema solar: contiene también aquella suma de probabilidades conducente á explicar cómo se forman en el infinito de los espíritus las ideas, y cómo luego se cuajan y se cristalizan y viven á una dentro de la realidad, siempre impura y angosta siempre, sobre todo cuando se la compara con lo ideal y con lo inmenso del humano pensamiento. A medida que más luminoso aparece un ideal por más encendido, es menos habitable. La materia radiante, difusa, esparcida en el espacio, va por el movimiento y por el enfriándose á grados y constituyendo como el vapor acuoso incierto que se condensa en gotillas de rocío, esas gotas de luz á que llamamos en la pobreza del humano lenguaje mundos y soles.

Pues algo semejante pasaba con las nociones diversas respecto de una una nueva creación esparcidas en el universal humano espiritu cuando alboreaba el siglo décimoquinto, quien debía comenzar con escuelas náuticas como las de Amalfi, Pisa, Génova, Mallorca, Barcelona, Segres, y concluir con invenciones como la invención de América por los españoles, que revelaba,

el extremo ignorado Occidente, y con reencuentros como el reencuentro de las Indias antiguas por los lusitanos, que volvía de nuevo á evocar el extremo Oriente, completándose y redondeándose así nuestro planeta para tomar divino movimiento en el espacio y ser como un astro más en la celeste inmensidad. Pero si la gente de oficio nauta, maestra en las técnicas artes y en las prácticas complejas de marear, hacía esfuerzos materiales para ir allende los límites y fronteras del mundo conocido; la gente de sabiduría teórica buscaba en la erudición y en las letras los indicios reveladores de todo cuanto se iba requiriendo en el mar. Parece imposible la cosecha encontrada sin esfuerzo, y al menor estudio, de indicaciones antiguas, oralmente transmitidas por la tradición ó fijadas en los libros, respecto del nuevo mundo, destinado á completar el antiguo. Las Casas, Oviedo, Acosta, Herrera y otros, no se cansan de referirlas con mayor ó menor exactitud. Mi querido compañero D. Francisco Fernández y González, á quien las letras y las ciencias deben trabajos de primer órden, que le han abierto las puertas de nuestras Universidades y Academias, donde brilla tanto, siguiendo el estudio de los factores indicativos que señalaban, como por adivinanza y presentimientos, nuevos mundos en las letras clásicas y orientales, ha hecho con su porfiadísimo trabajo verdaderos descubrimientos y aumentado con varias noticias novísimas lo ya recogido con tanto esmero y catalogado con tanta competencia por Alejandro Humboldt. Leyendo las obras de este grande hombre así como los apuntes manuscritos que debo al amistoso afecto de mi sabio amigo, heme penetrado más y más de que la invención del Nuevo Mundo se halla en la historia por una serie tal de pensamientos y de trabajos apercibida, que surge, al término de tan gigantesca evolución, en la edad conveniente y propia de su invención, un revelador, tan preparado en el tiempo y en el espacio por los hechos lógicos y providenciales, como fueron preparados y apercibidos á sus sendas obras de revelación el filósofo que vino á revelar la conciencia y la razón en

el seno de Grecia y el Redentor que vino á revelar el Verbo y el Espíritu de Dios á la hora designada por los Profetas en el reloj de la eternidad, y á satisfacer la sed inextinguible de verdad y de bien, sentida por nuestra especie toda en sus aspiraciones indeliberadas á lo infinito. Al modo que la materia radiante y difusa en soles se condensa; y los soles despiden planetas, que ruedan luego en torno del disco solar; y los planetas, por el movimiento y por la iradiación, después de haber tomado, como el sol, forma esfèrica, se enfrían y se tornan vivificadores de organismos, y, por ende, habitables; las ideas, provenidas de muchos genios y difusas en muchas generaciones, van, á la oportunidad de su realización, encarnándose por sucesivas gradaciones en sus Verbos reveladores, que luego se llaman Sócrates, Cristo, Copérnico, Colón.

Pero veamos la confirmación de mi tésis en los presentimientos y anuncios del Nuevo Mundo encontrados entre muy remotos escritores, así de diversos tiempos como de diversos países, Posidonio, citado por Estrabón, ya conjeturaba ser la longitud en el planeta nuestro de lo habitable unos 70.000 estadios. mitad del espacio que compone la circunferencia, en el saber y sentir suyo, por lo cual asevera que «si uno navegase desde Poniente, con soplo Euro, igual número de estadios, arribaría por necesidad al país de los indios.» Posidonio habia viajado muchísimo y hechos cálculos que lo colocan entre los Bautistas de las ciencias físico-matemáticas modernas. No se necesita estudiar á fondo la historia del pensamiento y su desarrollo para saber que había confusamente presentido el influjo de nuestro satélite sobre las mareas y anunciado con exactitud matemática la distancia entre nuestro globo y el sol. No fué Diodoro de Sicilia tan maestro en las eiencias de observacíón como Posidonio. Fuera de los espejismos, observados por él en Egipto, y tenidos hasta nuestros días, que los observó Monge, por engañosa fábula, Diodoro no ha traído aportación alguna otra, que sepamos, á la física. Sus *Historias;* de las cuales hanse perdido algunos libros, más bien se

hallan inspiradas por una sabia metafísica que por las ciencias naturales ó exactas. Y sin embargo, en el segundo libro de ellas describe con hechizo de novelador el maravilloso encuentro con una isla, muy propio para despertar atención é interés en cuantos buscan los rastros esparcidos en el antiguo mundo de anuncios y profecías del nuevo. Viajaba un tal Jambulo, comerciante, desde Arabia y sus costas á las costas y puertos del país de los Aromas, cuando su nave fué por unos piratas etíopes de súbito cogida y á buen recaudo puesta en isla, desde donde los mandaron hacia unas ignoradas tierras al Mediodía sitas, á las cuales diputaban cada treinta años unos expedicionarios que, si en el mar se perdían ó retornaban atrás por miedo á lo largo de la navegación, esparcían toda suerte de plagas al regreso; pero si arribaban y traían después noticias de haber allí departido largo tiempo con las gentes felices é inocentísimas, traían seis consecutivas centurias de felicidad bienhadada y profunda. Y no se contenta con esto, sinó que describe una región frente al Africa en el ocaso extremo, invenida por los fenicios tras un temporal deshecho, y oculta largos tiempos entre los cielos y los mares por su reserva y su silencio, para que nadie interrumpiese con inoportunas visitas tanta paz, ni aprovechase con avaricia sus riquezas. Una casi prehistórica guerra, luengos tiempos atrás empeñada entre cartagineses y etruscos, atribúyela Diodoro al esfuerzo de los últimos por acercarse al bienaventurado paraje y en la resistencia de los primeros á consentir la divulgación del secreto que le confiaran sus padres, los fenicios. Bien es verdad que Posidonio y Diodoro escribieron cerca ya de la venida del Redentor, como que fueran maestros de Cicerón el primero, de César el segundo; pero Aristóteles, mucho màs antiguo, en cierto volúmen, octogésimocuarto capítulo, que titula «Maravillas de oídas», refiere ya la prohibición hecha por los cartagineses á todo conato de viaje hacia tales regiones y conmemora la pena de muerte inflijida sin piedad á cuantos desobedecieran y olvidarad la secular defensa. No hablemos de las tierras atlántidas,

por lo mucho que las hemos en el cuerpo de la obra mencionado, pero hablemos de noticias coetáneas con las dadas por Platón á este respecto, como las de Teopompo, quien, citado por Eliano en sus *Historias Varías*, dice parecerle tres islas Africa, Europa y Asia, como rodeadas por la corriente del Océano; siendo, en el pensar y sentir suyo, el único verdadero continente aquel que se halla de la otra parte oculto, el cual alimenta hombres de superiores estaturas á las nuestras, cuya vida tambien es de doble duración, y tan sobrados de oro, que lo tienen, á virtud de su abundancia, por metal inferior al hierro. ¿Os extrañará la sabia profecía de Séneca, no ciertamente singular, anunciando América, y la descripción de Thule, por Focio hecha, que presenta en forma de romance ó fábula mil especies de ideas, las cuales tienen con América congruencia?

Y si en las letras clásicas se hallan todos estos indicios, no los hay menores en las letras orientales. Uno de los más conocidos, entre los tratados arábigos, es la Enciclopedia, que se llama *Praderas de Oro*, publicada por el editor Meynard en París el año 61. Por su tomo primero da el curioso lector con esta curiosísima noticia, fijada lo menos ahora mil años ya, en el siglo décimo: «Cierto español, nos dice, llamado Iaijis, caballero en la opulenta Córdoba y mozo, hirviéndole su sangre noble en las venas, y anheloso de gloria, conjuró varios compatriotas de su edad, tan ardientes y desapoderados como él, á que le siguiesen y zarpando de Adalucía con ellos, engolfóse por el mar de las Tinieblas, donde les cupo navegar mucho tiempo y mucho espacio, hasta que volvieron sin decir desde cual punto venían, locupletos de copiosísimas riquezas.» No menos curiosa es la historia de otra exploración del Océano, referida el siglo duodécimo por autor tan conocido, y consultado como Edrisi. Perteneciente á la dinastía de los edrisitas: educado en las escuelas de Córdoba; maestro del célebre Roger en Sicilia; sus noticias respecto de Africana geografia, compuestas hace ochocientos años, publicadas en Roma por los comienzos del siglo

décimosexto, traducidas al frances, en este nuestro siglo pasan por exactísimas, é industrian hoy en ciencia del continente negro á todos aquellos que requieren la Nubia y la Etiopía. Describiendo Edrisi la gran ciudad ibera que se asienta en la desembocadura del Tajo, interesante ya por aquella sazón, habla mucho de una calle que se llamaba de aventureros por componerla y poblarla ciertos lobos de mar, los cuales no descansaban un minuto en correrías y aventuras y empresas mareantes. Á muchísimas se arrestaron, y de alguna que otra quedaron ciertas noticias de muy amena lectura en el bien informado Edrisi. Con efecto los aventureros, idearon llegar hasta los últimos límites del mar tenebroso. Individuos de una misma familia labraron un barco y lo proveyeron de todo cuanto podía necesitar y pedir una larga navegación. Aires de Levante los empujaron larguísimo trecho, y á este soberano empuje debieron el abordo en escollos, estriados por los remolinos contínuos de olas, que hedían terriblemente. Y como al hedor asquerosísimo se unían las sombras perennes, hurtáronle los aventureros el cuerpo á tal sitio y dieron consigo en la isla de los Carneros, así llamada por verse á cada paso en sus praderas rebaños bien ordenados y nutridos, pero sin pasto. Buenas andanzas creyeron haber tenido con el encuentro de tan gordas carnes, cuando, aguijoneados por su hambre, al querer comérselas, encontráronlas de todo punto corruptas y perdidas. Así aprovecharon únicamente las pieles y se corrieron al Mediodía. Dos semanas llevaban de navegación, cuando toparon en su aventura con tierra bien cultivada, de ciudades bien dispuestas, donde hombres de muchísima estatura y poca barba, con el pellejo encarnado y la cabellera crespa, los apresaron, y de cárcel en cárcel primero, y de singladura en singladura después, los condujeron á un punto lejano en costas apartadas, con las manos ceñidas á la espalda y los ojos cerrados por espesísimas vendas, á fin de que nada pudieran ver y nada noticiar. Por fin, tras haber andado tiempo indefinido é incalculable, aun se hallaban

de Lisboa dos meses, aunque navegasen día y noche, y no les combatieran y contrastaran temporales adversos. Este mismo Edrisi describe la isla de Thule, invocada por Séneca en sus inmortales versos, y dice como las guerras echaron de allí sus habitantes y los esparcieron por territorios ignorados y misteriosos. Profundas y extrañas las noticias de Assamarcandi, quien á Ptolomeo comentó en el siglo décimotercio. Cuenta el comentador cómo Alejandro acostumbraba en sus exploraciones á poner de relieve costas, lagos, montes, rios, despues que recorriera y se apropiara un país. Bajo el imperio de tal costumbre antojósele al conquistador expedir varias naves por el Atlántico, dotadas de torres con cúpulas parecidas á observatorios, al fin de que buscasen los límites del tal inmenso espacio y trajesen verdaderas noticias. Las embarcaciones corrieron paralelamente por vías diversas, aunque llevando todos la misma dirección y rumbo, sin encontrar otra cosa que mar con cielo eternos y en el mar cachalotes y mantas. Ya cansados de andar, discutieron unos con otros acerca de volverse, y corrido nuevo mes en el tiempo y nueva extensión en el espacio, toparon los exploradores con misteriosa nave, tripulada y dirigida de allende á igual objeto que la suya, sí, al objeto de buscar tierra, en opuesto inverso camino, tierra de Oriente. Casaron una mujer de la nave, por el rey oriental expedida, con un hombre de la nave occidental,. cuyo matrimonio llegó á generar un hijo sabedor de las sendas lenguas usadas por aquellos que lo habían engendrado. Y así los desconocidos entendieron cómo existía en Oriente un Rey que se llamaba de nombre Alejandro, y los griegos cómo existía, de los mares aquellos allende hacia Occidente reinos muy extensos con reyes todopoderosos. Andaban estas ideas de las ciencias árabes por tal suerte y manera en los aires y en los espíri us, que las evoca y cita Colón en sus cartas á los reyes, dando cuenta del viaje tercero, cartas en que aduce para sus tesis el testimonio de Aristóteles, tal como lo halla en los comentarios, denominados por él mismo, Averruiz, queriendo

probar que nuestro globo es pequeño y nuestros mares cortos.

Pero no solamente se hallan indicios del descubrimiento de América en los libros árabes; hállanse, y muchos, en los libros judíos. Mil veces, durante todo el discurso de nuestra historia, hemos demostrado qué caso hacía de cualquier noticia encontrada en la Biblia Colón respecto de Occidente y qué partido sacaba del continuo empeño con que los profetas hebreos predecían la extensión del nombre de Dios hacia Occidente. No volveremos sobre cuanto tenemos ya dicho respecto del libro de las *Profecías*, bebido en las fuentes bíblicas por el sublime descubridor. Los escritores rabínicos, dados estos relampagueos religiosos, no podian dejar de tener sumos indicios así respecto del mar occidental, como respecto de las tierras indicadas en sus tradicionales y propias letras, cuando los escritores católicos mismos tanto en ellas se orientaban para inquirir y profesar sus ciencias geográficas. En la carta histórica del tercer viaje, Colón acota varios versículos del revelador libro de Esdras, añadiendo, bajo la invocación y autoridad del Cardenal Aliaco, que lo autorizan doctores y santos como San Agustin y San Ambrosio. Declara Esdras que de las siete partes del mundo, según dicho de Colón en persona, las seis son descubiertas y la una cubierta de agua, tras la cual, rectifica un poco lo dicho en otra parte respecto de la pequeñez del globo al par que confirma su yerro perdurable respecto de la brevedad del mar, añadiendo: «En cuanto á esto del enjuto de la tierra, muchísimo se ha experimentado que es mucho más de lo que el vulgo cree, y no es maravilla, porque andando más, más se sabe.» Así los literatos judíos sacan por su parte grandísimo provecho para Israel en esto de libros y anuncios geográficos destinados á esclarecer los mares entenebrados y los continentes misteriosos. Manassech Ben Israel, por ejemplo, nos dice que las diez tribus, conducidas por Salmanasar á cautiverio en tiempo del Rey Oseas, y acampadas sobre las orillas del Eufrates, acordaron entre sí pasar allende, á una región remota, con el propó-

sito de guardar mejor su ley precavida de toda idolatría; y así, entrando por lo más estrecho del rio asirio, el Señor usó con ellos maravillas y obró para ellos milagros; hasta detener la corriente del agua, para que á pié muy enjuto pasasen y llegaran á regiones que lcs maestros en letras rabínicas creen correspondientes con Méjico y con el Perú. Otro sabio, Genebrardo, autor en el siglo décimosexto de una *Isagoge rabínica*, hecha para enseñar á entender con fruto las letras hebreas, comentando el viaje de las diez tribus, asegura que la tierra de Arsaveth, donde designa el Profeta la reunión de los diez grupos hebreos, es la Tartaria Mayor, y que desde la Tartaria Mayor fueron á la isla de Groenlandia, y desde Groenlandia, por el estrecho de Davis, se propusieron pasar á la tierra del Labrador, «que ya es tierra de Indias, dice, y que dista solo cincuenta leguas de Groenlandia.» Y no les basta, no, á estos rabinos con las palabra de su Esdras como reveladoras de América; juzgan que también la revelan unas palabras de Isaias en su capitulo XI, diciendo cómo llamó el Dios de Israel á los suyos, no solo de Asiria y del Egipto y de Etiopia, «sino también de las islas de Occidente.» Y á todo esto añaden los rabinos, para confirmar la estada secular y antiquísima de los israelistas en el Nuevo Mundo, la relación de un judio portugués que respondia á los nombres de Arahón Levi alias Montesinos, quien aseguraba que, habiendo ido á lomo de mula por los Andes y sus altas planicies, encontró varios arrieros indígenas, los cuales digéronle cómo habian inferido ellos en América, por su mal, á una gente santísima las penas que los españoles por su parte les infirieran á ellos; y deseando conocer el industriado asi la gente de quien los arrieros hablaban, como supiesen estos era hijo de Israel, condujéronle durante ocho jornadas por un rio muy caudaloso y muy amplio, en cuyas orillas á punto llegaron conocido y señalado por los conductores, donde se detuvieron, y, detenidos ya, sacaron un pabellón de algodones é hicieron señas, tras las cuales viéronse á su vez otras semejantes y correspondientes con ellas, anuncian-

do que iban á su encuentro una mujer y tres hombres, quienes recitaban el versículo IV del capítulo IV del *Deuteronomio*, y luego de recitarlo, se marchaban río arriba, y venían otras cuatro personas con el mismo cantar en los labios y el mismo carácter en las figuras, todo ello indicativo de que había una tribu hebrea en aquel sitio, quien, á pesar de haberle dado el viajero, por medio de los allí advenidos, muchas fianzas de fidelidad, no quiso aceptar convivienda ninguna con él, recluida en los senos de un recelo, quizá proveniente del odio religioso. Tales aparecian, tan radiosas y difusas y perplejas, las ideas esparcidas por todas partes respecto del Nuevo Mundo.

Si las naciones más ó menos confusas de griegos y orientales, asi árabes como judíos, indican la constante aspiración de nuestra especie á penetrar los misterios del Océano, sacudiendo las supersticiones mismas, que parecian evaporadas de su inmensidad; las ideas de los escritores católicos durante toda la Edad Media no indican y no preparan menos este grandioso acaecimiento. Aunque la irrupción de los bárbaros nos empujase atrás en términos de parecer la Europa entonces un pueblo casi primitivo, como encerrado so el terror á la Naturaleza ignorada bajo la tutela primero de una teocracia omnipotente y después de un feudalismo militar espantoso, no se perdió del todo la vieja cultura clásica, merced á dos factores capitales de la civilización cristiana; primero el monasterio benedictino, segundo la escuela cordobesa. Todo aquello, que cabía en circunstancias tales hacer, habíalo hecho nuestra patria en los siglos bárbaros con dos monumentos, científico el uno, las obras de San Isidoro; el otro jurídico, nuestra legislación visigoda. En el desierto extendidos por las irrupciones y por las guerras, desierto que hasta, el espiritu llegaba y la conciencia, flotó aquel nombre de Aristóteles, aclamado como luminosísimo foco á un tiempo y por una providencial coincidencia entre los doctores árabes y los teólogos católicos. Acabado y perfecto el círculo de la metafísica helénica, por haber agotado casi esta ciencia el genio divino

de Platón, la filosofia tomó propensiones naturalistas, prácticas en los aristotélicos, y propensiones morales, juridicas en los estoicos. Y las aristotélicos llegaron hasta nosotros por medio de Averroes y los estoicos llegaron hasta nosotros por medio de Séneca. Recorred la gran literatura colombina, quiero decir, los Diarios, epistolas, consultas, apuntes, libros dejados por el sublime piloto, quien á sus infinitas calidades reunia la excelsa de verdadero escritor, pues ya historía los sucesos como el más avizor de los cronistas, ya pinta los deliquios del alma como el más místico de los ascetas, ya canta la Naturaleza como el más bucólico de los vates; y echaréis de ver cuánto le sirven de un lado Aristóteles y Averroes, como de otro lado los dos Sénecas, el poeta y el filósofo, asi para sus cálculos y proyectos propios como para sus persuasíones á los demás. No solamente invoca el excelso Aristóteles tamizado por la sabiduria semitico-árabe para demostrar que la tierra es redonda y la mar chica, por lo que nuestra occidental Iberia se halla muy próxima de las Indias Orientales; invoca las cuestiones naturales del filósofo Séneca, en lo relativo á viajes del siglo suyo, amén de invocar los versos de Séneca el poeta, que han pasado á la conciencia universal como una grande profecía por el genio anunciada en las idealidades etereas y cumplida fielmente por la realidad en el tiempo.

Mas, no sólo hallaba Colón en esta nuestra patria el Aristóteles comentado por los árabes y el Séneca traducido á la continua, cuyos libros se ponian sobre la cabeza los humanistas en religiosa reverencia, encontró también aquellos adelantos náuticos, que hacian de Barcelona, de Palma, de Sevilla, verdaderas escuelas de marear, á las cuales había tenido que recurrir varios lustros antes de la natividad de Colón el gran revelador del mar occidental próximo á las riberas lusitanas, el infante portugués D. Enrique. Una de las mayores maravillas, con que la Biblioteca Nacional de Francia se ufana justamente, ¡ah! es aquel increible Atlas de mapas catalanes, donde se pueden ver

y tocar los adelantos científicos de nuestra pátria, y sus revelaciones múltiples en el estudio de los mares y de los cielos conocidos entonces, por los siglos décimocuarto y decimoquinto. Mallorquines eran los astrolabios usados en la escuela lusitana de Segres, que hacían más segura la navegación, y mas certeras sus direcciones, relacionando el espacio marino con el espacio celestial y las olas movibles con las estrellas fijas. ¡Cómo facilitaban los trabajos del mareante aquellos astrolabios metereoscópicos, que iban colgados del mástil mayor y servían para encontrar á cada momento el minuto cierto por la relación estrecha del mar con el cielo y de las ondas con las constelaciones! Siempre que se convierten los ojos á un rayo cualquiera ó matiz de la luz científica se halla uno frente á frente de aquel coloso que se llamó Raimundo Lulio, quien jamás ha cansado á la universal admiración, todavía empeñada en prestarle religioso culto. Poeta, filósofo, químico, naturalista, jurisconsulto, astrónomo, no sólo indujo de sus observaciones marinas que debía existir un amplio continente al ocaso de Irlanda y Escocia; escribió un *Arte de Navegar* y con grande sabiduria práctica perfeccionó el *Astrolabio.* Sin esta relación entre mar y cielo, encontrada en plena mitad de los siglos medios por la ciencia mallorquina, jamás los catalanes cumplieran sus atrevidas expediciones á las costas ardientes del África, ni á las costas brumosísimas del Norte de Inglaterra, como jamás hubiera establecido el infante D. Enrique su escuela de Segres, desde la cual pobló con islas y archipiélagos innumerables el occidental Océano. En el *Fénix de las Maravillas del Orbe,* por Lulio escrito y por Cladera citado primero en sus *Investigaciones Historicas* y después por Humboldt en su *Examen de la Geografia del Nuevo Mundo,* ya se dice cómo los mallorquines y los catalanes acudian á cartas de marear antes de haberse acabado el siglo décimotercio, las cuales cartas de marear superaban en mucho al saber corriente de su tiempo. No se habia llegado á la mitad del siglo décimocuarto, y ya prevenían las ordenanzas

aragonesas que cada buque llevase, no una, dos cartas de marear á su servicio. Cuando el infante se ufanaba con haber descubierto en las riberas africanas, el año décimonono de la centuria décimaquinta, el cabo de Non, bien podian decirle con orgullo fundadísimo los catalanes que su compatriota Ferrer habia ido cinco grados al Sur más abajo el año cuadragésimosexto de la centuria décimacuarta. Y tan cierto cuanto vamos diciendo, que la escuela de Sègres, fundada en sitios consagrados por antiguas tradiciones celtas, y erigidas con el propósito firme de dilatar Lusitania por los mares; nunca brillara como brilló, si un mallorquin como el maestro Jaime no fuera designado por guia y director del grupo revelador que formaban aquellos avizores é inspirados nautas, los cuales, no solamente observaban mar y cielo, á manera de los humanistas y de los artifices del Renacimiento, leian y comentaban los libros clásicos. Y leyéndolos y comentándolos, encontraban referencias al mar de Zargazo en Aristóteles, y en su libro, que se titula *Maravillas de oidas*, y en Pitágoras y en los fragmentos pitagóricos muchas contradicciones del principio de Thales, que creia la tierra una grande lámina plana, y muchos asomos del dogma que habia de revelar la nueva creación y abrir los caminos para encontrarla y conocerla; el dogma de la redondez del planeta.

Si á esto se añaden el mapa célebre de Behaim, que presentaba con arreglo á los dichos de Marco Polo, un collar de islas verdes y olientes, á las extremidades últimas de Asia; y la epistola del florentino Toscanelli asegurando se podia encontrar el Oriente con solo navegar siempre hacia Occidente: y las palabras de Alberto Magno en su libro cosmográfico de la *Naturaleza de los Lugares*, donde proclamaba las zonas tórridas habitables todas ellas, y decia no ser líquido sino firme y continental el espacio por los antipodas habitado; y las prodigiosas ideas de Roger Bacón respecto á la posibilidad de hallar el Asia oriental por la Europa occidental; y, sobre todo, los libros del cardenal Pedro Aliaco, tan encarecidos por el descubridor que

probaban el principio aristotélico de la pequeñez del planeta y de la brevedad del mar, tsndremos probado el teorema puesto á la cabeza de todas estas observaciones, respecto del medido y graduado progreso, con que una larga secular evolución llegó á disponer y preparar acontecimiento tan grande como este hallazgo del Nuevo Mundo, que no podía ser ni antes, ni después, sino en aquel minuto de los tiempos; ni por medio de este ú otro pueblo, sino por medio de nuestra España, la estrella vespertina; ni por otro ningun hombre, sino por aquel, diestro en los consejos, en las asambleas elocuente, práctico de cosas marineras, con vista de astrónomo para el cielo y lógica de matemático para el cálculo, de naturaleza positiva y observadora para la ciencia y de misticismo y efusiones místicas al mismo tiempo tales, que con sus rezos, con sus plegarias, con sus salves, con sus profecías, facilitaba un milagro y ponía, como los reveladores y como los profetas del Antiguo Mundo y de la vieja Historia, el mismo Dios de su parte.

La verdad es que nunca insistiremos bastante sobre el ministerio desempeñado por Colón en la Historia Universal, y sobre el servicio prestado primero á España y después á la Humanidad con su descubrimiento, cuando por todas partes pululan los conjurados adrede contra su gloria, empeñadísimos á una en buscar entre las fábulas y las leyendas y las tradiciones de un continente tan vasto como América, cualquier precursor que obscurezca la gloria y que anule la obra del sublime profeta. No puede negarse y desconocerse primeramente que hay un fondo común humano en todos los pueblos, verdaderamente supraesencial á ellos, y un desarrollo graduado de su inteligencia en fases y de su vida en momentos que les presta muchas analogías entre sí como los armoniza y las junta en concordancias continuas. No hay libro en las letras modernas tan curioso, cual el célebre de mi sabio amigo, el italiano Ferrari, en cuyas páginas demuestra como la inaccesible China, en su soledad y en su aislamiento, se afecta de creencias, de aspiraciones de ideas, de revolucionarios

períodos y de períodos retrógados, muy. semejantes á los de nuestra Europa, y á veces hasta con los de nuestra Europa coincidentes. El hábito de la imitación que viste á las clases acomodadas con el mismo corte de traje desde Moscou á Cádiz, y que pone á la moda en tres lustros cosas tan dispares como los postreros libros de Hugo y los primerizos de Zola, demuestra la existencia de un general contagio, análogo al contagio de los miasmas en el aire y de los microbios en el agua, contagio en las costumbres y en las ideas corriendo estas como impelidas por los huracanes y por los oleajes y por las corrientes misteriosas desde un polo á otro, por modo extraño, apenas explicable, y por una virtud misteriosa y parecida de suyo al magnetismo polar y á las profundas corrientes oceánicas, que traen lejanos efluvios al aire nuestro arriba y en lo profundo al trópico y sus abismos los deshielos del Norte. Además, en sus comienzos, todos los pueblos de la tierra se parecen, como en la célula ó el gérmen se parecen todos los individuos de una especie. Y precisa creer que así como África y Europa estuvieron unidas por el istmo que rompió Hércules, como Asia y Africa por el istmo que ha roto á nuestra vista Lesseps, el nuevo continente re halló unido con el viejo continente por un anillo tan precioso cual esa inmortal Atlántida de Platón, sobre cuyas cumbrls pone la Historia diariamente un recuerdo y un esmalte la poesía. Como en el Peñón de Gibraltar se tropieza con los monos antiguos de Africa, en la isla de Cuba se tropieza con los fósiles continentales de América, y nadie ha podido penetrar, sino por indicios y por indicaciones, en el misterio impenetrable todavía de la ciencia prehistórica. Nuestros mismos escritores nacionales, Gómara, Herrera, el consultado Acosta, y tantos y tantos otros debían dar muchas armas á los enemigos de la prelacía española en el Nuevo Mundo con el neurótico empeño de hallar fenicios en lo más apartado de las edades americanas, como se hallan fenicios en lo más apartado de las edades hispánicas, así como con la otra manía de rastraer

estelas recordatorias de algunas tradiciones bíblicas y cristianas, que demostrasen la unidad del género humano correspondiente á la Unidad del Dios Criador y la penetración en todas partes de las revelacíones católicas y la universalidad de nuestra redención. Así, rival de Colón en el descubrimiento de América un Votan fenicio, admitido y casi criado por los historiadores hispánicos; rival un chino llamado Shin, que describe los territorios de Insang, los cuales no tienen analogía de ningún género con América, y, sin embargo, muchos americanos quieren que sea Mejico; rival un Kublai, mogol, que armó naves contra las costas del Japón y dieron en las costas del Perú.

Mayores títulos tiene para considerarse precursor el normando Erico Rojo y su heredero sucesor Leif. Habremos de convenir en que desde Bergen, en Noruega, unas veces, y otras veces desde Islandia, en viajes cortos y fáciles, llegaron hasta territorios adscritos á lo que podríamos llamar el sistema americano, cual denominamos al conjunto y suma de los planetas con sol sistema solar. Pero el arribo y estada en Groenlandia, donde principalmente se asentaran estos normandos, territorio clasificable sólo como intermedio entre los dos continentes, ¿puede tener algún viso de aproximación siquiera con las expediciones reveladoras del Nuevo Mundo en período como el que personifica la gigantesca figura de Colón, el revelador? Y sin embargo, el entusiasmo por la novedad, rayana en extravagancia, de tal modo trastorna el sentido de las gentes, que un yankee, menospreciador del grande hombre, á cuyo estudio y á cuya intuición debe la humanidad el hallazgo de América, se ha creído en el caso de levantar magnífico monumento y aun estatua colosal á los primeros normandos que han querido arrogarse, por haber estado en los arrecifes anteriores ó en costas polares de América, el privilegio y el prestigio de su invención. No queremos hablar de aquellos que desde las plazas normando francesas reclaman tambien la prioridad en el descubrimiento por varias arribadas forzosas á tierras no bien definidas, y

amén de esto, nos intentan una reclamación por la paternidad de Pinzón para su tierra; y atribuyéndole toda la gloria del descubrimiento, y atribuyendo este descubrimiento á ciencia y experiencia logradas allí, dispútannos gloria tan española como la gloria subsiguiente á hecho tan trascendental como la invención de América. En derecho se tacha con mucha razón y con mucha oportunidad á los que requieren tales cosas, y entablan demandas tales, y urden pleitos tan infundados de litigantes impertinentes. Igual digo del viaje de los hermanos Zenos. Familia noble y aventurera de Venecia, pudieron muy bien fletar un buque y zarpar de las lagunas en pos de islas y aventuras congruentes con los gustos de aquella maravillosa ciudad, parecida en sí á misteriosa nave anclada por el Mediterráneo y henchida de riquezas. Pero el relato de las empresas cumplidas y de las aventuras encontradas por los Zenos, se publica muchos años después de su realización y tras haberlo roto una mano inhábil y recompuéstolo sin destreza y competencia. Salieron, mucho antes que naciera Colón, del Véneto; entraron por el Estrecho de Gibraltar en el mar Norte de nuestra Europa; y perdidos entre las costas boreales de Escocia que miran á Noruega; un pirata, especie de caballero feudal en las aguas, con reino tan incierto como las nieblas y tan vago como las ondas, los impele por un camino paralelo al camino de los normandos hacia América, y les pide un relato que hacen, y cuyo principal encuentro resulta la calefacción de un monasterio en tierras frigidísimas, que los sabios conjeturan pertenecientes al polo americano, por lo menos al territorio más hacia el Norte del inmenso Canadá. Hé ahí los precursores lejanos de Colón.

En cuanto á los próximos, nunca se recató de mentarlos Colón, y nunca en su vida calló el auxilio recibido de ellos, y las noticias en sus precedentes y anteriores trabajos por él cosechadas. Muy dado á escribir, pues lo habilitaba su complexión artística y científica para toda clase de trabajos intelectuales, había resumido en una relación, de la cual se hallan fragmentos

así en la *Historia* de su hijo Fernando, como en la *Historia* del P. Las Casas, cuantas industrias debía en su labor á los encontrados en el camino de sus investigaciones. Los horizontes occidentales de Madera y las Azores, de Guinea y el Río de Oro, donde había estado tantas veces, fingían islas de refracciones solares y de vapores acuosos, muy dispuestas para en su inteligencia despertar ideas sobre las por él adivinadas y en su corazón avivar la esperanza de los encuentros en gloriosos viajes. Y cuando más contrariado se hallaba por las resistencias, ó por las negativas, ó por las burlas, ó por los menosprecios, más necesidad tenía de compilar los estudios en que fundaba sus proyectos como sus promesas, y con mucha razón veía en el acto de redactar y escribir todo aquello que le pasaba por las mientes un comienzo de realización verdadera. Dotado con genio creador y espíritu crítico al par, veía en los primeros momentos de presentársele un plan ideal su realización inmediata, como cosa muy hacedera y fácil; pero así que paraba en él mientes, y acudía con frialdad al propio juicio, el observador profundo se mostraba en su naturaleza complicadísima, y desechaba con el raciocinio lo recibido con el sentimiento. Así no atendió mucho al flamenco Leme, muy emperrado en que había descubierto tres islas á cien leguas de las Azores, que no podían ser sinó escollos y arrecifes. Igual concepto le debió merecer la busca y requerimiento de aquella isla de las Siete Ciudades, perdida en tradiciones de viejas añoranzas, que Férnan Téllez, mayordomo de una hija del quinto Alfonso de Portugal, creía ver en los mares de Occidente, y sobre la cual pedía y alcanzaba un título de legítima posesión y gobierno. Más fijaría su avizora mirada espiritual el proyecto de Dulmo, capitán en la Madera, el cual amén de permiso para ir á las Siete Ciudades, requería permiso para buscar la tierra firme que pudiese haber hacia las líneas occidentales extremas del Océano Atlántico. Y si llegó á entender que Dulmo se había confabulado con un tal Torres y cedídole, á cambio de que buscara dos carabelas prontas al viaje,

una media participación en el producto, mucho y muy buen ojo abriría en escudriñamiento de todas aquellas cosas reales, tan en armonía y consonancia con sus interiores y callados y personalísimos proyectos. Por aquello de que un ideal apercibido y preparado para su zealización se cumple á despecho de todos los obstáculos, tantas concesiones, tantos planes, cédulas de tan diversos orígenes y caracteres, iban allanando las vias del descubridor y poniendo, como en los celajes del mar fantaseadas islas, en los celajes del pensamiento y del espiritu seguras promesas. Asi, un Diego de Tiene anduvo ciento cincuenta leguas al oeste de Fagal, topando á la vuelta con una isla, que llamó de las Flores, y luego, recalando en la verde y hermosa Erín de los celtas, ó sea en Irlanda. Harrise, tan diligente de suyo en estas investigaciones, tan exacto y hasta prolijo en certificarlas, reconoce que no hay razón para creer en la existencia del señor Tiene, y lo sentado respecto de él no es, en suma, otra cosa que lo sabido respecto del verdadero descubridor de la isla de Flores, que se llama Teire. Todo esto conduce muy lógica y muy seguramente á ir entendiendo cómo se va despertando en el alma de Colón poco á poco una certídumbre tal de su proyecto, que raya en la evidencia, prestándole una seguridad en su cumplimiento, que no le desconcierta ni en los desdenes de Portugal, ni en las reprobaciones de Córdoba, ni en el sepulcro de la Rábida donde parecia enterrarse vivo con su pobreza y su desesperación, ni en la fuga de Santa Fé desahuciado, ni en los obstáculos al aparejo de las naves, ni en los terrores de la tripulación, porque aquel hallazgo milagroso en el espacio no era ninguna otra cosa, en suma, sinó una objetivación de la idea que llevaba en el espiritu.

No acabariamos nunca si hubiésemos de recordar todos aquellos que aspiran á una competencia con Colón en el descubrimiento y que toman el titulo y nombre común de precursores. Las expediciones más frustradas y equivocas se han elevado á rayos de alba prometiendo el nuevo sol revelador de una nueva

creación. Pretensiones al descubrimiento de Venecia, pretensiones de Normandía, pretensiones de Noruega ó Escandinavia, pretensiones de la vieja Escocia, pretensiones también de Inglaterra, de Irlanda, de Polonia, que no hemos todavía mencionado. Corrían los años en que nuestro descubridor más pugnaba por la reivindicación de provechos y títulos así como por el recabamiento de carabelas y medios indispensables á una empresa, la cual veía él realizada en sus cálculos de matemático y en sus presentimientos de adivino. El mayor nauta de Inglaterra entonces, Tomás Lloyd, había zarpado de Brístol en velera y bien dirigida barca con própósito de explorar y recorrer el occidente de Irlanda, donde le habían asegurado existir oculta é ignorada, pero espaciosa é importante isla. Nueve meses anduvo de un lado para otro, como si fuera, no ya mareante. verdadero pez; pero nada pudo invenir, y tuvo qne retirarse al azote de una tempestad, cuyas ráfagas amenazaran sumergirlo y destrozarlo en lo profundo. Esto, contenido en manuscritos de la Biblioteca de Cambridge y publicado por la diligencia de investigadores y sabios americanistas en el cuerpo de sus libros, ó en las notas, ha bastado para que le hayan salido al viaje de Colón otros anteriores ó coincidentes, los cuales hubieran sido á la verdad olvidados, si la fortuna del descubridor no los pone de relieve y de bulto en la humana historia. Para comprender hasta donde se ha llevado el deseo de dar importancia y renombre á cualquier tentativa de invención y descubrimiento, basta recordar la existencia de una, generalmente atribuída en los libros al esfuerzo de un piloto polonés, quizás creado por una equivocación de nombre en Gómara. Mas, ¿quién puede, por ejemplo, negar que los marineros de la costa cantábrica trabajaban de antiguo en grandes y audaces pescas del bacalao y de la ballena? ¿Quién puede negar que para conseguir tal pesca necesitaban los cántabros y vascones mareantes acostarse á las aguas boreales del Nuevo Mundo fronteras en la inmensidad del mar con sus aguas? Dominando los balleneros de las playas polares el mar glacial eu-

ropeo, habían por fuerza de ir nuestros marinos del Norte al mar glacial americano. Las ordenanzas marítimas y los fueros municipales de San Sebastiàn, dados en pleno siglo duodécimo; las armas de tantos pueblos costeros, blasonadas con arpones; varias cartas del Rey Santo á estos pueblos marinos, demuestran con probanza irrefragable que la pesca de los grandes cetáceos y del gustoso bacalao constituía una especie de universal oficio en aquellos apartados siglos. Y no solamente pescaban la ballena; ejercian todas las industrias provenientes de tal pesca, como las boquinas ó barbas del cetáceo, conmemoradas en pactos de tregua pertenecientes al siglo décimocuarto, y convenidos con los pueblos marítimos á ellos cercanos de Inglaterra y Francía. Así, vascongados eran muchos de los tripulantes que acompañaron á Juan de Bethencourt en el descubrimiento de las Canarias, cuya conquista llevaron á término, según Henao en sus *Antigüedades de Cantabria*, un cántabro como Alonso de Múgica, en compañía de un Ándaluz como Pedro de Vera. Ási, no es mucho que generalmente se crea por todas las provincias vascas motivo determinante del arresto de Colón á penetrar en el Ocèano tenebroso las noticias comunicadas en Madera por la tripulación de un barco vizcaino, á quien las corrientes y las brisas arrastraron en espacios oceánicos, donde pudo, de manera confusa, pero certísima, husmear la existencia de un grande y numeroso archipiélago hacia Occidente. Así, por lo menos, dos escritores como Solorzano, en sus *Tratados de las leyes de Indias*, y Garibay, en su *Historia de España*, lo aseguran merced á indicaciones más ó menos claras del historiador Oviedo. Al siglo décimócuarto elevan los conocedores de las letras vascuences el conocimiento en todas aquellas costas del banco de Terranova, donde se produce con tan grande abundancia el bacalao; y á uno de los suyos, á Echaide, atribuyen la fundación de una colonia pescadora conocida con el nombre de Echaide-Portu, cuyos hechos gloriosos de consuno certifican así las tradiciones constantes como las cédulas múltiples de Carlos I

y Felipe II, fundadas en la certeza y legitimidad de tal invención.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de recoger cuantas pretensiones pululan por todas partes requiriendo la prelacía en el hceho y la coincidencia con el hecho de Colón, alrededor de quien gravitarán siempre tcdas las grandes invenciones de mundos nuevos como gravitan alrededor del mismo foco todos los planetas de nuestro sistema solar. Pero bien pueden reducirse á tres grupos capitalísimos el conjunto de los varios hechos prácticos, recogidos por la vista ó por el estudio de Colón, y que sucedieron ya cerca, ya léjos de su persona, dejando indicios numerosos en el tiempo y en el espacio. Forman un grupo los hechos relacionados con la historia de Génova; forman otro grupo los hechos relacionados con la historia de Portugal; forman otro grupo los hechos relacionados con la historia de Huelva. En Génova existían, desde fines del siglo décimotercio, no ya tradiciones, muchas y muy copiosas noticias, relativas á una expedición de los Vivaldis, que armaron buques y anduvieron largo en busca de requerimiento de tierras ocultas por el Océano infinito, atravesando el gaditano Estrecho y requiriendo las Indias, no por medio de aquellas correrías costeras y antiguas navegaciones de cabotaje, por medio de una empresa importante, á la cual debe llamársele con el superior nombre de trasatlántica. Pero, aunque someramente, necesitamos detenernos aquí para dar una clave de todo lo sucedido á este respecto, y esclarecerlo con datos muy brevemente recordados, pero por todo extremo instructivos. Quién más ha removido esta expedición es el historiador genovés, coetáneo de Colón, sumamente maltratado por el hijo de éste y por el obispo Las Casas, Giustiniani. Pero alteraban la verdad los polemistas del Renacimiento con tal desembarazo, que Giustiniani encontró en los relatos de aquella época aserción patentísima de que los Vivaldis buscaban las Indias por Poniente. Llegaron á la región de Gazola, cerca del Cabo Non, después de haber atravesado Gibraltar; estuvieron en el Senagal; pero nada indica lo afirmado por Giustiniani, y todo

prueba lo contrario, la marcha por el Levante Atlántico y la ninguna relación de tal viaje con los proyectos colombinos. Sin embargo, ¿quién puede negar que llevó Colón á Portugal noticias de Génova y recuerdos y tradiciones? Las islas portuguesas y su metrópoli, verdadero emporio entonces, Lisboa, dieron á Colón tambien el tesoro de muchas y reveladoras experiencias. Por eso forma otro grupo en la nebulosa de ideas, que brillan vagamente y con resplandores místicos en torno de la persona del gran descubridor y que centellean en los comienzos de su plan ó proyecto de modo misteriosísimo. La expedición de dos carabelas hacia Oeste, dirigidas por un caballero alemán, en quien creen ver muchos al célebre Behaim, geógrafo tan excepcional que orna con Toscanelli el prólogo de la epopeya colombina, ¿cuándo fué, cuándo volvió y qué trajo? No se sabe nada. Hubo una expedición el año 30 ó 31 del siglo décimoquinto, cuando tanto trabajaba, D. Enrique de Avis, y no era todavia nacido Colón, emprendida por Cabral; pero pasa con ella lo que pasa con la expedición referida por Giustiniani; tanto y tanto enemigo como el descubridor encuentra en su tiempo y en los posteriores tiempos atribuye á este viaje un fin más concreto del que tuvo y un camino sobrepuesto adrede y á sabiendas por venganzas póstumas, despues del descubrimiento, al camino de Colón. Lo mismo sucede con el mapa mundi aportado á Lisboa por el infante D. Pedro de su viaje á Roma. Nadie lo ha visto.

Pero un cronista posterior á Colón dijo que había en él señaladas islas occidentales allende las Azores, en cuyo requerimiento salió Cabral por mandato de D. Enrique. Mas Cabral trajo las Hormigas que distan mucho de ser las Américas. Se daban en Portugal á porrillo entonces autorizaciones para la inquisición de islas más ó menos fantaseadas é ilusorias como las que dió Alonso V al infante D. Fernando. No se pueden humanamente referir las ilusiones que, con su fantasía, y alentados per su fortuna, los portugueses formulaban en sus demandas; y las Reales concesio-

nes, al impulso de tan múltiples demandas expedidas á sus súbditos por los Reyes. Á Vogado carta de concesión del Ora y la Capavia; también á Tavira carta de otra concesión dándole hacia el nordeste de las Canarias otra isla sin nombre que dice haber visto, á Gonzálvez investiduras de todas las islas que pudiera descubrir en el mar con tal que no vaya de ningún modo allende Cabo Verde; á muchos otros concesiones análogas, tras las cuales, ó bien hallaban algunos que otros territorios, ó bien se arruinaban y perdían todas sus propiedades, como Álvaro y Juan de Fuente; ó bien dejaban en los mapamundis, como manchas de luz ó de sombras, archipiélagos fantaseados, pero indicativos, como jalones, de las grandes líneas conducentes á milagrosos hallazgos. Pues bien; si forma Portugal un grupo importantísimo en los indicios reveladores del plan suyo á Colón, forma Huelva otro grupo de no menor importancia. Tierra toda de marinos, Huelva, toda en verdad, á ella pertenecía el buen Alonso Sánchez, que una referencia de Oviedo, considerada por el mismo historiador como novela, y una tardía pero firme aserción del inca Garcilaso, colocan, en sentir mío sin fundamento alguno, sobre la sublimada persona del Almirante, por deberle indicaciones y cartas y notas y noticias éste referentes á la invención de América, cuya luz le llevó á su viaje: cosa infundada y que sólo tira sin razón á despojar al glorificado de su gloria indisputable y eterna. Sino tuvo allí un derrotero exacto, muchas noticias tuvo en Huelva, todas confirmatorias de su portentoso descubrimiento. Grandísimo auxilio encontró en Juan Pérez, en Antonio Marchena, en Garci-Hernández el físico, en Prieto el Alcalde, y en los dos Pinzones. Allí estaba Pedro Velasco de Palos, que había corrido mucho por el occidente de Irlanda, y entonces un marino tuerto natural de la gaditana bahía que también iba soltando noticias muy curiosas. Allí su cuñado, Muliarte, muy ducho en cosas marinas y muy sabedor de todo cuanto entonces se sabía. Gentes de Huelva le habían dicho á Colón que vieran cañas flotantes, maderas talladas y hasta cadáveres de hombres rojos, muy diversos de los

europeos y de los africanos y de los asiáticos y de todas las gentes en general conocidas entonces. Allí su concuñado, Pedro Correa, que le dice Las Casas, afirmóle cómo en una de las cañas cogidas cuatrocientas cincuenta leguas al oeste del Cabo de San Vicente cabían dos azumbres de vino. Allí Pedro Velasco lo contó las expediciones, á cuya vuelta se hallara la isla de las Flores. Allí Cazana le contaría sus navegaciones allende las Terceras. Por allí se originó el rumor, al buen Alonso Sánchez relativo, que muy por extenso cuenta el P. Las Casas sin mentar nombre tal en el capítulo XIV de sus *Historias*, rumor, según el que se afirmaba en todo occidente, desde algún tiempo antes del colombino viaje, la salida de una carabela con cargo para Flandes é Inglaterra, la cual carabela, trastornada por los huracanes, llegó á recalar en punto ignorado y misterioso, hasta volverse luego con cien hombres, muertos en el camino todos, sin quedar más que uno, el cual, llegado á Madera, y encontrándose con Colón, le refirió lo visto y le señaló con exactitud la desconocida ruta. El P. Las Casas añade que por Cuba encontró en su tiempo tradiciones referentes al abordo en Haiti, años antes que Colón, de unos hombres barbados y blancos, concluyendo luego con estas palabras: «Bien podemos pasar por esto y creerlo, ó dejarlo de creer.»

Las gentes que miran la Historia por su lado externo, superficial y brillante, creen despojado de mucho mérito á Cólon, porque los estudios históricos y científicos presentan tales gradaciones sucesivas de ideas y hechos, haciendo de su presencia en el mundo y de su personalidad en la Historia como una especie de término dialéctico, necesario y necesariamente preparado por todo aquello que lo precede y lo apercibe, como si hubiera ninguna improvisación milagrosa en el humano trabajo. No conozco en el mundo, y no creo las haya en el tiempo habido jamas, obras universales aparecidas de súbito por los escenarios de la fama y de la gloria. Con dos siglos de anticipación un cambio de comunicaciones, á veces consiguientes á las

guerras mismas, engendran y producen el pensamiento de Alejandro y su maravilloso helenismo elevado á verdadera religión, la cual penetra por medio de Alejandria y los alejandrinos así en la Iglesia de los cristianos como en la Surade los árabes, así en la filosofía de los neo-platónicos, tan idealistas, como en la hermenéutica de los rabinos, tan consumados y expertos. Se necesita no haber saludado nunca el Derecho romano para ignorar cómo desde las rudimentarias Doce Tablas á una especie de cristianismo natural se levanta, ofreciendo á la legislación civil moderna como base inconmovible su jurisprudencia por las lentas sobreposiciones de la revelación del formulario hieràtico al plebeyo, por las protestas de tribuno, por los edictos del pretor, en fin por aquel entoicismo inconsciente ó consciente, á cuyo espíritu los Césares todos obedecían, desde los protervos como Nerón hasta los virtuosos como Mario Aurelio. Y lo mismo ha sucedido en ciencia, donde han brillado genios que parecen sublimes y solitarios. La filosofía, cuyo explendor sublima en Atenas las dos cumbres del humano intelecto, llamadas Aristóteles y Platón, es una serie de sucesivas sobreposiciones, las cuales forman como una grande montaña, que tiene sus raices en las profundidades últimas de lo más primitivo y rudimentario. Cuando Cristo apareció, estaba su venida por tal modo en todo cuanto sucedía y se aproximaba, que las puertas de los templos se abrían por sí solas y la voz de los oráculos, sin ser consultados, profería voces incoherentes anunciando la llegada del aguardado por las naciones, á quien conocían ya desde los pastores del portal de Belén hasta las estrellas mágicas de los cielos orientales. No se les puede quitar á las gentes del seso que recibió Séneca lecciones de San Pablo, pues les cuesta mucho trabajo comprender dijesen principios consustancialmente idénticos dos genios, por tantos espacios y tantas ideas y tantas supersticiones apartados. ¿No es la mayor gloria científica del mundo la gloria de Newton? El gran matemático, ¿no aparece como uno de los reveladores del universo? Y sin embargo, ¡cuántos Bautistas han prepa-

rado su aparición en el mundo, y cuál serie larguísima de pensamientos ha sido necesario poner en línea para llegar hasta el punto culminantísimo de su idea! Fué necesario que la olvidada idea científica de Pitágoras reapareciese; que Copérnico pusiera la concepción del universo dimanada de nuestro entendimiento sobre la concepción del universo dimanada de nuestros sentidos; que mientras el planeta se movia sin haber alterado sensiblemente la inercia falsa y aparente suya, la humanidad renunciase á ser el punto de mira donde fijaban todos los astros sus celestiales retinas; que Ticcho-Brahe adivinara la refracción del fluido luminoso en los aires y supiera con ciencia superior á la ciencia de sus predecesores las variaciones del movimiento lunar y rectificara el catálogo de las estrellas hecho por Ptolomeo y señalara la inconsistencia de los cometas con la irregularidad de sus órbitas; que trastornase los espacios Keplero como pudiera un sacerdote de religión nueva trasmutar antiguo empolvado templo y oyera la música de los mundos como los ángeles asistentes á la Creación y sospesara ya en su mano la gravedad cósmica y supiese la congruencia entre los fenómenos celestiales y los fenómenos terrestres hasta convertir el movimiento planetario circular antiguo en movimiento elíptico, poniendo al sol en el foco de todas las elipses; que Galileo metiera en lo infinito el primer lente astronómico y observara los montes de la luna y multiplicase las estrellas de las pléyades y convirtiera la vía láctea, incierta y nebulosa, en rio de soles para, en el término de todo esto, una manzana desprendida de su ramaje sobre la cabeza de un hombre, revelase á éste la clave de toda la mecánica celeste y apareciese por ende como revelador sobrehumano del código de la gravitación universal. Que el maestre Jaime comunicara por medio del astrolabio los fenómenos celestes con los fenómenos oceánicos; y Behaim pusiera en sus globos, el año mismo de la invención americana, tierras al Occidente del Atlántico; y Toscanelli resucitase por los tiempos de Copérnico el concepto de la esferoicidad del

planeta; y los comentaristas árabes de Aristóteles juzgasen cosa fácil topar con Levante por Poniente; y nautas como Alonso Sanchez hubiesen ido á la Española y vuelto á la Madera; todo ello no quita valor alguno á Colón y no empece para que sea en la revelación del planeta cual Moisés en la revelación del Padre, Platón en la revelación del Verbo, San Juan en la revelación del Espíritu, Rafael en la revelación del Arte, Copérnico en la revelación del cielo, Newton en la revelación del Universo, uno de los redentores.

A pesar de que permanecerá en la Historia perpetuamente con tal caracter, no conozco ministerio histórico ninguno tan disputado y contradicho como el ministerio de Colón. Y no solamente se le regatea la originalidad de su plan y la cópia de sus conocimientos; se le regatea la moral de su complexión heroica y hasta la cópia de sus múltiples virtudes. Tras los quince años de porfia, los amargos sinsabores en Portugal sufrídos, las repulsas de Córdoba, las asistencias al épico postrero combate con los moros granadinos, el entierro en los yermos de la Rábida, el pleito con los Reyes Católicos en Santa Fé, aquella fuga hipnóstica por la granadina vega, los esfuerzos de Palos para tripular sus concedidas carabelas, el arte de allegar sumas en circunstancias tan dificiles para una empresa tan fantástica, su tacto en la preparación, su ascendiente sobre los nautas perdidos en ignorado mar, su perseverancia rayana en monomaniaca pertinacia, todavia se le niega su paciencia estoica y se ponen reparos á su abnegación de mártir. Hay en esto algo de verdadera desgracia. Y creo yo esta desgracia no justificada por Colón y su temperamento y su obra, sino traída y provocada por sus historiadores. Excesos naturales de celo han dañado la causa misma que servían y puesto sombras en la frente del revelador incomparable. En la historia de Colón precisa consultar, ante todo y sobre todo, á Colón mismo. Dentro de sus escritos, de sus diarios, de sus cartas, de sus informes, de sus pedimentos, hay una incomparable autobiografia digna de ad-

miración religiosa y demostrativa del complejo mérito de un hombre que manejaba con tanta ciencia el timón como el astrolabio y el astrolabio como la pluma. Sacadme, si no, un su igual en la Historia. Pero no puede uno prestar completo crédito á cuanto Colón dice. Los escritos suyos, de una sencillez y claridad no reñidas con la elevación y con la elocuencia, pueden dividirse por su naturaleza en dos clases, á saber: pedimentos jurídicos é informes oficiales. En los pedimentos jurídicos hace lo que todo buen abogado, no miente, no; calla una parte de la verdad y exagera las verdades que dice hasta convertirlas en hipérboles rayanas en embustes bajo los vapores de amor propio producidos por el reconocimiento de su propio mérito y por el calor de su propia defensa. Es verdad que resulta desgraciadísimo en sus obras. Navegando siempre y escribiendo al par que navegaba, sus escritos por ley natural se resienten de una improvisación apresurada y se pierden cual si sus ojas las llevara el viento marino por todas partes. En los regocijos de la invención reciente, al entusiasmo de las esperanzas promovidas por el regreso primero, entre los arrebatos del entusiasmo patentísimo en Barcelona y su corte, Colón dejó un libro que contenía su propia historia escrita de su mano, y habiéndolo puesto como un tesoro en poder de los Reyes, ¡ay! éstos lo copiaron y lo perdieron, asi en su original como en su copia. Nunca jamás ha reaparecido. El *Diario* de su primer viaje, tan interesante como cualquier novela, siendo historia veraz, cuya prosa enamora el ánimo con halagos afines á los producidos por la poesía de Garcilaso, no está completo en nuestras manos, sino extractadísimo por el P. Las Casas. Asi no podemos averiguar con certeza y decir con lisura nada respecto del ingrato silencio que guardara acerca de algún cooperador eximio y de las reservas y omisiones con que tantas veces le han dado en rostro sus implacables críticos.

Pero, aun mutilados los papeles de Colón relativos al descubrimiento, precisa leerlos y meditarlos con preferencia sobre

todos los otros documentos de aquel período, no únicamente por su verdad histórica, por su mérito literario, pues hay verdaderos idilios en el encuentro por las aguas tenebrosas con tórtolas y pájaros de nuestros climas; hay sublimes epopeyas en la surreción á sus ojos de las Antillas; hay relatos trágicos propios del mismo Shakespeare ó del titán Esquilo en las angustias de su cuarto viaje, por los horrores de su estada en Jamaica que le obscurecieron los últimos dias de la vida y le aceleraron la muerte. Más conviene mucho no perder nunca de vista el carácter de pedimento jurídico, de informe burocrático, de defensa personal que presentan casi todos sus escritos. Así, cuando está impaciente por las repulsas, exagera los años que lleva de pretensiones y extiende más allá de lo exacto su estancia en Portugal, y por ende su propia vida; unas veces menciona hechos de Alonso V, colgándoselos á Juan II, y viceversa, le atribuye á Juan II hechos y disposiciones de Alonso V; á lo mejor se le sube el santo al cielo, y, flaco de memoria, trabuca fechas y textos y citas con la mayor facilidad; ya se ufana de haberse visto ayudado por muchos, ó ya se queja de que á un fraile y á un físico únicamente debiera favor en sus proyectos; los cotradictorios relatos suyos promueven una confusión tan triste como la todavía reinante acerca de los frailes franciscanos Juan Pérez y Antonio Marchena; el disimulo llevado al extremo de sacar dos cuentas en sus viajes, una mentida, otra verdadera, ésta para él, y para su tripulación la otra, según su propio dicho, y las aserciones dobles y contradictorias en la relación que tuviera con las otras potencias europeas antes del descubrimiento, están expresadas en lenguaje tan embrollado, que no puede saberse á ciencia cierta si le buscaron á él aquellos Estados y Monarcas extranjeros, ó si los buscó él y les propuso la magna empresa; el denigramiento una y otra vez de los portugueses, diciéndoles de ojos y oídos cerrados á las cosas marinas, cuando entraban a la vista del descubridor sus naves en Lisboa trayendo el reino de Benim con Aveiro, los territorios allende la desembocadura del

Congo con Cam, con Paiva noticias de Abisinia, con Bartolomé Diaz el Cabo de Buena Esperanza; en fin, la frase misma tantas veces murmurada en el oído de los españoles para entusiasmarlos respecto de la resolución á entregarles á ellos solos el maravillosísimo secreto, desmentida en varios lugares, donde confiesa de plano haber querido ir á extrañas tierras todas estas confusiones del Virrey en sus escritos extienden nieblas tales, que han producido grandes y espesas dudas respecto de cosas tan trascendentales de suyo como sus reservas para nosotros y sus ofrecimientos á los demás, así como respecto de su toda milagrosa existencia.

Podían los historiadores subsiguientes enmendar tales faltas, corrigiendo aquellos defectos, en los relatos del descubridor originados, bien de las súbitas improvisaciones, bien de las acaloradas defensas, y así poner en su punto las verdades históricas, cuya virtud eficiente favorecía su causa y sublimaba su persona. Pero el segundo historiador de Colón, ó sea el hijo suyo Fernando, en su ciego y justo amor filial, aparece más colombino que Colón. Perdida su Historia muchos años, á pesar del diligente cuidado con que atesoró libros y mas libros un erudito y bibliófilo y autor, como este hijo natural del Almirante, perdida su Historia, decía, y resucitada luego en italiano y del italiano al español vertida nuevamente, creyeron muchos sabios apócrifa la notable apología del inventor y la pusieron en el Índice de los libros falsos y embusteros. Fernando Colón, decían, ha trastocado la historia entera del Almirante y deshorientado á todos los historiadores del descubrimiento, poniéndonos á una en la triste condición de no dar con el hilo de la verdad en todo lo referente á su padre. ¡Oh! El carácter de la familia él adrede lo ha falseado, por querer entroncarla con principes y magnates; la genealogia ridícula del padre, levantada con embuste á los héroes de Tácito, él, por vanidad, la ha mentido; el estudio en Pavia, no bien certificado, á sus insinuaciones ha ido tomando cuerpo; la llegada imposible á Portugal,

tras un fantàstico naufragio y las incongruentes hazañas náuticas de sus mocedades, él, sin escrúpulo de ningún género, las ha fantaseado: romance suyo la invención del reproche á sus ideas opuesto en Salamanca; romance suyo el mentido motin de las tripulaciones, impacientes por llegar al Nuevo Mundo; suyos los entuertos de haberse sabido tarde la cooperación de los Pinzones al descubrimiento, de haberse ignorado mucho la parte activa qne tomara el Rey en las empresas colombinas, de haber quedado maltrechos cuantos han intervenido en la prodigiosa epopeya, con excepción de aquellos á quienes le plugo encarecer y ensalzar poniéndoles mucho más arriba de lo que debían estar y loándolos en inmerecidos apoteosis. La historia de los Colones para mayor desgracia tenía la naturaleza de un proceso; y como en los procesos, ennegrecen los fiscales á quien acusan y los abogados divinizan á quien abonan y defienden. Colón pasa la mitad entera de su existencia gloriosa, granjeándose un verdadero convenio con los Estados y Gobiernos, á quienes propone su empresa, y cuando ya lo ha conseguido con exceso y sobra, pasa la ctra mitad entera de su gloriosa existencia defendiéndolo y preservándolo á los regateos y recortes de los contratantes ajenos. Para mayor desgracia, el pleito no acaba con él, más bien comienza, cuando ha comenzado para él un sueño tan reparador de las injusticias todas, como el sueño de la muerte, y un juicio tan sereno, como el juicio de la posteridad. Apenas muerto, la cuestión de su descubrimiento surge como un pleito legal ordinario, en que los defensores del Estado, para mermar á la herencia de sus sucesores acervo y cuantía, disminuyen el descubrimiento, y los defensores del súbdito que pide una parte de la corona, una parte de la justicia, una parte del sumo y mixto imperio. una parte del diezmo, una parte de todos los rendimientos, trata de rechazar á todos los copartícipes en la preparación, para que no resulten copartícipes en el provecho. No conozco desgracia mayor. No conozco un héroe á quien le haya pasado cosa tan triste como ésta.

Mucho abona el sentido jurídico de nuestra raza que hubiera un vasallo bastante seguro de su fuerza y derecho para ponerle pleito al Rey en las propias chancillerías Reales y litigar, contando con la independencia y con la justificación de éstas, intereses cuantiosos cuando la Monarquía era todo, y en el proemio de las confirmaciones solemnes del privilegio concedido á Colón se mentaba primero la Majestad celeste, y luego se decía que los Reyes ocupaban el sitio y lugar de esta Majestad sobre la tierra. Pero los alguaciles alguacilados, como les llamaba Quevedo, por creer mucho peor tener un alguacil que tener un diablo en el cuerpo; los golillas y escribanos de quienes todo el mundo huía y á quienes hacía la cruz todo el mundo; los pleiteantes seguidos de sus relatores que todo lo trabucaban y de los abogados que todo lo confundían y de los oidores que nada escuchaban, puestos en torno de poema como el descubrimiento y de figura como la de Colón, francamente obscurecen tanta gloria y le dan al Nuevo Mundo un tufillo de viejo mayorazgo y al descubrimiento un carácter de ordinario pleito, que tiran de espaldas á cuantos buscan la etérea idealidad en que todos estos hechos sobrehumanos casi se doran y se animan. Del pleito, la noticia de que Colón se negó á reconocer la primacía del marino Rodrigo de Triana en anunciar tierra y la delación de aquellas usurpaciones cometidas del premio correspondiente señalado por los Reyes al primero que anunciase la requerida llegada; del pleito, la extensión enorme dada por muchos al esfuerzo de los Pinzones, colocados, no cerca, como pide la justicia, no junto, que ya sería excesivo, encima por completo del Almirante, lo cual me parece injustísimo; del pleito, las acusaciones de ingratitud hacia los que le habían servido siempre y siempre ayudado; del pleito, tanta disminución moral continua y sucesiva con tanto regateo de las muchas penas y dolores que habían probado á un revelador tan extraordinario en su martirizada vida. Poned junto á Prometeo, en vez de un buitre, un procurador, y padecerá más bajo éste que si le royera las entrañas aquél, pero sus

dolores promoverán á risa y á chacota de seguro, antes que á compasión y á elegía. Imaginaos legiones de alguaciles entrando en el observatorio de Copérnico, para embargarle por auto de juez y apremio de notario las estrellas que ha revelado al mundo y pedirle cuenta litigiosa del paso que ha hecho dar á la tierra y del movimiento á que la impeliera con el soberano empuje de su idea. Y la demanda de pleiteantes persigue siempre á los Colones, y el plañido de sus quejas jurídicas con los incidentes de sus litigios múltiples pasan desde unas generaciones á otras generaciones. Ha casado el Duque de Alba, casi un rey, á la hija primogénita suya, con Diego Colón, heredero de tanta gloria y también casi monarca, pues todavía se queja de no tener señalado el Duque los provechos de todos en su hija, por menosprecios á los Almirantes del mar Atlántico, así como de no haber conseguido lo que aguardaba uniendo los nietos de familia, casi regia como la suya, con los nietos de tejedores y cardadores, por motivos cumplideros al servicio del Monarca y del Estado. Verdaderamente adolora encontrarse con un pleito al término de una epopeya.

Un ejemplo demostrará cómo este carácter litigioso daña de suyo al historiador y á la historia en todos los asuntos relativos al descubridor. ¿Puede darse cosa que parezca tan clara como el recibimiento dispensado á Colón por los Reyes, por los nobles, por el pueblo en Barcelona, cuando regresó el inmortal descubridor de su primer viaje con el Nuevo Mundo amarrado á su carabela? Muchos festejos se han apercibido y realizado para evocar el recuerdo de Colón en la fiesta del Centenario; pero ninguno tan digno de su renombre como la remembranza y evocación del recibimiento y acogida que le dispensaron los Reyes Católicos á la vuelta de su primer viaje, porque ninguno se presta como él a la decoración, á la poesía y á las reproducciones del ostentoso lujo propios de las cortes monárquicas y aun de las mismas ciudades republicanas en el glorioso Renacimiento. Yo deploro contrariar en esto á mi sabio compañero en la Aca-

demia de la Historia el escritor insigne Fernández Duro, maestro en historia colombina, que niega la existencia de tal fiesta, por no haberla mencionado el prolijo dietario de los concelleres barceloneses y por no haber insistido mucho en ella los primeros historiadores del descubrimiento. Para tan sagaz y astuto crítico la festividad fué invento de Fernando Colón en la noble y natural empresa de divinizar á su padre. Pero si Fernando tenía ese movil, digo yo al ilustre académico, no lo tenía Las Casas, quien refiere con las mismas particularidades el negado festejo y pecado de sobradamente austero, no parece propio su temperamento para la invención y urdimbre de regocijadas fábulas. Luego era ya estudiante de la Universidad en Sevilla cuando pasaban todos estos acontecimientos y no podía desconocerlos hasta el extremo de falsearlos ó circuirlos de bien adobadas mentiras. Si Las Casas no es autoridad histórica porque cuenta en su vejez lo sucedido en su mocedad, menos autoridad histórica debía ser Tácito cuando cuenta de oídas ó por lecturas lo que sucedió en el Imperio romano antes de nacer él. Por cualquier parte que se abra el libro historial de tan eximio Padre, tropiézanse demostraciones de su autoridad y de su competencia. «Y, aunque de aquí resulte algún favor mío (pero la gloria sea toda para Dios, pues es suya toda), éste, Francisco de Peñalosa, era tío mío, hermano de mi padre, que se llamaba Pedro Las Casas, que vino con el Almirante y con el hermano á esta Isla Española; este viaje (el segundo) quedóse mi padre con el Almiranto cuando mi tio se volvió á España, y moriría el dicho mi tío Francisco de Peñalosa el año 1499 ó entrante el de 500.» ¿Tenía, pues, motivos Las Casas ó no para estar bien informado? Yo he confesado antes la manía litigiosa del descubridor, y he dicho cómo en los atestados hechos por sus demandas tenía necesidad y hábito de alterar muchas veces la verdad, en guisa de vocero y abogado pleitista; pero lo cierto se halla con frecuencia entre lo dudoso. Yo comprendo que á su hijo le sucediera tres cuartos de lo mismo, puesto que llevaba interés en

aquellos pleitos eternos entre la Corona y el Almirantazgo, como en las pedigüeñerías constantes del sublime, aunque interesado adivino. Pero no militan iguales causas y motivos de duda y desconfianza cuando se trata de Las Casas, quien se nos ofrece muchas veces fiscal, y fiscal ceñudo, del Almirante, más que su glorificador y apologista. Pues bien; Las Casas nos dice y refiere la recepción en Barcelona como pudiera decírnosla Fernando. Y no es exacto que la eludan los demás historiadores del tiempo, como afirman Fernández Duro, hasta delatarla por su omisión de mentida y embustera. Veámoslo. Oviedo, no muy devoto de Colón, dice, cap. VII de su *Historia*: «Despues que fué llegado Colon á Barcelona, con los primeros indios que destas partes á España fueron ó él llevó, é con algunas muestras de oro, é muchos papagayos, é otras cosas de las que acá estas gentes usaban, fué muy benigna y graciosamente recibido del Rey, y de la Reina. E después que ovo dado muy larga é particular relación de todo lo que en su viage é descubrimiento habia pasado, le ficieron muchas mercedes aquellos agradecidos príncipes y le comenzaron á tractar como á hombre generoso y de Estado, é que por el grand ser de su persona propia tambien lo merescía.» Y Bernáldez, en el capítulo CXVIII de su *Crónica*: «A veinte y tres de Marzo, año de 1493 años, y entró en Sevilla con mucha honra á treinta y un dias del mes de Marzo, Domingo de Ramos, bien probada su intención, donde le fué hecho buen recibimiento; trujo diez indios, de los cuales dejó en Sevilla quatro, y llevó á Barcelona á enseñar á la Reina y al Rey seis, donde fué muy bien recibido, y el Rey y la Reina le dieron gran crédito.» Y Pedro Mártir de Angleria, en el cap. IV de su primera *Déeada Océanica*, dice también: «Al regresar Colón le trataron honoríficamente, conforme por tales hazañas merecía. Le hicieron sentar en público delante de ellos, lo cual, entre los Reyes de España, es la mayor señal de amor, de gratitud y de supremo obsequio.» Fundado en todas estas autoridades incontrovertibles, y después de haber leído los

relatos que de la recepción traen Fernando Colón y Bartolomé Las Casas, yo en otra parte la tengo evocada, valiéndome de la fantasía, muy necesaria para los que creemos la Historia una resurrección verdadera y no un simple relato.

Parece imposible como un solo error pueda durar tanto, trascender á tantas cosas é infligir á quien lo cometió penas morales de tal género, que sean penas leves frente á ellas las penas mismas del infierno. La falta, si queréis, el vicio de Colón, fué la codicia, y el error de Colón aquel acaparamiento para sí del mundo criado, para todos por el poder casi divino de su genio. Por este supremo error ocultaba con celo y celos todo lo descubierto como un avariento su oro; creía los idos allí al reclamo del glorioso nombre suyo, en pós de nuevas tierras, ladrones entrados á dolo y por asalto en su domicilio para robarle sus bienes; y porfiaba por la participación en el poder público, en el gobierno, en la justicia, en las rentas Reales, como pudiera porfiar en ordinario pleito de cualquier cuantía por la participación en grande hacienda, en rico mayorazgo, en mercantil sociedad. Y á poco que consideremos la clase de litigio entablado entre la Corona y los Colones, echaremos de ver un error en el Almirante capitalísimo acerca de sus privilegios, sobre el cual error capitalísimo radican cuantos embrollos lo enemistan con el poder y con la corte. Leyendo el privilegio dictado en Santa Fe, cuya solemne confirmación original acaba de publicar, en esmeradísimo facsimile, mi señora y amiga, tan sabia como hermosa, la jóven Duquesa de Alba, nótase que la dignidad de Almirante queda vinculada en la familia toda, constituyendo así una especie de monarquía océanica, bastante considerable para las salvadoras ideas de unidad, arraigadísimas en Fernando V; pero la dignidad de Virrey pertenece tan solo al descubridor, y como alta dignidad política, tiene tan solo el carácter de personal y vitalicia, concedido á quien hiciera el milagro por dones sobrenaturales propios, intransmisibles, cual ha demostrado nna esperiencia de tres siglos, á su posteridad. Pero

Colón creyó siempre que la dignidad política era como la dignidad marítima, pareándose con el Almirantazgo el Virreinato, como lo demuestra el proemio de su maravilloso *Diario*, comenzado á la vista casi del convento, en la rada, poco después de haber zarpado; y en el cual *Diario* conmemora sus dignidades y provechos, calificándolos en montón de vitalicios para él y hereditarios en toda su descendencia y posteridad hasta la consumación de los siglos.

Por considerar él su descubrimiento como un mayorazgo, y su virreinato como una monarquía, surgen dos graves consecuencias: primera, lo poco que se dilató la gloria del descubrimiento con toda su importancia en los años subsiguientes á su realización, y después lo mucho que contendieron el Estado español y el sublime adivino por la interpretación y aplicaciones de los convenios, con daño y detrimento de todos. ¿Concíbese por otra causa, que, á pesar de haber notificado un escritor tan leído en todas las cortes como Pedro Mártir de Anglería, en aquel particularísimo latin de la época, lengua sabia universal entonces, á todo el mundo la noticia del descubrimiento, desapareciese de los primeros papeles impresos en Europa donde se publicaba el sobrenatural hecho la persona y nombre de la reina Isabel? Mucho se gloriaba Colón del descubrimiento y mucho lo quería; pero á la manera expresada por aquel refrán español: «Tanto quiete á sus hijos la gata que se los come.» Colón, por recelo de los portugueses, advertidos con su abordo allí á la primera vuelta; por recelo de los britanos, con quienes había departido tanto su hermano Bartolomé; por recelo de los competidores, como el segundo Pinzón, y el célebre Cosa, y el afortunado Amèrico, y el audaz Ojeda, y el expertísimo Caboto, calla su invención, oculta los derroteros á ella conducentes, y se propone convertir en vínculo propio al mar, el aire y el sol recién invenidos y nuevos. Así no puede maravillarnos que, como se quitó el nombre de la Reina en los primeros relatos del hecho, se le disputase á él mismo por un historiador compatriota y con-

temporáneo suyo la idea madre del descubrimiento, atribuyéndola sin escrúpulo, para que todo en casa, ó en Génova, quedase, á un hermano de Cristóbal, á su hermano Bartolomé. Menos puede maravillarnos, tras todo esto la injusticia universal cometida por el género humano quitándole al continente hallado por Colón su nombre y poniéndole sin razón alguna el nombre de un piloto como Americo Vespucio. Detengámonos un poco en este punto. Muchas explicaciones han querido darse á este grandioso entuerto, y muchas cosas especiosísimas se han dicho para justificar un error tamaño y una tan abominable ingratitud. Quién ha sustentado que fuera el apellido América una derivación del nombre de ciertas montañas conocidas bajo tal apodo en el Nuevo Mundo; quién que lo divulgara Colón mismo por haber encarecido mucho tales montañas, á causa de sus yacimientos auríferos, hipótesis desmentida por el hecho de no aparecer en parte alguna de los papeles colombinos tal nombre; quién que Américo se granjeó á sí tal privilegio, escribiendo cartas llenas de falsísimas noticias y verdaderos embustes á varios príncipes europeos, los cuales por todas partes divulgaron y difundieron estos documentos, cuya complicada bibliografía puede con facilidad estudiarse por los eruditos en la *Bibliotheca Americana vetustísima* de Harrisse, al cual precisa consultar sin descanso en estos dificilísimos estudios; quién que unos sabios, congregados libremente y por su propio arbitrio en una población lorena llamada Saint Dié, donde radicaba una compañía científica titulada Gimnasio Vosgo, propusieron dar tal nombre al Nuevo Mundo en su Introducción á la *Cosmografía*, y así, por fin, se arregló y se convino; quién que un compilador de tal obra, oponiendo á los seis climas boreales de Ptolomeo seis climas australes, colocó entre los últimos, junto al sur de Africa y Zanzibar y Sumatra y Ceylán, «esta cuarta parte del mundo, que bien puede llamarse América, es decir, tierra de Américo, pues un Americo la descubrió»; pero entre tantas hipótesis, una verdad evidente surge, á saber: la rapidez con que corre, á ma-

nera de fluido misterioso, cualquier especie falsa, y llega, sin saberse porqué y cómo, á extender y arraigar error tan grave cual que Americo Vespucio, y no Colón, descubriera el Nuevo Mundo, y debía, por ende, darle su mismo hermoso nombre de América.

Mas, entre un tal número de inventores, como el que ha tenido nuestro planeta y han dejado un recuerdo en la historia indeleble, ninguno se granjeó la gloria de Colón, porque ninguno como Colón la mereciera. En su presencia se levanta el ánimo á consideraciones dulces y consoladoras, que advierten á una cómo la virtud y el bien alcanzan con preferencia la inmortalidad aquí, porque todas las escorias de su vida se han aniquilado por completo en justo universal olvido, mientras las ideas reveladoras y los sentimientos sublimes y el éter de su espíritu divino y el resplandor de sus martirios redentores y las estelas de sus creaciones en el mar y las nebulosas de sus idealidades en el cielo han dilatado hasta lo infinito su gloria universal é inextinguible. Al acercarse á sus altares, profundo respeto sobrecoge con religiosidad el ánimo, porque siente voces de misterios indecibles y respira el enrarecido y superior aire de lo sublime: que nuestras sienes así estallan en los picos de las montañas gigantes como en las alturas de los espíritus superiores. Colón tuvo un temperamento fisiológico sujeto á todos los achaques de nuestras contingentes complexiones humanas y un temperamento psicológico de aquellos que atormentan á los favorecidos con tal precioso don por lo excesivo de su grandeza. El temperamento fisiológico suyo fué nervioso y sanguineo; el temperamento psicológico de un grandioso carácter sintético. En su temperamento sanguíneo se generaron las fuerzas de combatiente que desde los comienzos de la vida su ser mismo revela, combatiente con las supersticiones, combatiente con las envidias, combatiente con los huracanes y con las procelas, combatiente con sus innumerables émulos y enemigos; mas en su temperamento nervioso se originan sus ilusiones de iluminado, sus

anuncios de profeta, su efusión de artista, sus éxtasis y sus deliquios de verdadero místico, su paciencia y sus conformidades de mártir. Donde quiera que iba, revelaba esta contradicción evidente. Nervudo de barzos, curtido de fibras, ancho de hombros, grueso de cuello, airosísimo de presencia y con suma prestancia, rojo de pelo, blanco y encarnado de color, aquilino de nariz, garzo de ojos, dotado de poderosa fuerza física, revelábase hasta sobre la tierra en su aspecto y en su figura el atrevido mareante. Parece que un mareante debía ser de acción, de lucha, de cálculo, de nociones astronómicas y matemáticas correspondientes con su oficio, de vida inquieta por necesidad; mas así como lo sanguíneo de su temperamento le prestaba cóleras y vertigos connaturales al guerrero, lo nervioso le prestaba deliquios de asceta, y en aquella persona singularísima veíanse reunidos y sumados el piloto y el penitente. Así, después de haber navegado por las costas encendidas de Guinea y por las costas heladas de Islandia, combatiendo á brazo partido con los elementos, combatia en las juntas de Córdoba con las supersticiones y en el real de Baza con los cortesanos, hasta que cansado de contrastar así á los elementos como á los hombres, encerrábase como un verdadero San Francisco en la Rábida y allí se maceraba con el cilicio de los ascetas y se vestía la mortaja de los cadáveres.

Pues asi como reuuía con el temperamento de los conquistadores el temperamento de los poetas y á las fuerzas físicas de los pilotos las conformidades y las resignaciones de los frailes, reunía pensamiento y acción armonizados, sublime inteligencia y entera voluntad congruentes. Aspero y fino, adusto y afable, rudísimo y flexible á un mismo tiempo; dominador de sus odios y de sus rencores hasta no decirle á Pinzón una palabra cuando lo halló tras haberse apartado de su obediencia en algunos momentos arrebatados hasta patear á los amigos de Fonseca en Sanlúcar, y despedir de un empujón cierto rebelde avieso desde las almenas á los fosos en Haiti; aquel hombre singular era una contradicción andando, así en los humores de su cuerpo, como en los ins-

tintos de su organismo, como en los principios de sus doctrinas, como en las facultades múltiples de su entendimiento, como en las pasiones de su corazón, como en los actos de su vida. Para comprender mejor este carácter doble y triple de Colón hay que comparar su biografía con la biografía de un sabio, con la biografía de un navegante, con la biografía de un asceta, con la biografía de un filósofo, y ver cómo las comprende todas él, á un tiempo de inspiración y cálculo, de combate y penitencia, de matemático raciocinio y de místicos éxtasis. Newton se pasa la vida, desde los diez y seis años hasta los ochenta y siete, haciendo cálculos en sus papeles y en sus pizarras, como s fuese algebraica cifra y solo cifras buscara, cual se buscan los átonos afines, Magallanes, por cualquier lado que se le mire, nos muestra en si únicamente al piloto de primer órden, audaz, porfiado, resistente, calculador, aun adivino si queréis, colosal y glorioso, pero dentro de las condiciones del oficio y de la profesión que abrazara por vocaciones fortificadas en la experiencia y en la ciencia; San Francisco, à quien ya hemos citado, en cuanto se vuelve de aquella tan airada vida que llevara en sus mocedades y se abraza con su efusión á las piedras de su claustro, ya no aparece sino como un àsceta escuchando el salmo compuesto en las alturas por el coro de las avecillas del aire y oliendo el incienso despedido en lo bajo por el ramillete de las florestas del valle, bienaventurado y milagroso el beato antes de llegar á la muerte y á la canonización; Pizarro nos ofrece un arquetipo de conquistador, á quien jamás arredró ninguna dificultad ni detuvo ningun escrúpulo, combatiendo y conquistando lo mismo entre los ventisqueros y volcanes de los Andes, que entre las olas y los vientos de aquel mar del Sur, desflorado por la quillas de sus naves en expediciones argonáuticas; pero, astrónomo y matemático cual Newton, asceta y penitente cual Francisco, explorador y adivino de los mares y de los estrechos y de los continentes ignorados y misteriosos, cual Magallanes, guerrero y conquistador cual Hernán Cortés ó Pi-

zarro, juntándolos y reuniéndolos á todos en grados diversos; hombre sintético asì, fuera de Vinci, no hay sino uno solo en la Historia, el inmortal descubridor de América. Y será inútil cuantos esfuerzos puedan emplearse para destronarlo, como único brillará en el mundo y en la Historia, por su insustituible singularidad.

Hay unos que piensan y otros que ejecutan; unos, que abajo están luchando como los brutos, en guerra carnicera por la vida, y otros que arriba están intercediendo, de hinojos y con las manos plegadas, porque todas las lágrimas puedan enjugarse y porque todas las culpas puedan redimirse; mas el alma de Colón vuela por lo infinito y etéreo sembrando soles, como los serafines de la creación bíblica el espacio; y luego baja de suyo á la manera del ángel caido al infierno de la esclavitud y de la guerra y de la conquista; pero, al revés del ángel caido que no puede reabrir sus alas, y lanzarse al empíreo, sube de nuevo al ideal de la razón y de la justicia. Definámoslo con una palabra, declaremos que es un verdadero genio. Su fuerza física de varon y su sensibilidad delicada de mujer sólo se aunan en las personas geniales extraordinarias. Lo duro y longevo en él muestra su predestinación á la obra providencial que cumpliera. Una vocación á conocer lo natural, y desde lo natural, elevarse á lo sobrenatural, como la que tenía él, nó aparece desde los primeros á los últimos años de la vida, sino por uña predestinación verdaderamente singular. Y como en el cumplimiento de su vocación, quc lo domina, descúbrese todo lo genial y todo lo extraordinario de sus facultades singularísimas, descúbrese á la vez en su ignorancia completa del ministerio que había cumplido y de la obra que había realizado. Moisés, muriendo sin entrar en el suelo prometido al pueblo de la divina elección; los reformadores y los revolucionarios, anticipados á su tiempo, cayendo maldecidos en la eternidad, sin que sus coétanos, ni ellos, alcancen todo el bien que han hecho; los descubridores que conocen el galvanismo y no el pararrayos, que conocen el pararrayos y no

el telégrafo; los desgraciados, como Papín, aplicando la presión del aire, descubierta por Torricelli, al movimiento, sin adivinar á Fulton trayendo ya una máquina que aplicará el vapor, nos dan la clave misteriosa de la ignorancia del sublime Colón, creyendo que Guanahaní es una madrépora y un arrecife anterior al Asia; que Cuba un pedazo de continente vecino á Cathay; que las corrientes del Orinoco las corrientes del Ganges; que los caciques tan poderosos encontrados en Paria y en Veragua los vasallos del grande Kan de Mongolia: cuando acababa de tropezar con un mundo entero, dividido en dos hemisferios, como dilatado desde uno á otro círculo polar; lleno de pirámides y templos tan grandes como los asirios, de irrigaciones tan sábias como las egipcias, de reyes tan déspotas como los Faraones, de nobles tan extraños como los sátrapas, que todos y todo en veinte años iban por completo á transformarse tras una conquista, heroica pero breve, destinada en providenciales designios á convertir aquel territorio de los sacrificios humanos, de los altares chorreando sangre de las castas de las teocracias, en el más idóneo y más apropiado para recibir y guardar los misteriosos efluvios despedidos por el Verbo creador, que llevaba Colón en sus labios, los misteriosos efluvios del espíritu moderno.

Y sin embargo, ¿quién resolverá estas contradicciones? Aquello que más á Colón eleva, y ante la posteridad lo sublima, es el acierto con que miraba en lo externo el mundo inmenso que internamente allá existía en los abismos de su alma. El conocimiento intuito, que distingue al genio, tan diverso del conocimiento discursivo y reflexivo que distingue al talento, le ponia en los ojos un éter y en las sienes un nimbo, capaces de darle ante los más vulgares y prosaicos el sobrenatural viso propio de los reveladores y de los profetas. Colon objetiva el mundo subjetivo que llevaba impreso en la retina de su místico pensamiento. Pero no se contentaba con estas idealidades, la inteligencia en él aparecia como un impulsor y determinante de la voluntad

que tenía iguales iutensidades y fuerzas en el conjunto y totalidad de su espiritu. El cerebro, como una máquina, movía los nervios, y los nervios, fuertemente movidos, dábanse todos de consuno al ejercicio de la constante acción. Los descc nocedores de toda fisiología y de toda psicología, cuando se les presenta una imágen, creen que se halla reñida con la idea; y ahí está otro de los méritos en Colón sobresalientes, la facilidad con que convertía las ideas eñ imágenes y con que grababa estas imágenes, formas y relieves en sus intuiciones, en la inmensidad del cielo y en la inmensidad del mar. Él, como un Dios, veía lo uno, lo absoluto, lo perfecto, lo intuitivo; pero no habiendo, por regla general, sino un sólo genio, mientras abundan los talentos, pues hay muchos, él veía, como en un espejo, su ideal y formaba perfecta ecuación matemática con la realidad, mientras los demás sólo veían las cosas segundas y las relaciones entre las cosas tambien subordinadas y secundarias, es decir, todo aquello en que las gentes medianas suelen á una enredarse hasta concluir por perderse. Con la razón del sabio sumaba Colón la poseía del artista, y con la poesía del artista sumaba el sentimiento de los sentimientos, la fé viva del cristiano. Los hechos en él subían á ideas y las ideas bajaban á hechos. En lo particular veia lo general. El espacio se le aparecia como un velo celeste tras cuyos pliegues se ocultaba Dios. De aqui su arte máximo en la objetivación misteriosa del divino ideal. Tanta grandeza le prestaba cierta melancolia y esta melancolia le ahuyentaba las gentes. Sin embargo, asi como el exceso de fantasia no dañaba en su espiritu al exceso de reflexión, tampoco el exceso de obstáculos les desconcertaba en sus intentos ni le hacia marrar sus planes. Sobre cada tempestad veia un iris. No le importaba del relámpago los truenos que aterran y las centellas que matan, sino el resplandor, que, si deslumbra, tambien ilumina y guia. Él llevaba dentro de si la compensación interna que opone todo genio en satisfacciones, incomprensibles del vulgo, á las externas injusticias y á las bárbaras calumnias. Lo mejor que habia

bajo los cielos, magüer sus faltas y errores, era él mismo, porque lo mejor de la vida es una idealidad sublime y lo mejor de la humanidad es un genio divino. Así, no tratéis de quitar á Colón aquella corona de gloria que le ciñen todas las generaciones. Mientras vosotros discutís con saña su mérito y le regateáis sus altas cualidades, continuará cada ciudad elevándole un monumento, cada poeta dirigiéndole un himno, cada generación llevándole una ofrenda; y los dos hemisferios se reunirán en una fiesta universal para celebrar el Centenario de la invención del Nuevo Mundo por su augusto y sobrenatural revelador.

Llamado Colón al cumplimiento de su destino por vocaciones sobrenaturales, como aquellas que sentían los primitivos profetas; educado en faenas de mar y tierra, como inaugurador de la edad del trabajo, por una familia compuesta con cardadores y nautas; crecido en región, donde se juntaban los ejercicios de la libertad con los cambios del comercio y los esfuerzos de las navegaciones con el resplandor de las artes, medio apropiadísimo á la primera expansión de sus ideas; hijo del Renacimiento, período sintético, en que la ciencia y la poesía se juntaban, sugiriendo deseo universal de ensanchar el espacio por medio de los descubrimientos marítimos y completar el tiempo también por medio de las excavaciones arqueológicas y de los estudios históricos; atezado al sol de Italia, curtido en las aguas del Mediterráneo, mareante desde su mocedad primera, como jornalero desde su primera niñez; testigo presencial de los desembarques, en que los griegos, vencidos con honor y expulsados por Bizancio por los Turcos, venían trayendo en sus manuscritos recién salvados el antiguo génio clásico á las edades modernas y pidiendo venganzas con rescates; conducidos por misteriosos impulsos á la desembocadura del Tajo, que iba expidiendo carabelas constantemente por doquier, las cuales remolcaban después islas aromadas de muy embriagadoras especias, benidas con collares de perlas; emparentando por matrimonio con una familia lusitana, perteneciente á los descubridores y gobernadora de

puertos, concedidos á su audacia, desde cuyos senos así podía irse con facilidad á las costas africanas, como á los círculos polares; llegado á nuestra patria, cuando la real epopeya granadina quitaba la palabra imposible de la castellana lengua y difundía con los portentos de la fe viva etéreas irradiaciones de santas esperanzas; soldado valeroso en los sitios de Loja y Baza, como diestro calafateador en los arsenales del puerto, pertenecientes á los Medinacelis, añorados siempre del perdido trono y dispuestos á buscar una compensación de aquella triste suerte, infligida por los usurpadores á su casa, con un imperio en los mares; tan dado á consultar los compatriotas de su cuñado Muliarte y los tripulantes de su concuño Pedro en Huelva, como á disputar en Córdoba con los quebrantados escolásticos que dirigía el Padre Talavera; largo tiempo recluído en aquella Rábida, iglesia y escuela y asilo, donde hallaba la ciencia del médico Garci-Fernández y la piedad del P. Juan Pérez, y acrecía el caudal de sus ideas con las estelas de tradiciones dejadas por tanto piloto y el caudad de su paciencia con la clausura en celda, el oficio en coro, el rezo continuo, la contemplación muda del Océano infinito, y del interior espíritu, las meditaciones sobre aquel San Francisco que, á fuerza de cantar y de orar, magnetizaba y movía los seres más inertes y en milagros continuos, obra de la voluntad y de la fe, domesticaba los lobos del Apenino, y alrededor de su celda en Asís, reunía, junto á los místicos y á los ascetas, con los pintores del Arno, las avecillas del aire en un *Te Deum*, aromado por la salva y por el tomillo de aquellas celestiales colinas, ¡ah! no puede, no, maravillarnos que bajo todas estas sobreposiciones de múltiples ideas en su razón, y de continuos experimentos en su ciencia, y de reveladoras enseñanzas en su vida, y de sempiternos ejercicios en sus fuerzas, y de grandes emociones en su pecho fuera explorador, piloto, penitente, político, poeta, sabio, guerrero, queriendo así rescatar por otra Cruzada el Santo Sepulcro en Jerusalén, como acercar con los conjuros de su genio creador, y con los vuelos de sus velas angé-

licas, al embriagador festin del Renacimiento, católico y pagano, por misteriosos derroteros de todos desconocidos, y por vírgenes aguas nunca surcadas, las Indias Orientales, redondeando con sus dos manos el planeta, y extendiendo sobre su esfera, trocada en luminoso astro, como una tienda bíblica, novísimos y más hermosos cielos.

Ante tal grandeza, ¿que significan sus defectos, por nosotros ni omitidos ni perdonados en esta su historia? Cuando se trata de política, ninguna cosa trae tanto mal como el deseo de la perfección absoluta; y cuando se trata de historia, ningún empeño conduce á tantos y tan múltiples errores como el empeño de hallar en ella seres absolutamente buenos. Concedamos que Colón ajustaba, como quien ajusta peras, los provechos de su empresa, chalaneándolos á guisa de montero en feria; que daba sin razón á olvido los mayores auxilios y pecaba de ingrato hasta con la mujer á quien debiera los hechizos de su vida bajo el cielo de Córdoba y la estada en el Edén de Andalucía, requiriendo sus logros; que á cada paso amenazaba con irse á Francia, como el duque de Medinaceli dice, y se iba ya, cuando lo detuvo el celo de la Marquesa de Moya, unido al celestial espíritu de la reina Isabel; que molestó á Pinzon hasta constreñirle para que se partiera de su obediencia desagrado, sin caer el descubridor en la cuenta de su obligadísima deuda para con él, así por la expedición aparejada merced á éste su gloriosísimo segundo, como por el aquietamiento de las tripulaciones, casi subvertidas, en vísperas del hallazgo; que le quitó su codicia increible á Rodrigo de Triana el premio decretado en favor de quien viese tierra primero, y le obligó á pasarse al moro, que nunca sintió escrúpulo en el alijo y embodegamiento de siervos, con daño de su crédito, pues Isabel muy á mal tomó aquello, y con daño de su alma, pues, como le dice su airado amigo el padre Bartolomé, en sus esperanzas de pensamiento y estilo, más á mal tomólo Dios; que vino á Lisboa en su vuelta primera del primer viaje, con riesgo de perder toda la obra y frustrar todo

el trabajo, mientras sus émulos españoles anclaran bajo el pabellón español, dotados de mayor ciencia nauta y acierto, en Galicia; que importunaba con peticiones continuas al Estado, y todo le parecía poco para el peculio particular de su persona y para el acervo común de sus legados, que porfiaba con Fernando en la falsa idea de pertenecerle á su familia por juro de heredad el virreinato como el almirantazgo, y mostraba propósito no bien ocultado de fundar, con Bartolomé, Diego, sus hermanos, con el primogénito y mayorazgo, así como con su avisado hijo de ganancia, Fernando, una dinastia, propósito brutalmente desbaratado por Bobadilla, pero necesitadisimo de desbaratarse para observancia de la razón de Estado á la postre; que no sabia ni de administración una palabra ni de hacienda, embrollando todos los servicios con sus contradicciones; que pasaba de la humildad á la cólera sin transición, y se desavenia por sus brusquedades y adusteces de esta gente hispánica, la cual es incapaz, como Angleria observa, no ya de sufrir á los demás, de sufrir á los suyos; que todo iba manga por hombro, en su gobierno; pero esto y mucho más no empece al cálculo exacto, á la previsión increible, á los anuncios proféticos, á las inspiraciones constantes, á la tenacidad porfiadísima incontrastable, á los quince años de paciencia en el apercibimiento y preparación de lo proyectado, á la hipnosis de adivino, á la intuición de genio, á la mirada certera y á la fijeza matemática del primer viaje, à los sondeos dados con tanta profundidad asi en el mar Océano como el eterno misterio al heroismo en la Española y en la Jamaica verdaderamente sobrenatural á la resignación cristiana en su desgracia, al don de persuadir los ánimos, esclarecimiento sumo de verdades fisicomatemáticas, al carácter por el que asemejárase desde su primer invención de las Lucayas y Guanahani hasta el último dia de la historia universal, sobre su América recién invenida y radiante, con el oreado rostro y los ojos extáticos, al Dios del Génesis, suspenso, con el Verbo hacedor en los labios y el nimbo de increada luz en las sienes, sobre su radiosa creación.

Nuestra gloria consistió en haber leído en su frente misteriosa este carácter creado suyo, y en haberle facilitado los medios indispensables á cumplir su ideal y á realizar su creación. Por eso nuestra patria se aparece á los ojos de todas las generaciones como el suelo donde con mayor espontaneidad y con mayor arraigo se ha criado la más e.érgica entre todas nuestras facultades psíquicas, la humana voluntad. Y querer no es cosa tan baladí como á primera vista parece: con frecuencia grande sustituye y aun aventaja con creces al pensar. Uno de los más extravagantes, pero de los más profundos entre aquellos eximios pensadores que han ilustrado el siglo corriente, murió quejándose de la gran deficiencia de voluntad por él experimentada en su raza, metafísica, religiosa, mística, pero poco violento y activa. De aquí la propensión á doblar su rodilla sobre la realidad y abismarse por la inmersión del pensamiento dentro de las meditaciones abstractas en enajenacion de sí misma semejante á las usuales entre los yohis de la India, sobre cuyas espaldas los pájaros anidan sin que lo sienta la fria petrificación del cuerpo y la completa carencia del sentido. De aquí aquella idea eterna' sin principio ni fin, rio sin fuente, rio sin cauce, rio sin desagüe, corriendo en un movimiento indefinido y arrastrando entre las ondas de su corriente incierta la conciencia y la libertad y hasta la moral de su raza, propensa por este mareo vertiginoso del pensar sin objeto á precipitarse de cabeza en los abismos sin fondo de una espantosa nirvana equivalente á la extinción de todo y de todos, al reinado del vacío y del silencio, á la nada, en fin, por medio del suicidio universal. Nosotros, los españoles, no caeremos en semejante neurosis. Nosotros aborrecemos y amamos. Nosotros podremos querer, como dicen los numerosos enemigos nuestros, el mal y el error; pero nosotros sentimos, nosotros aborrecemos, nosotros amamos. Así no puede nunca decirse de nuestra España que pertenece al número de naciones conocidas por cortesanas de la fortuna próspera y de la victoria material. Había César vencido á Pompeyo, desarmado á

Bruto, puesto al estoico Catón en trance de mofarse para salvar la gloria de su nombre inmortal con el culto á la República patricia; y mudos el Oriente con el Occidente, á merced y arbitrio del Dictador todopoderoso; y los republicanos andaluces, los últimos republicanos, dieron tal susto en sus ampos, que dijo hasta el fin de su vida César: «En todas partes he peleado por la victoria, en Munda por la vida,» Somete á su yugo Augusto el planeta conocido entonces; vence desde su cómplice y émulo Antonio hasta los vengadores de Catón, como Casio, arranca la maravillosa lengua de Ciceron á la tribuna; y mientras toda la tierra se prosterna en su presencia, una tribu de Cantabria en el apartamiento de sus montañas, le impide cerrar el templo de Jano, y ace morder el polvo á las legiones de Agripa. Levanta y reconstruye Carlo Magno el Imperio romano con la sumisión universal de nuestro continente, y unos pocos navarros esparcidos por los desfiladeros separatorios de Francia y España, le aplastan el mayor de sus doce caudillos bajo los riscos de Roncesvalles. Hechiza y encanta con su prestancia y su benevolencia nativas Francisco I en Europa desde los Sultanes hasta los Papas y España disipa tal encanto en Pavía. Napoleón parece invencible hasta el punto de que ningun general y ningún monarca se atrevió á cortarle con su espada el paso, y la maravilla de Munda se renueva con creces en la victoria de Bailén, donde recibe aquel primer golpe que precedió y anunció el golpe, último en Waterloo. No tiene Bismarck nube ningnna en el cielo de su poder, cuando tropieza por descuido en el arrecife de las Carolinas. Así por nuestra indómita voluntad hemos representado con Séneca el estoicismo, con Lucano la epopeya del vencido, con los teólogos del Renacimiento la causa del humano arbitrio contra la gracia luterana, con Cervantes la protesta de todo lo ideal contra todas las realidades impuras, con Calderon aquella interior actividad que lucha en los infiernos mismos con el diablo y le dice cuando quiere vencerla éste con esfuerzo: «No fuera libre albedrío si se dejara forzar.» Pero en

ninguna de sus empresas ha demostrado España esta fuerza de voluntad, que la caracteriza, como en el descubrimiento y apropiación de América.

Lanzarse al mar tenebroso; correr, sin derrotero y sin guía conocidos, aguas misteriosas: perder hasta la brújula, desviada de su norte fijo; enredar las quillas de sus naves en zargazos, semejantes á redes tendidas por la fatalidad al pensamiento y albedrío humanos; emboscarse por las selvas inexploradas; combatir con razas enteras; cruzar aguas fluviales tan extensas y profundas como las aguas oceánicas, sin orientación alguna, subir á los altos Andes entre aludes resonantes, desprendidos de las heladas cumbres en moles gigantescas, y entre lavas escupidas por los hirvientes volcanes; después de haberse abrasado en el trópico, entrar en los estrechos del Polo; combatir, no con los hombres, con el universo, con las fiebres disueltas en los pantanos, con los rayos y centellas que azotan á latígazos, con los elementos, ¡oh! es una demostración de lo indómito de nuestra voluntad y de lo incontrastable de nuestra fuerza como no hay ninguna otra igual en la Historia. Parece un Titán de la fábula Ojeda llevando á Caonabo sujeto al anca de su caballo; bajo las magnolias del jardín de las Fléridas Ponce de León aparece como restituyéndonos el Paraíso perdido; el acha, con que ha cortado Vasco Nuñez de Balboa la cruz, puesta sobre la montaña de aquella lengua de tierra, desde cuyas cimas se descubre á un lado del Atlántico y á otro el Pacífico, cual si arrancara chispas á un pedernal, arranca soles al cielo; una correría increíble de nuestro Hernán Cortés derriba el trono de las Aztecas, á cuyo pie arden los sacrificios humanos; heroico arresto de Soto vuelca en el mar de la vida un afluente como el Mississipi, al par que otro arresto de Solis vuelca un efluente como el Plata; con sólo llegar Pizarro, el imperio de los Incas se viene á tierra, y con sólo ir exploradores por los cuatro puntos del horizonte surgen las alturas encendidas de Quito, se abren las selvas virgenes del Amazonas al nombre de nuestro Dios y al imperio de nuestra

civilización; el estrecho de Magallanes revela el paso por América de nuestras gentes occidentales de Asia; fiorecen especierias nunca olidas en los valles, y brotan astros nunca vistos en el cielo; al exceso de vida se alienta el espiritu moderno y se anuncia la libertad universal; por lo que, asi como los griegos constituyeron el helenismo un dia en Oriente, y constituyeron los romanos otro dia el catolicismo en Occidente; sobre sus idolos y feliches rotos, sobre sus sacrificios humanos extintos, sobre sus alcázares faraónicos destruidos, sobre sus castas disueltas, sobre su despotismo antiguo desarraigado, levantarán cien venideros pueblos en el Nuevo Mundo bien pronto la religión del hispanismo, siempre que quieran agradecer á quienes se los llevaron en un dia creador el soplo de la idea cristiana y los beneficios consiguientes á la cultura y á la civilización nniversal.

ÍNDICE

Páginas.

Dedicatoria 5
Prólogo 19
Capítulo primero.—Excepcional importancia de Colón . . 45
Capítulo II.—Nacimiento y crianza de Colón 57
Capítulo III.—La gloria de Colón 83
Capítulo IV.—Portugal y Colón 101
Capítulo V.—Casamiento de Colón y estancia de casado en Portugal 127
Capitulo VI.—Venida de Colón á España 159
Capítulo VII.—España y su estado al arribo de Colón . 173
Capítulo VIII.—Amores de Colón en Córdoba 179
Capìtulo IX.—Colón ante los nobles andaluces 185
Capítulo X.—Colón ante la corte 195
Capítulo XI.—Colón ante los Reyes Católicos 207
Capítulo XII.—Colón en Salamanca 219
Capítulo XIII.—La Rábida. 233
Capítulo XIV.—Colón y el Real de Santa Fe. 245
Capítulo XV.—De Santa Fe á Palos. 263
Capítulo XVI.—Martin Alonso Pinzón 275

Páginas.

Capítulo XVII.—El dia de la partida 283
Capítulo XVIII.—Viaje de Palos á Canarias 297
Capítulo XIX.—El mar tenebroso 311
Capítulo XX.—¡¡¡Tierra!!! 335
Capitulo XXI.—Los primeros descubrimientos . , ... 351
Capitulo XXII.—La Isabela y Cuba 363
Capitulo XXIII.—La Española . . . . . , ... 393
Capítulo XXIV.—Regreso de Colón á España 407
Capitulo XXV.—El descubrimiento en Europa 433
Capilulo XXVI.—Segundo viaje de Colón. 439
Capitulo XXVII.—Causas del regreso segundo de Colón á España. 479
Capitulo XXVIII.—Los preparativos del tercer viaje . . . 491
Capitulo XXIX.—Tercer viaje . . . . , ... 497
Capitulo XXX.—Cuarto viaje 519
Epilogo 539

